Federico Engels



LA CUESTIÓN MILITAR

VIOLENCIA, AUTORIDAD, COLONIALISMO Y GUERRA

Selección de trabajos
1848-1895



Ediciones Bandera Roja
mayo 2020

ÍNDICE

DEL LIBRO F. ENGELS ANTI-DÜHRING.....9
II. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER.....9
III. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER 15
(CONTINUACIÓN) 15
IV. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER 22
(CONCLUSIÓN) 22
DE LA AUTORIDAD 35
EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA.....39
LAS REVOLUCIONES DE 1848-1849 101
LA ASAMBLEA DE FRANCFORT 121
LA ÚLTIMA HAZAÑA DE LA CASA DE BORBÓN.....126
CUESTIONES DE VIDA O MUERTE.....130
LA COMEDIA DE LA GUERRA.....134
LOS DEBATES EN TORNO AL PACTO, EN BERLÍN.....137
NUEVO REPARTO DE POLONIA.....142
COLONIA EN PELIGRO 145
EL DEBATE DE BERLÍN SOBRE LA REVOLUCIÓN 151
LA ASAMBLEA DEL PACTO DEL 15 DE JUNIO.....167
LA INSURRECCIÓN DE PRAGA.....169
PRIMERA HAZAÑA DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCFORT.....173
LA REVOLUCIÓN DE JUNIO EN PARÍS.....176
LA REVOLUCIÓN DE JUNIO 207
LA POLÍTICA EXTERIOR DE ALEMANIA.....213
LA INSURRECCIÓN EN FRANCFORT.....217
LA GUERRA EN ITALIA Y HUNGRÍA.....221
LA DERROTA DE LOS PIAMONTESES 225
"LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850" ..236
INTRODUCCIÓN DE F. ENGELS A LA EDICIÓN DE 1895.....236
REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA257
XIII.....257
LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA LA ASAMBLEA NACIONAL.....257
XVII 261

LA INSURRECCIÓN....261
XVIII....265
LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS....265
LA GUERRA DE CRIMEA, 1853-1856....270
LA CAMPAÑA EN CRIMEA....270
SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR BRITÁNICA....276
ANÁLISIS DE LA ESTRATEGIA FRANCESA....280
LA GUERRA EN ASIA....283
F. ENGELS: ACERCA DEL COLONIALISMO (1856-1858)....295
CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS MARX....295
FRAGMENTO DEL ARTÍCULO ARGELIA (1857)....297
LA NUEVA CAMPAÑA INGLESA EN CHINA....302
LA PENETRACIÓN RUSA EN ASIA CENTRAL....305
LAS GANANCIAS DE RUSIA EN EXTREMO ORIENTE....311
GUERRAS COLONIALES DE INGLATERRA. LA SUBLEVACIÓN EN LA INDIA....315
LA GUERRA ITALIANA DE 1859. LA CAMPAÑA DE GARIBALDI EN SICILIA Y EL SUR DE ITALIA (1860)....324
GARIBALDI EN SICILIA....324
EL MOVIMIENTO GARIBALDINO....327
EL AVANCE DE GARIBALDI....330
GARIBALDI EN CALABRIA....334
LA GUERRA CIVIL EN EE. UU. (1861-1865)....339
ENSEÑANZAS DE LA GUERRA NORTEAMERICANA....339
LA GUERRA CIVIL EN NORTEAMÉRICA....343
LA SITUACIÓN EN EL TEATRO DE LA GUERRA NORTEAMERICANA....351
LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA (1866)....358
NOTAS SOBRE LA GUERRA EN ALEMANIA....358
LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-1871....378
NOTAS SOBRE LA GUERRA - I....378
NOTAS SOBRE LA GUERRA - III....381
NOTAS SOBRE LA GUERRA - IV....384
LAS VICTORIAS PRUSIANAS....388
NOTAS SOBRE LA GUERRA - VI....392
LA CRISIS DE LA GUERRA....395
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XI....398
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XII....402
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XV....405

LAS DERROTAS FRANCESAS 408
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XVI 410
FLORECIMIENTO Y DECADENCIA DE LOS EJÉRCITOS 413
ZARAGOZA - PARIS 417
APOLOGÍA DEL EMPERADOR 421
LOS COMBATES EN FRANCIA 425
LAS PROBABILIDADES DE LA GUERRA 429
LOS GUERRILLEROS PRUSIANOS 433
ARTÍCULOS Y CARTAS SOBRE ASUNTOS MILITARES 443
ARTÍCULOS 443
MOLTKE, GRITÓN RETICENTE DEL ESTADO MAYOR, Y SU RECIENTE CORRESPONSAL EN LEIPZIG 443
OPIO, ALCOHOL Y REVOLUCIÓN 445
SOBRE EL EJÉRCITO PRUSIANO 446
DE LA INTRODUCCIÓN AL FOLLETO DE BORKHEIM. 447
CON MOTIVO DEL 20º ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARIS. 449
CARTAS 452
A PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN IRLANDESA (1882) 452
CARTA DE FEDERICO ENGELS A EDUARDO BERNSTEIN A ZURICH 457
CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY 459
CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY A STUTTGART 460
CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY 461
OTRAS CARTAS 461
10. DE ENGELS A MARX 461
14. DE MARX A WEYDEMEYER 463
17. DE ENGELS A MARX 464
19. DE ENGELS A MARX 470
21. DE ENGELS A MARX 471
23. DE ENGELS A MARX 473
30. DE ENGELS A MARX 474
34. DE MARX A ENGELS 477
58. DE ENGELS A MARX 478
65. DE ENGELS A MARX 479
86. DE ENGELS A MARX 480
89. DE ENGELS A MARX 482
94. DE ENGELS A MARX 484

128. DE ENGELS A MARX 485
135. DE ENGELS A MARX 485
137. DE ENGELS A MARX 486
145. DE ENGELS A MARX 487
148. DE ENGELS A MARX 490
149. DE ENGELS A MARX 493
161. DE ENGELS A BEBEL 494
177. DE ENGELS A KAUTSKY 502
178. DE ENGELS A BEBEL 504
186. DE ENGELS A VAN PATTEN 508
192. DE ENGELS A BEBEL 510
193. DE ENGELS A BEBEL 514
194. DE ENGELS A ZASULICH 517
198. DE ENGELS A FLORENCE KELLY WISCHNEWETSKY. 520
201. DE ENGELS A FLORENCE KELLY WISCHNEWETSKY. 521
205. DE ENGELS A SORGE 522
218. DE ENGELS A BEBEL 524
219. DE ENGELS A BEBEL 525
220. DE ENGELS A SORGE 528
223. DE ENGELS A DANIELSON (NIKOLAI-ON) 528
228. DE ENGELS A DANIELSON (NIKOLAI-ON) 531
230. DE ENGELS A TURATI 534
234. DE ENGELS A KAUTSKY 539
CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS POLÍTICO-MILITARES ENTRE 1846 Y 1895 540
ÍNDICE DE ALGUNOS NOMBRES 548

Los trabajos originales, tal como figura al pie de cada uno, fueron escritos en alemán o inglés. *Selección* tomada de las *Obras* de Marx-Engels, edición en alemán, cotejada con las versiones en inglés y español.

DEL LIBRO F. ENGELS ANTI-DÜHRING

Sección segunda, ECONOMÍA POLÍTICA, pp. 151-178

II. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER[1]

> La relación de la política general con las formaciones del derecho económico está tan resuelta y, al mismo tiempo, *tan peculiarmente* determinada en mi sistema, que no será superflua para facilitar el estudio una especial referencia a este punto. La formación de las relaciones *políticas* es lo *históricamente fundamental*, y las dependencias económicas no son más que un efecto o caso especial y, por tanto, siempre *hechos de segundo orden*. Algunos de los recientes sistemas socialistas parecen evidentemente presentar una actitud completamente invertida respecto de ese principio rector, pues desarrollan las subordinaciones políticas como a partir de las condiciones económicas. Cierto que estos efectos de segundo orden existen como tales, y son sobre todo perceptibles en el presente; pero *lo primitivo tiene que buscarse en el poder político inmediato*, y no en un indirecto poder económico.

Lo mismo encontramos en otro lugar en el que el señor Dühring parte del principio de que las condiciones políticas son la causa decisiva de la situación económica, y que la relación inversa no representa sino una retroacción de segundo orden...; si se concibe la agrupación política no por sí misma, como punto de partida, sino exclusivamente como *medio de lograr el pienso*, se conservará siempre un buen trozo oculto de reacción por más radicalmente socialista y revolucionario que se parezca.

Tal es la teoría del señor Dühring. Aparece simplemente afirmada, decretada, por así decirlo, en esos otros muchos lugares. En ninguno de los tres gruesos volúmenes se hace el menor intento de prueba o de refutación de la opinión contraria. Y aunque las pruebas fueran tan baratas como las moras, el señor Dühring se abstendría de darnos prueba alguna, pues el asunto está ya probado por el célebre pecado original con el cual Robinson sometió a Viernes. Fue un acto de violencia, es decir, un acto político. Y como esa opresión constituye el punto de partida y el hecho fundamental de toda la historia pasada, y como la tal acción ha sido inoculada de injusticia por el pecado original, de tal modo que en los períodos posteriores se ha suavizado simplemente y se ha "transformado en las formas, más indirectas, de la dependencia económica" y puesto que en esta opresión originaria se basa toda la "propiedad violenta" vigente hasta hoy: es claro que todos los fenómenos económicos tienen que explicarse

por causas políticas, o sea por la violencia. Y el que no se contente con eso es un reaccionario disfrazado.

Observemos ante todo que hace falta estar tan enamorado de sí mismo como lo está el señor Dühring para considerar esa opinión "peculiar", cosa que no es en modo alguno. La idea de que lo decisivo en la historia son las acciones políticas del poder y del Estado es tan vieja como la historiografía misma, y es también la causa principal de que se haya conservado tan poco acerca del desarrollo de los pueblos, el movimiento silencioso y realmente impulsor que procede como trasfondo de esas sonoras escenas. Esta idea ha dominado toda la historiografía del pasado, y no ha recibido un primer golpe hasta los historiadores burgueses franceses de la Restauración; lo único "peculiar" es que tampoco de esto sepa nada el señor Dühring.

Sigamos: aun admitiendo por un momento que el señor Dühring tuviera razón al decir que toda la historia pasada puede reconducirse al sometimiento del hombre por el hombre, tampoco habríamos llegado, ni con mucho, al fondo de la cuestión. Sino que habría que preguntarse por de pronto: ¿cómo llegó Robinson a oprimir a Viernes? ¿Por mero gusto? Nada de eso. Más bien hemos visto que Viernes es "oprimido como esclavo o mero instrumento para el servicio *económico*" y que "no es sustentado sino como instrumento". Robinson ha sometido a Viernes exclusivamente para que trabaje en provecho de Robinson. ¿Y cómo puede Robinson obtener provecho del trabajo de Viernes? Sólo si Viernes produce con su trabajo más medios de vida que los que tiene que darle Robinson para que sea capaz de trabajar. Así, pues, contra el explícito precepto del señor Dühring, Robinson no ha "tomado como punto de partida y por sí misma la agrupación política" producida por el sometimiento de Viernes, sino que "la ha tratado exclusivamente *como medio de lograr el pienso*"; que tenga la bondad de ver cómo se pone de acuerdo con su señor y maestro Dühring.

El pueril ejemplo arbitrado por el señor Dühring para mostrar que el poder es lo "históricamente fundamental" prueba, por el contrario, que el poder, la violencia, no es más que el medio, mientras que la ventaja económica es el fin. Y en la medida en que el fines "más fundamental" que el medio aplicado para conseguirlo, en esa misma medida es en la historia más fundamental el aspecto económico de la situación que el político. El ejemplo prueba, pues, lo contrario de lo que tenía que probar. Y en todos los casos conocidos de dominio y servidumbre ocurre lo mismo que en el de Robinson y Viernes. El sometimiento ha sido siempre, por utilizar la elegante expresión del señor Dühring, "medio para lograr el pienso" (entendiendo ese logro del pienso en su más amplio sentido), y nunca y en ningún lugar una agrupación política "introducida por sí misma". Hay que ser el señor Dühring para poder imaginarse que los impuestos no sean en el Estado sino "efectos de segundo orden", o que la actual agrupación polí-

tica de burguesía dominante y proletariado dominado exista "por sí misma" y no por el "logro del pienso" de los burgueses dominantes, esto es, por la consecución de beneficios y la acumulación de capital.

Pero volvamos a nuestros dos hombres. Robinson, "con el puñal en la mano", convierte a Viernes en esclavo suyo. Mas para conseguirlo Robinson necesita algo más que el puñal. Un esclavo no es útil para cualquiera. Para poder usarlo hay que disponer de dos cosas: primero, de los instrumentos y los objetos necesarios para el trabajo del esclavo; segundo, de los medios para su miserable sustento. Así, pues, antes de que sea posible la esclavitud tiene que haberse alcanzado ya un cierto nivel de producción y tiene que darse cierto grado de desigualdad en la distribución. Y para que el trabajo esclavo se convierta en modo dominante de producción de una entera sociedad, hace falta aún una mayor intensificación de la producción, el comercio y la acumulación de riquezas. En las viejas comunidades espontáneas, con su propiedad común de la tierra, la esclavitud no se presenta en absoluto, o desempeña sólo un papel muy subordinado. Lo mismo ocurre en la primitiva ciudad de campesinos que fue Roma; en cambio, cuando se convirtió en "capital del mundo" y la tierra itálica fue concentrándose progresivamente en las manos de una reducida clase de propietarios enormemente ricos, la población campesina se vio desplazada por una población de esclavos. Para que en tiempos de las guerras médicas el número de esclavos fuera en Corinto de 460.000, en Egina llegara a los 470.000,[*] con lo que había diez esclavos para cada miembro de la población libre, hizo falta algo más que "poder y violencia", a saber, una industria artesanal y suntuaria muy desarrollada, y un amplísimo comercio. La esclavitud en los Estados Unidos americano se ha basado menos en la violencia que en la industria inglesa del algodón; en las regiones en que no crecía el algodón, o en las que no había estados limítrofes que practicaran la cría de esclavos para los estados algodoneros, la esclavitud se extinguió por sí misma, sin aplicación de la violencia, simplemente porque no era rentable.

Así, pues, cuando el señor Dühring llama a la propiedad actual propiedad violenta y la caracteriza como

> aquella forma de dominio que *se basa* no sólo meramente en la exclusión del prójimo del uso de los medios naturales de la existencia, sino además cosa más importante, en el sometimiento del hombre a servicio servil

está invirtiendo literalmente la situación real. El sometimiento del hombre a servidumbre, en cualquiera de sus formas, presupone en el que lo somete la disposición sobre los medios de trabajo sin los cuales no podría utilizar al sometido; y en el caso de la esclavitud presupone además la disposición sobre los medios de vida sin los cuales no podría mantener al esclavo. En todos los

---

[*] Esas son cifras tradicionales, fijadas por la historiografía antigua.

se presupone, pues, una riqueza que rebasa el término medio. ¿Cómo se ha originado esa riqueza? Es claro que puede ser robada, es decir, basarse en la *violencia*, pero también está claro que ello no es en absoluto necesario. Esa riqueza superior al término medio puede haber sido conseguida con el trabajo, con el robo, con el comercio, hasta con la ficción y la estafa. Es más: tiene incluso necesariamente que haber sido conseguida por el trabajo, antes de poder ser robada en algún sentido.

La propiedad privada no aparece en absoluto en la historia como resultado exclusivo del robo y de la violencia. Antes al contrario: existe ya, aunque limitada a determinados objetos, en las arcaicas comunidades espontáneas de todos los pueblos de cultura. Se desarrolla ya en el seno de esas comunidades, primero en el intercambio con los extranjeros, en forma de mercancía. A medida que los productos de la comunidad van tomando progresivamente forma de mercancía —esto es, a medida que va disminuyendo la parte de ellos que se destina al consumo propio de los productores, y amentando la parte que se produce con fines de intercambio—, a medida que el intercambio va desplazando, también en el interior de la comunidad, a la originaria y espontánea división del trabajo, en esa misma medida va haciéndose desigual la situación patrimonial de los diversos miembros de la comunidad, va hundiéndose más profundamente la vieja comunidad de la propiedad del suelo y va orientándose cada vez más rápidamente la comunidad hacia su disgregación en una aldea de campesinos parcelarios. El despotismo oriental y el cambiante dominio de los pueblos nómadas conquistadores no bastaron durante milenios para destruir esas viejas comunidades; pero la paulatina destrucción de su industria doméstica y espontánea por la concurrencia de los productos de la gran industria precipita aceleradamente su disolución. Está tan poco justificado hablar aquí de violencia como lo estaría a propósito de la división de la propiedad colectiva de la tierra que aún hoy día tiene lugar en las "comunidades de labor" del Mosela y de los Vosgos: lo que ocurre es que los campesinos consideran interés propio que la propiedad privada de la tierra sustituya a la común y cooperativa. Ni siquiera la formación de una aristocracia espontánea, como la que tuvo lugar entre los celtas, los germanos y en el Pendjab indio sobre la base de la propiedad común del suelo, se basa al principio en la violencia, sino en voluntariedad y costumbre. Siempre que se desarrolla la propiedad privada, ello ocurre a consecuencia de un cambio en la situación y las relaciones de producción e intercambio, en interés del aumento de la producción y de la promoción del tráfico, es decir, por causas económicas. La violencia no desempeña en ello ningún papel. Pues es claro que tiene que existir previamente la institución de la propiedad privada para que el bandido pueda *apropiarse* bien ajeno, y que, por tanto, la violencia puede sin duda alterar la situación patrimonial, pero no puede crear la propiedad privada como tal.

Mas ni siquiera para explicar el "sometimiento del hombre a servicio servil" en su forma más moderna, en la del trabajo asalariado, podemos utilizar la violencia ni la propiedad violenta. Hemos indicado ya el importante papel que la transformación de los productos del trabajo en mercancías, es decir, su producción para el intercambio, y no para el propio consumo, desempeña en la disolución de la vieja comunidad, en la generalización directa o indirecta de la propiedad privada. Marx ha mostrado meridianamente en *El Capital* —y el señor Dühring se guarda muy bien de decir sobre ello ni una sola palabra— que al llegar a cierto grado de desarrollo la producción mercantil se transforma en producción capitalista, y que a ese nivel "la ley de la apropiación, o ley de la propiedad privada, basada en la producción y la circulación de mercancías, muta en su contrario por su propia, interna e inevitable dialéctica: el intercambio de equivalentes, que aparece como la operación originaria, se ha invertido tanto que el intercambio es ya ficticio, pues, en primer lugar, la parte del capital cambiada por fuerza de trabajo no es más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiado sin equivalente, y, en segundo lugar, tiene que ser no sólo repuesto por su productor, el trabajador, sino repuesto con un nuevo *surplus* [excedente]... Originariamente la propiedad se nos presentó basada en el propio trabajo... La propiedad se presenta ahora [al final del desarrollo trazado por Marx], por el lado del capitalista, como el derecho a apropiarse trabajo ajeno no pagado, y, por el lado del trabajador, como la imposibilidad de apropiarse de su propio producto. La separación de propiedad y trabajo resulta consecuencia necesaria de una ley que partía aparentemente de su identidad." Dicho de otro modo: aunque excluyamos toda posibilidad de robo, violencia y estafa, aunque admitamos que toda propiedad privada se basa originariamente en trabajo propio del propietario y que en todo el ulterior proceso no se intercambian sino valores equivalentes, aun en ese caso tropezaremos necesariamente, en el curso del desarrollo de la producción y del intercambio, con el actual modo de producción capitalista, con la monopolización de los medios de producción y de vida en las manos de una clase poco numerosa, con el aplastamiento de la otra clase, la de los proletarios excluidos de la posesión y que constituyen la enorme mayoría, con la alternancia periódica de producción especulativamente hinchada y crisis comercial, y con toda la actual anarquía de la producción. Todo el proceso se explica por causas puramente económicas, sin que ni una sola vez hayan sido imprescindibles el robo, la violencia, el Estado o cualquier otra intervención política. La "propiedad violenta" no es tampoco más que una frase vanidosa destinada a disimular la falta de una comprensión del real curso de las cosas.

Ese curso, dicho históricamente, es la historia de la evolución de la burguesía. Si la "situación política es la causa decisiva de la situación económica", la burguesía moderna tiene que haberse desarrollado no en lucha con el feudalismo, sino como su criatura voluntariamente engendrada. Todo el mundo sabe que lo que ha ocurrido es lo contrario. El estamento burgués, inicialmente

tributario de la nobleza feudal, compuesto de vasallos y siervos de todas clases, ha conquistado una posición de poder tras otras a lo largo de una duradera lucha contra la nobleza, y en los países más desarrollados ha acabado por tomar el poder en vez de ésta; en Francia lo hizo derribando a la nobleza de un modo directo; en Inglaterra, aburguesándola progresivamente y asimilándola como encaje ornamental de la burguesía misma. Mas ¿cómo ha conseguido eso la burguesía? Simplemente, transformando la "situación económica" de tal modo que esa transformación acarreó antes o después, voluntariamente o mediante lucha, una modificación de la situación política. La lucha de la burguesía contra la nobleza feudal es la lucha de la ciudad contra la tierra, de la industria contra la propiedad rural, de la economía dineraria contra la natural, y las armas decisivas de los burgueses en esa lucha fueron sus medios económicos en continuo aumento, por el desarrollo de la industria, que empezó artesanalmente para progresar luego hasta la manufactura, y por la extensión del comercio. Durante toda esta lucha el poder político estuvo de la parte de la nobleza, con la excepción de un período en el cual el poder real utilizó a la burguesía contra la nobleza para mantener en jaque a un estamento por medio del otro; pero a partir del momento en que la burguesía, aún impotente políticamente, empezó a hacerse peligrosa a causa de su creciente poder económico, la monarquía volvió a aliarse con la nobleza y provocó así, primero en Inglaterra y luego en Francia, la revolución de la burguesía. La "situación política" era aún la misma de antes en Francia cuando la "situación económica" la rebasó. Desde el punto de vista político, el noble seguía siéndolo todo mientras que el burgués no era nada; desde el punto de vista social, el burgués constituía ahora la clase más importante del Estado, mientras que la nobleza había perdido todas sus funciones sociales y se limitaba a percibir bajo forma de rentas el pago de esas desaparecidas funciones. Aún más: la población de las ciudades se había quedado coartada en las formas políticas feudales de la Edad Media, formas de antiguo superadas por la producción burguesa —no ya por la manufacturera, sino incluso por la artesanal—; la producción quedaba bloqueada en los miles de privilegios gremiales y en los obstáculos aduaneros locales y provinciales convertidos ya en meras molestias y ataduras para la producción. La revolución de la burguesía terminó con eso. Pero no adaptando la situación económica a la política, como querría el señor Dühring —pues esto precisamente es lo que durante años intentaron en vano la nobleza y la corona—, sino destruyendo a la inversa el viejo y podrido mobiliario político y creando una situación política en la cual la nueva "situación económica" podía existir y desarrollarse. En esta atmósfera política y jurídica adecuada a ella, esa situación económica se ha desarrollado brillantemente, tan brillantemente que la burguesía no está ya muy lejos de la posición que ocupaba la nobleza en 1789: la burguesía se está haciendo progresivamente no sólo socialmente superflua, sino un verdadero obstáculo social; cada vez se separa más de la actividad productiva y se convierte, como en su tiempo la nobleza, en una clase meramente dedicada a la percepción de rentas; y ha producido esa subversión de su

propia posición y el nacimiento de una nueva clase, el proletariado, sin el arte de birlibirloque de la violencia, sino por vías puramente económicas. Aún más. La burguesía no ha querido en modo alguno ese resultado de su propio hacer y agitarse, sino que, por el contrario, ese resultado se ha impuesto con irresistible poder contra la voluntad y contra las intenciones de la burguesía; sus propias fuerzas productivas han rebasado el alcance de su dirección y empujan a toda la sociedad burguesa, como con necesidad natural, hacia la ruina o la subversión. Y cuando los burgueses apelan ahora a la violencia y al poder para evitar el hundimiento de la resquebrajada "situación económica", prueban exclusivamente que se encuentran en el mismo engaño que el señor Dühring, creyendo que "la situación política es la causa decisiva de la situación económica", imaginándose, exactamente igual que el señor Dühring, que con lo "primitivo", con "el poder político inmediato", pueden transformarse aquellos "hechos de segundo orden", la situación económica y su inevitable desarrollo, y que pueden desterrar sencillamente del mundo los efectos económicos de la máquina de vapor y de toda la moderna maquinaria movida por ella, los del comercio mundial y los del actual desarrollo bancario y crediticio, utilizando precisamente, para esa expulsión, cañones Krupp y fusiles Máuser.

III. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER

(CONTINUACIÓN)

Pero consideremos algo más detenidamente ese omnipotente "poder" del señor Dühring. Robinson somete a Viernes "con el puñal en la mano". Pero ¿de dónde ha sacado el puñal? Ni en las fantásticas islas de las robinsonadas crecen hasta ahora los puñales como las hojas de los árboles, y el señor Dühring nos debe, por tanto, respuesta a esta pregunta. Del mismo modo que Robinson ha podido conseguir un puñal, podemos suponer que Viernes aparece un buen día con un revólver cargado en la mano, en cuyo caso se invierte toda la relación de "poder": Viernes manda y Robinson tiene que trabajar. Pedimos perdón al lector por este juego de entrar tan consecuentemente en la historia de Robinson y Viernes, propia del cuarto de los niños y no de la ciencia; pero ¿cómo evitarlo? No tenemos más remedio que aplicar concienzudamente el método axiomático del señor Dühring, y no es culpa nuestra el que al hacerlo nos movamos siempre en un terreno de pura puerilidad. Así, pues, el revólver triunfa sobre el puñal, y con esto quedará claro incluso para el más pueril de los axiomáticos que el poder no es un mero acto de voluntad, sino que exige para su actuación previas condiciones reales, señaladamente *herramientas* o instrumentos, la más perfecta de las cuales supera a la menos perfecta; y que, además, es necesario haber producido esas herramientas, con lo que queda al mismo tiempo dicho que el productor de herramientas de poder más perfectas —*vulgo* armas— vence al productor de las menos perfectas, o sea, en una

palabra, que la victoria del poder o la violencia se basa en la producción de armas, y ésta a su vez en la producción en general, es decir: en el "poder económico", en la "situación económica", en los medios *materiales* a disposición de la violencia.

La violencia se llama hoy ejército y escuadra de guerra, y ambos cuestan, como sabemos por desgracia nuestra, "una cantidad fabulosa de dinero". Pero la violencia no puede producir dinero, sino, a lo sumo, apoderarse del dinero ya hecho, y esto no es de mucha utilidad, como sabemos, también por desgracia nuestra, gracias a los miles de millones franceses.[*1] Así, pues, en última instancia el dinero tiene que ser suministrado por la producción económica; el poder aparece también en este caso determinado por la situación económica que le procura los medios para armarse y mantener sus herramientas. Pero esto no es todo. Nada está en tan estrecha dependencia de las previas condiciones económicas como el ejército y la escuadra precisamente. Armamento, composición, organización, táctica y estrategia dependen ante todo del nivel de producción y de las comunicaciones alcanzado en cada caso. Lo que ha obrado radicalmente en este campo no han sido las "libres creaciones de la inteligencia" de geniales jefes militares, sino la invención de armas mejores y la transformación del material del soldado; la influencia de los jefes militares geniales se limita, en el mejor de los casos, a adaptar el modo de combatir a las nuevas armas y a los nuevos combatientes.

A comienzos del siglo XIV, la pólvora llegó a la Europa occidental a través de los árabes, y subvirtió, como saben los niños de escuela, todo el arte de la guerra. La introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue empero en modo alguno un acto de violencia, sino una acción industrial, es decir, un progreso económico. La industria es siempre industria, ya se oriente a la producción o a la destrucción de las cosas. Y la introducción de las armas de fuego tuvo efectos radicalmente transformadores no sólo en el arte mismo de la guerra, sino también en las relaciones políticas de dominio y vasallaje. Para conseguir pólvora y armas de fuego hacían falta una industria y dinero, y los que poseían las dos cosas eran los habitantes de las ciudades, los burgueses. Por eso las armas de fuego fueron desde el principio armas de las ciudades y de la ascendente monarquía, que se apoyaba en las ciudades contra la nobleza feudal. Las murallas de piedra de los castillos de la nobleza, hasta entonces inexpugnables, sucumbieron ante los cañones de los ciudadanos, y las balas de las burguesas escopetas atravesaron las armaduras caballerescas. Con la pesada caballería aristocrática se hundió también el dominio de la nobleza; con el desarrollo de la clase urbana, la infantería y la artillería van convirtiéndose

_____

[*] Los cinco mil millones de marcos pagados por Francia al Imperio Alemán como contribución de guerra, por la de 1870.

progresivamente en las armas decisivas; obligado por la artillería, el oficio de la guerra tuvo que añadirse una sección nueva y completamente industrial: la de los ingenieros.

El desarrollo de las armas de fuego fue muy lento. El cañón siguió siendo pesado durante mucho tiempo, y el mosquete, a pesar de muchos inventos de detalle, siguió siendo un arma grosera. Pasaron más de trescientos años antes de que se produjera un fusil adecuado para armar a toda la infantería. Hasta comienzos del siglo XVIII no eliminó definitivamente el fusil de chispa con bayoneta a la pica en el armamento de la infantería. Esta se componía entonces de los soldados mercenarios de los príncipes, tropa muy rígidamente entrenada, pero muy poco de fiar, imposible de mantener disciplinada sino con el bastón, y procedente de los más corrompidos elementos de la sociedad, y, muchas veces, de prisioneros de guerra enrolados por coacción; la única forma de combate en la que esos soldados podían utilizar el nuevo fusil era la táctica lineal que alcanzó su supremo perfeccionamiento con Federico II. La infantería entera de un ejército formaba un largo cuadrilátero vacío de tres filas por lado y no se movía en orden de batalla, sino como un todo; a lo sumo se permitía a una de las alas que se adelantara o retrasara algo. Era imposible mover ordenadamente a esa masa de tan pocos recursos sino por un terreno completamente llano, e incluso en terrenos tales el ritmo era muy lento (setenta y cinco pasos por minuto); era imposible toda modificación del orden de batalla durante el combate, y, una vez entrada en fuego la infantería, la victoria o la derrota se decidían en poco tiempo y de un golpe.

Frente a esas líneas rígidas y sin recursos aparecieron en la guerra de la Independencia americana[2] grupos de rebeldes que estaban, ciertamente, poco entrenados, pero sabían usar muy bien sus carabinas, combatían por sus propios intereses —lo que quiere decir que no desertaban, como las tropas mercenarias—, y que no hicieron a los ingleses el favor de enfrentarse con ellos en línea y en campo abierto, sino en bosques que los cubrieran, y por sueltas guerrillas, de rápidos movimientos. La infantería de línea resultó impotente y sucumbió a los enemigos invisibles e inalcanzables. Así se inventó de nuevo el tirador, un nuevo modo de combatir, a consecuencia de la aparición de una modificación del material soldado.

La revolución francesa consumó también en el terreno militar lo que había empezado la americana. A los ejercitados ejércitos mercenarios de la coalición, la Revolución Francesa no pudo oponer más que masas poco entrenadas, pero numerosas, la fuerza de toda la nación.[3] Con esas masas había que proteger París, es decir, cubrir un determinado territorio, y esto no podía conseguirse sin una victoria en una abierta batalla de masas. No bastaba aquí el mero combate defensivo aislado; había que inventar también una forma de utilización en masa de aquellos efectivos: esa forma fue la *columna*. El orden en columna

permitía incluso a tropas poco entrenadas moverse de un modo bastante ordenado, incluso con una velocidad de marcha superior a la tradicional (cien y más pasos por minuto); permitía perforar las rígidas formas de la vieja formación en línea, combatir en todos los terrenos, hasta en el desfavorable a la formación en línea, agrupar a las tropas de cualquier modo conveniente y, en colaboración con las formaciones sueltas dispersas por el terreno, resistir a las líneas enemigas, fijarlas, cansarlas hasta que llegara el momento de poder romperlas por el punto decisivo con masas tenidas hasta ese instante en reserva. Este modo de combatir, basado en la combinación de tiradores y columnas, y en la división del ejército en divisiones o cuerpos independientes compuestos por todas las armas, fue plenamente perfeccionado en todos sus aspectos por Napoleón, tanto táctica cuanto estratégicamente; según lo dicho, lo que ante todo hizo necesario ese modo de combatir fue la transformación del material soldado de la Revolución Francesa.[4] Pero tenía además dos importantes presupuestos técnicos: primero el cureñado, más ligero, de la artillería de campaña inventado por Gribeauval, innovación que posibilitó el rápido movimiento de esas piezas; y, segundo, la depresión de la culata del fusil, tomada de la escopeta de caza e introducida en Francia en 1777; hasta entonces, la culata era prolongación rectilínea del cañón; la innovación permitió apuntar a un solo hombre sin fallar necesariamente el blanco. Sin este progreso habría sido imposible el papel del tirador suelto.

El revolucionario sistema representado por el pueblo entero en armas quedó pronto limitado a un reclutamiento obligatorio (con la posibilidad, para los mozos acomodados, de hacerse sustituir mediante un pago), y en esta forma fue asimilado por la mayoría de los grandes estados del continente. Sólo Prusia, con su sistema de ejército territorial, intentó recoger en masa la capacidad combativa del pueblo. Prusia fue además el primer estado que dotó a toda su infantería —tras el breve papel desempeñado entre 1830 y 1860 por el fusil rayado cargado por delante— con el arma más reciente: el fusil rayado y cargado por detrás. A esas dos innovaciones debe sus éxitos en 1866.

En la guerra franco alemana se enfrentaron por de pronto dos ejércitos armados con fusiles rayados de retrocarga, y ambos con formaciones tácticas esencialmente idénticas a la de los tiempos del viejo fusil de chispa y sin rayar. La única diferencia era que los prusianos, con la introducción de la columna de compañía, habían intentado encontrar una forma de combate adecuada al nuevo armamento. Pero cuando el 18 de agosto, cerca de Saint Privat, la guardia prusiana intentó tomarse rigurosamente en serio la columna de compañía, los cinco regimientos que más intervinieron en la operación perdieron, en dos horas a lo sumo, más de un tercio de sus efectivos (176 oficiales y 5.114 hombres de tropa); a partir de aquel momento quedó condenada la nueva columna, exactamente igual que la de batallón o que la línea; se abandonó todo intento de exponer al fuego de fusilería enemigo una tropa cerrada, y por parte alema-

na la lucha se continuó exclusivamente con aquellos densos pelotones de fusileros en que ya por sí misma se había venido disolviendo la columna cuando se encontraba bajo el fuego graneado del enemigo, orden que hasta el momento el mando había considerado contrario a todo dispositivo militar; al mismo tiempo el paso ligero se convirtió en el único tipo de movimiento bajo el fuego de fusilería enemigo. También esta vez había sido el soldado más listo que el oficial; el *soldado* había descubierto instintivamente la única forma de combatir capaz de soportar el fuego del fusil de retrocarga, y ahora la imponía con éxito a pesar de la resistencia del mando.

La guerra franco-alemana ha significado un punto de inflexión de importancia diversa de la de todos los anteriores. En primer lugar, las armas se han perfeccionado tanto, que no es ya posible un nuevo progreso que tenga una influencia verdaderamente subversiva. Cuando se tienen cañones con los que se puede acertar a un batallón en cuanto lo distingue la vista, y fusiles que hacen lo mismo con los individuos como objetivos, y cuya carga cuesta menos tiempo que el apuntar, todos los demás progresos son más o menos indiferentes para el combate en el campo de batalla. La era de la evolución está, pues, por este lado, concluida en lo esencial.[5] Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años. El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su desaparición. La concurrencia de los diversos estados entre sí les obliga a utilizar cada año más dinero para el ejército, la escuadra, la artillería, etc., es decir, a acelerar cada vez más la catástrofe financiera; y, por otra parte, a realizar cada vez más en serio el servicio militar obligatorio, y con ello, en definitiva, a familiarizar al pueblo entero con el uso de las armas, a capacitarlo para imponer en un determinado momento su voluntad contra el poder militar que le manda. Y ese momento se presenta en cuanto que la masa del pueblo —trabajadores y campesinos del campo y la ciudad— *tengan* una voluntad. En ese momento el ejército principesco se trasmuta en ejército popular; la máquina se niega a seguir sirviendo y el militarismo sucumbe por la dialéctica de su propio desarrollo. El socialismo conseguirá infaliblemente lo que no consiguió la democracia burguesa de 1848 —precisamente porque fue *burguesa* y no proletaria—, a saber: dar a las masas trabajadoras una voluntad de contenido correspondiente a su situación de clase. Y esto significa la ruptura del militarismo y, con él, la de todos los ejércitos permanentes, *desde dentro*.

Esta es una de las moralejas de nuestra historia de la infantería moderna. La segunda, la cual nos vuelve al señor Dühring, es que toda la organización y el modo de combatir de los ejércitos y, por tanto, la victoria y la derrota, resultan

depender de condiciones materiales, es decir, económicas: del material humano y de armamento, o sea de la cualidad y la cantidad de la población y de la técnica. Sólo un pueblo de cazadores como el americano podía volver a descubrir la táctica del tirador en guerrilla; y eran cazadores por razones puramente económicas, del mismo modo que ahora, también por razones puramente económicas, esos mismos yanquis de los viejos estados se han convertido en agricultores, industriales, navegantes y comerciantes, que ya no se dedican a la guerrilla en los bosques, pero han llegado en cambio muy lejos en el campo de la especulación, en el que saben muy bien utilizar grandes masas. Sólo una revolución como la francesa, que emancipó al ciudadano y señaladamente al campesino, podía inventar a la vez los ejércitos de masas y la libre forma de movimiento contra los cuales se estrellaron las viejas formaciones en línea rígida, reflejo militar del absolutismo contra el que combatían. Hemos ido viendo cómo los progresos de la técnica, en cuanto fueron utilizables militarmente y se utilizaron, provocaron en seguida, casi por la fuerza y a menudo incluso contra la voluntad del mando militar, modificaciones y hasta transformaciones completas del modo de combatir. Por lo que hace a la dependencia de la dirección militar respecto de la productividad y de los medios de comunicación, tanto con la propia retaguardia como con el teatro de operaciones, esto es cosa que hoy día puede ya explicar al señor Dühring incluso un suboficial que quiera hacer carrera. En resolución: en todas partes y siempre son condiciones económicas y medios de poder económico los que posibilitan la victoria de la "violencia", esa victoria sin la cual la violencia deja de ser tal; y el que quisiera reformar la organización militar según los principios del señor Dühring y de acuerdo con el punto de vista contrario, no cosecharía más que palizas.[*]

Si pasamos ahora de la tierra al agua, se nos ofrece, con sólo contemplar los últimos veinte años, una transformación de radicalidad aún mayor. La nave de combate de la guerra de Crimea era el barco de madera de dos o tres puentes, dotado con 60 a 100 cañones y movido aún principalmente a vela, pues su débil máquina de vapor no era más que un elemento auxiliar. Llevaba principalmente piezas de 32 libras, con tubos de unos 25 quintales, y algunas pocas piezas de 68 libras con tubos de menos de 50 quintales. Hacia fines de la guerra aparecieron baterías flotantes y acorazadas de hierro, pesadas, casi inmovibles; pero que para la artillería naval de la época eran monstruos casi invulnerables. Pronto se adoptó ese blindaje de hierro también para las naves de combate; la coraza era al principio delgada: se consideraba que un espesor de cuatro pulgadas era ya una coraza pesadísima. Pero el progreso de la artillería superó pronto esos blindados; para cada espesor de los que se aplicaron sucesi-

[*] Esto lo saben muy bien en el Estado Mayor prusiano. "El fundamento de la organización militar es ante todo la estructuración de la vida económica de los pueblos en general", dice el señor Max Jähns, capitán de Estado Mayor, en una conferencia. (Kölnische Zeitung, 20 de abril de 1876, tercera página.)

vamente se encontró una nueva artillería más pesada que lo atravesaba fácilmente. Y así hemos llegado hoy, por un lado, a espesores de blindado de diez, doce, catorce y veinticuatro pulgadas (Italia se propone construir un barco con una coraza de tres pies de espesor), y, por otra, a piezas artilleras rayadas de 25, 35, 80 y hasta 100 toneladas de peso por tubo, las cuales lanzan a distancias antes inauditas proyectiles de 400, 1.700 y hasta 2.000 libras. La actual nave de combate es un gigantesco vapor acorazado, movido por hélice, que desplaza de 8.000 a 9.000 toneladas y cuenta con una fuerza de 6.000 a 8.000 caballos de vapor, lleva torres giratorias, cuatro o, a lo sumo, seis piezas pesadas, y tiene una proa que termina, bajo la línea de flotación, en un espolón para hundir por choque los barcos enemigos; es todo él una colosal máquina unitaria, en la que el vapor no obra sólo el rápido movimiento en el mar, sino que también posibilita la dirección, las operaciones con el ancla, la rotación de las torres, la carga y orientación de las piezas, el trabajo de las bombas de agua, el arriado e izado de los botes —parte de los cuales cuenta también con vapor—, etc. Y la competencia entre el blindado y la artillería está tan lejos de concluirse que hoy día un barco se encuentra ya por debajo del rendimiento necesario y está anticuado antes de la botadura. La moderna nave de combate no es sólo un producto de la gran industria moderna, sino hasta una muestra de la misma; es una fábrica flotante aunque, ciertamente, una fábrica destinada sobre todo a dilapidar dinero. El país en que más se ha desarrollado la gran industria tiene casi el monopolio de la construcción de estos buques. Todos los acorazados turcos, casi todos los rusos, la mayoría de los alemanes, están construidos en Inglaterra[6]; casi sólo en Sheffield se producen planchas para blindado que sean algo útiles; de las tres industrias metalúrgicas que son capaces de suministrar las piezas más pesadas de artillería, dos (Woolwich y Elswick) son inglesas, y la tercera (Krupp) alemana. Aquí se aprecia del modo más tangible cómo el "poder político inmediato", según el señor Dühring "causa decisiva de la situación económica", está por el contrario completamente sometido a la situación económica, y cómo no sólo la producción, sino incluso el manejo del instrumento de ese poder en el mar, la nave de combate, se ha convertido en una rama de la gran industria moderna. Y a nadie puede molestar esa evolución más que al poder precisamente, al Estado, al que un barco cuesta ahora tanto como antes toda una pequeña escuadra; el Estado tiene que contemplar cómo esos caros buques quedan anticuados, sin valor, antes de llegar al agua; y seguramente encuentra tan desagradable como el señor Dühring el que el hombre de la "situación económica", el ingeniero, sea ahora a bordo mucho más importante que el hombre del "poder inmediato", el capitán. Nosotros, por el contrario, no tenemos motivo alguno de enfado al ver cómo en esta carrera entre la coraza y el cañón el barco de guerra se desarrolla hasta un extremo de artificialidad que le hace tan caro como inservible para la guerra,[*] y cómo esta

[*] El perfeccionamiento del último producto de la industria para la guerra naval, el torpedo de autopropulsión, parece realizar esto; con él el más pequeño torpedero resultaría superior al acorazado más imponente. (Recuérdese, por lo demás, que el texto ha sido escrito en 1878.)

carrera manifiesta, también en el ámbito de la guerra naval, aquellas internas leyes dialécticas por las cuales el militarismo, como todo otro fenómeno histórico, sucumbe por las consecuencias de su propio desarrollo.

También aquí vemos, pues, con meridiana claridad, que no hay que buscar en absoluto "lo primitivo en el poder político inmediato, en vez de en un poder económico indirecto". Al contrario. ¿Qué resulta ser precisamente lo "primitivo" del poder? La potencia económica, la disposición de los medios de poder de la gran industria. El poder político en el mar, basado en los modernos buques de guerra, no resulta nada "inmediato", sino precisamente *mediado* por la potencia económica, por el alto desarrollo de la metalurgia, la utilización de técnicos hábiles y de ricas minas de carbón.

Pero ¿para qué seguir? Dese en la próxima guerra naval al señor Dühring el mando supremo, que él aniquilará sin torpedos ni demás artificios, sino con el simple medio de su "poder inmediato", todas las escuadras acorazadas sometidas a la situación económica.

IV. LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA Y EL PODER

(CONCLUSIÓN)

Es una circunstancia importante la de que de hecho se haya dado en general el dominio de la *naturaleza* por la del *hombre* [¿Qué querrá decir que se ha dado un dominio en general?] La explotación de la propiedad de la tierra en zonas grandes no se ha realizado nunca y en ningún lugar sin un previo sometimiento del hombre a algún tipo de trabajo esclavo o servil. La instauración de un dominio económico sobre las cosas ha tenido como presupuesto el dominio político, social y económico del hombre sobre el hombre. ¿Cómo podría imaginarse a un gran propietario de la tierra sin incluir en la imagen todo su señorío sobre esclavos, siervos u hombres indirectamente sometidos? ¿Qué podría y qué puede significar para un extenso cultivo de los campos la fuerza de un solo individuo, a lo sumo ayudada por la de la familia? La explotación de la tierra, o la extensión del dominio económico sobre la misma, en unas dimensiones que rebasen las fuerzas naturales del individuo, no ha sido posible hasta ahora en la historia más que por la introducción del correspondiente sometimiento del hombre, antes o al mismo tiempo que se establecía ese dominio del suelo. En los períodos posteriores se ha suavizado ese sometimiento... su actual forma en los países más civilizados es un trabajo asalariado realizado en mayor o menor grado bajo un dominio policíaco. En este último se basa, pues, la posibilidad práctica de ese tipo de riqueza actual que se presenta en el extenso dominio del suelo y (!) en la gran propiedad territorial. Como es natural, todas las demás especies de la riqueza distributiva se explican históricamente de modo análogo, y la dependencia indirecta del hombre respecto del hombre, que actualmente constituye el rasgo fundamental de las situaciones económicas más desarrolladas, no pue-

de entenderse ni explicarse por sí misma, sino como herencia, algo modificada, de un anterior sometimiento directo y una anterior expropiación directa.

Hasta aquí el señor Dühring.

Tesis: el dominio de la naturaleza (por el hombre) presupone el dominio del hombre (por el hombre).

Prueba: la explotación de la *propiedad* de la tierra en *zonas grandes* ha sido siempre y en todo lugar realizada por siervos.

Prueba de la prueba: ¿Cómo puede haber grandes propietarios de la tierra sin siervos, puesto que el gran propietario con su familia y sin siervos no podría cultivar sino una reducida parte de sus posesiones?

Así, pues, para probar que el hombre, con objeto de someter a la naturaleza, tiene que empezar por someter al hombre, el señor Dühring transforma sin más "la naturaleza" en "propiedad de zonas grandes", y esta propiedad territorial —¿sin determinar de quién?— se transforma en seguida en sus manos en propiedad de un gran señor, el cual, naturalmente, no puede cultivar sus tierras sin siervos.

En primer lugar, "dominio de la naturaleza" y "explotación de la propiedad de la tierra" no son en modo alguno lo mismo. El dominio de la naturaleza se realiza en la industria a una escala bastante más colosal que en la agricultura, la cual hasta hoy tiene que dejarse mandar por el tiempo atmosférico, en vez de dominarlo.

En segundo lugar, cuando nos limitamos a la explotación y administración de la propiedad de la tierra por grandes extensiones, lo que importa es a quién pertenece esa tierra. Y al principio de la historia de todos los pueblos de cultura no encontramos a los "grandes propietarios del suelo" que nos desliza aquí el señor Dühring con ese su habitual estilo de prestidigitador al que él llama "dialéctica natural", sino que encontramos comunidades tribales o de aldea con propiedad común de la tierra. Desde la India hasta Irlanda, la explotación de la propiedad de la tierra en grandes superficies ha tenido lugar inicialmente por obra de esas comunidades tribales o aldeanas: unas veces mediante el trabajo en cooperación a cuenta de la comunidad; otras veces en forma de explotación individual de parcelas concedidas temporalmente por la comunidad a las familias, pero manteniéndose al mismo tiempo el uso comunitario de bosques y pastos. También aquí es característico de los "profundísimos estudios especializados" del señor Dühring en el "terreno jurídico y político" el que no sepa nada de eso y el que sus obras completas manifiesten una total ignorancia de los decisivos trabajos de Maurer sobre la constitución primitiva de las *marcas*

germánicas, fundamento de todo el derecho germánico; igualmente ignora el señor Dühring toda la literatura, en constante aumento, inspirada por Maurer, destinada a probar la comunidad primitiva de la propiedad del suelo en todos los pueblos de cultura asiáticos y europeos, y a exponer sus diversos modos de existencia y disolución. Del mismo modo que en el terreno del derecho francés y del inglés el señor Dühring se había "conquistado por sí mismo su propia ignorancia", con lo grande que ella era, así también ha conseguido conquistarse otra aún mayor en el campo del derecho germánico. El hombre que tan grandilocuentemente se irrita por la limitación de horizonte de los profesores universitarios se encuentra hoy a lo sumo, en el terreno del derecho germánico, donde estaban los profesores hace veinte años.

Pura "libre creación e imaginación" del señor Dühring es su tesis de que terrateniente y siervos hayan sido imprescindibles para la explotación de la tierra en grandes superficies. En todo el Oriente, donde la comunidad o el Estado es propietario del suelo, falta incluso la palabra "terrateniente" en las lenguas, sobre lo cual puede informarse el señor Dühring cerca de los juristas ingleses que se martirizaron en vano en la India con la pregunta ¿quién es propietario de la tierra?, como el difunto príncipe Enrique LXXII de Reuss-Greiz-Schleiz-Lobenstein-Eberswald con la pregunta ¿quién es guardián nocturno? Los turcos introdujeron por vez primera en las tierras orientales por ellos conquistadas una especie de feudalismo agrario. Grecia entra en la historia, en su época heroica, ya con una organización en estamentos que es evidentemente resultado de una larga prehistoria desconocida; pero incluso allí la tierra es principalmente cultivada por campesinos independientes; las grandes propiedades de nobles y príncipes constituyen la excepción y desaparecen además poco después. Italia ha sido roturada principalmente por campesinos independientes; cuando en los últimos tiempos de la república romana las grandes posesiones, los latifundios, desplazaron a los campesinos de sus parcelas y los sustituyeron por esclavos, sustituyeron al mismo tiempo la agricultura por la ganadería y arruinaron a Italia, como ya Plinio sabía (*latifundia Italiam perdidere*). Durante la Edad Media domina en toda Europa (señaladamente en las zonas de roturación de tierras vírgenes) el cultivo por campesinos independientes; para lo que discutimos ahora es indiferente que tuvieran que rendir prestaciones a algún señor feudal, así como la entidad de éstas. Los colonos de la Frisia, la Baja Sajonia, Flandes y el Bajo Rin, que pusieron en cultivo la tierra arrebatada a los eslavos al este del Elba, lo hicieron como campesinos libres y aprovechando tasas de interés muy favorables, en modo alguno sometidos a "algún tipo de trabajo servil". La mayor parte de la tierra norteamericana ha sido abierta a la agricultura por el trabajo de campesinos libres, mientras que los grandes terratenientes del Sur, con sus esclavos y su cultivo destructor, agotaron el suelo hasta que ya no fue capaz de alimentar más que abetos, de tal modo que el algodón tuvo que ir emigrando cada vez más al Oeste. En Australia y Nueva Zelanda han fracasado todos los intentos del Gobierno inglés de

producir artificialmente una aristocracia de la tierra. En resolución: si exceptuamos las colonias tropicales y subtropicales, en las que el clima impide al europeo realizar trabajos agrícolas, el gran señor de la tierra que rotura el suelo por medio de sus esclavos o siervos, sometiendo así la naturaleza a su dominio, resulta una pura imagen de la fantasía. La verdad es lo contrario. Cuando en la Antigüedad se presenta el gran terrateniente, como en Italia, no convierte tierra agreste en campo fértil, sino que transforma la tierra de labor preparada por el campesino en pastos para el ganado, despuebla y arruina todo el país. Sólo en tiempos modernos, desde que una población más densa ha aumentado el valor del terreno, y señaladamente desde que el progreso de la agronomía ha hecho aprovechable también la tierra mala, ha empezado la gran propiedad territorial a intervenir en gran escala en la roturación de tierras vírgenes y de pastos, y ello principalmente robando a los campesinos sus tierras comunales, igual en Inglaterra que en Alemania. Pero ni siquiera esto ha carecido de contrapeso. Por cada acre de tierras comunales que los grandes terratenientes han roturado en Inglaterra, han transformado en Escocia por lo menos tres acres de tierra ya roturada en pastos para ovinos, y, al final, incluso en cotos de caza mayor.

Nos estamos interesando aquí exclusivamente por la afirmación del señor Dühring según la cual la roturación de grandes extensiones de tierra —es decir, aproximadamente toda la zona de cultivos— no ha tenido lugar "jamás ni en ningún lugar" sino por medio de grandes terratenientes y de siervos; hemos visto que esa afirmación tiene "como presupuesto" una ignorancia histórica verdaderamente inaudita. Pero no nos preocupamos aquí de si en diversas épocas los esclavos han cultivado terrenos ya roturados, o roturados en gran parte (como ocurrió en la edad del florecimiento griego), o de si lo han hecho los siervos (como ocurrió en las explotaciones serviles desde la Edad Media); tampoco discutimos ahora cuál ha sido la función social de los grandes terratenientes en diversas épocas.

Y tras habernos presentado este magistral cuadro fantástico en el que no se sabe qué admirar más, si el arte de prestidigitador con que está compuesto o la falsificación histórica en que consiste, el señor Dühring exclama triunfalmente:

> Como es natural, todos los demás géneros de riqueza distributiva *se explican históricamente de un modo análogo*.

Con lo que se ahorra, naturalmente, el tener que decir una palabrita siquiera sobre el origen del capital, por ejemplo. Si el señor Dühring no quiere decir con su dominio del hombre por el hombre, como condición previa del dominio de la naturaleza por el hombre, sino que nuestra actual situación económica, el grado de desarrollo hoy alcanzado por la agricultura y la industria, es el resultado de una historia social desarrollada a través de contraposiciones de clase, relaciones de dominio y servidumbre, entonces está diciendo algo que desde el

Manifiesto Comunista ha tenido tiempo de sobra para convertirse en un lugar común. Lo que importa es explicar el origen de las clases y de las relaciones de dominio, y si el señor Dühring no dispone para esa explicación más que de la repetida palabra "violencia", no nos puede hacer avanzar ni un paso. El simple hecho de que los dominados y explotados son en todo tiempo mucho más numerosos que los dominantes y explotadores —lo que quiere decir que la fuerza real está del lado de aquéllos— basta para poner de manifiesto la necedad de toda esta teoría de la violencia y el poder. Hay que explicar aún las relaciones de dominio y servidumbre.

Estas han nacido de dos modos. Los hombres entran en la historia tal como primitivamente salen del reino animal en sentido estricto: aún semianimales, rudos, aún impotentes frente a las fuerzas naturales, aún sin conocer las propias, pobres, por tanto, como los animales, y apenas más productivos que ellos. Domina cierta igualdad en la situación vital, y también, para los cabezas de familia, una especie de igualdad en la posición social: por lo menos, hay una ausencia de clases sociales, ausencia que aún perdura en las comunidades espontáneas agrícolas de los posteriores pueblos de cultura. En todas esas comunidades hay desde el principio cierto interés común cuya preservación tiene que confiarse a algunos individuos, aunque sea bajo la supervisión de la colectividad: la resolución de litigios, la represión de extralimitaciones de los individuos más allá de lo que está justificado, vigilancia sobre las aguas, especialmente en los países calurosos, y, finalmente, funciones religiosas propias del selvático primitivismo de ese estadio. Tales funciones públicas se encuentran en las comunidades primitivas de todos los tiempos, en las más antiguas comunidades de las *marcas* germánicas igual que en la India actual. Están, naturalmente, provistas de cierto poder y son los comienzos del poder estatal. Las fuerzas productivas crecen paulatinamente; la población, adensándose, crea en un lugar intereses comunes, en otros intereses en pugna entre las diversas comunidades, cuya agrupación en grandes complejos suscita una nueva división del trabajo, la creación de órganos para proteger los intereses comunes y repeler los contrarios. Estos órganos, que ya como representantes de los intereses colectivos de todo el grupo asumen frente a cada comunidad particular una determinada posición que a veces puede ser incluso de contraposición, empiezan pronto a independizarse progresivamente, en parte por el carácter hereditario de los cargos, carácter que se introduce casi obviamente porque en ese mundo todo procede de modo natural y espontáneo, y en parte porque esos cargos van haciéndose cada vez más imprescindibles a causa de la multiplicación de los conflictos con otros grupos. No es necesario que consideremos ahora cómo esa independización de la función social frente a la sociedad pudo llegar con el tiempo a ser dominio sobre la sociedad, cómo el que empezó como servidor se transformó paulatinamente en señor cuando las circunstancias fueron favorables, cómo, según las condiciones dadas, ese señor apareció como déspota o sátrapa oriental, como príncipe tribal griego, como jefe de clan

céltico, etc., ni en qué medida durante esa transformación aplicó también la violencia; ni cómo, por último, las diversas personas provistas de dominio fueron integrando una clase dominante. Lo único que nos interesa aquí es comprobar que en todas partes subyace al poder político una función social: y el poder político no ha subsistido a la larga más que cuando ha cumplido esa su función social. Los muchos despotismos que han aparecido y desaparecido en Persia y la India sabían siempre muy bien que eran ante todo los empresarios colectivos de la irrigación de los valles fluviales, sin la cual no es posible la agricultura en esas regiones. Los cultos ingleses han sido los primeros que se han permitido olvidarlo en la India; los ingleses entregaron a la ruina los canales y las esclusas, y ahora están finalmente descubriendo, a causa del hambre que regularmente se produce, que han descuidado la única actividad que podía justificar su dominio de la India en la medida en que había justificado el de sus predecesores.

Pero junto a la formación de esa clase tuvo lugar la constitución de otra. La división espontánea del trabajo en el seno de la familia campesina permitió, alcanzado cierto nivel de bienestar, el añadido de una o más fuerzas de trabajo ajenas a la familia. Esto ocurrió sobre todo en las tierras en las que había desaparecido la vieja posesión comunitaria del suelo, o en las que, por lo menos, el antiguo cultivo colectivo había pasado a segundo término tras el cultivo separado de las distintas parcelas por las familias correspondientes. La producción estaba ya lo suficientemente desarrollada como para que la fuerza de trabajo humana pudiera producir más de lo que necesitaba para su simple sustento; existían medios para sostener más fuerza de trabajo, así como los necesarios para ocuparla; la fuerza de trabajo se convirtió así en un valor. Pero la propia comunidad y la asociación a la que pertenecía no podían suministrar fuerza de trabajo disponible suplementaria. La guerra la suministró, y la guerra es tan antigua como la existencia simultánea de varios grupos sociales en contacto. Hasta entonces no se había sabido qué hacer con los prisioneros de guerra; se les había matado simplemente, y antes habían sido comidos. Pero en el nivel de la "situación económica" ahora alcanzado, esos prisioneros cobraron un valor: se les dejó vivir y se utilizó su trabajo. En vez de dominar la situación económica, el poder y la violencia quedaron, pues, constreñidos al servicio de la situación económica. Así se inventó la *esclavitud*. La esclavitud se convirtió pronto en la forma dominante de la producción en todos los pueblos que se habían desarrollado más allá del viejo tipo de comunidad; pero al final fue también una de las causas principales de su decadencia. La esclavitud posibilitó la división del trabajo en gran escala entre la agricultura y la industria, y, con esa división del trabajo, posibilitó también el florecimiento del mundo antiguo, la civilización griega. Sin esclavitud no hay Estado griego, ni arte griego, ni ciencia griega; sin esclavitud no hay Imperio Romano. Y sin el fundamento del helenismo y del romanismo no hay tampoco Europa moderna. No deberíamos olvidar nunca que todo nuestro desarrollo económico, político e

intelectual tiene como presupuesto una situación en la cual la esclavitud fue reconocida como necesaria y universal. En este sentido podemos decir: no hay socialismo moderno sin esclavitud antigua.

Es muy fácil enzarzarse en vagos discursos a propósito de la esclavitud y otros fenómenos análogos, y derramar cólera altamente moral sobre semejantes vergüenzas. Pero con eso, desgraciadamente, no se hace sino repetir cosas por todos sabidas, a saber, que esas antiguas instituciones no corresponden ya a nuestra actual situación ni a los sentimientos determinados por ella. Y con eso no aprendemos nada acerca de cómo surgieron esas instituciones, por qué subsistieron y qué papel desempeñaron en la historia. Al atender, en cambio, a estas cuestiones, tenemos que decir, por contradictorio y herético que ello pueda parecer, que la introducción de la esclavitud fue en aquellas circunstancias un gran progreso. Es, en efecto, un hecho que la humanidad ha empezado en la animalidad, y que, por tanto, ha necesitado medios casi animales y barbáricos para conseguir salir a flote de la barbarie. Las viejas comunidades primitivas, donde subsistieron a pesar de todo, constituyen precisamente desde hace milenios el fundamento de la más grosera forma de Estado, el despotismo oriental, desde la India hasta Rusia. En cambio, donde aquellas comunidades se desintegraron, los pueblos han progresado por sus propios medios, y su primer progreso económico consistió precisamente en el aumento y el desarrollo de la producción por medio del trabajo esclavo. Está claro que mientras la humanidad fue tan poco productiva que no pudo suministrar más que un escaso excedente de sus medios de vida necesarios, el aumento de las fuerzas productivas, la extensión del tráfico, el desarrollo del Estado y el derecho y el nacimiento del arte y de la ciencia no eran posibles sino mediante una intensificación de la división del trabajo, la cual requería como fundamento la gran división básica de dicho trabajo entre las masas que realizaban el sencillo trabajo manual y los pocos privilegiados dedicados a dirigir el trabajo, el comercio, los asuntos del Estado y, más tarde, el arte y la ciencia. La forma más simple y espontánea de esa gran división del trabajo fue precisamente la esclavitud. Dados los presupuestos históricos del mundo antiguo, especialmente del griego, el progreso hacia una sociedad basada en contraposiciones de clase no podía realizarse más que bajo la forma de esclavitud. Hasta para el esclavo se trató de un progreso; los prisioneros de guerra que suministraban la masa de los esclavos conservaron al menos la vida, mientras que antes no podían contar más que con ser muertos e incluso asados.

Añadamos con esta ocasión que todas las contraposiciones históricas conocidas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, encuentran su explicación en esa productividad relativamente subdesarrollada del trabajo humano. Mientras la población que realmente trabaja está tan absorbida por su trabajo necesario que carece de tiempo para la gestión de los asuntos comunes de la sociedad —dirección del trabajo, asuntos de estado, cuestiones

jurídicas, arte, ciencia, etc.—, tuvo[*] que haber una clase especial liberada del trabajo real y que resuelva esas cuestiones, y esa clase no dejó nunca de cargar sobre las espaldas de las masas trabajadoras cada vez más trabajo en beneficio propio. El gigantesco aumento de las fuerzas productivas alcanzado por la gran industria permite finalmente dividir el trabajo entre todos los miembros de la sociedad sin excepción, limitando así el tiempo de trabajo de cada cual, de tal modo que todos se encuentren con tiempo libre para participar en los comunes asuntos de la sociedad, los teoréticos igual que los prácticos. Sólo ahora, pues, se ha hecho superfluo toda clase dominante y explotadora, y hasta se ha convertido en un obstáculo al desarrollo social; y sólo ahora será despiadadamente suprimida, por mucho que se encuentre en posesión del "poder inmediato".

Si, pues, el señor Dühring se permite arrugar la nariz ante la civilización griega, porque ésta se basaba en la esclavitud, puede reprochar a los griegos, con la misma justificación, que no tuvieran máquinas de vapor ni telégrafo eléctrico. Y cuando afirma que nuestra moderna servidumbre asalariada no es más que una herencia, algo transformada y suavizada, de la esclavitud, y no debe explicarse por sí misma (es decir, por las leyes económicas de la sociedad moderna), o bien está afirmando que el trabajo asalariado es, como la esclavitud, una forma de servidumbre y de dominio de clase, cosa que sabe todo el mundo, o bien está sosteniendo una tesis falsa. Pues con la misma razón podríamos decir que el trabajo asalariado debe explicarse exclusivamente como forma suavizada de la antropofagia, que es la forma hoy día generalmente comprobada de utilización primitiva del enemigo vencido.

Con eso estará claro cuál es el papel que desempeña la violencia en la historia, comparado con el desarrollo económico. En primer lugar, todo poder político descansa originariamente en una función económica, social, y aumenta en la medida en que, por disolución de las comunidades primitivas, los miembros de la sociedad se transforman en productores, con lo que se alejan cada vez más de los administradores de las funciones sociales colectivas. Luego, cuando el poder político se ha independizado ya frente a la sociedad, se ha transformado de servidor en señor, puede actuar en dos sentidos. O bien lo hace en el sentido y la dirección del desarrollo económico objetivo, en cuyo caso no existe roce entre ambos y se acelera el desarrollo económico, o bien obra contra este desarrollo, y entonces sucumbe, con pocas excepciones, al desarrollo económico. Estas pocas excepciones son casos aislados de conquista en los cuales los salvajes conquistadores aniquilan o expulsan a la población de un país, y destruyen o dejan agotarse las fuerzas productivas con las que nada saben hacer. Así hicieron los cristianos, al conquistar la España musulmana, con la mayor parte de los ingenios de irrigación en que se habían basado

[*] Esta discordancia en los tiempos verbales ("está absorbida", "carece", frente a "tuvo") se encuentra en el texto alemán. Se conserva en la traducción porque podría revelar, por debajo del mero descuido estilístico, una vacilación en la formulación de la tesis.

la agricultura y la horticultura de los moros. La conquista por un pueblo más atrasado perturba siempre, como es natural, el desarrollo económico, y destruye innumerables fuerzas productivas. Pero en la inmensa mayoría de los casos de conquista duradera o consolidada, el conquistador más primitivo tiene que adaptarse a la "situación económica" más desarrollada tal como ésta queda pasada la conquista; el conquistador es asimilado por los conquistados y tiene incluso que adoptar su lengua la mayoría de las veces. Pero cuando —aparte de los casos de conquista— el poder estatal interno de un país entra en contraposición con su desarrollo económico, como ha ocurrido hasta ahora, alcanzado cierto estadio, con casi todo poder político, la lucha ha terminado siempre con la caída del poder político. Sin excepciones e inflexiblemente, la evolución económica se ha abierto camino. Hemos citado ya el último ejemplo categórico: la Revolución Francesa. Si la situación económica y, con ella, la constitución económica de un determinado país dependieran, como quiere el señor Dühring, simplemente del poder político, no podría entenderse por qué a pesar de su "magnífico ejército" no consiguió Federico Guillermo III, luego de 1848, injertar los gremios medievales y otras manías románticas en los ferrocarriles, las máquinas de vapor y la gran industria de su país, entonces en pleno desarrollo; ni tampoco por qué el emperador de Rusia, que aún es mucho más poderoso, no sólo no puede pagar sus deudas, sino que tampoco consigue siquiera mantener su "poder" sin estar siempre dando sablazos a la "situación económica" de la Europa occidental.

Para el señor Dühring, el poder es lo absolutamente malo, el primer acto de poder es el pecado original, y toda su exposición es una jeremiada sobre la inoculación de pecado original que aquel acto fue para toda la historia sida, sobre el innoble falseamiento de todas las leyes naturales y sociales por aquel poder diabólico que es la fuerza. El señor Dühring no sabe una palabra de que la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario; de que, según la palabra de Marx, es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva; de que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigidecidas y muertas. Sólo con suspiros y, gemidos admite la posibilidad de que tal vez sea necesaria la violencia para derribar la economía de la explotación del hombre: por desgracia, pues toda aplicación de la violencia desmoraliza al que la aplica. Esto hay que oír, cuando toda revolución victoriosa ha tenido como consecuencia un gran salto moral y espiritual. Y hay que oírlo en Alemania, donde un choque violento —que puede imponerse inevitablemente al pueblo— tendría por lo menos la ventaja de extirpar el servilismo que ha penetrado en la conscien-cia nacional como secuela de la humillación sufrida en la guerra de los Treinta Años. ¿Y esa mentalidad de predicador, pálida, sin savia y sin fuerza, pretende imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia?

Escrito: Por Engels (con contribuciones de Marx).

Publicado por primera vez como artículo
en el diario *Vorwärts*, Leipzig, 1877-1878.
La primera edición separada apareció en Leipzig, en 1878.
Versión al castellano: Engels, ***Anti-Dühring***,
sección segunda, cap. II, III y IV, págs. 151-178.
Instituto del Marxismo-Leninismo & Editorial Progreso, Moscú.

NOTAS

[1] Con este título se incluyen en esta edición tres capítulos correspondientes al libro de Federico Engels *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* o *Anti-Dühring* (publicado por primera vez como serie de artículos en 1877-1878 y como libro, en 1878). Contienen una crítica a la "teoría de la violencia" de Dühring, filósofo pequeñoburgués, ecléctico y vulgar, y se exponen en ellos —en oposición a la teoría de Dühring— las tesis fundamentales del materialismo histórico.
Desde las posiciones del materialismo dialéctico e histórico, Engels pone de manifiesto en estos capítulos, el vínculo entre la economía y la política, y muestra el papel determinante de la primera, así como la activa influencia inversa de la superestructura política sobre la base económica. Esclarece de qué manera el ejército y la flota dependen de las condiciones económicas y analiza las bases materiales en que se apoya el desarrollo de las fuerzas armadas y la táctica militar.
Su reseña del desarrollo del arte militar, desde la Edad Media hasta la década del 70 del siglo XIX, constituye una profunda generalización de la historia de las guerras, una síntesis de los más importantes resultados alcanzados en aquella época por la ciencia marxista en ese aspecto. *Ed.*

[2] Se refiere a la guerra revolucionaria de liberación, por la independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra, que se prolongó de 1775 a 1783. La causa fundamental de la contienda fue la aspiración de independencia de la nación burguesa norteamericana en formación, su tendencia a eliminar las barreras que la dependencia colonial de Inglaterra interponía al desarrollo del capitalismo. Durante los primeros años, el curso de la guerra favoreció a los ingleses, pero la victoria de las tropas norteamericanas, en Saratoga, en octubre de 1777, imprimió un viraje a la marcha de las operaciones bélicas. Las contradicciones entre Inglaterra y algunas potencias europeas fueron un factor propicio para las colonias. En 1778 Francia declaró la guerra a aquélla; España hizo lo propio en 1779, y más tarde también Holanda. La política de Rusia favoreció a las colonias norteamericanas, pues en 1780 proclamó el principio de defensa armada de los barcos mercantes neutrales que navegaban hacia los puertos de los países que combatían contra Inglaterra, y concertó con Holanda,

Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria y otros Estados acuerdos para apoyar la neutralidad armada. El 19 de octubre de 1781, las fuerzas principales de los ingleses capitularon en Yorktown, y poco después Inglaterra tuvo que firmar el tratado de paz (definitivamente en setiembre de 1783, en Versalles), reconociendo la independencia de sus antiguas colonias, las que constituyeron un nuevo Estado: Estados Unidos dg América.
En la guerra por la independencia desempacaron un papel decisivo las amplias capas de granjeros, obreros y pequeña burguesía urbana que formaban el núcleo fundamental de las milicias norteamericanas, mal instruidas y poco organizadas al principio, peto muy superiores al ejército inglés (integrado en gran parte por mercenarios reclutados en los principados alemanes) en cuanto a su moral y táctica. No obstante, los frutos de la victoria correspondieron a los dueños de las plantaciones y a la gran burguesía, quienes implantaron en EE.UU. un régimen de despiadada explotación de los trabajadores y conservaron la esclavitud de los negros en los Estados del sur. *Ed.*

[3] La Revolución Francesa de fines del siglo XVIII derivó en un conflicto entre la Francia revolucionaria y los Estados absolutistas feudales de Europa. La aristocracia y la gran burguesía inglesas fueron el enemigo más acerbo de la Revolución Francesa. En 1791, con el apoyo de Inglaterra y de la Rusia zarista, se formó la coalición contrarrevolucionaria de Prusia y Austria que, en la primavera de 1792, declaró la guerra a Francia. En 1793, Inglaterra, Holanda, España, Nápoles, Cerdeña y otros pequeños Estados germanos e italianos se unieron abiertamente a esa coalición. Junto con la invasión de Francia por los ejércitos de la coalición se produjeron complots e insurrecciones internos contra la República, La lucha contra los intervencionistas y la contrarrevolución interna elevó enormemente el espíritu patriótico y revolucionario de las masas populares en Francia. El 23 de agosto de 1793, por decreto de la Convención Nacional, se implantó el servicio militar obligatorio, con lo que quedaba sentado el principio de creación de un sistema burgués de fuerzas armadas masivas. Entre 1793 y 1794, los ejércitos revolucionarios, en los que predominaban los voluntarios impulsados por la idea de defender a la patria, lograron asestar varios golpes demoledores al adversario y, en algunos sectores del frente, desplazar la guerra al territorio enemigo.
Cuando en el verano de 1794 cayó el gobierno revolucionario de los jacobinos y el poder pasó a manos de la gran burguesía, las guerras de la República Francesa, que hasta entonces eran guerras justas, de liberación, pasaron a ser guerras de conquista, destinadas a subyugar a otros pueblos de Europa, hecho que se puso de manifiesto en particular después del golpe contrarrevolucionario del general Napoleón Bonaparte, en 1799. Éste aprovechó las modificaciones progresistas que la revolución había introducido en la organización de las fuerzas armadas, la estrategia y la táctica, y las puso al servicio de la política de conquista de la gran burguesía. *Ed.*

[4] Engels subraya permanentemente el gran papel que cupo a la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII en el desarrollo de los ejércitos burgueses y del arte militar burgués. "El sistema contemporáneo de conducción de la guerra —dice en 1851, en su trabajo inconcluso *Posibilidades y premisas de la guerra de la Santa Alianza contra Francia 1852*— es un resultado natural de la Revolución Francesa; su premisa reside en la emancipación social y política de la *burguesía y el pequeño campesinado*. La burguesía facilita el dinero; los campesinos, los soldados; la emancipación de ambas clases de las trabas feudales y de las corporaciones es condición imprescindible para el surgimiento de los colosales ejércitos modernos; por otra parte, hace falta el nivel de riquezas e instrucción inherente a la etapa actual del desarrollo social, para garantizar a esos ejércitos la cantidad indispensable de armamento, pertrechos, víveres, etc., para formar los oficiales instruidos necesarios y lograr un grado de desarrollo de los propios soldados, acorde con las nuevas exigencias militares." (Marx y Engels, *Obras*, t. VIII) Engels consideraba que los ejércitos burgueses, formados en el período de la Revolución burguesa en Francia y de las guerras napoleónicas, se caracterizaban por su composición de masas y por una movilidad más elevada que la de los ejércitos prerrevolucionarios de los Estados absolutistas feudales, cuya falta de movilidad "... es un fiel reflejo del régimen feudal" (ídem). "Sus dos *pivots* [ejes] —escribía, refiriéndose al sistema militar francés— son: las magnitudes masivas de sus medios de ofensiva, encarnados en hombres, caballos y cañones, por una parte, y por otra, la movilidad de ese aparato de ofensiva" (ídem). *Ed.*

[5] Este juicio se refiere a las perspectivas inmediatas de desarrollo del arte militar después de la terminación de la guerra franco-prusiana, y no debe ser considerado como una negación de que más adelante pudieran surgir nuevos medios de lucha armada. En las décadas del 80 y 90 del siglo XIX, Engels vio con claridad el peligro de que surgieran nuevas guerras, y de mucha mayor magnitud que la franco-prusiana, antes que la revolución proletaria mundial terminase con el militarismo. En relación con ello, señaló la tendencia de la técnica militar a un posterior desarrollo, aunque, como es natural, no podía prever plenamente la envergadura que alcanzaría éste en la época del imperialismo. En 1893, en su trabajo: *¿Es posible el desarme de Europa*?, escribe: "Extraña paradoja: nuestros altos círculos militares son en su mayor parte en extremo conservadores, precisamente en lo que concierne a su especialidad, cuando sería difícil encontrar un ámbito tan revolucionario como' el militar. Parecería que han pasado siglos entre el obús liso de seis o siete libras, que manejaba en mis tiempos en Kupfergraben, y los modernos cañones rayados de retrocarga; entre los fusiles lisos de gran calibre de entonces y el moderno fusil de repetición de cinco milímetros; pero esto está lejos de ser el límite; cada día la técnica desecha lo que un tiempo antes había adoptado. Ahora ha desplazado hasta el romántico humo de la pólvora, con lo que da a la batalla un carácter totalmente distinto e inicia un rumbo absolutamente imposible de

prever. Y esa revolucionarización incesante de las bases técnicas del arte militar nos obligará cada vez más a tener en cuenta magnitudes no sujetas a control alguno" (C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, parte II). *Ed.*

[6] En 1872, en Rusia fue botado el acorazado "Pedro el Grande" —construido según proyectos del almirante A. Popov—, que contaba con excelentes cualidades de navegación y un poderoso blindaje. La creación de esa nave demostró la maestría de los constructores de barcos rusos. Pero debido al atraso económico de la Rusia zarista, los adelantos científicos y técnicos, tanto en este terreno como en muchos otros, se llevaban a cabo con lentitud. *Ed.*

DE LA AUTORIDAD[*]

F. Engels

Algunos socialistas han emprendido últimamente una verdadera cruzada contra lo que ellos llaman principio de autoridad. Basta con que se les diga que este o el otro acto es autoritario para que lo condenen. Hasta tal punto se abusa de este método sumario de proceder, que no hay más remedio que examinar la cosa un poco más de cerca. Autoridad, en el sentido de que se trata, quiere decir: imposición de la voluntad de otro a la nuestra; autoridad supone, por otra parte, subordinación. Ahora bien; por muy mal que suenen estas dos palabras y por muy desagradable que sea para la parte subordinada la relación que representan, la cuestión está en saber si hay medio de prescindir de ella, si —dadas las condiciones actuales de la sociedad— podemos crear otro régimen social en el que esta autoridad no tenga ya objeto y en el que, por consiguiente, deba desaparecer. Examinando las condiciones económicas, industriales y agrícolas, que constituyen la base de la actual sociedad burguesa, nos encontramos con que tienden a reemplazar cada vez más la acción aislada por la acción combinada de los individuos. La industria moderna, con grandes fábricas y talleres, en los que centenares de obreros vigilan la marcha de máquinas complicadas movidas a vapor, ha venido a ocupar el puesto del pequeño taller del productor aislado: los coches y los carros para grandes distancias han sido sustituidos por el ferrocarril, como las pequeñas goletas y falúas lo han sido por los barcos a vapor. La misma agricultura va cayendo poco a poco bajo el dominio de la máquina y del vapor, los cuales remplazan, lenta pero inexorablemente, a los pequeños propietarios por grandes capitalistas, que cultivan, con ayuda de obreros asalariados, grandes extensiones de tierra. La acción coordinada, la complicación de los procedimientos, supeditados los unos a los otros, desplaza en todas partes a la acción independiente de los individuos. Y quien dice acción coordinada dice organización. Ahora bien, ¿cabe organización sin autoridad?

---

[*] En el trabajo de Engels *De la autoridad* se someten a profunda crítica las concepciones de los bakuninistas, que negaban toda clase de autoridad y se argumentan las concepciones marxistas en el problema de la actitud de la revolución proletaria hacia el Estado. Engels denuncia la esencia anticientífica y antirrevolucionaria de la idea anarquista de «supresión del Estado» ya antes de que se supriman las relaciones sociales que lo han engendrado. Engels critica duramente el dogmatismo y el sectarismo de los anarquistas.

Supongamos que una revolución social hubiera derrocado a los capitalistas, cuya autoridad dirige hoy la producción y la circulación de la riqueza. Supongamos, para colocarnos por entero en el punto de vista de los antiautoritarios, que la tierra y los instrumentos de trabajo se hubieran convertido en propiedad colectiva de los obreros que los emplean. ¿Habría desaparecido la autoridad, o no habría hecho más que cambiar de forma? Veamos.

Tomemos, a modo de ejemplo, una fábrica de hilados de algodón. El algodón, antes de convertirse en hilo, tiene que pasar, por lo menos, por seis operaciones sucesivas; operaciones que se ejecutan, en su mayor parte, en diferentes naves. Además, para mantener las máquinas en movimiento, se necesita un ingeniero que vigile la máquina de vapor, mecánicos para las reparaciones diarias y, además, muchos peones destinados a transportar los productos de un lugar a otro, etc. Todos estos obreros, hombres, mujeres y niños están obligados a empezar y terminar su trabajo a la hora señalada por la autoridad del vapor, que se burla de la autonomía individual. Lo primero que hace falta es, pues, que los obreros se pongan de acuerdo sobre las horas de trabajo; a estas horas, una vez fijadas, quedan sometidos todos sin ninguna excepción. Después, en cada lugar y a cada instante surgen cuestiones de detalle sobre el modo de producción, sobre la distribución de los materiales, etc., cuestiones que tienen que ser resueltas al instante, so pena de que se detenga inmediatamente toda la producción. Bien se resuelvan por la decisión de un delegado puesto al frente de cada rama de producción o bien por el voto de la mayoría, si ello fuese posible, la voluntad de alguien tendrá siempre que subordinarse; es decir, que las cuestiones serán resueltas autoritariamente. El mecanismo automático de una gran fábrica es mucho más tiránico que lo han sido nunca los pequeños capitalistas que emplean obreros. En la puerta de estas fábricas, podría escribirse, al menos en cuanto a las horas de trabajo se refiere: *Lasciate ogni autonomia, voi che entrate!*[*] Si el hombre, con la ciencia y el genio inventivo, somete a las fuerzas de la naturaleza, éstas se vengan de él sometiéndolo, mientras las emplea, a un verdadero despotismo, independientemente de toda organización social. Querer abolir la autoridad en la gran industria, es querer abolir la industria misma, es querer destruir las fábricas de hilados a vapor para volver a la rueca.

Tomemos, para poner otro ejemplo, un ferrocarril. También aquí es absolutamente necesaria la cooperación de una infinidad de individuos, cooperación que debe tener lugar a horas muy precisas, para que no se produzcan desastres. También aquí, la primera condición para que la empresa marche es una voluntad dominante que zanje todas las cuestiones secundarias. Esta voluntad puede estar representada por un solo delegado o por un comité encargado de ejecutar

[*] "¡Quien entre aquí, renuncie a toda autonomía!". Parafraseado de la *Divina comedia* de Dante. "Infierno", canto III, estrofa 3. *Traducido del italiano.* (*N. de la Edit.*)

los acuerdos de una mayoría de interesados. Tanto en uno como en otro caso existe autoridad bien pronunciada. Más aún: ¿qué pasaría con el primer tren que arrancara, si se aboliese la autoridad de los empleados del ferrocarril sobre los señores viajeros?

Pero, donde más salta a la vista la necesidad de la autoridad, y de una autoridad imperiosa, es en un barco en alta mar. Allí, en el momento de peligro, la vida de cada uno depende de la obediencia instantánea y absoluta de todos a la voluntad de uno solo.

Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios, no han sabido responderme más que esto:

"¡Ah! eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, sino ¡de un encargo!" Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre. He aquí cómo se burlan del mundo estos profundos pensadores.

Hemos visto, pues, que, de una parte, cierta autoridad, delegada como sea, y de otra, cierta subordinación, son cosas que, independientemente de toda organización social, se nos imponen con las condiciones materiales en las que producimos y hacemos circular los productos.

Y hemos visto, además, que las condiciones materiales de producción y de circulación se extienden inevitablemente con la gran industria y con la gran agricultura, y tienden cada vez más a ensanchar el campo de esta autoridad. Es, pues, absurdo hablar del principio de autoridad como de un principio absolutamente malo y del principio de autonomía como de un principio absolutamente bueno. La autoridad y la autonomía son cosas relativas, cuyas esferas verían en las diferentes fases del desarrollo social. Si los autonomistas se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.

¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿No han

visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?

Así pues, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción.

Escrito por F. Engels de octubre de 1872 a marzo de 1873
Primera edición: En diciembre de 1873
en el *Almanacco Repubblicano per l'anno 1874*.
Se publica de acuerdo con el texto del almanaque.
Traducido del italiano.
Edición: C. Marx y F. Engels *OBRAS ESCOGIDAS*
Tomo II, pág. 439

EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA[1]

F. Engels

Apliquemos ahora nuestra teoría a la historia contemporánea de Alemania y a su práctica de la violencia a hierro y sangre. Veremos claramente la causa de que la política de hierro y sangre había de tener éxito temporal y de que deba hundirse por fin.

En 1815, el Congreso de Viena[2] vendió y repartió Europa de tal manera que el mundo entero pudo convencerse de la incapacidad total de los potentados y los hombres de Estado. La guerra general de los pueblos contra Napoleón fue la reacción del sentimiento nacional de todos los pueblos que éste pisoteara. En recompensa, los príncipes y los diplomáticos del Congreso de Viena pisotearon aún con más desprecio este sentimiento nacional. La dinastía más pequeña valía más que el pueblo más grande. Alemania e Italia volvieron a ser fraccionadas en pequeños Estados. Polonia fue desmembrada por cuarta vez, Hungría seguía subyugada. Y no se puede decir siquiera que los pueblos hayan sido víctimas de una injusticia: ¿por qué lo admitieron y por qué saludaron en el zar ruso[i] a su liberador?

Pero eso no podía durar mucho. Desde fines de la Edad Media, la historia trabaja en el sentido de constituir en Europa grandes Estados nacionales. Sólo Estados de ese tipo forman la organización política normal de la burguesía europea en el poder y ofrecen a la vez, la condición indispensable para el establecimiento de la colaboración internacional armoniosa entre los pueblos, sin la cual es imposible el poder del proletariado. Para asegurar la paz internacional, es preciso primero eliminar todos los roces nacionales evitables, es preciso que cada pueblo sea independiente y señor en su casa. Y, efectivamente, con el desarrollo del comercio, de la agricultura, de la industria y, a la vez, del poderío social de la burguesía, el sentimiento nacional se había elevado en todas partes, y las naciones dispersas y oprimidas exigían unidad e independencia.

Por ello, en todas partes, excepto Francia, la meta de la revolución de 1848 era satisfacer las reivindicaciones nacionales a la par que las exigencias de libertad. Pero, detrás de la burguesía, que merced al primer asalto, se vio victoriosa, se alzaba por doquier la figura amenazante del proletariado, con cuyas manos, en realidad, había sido lograda la victoria, y eso puso a la burguesía en los brazos del adversario recién vencido, en los brazos de la reacción monár-

quica, burocrática, semifeudal y militar, de cuyas manos sucumbió la revolución de 1849. En Hungría, donde las cosas ocurrieron de otro modo, entraron los rusos y aplastaron la revolución. Sin contentarse con eso, el zar se fue a Varsovia y se erigió en árbitro de Europa. Nombró a Cristiano de Glucksburg, su dócil criatura, para la sucesión del trono de Dinamarca. Humilló a Prusia como ésta jamás había sido humillada, prohibiéndole hasta los más tímidos deseos de explotar las tendencias alemanas a la unidad, constriñéndola a restaurar la Dieta federal[3] y a someterse a Austria. Todo el resultado de la revolución se redujo, por tanto, a primera vista, a la instauración en Austria y Prusia de un gobierno de la forma constitucional, pero en el espíritu viejo. El zar ruso se hizo amo y señor de Europa aún más que antes.

Pero, en realidad, la revolución sacó de un solo poderoso golpe a la burguesía, incluso en los países desmembrados y, en particular, en Alemania, de la vieja rutina tradicional. La burguesía logró una participación, aunque modesta, en el poder político, y cada éxito político suyo lo utiliza en beneficio del ascenso industrial. El "año loco"[4], que felizmente había pasado, mostró a la burguesía de una manera palpable que debía poner fin de una vez y para siempre al letargo y a la indolencia de otros tiempos. A raíz de la lluvia de oro de California y de Australia[5] y de otras circunstancias se produjo una inusitada ampliación de las relaciones comerciales mundiales y una animación en los negocios jamás vista; lo único que había que hacer era no perder la ocasión y asegurarse uno su participación. La gran industria, cuyas bases habían sido sentadas desde 1830 y, sobre todo, desde 1840 en el Rin, en Sajonia, en Silesia, en Berlín y en algunas ciudades del Sur, comenzó a extenderse y a perfeccionarse rápidamente; la industria a domicilio en los cantones se extendía más y más. La construcción de ferrocarriles se aceleró, y el enorme crecimiento de la emigración creó una línea transatlántica alemana que no necesitaba subvenciones. Los comerciantes alemanes comenzaron a afianzarse en proporciones mayores que nunca en todas las plazas comerciales ultramarinas; se erigieron en intermediarios de una parte cada vez más importante del comercio mundial, comenzando poco a poco a atender las ventas no sólo de los artículos ingleses, sino también alemanes. Pero, la división de Alemania en pequeños Estados con sus distintas y múltiples legislaciones del comercio y los oficios había de convertirse pronto en traba insoportable para esa industria cuyo nivel se había elevado inmensamente, y para el comercio que dependía de ella!. ¡Cada dos millas un derecho comercial distinto, por doquier condiciones diferentes en el ejercicio de una misma profesión, en todas partes cada vez nuevas triquiñuelas, nuevas trampas burocráticas y fiscales y, con frecuencia, barreras gremiales, contra las que no ayudaban ni siquiera las patentes oficiales! ¡Además, las numerosas legislaciones locales, las limitaciones del derecho de estancia que impedían a los capitalistas trasladar en suficiente cantidad la mano de obra que se hallaba a su disposición allí donde el mineral, el carbón, la fuerza hidráulica y otros recursos naturales permitían establecer empresas industriales! La posi-

bilidad de explotar libremente la mano de obra masiva del país fue la primera condición del progreso industrial; pero, en todas partes en las que el industrial patriota reunía a obreros procedentes de todos los confines, la policía y la asistencia pública se oponían al establecimiento de los inmigrados. Un derecho civil alemán, la completa libertad de domicilio para todos los ciudadanos del Imperio, una legislación industrial y comercial única no eran ya fantasías patrióticas de estudiantes exaltados, sino que constituían las condiciones de existencia necesarias para la industria.

Además, en cada Estado, incluso enano, había su propia moneda, regían distintos sistemas de pesas y medidas, hasta dos o tres en un mismo Estado. Y de todas estas innumerables monedas, medidas o pesas ninguna era reconocida en el mercado mundial. ¿Podía acaso extrañar que los comerciantes y los industriales que tenían que presentarse en el mercado mundial o hacer la competencia a las mercancías importadas debiesen usar monedas, medidas y pesas extranjeras, además de las propias; que el hilado de algodón se pesase en libras inglesas, los tejidos de seda se fabricasen en metros, las cuentas para el extranjero se estableciesen en libras esterlinas, en dólares y en francos? ¿Cómo podían surgir grandes establecimientos de crédito sobre la base de sistemas monetarios de tan limitada propagación, aquí con billetes de banco en gúldenes, allí en táleros prusianos, al lado en táleros de oro, en táleros a "nuevos dos tercios", en marco de banco, en marco corriente, en monedas de veinte y de veinticuatro gúldenes, y todo acompañado de infinitos cálculos y fluctuaciones del cambio? Incluso cuando se lograba superar, en fin, todo eso, ¡cuántas fuerzas costaban todos estos roces, cuánto dinero se perdía y tiempo! Y en Alemania se comenzó también, por fin, a comprender que, en nuestros días, el tiempo es dinero. La joven industria alemana debía mostrar lo que valía en el mercado mundial: sólo podía crecer mediante la exportación. Pero, para ello debía contar en el extranjero con la protección del derecho internacional. El comerciante inglés, francés o norteamericano podía permitirse en el extranjero incluso más que en su casa. La legación de su país intervendría en favor suyo y, en caso de necesidad, intervendrían varios buques de guerra. ¿Y el comerciante alemán? El austríaco podía aún contar hasta cierto grado con su legación en el Levante, pues en otros lugares no le ayudaba mucho. Pero, cuando un comerciante prusiano se quejaba en su embajada de alguna injusticia de que había sido víctima, le respondían siempre: "¡Lo tiene bien merecido! ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no se queda tranquilamente en su casa?" Y el súbdito de algún Estado pequeño no gozaba de derecho alguno en ninguna parte. Dondequiera que llegasen los comerciantes alemanes se hallaban siempre bajo una protección extranjera —francesa, inglesa, norteamericana— o tenían que naturalizarse rápidamente en su nueva patria[ii]. Incluso si su legación quisiese intervenir en favor de ellos, ¿qué ayudaría? A los propios cónsules y embajadores alemanes les trataban como a unos limpiabotas.

De ahí se ve que las aspiraciones de una "patria" única tenían una base muy material. No era ya la aspiración nebulosa de las corporaciones de estudiantes reunidos en sus festejos de Wartburg[6], cuando "el valor y la fuerza ardían en las almas alemanas" y cuando, como se dice en una canción con música francesa, "quería el joven ir al ferviente combate y a la muerte por su patria"[iii], a fin de restaurar la romántica pompa imperial de la Edad Media; y, al declinar los años, ese joven ardiente se convertía en un criado corriente, pietista y absolutista, de su príncipe. No era ya un llamamiento a la unidad, mucho más terrenal, de los abogados y otros ideólogos burgueses de la fiesta de los liberales de Hambach[7], que se creían que amaban la libertad y la unidad como tales, sin darse cuenta de que la helvetización de Alemania para formar una república de pequeños cantones, a lo que se reducían los ideales de los más sensatos de ellos, era tan imposible como el Imperio de Hohenstaufen de los mencionados estudiantes. No, era el deseo del comerciante práctico y de los industriales, nacido de la necesidad inmediata de los negocios, de barrer la basura legada por la historia de los pequeños Estados, que obstruía el camino del libre desarrollo del comercio y la industria, de suprimir todos los impedimentos superfluos que esperaban al negociante alemán en su tierra si quería presentarse en el mercado mundial y de los que estaban libres todos sus rivales. La unidad alemana devino una necesidad económica. Y los que la reivindicaban ahora sabían lo que querían. Habían sido formados en el comercio y para el comercio, se entendían y sabían cómo había que ponerse de acuerdo. Sabían que se debía pedir altos precios, pero que también se debía bajarlos sin mucho regateo. Cantaban acerca de la "patria del alemán", incluidas Estiria, Tirol y Austria "rica en victorias y gloria"[iv], así como:

"*Von der Maas bis an die Memel*
Von der Elsch bis an den Belt,
Deutschland, Deutschland über alles,
Über alles in der Welt"[v].

Y, de pagarse al contado, estaban dispuestos a bajar una parte considerable —del 25 al 30 por ciento— de esa patria que debía ser cada vez mayor[vi]. Su plan de unificación estaba hecho y podía ponerse en práctica inmediatamente. Pero, la unidad de Alemania no era una cuestión puramente alemana. Desde la guerra de los Treinta años[8], ningún asunto público alemán se había decidido sin la injerencia, muy sensible, del extranjero[vii]. En 1740, Federico II conquistó la Silesia con ayuda de los franceses. En 1803, Francia y Rusia dictaron palabra por palabra la reorganización del Sacro Imperio Romano por decisión de la diputación imperial[10]. Luego, Napoleón implantó en Alemania un orden de cosas que respondía a sus intereses. Finalmente, en el Congreso de Viena[viii], bajo la influencia de Rusia principalmente y de Inglaterra y Francia, fue dividida en treinta y seis Estados y más de doscientas parcelas de territorio grandes y pequeños, y las dinastías alemanas, exactamente igual que en la

Dieta de Ratisbona de 1802 a 1803[11], ayudaron lealmente a eso y agravaron aún más el desmembramiento del país. Por si fuera poco, unos trozos de Alemania fueron entregados a príncipes extranjeros. Así, Alemania, además de impotente y sin recursos, desgarrada por discordias intestinas, se encontró condenada a la nulidad desde el punto de vista político, militar e incluso industrial. Peor aún, Francia y Rusia, por precedentes repetidos, se tomaron el derecho a desmembrar Alemania, de la misma manera que Francia y Austria se arrogaron el de cuidar de que Italia permaneciese dividida. De este derecho imaginario se valió el zar Nicolás en 1850, al impedir del modo más grosero todo cambio de la Constitución, exigió y logró el restablecimiento de la Dieta federal, símbolo de la impotencia de Alemania.

Por tanto, no hubo de reconquistar la unidad de Alemania sólo en lucha contra los príncipes y otros enemigos del interior, sino también contra el extranjero. O incluso más: con la ayuda del extranjero. Y ¿cuál era a la sazón la situación en el extranjero?

En Francia, Luis Bonaparte había aprovechado la lucha entre la burguesía y la clase obrera para subir a la presidencia con la ayuda de los campesinos, y al trono imperial con la ayuda del ejército. Sin embargo, un nuevo emperador, Napoleón, llevado al trono por el ejército en las fronteras de la Francia de 1815 era un aborto. El Imperio napoleónico renacido significaba la expansión de Francia hasta el Rin, la realización del sueño tradicional del chovinismo francés. Pero, en los primeros tiempos, no cabía hablar de la toma del Rin por Bonaparte; toda tentativa en este sentido hubiera tenido como consecuencia una coalición europea contra Francia. Mientras tanto se ofreció una ocasión para aumentar la potencia de Francia y conseguir nuevos laureles al ejército mediante una guerra, emprendida con el ascenso de casi toda Europa, contra Rusia, la cual se había aprovechado del período revolucionario en Europa Occidental para apoderarse con toda tranquilidad de los principados del Danubio y preparar una nueva guerra de conquista contra Turquía. Inglaterra se alió a Francia, Austria adoptó una actitud favorable respecto de las dos, sólo la heroica Prusia seguía besando el *knut* ruso, con el cual todavía ayer la fustigaban, y mantenía una neutralidad benevolente hacia Rusia. Pero ni Inglaterra ni Francia buscaban una victoria seria sobre el adversario, y, por eso, la guerra terminó con una humillación muy ligera de Rusia y con una alianza ruso-francesa contra Austria[ix].

La guerra de Crimea hizo de Francia la potencia dirigente de Europa, y al aventurero Luis Napoleón, el héroe del día, lo que, en verdad, no quiere decir gran cosa. Pero, la guerra de Crimea no aportó aumento de territorio a Francia, por cuya razón iba preñada de una nueva guerra, en la que Luis Napoleón debía satisfacer su verdadera vocación de "aumentador de las tierras del Imperio"[x]. Esta nueva guerra fue preparada ya en el curso de la primera, cuando

Cerdeña recibió el permiso de unirse a la alianza occidental como satélite de la Francia imperial y especialmente como avanzadilla de éste contra Austria; la preparación de la guerra prosiguió al concluirse la paz mediante el acuerdo de Luis Napoleón con Rusia[12], a la que nada era más agradable que un castigo para Austria.

Luis Napoleón se hizo el ídolo de la burguesía europea. Y no sólo merced a la "salvación de la sociedad" del 2 de diciembre de 1851[13], con la que, la verdad sea dicha, puso fin al poder político de la burguesía, pero con tal de salvar el poder social de la misma; no sólo por haber mostrado que, en las condiciones favorables, el sufragio universal podía ser transformado en un instrumento de opresión de las masas; no sólo porque, bajo su reinado, la industria, el comercio y, sobre todo, la especulación y la Bolsa alcanzaron una prosperidad inaudita; sino, ante todo, porque la burguesía reconocía en él al primer "gran hombre de Estado" que era la carne de su carne y la sangre de su sangre. Era un advenedizo, como cualquier auténtico burgués. "Pasado por todas las aguas", conspirador carbonario en Italia, oficial de artillería en Suiza, distinguido vagabundo endeudado y agente de la policía especial en Inglaterra[14], pero siempre y en todas partes pretendiente al trono, con su pasado aventurero y con sus compromisos morales en todos los países, se había preparado para el papel de emperador de Francia y regidor de los destinos de Europa. Así, el burgués ejemplar, el burgués norteamericano, se prepara a devenir millonario mediante una serie de bancarrotas honestas y fraudulentas. Llegado a emperador, además de subordinar la política a los intereses del lucro capitalista y de la especulación bursátil, se atenía en la política misma a los principios de la Bolsa de valores y especulaba con el "principio de las nacionalidades". El desmembramiento de Alemania y de Italia habían sido hasta entonces un derecho inalienable de la política francesa: Luis Napoleón se puso inmediatamente a la venta al por menor de ese derecho a cambio de las llamadas compensaciones.

Estaba dispuesto a ayudar a Italia y Alemania a poner fin a su desmembramiento a condición de que Alemania e Italia le pagasen cada una su paso hacia la unificación nacional con concesiones territoriales. Eso, además de satisfacer el chovinismo francés y de llevar a la extensión progresiva del Imperio hasta las fronteras de 1801[15], volvía a hacer de Francia una potencia específicamente ilustrada y liberadora de los pueblos y colocaba a Luis Napoleón en la situación de protector de las nacionalidades oprimidas. Y toda la burguesía ilustrada e inspirada en ideas nacionales (puesto que estaba vivamente interesada en suprimir todo lo que podía obstaculizar los negocios en el mercado mundial) aclamó unánime ese espíritu de liberación universal.

Se comenzó en Italia[xi]. Aquí imperaba, desde 1849, de modo absoluto, Austria, pero, ésta era, a la sazón, la cabeza de turco de toda Europa. La pobre-

za de los resultados de la guerra de Crimea no se imputaba a la indecisión de las potencias occidentales, que no habían querido más que una guerra de ostentación, sino sólo a la posición indecisa de Austria, en la que nadie tenía más culpa que dichas potencias mismas. Pero Rusia se sentía tan ofendida por el avance de los austríacos hacia el Prut —gratitud por la ayuda rusa en Hungría en 1849 (aunque precisamente este avance la salvó)—, que acogía con placer cualquier ataque a Austria. Con Prusia no se contaba ya para nada, y en el Congreso de la paz de París[16] la trataron *en canaille*. Así, la guerra de liberación de Italia "hasta el Adriático", emprendida con la colaboración de Rusia, se inició en la primavera de 1859 y terminó ya en verano en el Mincio. Austria no fue arrojada de Italia, Italia no se vio "libre hasta el Adriático" y no fue unificada, Cerdeña aumentó su territorio; pero Francia obtuvo Saboya y Niza, llegando así a sus fronteras con la Italia de 1801[17].

Pero, los italianos no quedaron satisfechos. En Italia dominaba la manufactura propiamente dicha, y la gran industria se hallaba en pañales. La clase obrera estaba aún lejos de ser completamente expropiada y proletarizada; en las ciudades poseía aún sus propios medios de producción, mientras que, en el campo, el trabajo industrial suponía un ingreso secundario de los pequeños campesinos propietarios o arrendatarios. Por eso, la energía de la burguesía no había sido todavía socavada por el antagonismo de un proletariado moderno consciente de sus intereses de clase. Y por cuanto la división en Italia no se mantenía más que por la dominación extranjera de Austria, bajo cuya protección los abusos de los príncipes llegaron al extremo del mal gobierno, la nobleza, propietaria de grandes extensiones de tierra, y las masas populares urbanas estuvieron al lado de la burguesía, campeona de la independencia nacional. Pero, en 1859, se sacudió la dominación extranjera, excepto en Venecia; Francia y Rusia impidieron en lo sucesivo toda injerencia extranjera en Italia; nadie la temía más. E Italia tenía en la persona de Garibaldi a un héroe de carácter clásico, que podía hacer y hacía milagros. Acompañado de mil voluntarios derrocó todo el reino de Nápoles, unificó prácticamente a Italia y rompió la red artificial tramada por la política de Bonaparte. Italia estaba libre y, en realidad, unificada, pero no merced a las intrigas de Luis Napoleón, sino a la revolución.

Desde la guerra de Italia, la política exterior del Segundo Imperio no era ya secreto para nadie. Los vencedores del gran Napoleón debían ser castigados, pero, *l'un après l'autre*, uno tras otro. Rusia y Austria ya recibieron lo suyo, ahora el turno era de Prusia. Y a ésta la despreciaban más que nunca; su política durante la guerra de Italia había sido cobarde y miserable, igual que en los tiempos de la paz de Basilea de 1795[18]. La "política de las manos libres"[19] había llevado a Prusia a una situación en que ésta se vio completamente aislada en Europa, todos sus vecinos grandes y pequeños se alegraban con la idea del espectáculo de la Prusia derrotada completamente y al ver que sus manos estaban libres sólo para ceder a Francia la orilla izquierda del Rin.

En efecto, durante los primeros años que siguieron al de 1859, por doquier y, más que nada, en el propio Rin se propagó el convencimiento de que la orilla izquierda del Rin pasaba irrevocablemente a manos de Francia. Cierto es que no se ansiaba mucho ese paso, pero se le consideraba fatalmente inevitable y, la verdad sea dicha, no se le temía mucho. Renacían entre los campesinos y los pequeños burgueses de la ciudad los viejos recuerdos de los tiempos franceses, que les habían traído efectivamente la libertad; y entre la burguesía, la aristocracia financiera, sobre todo la de Colonia, estaba ya muy ligada a las fullerías del "Crédit Mobilier"[20] y otras compañías bonapartistas fraudulentas, y exigía a voz en cuello la anexión[xii]. Pero la pérdida de la orilla izquierda del Rin significaría el debilitamiento, no sólo de Prusia, sino también de Alemania. Y Alemania estaba más dividida que nunca. El enajenamiento entre Austria y Prusia llegó al extremo debido a la neutralidad de esta última durante la guerra de Italia; la pequeña chusma de príncipes miraba, con miedo y ansia a la vez, a Luis Napoleón, como protector futuro de una nueva Confederación del Rin[21]. Tal era la situación de la Alemania oficial. Y eso ocurría cuando sólo las fuerzas mancomunadas de toda la nación estaban en condiciones de impedir el desmembramiento del país. Ahora bien, ¿cómo mancomunar las fuerzas de toda la nación? Quedaban tres caminos abiertos después del fracaso de los intentos de 1848, casi todos nebulosos, fracaso que disipó precisamente muchas nubes.

El primer camino era el de la verdadera unificación del país mediante la supresión de todos los Estados separados, es decir, era un camino abiertamente revolucionario. En Italia, ese camino acababa de llevar a la meta: la dinastía de Saboya se puso al lado de la revolución, apropiándose de ese modo la corona italiana. Pero nuestros saboyanos alemanes, los Hohenzollern, lo mismo que sus Cavours más audaces *ý la* Bismarck eran absolutamente incapaces para tanto. El pueblo tendría que hacerlo él mismo, y en una guerra por la orilla izquierda del Rin sabría hacer todo lo necesario. La inevitable retirada de los prusianos al otro lado del Rin, el asedio de las plazas fuertes renanas y la traición de los príncipes de Alemania del Sur, que hubiera sucedido indudablemente, podían originar un movimiento nacional capaz de hacer añicos todo el poder de los dinastas. Y entonces, Luis Napoleón hubiera sido el primero en envainar la espada. El Segundo Imperio sólo podía luchar contra Estados reaccionarios, frente a los que aparecía como continuador de la revolución francesa, como liberador de los pueblos. Contra un pueblo que se hallaba en estado de revolución era impotente; además, la revolución alemana victoriosa podía dar un impulso al derrocamiento de todo el Imperio francés. Este sería el caso más favorable; en el peor de los casos, si los príncipes se pusiesen al frente del movimiento, la orilla izquierda del Rin se entregaría temporalmente a Francia, se denunciaría ante el mundo entero la traición activa o pasiva de los dinastas y se crearía una crisis de la que no habría otra salida que la revolución, la expulsión de los príncipes y la instauración de la República alemana única.

Tal y como estaban las cosas, Alemania sólo podía emprender ese camino de la unificación si Luis Napoleón comenzase la guerra por la frontera del Rin. Pero esta guerra no tuvo lugar por razones que expondremos más adelante. Mientras tanto, tampoco el problema de la unificación nacional dejaba de ser una cuestión urgente y vital que había que resolver de un día para otro so pena de hundimiento. La nación podía esperar hasta cierto momento.

El segundo camino era la unificación bajo la hegemonía de Austria. Austria había conservado en 1815 de buen grado su situación de Estado con territorio compacto y redondeado impuesta por las guerras napoleónicas. No pretendía más a sus posesiones anteriores en Alemania del Sur y se contentaba con que se le juntaran antiguos y nuevos territorios que se pudiesen ajustar geográfica y estratégicamente al núcleo restante de la monarquía. La separación de la Austria alemana del resto de Alemania, iniciada con la implantación de barreras aduaneras por José II, agravada por el régimen policíaco de Francisco I en Italia y llevada al extremo por la disolución del Imperio germánico y la formación de la Confederación del Rin, se mantuvo, prácticamente, en vigor incluso después de 1815. Metternich levantó entre su Estado y Alemania una verdadera muralla china. Las tarifas aduaneras impedían la entrada de productos materiales de Alemania, la censura, los espirituales; las más inverosímiles restricciones en materia de pasaportes limitaban al extremo mínimo las relaciones personales. En el interior, un absolutismo arbitrario, único incluso en Alemania, aseguraba al país contra todo movimiento político, hasta el más débil. De ese modo, Austria permanecía al margen de todo movimiento liberal burgués de Alemania. En 1848 se vinieron por tierra, en su mayor parte, al menos, las barreras espirituales que se habían levantado entre ellas; pero los acontecimientos de ese año y sus consecuencias no podían en absoluto contribuir a la aproximación entre Austria y el resto de Alemania; al contrario, Austria se jactaba más y más de su situación de gran potencia independiente. Y por eso, aunque se quería a los soldados austríacos en las fortalezas federales[22], mientras se odiaba y se burlaba de los prusianos, y aunque en todo el Sur y Oeste, preferentemente católicos, Austria era todavía popular y gozaba de respeto, nadie pensaba en serio en la unificación de Alemania bajo la dominación de Austria, salvo unos que otros príncipes de Estados alemanes pequeños y medios.

Y no podía ser de otro modo. Austria misma no deseaba otra cosa, aunque siguiese alentando a la chita callando anhelos románticos imperiales. La frontera aduanera austríaca se hizo con el tiempo la única barrera material de separación en Alemania, lo que la hacía tanto más sensible. La política de gran potencia independiente no tenía sentido si no significaba el abandono de los intereses alemanes en favor de los específicamente austríacos, es decir, italianos, húngaros, etc. Lo mismo que antes de la revolución, después de ésta, Austria era el Estado más reaccionario de Alemania, la que más a regañadien-

tes seguía la corriente moderna; además, era la última gran potencia específicamente católica. Cuanto más el Gobierno de Marzo[23] trataba de restaurar el viejo poder de los curas y los jesuitas, más se hacía imposible su hegemonía sobre un país protestante en uno o dos tercios. Y, finalmente, la unificación de Alemania bajo la dominación austríaca sólo hubiera sido posible como resultado del desmembramiento de Prusia. Eso, de por sí, no hubiera significado una desgracia para Alemania, pero el desmembramiento de Prusia por Austria no hubiera sido menos funesto que el desmembramiento de Austria por Prusia en la víspera de la inminente victoria de la revolución en Rusia (después de la cual no tenía sentido desmembrar a Austria, que había de desmoronarse por sí misma).

Dicho en breves palabras, la unidad alemana bajo el auspicio de Austria era un sueño romántico que se hizo ver como tal cuando los príncipes alemanes, pequeños y medios, se reunieron en Francfort, en 1863, para proclamar al emperador Francisco José de Austria emperador de Alemania. El rey de Prusia[xiii] se limitó a no venir, y la comedia imperial se cayó miserablemente al agua. Quedaba el tercer camino: la unificación bajo la dirección de Prusia. Y este camino, que ha seguido efectivamente la historia, nos hace bajar del dominio de la especulación al suelo firme, aunque bastante sucio, de la política práctica, de la "política realista"[24].

Después de Federico II, Prusia veía en Alemania, al igual que en Polonia, un simple territorio de conquista, territorio del que uno toma todo lo que puede, pero que, como es lógico, hay que compartir con otros. El reparto de Alemania con la participación del extranjero —Francia en primer término—, tal era la "misión alemana" de Prusia desde 1740. *Je vais, je crois, jouer votre jeu; si les as me viennent, nous partagerons* (creo que voy hacer su juego de usted; si me tocan los ases, los repartiremos), tales fueron las palabras de Federico al despedirse del embajador francés[xiv], cuando emprendía la primera guerra[25]. Fiel a esa "misión alemana", Prusia traicionó a Alemania en 1795, al concertarse la paz de Basilea, consintiendo de antemano (el tratado del 5 de agosto de 1796) ceder la orilla izquierda del Rin a los franceses a cambio de la promesa de aumento de territorio y obtuvo, efectivamente, una recompensa por su traición al Imperio, por acuerdo de la decisión de la diputación imperial dictado por Rusia y Francia. En 1808 volvió a hacer traición a sus aliados, a Rusia y Austria, en cuanto Napoleón la llamó ostentando Hannover como cebo —y ella lo mordió—, pero se enredó tanto en su propia y estúpida astucia que se vio arrastrada a la guerra contra Napoleón y recibió en Jena el castigo que merecía[26]. Federico Guillermo III, aún bajo la impresión de esos golpes, hasta después de las victorias de 1813 y 1814 quiso renunciar a todas las plazas exteriores del Oeste de Alemania, limitarse a las posesiones del Nordeste de Alemania, retirarse, como Austria, lo más lejos posible de Alemania, lo cual convertiría a toda la Alemania Occidental en una nueva Confederación del Rin

bajo la dominación protectora rusa o francesa. El plan no tuvo éxito: a despecho de la voluntad del rey, Westfalia y Renania le fueron impuestas y con ellas una nueva "misión alemana". Ahora se acabó temporalmente con las anexiones, sin contar la compra de mínimos trozos de territorio. En el país volvió a florecer progresivamente la vieja administración de los junkers y los burócratas; las promesas de Constitución dadas al pueblo en el momento de la extrema agravación de la situación se vulneraban con pertinacia. Pero, con todo y con eso, la burguesía se elevaba sin cesar incluso en Prusia, ya que sin industria y sin comercio hasta el arrogante Estado prusiano se reducía ahora a cero. Hubo de hacer concesiones económicas a la burguesía lentamente, con una resistencia tenaz y en dosis homeopáticas. Y, de un lado, estas concesiones le ofrecían a Prusia la perspectiva de apoyo a la "misión alemana": de esta manera, Prusia, para suprimir las fronteras aduaneras ajenas entre sus dos mitades, invitó a los Estados alemanes vecinos a formar la unión aduanera. Así surgió la Unión aduanera que no fue más que una buena intención hasta 1830 (sólo Hesse-Darmstadt entró en ella), pero luego, a medida que se fue acelerando algo el desarrollo político y económico, anexionó económicamente a Prusia la mayor parte del interior de Alemania. Las tierras no prusianas del litoral quedaron fuera de la Unión hasta después de 1848.

La Unión aduanera fue un gran éxito de Prusia. El que significase la victoria sobre la influencia austríaca era todavía lo de menos. Lo esencial consistía en que había atraído al lado de Prusia a toda la burguesía de los Estados alemanes pequeños y medios. Excepto Sajonia, no había un solo Estado alemán en el que la industria no hubiese logrado un desarrollo aproximadamente igual a la de Prusia; y eso no se debía solamente a premisas naturales e históricas, sino, además, a la ampliación de las fronteras aduaneras y a la extensión consecutiva del mercado interior. Y, a medida que se dilataba la Unión aduanera, a medida que a ese mercado interior se incorporaban los pequeños Estados, los nuevos burgueses de los mismos se acostumbraba a ver en Prusia su soberano económico y, posiblemente, en el porvenir, soberano político. Y los profesores silbaban lo que los burgueses cantaban. Mientras en Berlín, los hegelianos argumentaban filosóficamente la misión de Prusia de ponerse al frente de Alemania, en Heidelberg, los alumnos de Schlosser y, sobre todo, Hausser y Gervinus probaban lo mismo históricamente. Se partía, naturalmente, de que Prusia cambiaría su sistema político y que satisfaría las pretensiones de los ideólogos de la burguesía[xv].

Por lo demás, todo eso no se hacía en virtud de preferencias especiales por el Estado prusiano, como, por ejemplo, ocurrió con los burgueses italianos, que reconocieron el papel rector de Piamonte después de que éste se puso abiertamente a la cabeza del movimiento nacional y constitucional. Nada de eso, todo se hizo a regañadientes; los burgueses eligieron a Prusia como el mal menor, porque Austria no los admitía en sus mercados y porque Prusia, comparada

con Austria, conservaba, de mal grado, cierto carácter burgués, ya por la sola razón de su avaricia financiera. Dos buenas instituciones constituían una ventaja de Prusia ante los otros grandes Estados: el servicio militar obligatorio y la instrucción escolar obligatoria. Las implantó en tiempos de miseria desesperada, y se contentaba en las épocas mejores con quitarles lo que podían tener de peligroso en ciertas condiciones, llevándolas a cabo con negligencia y desfigurándolas premeditadamente. Pero, en el papel, seguían en pie, de modo que Prusia se reservaba la posibilidad de desencadenar un día la energía potencial latente en las masas populares en unas proporciones imposibles en otro lugar con igual número de habitantes. La burguesía se adaptó a esas dos instituciones; el servicio militar personal para los que lo cumplían durante un año, es decir, para los hijos de los burgueses, era soportable y se podía eludir fácilmente alrededor de 1840 con ayuda de un soborno, tanto más que en el ejército no se apreciaba mucho a la sazón a los oficiales de la *Landwehr*[28], reclutados en los medios comerciales e industriales. Y el gran número de hombres que poseían cierta suma de conocimientos elementales, que existían incontestablemente en Prusia, merced a los tiempos de la escuela obligatoria, era útil en el más alto grado para la burguesía; a medida que crecía la gran industria eso terminó por ser incluso insuficiente[xvi]. Se quejaban, principalmente en los medios pequeñoburgueses, del alto costo de estas dos instituciones, que se expresaba en altos impuestos[xvii]; la burguesía ascendente había calculado que los gajes, desagradables, pero inevitables, relacionados con la futura situación del país, como gran potencia, se compensarían con creces merced al aumento de las ganancias.

En una palabra, los burgueses alemanes no se hacían ilusión alguna acerca de la amabilidad de Prusia. Y el que la idea de la hegemonía prusiana hubiese ganado influencia entre ellos a partir de 1840 era porque y por cuanto la burguesía prusiana, gracias a su rápido desarrollo económico, se ponía al frente de la burguesía alemana en los aspectos económico y político; porque y por cuanto los Rotteck y los Welcker del Sur constitucional desde hacía mucho tiempo habían sido eclipsados por los Camphausen, los Hansemann y los Milde del Norte prusiano; porque los abogados y los profesores habían sido eclipsados por los comerciantes y los industriales. En efecto, entre los liberales prusianos de los últimos años que precedieron al de 1848, sobre todo en el Rin, se sentían aires revolucionarios muy distintos de los que había entre los cantonalistas liberales de Alemania del Sur[30]. A la sazón aparecieron las dos mejores canciones políticas populares desde el siglo XVI: la canción del alcalde Tschech y la de la baronesa von Droste-Vischering, cuya temeridad indigna ahora a los viejos que las cantaban con desenvoltura en 1846:

Hatte je ein Mensch so'n Pech
Wie der Bürgenneister Tschech.

Dass er dicken Mann
Auf zwei Schritt nicht treffen kann![xviii]

Pero todo eso había de cambiar pronto. Sobrevinieron la Revolución de Febrero, las jornadas de Marzo en Viena y la revolución de Berlín del 18 de marzo. La burguesía venció sin grandes combates, y no tenía deseo de luchar en serio cuando llegaba al caso. Porque la misma burguesía que había coqueteado aún hacía poco tiempo con el socialismo y el comunismo de entonces (sobre todo en Renania) se dio cuenta de que no había formado a obreros individuales, sino una clase obrera, un proletariado, todavía medio dormido, en verdad, pero que se despertaba paulatinamente y era revolucionario por su naturaleza. Y ese proletariado, que había conquistado en todas partes la victoria para la burguesía, presentaba ya, sobre todo en Francia, unas reivindicaciones incompatibles con la existencia de todo el régimen burgués; la primera lucha grave entre estas dos clases tuvo lugar en París el 23 de junio de 1848; tras cuatro días de lucha, el proletariado fue derrotado. A partir de ese momento, la masa de la burguesía pasa en toda Europa al lado de la reacción, se alía a los burócratas, feudales y curas absolutistas, a los que había derrocado con la ayuda de los obreros, contra los "enemigos de la sociedad", es decir, contra los mismos obreros.

En Prusia, esto se expresó en que la burguesía traicionó a los representantes que ella había elegido y vio con satisfacción secreta o manifiesta que el gobierno los dispersaba en noviembre de 1848[31]. El ministerio junker-burocrático, que se afianzó entonces en Prusia por un período de diez años, tuvo que gobernar indudablemente bajo una forma constitucional, pero se vengaba por eso mediante todo un sistema de triquiñuelas y vejaciones mezquinas, inauditas hasta entonces incluso en Prusia, que hacían sufrir principalmente a la burguesía. Pero ésta, arrepentida, se ensimismó, soportando humildemente los golpes y puntapiés con que la colmaban como castigo por sus anteriores apetitos revolucionarios y acostumbrándose paulatinamente a la idea que expresó con posterioridad: ¡pese a todo, somos unos perros!

Vino la regencia. A fin de probar su fidelidad realista, Manteuffel rodeó con espías al heredero al trono[xix], al emperador actual, exactamente de la misma manera que lo ha hecho ahora Puttkamer con la redacción de *Sozialdemokrat*[32]. En cuanto el heredero se hizo regente, se echó, como era lógico, a Manteuffel, y comenzó la "era nueva"[33]. No era más que un cambio de la decoración. El príncipe regente se dignó permitir a la burguesía que volviese a ser liberal. Esta se valió contenta del permiso, pero se creyó que tenía la sartén por el mango, que el Estado prusiano iría a bailar al son de su flauta. Pero no era ésa en absoluto la intención de los "círculos competentes", valiéndonos de la expresión de la prensa rastrera. La reorganización del ejército debía ser el precio que los burgueses liberales habían de pagar por la "era nueva". El go-

bierno no exigía más que se cumpliese el servicio militar obligatorio en las proporciones en que se había cumplido hacia 1816. Desde el punto de vista de la oposición liberal, no se podía objetar absolutamente nada que no se encontrase en evidente contradicción con sus propias frases acerca de la potencia y la misión alemana de Prusia. Pero, la oposición liberal subordinó su aceptación a la condición de que el servicio militar obligatorio se limitase legislativamente a dos años como máximo. De por sí, eso era perfectamente racional; la cuestión estribaba solamente en saber si se podía extorcar esa decisión al gobierno, en si estaba la burguesía liberal del país dispuesta a insistir en ello hasta el fin, al precio de cualesquiera sacrificios. El gobierno insistía firme en tres años de servicio militar, y la Cámara, en dos; estalló el conflicto[34]. Y, a la par que el conflicto en el problema militar, la política exterior volvía a desempeñar el papel decisivo incluso en la política interior.

Hemos visto cómo Prusia, por su actitud en la guerra de Crimea y en la de Italia, perdió todo lo que le quedaba de consideración. Esta lastimosa política hallaba una excusa parcial en el mal estado del ejército. Puesto que ya antes de 1848 no se podía instaurar nuevos impuestos ni conseguir préstamos sin el consentimiento de los estamentos, y no se quería convocar para ese fin a los representantes de los mismos, jamás se disponía de suficiente dinero para el ejército, y, dada esa avaricia sin límite, éste llegó a un estado de completa decadencia. Arraigado en el reinado de Federico Guillermo III, el espíritu de gala y exagerada disciplina hizo el resto. El conde de Waldersee escribe hasta qué punto ese ejército de gala se mostró impotente en los campos de batalla de Dinamarca en 1848. La movilización de 1850 fue un fiasco completo[35]: faltaba todo, y lo que había no servía para nada en la mayoría de los casos. Cierto es que los créditos votados por la Cámara remediaron la situación; el ejército se sacudió de la vieja rutina, el servicio en campaña, al menos en la mayoría de los casos, comenzó a desalojar los desfiles de gala. Pero la fuerza del ejército seguía la misma que hacia 1820, mientras que las otras grandes potencias, sobre todo Francia, precisamente el peligro mayor, habían aumentado considerablemente sus fuerzas militares. Mientras tanto, en Prusia regía el servicio militar obligatorio; cada prusiano era, en el papel, un soldado, pero, al aumentar la población de 10 1/2 millones (1817) a 17 3/4 millones (1858), el contingente del ejército fijado no permitía incorporar a sus filas y formar a más de un tercio de los útiles para el servicio militar. Ahora el gobierno exigía un reforzamiento del ejército que correspondiese exactamente casi al aumento de la población desde 1817. Sin embargo, los mismos diputados liberales que habían exigido sin cesar al gobierno que se pusiese al frente de Alemania, que protegiese el poderío de Alemania respecto del exterior y restableciese su prestigio internacional, esos mismos hombres se mostraban tacaños, calculaban y no querían consentir nada que no se basase en el servicio de dos años. ¿Tenían ellos suficiente fuerza para hacer valer su voluntad, en la que insistían tan

pertinaces? ¿Les respaldaba el pueblo o, al menos, la burguesía, dispuesto a acciones decididas?

Al contrario. La burguesía aplaudía sus torneos oratorios con Bismarck, pero, en realidad, organizó un movimiento dirigido en la práctica, aunque inconscientemente, contra la política de la mayoría de la Cámara prusiana. Los atentados de Dinamarca a la Constitución de Holstein y los intentos de dinamarquizar por la fuerza el Schleswig indignaban al burgués alemán; éste estaba acostumbrado a que le potreasen las grandes potencias, pero montaba en cólera por los puntapiés que le propinaba la pequeña Dinamarca. Se fundó la Liga nacional[36]; precisamente la burguesía de los pequeños Estados formaba su fuerza. Y la Liga nacional, con todo su liberalismo, exigía ante todo la unificación de la nación bajo la hegemonía de Prusia, de una Prusia en lo posible liberal, en caso de necesidad, de la Prusia tal y como era. Lo que la Liga nacional exigía en primer término era que se acabase con la situación miserable de los alemanes en el mercado mundial, tratados como gente de segunda clase, que se refrenara a Dinamarca y que se mostrara los colmillos a las grandes potencias en Schleswig-Holstein. Además, ahora se podía exigir la dirección prusiana sin las vaguedades e ilusiones que acompañaban esta reivindicación hasta 1850. Se sabía perfectamente que significaba la expulsión de Austria de Alemania, que abolía, de hecho, la soberanía de los pequeños Estados y que lo uno y lo otro era imposible sin la guerra civil y sin la división de Alemania. Pero no se temía más la guerra civil, y la división no hacía más que el balance del cierre de la frontera aduanera con Austria. La industria y el comercio de Alemania habían alcanzado tan alto desarrollo, la red de firmas comerciales alemanas, que abarcaba el mercado mundial, se había extendido tanto y se había hecho tan densa que no se podía tolerar más el sistema de pequeños Estados en la patria, así como la carencia de derechos y la ausencia de protección en el exterior. Al propio tiempo, cuando la más poderosa organización política que jamás había tenido la burguesía alemana les negaba, en realidad, el voto de confianza a los diputados de Berlín, ¡estos últimos seguían regateando en torno a la duración del servicio militar!

Tal era la situación cuando Bismarck decidió inmiscuirse activamente en la política exterior.

Bismarck es Luis Napoleón, es el aventurero francés pretendiente a la corona, convertido en junker prusiano de provincia y en estudiante alemán de corporación. Lo mismo que Luis Napoleón, Bismarck es un hombre de gran espíritu práctico y muy astuto, un hombre de negocios innato y socarrón que, en otras circunstancias, podría competir en la Bolsa de Nueva York con los Vanderbilt y los Jay Gould; y, en verdad, no organizó mal sus pequeños asuntos personales. No obstante, tan desarrollada inteligencia en el dominio de la vida práctica suele ir acompañada de horizontes muy limitados, y en este as-

pecto Bismarck supera a su antecesor francés. Este último, a despecho de todo, se formó por su cuenta sus "ideas napoleónicas"[37] en el curso de su período de vagabundaje, aunque éstas no valían más de lo que valía él, mientras que Bismarck, como veremos más adelante, jamás había tenido siquiera sombra de idea política propia, ya que sólo combinaba a su manera ideas ajenas. Y esa estrechez de horizontes fue precisamente su suerte. Sin ella jamás hubiera podido enfocar toda la historia universal desde el punto de vista específico prusiano; y de haber en esta su concepción del mundo ultraprusiana una hendidura cualquiera que dejase penetrar la luz del día, se hubiera confundido en toda su misión y se hubiera acabado su gloria. En efecto, apenas cumplió a su manera su misión especial, prescrita desde el exterior, se vio en un atolladero; luego veremos qué saltos hubo de dar debido a la ausencia absoluta de ideas racionales y a su incapacidad de comprender por su cuenta la situación histórica que había creado.

Si, por su vida anterior, Luis Napoleón se había acostumbrado a no pararse en la elección de los medios, Bismarck aprendió de la historia de la política prusiana, principalmente de la política del llamado gran elector[xx] y de Federico II sobre todo, a proceder con todavía menos escrúpulos; podía hacer todo eso conservando la alentadora conciencia de que seguía fiel a la tradición nacional. Su espíritu práctico le enseñaba a que, en caso de necesidad, había que relegar a segundo plano sus veleidades de junker; cuando le parecía que esa necesidad había pasado, las veleidades resurgían rápidamente; pero, eso era una señal de decadencia. Su método político era el del estudiante de corporación: en la Cámara aplicaba sin reparo a la Constitución prusiana la interpretación literal y burlesca de las cervecerías, con ayuda de la cual se salía de los apuros en las tabernas estudiantiles; todas las innovaciones que introducía en la diplomacia habían sido tomadas por él de las corporaciones de estudiantes. Ahora bien, si Luis Napoleón no estaba muy seguro de sí en los momentos decisivos, como, por ejemplo, durante el golpe de Estado de 1851, cuando Morny hubo de recurrir positivamente a la violencia para que continuase lo que había comenzado, o como en la víspera de la guerra de 1870, cuando, por indeciso, estropeó toda la situación, hay que reconocer que con Bismarck eso no ocurre nunca. Su fuerza de voluntad jamás le abandona, sino que se traduce más bien en franca brutalidad. Y en ello reside, en primer término, el secreto de sus éxitos. Todas las clases dominantes de Alemania, los junkers, lo mismo que los burgueses, habían perdido hasta tal punto sus últimos restos de energía, en la Alemania "culta" era tan común el no tener voluntad, que el único hombre que efectivamente aún la poseía se hizo por eso el más grande de todos, se erigió en tirano que reinaba sobre todos, ante el cual todos "saltaban la varita", como decían ellos mismos, a despecho del sentido común y la honestidad elementales. En todo caso, en la Alemania "inculta" no se ha ido todavía tan lejos: el pueblo trabajador ha mostrado que tiene voluntad con la que no puede ni siquiera la fuerte voluntad de Bismarck.

Nuestro junker de la Vieja Marca tenía por delante una brillante carrera, haciéndole falta nada más que emprender las cosas con valor e inteligencia. ¿Acaso Luis Napoleón no se hizo ídolo de la burguesía precisamente por haber disuelto su Parlamento, pero aumentando sus ganancias? ¿Acaso Bismarck no poseía el mismo talento de hombre de negocios que los burgueses admiraban tanto en el falso Bonaparte? ¿Acaso no se sentía atraído por su Bleichrder como Luis Napoleón por su Fould? ¿Acaso en la Alemania de 1864 no había una contradicción entre los diputados burgueses a la Cámara, que por avaricia querían acortar el plazo del servicio militar, y los burgueses fuera de la Cámara, los de la Liga nacional, que ansiaban actos nacionales a todo precio, actos para los que hacía falta la fuerza militar? ¿Acaso no hubo análoga contradicción en Francia, en 1851, entre los burgueses de la Cámara que querían refrenar el poder del presidente y los burgueses de fuera de la misma, que ansiaban la tranquilidad y un gobierno fuerte, la tranquilidad a todo precio, contradicción que Luis Napoleón resolvió dispersando a los camorristas parlamentarios y dando la tranquilidad a las masas de la burguesía? ¿Acaso la situación de Alemania no era aún más favorable para un golpe de mano audaz? ¿Acaso el plan de reorganización del ejército no había sido ya presentado en forma acabada por la burguesía y acaso ésta no había expresado públicamente su deseo de que apareciese un enérgico hombre de Estado prusiano que pusiese en práctica el plan, excluyese a Austria de Alemania y unificase los pequeños Estados alemanes bajo la hegemonía de Prusia? Y si hubiese de maltratar algo la Constitución prusiana y apartar a los ideólogos de la Cámara y de fuera de ella, dándoles lo merecido, ¿acaso no se podía, igual que Luis Bonaparte, respaldarse en el sufragio universal? ¿Qué podía ser más democrático que la implantación del sufragio universal? ¿No habrá demostrado Luis Napoleón que es absolutamente inofensivo, al tratarlo como es debido? Y ¿no ofrecía precisamente ese sufragio universal el medio de apelar a las grandes masas populares, de coquetear ligeramente con el movimiento social naciente, caso de que la burguesía se mostrase recalcitrante?

Bismarck puso manos a la obra. Había que repetir el golpe de Estado de Luis Napoleón, mostrar palpablemente a la burguesía alemana la auténtica correlación de fuerzas, disipar por la fuerza sus ilusiones liberales, pero cumplir las exigencias nacionales suyas que coincidían con los designios de Prusia. Fue Schleswig-Holstein que dio pábulo para la acción. El terreno de la política exterior estaba preparado. Bismarck atrajo al zar ruso[xxi] a su lado con los servicios policíacos que le prestara en 1863 en la lucha contra los insurgentes polacos[38]; Luis Napoleón también había sido trabajado y podía justificar con su preferido "principio de las nacionalidades" su indiferencia, si no la protección tácita, respecto de los planes de Bismarck; en Inglaterra, el Primer Ministro era Palmerston, que había puesto al pequeño lord John Russel al frente de los asuntos exteriores con el único fin de convertirlo en un hazmerreír. Austria era una rival de Prusia en la lucha por la hegemonía en Alemania, y precisa-

mente en ese problema se inclinaba menos que nada a ceder la primacía a Prusia, tanto más que en 1850 y 1851 se había portado en Schleswig-Holstein como esbirro del emperador Nicolás, procediendo, prácticamente, de manera más vil que la propia Prusia. Por tanto, la situación era extraordinariamente propicia. Por más que Bismarck odiase a Austria y por más que Austria quisiese, por su parte, descargar su cólera sobre Prusia, al morir Federico VII de Dinamarca, no les quedaba otra cosa que emprender la campaña conjunta contra Dinamarca, con el tácito consentimiento de Rusia y de Francia. El éxito estaba asegurado de antemano si Europa permanecía neutral; ocurrió precisamente eso: los ducados fueron conquistados y cedidos con arreglo al tratado de paz[39]. Prusia tenía en esa guerra, además, otro objetivo: probar frente al enemigo su ejército, instruido a partir de 1850 sobre bases nuevas, así como reorganizado y fortalecido después de 1860. El ejército confirmó su valor más de lo que se esperaba y, además, en las situaciones bélicas más distintas. El combate de Lyngby, en Jutlandia, donde 80 prusianos apostados tras un seto vivo pusieron en fuga, merced a la rapidez del fuego, a un número triple de daneses, mostró que el fusil de percusión era muy superior al de avancarga y que se sabía manejarlo. Al propio tiempo se presentó una oportunidad para observar que los austríacos habían sacado de la guerra italiana y del modo de combatir de los franceses la enseñanza de que el disparar no servía de nada y el auténtico soldado debía arremeter en seguida con la bayoneta contra el enemigo; se lo tomaron en cuenta, ya que no cabía desear táctica enemiga más a propósito frente a las bocas de los fusiles de retrocarga. Y para poner a los austríacos en condiciones de convencerse de eso lo más pronto posible en la práctica, los condados conquistados fueron colocados bajo la soberanía común de Austria y Prusia, de acuerdo con el tratado de paz; se creó, en consecuencia, una situación provisional que no podía por menos de engendrar conflicto tras conflicto y brindaba, por eso, a Bismarck la plena posibilidad de utilizar, a su elección, uno de ellos como pretexto para su gran lucha contra Austria.

Dada la costumbre de la política prusiana —"utilizar hasta el fin sin vacilaciones" la situación favorable, según expresión del señor von Sybel—, era natural que, so pretexto de liberar a los alemanes de la opresión danesa, se anexasen a Alemania 200.000 habitantes daneses de Schleswig del Norte. Pero quien quedó con las manos vacías fue el duque de Augustenburg, candidato de los Estados pequeños y de la burguesía alemana al trono de Schleswig-Holstein. Así, en los ducados, Bismarck cumplió la voluntad de la burguesía alemana en contra de la voluntad de la misma. Expulsó a los daneses. Desafió al extranjero, y el extranjero no se movió. Pero se trató a los ducados recién liberados como a países conquistados; sin preguntar su voluntad se les repartió temporalmente entre Austria y Prusia. Prusia volvió a ser gran potencia y no era más la quinta rueda del carro europeo; el cumplimiento de los anhelos nacionales de la burguesía marchaba con éxito, pero el camino elegido no era el camino liberal de la burguesía. El conflicto militar prusiano proseguía y se

hacía cada día más insoluble. Debía comenzar el segundo acto de la comedia política de Bismarck.

*** * ***

La guerra de Dinamarca había cumplido una parte de los anhelos nacionales. Schleswig-Holstein había sido "liberado". El protocolo de Varsovia y el de Londres, en los que las grandes potencias habían ratificado la humillación de Alemania ante Dinamarca[40] fueron rotos y arrojados a los pies de las mismas, sin que éstas chistaran siquiera. Austria y Prusia volvieron a estar juntas, sus tropas vencieron luchando hombro con hombro, y ninguno de los potentados pensaba más en tocar el territorio alemán. Las apetencias renanas de Luis Napoleón, hasta entonces relegadas a segundo plano por otras ocupaciones —la revolución italiana, la sublevación polaca, las complicaciones de Dinamarca y, finalmente, la expedición a México[41]— no tenían ahora la menor probabilidad de éxito. Para un estadista prusiano conservador, la situación mundial era, por tanto, la mejor que se podía desear. Pero, Bismarck, hasta 1871, no era conservador en absoluto, y menos aún en ese momento, y la burguesía alemana no estaba satisfecha de ninguna manera. La burguesía alemana seguía en poder de la consabida contradicción. De una parte, exigía el poder político exclusivo para ella misma, es decir, para un ministerio elegido de entre la mayoría liberal de la Cámara; y ese ministerio debía sostener una lucha de diez años contra el viejo sistema representado por la corona, antes de que su nuevo poder fuese reconocido definitivamente. Eso significaría diez años de debilitamiento interior. Pero, de otra parte, la burguesía exigía una transformación revolucionaria de Alemania, posible sólo mediante la violencia y, por tanto, mediante una dictadura efectiva. Y a partir de 1848, la burguesía había mostrado paso a paso, en cada momento decisivo, que no tenía ni sombra de la energía necesaria para realizar una u otra cosa, sin hablar ya de las dos a la vez. En política no existen más que dos fuerzas decisivas: la fuerza organizada del Estado, el ejército, y la fuerza no organizada, la fuerza elemental de las masas populares. En 1848, la burguesía había desaprendido de apelar a las masas; les tenía más miedo que al absolutismo. Y el ejército no estaba en absoluto a su disposición. Como era lógico, se hallaba a la de Bismarck.

En el conflicto en torno a la Constitución, que no había terminado aún, Bismarck combatió al extremo las exigencias parlamentarias de la burguesía. Pero ardía en deseos de hacer valer sus reivindicaciones nacionales, ya que éstas coincidían con los anhelos más íntimos de la política prusiana. Si cumpliese una vez más la voluntad de la burguesía contra la voluntad de esta misma, si llevase a la práctica la unificación de Alemania tal y como había sido formulada por la burguesía, el conflicto se hubiera resuelto de por sí, y Bismarck hubiera devenido el ídolo de los burgueses del mismo modo que Luis Napoleón, su modelo. La burguesía le señaló el objetivo, y Luis Napoleón, la vía de lograrlo; el lograrlo era obra de Bismarck.

A fin de poner a Prusia a la cabeza de Alemania no sólo era preciso expulsar por la fuerza a Austria de la Confederación Germánica[42], sino, además, someter los pequeños Estados alemanes. La guerra "fresca y alegre"[43] de alemanes contra alemanes había sido siempre en la política prusiana el procedimiento predilecto de aumentar su territorio; un bravo prusiano no tenía motivos para temer tal cosa. El segundo procedimiento principal de la política prusiana, la alianza con el extranjero contra los alemanes, tampoco podía suscitar dudas. Al sentimental zar Alejandro de Rusia lo tenía en el bolsillo. Luis Napoleón jamás había negado la misión de Prusia de desempeñar en Alemania el papel de Piamonte y estaba dispuesto a concertar una pequeña transacción con Bismarck. Prefería, si fuese posible, conseguir lo que le hacía falta, por vía pacífica, en forma de compensaciones. Además, no tenía necesidad de toda la orilla izquierda del Rin de una vez; si se la diesen por partes, a trozo por cada avance nuevo de Prusia, chocaría menos, pero no por menos llegaría a la meta. En los ojos de los chovinistas franceses, una milla cuadrada en el Rin equivalía a toda la Saboya y Niza. Comenzaron, por tanto, las negociaciones con Luis Napoleón y se obtuvo su consentimiento para la ampliación de Prusia y la constitución de una Confederación Germánica del Norte[44]. Está fuera de duda que se le ofreció en cambio una porción de territorio alemán en el Rin[xxii]; durante las negociaciones con Govone, Bismarck habló de la Baviera y la Hesse renanas. Cierto es que, posteriormente, lo negó. Pero, un diplomático, sobre todo prusiano, tiene sus propias ideas de hasta qué límite está autorizado o incluso obligado a practicar cierta violencia respecto de la verdad. La verdad es una mujer, y le debe gustar que se haga eso, razonaba el junker. Luis Napoleón no era tan tonto como para consentir la dilatación de Prusia sin que ésta le prometiese una compensación; era más probable que Bleichrder prestase dinero sin cobrar interés. Pero no conocía bastante bien a sus prusianos y, en fin de cuentas, hizo el tonto. En una palabra, una vez inofensivo, se concertó una alianza con Italia para asestar el "golpe en el corazón".

Los filisteos de diversos países se sintieron profundamente indignados con esa expresión. ¡Absolutamente sin razón! *¿À guerre comme à la guerre*[xxiii]. Esta expresión no hace más que probar que Bismarck veía en la guerra civil alemana de 1866[45] lo que era efectivamente, es decir, una *revolución*, y que estaba dispuesto a llevarla a cabo con medios revolucionarios. Y lo hizo así. Su modo de proceder respecto de la Dieta federal era revolucionario. En lugar de acatar la decisión constitucional del órgano federal, lo acusó de haber violado la confederación —puro subterfugio—, rompió la Federación, proclamó una Constitución nueva con un Reichstag elegido sobre la base del sufragio universal revolucionario y expulsó, al final, la Dieta federal de Francfort[46]. En Alta Silesia organizó una legión húngara al mando del general revolucionario Klapka y otros oficiales revolucionarios; los soldados de esta legión, desertores y prisioneros de guerra húngaros, debían luchar contra sus generales legítimos[xxiv]. Después de la conquista de Bohemia, Bismarck dirigió una proclama

A los habitantes del glorioso reino de Bohemia, cuyo contenido se contradecía violentamente con las tradiciones legitimistas. Concertada la paz, se apoderó en favor de Prusia de todas las posesiones de tres príncipes federales alemanes legítimos y de una ciudad libre[xxv], con la particularidad de que la expulsión de estos príncipes, que no tenían menos "derecho divino" que el rey de Prusia, no suscitaba el menor remordimiento de la conciencia cristiana y legitimista de este último. Dicho en breves palabras, era una revolución completa llevada a cabo con medios revolucionarios. Por supuesto, estamos lejos de reprocharlo. Al contrario, le reprochamos el no haber sido suficientemente revolucionario, el haber sido nada más que un revolucionario prusiano desde arriba, el haber iniciado toda una revolución desde unas posiciones desde las que sólo se puede realizarla a medias, el haberse contentado, una vez tomado el camino de las anexiones, con cuatro miserables pequeños Estados. Pero apareció renqueando Napoleón el Pequeño y pidió su recompensa. Durante la guerra hubiera podido tomar en el Rin todo lo que quisiese: no ya el territorio, sino las plazas fuertes estaban sin protección. Titubeaba; esperaba una guerra duradera que agotase las dos partes, pero de pronto se asestaron golpes rápidos: Austria fue derrotada en ocho días. Exigió primero lo que Bismarck había designado al general Govone como territorio posible de compensación: la Baviera y la Hesse renanas con Maguncia. Pero, Bismarck ya no podía entregar eso aunque quisiese.

Los grandes éxitos de la guerra le habían impuesto nuevas obligaciones. Desde el momento en que Prusia asumió el deber de apoyar y proteger a Alemania no podía ya vender al extranjero Maguncia, la llave del Rin Medio. Bismarck se negó. Luis Napoleón estaba dispuesto a regatear; no pidió más que Luxemburgo, Landau, Sarrelouis y la cuenca hullera de Serrebruck. Pero tampoco eso podía ahora ceder Bismarck, tanto más que esta vez se exigía también territorio de Prusia. ¿Por qué Luis Napoleón no se apoderó de ello en el momento oportuno, cuando los prusianos estaban enfrascados en Bohemia? En fin, lo de las compensaciones en favor de Francia no dio resultado. Bismarck sabía que eso significaba una guerra ulterior contra Francia, pero era precisamente eso lo que quería.

Al concertarse la paz, Prusia utilizó esta vez la situación favorable con más escrúpulos que lo solía hacer en casos de éxito. Había bastantes motivos para ello. Sajonia y Hesse-Darmstadt fueron integradas en la nueva Confederación Germánica del Norte y, por tanto, perdonadas. A la Baviera, Wurtemberg y Baden había que tratarlos con moderación, ya que Bismarck se proponía concluir con ellos alianzas defensivas y ofensivas secretas. Y Austria, ¿acaso Bismarck no le había prestado servicio al cortar las trabas tradicionales que la sujetaban a Alemania y a Italia? ¿Acaso no le había creado por vez primera, finalmente, la tan ansiada situación independiente de gran potencia? ¿Acaso no comprendía, en realidad, mejor que la propia Austria, lo que le vendría mejor al vencerla en Bohemia? ¿Acaso Austria no debía comprender, al razonar

sensatamente, que la situación geográfica y la proximidad territorial de los dos países convertían la Alemania unificada por Prusia en su aliada necesaria y natural? Así, por vez primera en toda su existencia, Prusia pudo cubrirse con una aureola de generosidad, renunciando al embutido para quedarse con el jamón. En los campos de batalla de Bohemia no fue derrotada sólo Austria, sino también la burguesía alemana. Bismarck le mostró que sabía mejor que ella lo que le convenía más. No cabía pensar siquiera en la continuación del conflicto por parte de la Cámara. Las pretensiones liberales de la burguesía habían sido enterradas para mucho tiempo, pero sus exigencias nacionales se cumplían cada día más y más. Bismarck hizo realidad su programa nacional con una rapidez y precisión que la asombraron. Y, después de mostrarle palpablemente, *in corpore vile*, en su propio cuerpo miserable, su decrepitud, falta de energía y, a la vez, su completa incapacidad de poner en práctica su propio programa, Bismarck, ostentando generosidad también con ella, se presentó ante la Cámara, ahora ya prácticamente desarmada, para pedir un proyecto de ley de indemnidad por el gobierno anticonstitucional durante el conflicto. La Cámara, emocionada hasta las lágrimas, aprobó el proyecto, ya completamente inofensivo[47].

No obstante, se le recordó a la burguesía que también ella había sido vencida en Königgrätz[48]. La Constitución de la Confederación Germánica del Norte fue cortada siguiendo el patrón de la Constitución prusiana[49] en la auténtica interpretación que se le diera en el conflicto. Se prohibió negarse a votar los impuestos. El canciller federal y sus ministros los nombraba el rey de Prusia independientemente de toda mayoría parlamentaria. La independencia del ejército respecto del Parlamento, asegurada merced al conflicto, se mantuvo también respecto del Reichstag. Pero, los diputados a este último tenían la alentadora conciencia de haber sido elegidos por sufragio universal. Se lo recordaba también, aunque de modo desagradable, la presencia de dos socialistas entre ellos[xxvi]. Por vez primera aparecían diputados socialistas, representantes del proletariado, en una asamblea parlamentaria. Era un presagio amenazante.

En los primeros tiempos todo eso no tenía importancia. Tratábase ahora de llevar a término y utilizar la nueva unidad del Imperio en beneficio de la burguesía, al menos la de Alemania del Norte, y, con ayuda de eso, atraer también a la nueva Confederación a los burgueses de Alemania del Sur. La Constitución Federal suprimió las relaciones económicas más importantes de la legislación de los Estados y las asignó a la competencia de la Confederación, a saber: el derecho civil común y la libertad de circulación en todo el territorio de la Confederación, el derecho de domicilio, la legislación de los oficios, del comercio, las aduanas, la navegación, la moneda, las pesas y medidas, los ferrocarriles, las vías acuáticas, los correos y telégrafos, las patentes, los bancos, toda la política exterior, los consulados, la protección del comercio en el ex-

tranjero, la policía médica, el derecho penal, el procedimiento judicial, etc. La mayor parte de estos problemas fue resuelta ahora por vía legislativa y, considerada en conjunto, en un espíritu liberal. Así se eliminaron —¡en fin!—, las más monstruosas manifestaciones del sistema de pequeños Estados, que impedían más que nada el desarrollo del capitalismo, por una parte y, por otra, los apetitos de dominación prusiana. Pero no era una realización de alcance histórico universal, como lo proclamaba ahora a los cuatro vientos el burgués, que se volvía chovinista; era una imitación extremamente atrasada e incompleta de lo realizado por la revolución francesa setenta años antes y llevado a cabo desde hacía mucho tiempo por todos los demás Estados civilizados. En lugar de jactarse habría que sentir vergüenza de que la "muy culta" Alemania hubiese sido la última.

Durante todo ese período de existencia de la Confederación Germánica del Norte, Bismarck accedía gustoso a la burguesía en el terreno económico e incluso en la discusión de los problemas de los poderes parlamentarios sólo mostraba su puño de hierro metido en guante de terciopelo. Eran sus mejores tiempos. A veces se podía incluso dudar de su estrechez de espíritu específicamente prusiana, de su incapacidad de comprender que en la historia universal existen otras fuerzas más poderosas que los ejércitos y las intrigas diplomáticas apoyadas en estos últimos.

El que la paz con Austria estuviese preñada de la guerra con Francia lo sabía perfectamente Bismarck y, además, lo deseaba. Esa guerra debía ofrecer precisamente el medio de concluir la creación del Imperio prusiano-alemán que la burguesía alemana le había planteado[xxvii]. Las tentativas de transformar paulatinamente el Parlamento aduanero[51] en Reichstag y de incorporar de este modo poco a poco los Estados del Sur a la Confederación del Norte fracasaron, tropezando con la unánime exclamación de los diputados de esos Estados: "¡Ninguna ampliación de competencia!" Los ánimos de los gobiernos que acababan de ser vencidos en los campos de batalla no eran más favorables. Sólo una prueba nueva y palpable de que Prusia era mucho más fuerte que ellos y que, además, era bastante fuerte para protegerlos, por consiguiente, sólo una nueva guerra, una guerra de toda Alemania, podía llevarlos rápidamente a la capitulación. Además, la línea de separación a lo largo del Meno[52], convenida secretamente antes entre Bismarck y Luis Napoleón, parecía, después de la victoria, impuesta por este último a Prusia, por lo cual la unificación con Alemania del Sur constituía una violación del derecho reconocido esta vez formalmente de Francia a dividir la Alemania, era un motivo de guerra.

Mientras tanto, Luis Napoleón debía ver si hallaba algún terreno en cualquier parte de la frontera alemana que pudiese apropiarse como compensación por Sadowa. Al reorganizarse la Confederación Germánica del Norte se dejó al margen Luxemburgo; así, este último era ahora un Estado que, aún completa-

mente independiente, se hallaba en unión personal con Holanda. Además, Luxemburgo estaba casi tan afrancesado como Alsacia y tendía mucho más hacia Francia que hacia Prusia, a la que odiaba positivamente.

Luxemburgo ofrece un ejemplo asombroso de lo que la miseria política de Alemania desde fines de la Edad Media ha hecho de las regiones fronterizas franco-alemanas, un ejemplo tanto más asombroso que, hasta 1866, Luxemburgo pertenecía nominalmente a Alemania. Compuesto hasta 1830 por una parte alemana y una francesa, la primera, no obstante, se sometió pronto a la influencia de la civilización francesa, superior. Los emperadores alemanes de la casa de Luxemburgo eran, por su idioma y educación, franceses. Después de su incorporación al ducado de Borgoña (1440), Luxemburgo, al igual que el resto de los Países Bajos, no mantenía más que relaciones nominales con Alemania: su admisión a la Confederación Germánica en 1815 no cambió nada. Después de 1830, su mitad francesa y una gran porción de la parte alemana pasaron a Bélgica. Pero en la parte alemana que quedaba, todo se conservaba sobre bases francesas: en los tribunales, en las instituciones gubernamentales, en la Cámara, todo se hacía en francés; todos los documentos oficiales y privados, todos los libros comerciales se escribían en francés; la enseñanza en las escuelas medias se practicaba en francés; el idioma culto seguía siendo el francés, por supuesto un francés que se las veía negras a causa del desplazamiento altoalemán de las consonantes. En breves palabras, en Luxemburgo se hablaban los dos idiomas: un dialecto popular franco-renano y el francés; pero el altoalemán seguía siendo un idioma extranjero. La guarnición prusiana de la capital agravaba más que mejoraba la situación. Todo eso es bastante humillante para Alemania, pero es verdad. Y este afrancesamiento voluntario de Luxemburgo arroja la verdadera luz sobre semejantes fenómenos en Alsacia y la Lorena alemana.

El rey de Holanda[xxviii], duque soberano de Luxemburgo, sabía aprovechar muy bien su dinero y se mostró dispuesto a vender el ducado a Luis Napoleón. Los luxemburgueses hubieran consentido sin reserva la incorporación a Francia: lo probó su posición en la guerra de 1870. Desde el punto de vista del derecho internacional, Prusia no podía objetar en absoluto, ya que ella misma había provocado la exclusión de Luxemburgo de Alemania. Sus tropas se hallaban en la capital como guarnición de una plaza fuerte federal alemana; desde el momento en que Luxemburgo dejó de ser una plaza fuerte federal, dichas tropas no tenían más razón de encontrase allí. Ahora bien, ¿por qué no se marcharon, por qué Bismarck no pudo consentir la anexión?

Simplemente porque las contradicciones en que se había embrollado habían salido a la superficie. *Antes* de 1866, Alemania era para Prusia nada más que un territorio para anexiones que había que compartir con el extranjero. *Después* de 1866, Alemania pasó a ser un *protectorado* de Prusia, al que había que

defender contra las guerras extranjeras. Cierto es que, por razones de Prusia, partes enteras de Alemania no fueron incluidas en la llamada Alemania recién formada. Pero, el derecho de la nación alemana a la integridad de su propio territorio imponía ahora a la corona prusiana el deber de impedir la incorporación de esos territorios de la antigua confederación a Estados extranjeros y de tener abierta la puerta para su anexión futura al nuevo Estado prusiano-alemán. Por esa razón se detuvo a Italia en la frontera del Tirol[53] y por la misma razón Luxemburgo no debía ahora pasar a manos de Luis Napoleón. Un gobierno realmente revolucionario podía proclamarlo abiertamente, pero no el revolucionario prusiano del rey, el que consiguió, finalmente, hacer de Alemania un "concepto geográfico"[54] al estilo de Metternich.

Desde el punto de vista del derecho internacional, se había colocado en la situación de infractor y sólo podía salir del apuro recurriendo a su predilecta interpretación del derecho internacional en boga en las tabernas corporativas de estudiantes.

El que no se le hubiera puesto abiertamente en ridículo se debió sólo a que, en la primavera de 1867, Luis Napoleón no estaba aún preparado de ninguna manera para una guerra grande. Se llegó a un acuerdo en la Conferencia de Londres. Los prusianos se retiraron de Luxemburgo; la fortaleza fue demolida, el ducado se proclamó neutral[55]. Se volvió a aplazar la guerra. Luis Napoleón no podía sentirse tranquilo. Aceptó de buen grado el acrecentamiento del poderío de Prusia, pero sólo a condición de recibir las correspondientes compensaciones en el Rin. Estaba dispuesto a contentarse con poco e incluso a moderar aún más sus modestas pretensiones, pero no consiguió nada, lo engañaron en todo. Pero, un imperio bonapartista en Francia sólo era posible si desplazaba progresivamente la frontera hacia el Rin y si Francia seguía siendo —en realidad o, al menos, en la imaginación— el árbitro de Europa. No se logró correr la frontera, la situación de árbitro se hallaba ya en peligro, la prensa bonapartista gritaba a voz en cuello acerca de la revancha por Sadowa; a fin de mantenerse en el trono, Luis Napoleón debía permanecer fiel a su papel y conseguir por la fuerza lo que no había logrado por las buenas, pese a todos los servicios que había prestado.

Por ambas partes comenzó una preparación activa diplomática y militar para la guerra. Y aquí tuvo lugar el siguiente incidente diplomático. España buscaba un candidato al trono. En marzo[xxix], Benedetti, embajador francés en Berlín, oye decir que el príncipe Leopoldo de Hohenzollern solicita el trono; París le encarga comprobarlo. El subsecretario de Estado von Thile le asegura bajo palabra de honor que el gobierno prusiano no sabe nada. Durante su viaje a París, Benedetti conoce el punto de vista del emperador: "esta candidatura es esencialmente antinacional, el país no lo consentirá, hay que impedirlo".

Diremos de pasada que con eso, Luis Napoleón probaba que había venido ya mucho a menos. En efecto, ¿podía haber una "venganza por Sadowa" más bella que el reinado de un príncipe prusiano en España, los inconvenientes que se desprendían de ello, el enfrascamiento de Prusia en las relaciones internas de los partidos españoles, posiblemente una guerra, una derrota de la enana marina de Prusia y, en todo caso, Prusia en una situación extremamente grotesca ante los ojos de Europa? Pero, Luis Napoleón no podía permitirse ya semejante espectáculo. Su crédito estaba tan minado que tenía que contar con el punto de vista tradicional, según el cual un príncipe alemán en el trono de España colocaría a Francia entre dos fuegos y, por consiguiente, no se podía tolerar, punto de vista pueril después de 1830.

Así, Benedetti visitó a Bismarck para recibir nuevas explicaciones y exponerle la posición de Francia (el 11 de mayo de 1869). No consiguió saber nada determinado. En cambio, Bismarck se enteró de lo que quería enterarse: que la presentación de la candidatura de Leopoldo significaría la guerra inmediata con Francia. De este modo, Bismarck obtuvo la posibilidad de comenzar la guerra cuando le viniese mejor.

En efecto, en julio de 1870, volvió a surgir la candidatura de Leopoldo, lo que llevó inmediatamente a la guerra, por más que se opusiese a ello Luis Napoleón. Este no sólo se dio cuenta de que había caído en la trampa. Comprendió igualmente que se trataba de su poder imperial y confiaba muy poco en la honradez de su pandilla bonapartista de azufre[56], que le aseguraba que estaba todo preparado hasta el último botón en las polainas, y se fiaba todavía menos de sus aptitudes militares y administrativas; ya sus propias vacilaciones aceleraban su caída.

Bismarck, al contrario, además de estar completamente preparado en el aspecto militar, se respaldaba esta vez efectivamente en el pueblo, que, tras de todas las mentiras diplomáticas de ambos partidos, sólo veía una cosa: no se trataba sólo de una guerra por el Rin, sino de una guerra por su existencia nacional. Por vez primera desde 1813, los reservistas y la *Landwehr* afluyeron en masa, llenos de entusiasmo y de espíritu combativo, para ponerse bajo las banderas. No importaba cómo se había producido todo eso, no importaba qué parte de la herencia nacional de dos milenios Bismarck había o no había prometido por su propia iniciativa a Luis Napoleón, tratábase de dar a entender al extranjero de una vez y para siempre que no debía inmiscuirse en los asuntos interiores alemanes y que Alemania no tenía la misión de apuntalar el vacilante trono de Luis Napoleón con concesiones de territorio alemán. Y frente a tal entusiasmo nacional desaparecieron todas las diferencias de clase, se disiparon todos los antojos de las cortes de Alemania del Sur acerca de la Confederación del Rin y todos los pujos de restauración de los príncipes expulsados.

Las dos partes se buscaban aliados. Luis Napoleón estaba seguro de Austria y Dinamarca y, hasta cierto punto, de Italia. Bismarck tenía a su lado a Rusia. Pero, Austria, como siempre, no estaba preparada y no pudo intervenir activamente antes del 2 de septiembre, y el 2 de septiembre Luis Napoleón era ya prisionero de los alemanes; además, Rusia notificó a Austria que la atacaría en cuanto ésta atacase a Prusia. En Italia, Luis Napoleón recogía los frutos de su doblez política: había querido levantar el movimiento de la unidad nacional, pero, a la vez, había querido proteger al papa contra esa unidad nacional; seguía ocupando Roma con tropas que necesitaba en casa, pero que no podía retirar sin obligar a Italia a que respetase Roma y la soberanía del papa, y eso, a su vez, no permitía que Italia acudiese en su ayuda. Finalmente, Dinamarca recibió de Rusia la orden de estar quieta. Pero los rápidos golpes de las armas alemanas desde Spickeren y Woerth hasta Sedán[57] ejercieron en la localización de la guerra un efecto más decisivo que todas las negociaciones diplomáticas. El ejército de Luis Napoleón fue derrotado en todos los combates y, finalmente, tres cuartas partes del mismo se vieron prisioneros en Alemania. La culpa de ello no la tenían los soldados, que habían combatido con bastante valor, sino el jefe y el régimen. Pero quien había creado, como Luis Napoleón, su Imperio con ayuda de una pandilla de canallas, quien había mantenido en sus manos a lo largo de dieciocho años el poder en ese Imperio sólo por haberle dado a esa caterva la posibilidad de explotar a Francia, quien había colocado en los principales puestos del Estado a hombres de esa gavilla, y en los cargos secundarios, a los cómplices de aquéllos, no debía emprender una lucha de vida o muerte, si no quería verse en un atolladero. En menos de cinco semanas se desmoronó el edificio del Imperio que durante largos años había entusiasmado al filisteo de Europa. La revolución del 4 de septiembre[58] no hizo más que recoger los escombros, y Bismarck, que había empezado la guerra para fundar el Imperio pequeño alemán, se vio una bella mañana en el papel de fundador de la República Francesa.

Según la propia proclama de Bismarck, la guerra no se había llevado contra el pueblo francés, sino contra Luis Napoleón. Con la caída de este último, desaparecía todo motivo de guerra. Lo mismo pensaba el gobierno del 4 de septiembre —no tan ingenuo en otros problemas— y quedó muy sorprendido cuando Bismarck mostró de pronto todo lo junker prusiano que era. Nadie en el mundo odia tanto a los franceses como los junkers prusianos. Y no sólo porque éstos, exentos de impuestos, habían sufrido en 1806-1813 el duro castigo que les habían impuesto los franceses y las consecuencias de su propia vanidad; era mucho peor el que esos ateos franceses hubiesen turbado tanto las cabezas con su criminal revolución que la anterior magnificencia de los junkers se había enterrado casi completamente hasta en la vieja Prusia, y los pobres junkers tenían que sostener año tras año una lucha tenaz por los últimos restos de esa magnificencia, habiendo la mayor parte de ellos bajado al rango de deplorable nobleza parasitaria. Francia merecía la venganza por todo eso, y

los oficiales junkers del ejército, bajo la dirección de Bismarck, se encargaron de ello. Se redactaron las listas de las contribuciones de guerra que Francia había cobrado a Prusia, se evaluaron luego las proporciones de la contribución de guerra que debían pagar las ciudades y los departamentos de Francia, habida cuenta, naturalmente, que Francia era un país mucho más rico. Se requisaban víveres, forrajes, ropa, calzado, etc. con una implacabilidad ostentativa. Un alcalde de las Ardenas, que declaró no poder satisfacer la exigencia, recibió sin más ni más veinticinco golpes de bastón; el gobierno de París publicó pruebas oficiales de eso. Los francotiradores[59], que procedían tan exactamente de acuerdo con el decreto de 1813 sobre el *Landsturm*[60] prusiano, como si lo hubiesen estudiado para eso, eran fusilados sin piedad sobre el terreno. Son igualmente fidedignos los cuentos de los relojes de péndola enviados a Alemania: *Kölnische Zeitung*[61] publicó eso. Sólo en opinión de los prusianos esos relojes no se consideraban robados, sino hallados como bienes sin dueño en las casas de campo abandonadas en las inmediaciones de París y anexadas en favor de los familiares que se habían quedado en la patria. De esta manera, los junkers, bajo la dirección de Bismarck, se encargaron de que, a despecho de la conducta irreprochable tanto de los soldados como de una gran parte de los oficiales, se mantuviese el carácter específicamente prusiano de la guerra y de que los franceses no se olvidasen de ello; pero estos últimos hicieron recaer sobre todo el ejército la responsabilidad por la odiosa mezquindad de los junkers.

No obstante, a esos mismos junkers les tocó en suerte rendir al pueblo francés unos honores que la historia jamás había visto. Cuando todas las tentativas de eliminar el bloqueo de París habían fracasado, cuando todos los ejércitos franceses habían sido rechazados, cuando la última gran ofensiva de Bourbaki sobre la línea de comunicación de los alemanes fracasó, cuando toda la diplomacia europea abandonó a Francia a su propia suerte, sin mover un dedo, París, presa del hambre, hubo de capitular. Y los corazones de los junkers latieron aún más fuerte cuando pudieron, en fin, entrar triunfantes en el nido impío y vengarse a sus anchas de los archirebeldes parisinos, cosa que no les permitiera hacer en 1814 el emperador ruso Alejandro, y en 1815, Wellington; ahora podían ensañarse en el foco y la patria de la revolución.

París capituló, pagó 200 millones de contribución de guerra; los fuertes fueron entregados a los prusianos; la guarnición depuso las armas a los pies de los vencedores y entregó su artillería de campaña; los cañones de las fortificaciones fueron desmontados de las cureñas; todos los medios de resistencia pertenecientes al Estado fueron entregados uno por uno. Pero no se tocó a los verdaderos defensores de París, la guardia nacional, el pueblo parisino en armas; nadie se atrevió a exigirle sus armas ni sus cañones[xxx]. Y para anunciar al mundo entero que el victorioso ejército alemán se había detenido respetuosamente frente al pueblo armado de París, los vencedores no entraron en la

ciudad, se contentaron con ocupar por tres días los Campos Elíseos —¡un jardín público!— ¡en el que se hallaban vigilados y bloqueados por centinelas de los parisinos! Ningún soldado alemán entró en el Ayuntamiento de París, ninguno pudo pasear por los jardines y los pocos, que fueron admitidos al Louvre para admirar las obras de arte, hubieron de pedir permiso para ello, a fin de no violar las condiciones de la capitulación. Francia había sido derrotada, París se moría de hambre, pero el pueblo parisino se había ganado con su glorioso pasado tal respeto que ningún vencedor se atrevió siquiera a exigir su desarme, ninguno tuvo el valor de entrar en sus casas para hacer un registro y profanar con una marcha triunfal esas calles, campo de batalla de tantas revoluciones. Fue como si el recién salido emperador alemán[xxxi] se quitase el sombrero ante los revolucionarios vivos de París, como en otros tiempos su hermano[xxxii] se descubriera ante los cadáveres de los combatientes de Marzo en Berlín[62] y como si todo el ejército alemán, formado detrás del emperador, les presentase armas. Pero fue el único sacrificio que hubo de aceptar Bismarck. So pretexto de que en Francia no había gobierno que pudiese concertar la paz con él, lo que era tanto verdad, como mentira, tanto el 4 de septiembre, como el 28 de enero[63], se valió de sus éxitos de una manera puramente prusiana, hasta la última gota, y no se declaró dispuesto a la paz hasta que vio a Francia completamente postrada. Al concluir la paz, volvió a "utilizar sin escrúpulos la situación favorable", como un buen viejo prusiano. Además de extorsionar la cuantía inaudita de 5 mil millones de indemnización, se arrancó a Francia dos provincias —Alsacia y la Lorena alemana, con Metz y Estrasburgo— y las incorporó a Alemania. Con esa anexión, Bismarck se portó por vez primera como un político independiente, que, además de cumplir con sus métodos propios un programa que le había sido impuesto desde fuera, ponía en práctica los productos de su propia actividad cerebral; y aquí cometió su primer error colosal[xxxiii].

Alsacia había sido conquistada en lo fundamental por Francia ya en la guerra de los Treinta años. Richelieu había abandonado con eso el firme principio de Enrique IV:

"Que la lengua española sea de España, la alemana, de Alemania, pero donde se habla francés me pertenece a mí".

Richelieu partía aquí del principio de la frontera natural del Rin, de la frontera histórica de la vieja Galia. Era una necedad; pero el Imperio alemán, que comprendía los dominios lingüísticos franceses de Lorena, de Bélgica y hasta del Franco Condado, no tenía derecho a reprochar a Francia la anexión de países de habla alemana. Y si Luis XIV se apoderó en 1681, en tiempos de paz, de Estrasburgo, con ayuda de un partido de inspiración francesa de la ciudad[64], no era Prusia la que debía indignarse por ello después de haber recurrido, en 1796, a la violencia, aunque sin éxito, respecto de la ciudad libre

imperial de Nuremberg, a la que no le había invitado, por cierto, ningún partido prusiano[xxxiv].

La Lorena fue vendida a Francia por Austria en 1735 de acuerdo con el tratado de paz de Viena y pasó en 1766 definitivamente a manos de Francia. A lo largo de los siglos no había pertenecido más que nominalmente al Imperio alemán, sus duques eran franceses en todos los aspectos y casi siempre se habían aliado a Francia.

En los Vosgos, hasta la Revolución francesa, había una multitud de pequeños señores que se portaban respecto de Alemania como dignatarios imperiales dependientes directamente del emperador y, a la vez, reconocían la soberanía de Francia respecto de ellos. Sacaban provecho de esa doble situación. Y, puesto que el Imperio alemán lo toleraba, en lugar de pedir cuentas a esos dinastas, no podía quejarse cuando Francia, en virtud de sus derechos soberanos, puso bajo su protección contra esos señores expulsados, a los habitantes de dichos dominios.

En total, este territorio alemán antes de la revolución no había sido afrancesado en absoluto. El idioma alemán seguía siendo el de las escuelas y las instituciones administrativas, al menos en Alsacia. El gobierno francés favorecía a las provincias alemanas que, después de largas y devastadoras guerras, ahora, a partir de comienzos del siglo XVIII, no habían vuelto a ver al enemigo en sus tierras. Desgarrado por eternas guerras intestinas, el Imperio alemán no podía verdaderamente suscitar entre los alsacianos el deseo de volver a la madre patria; al menos gozaban de la tranquilidad y la paz, sabían cómo marchaban los asuntos, y los filisteos, que marcaban la pauta, veían en ello los caminos inescrutables del Señor. Además, su suerte no carecía de ejemplos, ya que los habitantes de Holstein se hallaban también bajo la dominación extranjera de Dinamarca.

Pero sobreviene la Revolución francesa. Lo que Alsacia y Lorena no se habían atrevido siquiera a esperar de Alemania les regaló Francia. Las trabas feudales fueron rotas. El campesino siervo sujeto a la corvea devino hombre libre, en muchos casos propietario libre de su finca y de su campo. En las ciudades desaparecieron el poder de los patricios y los privilegios gremiales. Se expulsó a la nobleza y, en las posesiones de los pequeños príncipes y señores, los campesinos siguieron el ejemplo de sus vecinos; echaron a los dinastas, las cámaras del gobierno y la nobleza y se proclamaron ciudadanos franceses libres. En ninguna parte de Francia, el pueblo se adhirió con mayor entusiasmo a la revolución que en las regiones de habla alemana. Y cuando el Imperio germánico declaró la guerra a la revolución, cuando se vio que los alemanes, además de soportar aún obedientes sus cadenas, se dejaban utilizar para volver a imponer a los franceses su antigua servidumbre y, a los campesinos de Alsa-

cia, los señores feudales que acababan de ser expulsados, se acabó el germanismo de Alsacia y Lorena, cuyos habitantes aprendieron a odiar y a despreciar a los alemanes. Entonces se compuso en Estrasburgo la *Marsellesa* y fueron los alsacianos los primeros en cantarla; los franceses alemanes, a despecho del idioma y del pasado, en los campos de centenares de batallas en la lucha por la revolución, se unieron a los franceses nacionales para formar un mismo pueblo.

¿Acaso la gran revolución no había hecho el mismo milagro con los flamencos de Dunkerque, con los celtas de Bretaña y con los italianos de Córcega? Y cuando nos quejamos de que lo mismo haya ocurrido a los alemanes, ¿no nos habremos olvidado de toda nuestra historia, que lo ha hecho posible? ¿Habremos olvidado que toda la orilla izquierda del Rin, aun habiendo tenido una participación pasiva en la revolución estuvo en favor de los franceses cuando los alemanes volvieron a entrar en esas tierras en 1814 y siguió así hasta 1848, cuando la revolución rehabilitó a los alemanes a los ojos de la población de las regiones renanas? ¿Acaso nos olvidamos de que el entusiasmo de Heine por los franceses y hasta su bonapartismo no eran otra cosa que el eco del estado de espíritu de todo el pueblo de la orilla izquierda del Rin?

Cuando los aliados entraron en Francia en 1814, precisamente en Alsacia y Lorena tropezaron con los enemigos más decididos, con la resistencia más fuerte por parte del propio pueblo, ya que se sentía el peligro de que habría que volver a pertenecer a Alemania. Mientras tanto, en Alsacia y Lorena se hablaba aún casi exclusivamente el alemán. Pero, cuando ya no había peligro de que se le apartase de Francia, cuando se puso fin a los apetitos anexionistas de los chovinistas románticos alemanes, se comprendió que era necesario unirse más estrechamente a Francia incluso desde el punto de vista del idioma; a partir de ese momento se hizo lo mismo que en Luxemburgo, se procedió voluntariamente al paso de las escuelas a la enseñanza en francés. No obstante, el proceso de transformación era muy lento; sólo la actual generación de la burguesía se ha afrancesado efectivamente, mientras que los campesinos y los obreros siguen hablando el alemán. La situación es aproximadamente la misma que en Luxemburgo; el alemán literario cede el lugar al francés (excepto parcialmente en el púlpito), pero el dialecto popular alemán ha perdido terreno sólo en la frontera lingüística, siendo de uso familiar más común que en la mayor parte de Alemania.

Tal es el país que Bismarck y los junkers prusianos, sostenidos, al parecer, por la reminiscencia de un romanticismo chovinista inseparable de todas las iniciativas alemanas, se propusieron volverlo a convertir en país alemán. El propósito de convertir Estrasburgo, la patria de la *Marsellesa*, en ciudad alemana fue tan absurdo como el deseo de hacer de Niza, la patria de Garibaldi, una ciudad francesa. Pero, en Niza, Luis Napoleón respetaba las convenien-

cias, poniendo a votación el problema de la anexión, y la maniobra tuvo éxito. Sin hablar ya de que los prusianos detestaban, y no sin motivo de peso, semejantes medidas revolucionarias —no se conocía un solo caso de que las masas populares hubiesen querido unirse a Prusia—, se sabía demasiado bien que precisamente aquí la población era más unánime en su deseo de ser francesa que los propios franceses nacionales. Y la separación fue llevada a cabo mediante la violencia. Era algo así como una venganza por la Revolución francesa; se arrancó uno de los trozos que se habían fundido con Francia precisamente merced a la revolución.

Desde el punto de vista militar, la anexión tenía en ese caso un objetivo determinado. Con Metz y Estrasburgo, Alemania adquiría un frente de defensa de excepcional fuerza. Mientras Bélgica y Suiza sigan neutrales, los franceses sólo pueden emprender una ofensiva masiva en la estrecha franja comprendida entre Metz y los Vosgos y, además, Coblenza, Metz, Estrasburgo y Maguncia constituyen el cuadrilátero de plazas fuertes más poderoso y más grande del mundo. Pero, la mitad de este cuadrilátero, al igual que el austríaco en Lombardía[xxxv], se halla en país enemigo y sirve allí de ciudadela para reprimir a la población. Es más: a fin de cerrar el cuadrilátero había que salir de la zona de propagación del idioma alemán, había que anexar a un cuarto de millón de franceses nacionales.

Por consiguiente, la gran ventaja estratégica es el único punto que puede justificar la anexión. Ahora bien, ¿puede esta ventaja compararse en alguna medida con el daño que ha causado?

Al junker prusiano le importa un comino el inmenso daño moral que se ha causado el joven Imperio alemán proclamando abierta y desvergonzadamente como principio básico la violencia brutal. Al contrario, le hacen falta súbditos recalcitrantes y sometidos por la violencia, ya que éstos sirven de prueba del crecimiento del poderío prusiano; en realidad, jamás ha tenido otros. Pero con lo que debía contar era con las consecuencias políticas de la anexión. Y éstas eran evidentes. Incluso antes de que la anexión adquiriese fuerza de ley, Marx la anunció al mundo en una circular de la Internacional: *La anexión de Alsacia y Lorena hace de Rusia el árbitro de Europa*[xxxvi]. Y los socialdemócratas lo repitieron con harta frecuencia desde la tribuna del Reichstag hasta que el propio Bismarck reconoció la razón de esta frase en su discurso parlamentario del 6 de febrero de 1888, gimoteando ante el todopoderoso zar, amo de la guerra y la paz.

En efecto, eso estaba claro como la luz del día. Al arrancar a Francia dos de sus provincias más fanáticamente patrióticas, se la echaban en los brazos del que le diese la esperanza de recuperarlas, y hacían de Francia un enemigo eterno. Cierto es que Bismarck, que representa en este aspecto digna y cons-

cientemente a los filisteos alemanes, exige de los franceses que no renuncien a Alsacia y Lorena sólo en el sentido jurídico estatal, sino también en el moral y que, además, se alegren bastante, puesto que estos dos pedazos de la Francia revolucionaria "han sido devueltos a la madre patria", de la que no quieren saber absolutamente nada. Pero, por desgracia, los franceses no lo hacen, del mismo modo que los alemanes no renunciaron durante las guerras napoleónicas a la orilla izquierda del Rin, aunque en esa época dicha región no pensaba volver al poder de estos últimos. Por cuanto los alsacianos y los loreneses quieren volver a Francia, ésta procurará y debe procurar recobrarlos, deberá buscar los medios de conseguirlo y, entre otras cosas, deberá buscarse aliados. Y su aliado natural contra Alemania es Rusia. Si las dos naciones más grandes del continente occidental se neutralizan recíprocamente mediante su hostilidad, si entre ellas existe, además, una eterna manzana de la discordia, que las incita a combatirse mutuamente, de ello sale ganando sólo Rusia, ya que se le desatan más y más las manos, Rusia, que en sus designios anexionistas tropezará con menos obstáculos por parte de Alemania y podrá contar más con el apoyo incondicional de Francia. ¿Acaso Bismarck no ha colocado a Francia en una situación en que ésta tiene que implorar la alianza rusa y abandonar amablemente Constantinopla a Rusia si ésta sólo promete a Francia la devolución de las provincias perdidas? Y si, pese a ello, la paz se ha mantenido durante diecisiete años, ¿no habrá que atribuirlo a otro hecho, a que el sistema de formación de reservas militares implantado en Francia y en Rusia requiere diecisséis años, al menos, y después de los recientes perfeccionamientos alemanes, veinticinco años para formar los necesarios contingentes anuales? ¿Acaso la anexión de Alsacia y Lorena, que durante los últimos diecisiete años ha sido el factor principal determinante de toda la política de Europa, no es ahora también la causa fundamental de toda la crisis que entraña el peligro de guerra en el continente? ¡Suprímase nada más que esto, y la paz estará asegurada!

El burgués alsaciano, que habla el francés con una pronunciación altoalemana, ese petulante híbrido que hace alarde de francés, como si fuera un francés de pura cepa, que mira a Goethe por encima del hombro y se entusiasma con Racine, pero que no puede deshacerse de la torturante conciencia de su secreto origen alemán y, precisamente por eso, tiene que hablar con desdén de todo lo alemán, de modo que no puede siquiera servir de intermediario entre Alemania y Francia, ese burgués alsaciano es, indudablemente, un individuo despreciable, ya sea un industrial de Mulhouse, ya un periodista de París. Pero ¿quién lo ha hecho así, sino la historia de Alemania de los últimos trescientos años? ¿Acaso no eran hasta hace poco tiempo casi todos los alemanes en el extranjero, sobre todo los comerciantes, como los alsacianos, que abjuraban de su origen alemán, que se sometían a toda clase de torturas para adoptar la nacionalidad extranjera de su nueva patria y se colocaban voluntariamente en la misma situación ridícula, al menos, que los alsacianos, los cuales se ven más o menos forzados a ello por las circunstancias? Por ejemplo, en Inglaterra, todos

los comerciantes alemanes inmigrados entre 1815 y 1840 se asimilaron casi enteramente, hablaban entre sí casi exclusivamente en inglés e, incluso ahora, en la Bolsa de Manchester, se pueden ver no pocos viejos filisteos alemanes que darían la mitad de su fortuna por poder pasar por verdaderos ingleses. Sólo después de 1848 se produjeron ciertos cambios en este problema, y a partir de 1870, cuando un teniente de reserva llega a Inglaterra y Berlín envía allí su contingente, el servilismo anterior cede incluso lugar a la arrogancia prusiana, que nos hace no menos ridículos ante los ojos de los extranjeros.

¿Acaso, después de 1871, la reunificación con Alemania se hizo más atractiva para los alsacianos? Al contrario. Los sometieron a una dictadura, mientras que al lado, en Francia, regía la república. Se implantó en su provincia el importuno y pedante sistema prusiano de la *Landrath*, en comparación con la cual la injerencia administrativa de las llamadas prefecturas francesas rigurosamente reglamentada por la ley, parecía de oro. Se puso pronto fin a los últimos restos de la libertad de prensa, del derecho de reunión y de asociación, se disolvió los recalcitrantes consejos municipales y se instaló en las funciones de alcaldes a burócratas alemanes. En cambio, se trató de agradar por todos los medios a los "notables", es decir, a los aristócratas y burgueses afrancesados completamente, protegiendo sus intereses explotadores contra los campesinos y los obreros de habla alemana, pero que no eran de mentalidad alemana, que constituían el único elemento con el que hubiera sido posible una tentativa de reconciliación. Y ¿qué se logró con eso? Pues, que en febrero de 1887, cuando toda Alemania se dejó intimidar y envió al Reichstag la mayoría del cartel[66] de Bismarck, Alsacia y Lorena eligieron nada más que a franceses decididos, rechazando a todos los sospechosos de la más mínima simpatía hacia los alemanes.

Ahora bien, siendo los alsacianos como son, ¿tenemos derecho a indignarnos por eso? De ninguna manera. El que se opongan a la anexión es un hecho histórico que hay que explicar y no anular. Y aquí debemos preguntarnos: ¿cuántas faltas históricas graves habrá debido cometer Alemania para que fuese posible semejante estado de ánimo en Alsacia? Y ¿qué aspecto debe tener nuestro nuevo Imperio alemán, visto desde fuera, si después de diecisiete años de regermanización, los alsacianos se muestran unánimes al decirnos: dejadnos en paz? ¿Tenemos el derecho a pensar que dos campañas victoriosas y diecisiete años de dictadura de Bismarck bastan para acabar con todas las consecuencias de toda la bochornosa historia de tres siglos?

Bismarck había logrado su objetivo. Su nuevo Imperio prusiano-alemán había sido proclamado en Versalles, en la sala de gala de Luis XIV[67]. Francia se hallaba desarmada a sus pies; la altanera ciudad de París, a la que ni él mismo se había atrevido a tocar, había sido llevada por Thiers a la insurrección de la Comuna y, luego, derrotada por los soldados del ex-ejército imperial que

regresaban del cautiverio. Todos los filisteos de Europa admiraban a Bismarck como no habían admirado a su modelo, a Luis Bonaparte, en los años 50. Con el apoyo de Rusia, Alemania se erigió en la primera potencia de Europa, y todo el poder en Alemania se hallaba concentrado en manos del dictador Bismarck. Ahora todo dependía de cómo sabría utilizar ese poder. Si hasta entonces había puesto en práctica los planes de unidad de la burguesía sin recurrir a los medios burgueses, sino a los bonapartistas, ahora ese problema estaba resuelto en cierta medida; tratábase de concebir planes propios y mostrar qué ideas era capaz de engendrar su propia cabeza. Y eso debía hacerse patente en la organización interior del nuevo Imperio.

La sociedad alemana consta de grandes propietarios de tierras, campesinos, burguesas, pequeños burgueses y obreros; todos ellos se agrupan, a su vez, en tres clases principales.

La *gran propiedad rural* se concentra en manos de unos cuantos magnates (sobre todo en Silesia) y de un número considerable de propietarios medios, que prevalecen en las viejas provincias prusianas al Este del Elba. Precisamente estos junkers prusianos predominan en toda la clase de los grandes propietarios de tierras. Son agricultores en la medida en que explotan sus fincas con ayuda de gerentes y, además, suelen ser, con mucha frecuencia, propietarios de destilerías y fábricas de azúcar de remolacha. En los casos en que ha sido posible, las tierras han pasado a pertenecer a las familias en concepto de mayorazgo. Los hijos menores van al ejército o a ocupar cargos en la administración civil; así, de esa pequeña nobleza terrateniente depende otra, aún más pequeña, de oficiales y funcionarios, cuyas filas crecen, además, a cuenta de los altos oficiales y funcionarios procedentes de la burguesía, a los que se conceden a montones títulos nobiliarios. En el límite inferior de esta ralea noble se forma, como es lógico, una numerosa nobleza de parásitos, el lumpemproletariado noble, que vive de deudas, juegos dudosos, indiscreciones, mendicidad y espionaje político. El conjunto de toda esa pandilla constituye el mundo de los junkers prusianos y viene a ser uno de los pilares principales del Estado prusiano. Pero, el núcleo terrateniente de estos junkers se asienta sobre una base muy precaria. El deber de mantener el tren de vida que corresponde a ese estado resulta cada día más caro; hace falta dinero para mantener a los hijos menores hasta que obtengan el grado de teniente o de asesor y para casar a las hijas; visto que ante el cumplimiento de estas obligaciones se relegan a segundo plano todas las otras consideraciones, no tiene nada de extraño que las rentas no sean suficientes y que haya que firmar letras de cambio o recurrir a la hipoteca. En una palabra, todo el mundo de los junkers se halla constantemente al borde del abismo: cualquier calamidad —guerra, mala cosecha o crisis comercial— le amenaza con la quiebra; por tanto, no tiene nada de asombroso que, a lo largo de los últimos cien años y pico, lo haya salvado de la ruina toda clase de ayuda del Estado; en efecto, sólo existe merced a la ayuda de éste. Es una

clase que se mantiene artificialmente y está condenada a desaparecer; no hay ayuda del Estado que pueda mantener su existencia durante mucho tiempo. Pero, con ella dejará de existir también el viejo Estado prusiano.

El *campesino* es, políticamente, un elemento poco activo. Mientras sigue siendo propietario se arruina más y más debido a las condiciones de producción desfavorables en la hacienda parcelaria campesina, privada de los antiguos pastizales comunales de la marca y de la comunidad, sin lo cual el campesino no tiene posibilidad de criar ganado. Como arrendatario, se encuentra en condiciones todavía peores. La pequeña explotación campesina implica más que nada la economía natural y se arruina en la economía monetaria. De ahí las crecientes deudas, la expropiación masiva por los acreedores hipotecarios y la necesidad de recurrir a industrias a domicilio únicamente para no perder su porción de tierra. En el aspecto político, el campesinado suele ser, en la mayoría de los casos, indiferente o reaccionario: ultramontano[68] en la región renana debido a su viejo odio a los prusianos; en otras zonas es particularista o conservador protestante. En esta clase, el sentimiento religioso sirve todavía de expresión de los intereses sociales o políticos.

De la *burguesía* hemos hablado ya. Desde 1848 ha experimentado un inaudito auge económico. Alemania tuvo una participación creciente en el colosal progreso de la industria después de la crisis comercial de 1847, progreso logrado merced al establecimiento de una línea de navegación a vapor transoceánica en esa época, merced a la enorme ampliación de la red ferroviaria y al descubrimiento de las minas de oro en California y en Australia. Precisamente el afán de la burguesía de suprimir los obstáculos provenientes de la división en pequeños Estados ante el comercio y de conseguir en el mercado mundial una situación igual a la de sus rivales extranjeros fue lo que dio impulso a la revolución de Bismarck. Ahora, cuando los miles de millones que pagaba Francia inundaban Alemania, para la burguesía comenzaba un nuevo período de febril actividad empresarial, y aquí, por vez primera, mediante la quiebra a escala nacional[69], Alemania mostró que era una gran nación industrial. A la sazón, la burguesía era económicamente la clase más poderosa de la población; el Estado tenía que someterse a sus intereses económicos; la revolución de 1848 le dio al Estado una forma constitucional exterior, en la que la burguesía podía ejercer también la dominación política y habituarse al ejercicio del poder. No obstante, estaba aún lejos del auténtico poder político. No había salido victoriosa del conflicto con Bismarck: la liquidación del conflicto mediante la revolución en Alemania desde arriba le mostró aún más claramente que, por el momento, el poder ejecutivo, en el mejor de los casos, dependía de ella muy poco e indirectamente, que no podía destituir ministros, ni influir en el nombramiento de los mismos, ni disponer del ejército. Además, era cobarde y débil frente a un poder ejecutivo enérgico; pero, los junkers eran iguales, y para ella eso era más perdonable dado el antagonismo económico directo entre ella y la

revolucionaria clase obrera industrial. Sin embargo, no cabía la menor duda de que debía aniquilar poco a poco económicamente a los junkers y que, entre todas las clases poseedoras, ella era la única que tenía perspectivas en el porvenir.

La pequeña burguesía constaba, en primer lugar, de los restos de los artesanos medievales, que, en Alemania, atrasada durante mucho tiempo, eran mucho más numerosos que en los demás países de Europa Occidental; en segundo lugar, de burgueses arruinados y, en tercer lugar, de elementos de la población desheredada que habían llegado a ser pequeños comerciantes. Con la expansión de la gran industria, la existencia de toda la pequeña burguesía perdía lo que le quedaba de su estabilidad; los cambios de ocupación y las quiebras periódicas se erigieron en regla. Esta clase antes tan estable, núcleo fundamental de los filisteos alemanes, que llevaba antes una vida tan acomodada y se distinguía por su domesticidad, servilismo, devoción y honorabilidad, se hundió hasta llegar a un estado de completa confusión y de descontento con la suerte que Dios le había deparado. De los artesanos que quedaban, unos exigían a voz en cuello la restauración de los privilegios corporativos, otros se convertían parcialmente en dóciles demócratas progresistas[70] y parcialmente se acercaban hasta a los socialdemócratas y se adherían directamente, en ciertos casos, al movimiento obrero. Finalmente, los obreros. Los obreros agrícolas, al menos los del Este de Alemania, se hallaban aún en dependencia semiservil y no estaban en condiciones de responder de sus actos. En cambio, entre los obreros de la ciudad, la socialdemocracia progresó rápidamente y creció a medida que la gran industria fue proletarizando a las masas populares y agravando de este modo al extremo la oposición de clase entre capitalistas y obreros. Si los obreros socialdemócratas estaban todavía escindidos en dos partidos[71] rivales, después de la aparición de *El Capital* de Marx, las divergencias de principio entre dichos partidos desaparecieron casi enteramente. El lassalleanismo de estricta observancia, con su específica reivindicación de "cooperativas de producción subvencionadas por el Estado", se fue reduciendo paulatinamente a la nada, revelando cada vez más su incapacidad de crear el núcleo de un partido obrero bonapartista-socialista estatal. Las faltas que unos jefes habían cometido en este aspecto fueron corregidas por el sano sentido común de las masas. La unificación de las dos tendencias socialdemócratas, que se retrasaba casi exclusivamente debido a cuestiones personales, estaba asegurada para un futuro próximo. Pero ya en la época de la escisión y a despecho de la misma, el movimiento era bastante poderoso para infundir pavor a la burguesía industrial y para paralizarla en su lucha contra el gobierno, todavía independiente de ella; por lo demás, después de 1848, la burguesía alemana no ha podido ya desembarazarse del fantasma rojo.

Esa división en clases era la base de la división en partidos en el Parlamento y los *landtags*. Los grandes propietarios de tierras y una parte de los campe-

sinos formaban la masa de conservadores; la burguesía industrial constituía el ala derecha del liberalismo burgués, los liberales nacionales; el ala de izquierda —el Partido Demócrata debilitado o, como lo llamaban, Partido Progresista— constaba de pequeños burgueses, apoyados por una parte de la burguesía, como también de obreros. Finalmente, los obreros tenían su propio partido, el Socialdemócrata, al que pertenecía también la pequeña burguesía.

Un hombre en la situación de Bismarck y con el pasado de Bismarck debiera haberse dicho, al comprender en alguna medida el estado de las cosas, que los junkers, tal y como eran, no formaban una clase viable, que, de todas las clases poseedoras, sólo la burguesía podía pretender a un porvenir, y que, por consecuencia (hacemos abstracción de la clase obrera, pues no pensamos pedir a Bismarck que comprenda su misión histórica), su nuevo Imperio prometía tener una existencia tanto más segura cuanto más preparase su transformación paulatina en un Estado burgués moderno. No le vamos a pedir lo que en aquellas condiciones concretas le era imposible. No era posible ni oportuno pasar a la sazón inmediatamente a la forma de gobierno parlamentario, con un Reichstag dotado de poder decisivo (como la Cámara de los Comunes en Inglaterra); la dictadura de Bismarck ejercida en forma parlamentaria debía aún parecerle a él mismo necesaria; no le reprochamos en absoluto el haberla conservado en los primeros tiempos; únicamente preguntamos ¿con qué fin había que emplearla? Difícilmente se dudará de que la única vía que permitía asegurar al nuevo Imperio una base sólida y una evolución interior tranquila consistía en preparar un régimen que correspondiese al de la Constitución inglesa. Parecía que, con abandonar la mayor parte de los junkers, condenados inevitablemente a la ruina, a su ineludible suerte, era todavía posible formar con la parte restante y con los nuevos elementos una clase de grandes propietarios de tierra independientes, clase que sólo sirviese de fleco ornamental de la burguesía; una clase a la que la burguesía, incluso en plena posesión de su poder, debía entregar la representación oficial en el Estado, y con ello los puestos más rentables y una influencia muy grande. Al hacer concesiones políticas a la burguesía, que con el tiempo igual no se le podría negar (al menos así debían pensar las clases poseedoras), al hacerle esas concesiones paulatinamente e incluso muy de tarde en tarde y en pequeñas dosis, se podría, por lo menos, encauzar el nuevo Imperio por un camino que permitía alcanzar los otros Estados occidentales de Europa, que la habían adelantado mucho en el aspecto político, liberarse, finalmente, de los últimos vestigios del feudalismo y de la tradición filistea, todavía muy fuerte en los medios burocráticos y, lo que era lo principal, adquirir la capacidad de mantenerse en sus propios pies cuando sus fundadores, ya nada jóvenes, entregasen el alma a Dios.

Además, eso no era tan difícil. Los junkers y los burgueses no tenían energía, ni siquiera media. Los primeros lo habían probado en los últimos sesenta años, cuando el Estado no cesaba de adoptar medidas en beneficio de ellos,

pese a la oposición de estos Don Quijotes. La burguesía, a la que la larga historia anterior había acostumbrado a la docilidad, se resentía aún mucho del conflicto; desde entonces, los éxitos de Bismarck quebrantaron todavía más la fuerza de su resistencia, mientras que el miedo ante el movimiento obrero creciente de una manera amenazadora hizo el resto. En esas condiciones, a un hombre que había hecho realidad las aspiraciones nacionales de la burguesía no le costaría trabajo invertir el tiempo que le diese la gana para satisfacer sus aspiraciones políticas, muy modestas en general ya de por sí. Lo único que necesitaba era tener una idea clara del objetivo.

Desde el punto de vista de las clases poseedoras, era ese el único camino razonable. Desde el punto de vista de la clase obrera, estaba claro que era ya demasiado tarde para instaurar un poder burgués duradero. La gran industria y con ella la burguesía y el proletariado, se constituyeron en Alemania en una época en que la burguesía y el proletariado podían, casi al mismo tiempo, presentarse cada uno por su cuenta en el escenario político, en que, por consiguiente, la lucha entre las dos clases había comenzado ya antes de haber la burguesía conquistado el poder político exclusivo o predominante. Pero, si hasta era ya demasiado tarde para un poder firme y tranquilo de la burguesía en Alemania, la mejor política todavía en 1870, desde el punto de vista de las clases poseedoras en general, era el rumbo hacia ese poder de la burguesía. En efecto, sólo así se podían eliminar las innumerables supervivencias de los tiempos del feudalismo putrefacto, que seguían pululando en la legislación y la administración; sólo así se podía aclimatar gradualmente en suelo alemán el conjunto de los resultados de la Gran Revolución francesa, en una palabra, cortar a Alemania su vieja y larguísima trenza china y llevarla consciente y definitivamente a la vía de la evolución moderna, poner sus condiciones políticas a tono con las industriales. Y cuando, en lo sucesivo, se desplegase la lucha inevitable entre la burguesía y el proletariado, ésta transcurriría, al menos, en condiciones normales, en las que cada cual podría ver de qué se trataba, y no en un ambiente de confusión y oscuridad, de entrelazamiento de intereses y de perplejidad que observamos en Alemania en 1848, con la única diferencia de que, esa vez, la perplejidad abarcaba exclusivamente a las clases poseedoras, ya que la clase obrera sabe lo que quiere.

Como estaban las cosas en 1871 en Alemania, un hombre como Bismarck hubo de aplicar, efectivamente, una política de maniobra entre las distintas clases. Aquí no se le puede reprochar nada en absoluto. Trátase sólo de saber qué objetivo se planteaba esa política. Si marchaba consciente y resueltamente, no importa a qué ritmo, hacia la instauración, en fin de cuentas, del poder de la burguesía, respondía a la evolución histórica en la medida en que era, en general, posible desde el punto de vista de las clases poseedoras. Si en cambio, marchaba hacia el mantenimiento del viejo Estado prusiano, hacia la prusificación paulatina de Alemania, era reaccionaria y, en fin de cuentas, estaba con-

denada al fracaso. Si no se planteaba más que conservar el poder de Bismarck, era bonapartista y debía acabar como todo bonapartismo.

* * *

La tarea siguiente era la Constitución del Imperio. Como material se tenía, de una parte, la Constitución de la Confederación Germánica del Norte y, de otra, los tratados con los Estados alemanes del Sur[72]. Los factores, con ayuda de los cuales Bismarck debía crear la Constitución eran, por una parte, las dinastías representadas en el Consejo federal y, por otro, el pueblo representado en el Reichstag. En la Constitución de Alemania del Norte y en los tratados se puso un límite a las pretensiones de las dinastías. El pueblo, al contrario, podía pretender a una participación considerablemente mayor en el poder político. Había ganado en los campos de batalla la independencia, en cuanto a la intervención extranjera en los asuntos interiores y la unificación de Alemania, en la medida en que se podía hablar de unificación y precisamente él debía decidir, en primer término, el uso que cabía dar a esa independencia y el modo de realizar y utilizar concretamente esa unificación. E incluso si el pueblo reconocía las bases del derecho incluidas ya en la Constitución de la Confederación Germánica del Norte y en los tratados, ello no era óbice en absoluto para conseguir con la nueva Constitución una participación en el poder mayor que con la precedente. El Reichstag era la única institución que representaba, de hecho, la nueva "unidad". Cuanto mayor peso adquiría la voz del Reichstag, cuanto más independiente era la Constitución del Imperio respecto de las constituciones particulares de las tierras, tanto mayor debía ser la cohesión del nuevo Imperio, tanto más debían fundirse en el alemán el bávaro, el sajón y el prusiano.

Para cualquiera que viese más allá de la punta de su nariz eso debía estar completamente claro. Pero, Bismarck tenía otra opinión. Se servía, al contrario, de la embriaguez patriótica, que se había intensificado después de la guerra, precisamente para lograr que la mayoría del Reichstag renunciase tanto a toda ampliación como hasta a la definición clara de los derechos del pueblo y que se limitase a restituir simplemente en la Constitución del Imperio la base jurídica de la Constitución de la Confederación Germánica del Norte y de los tratados. Todas las tentativas de los pequeños partidos de expresar en la Constitución los derechos del pueblo a la libertad fueron rechazadas, hasta la propuesta del centro católico acerca de la inclusión de los artículos de la Constitución prusiana referentes a la garantía de la libertad de prensa, de reunión y de asociación y a la independencia de la Iglesia. De este modo, la Constitución prusiana, cercenada dos o tres veces, era más liberal aún que la Constitución del Imperio. Los impuestos no se votaban anualmente, sino que se establecían de una vez y para siempre, "por la ley", así que quedaba descartada para el Reichstag la posibilidad de rechazar la aprobación de los mismos. De esta

manera se aplicó a Alemania la doctrina prusiana, incomprensible en el mundo constitucional no alemán, según la cual los representantes del pueblo sólo tenían el derecho en el papel a rechazar los gastos, mientras que el gobierno recogía en su saco los ingresos en moneda contante y sonante. Sin embargo, a la vez que se privaba al Reichstag de los mejores medios de poder y se le reducía a la humilde posición de la Cámara prusiana, quebrantada por las revisiones de 1849 y de 1850, por la camarilla de Manteuffel, por el conflicto y por Sadowa, el Consejo federal dispone, en lo fundamental, de toda la plenitud de poder que poseía nominalmente la antigua Dieta federal y dispone de esa plenitud de hecho, ya que se ve libre de las trabas que paralizaban la Dieta federal. El Consejo federal, además de tener un voto decisivo en la legislación, a la par que el Reichstag, es, a la vez, la máxima instancia administrativa, puesto que promulga decretos sobre la aplicación de las leyes del Imperio y, además, adopta acuerdos sobre "las deficiencias que surgen al poner en práctica las leyes del Imperio...", es decir, de las deficiencias que en otros Estados civilizados sólo pueden ser eliminadas mediante una nueva ley (artículo 7, ß 3, que recuerda mucho un caso de conflicto jurídico).

Así, Bismarck no procuraba apoyarse principalmente en el Reichstag, que representa la unidad nacional, sino en el Consejo federal, que representa la dispersión particularista. No tuvo el valor, a pesar de que se hacía pasar por un portavoz de la idea nacional, de ponerse realmente al frente de la nación o de los representantes de ésta; la democracia debía servirle a él, y no él a la democracia; Bismarck no se fiaba en el pueblo, sino más bien en las intrigas de entre bastidores, en su habilidad de amañarse, con ayuda de medios diplomáticos, de la miel y del látigo, una mayoría aunque recalcitrante, en el Consejo federal. La estrechez de concepción y la mezquindad de criterio que se revelan aquí responden perfectamente al carácter de ese señor tal y como lo hemos conocido hasta ahora. Sin embargo, no debe asombrarnos el que sus grandes éxitos no le hayan ayudado a situarse aunque no fuese más que por un instante por encima de su propio nivel.

Sea como fuere, todo se redujo a dar a la Constitución del Imperio un eje único y fuerte, es decir, el canciller del Imperio. El Consejo federal debía llegar a ocupar una posición que hiciese imposible otro poder ejecutivo responsable que no fuese el del canciller del Imperio y, en virtud de ello, descartase la posibilidad de existencia de ministros responsables del Imperio. En efecto, todo intento de organizar la administración del Imperio mediante la Constitución de un ministerio responsable se entendía como un atentado a los derechos del Consejo federal y tropezaba con una resistencia insuperable. Como se advirtió pronto, la Constitución estaba "hecha a la medida" de Bismarck. Significaba un paso más por el camino de su poder dictatorial mediante el balanceo entre los partidos en el Reichstag y entre los Estados particularistas en el Consejo federal, significaba un paso más por el camino del bonapartismo.

Por lo demás, no se puede decir que la nueva Constitución del Imperio, sin contar algunas concesiones a Baviera y a Wurtemberg, sea un paso directamente atrás. Pero eso es lo mejor que se puede decir de ella. Las necesidades económicas de la burguesía fueron satisfechas en lo esencial, y ante sus pretensiones políticas, por cuanto las presentaba todavía, se levantaron las mismas barreras que en el período del conflicto.

¡Por cuanto la burguesía presentaba aún pretensiones políticas! En efecto, es incontestable que esas pretensiones se reducían en boca de los liberales nacionales a proporciones muy modestas y disminuían cada día. Estos señores, muy lejos de pretender que Bismarck les diese facilidades de colaborar con él, aspiraban más bien agradarle donde fuese posible y, con frecuencia, incluso donde no lo era ni debía serlo. Nadie reprocha a Bismarck el despreciarlos, pero ¿acaso los junkers habían sido siquiera un poco mejores o más valientes? El dominio siguiente, en el que había que instaurar la unidad del Imperio, la circulación monetaria, fue puesto en orden por las leyes promulgadas de 1873 a 1875 sobre la moneda y los bancos. El establecimiento del patrón de oro ha sido un progreso significativo, pero se ha llevado a cabo lentamente y con muchas vacilaciones, y no cuenta incluso ahora con una base bastante firme. El sistema monetario adoptado, en el que se ha tomado como base bajo el nombre de marco el tercio de tálero, admitido con división decimal, fue propuesto ya a fines de los años 30 por Soetbeer; de hecho, la unidad era la moneda de veinte marcos de oro. Cambiando de un modo casi imperceptible el valor de la misma se podría hacerla equivalente, ya bien al soberano inglés, ya bien a la moneda de 25 francos de oro, ya bien a la de cinco dólares de oro norteamericanos e incorporarse de este modo a uno de los tres sistemas monetarios principales del mercado mundial. Sin embargo se prefirió crear un sistema monetario propio, dificultando sin necesidad el comercio y los cálculos de las cotizaciones. Las leyes sobre el papel moneda del Imperio y los bancos limitaban la especulación en títulos de los pequeños Estados y sus bancos y, vista la quiebra que se produjo mientras tanto, procedían con cierta cautela perfectamente justificable para Alemania, todavía carente de experiencia en este dominio. También aquí, los intereses económicos de la burguesía se tuvieron debidamente en cuenta.

Finalmente había que implantar una legislación única en la esfera de la justicia. La resistencia de los Estados medios a la extensión de la competencia del Imperio al derecho civil material fue superada, pero el código civil está todavía en fase de elaboración, mientras que la ley penal, el procedimiento penal y civil, el derecho comercial, la legislación sobre las quiebras y la organización judicial obedecen ya a un modelo uniforme. La supresión de las normas jurídicas materiales y formales abigarradas de los pequeños Estados era ya, de por sí, una necesidad imperiosa del continuo progreso de la sociedad burguesa y constituye también el principal mérito de las nuevas leyes, mucho mayor que su contenido.

El jurista inglés se apoya en un pasado jurídico que ha salvado, a través de la Edad Media, una buena parte de la antigua libertad germánica, que ignora el Estado policíaco, estrangulado ya en su embrión por las dos revoluciones del siglo XVII, y ha alcanzado su apogeo en dos siglos de desarrollo continuo de la libertad civil. El jurista francés se apoya en la Gran Revolución que, después de acabar con el feudalismo y la arbitrariedad policíaca absolutista tradujo las condiciones de vida económica de la sociedad moderna recién nacida al lenguaje de las normas jurídicas en su clásico código proclamado por Napoleón. Y ¿cuál es, pues, la base histórica en que se apoyan nuestros juristas alemanes? Nada más que el proceso de descomposición secular y pasivo de los vestigios de la Edad Media, acelerado en su mayor parte por golpes desde fuera y que, todavía hoy, no ha terminado: una sociedad económicamente atrasada, en la que el junker feudal y el maestro de un gremio andan como fantasmas en busca de nuevo cuerpo para encarnarse; una situación jurídica, en el que, la arbitrariedad policíaca —habiendo desaparecido en 1848 la justicia secreta de los príncipes— abre todavía una hendedura tras otra. De estas escuelas, peores de las peores, salieron los padres de los nuevos códigos del Imperio, y la obra ha salido al estilo de la casa sin hablar ya del aspecto puramente jurídico, la libertad política se las ha visto negras en esos códigos. Si los tribunales de regidores[73] dan a la burguesía y la pequeña burguesía la posibilidad de participar en la obra de refrenar a la clase obrera, el Estado se protege en la medida de lo posible contra el peligro de una oposición burguesa renovada limitando la competencia de los tribunales de jurados. Los puntos políticos del código penal son en muchos casos tan indefinidos y elásticos como si estuvieran cortados a la medida del actual tribunal del Imperio, y éste, a la de aquéllos. De suyo se entiende que esos nuevos códigos son un paso adelante en comparación con el derecho civil prusiano, código que ni siquiera Stucker podría fabricar hoy algo más siniestro aunque lo castrasen. Pero, las provincias que han conocido hasta ahora el derecho francés sienten mucho la diferencia entre la copia descolorida y el original clásico. Y precisamente la renuncia de los liberales nacionales a su programa hizo posible este reforzamiento del poder estatal a cuenta de las libertades civiles, ese auténtico primer paso atrás.

Cabe mencionar, además, la ley de prensa promulgada por el Imperio. El código penal ya había reglamentado en lo esencial el derecho material en todo lo referente a este problema; trátase del establecimiento de disposiciones formales idénticas para todo el Imperio, la supresión de las cauciones y los derechos de timbre que subsistían aún en unos u otros lugares, que constituían el principal contenido de esa ley y, a la vez, el único progreso logrado en este dominio.

A fin de que Prusia pudiese presentarse una vez más como un Estado modelo se implantó en ella la llamada administración autónoma. Tratábase de suprimir los más chocantes vestigios de feudalismo y, al propio tiempo, dejar

en lo posible las cosas como estaban. Para eso sirvió la ordenanza de los distritos[74]. El poder policíaco de los señores junkers en sus fincas era ya un anacronismo. Había sido abolido en cuanto a la designación, como privilegio feudal, pero restaurada en cuanto al fondo, al crearse los distritos rurales autónomos [*Gutsbezirke*], dentro de los cuales el propietario es, ya personalmente, el prepósito [*Gutsvorsteher*] con atribuciones de preboste rural [*landlicher Gemeindevorsteher*], ya el que nombra a semejante prepósito; este poder de los junkers fue restaurado de hecho también merced a la transferencia de todo el poder policial y de toda la jurisdicción policial dentro del distrito administrativo [*Amtsbezirk*] al jefe de distrito [*Amtsvorsteher*], que en el campo ha sido casi siempre un gran propietario de tierra; bajo su férula se hallaban, por tanto, las comunidades rurales. Fueron abolidos los privilegios feudales de los particulares, pero la plenitud de poder ligada a ello fue dada a la clase entera. Con ayuda de semejante escamoteo, los grandes propietarios de tierra ingleses se transformaron en jueces de paz, en amos y señores de la administración rural, de la policía y de los organismos inferiores de la jurisdicción, asegurándose de este modo, bajo un título nuevo, modernizado, el continuo usufructo de todos los puestos de poder esenciales que ya no podían mantener en sus manos bajo la vieja forma feudal. Pero ésa es la única similitud entre la "administración autónoma" alemana y la inglesa. Quisiera yo ver al ministro inglés que se atreviese proponer al Parlamento que los funcionarios elegidos para cargos administrativos locales necesitasen ser aprobados por el gobierno, que, en caso de voto de oposición, el gobierno pudiese imponer los suplentes, que se instituyeran los cargos de funcionarios del Estado con las atribuciones de los *Landraths* prusianos, de miembros de administraciones de distrito y de *oberpresidentes*; proponer la injerencia de la administración estatal, prevista en la ordenanza de los distritos, en los asuntos interiores de las comunidades, los distritos y las comarcas; proponer la supresión del derecho de recurrir a los tribunales, tal y como se dice casi en cada página de la ordenanza de los distritos, completamente inaudito en los países de habla inglesa y de derecho inglés. Y mientras las asambleas de distrito y las provinciales constan siempre, a la manera feudal antigua, de representantes de tres estamentos —los grandes propietarios de tierras, las ciudades y las comunidades rurales—, en Inglaterra, hasta el gobierno más archiconservador presenta un proyecto de ley acerca de la entrega de toda la administración de los condados a organismos mediante un sufragio casi universal[75].

El proyecto de ordenanza de los distritos para las seis provincias orientales (1871) fue la primera prueba de que Bismarck no pensaba disolver a Prusia en Alemania, sino que, al contrario, se disponía a reforzar más aún este baluarte del viejo prusianismo, es decir, estas seis provincias. Los junkers han conservado, bajo otro nombre, todos los poderes esenciales, que les aseguran su dominación, mientras que los ilotas de Alemania, los obreros agrícolas de estas regiones, tanto los domésticos, como los jornaleros, siguen, en realidad, bajo el

régimen de la servidumbre, lo mismo que antes, siendo admitidos a cumplir sólo dos funciones públicas: ser soldados y servir de ganado de votación a los junkers durante las elecciones al Reichstag. El servicio que Bismarck ha prestado con eso al partido revolucionario socialista es inexpresable y merece toda clase de agradecimiento.

Ahora bien, ¿qué cabe decir de la estupidez de los señores junkers, que, igual que los niños mal educados, patalean protestando contra esta ordenanza de los distritos, implantada exclusivamente en beneficio suyo, en aras de mantener sus privilegios feudales disimulados con una denominación ligeramente modernizada? La Cámara prusiana de los señores, mejor dicho, la Cámara de los junkers, comenzó por rechazar el proyecto, al que se estuvo dando largas durante casi un año, y no lo aceptó hasta que no sobrevino una "hornada" de 24 "señores" nuevos. Los junkers prusianos volvieron a mostrar que eran unos reaccionarios mezquinos, empedernidos, incurables, incapaces de formar el núcleo de un gran partido independiente que asumiese un papel histórico en la vida de la nación, como lo hacen en realidad los grandes propietarios de tierras ingleses. Con eso han confirmado la ausencia completa de juicio; a Bismarck no le quedaba más que hacer patente ante el mundo entero que tampoco tenían carácter, y una pequeña presión ejercida con habilidad los trasformó en partido de Bismarck *sans phrase*. Y para eso debía servir el *Kulturkampf*[76].

La ejecución del plan imperial prusiano-alemán debía producir, como contragolpe, la agrupación en un partido de todos los elementos antiprusianos que se basaban en el anterior desarrollo aparte. Estos elementos de todo pelaje hallaron una bandera común en el ultramontanismo[77]. La rebelión del sentido común humano, hasta entre los numerosos católicos ortodoxos, contra el nuevo dogma de la infalibilidad del papa, por una parte, y, por otra, la supresión de los Estados de la Iglesia y el pretendido cautiverio del papa en Roma[78] obligaron a todas las fuerzas militantes del catolicismo a unirse más estrechamente. Así, ya durante la guerra, en otoño de 1870, en el *Landtag* prusiano se constituyó el partido específicamente católico del centro; ese partido entró en el primer Reichstag alemán (1871) nada más que con 57 representantes, aumentando ese número con cada nueva elección hasta pasar de 100. Constaba de los elementos más diversos. En Prusia, formaban su fuerza principal los pequeños campesinos renanos, que se consideraban todavía como "prusianos por la fuerza"; luego estaban los terratenientes y los campesinos de los obispados westfalianos de Münster y Paderborn y de la Silesia católica. El otro contingente importante procedía de entre los católicos del Sur, sobre todo de entre los bávaros. Sin embargo, la fuerza del centro no consistía tanto en la religión católica cuanto en que expresaba las antipatías de las masas populares hacia todo lo específicamente prusiano, que pretendía ahora a la dominación en Alemania. Esta antipatía era particularmente sensible en las zonas católicas; al propio tiempo se advertía la simpatía respecto de Austria, que había sido expulsada de

Alemania. De acuerdo con estas dos corrientes populares, el centro ocupó una posición resueltamente particularista y federalista.

Este carácter esencialmente antiprusiano del centro fue advertido inmediatamente por las otras fracciones pequeñas del Reichstag que estaban en contra de Prusia por razones locales, y no de carácter nacional y general, como los socialdemócratas. No sólo los católicos —polacos y alsacianos—, sino hasta los protestantes welfos[79] se aliaron estrechamente al partido del centro. Y, aunque las minorías burguesas liberales jamás habían comprendido el auténtico carácter de los llamados ultramontanos, mostraron que, no obstante, tenían cierta idea del estado real de las cosas al dar al centro el título de "sin patria" y "enemigo del Imperio"...[xxxii]

Notas al pie de página

[i] Alejandro I. (*N. de la Edit.*)

[ii] Glosa marginal de Engels, a lápiz: "Weert". (*N. de la Edit.*)

[iii] Ambas citas han sido tomadas de la poesía de C. Hinkel, "La canción de la Unión". (*N. de la Edit.*)

[iv] De la poesía de E. M. Arndt, "*Des Deutschen Vaterland*". (*N. de la Edit.*)

[v] Hoffman von Fallersleben, *Lied der Deutschen*. ("Desde el Mosa hasta Memel, desde el Adigio hasta el Belt, Alemania, Alemania por encima de todo, por encima de todo en el mundo"). (*N. de la Edit.*)

[vi] Véase la poesía de E. M. Arndt "*Des Deutschen Vaterland*". (*N. de la Edit.*)

[vii] Glosa marginal de Engels, a lápiz: "Paz de Westfalia y paz de Teschen"[9]. (*N. de la Edit.*)

[viii] En el manuscrito se lee la siguiente glosa de Engels hecha a mano: "Alemania-Polonia". (*N. de la Edit.*)

[ix] La guerra de Crimea fue una comedia colosal única de errores, en la que uno se preguntaba ante cada escena nueva: ¿quién será ahora el engañado? Pero la comedia costó inestimables recursos y más de un millón de vidas (continúa en la) humanas. Apenas comenzó la lucha, Austria entró en los principa-

dos danubianos; los rusos se replegaron frente a ella y, por tanto, mientras Austria permanecía neutral, una guerra contra Turquía en la frontera terrestre de Rusia era imposible. Pero se podía tener a Austria como aliada en una guerra en las fronteras rusas sólo en el caso de que la guerra se librase en serio con el fin de restaurar Polonia y de hacer retroceder para mucho tiempo la frontera occidental de Rusia. Entonces, Prusia, a través de la cual Rusia recibía aún todas las mercancías importadas, se vería obligada a adherirse, Rusia se encontraría bloqueada tanto por tierra como por mar y habría de sucumbir rápidamente. Pero no era ésa la intención de los aliados. Al contrario, ellos se sentían felices de haber descartado todo peligro de una guerra seria. Palmerston aconsejó trasladar el teatro de operaciones a Crimea, lo que deseaba la propia Rusia, y Luis Napoleón lo consintió de muy buen grado. En Crimea, la guerra sólo podía ser una apariencia de guerra, y en tal caso todos los participantes principales quedarían satisfechos. Pero, el emperador Nicolás se metió en la cabeza la idea de que era necesario librar en ese teatro una guerra seria, habiendo olvidado que, si bien era un terreno propicio para una apariencia de guerra, no lo era para una guerra de verdad. Lo que constituía la fuerza de Rusia en la defensa —la enorme extensión de su territorio poco poblado, impracticable y pobre en recursos de abastecimiento— se volvía en contra de ella en una guerra ofensiva, y eso no se manifestaba en ninguna parte con más fuerza que precisamente en la dirección de Crimea. Las estepas de la Rusia meridional, que debían ser la sepultura de los agresores, se convirtieron en sepultura de los ejércitos rusos que Nicolás lanzaba unos tras otros con estúpida brutalidad contra Sebastopol hasta la mitad del invierno. Y cuando la última columna, formada de prisa y corriendo, pertrechada a duras penas, miserablemente abastecida, perdió en el camino dos tercios de sus efectivos (batallones enteros sucumbían en las tempestades de nieve), cuando el resto del ejército no era ya capaz de expulsar al enemigo del suelo ruso, el cabeza de chorlito de Nicolás perdió miserablemente el ánimo y se envenenó. Desde este momento, la guerra volvió a ser una guerra ficticia y se marchó hacia la conclusión de la paz. (N. de Engels)

[x] Engels emplea aquí la expresión: *Mehrer des Reiches*, que era parte del título de los emperadores del Sacro Imperio Romano en la Edad Media. (*N. de la Edit.*)

[xi] Glosa marginal de Engels, a lápiz: "Orsini". (*N. de la Edit.*)

[xii] Marx y yo hemos tenido más de una ocasión para convencernos sobre el terreno de que ese era el estado de ánimo a la sazón en Renania. Los industriales de la orilla izquierda me preguntaban, entre otras cosas, cómo repercutiría en sus empresas el paso a las tarifas aduaneras francesas. (N. de Engels)

[xiii] Guillermo I. (*N. de la Edit.*)

[xiv] Beauvau. (*N. de la Edit.*)

[xv] Rheinische Zeitung[27] discutió en 1842, desde este punto de vista, la cuestión de la hegemonía prusiana. Gervinus me dijo ya en verano de 1843 en Ostende: Prusia debe ponerse al frente de Alemania, pero eso requiere tres condiciones: Prusia debe dar una Constitución, debe dar la libertad de prensa y aplicar una política exterior más definida. (N. de Engels)

[xvi] Hasta en los tiempos de Kulturkampf[29], los industriales renanos se me quejaban de que no podían promover a contramaestres a excelentes obreros debido a que éstos carecían de conocimientos escolares suficientes. Eso se refería más que nada a las comarcas católicas. (N. de Engels)

[xvii] Glosa marginal de Engels: "Escuelas medias para la burguesía". (*N. de la Edit.*)

[xviii]
¿Se habrá visto cosa pareja
A la de lo ocurrido con el alcalde Tschech?
No acertó en ese gordiflón
A dos pasos de distancia! (*N. de la Edit.*)

[xix] Al príncipe Guillermo, posteriormente, emperador Guillermo I. (*N. de la Edit.*)

[xx] Federico Guillermo. (*N. de la Edit.*)

[xxi] Alejandro II. (*N. de la Edit.*)

[xxii] Glosa marginal de Engels, a lápiz: "Línea de reparto: el Meno". (*N. de la Edit.*)

[xxiii] En la guerra, como en la guerra. (*N. de la Edit.*)

[xxiv] Glosa marginal de Engels, a lápiz: ¡Juramento a la bandera!. (*N. de la Edit.*)
[xxv] El reino de Hannover, el gran electorado de Hesse-Cassel, el ducado de Nassau y la ciudad libre de Francfort del Meno. (*N. de la Edit.*)

[xxvi] A. Bebel y G. Liebkneht. (*N. de la Edit.*)

[xxvii] Ya antes de la guerra con Austria, interpelado por un ministro de un Estado medio acerca de su política alemana demagógica, Bismarck le respondió que, a despecho de todos los discursos, arrojaría a Austria de Alemania y

rompería la Confederación: —"¿Y usted cree que los Estados medios se quedarán tranquilos ante todo eso?". —"Ustedes, los Estados medios, no harán absolutamente nada". —"Y ¿qué harán los alemanes?" —"Los llevaré en seguida a París y los unificaré allí". (Contado en París la víspera de la guerra con Austria por el mencionado ministro y publicado durante la contienda en Manchceter Guardian[50] por su corresponsal parisiense Sra. Crawford). (N. de Engels)

[xxviii] Guillermo III. (*N. de la Edit.*)

[xxix] De 1869. (*N. de la Edit.*)

[xxx] Precisamente estos cañones, pertenecientes a la Guardia Nacional y no al Estado y por tanto no entregados a los prusianos fueron los que Thiers ordenó el 18 de marzo de 1871 que se los robaran a los parisinos, lo que provocó la insurrección que dio lugar a la Comuna. (N. de Engels)

[xxxi] Guillermo I. (*N. de la Edit.*)

[xxxii] Federico Guillermo IV. (*N. de la Edit.*)

[xxxiii] El texto que sigue hasta las palabras "Bismarck había logrado su objetivo", en virtud de la ausencia de las correspondientes páginas del manuscrito, se reproduce con arreglo al texto de la revista *Neue Zeit*, Bd. 1, N° 25, 1895-1896, S. 772-776 (*N. de la Edit.*)

[xxxiv] Se reprocha a Luis XIV el haber lanzado en plena paz a sus cámaras de reunificación[65] sobre regiones alemanas que no le pertenecían. Ni la envidia más malévola podría reprochar lo mismo a los prusianos. Al contrario. Tras de concluir la paz separada con Francia en 1795, violando directamente la Constitución del Imperio, tras de reunir en torno suyo a sus vecinos pequeños, igualmente pérfidos, del otro lado de la línea de demarcación en la primera Confederación Germánica del Norte, se aprovecharon para llevar a cabo sus tentativas anexionistas en Franconia, de la difícil situación en que se encontraban los Estados del Sur de Alemania, que tuvieron que proseguir solos la guerra aliados a Austria. Formaron en Ansbach y en Bayreuth, a la sazón prusianas, cámaras de reunificación al estilo de las de Luis XIV; pretendían a una serie de territorios vecinos so pretextos tan absurdos que, comparados con ellos, los argumentos jurídicos de Luis parecían claros y convincentes al máximo. Y cuando los alemanes fueron derrotados y se replegaron, cuando los franceses entraron en Franconia, los salvadores prusianos ocuparon todo el territorio alrededor de Nuremberg, incluidos los arrabales hasta los muros de la ciudad y consiguieron que los burgueses de Nuremberg, muertos de miedo, firmaran un tratado (el 2 de septiembre de 1796), según el cual la ciudad se sometía a la

soberanía prusiana a condición de que los judíos jamás fuesen admitidos en la ciudad. Pero, acto seguido, el archiduque Carlos pasó a la ofensiva y volvió a destrozar a los franceses en Wurzburg el 3 y el 4 de septiembre de 1796, con lo cual se desvaneció como el humo azul esta tentativa de lograr por la fuerza que los vecinos de Nuremberg comprendiesen la misión alemana de Prusia. (N. de Engels)

[xxxv] Las fortalezas del Norte de Italia: Verona, Legnago, Mantua y Peschiera. (*N. de la Edit.*)

[xxxvi] C. Marx, Segundo manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana (véase la presente edición, t. 2, págs. 206-213) (*N. de la Edit.*)

[xxxvii] Aquí se interrumpe el manuscrito. (*N. de la Edit.*)

NOTAS

[1] La presente obra constituye el cuarto capítulo del folleto ideado, pero no terminado por Engels *El papel de la violencia en la historia*. Los tres primeros capítulos del trabajo debían constituir, en forma revisada, los capítulos de la sección segunda de *Anti-Dühring*, unidos por el título común *La teoría de la violencia*. Engels tenía intención de someter en el folleto a un análisis crítico toda la política de Bismarck y mostrar en el ejemplo de la historia de Alemania después de 1848 la justeza de las conclusiones teóricas sacadas en *Anti-Dühring* acerca de la relación mutua entre la economía y la política. El capítulo no fue terminado. Engels analiza en él el desarrollo de Alemania hasta 1888. En la obra *El papel de la violencia en la historia* Engels da una clara definición de las posibles vías de la unificación de Alemania, explicando las causas que condicionaron su unión "desde arriba", bajo la hegemonía de Prusia. Al señalar el carácter progresivo del propio hecho de la unificación, a pesar de haberse operado por esta vía, Engels pone al desnudo al mismo tiempo, la limitación histórica y el carácter bonapartista de la política de Bismarck, que condujo, en última instancia, a la formación en Alemania de un Estado policíaco, a la prepotencia de los junkers, al crecimiento del militarismo. Engels desenmascara la ambigüedad y la cobardía de la burguesía prusiana, incapaz de defender hasta el fin sus propios intereses y conseguir la liquidación completa de las supervivencias feudales. Engels critica acerbamente la política militar belicosa de las clases dominantes de Alemania, que encontró su expresión más nítida en el saqueo de Francia en 1871 y en la anexión de la Alsacia y Lorena. Al analizar el estado interior del Imperio alemán y la distribución de las fuerzas de clase en él, poniendo de manifiesto las contradicciones interiores que le

eran inherentes desde el momento mismo de la fundación sus aspiraciones militaristas y agresivas, Engels llega a la conclusión de la inevitabilidad de su bancarrota. Del trabajo de Engels se deduce con toda evidencia que en Alemania una sola clase, el proletariado, puede pretender al papel de portavoz de los intereses realmente de todo el pueblo.

[2] En el *Congreso de Viena* (1814-1815), Austria, Inglaterra y Rusia, tras la derrota de Francia, rehicieron el mapa de Europa con el fin de restaurar las monarquías "legítimas" en contra de los intereses de la reunificación nacional e independencia de los pueblos.

[3] *Dieta federal*: órgano central de la Confederación Germánica (creada a base de la decisión del Congreso de Viena del 8 de junio de 1815; era una unión de Estados feudales absolutistas alemanes); se reunía en Francfort del Meno y era un instrumento de la política reaccionaria de los gobiernos alemanes. En 1848-1849 suspendió su actividad debido al desmoronamiento de la Confederación, reanudándola en 1850, cuando la Confederación Germánica fue restaurada. Esta dejó de existir definitivamente durante la guerra austro-prusiana de 1866.

[4] "*Año loco*" ("*das tolle Jahr*"): así denominaban algunos literatos e historiadores reaccionarios alemanes el año 1848. La expresión pertenece al escritor Ludwig Bechstein, quien publicó en 1833 una novela de este título dedicada a los disturbios en Erfurt en 1509.

[5] Se trata de la influencia que ejerció en el desarrollo del comercio internacional el descubrimiento de nuevos placeres de oro en California en 1848 y en Australia en 1851.

[6] Los *festejos de Wartburg* fueron organizados por las organizaciones estudiantiles alemanas (los *burschenschafts*) el 18 de octubre de 1817 en relación con el 300 aniversario de la Reforma y el 4 aniversario de la batalla de Leipzig. La fiesta se transformó en una manifestación de los estudiantes de tendencias oposicionistas contra el régimen reaccionario de Metternich y por la unidad de Alemania.

[7] La *fiesta de Hambach*: manifestación política del 27 de mayo de 1832 cerca del castillo de Hambach en el Palatinado bávaro, organizada por los representantes de la burguesía liberal y radical alemana. Los participantes de la fiesta llamaban a la unidad de todos los alemanes contra los príncipes alemanes en nombre de la lucha por las libertades burguesas y transformaciones constitucionales.

[8] 205 La *guerra de los Treinta años* (1618-1648): guerra europea provocada por la lucha entre los protestantes y católicos. Alemania fue el teatro principal de esta lucha, objeto de saqueo militar y de pretensiones anexionistas de los participantes en la guerra. Esta se acabó en 1648 con la paz de Westfalia que refrendó el fraccionamiento político de Alemania.

[9] La *paz de Teschen*: tratado de paz entre Austria, por una parte, y Prusia y Sajonia, por otra, firmado en Teschen el 24 de mayo de 1779, que concluyó la Guerra de la Herencia bávara (1778-1779). De acuerdo con ese tratado, Prusia y Austria recibieron porciones del territorio bávaro, y Sajonia una compensación en metálico. Rusia intervino como intermediario en la conclusión del tratado, siendo, junto con Francia, garante del mismo.

[10] La llamada *diputación imperial* era una comisión de representantes del Imperio alemán, elegido por la Dieta imperial en octubre de 1801. Después de prolongadas discusiones y bajo la presión de los representantes de Francia y Rusia (que concertaron en octubre de 1801 un convenio secreto sobre la regulación de las cuestiones territoriales en las regiones renanas de Alemania en favor de la Francia napoleónica), adoptó el 25 de febrero de 1803 la decisión de suprimir 112 Estados alemanes y entregar una parte considerable de sus posesiones a Baviera, Wurtemberg, Baden y Prusia.

[11] Se alude a la discusión y aprobación por la *Dieta imperial*, órgano supremo del Sacro Imperio Romano Germánico, que constaba de representantes de los Estados alemanes, de la decisión impuesta por Francia y Rusia acerca de la regulación de las cuestiones territoriales en la Alemania renana (véase la nota 207). Desde 1663, la Dieta imperial se reunía en Ratisbona.

[12] Engels alude a la conclusión en París, el 3 de marzo (19 de febrero) de 1859, de un tratado secreto entre Rusia y Francia, en virtud del cual Rusia prometía ocupar la posición de favorable neutralidad en caso de guerra entre Francia y Cerdeña, por una parte, y Austria, por otra. De su parte, Francia prometió plantear la cuestión de la revisión de los artículos del tratado de paz de París de 1856 que limitaban la soberanía de Rusia en el Mar Negro.

[13] Trátase del golpe de Estado organizado por Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851, que dio comienzo al régimen bonapartista del Segundo Imperio.

[14] Engels alude a los hechos siguientes de la biografía de Luis Bonaparte: deseando ganarse popularidad, éste trataba de granjearse la confianza de distintos partidos de oposición, en particular de los carbonarios italianos; en 1832 tomó la ciudadanía suiza en el cantón Thurgau; el 30 de octubre de 1836, con ayuda de dos regimientos de artillería intentó levantar un motín en Estrasbur-

go; en 1848, durante la estancia en Inglaterra, se alistó como voluntario al cuerpo de constables especiales (en Inglaterra, reserva de la policía constituida por civiles), que tomaron parte en la disolución de la manifestación de los cartistas el 10 de abril de 1848.

[15] Trátase de las fronteras de Francia, establecidas por la *paz de Lunéville*, concertada entre Francia y Austria el 9 de febrero de 1801. El tratado de paz refrendó la ampliación de las fronteras de Francia como resultado de las guerras contra la primera y la segunda coaliciones y, en particular, la anexión de la orilla izquierda del Rin, de Bélgica y de Luxemburgo.

[16] Trátase del Congreso de representantes de Francia, Inglaterra, Austria, Rusia, Cerdeña, Prusia y Turquía en París, que tuvo como resultado la firma, el 30 de marzo de 1856, del Tratado de paz de París, poniendo fin a la guerra de Crimea de 1853-1856.

[17] *La guerra italiana*: guerra de Francia y Piamonte contra Austria, desencadenada por Napoleón III so falso pretexto de liberación de Italia. Lo que quería Napoleón III, en realidad, era conquistar nuevos territorios y consolidar el régimen bonapartista en Francia. Sin embargo, asustado por la gran envergadura del movimiento de liberación nacional en Italia y empeñado en mantener el fraccionamiento político de ésta, Napoleón III concertó una paz separada con Austria. Francia se quedó con Saboya y Niza. Lombardía pasó a pertenecer a Cerdeña, y Venecia siguió bajo la dominación de Austria.

[18] La *paz de Basilea de 1795* fue concertada con la República Francesa por separado el 5 de abril por Prusia, que traicionó de este modo a sus aliados de la primera coalición antifrancesa.

[19] Con estas palabras, von Schleinitz, ministro de Negocios Extranjeros de Prusia, caracterizó en 1859 la política exterior de Prusia en el período de la guerra de Francia y Piamonte contra Austria. Esta política consistía en no unirse a ninguna de las partes beligerantes, pero tampoco se declaraba la neutralidad.

[20] Trátase de la *Société Générale du Crédit Mobilier*, gran banco anónimo francés creado en 1852. La fuente principal de los ingresos del banco fue la especulación en títulos de valor. El *Crédit Mobilier* estaba ligado estrechamente con los círculos gubernamentales del Segundo Imperio. En 1867 quebró y en 1871 fue liquidado.

[21] La *Confederación del Rin*: unión de los Estados de Alemania del Sur y del Oeste, fundada bajo el protectorado de Napoleón en julio de 1806. La Unión agrupaba más de 20 Estados que se hicieron, de hecho, vasallos de Francia. La

Unión se disgregó en 1813 como consecuencia de la derrota del ejército de Napoleón.

[22] Trátase de las fortalezas de la Confederación Germánica (véase la nota 235), situadas principalmente a lo largo de la frontera francesa; las guarniciones de estas fortalezas se reclutaban entre las fuerzas armadas de los Estados más grandes de la Confederación, más que nada las tropas austríacas y prusianas.

[23] Se alude al gobierno reaccionario del príncipe de Schwarzenberg, que se formó en noviembre de 1848 después de la derrota de la revolución democrática burguesa, que comenzó con la sublevación popular del 13 de marzo de 1848 en Viena.

[24] La expresión "la política realista" se empleaba para designar la política de Bismarck, que los contemporáneos consideraban basada en el cálculo.

[25] Se tiene en cuenta el ataque de Federico II a Silesia, que pertenecía a Austria, en diciembre de 1740.

[26] El 14 de octubre de 1806 en dos batallas simultáneas, *Jena* y *Auerstädt*, el ejército prusiano fue aniquilado por las tropas francesas, y el Estado prusiano se vio completamente derrotado.

[27] *Rheinisehe Zeitung für Politik, Handel und Gewerbe* ("Periódico del Rin para cuestiones de política, comercio e industria"): diario que se publicó en Colonia del 1 de enero de 1842 al 31 de marzo de 1843. En abril de 1842, Marx comenzó a colaborar en él, y en octubre del mismo año pasó a ser uno de sus redactores; Engels colaboraba también en el periódico.

[28] *Landwehr*: parte integrante de las fuerzas militares prusianas de tierra; surgido en Prusia en 1813 como milicia popular en la lucha contra las tropas napoleónicas, se empleaba, según la edad de los componentes, para engrosar el ejército activo o para cumplir servicio de guarnición.

[29] *Kulturkampf* ("Lucha por la cultura"): denominación dada por los liberales burgueses al sistema de medidas legislativas del Gobierno de Bismarck en los años 70 del siglo XIX llevadas a la práctica bajo la bandera de la lucha por la cultura laica. En los años 80, Bismarck abolió la mayor parte de estas medidas, con el fin de unir las fuerzas reaccionarias.

[30] Engels llama irónicamente *liberales cantonalistas* a los liberales, partidarios de la transformación de Alemania en Estado federal, a semejanza de Suiza dividida en cantones autónomos.

[31] Trátase del golpe de Estado en Prusia en noviembre-diciembre de 1848 y del período de reacción que le siguió.

[32] *Der Sozialdemokrat* ("El socialdemócrata"): semanario alemán, órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán; se publicó de septiembre de 1879 a septiembre de 1888 en Zurich y de octubre de 1888 al 27 de septiembre de 1890 en Londres. Marx, lo mismo que Engels, que colaboraba en el semanario durante todo el período de su publicación, ayudaban activamente a la redacción del periódico a aplicar la línea proletaria del partido, criticaban y corregían los distintos errores y vacilaciones de la publicación.

[33] En 1858, el príncipe regente Guillermo destituyó el ministerio de Manteuffel y llamó al poder a los liberales moderados; en la prensa burguesa este rumbo recibió el pomposo título de "*era nueva*"; pero, en realidad la política de Guillermo se planteaba exclusivamente el fortalecimiento de las posiciones de la monarquía prusiana y de los junkers. La "nueva era" preparó, de hecho, la dictadura de Bismarck, que llegó al poder en septiembre de 1862.

[34] El llamado *conflicto constitucional* entre el gobierno prusiano y la mayoría liberal burguesa del landtag surgió en febrero de 1860, cuando ésta se negó a aprobar el proyecto de reorganización del ejército, presentado por el ministro de la guerra von Roon. En marzo de 1862, la mayoría liberal se negó otra vez a aprobar los gastos de guerra, después de lo cual el gobierno disolvió el landtag y convocó nuevas elecciones. A fines de septiembre de 1862 se formó el ministerio contrarrevolucionario de Bismarck, que en octubre del mismo año volvió a disolver el landtag y comenzó a aplicar la reforma militar, gastando medios sin la ratificación del landtag. El conflicto sólo se resolvió en 1866, cuando, después de la victoria de Prusia sobre Austria, la burguesía prusiana capituló ante Bismarck.

[35] Como respuesta a la entrada de las tropas austro-bávaras en Kurhessen, el gobierno prusiano declaró a comienzos de noviembre de 1850 la *movilización* y mandó allí sus tropas. El 8 de noviembre tuvo lugar una escaramuza insignificante entre los destacamentos de vanguardia austro-bávaros y prusianos en Bronzell, que mostró serias deficiencias del sistema militar y el armamento envejecido del ejército prusiano. Ello hizo que Prusia renunciase a las operaciones militares y capitulase ante Austria.

[36] La *Liga nacional* fue fundada el 15 y 16 de septiembre de 1859 en el Congreso de los liberales burgueses en Francfort del Meno. Los organizadores de la Liga se planteaban unificar toda Alemania, excepción hecha de Austria, bajo la soberanía de Prusia. Después de la formación de la Confederación Germánica del Norte, la Liga nacional declaró su propia disolución.

[37] Se alude al libro de Luis Bonaparte *Ideas napoleónicas*, publicado en París en 1839 (Napoleón-Louis Bonaparte, *Des idées napoléoniennes*).

[38] El 8 de febrero de 1863, durante la sublevación nacional liberadora de Polonia, Rusia y Prusia firmaron un convenio previendo acciones conjuntas de las tropas de los dos Estados contra los rebeldes. Aún antes de la firma del convenio, las tropas prusianas reforzaron la protección de las fronteras con el fin de evitar el paso de los sublevados al territorio de Prusia.

[39] Después de la muerte del rey dinamarqués Federico VII, Austria y Prusia presentaron, el 16 de enero de 1864, un ultimátum al gobierno de Dinamarca exigiendo la abolición de la Constitución de 1863, que proclamaba la completa incorporación de Schleswig a Dinamarca. Dinamarca se negó a aceptar el ultimátum, por cuya razón Austria y Prusia comenzaron las hostilidades. En julio de 1864, las tropas danesas fueron derrotadas. Durante toda la guerra, Francia y Rusia conservaban una neutralidad amistosa hacia Austria y Prusia. De acuerdo con el tratado de paz firmado en Viena el 30 de octubre de 1864, el territorio de los ducados Schleswig y Holstein, incluidas las comarcas de preponderancia de la población no alemana, fue declarado condominio de Austria y Prusia, pasando a pertenecer por entero a Prusia después de la guerra austro-prusiana de 1866.

[40] De acuerdo con el *protocolo de Varsovia* del 5 de junio (24 de mayo) de 1851, firmado por los representantes de Rusia y Dinamarca, así como con el *protocolo de Londres*, del 8 de mayo de 1852, firmado por Rusia, Austria, Francia, Prusia y Suecia junto con los representantes de Dinamarca, se establecía el principio de indivisibilidad de los dominios de la Corona dinamarquesa, incluidos los ducados Schleswig y Holstein.

[41] *Expedición a México*: intervención militar de Francia emprendida en 1862-1867, inicialmente junto con Gran Bretaña y España; perseguía el fin de aplastar la revolución mexicana y transformar México en una colonia de Estados europeos. Como resultado de la lucha heroica liberadora del pueblo mexicano, los invasores franceses fueron derrotados y se vieron forzados a evacuar de México sus tropas en 1867.

[42] *Confederación Germánica*: creada el 8 de junio de 1815 por el Congreso de Viena, era una agrupación de Estados absolutistas feudales alemanes y refrendaba la división política y económica de Alemania. La Confederación dejó definitivamente de existir durante la guerra austro-prusiana de 1866 y fue sustituida por la Confederación Germánica del Norte.

[43] La expresión "*una guerra fresca y alegre*" fue empleada por primera vez por el historiador y publicista reaccionario G. Leo en 1853 y se utilizaba también en los años posteriores con espíritu militarista y chovinista.

[44] La *Confederación Germánica del Norte*, que comprendía 19 Estados y 3 ciudades libres de Alemania del Norte y del Centro, fue formada en 1867 a propuesta de Bismarck. La formación de la Confederación fue una de las etapas decisivas de la reunificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. En enero de 1871 la Confederación dejó de existir debido a la formación del Imperio alemán.

[45] Se alude a la guerra austro-prusiana de 1866, en la que al lado de Austria lucharon Sajonia, Hannover, Baviera, Baden, Württemberg, el electorado Hesse, Hesse-Darmstadt y otros miembros de la Confederación Germánica, al lado de Prusia, Mecklemburgo, Oldenburgo y otros Estados del Norte de Alemania, así como tres ciudades libres.

[46] En primavera de 1866, Austria se dirigió a la Dieta federal (véase la nota 200) quejándose de que Prusia había violado el convenio sobre la administración conjunta de los ducados Schleswig y Holstein; Bismarck se negó a acatar la decisión de la Dieta, la cual, a proposición de Austria, declaró la guerra a Prusia. En el curso de la guerra, en vista de los éxitos de las tropas prusianas, la Dieta federal se vio obligada a trasladarse de Francfort del Meno a Augsburgo, donde el 24 de agosto de 1866 declaró el cese de su actividad.

[47] En septiembre de 1866, la Cámara de representantes de Prusia aprobó el proyecto de ley presentado por Bismarck eximiendo al gobierno de la responsabilidad por el gasto de los recursos que no había sido ratificado legislativamente en el período del conflicto constitucional (véase la nota 34).

[48] Trátase del combate decisivo de la guerra austro-prusiana en las inmediaciones de la ciudad de *Königgrätz* (actualmente Hradec-Králové, Bohemia), cerca de la aldea *Sadowa*, el 3 de julio de 1866. La batalla de Sadowa terminó con una gran derrota de las tropas austríacas.

[49] La *Constitución de la Confederación Germánica del Norte* fue ratificada el 17 de abril de 1867 por el Reichstag (Parlamento) Constituyente de la Confederación y refrendaba el dominio efectivo de Prusia en la Confederación. El rey de Prusia fue declarado presidente de la Confederación y comandante en jefe de las fuerzas armadas federales, se le delegaba la dirección de la política exterior. Los poderes legislativos del Reichstag de la Confederación, que se elegía a base del sufragio universal, eran muy limitados; las leyes aprobadas por él entraban en vigor después de ser ratificadas por el Consejo federal, reaccionario por su composición, y refrendadas por el presidente. La Constitución

de la Confederación se hizo después base de la Constitución del Imperio alemán.

Según la *Constitución de 1850*, en Prusia se conservaba la cámara alta, compuesta preferentemente de representantes de la nobleza feudal ("cámara de los señores"), los poderes del landtag (parlamento) eran muy limitados, viéndose éste privado de la iniciativa legislativa. Los ministros los nombraba el rey y eran responsables sólo ante él, el gobierno tenía derecho de crear tribunales especiales para ver las causas de alta traición. La Constitución de 1850 quedó en vigor en Prusia incluso después de la formación del Imperio alemán en 1871.

[50] *Manchester Guardian* ("El guardia de Mánchester"): periódico burgués inglés, órgano de los partidarios del librecambio (free-trade), más tarde partido liberal; fundado en Mánchester en 1821.

[51] *Parlamento aduanero*: órgano dirigente de la Unión aduanera reorganizada después de la guerra de 1866 y de concertarse, el 8 de julio de 1867, el tratado de Prusia con los Estados alemanes meridionales, de acuerdo con el cual se estipulaba la creación de este órgano. El Parlamento se componía de miembros del Reichstag de la Confederación Germánica del Norte y diputados especialmente elegidos de los Estados alemanes meridionales (Baviera, Baden, Württemberg y Hesse). Tenía que dedicarse exclusivamente a las cuestiones de comercio y política aduanera; la aspiración de Bismarck de ir ampliando poco a poco su competencia, extendiéndola a cuestiones de otra índole, las políticas, chocó con una resistencia encarnizada de los representantes de Alemania del Sur.

[52] El río Meno formaba la frontera entre la Confederación Germánica del Norte y los Estados del Sur de Alemania.

[53] De acuerdo con el tratado con Austria concertado el 3 de octubre de 1866 en Viena, a Italia, que había participado en la guerra austro-prusiana al lado de Prusia, se le devolvió Venecia, pero sus pretensiones en cuanto a Tirol Meridional y Trieste no fueron satisfechas.

[54] Trátase de la expresión del canciller austríaco Metternich "Italia es un concepto geográfico" empleado en un despacho al conde de Apponyi, embajador en París, del 6 de agosto de 1847. La empleaba posteriormente refiriéndose también a Alemania.

[55] La *Conferencia de Londres* en torno a la cuestión de Luxemburgo, en la que participaban representantes diplomáticos de Austria, Rusia, Prusia, Francia, Italia, Países Bajos y Luxemburgo, se celebró desde el 7 hasta el 11 de

mayo de 1867. Según el tratado firmado el 11 de mayo, el ducado de Luxemburgo (el título de duque lo conservaba, como antes, el rey de los Países Bajos) fue declarado Estado neutral. Prusia se comprometía a retirar inmediatamente su guarnición de la fortaleza de Luxemburgo, y Napoleón debía renunciar a sus pretensiones de anexión de Luxemburgo a Francia.

[56] "*Pandilla de azufre*": nombre primitivo de una agrupación de estudiantes de la Universidad de Jena en la década del 70 del siglo XVIII, que gozaba de mala fama debido a los escándalos armados por sus miembros, más tarde la expresión "pandilla de azufre" se hizo sinónimo de toda compañía compuesta de delincuentes y elementos sospechosos.

[57] En los combates de Spickeren (Lorena) y Woerth (Alsacia) las tropas prusianas asestaron el 6 de agosto de 1870 la derrota a las unidades francesas. En la zona de *Sedán* tuvo lugar uno de los más grandes combates de la guerra franco-prusiana, que trajo como resultado la capitulación del ejército francés el 2 de septiembre de 1870.

[58] El 4 de septiembre de 1870 se produjo un alzamiento revolucionario de las masas populares que condujo al derrocamiento del régimen del Segundo Imperio, a la proclamación de la República y a la formación del Gobierno Provisional, en el que entraron monárquicos, además de republicanos moderados. Este Gobierno, encabezado por Trochu, gobernador militar de París, y Thiers, su auténtico inspirador, tomó el camino de la traición nacional y la componenda alevosa con el enemigo exterior.

[59] *Francotiradores* (*franctireurs*): guerrilleros franceses que participaban activamente en la lucha contra los prusianos durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

[60] *Decreto sobre el landsturm*: ley aprobada en Prusia el 21 de abril de 1813 que estipulaba la creación de guerrillas de voluntarios (francotiradores) en la retaguardia y en los flancos del ejército de Napoleón.

[61] *Kölnische Zeitung* ("Periódico de Colonia"): diario alemán que se publicó con ese nombre desde 1802 en Colonia; en el período de la revolución de 1848-1849 y la reacción que le sucedió reflejaba la política de traición y cobardía de la burguesía liberal prusiana; en el último tercio del siglo XIX estuvo ligado al partido nacional-liberal.

[62] El 19 de marzo, el pueblo sublevado de Berlín obligó al rey prusiano Federico Guillermo IV a salir al balcón del palacio y a descubrirse ante los cadáveres de los perecidos durante la rebelión popular del 18 de marzo de 1848.

[63] El 28 de enero de 1871, el Gobierno francés de "defensa nacional" formado como resultado de la revolución el 4 de septiembre de 1870 firmó con Bismarck el convenio sobre el armisticio y la capitulación de París. El tratado de paz fue suscrito definitivamente el 10 de mayo de 1871 en Francfort.

[64] Por orden de Luis XIV, el 30 de septiembre de 1681, la ciudad de Estrasburgo, que formaba parte del Imperio alemán, fue ocupada por las tropas francesas. El partido católico de la ciudad encabezado por el obispo Fürstenberg saludó la incorporación a Francia y contribuyó a que no se ofreciera resistencia a los franceses.

[65] Las *cámaras de reunificación* creadas por Luis XIV en 1679-1680 tenían la misión de argumentar y justificar con razones jurídicas e históricas las pretensiones respecto de unas u otras partes de los Estados vecinos, que luego eran ocupadas por las tropas francesas.

[66] El *cartel*: el bloque de los dos partidos conservadores ("conservadores" y "libres conservadores") y liberales nacionales, bloque que apoyaba el Gobierno de Bismarck. Se formó después de la disolución del Reichstag por Bismarck en enero de 1887. El cartel consiguió la victoria en las elecciones en febrero de 1887, logrando una situación dominante en el Reichstag (220 escaños). Apoyándose en este bloque, Bismarck hizo que se aceptara una serie de leyes reaccionarias en beneficio de los junkers y de la gran burguesía. La agudización de las contradicciones entre los partidos del cartel y su derrota en las elecciones de 1890 (recibió sólo 132 mandatos) condujeron a su descomposición.

[67] Engels se refiere a la proclamación del rey de Prusia Guillermo I emperador de Alemania, que tuvo lugar el 18 de enero de 1871 en el palacio de Versalles.

[68] *Ultramontanismo*: corriente extremamente reaccionaria del catolicismo que reclama la influencia ilimitada del papa en los asuntos religiosos y laicos de cualquier Estado. Como resultado de la victoria del ultramontanismo, el Concilio del Vaticano aprobó en 1870 el dogma de "impecabilidad" del papa.

[69] Trátase de la crisis económica mundial de 1873. En Alemania, la crisis comenzó con una "grandiosa bancarrota" en mayo de 1873, preludio de la crisis que duró hasta fines de los años 70.

[70] *Progresistas*: representantes del partido burgués prusiano formado en junio de 1861. El partido progresista exigía la unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia, la convocación del Parlamento de toda Alemania y la creación de un ministerio liberal responsable ante la Cámara de diputados.

[71] En el *Congreso de Gotha*, celebrado del 22 al 25 de mayo de 1875, se unieron las dos corrientes del movimiento obrero alemán: el Partido Obrero Socialdemócrata (los eisenachianos), dirigido por A. Bebel y W. Liebknecht, y la lassalleana Asociación General de Obreros Alemanes. El partido unificado adoptó la denominación de Partido Obrero Socialista de Alemania. Así se logró superar la escisión en las filas de la clase obrera alemana. El proyecto de programa del partido unificado, propuesto al Congreso de Gotha, pese a la dura crítica que habían hecho Marx y Engels, fue aprobado en el Congreso con insignificantes modificaciones.

[72] Se trata de los derechos especiales de Baviera y Wurtemberg refrendados en los tratados de su entrada (noviembre de 1870) en la Confederación Germánica del Norte y en la Constitución del Imperio alemán. Baviera y Wurtemberg conservaron, en particular, un impuesto especial sobre el aguardiente y la cerveza, la administración propia de los correos y telégrafos. Los representantes de Baviera y Wurtemberg, así como de Sajonia, formaron en el Consejo federal una comisión especial de política exterior, dotada del derecho de veto.

[73] *Tribunales de schäffens* (regidores): tribunales de primera instancia en el Imperio alemán instaurados en una serie de Estados alemanes después de la revolución de 1848, y en toda Alemania, a partir de 1871. Constaban entonces de un juez de la corona y de dos asesores (schäffens) que, a diferencia de los jurados, no sólo establecían la culpa del acusado, sino que, junto con el juez, determinaban la medida del castigo; para el cumplimiento de las funciones de schäffens regía el requisito de residencia continua, como también el de situación acomodada.

[74] Se refiere a la *reforma administrativa de 1872 en Prusia*, de acuerdo con la cual se abolía el poder feudal hereditario de los terratenientes en la aldea y se introducían elementos de administración autónoma; prácticamente, los terratenientes junkers conservaron el poder local, ya que ocupaban personalmente o por medio de sus testaferros la mayoría de cargos electivos y nombrados.

[75] Trátase de la reforma de administración local en Inglaterra aprobada en 1888. De acuerdo con esta forma las funciones de los sheriffs fueron transmitidas a los consejos electos de los condados que se ocupaban de la recaudación de impuestos, del presupuesto local, etc. Participaban en la elección de los consejos de los condados todos los que tenían derecho de elegir al parlamento, así como las mujeres mayores de 30 años.

[76] *Kulturkampf* ("Lucha por la cultura"): denominación dada por los liberales burgueses al sistema de medidas legislativas del Gobierno de Bismarck en los años 70 del siglo XIX llevadas a la práctica bajo la bandera de la lucha por

la cultura laica. En los años 80, Bismarck abolió la mayor parte de estas medidas, con el fin de unir las fuerzas reaccionarias.

[77] *Ultramontanismo*: corriente extremamente reaccionaria del catolicismo que reclama la influencia ilimitada del papa en los asuntos religiosos y laicos de cualquier Estado. Como resultado de la victoria del ultramontanismo, el Concilio del Vaticano aprobó en 1870 el dogma de "impecabilidad" del papa.

[78] En 1870, como resultado del plebiscito del 2 de octubre en la Región Papal, ésta fue incorporada al Reino de Italia. Con ello quedó terminada la unificación política del país. El poder laico del papa fue anulado, sólo se conservó en los palacios del Vaticano y Laterano y la residencia suburbana. Como respuesta, el papa se declaró "prisionero del Vaticano". El conflicto, que duró muchos años, entre el papa y el gobierno italiano sólo quedó resuelto oficialmente en 1929.

[79] *Welfos*: partido en Hannover que se formó en 1866 después de la incorporación de éste a Prusia (el nombre procede del de un linaje antiguo principesco de los Welfos). El partido se proponía restablecer los derechos de la casa real de Hannover y la autonomía de Hannover en el Imperio alemán. Se adhería al centro principalmente por motivos particularistas y antiprusianos.

Escrito a fines de diciembre de 1887-marzo de 1888.

Publicado por vez primera en la revista *Die Neue Zeit*, Bd. 1, NºN° 22-26, 1895-1896.

Se publica de acuerdo con el manuscrito (y en la parte de éste que no se ha conservado, de acuerdo con el texto de la revista).

Traducido del alemán.

Obras Escogidas, tomo III, pp. 424-485.

LAS REVOLUCIONES DE 1848-1849

A manera de presentación

Los movimientos democráticos de 1848 en Europa fueron acontecimientos importantes en la formación de Marx y Engels, así como en el desenvolvimiento de su teoría política, centrada en la revolución de la clase obrera. De hecho, estos acontecimientos, que abarcaron desde Italia hasta cerca de los Cárpatos, poniendo en jaque el orden semi-feudal de ciertos territorios y el orden burgués, como en Francia, de toda Europa, fueron analizados por ellos. Había que enfrentar el hecho de la revolución, poner a prueba la táctica haciendo de "partido comunista". Así, la teoría de la revolución tenía que ser propagada, aplicada de distinta forma según las condiciones de lucha. Era en sí una ardua tarea. La revolución se extendía hacia muchos puntos. Toda Francia, Prusia, Austria, Baviera, Sajonia y algunos Estados de la Confederación germánica; los territorios polacos ocupados por Prusia; Bohemia y Hungría, en su lucha contra el cetro austríaco; el norte de Italia (Lombardía), ocupado por los austríacos, así como el resto de los Estados italianos: reino de Cerdeña (Piamonte), los territorios papales y el reino de Nápoles. A todo esto, habíase esperado el inicio del movimiento en Inglaterra y en otros países europeos más desarrollados.

Las fuerzas de la Santa Alianza, las monarquías, el papado, las clases reaccionarias ven, levantarse las primeras filas de los insurrectos en París y Berlín, en Viena y Milán. El gran combate se escenificó en París, durante el mes de junio de 1848, entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado.

Europa era, en cierta forma, representativa de la época del Antiguo Régimen. Intentaremos un bosquejo de Europa de mediados del siglo XIX abordando su desarrollo histórico, su situación económica y social en el campo; el avance económico y político en las ciudades y territorios; las corrientes del pensamiento político y, en líneas generales, la posición de Engels y Marx ante la crisis económico-política de 1847-1848; y, finalmente, los resultados más importantes derivados de estas revoluciones.

En efecto, es una Europa predominantemente rural, y es la economía rural la que suministra la mayor parte de los medios de subsistencia. El avance tecnológico de la agricultura se halla avanzado, pero irregularmente distribuido. En Europa occidental se encuentran los campos mejor cultivados; allí, la agri-

cultura es más regular y la alimentación básica mejor. Pero existe un elevado índice de crecimiento demográfico, hay que extender la superficie cultivada, y el mejor método para ello es la roturación. Desde Norfolk a Flandes, hasta las regiones prusianas y Bohemia, se extienden los cultivos forrajeros, las praderas recién conquistadas, la rotación de cultivos sin barbecho, la cruza intensiva de ganado y el empleo de fertilizantes industriales. El periodo de 1815 a 1865 ve duplicarse la superficie cultivable, se eleva la sobrepoblación europea y se utiliza la producción extensiva del suelo. Pero, los sistemas de propiedad y explotación son extremadamente diversos. Existe ya un gran sector de pequeños propietarios, arrendatarios y colonos acomodados, sobre todo en Francia y los Países Bajos. Pero a su lado se mantiene la gran propiedad tanto en Francia como en Inglaterra, en España y en los territorios italianos. En Inglaterra el antiguo movimiento de los *enclousers* (sistema de cercados) y la subsecuente "revolución agraria" condujeron a un acaparamiento de tierras, consolidando el régimen de los *landlors*, tan sólo en el periodo de 1843 a 1875 cuatro mil de ellos llegaron a poseer la mitad de los territorios agrícolas y ganaderos de su país. En el resto de Europa gran parte de la propiedad territorial permanece en manos de la nobleza terrateniente tradicional o de formación burguesa reciente, lo cual reduce a una difícil situación de subsistencia de los jornaleros y agricultores sujetos a la servidumbre, aparceros, medieros y trabajadores agrícolas asalariados. Italia, ciertos cantones suizos y España, y las regiones de Europa oriental, persisten las estructuras que someten al pueblo al hambre y las enfermedades. En Alemania dos regímenes agrarios dividen los territorios rurales. Si bien la servidumbre de la gleba ha desaparecido formalmente en las regiones occidentales, meridionales y centrales, la *Grundherrschaft* resiste al movimiento de liberación campesina, teóricamente otorgada mediante unas reformas inaplicables en virtud de las antiguas trabas del endeudamiento personal y la sobreexplotación. Por otro lado, el sistema de la *Guterherrschaft*, que domina al este del Elba, permite a la clase de los *Junkers* obtener ventajas a partir de las leyes de "regularización" promulgadas desde 1807, ya que les facilita el acaparamiento, concentración y explotación intensiva y extensiva de la tierra. Los agricultores, si bien ha recibido libertad personal, ha evolucionado en distintos sentidos —ahora que puede llegar a ser propietaria y que con facilidad, también, puede dejar de serlo ante la voracidad de los más grandes—. En suma, si el campesino alemán no es ya un siervo, el complejo régimen de "feudalismo" envilecido y de capitalismo (el capitalismo de los "destiladores alemanes de aguardiente" como le llamara Marx), que sigue a un movimiento de reformas nunca del todo aplicadas, hace siempre de él un dependiente, sujeto a restricciones que impone la gran producción agrícola y, más tarde, la gran producción industrial a través de la agricultura. Éste el sector de la renta de la tierra, que formó, junto con el salario y la ganancia industrial, la fórmula trinitaria. Pero hay que añadir algo más: el burgués advenedizo, haciéndose eco de ese símbolo de seguridad, de estabilidad y de respetabilidad, ve en el acaparamiento de la tierra un desenlace normal de su ascensión social. Esta situación

refuerza no sólo un estado económico, sino también una situación política favorable para los gobiernos de la época: de este modo se mantiene el monopolio del poder local entre los grandes señores de la tierra, quienes se erigen a su vez como puntales del poder central autárquico.

En 1848, Inglaterra es el país económicamente más desarrollado. A él corresponde la mitad de las vías férreas de toda Europa; es allí donde tienen lugar los cambios técnicos esenciales que acabarán por imponerse, poco a poco, en todo el continente: el uso generalizado del carbón y de la máquina de vapor, la mecanización de la hilatura y el tejido, la fundición a gran escala a base del coque y el pudelado, la producción acerera y de gran maquinaria, la instalación de vías telegráficas, el uso de alumbrado de gas en las ciudades, etc. Le siguen Francia y Bélgica, y ciertas regiones alemanas como Sajonia y Renania-Westfalia, donde llega a concentrarse el 90 por ciento de las máquinas de vapor alemanas. Siguen luego Italia (el Piamonte, Lombardía y la Toscana) y España, aunque en esta última sólo puede mencionarse la región de Cataluña, donde se desarrolla la industria textil española más importante. Incluso surgen de manera aislada algunos centros industriales en los territorios del Imperio austriaco: Estiria-Carintia y Bohemia. Aun cuando se ha extendido esta "gran industria" mecanizada, no se han eliminado del todo, los modos artesanales o el sistema del trabajo domiciliario con que se habían iniciado las viejas manufacturas desde principios del siglo XVII. Este avance, a su vez, se ve acompañado de un desarrollo de las instituciones y sistemas financieros, remodelados en Inglaterra a partir de las reformas de 1826 y, en el continente, sobre todo en Francia y Bélgica, donde ya funcionaban las *societés générales.* Esta es la época en que da comienzo la implantación de nuevas formas de actividad, cuando se gestan los mercados nacionales y se va rompiendo el aislamiento. Son los inicios de la gran producción en masa. No es aún la época del mercado mundial, de la universalidad de la hegemonía político-económica de Occidente sobre el resto del mundo. Es más bien el periodo en que se prepara la llamada "época de los imperialismos". Por esos años, el gran espacio mundial está todavía insuficientemente controlado; se han penetrado lejanos países y mercados enteros: territorios de China, India y el Oriente Medio así como los países latinoamericanos, pero la navegación transoceánica y la comunicación terrestre aún no permiten el dominio para una completa cohesión monopólica. Falta aún consolidar ciertos poderes imperialistas y la exploración del continente africano y Australia, etc. De este modo las relaciones entre Europa y los demás continentes se enfrentan ante la supervivencia de enormes territorios como *térra incógnita.* Sin embargo, la idea de Marx respecto a que "la gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América" *(Manifiesto del Partido Comunista)* se encuentra ya muy avanzado.

Sobre la situación política de entonces. Al margen de la gran diversidad de formas de gobierno, el régimen monárquico había sufrido sensibles cambios.

La monarquía pertenecía al Antiguo Régimen, pero a mediados del siglo XIX, se pretendía como un régimen exclusivo. En el periodo que va de 1815 a 1848, tiempo agitado en que se dan diversas formas políticas heredadas de un pasado rico en experiencias y contradicciones —incluidos los teóricos del siglo XVIII— alrededor de la Revolución francesa. Más tarde, la época napoleónica, traía a la memoria un vendaval que lo arrasaba todo: fronteras, ciudades libres, pequeños reinos, leyes centenarias, caducas soberanías. La tormenta napoleónica pareció limpiar a todo el continente. Incluso el movimiento de Restauración en Francia no hizo sino amoldarse a una situación de hecho.

Lo cierto es que —pese a la sobrevivencia de grandes y pequeñas monarquías, principados, ducados, etc.— surge una nueva división política continental. Y sin embargo la mayor parte de la población aceptaba a sus nuevos soberanos con la lealtad de súbditos. La adhesión a las iglesias, la unión del trono y el altar, la ideología tradicionalista, etc., siguen siendo piezas clave, pero ello no impide los conflictos que lo hacen inseguro.

Lo más importante es que la monarquía se aviene a una limitación del absolutismo, a una distribución y equilibrio de poderes que ya Inglaterra había practicado desde mucho antes. Ante esta transformación de la monarquía, mediante la cual no se altera su soberanía —Luis Felipe de Orleáns, el llamado "rey de las barricadas", tuvo que legitimar su poder integrándose al círculo de los monarcas "respetables"—, el derecho de voto, se afirmaba frente al príncipe como una función vinculada a la capacidad económica —reservada a la nobleza y a un cierto sector de la burguesía— y no en cuanto atributo del *homme* o del *citoyen.* Así pues, las capas aristocráticas u oligárquicas se afirmaban frente a estas monarquías, surgidas después de la Viena de 1815, como la cabeza de una pirámide social basada en un régimen de igualdad relativo o nulo. Los órganos constitutivos de la sociedad están destinados a representar los órdenes y estamentos subsistentes otorgándoles una función meramente consultiva, sin que se reconociera ninguna separación de poderes como contrapartida a una mayor injerencia económica de la burguesía en la sociedad.

Legitimidad monárquica y estatuto privilegiado, de hecho o de derecho, hacen de la sociedad europea de mediados del siglo XIX un cenáculo de notables más o menos abierto, más o menos rejuvenecido. Ésta es la sociedad que hace frente en su momento a las violentas sacudidas del año 48.

Caen Guizot, Luis Felipe y la monarquía censataria. Se confirma por segunda vez después de 1789 —la primera fue en 1830— que, desde los acuerdos de Viena en 1815, la vida de la monarquía europea es inestable. No bastan su fuerza centralizadora, su poderío militar y administrativo, su rejuvenecido despotismo ilustrado. Su control sobre la sociedad es cada vez más aparente que real. Mayor fragilidad e inestabilidad hubo en Grecia, Italia, España, Por-

tugal. Pero las sacudidas finales de 1848 parecen más definitivas que las de años anteriores. Denunciaban la propagación de las ideas subversivas, la fiebre revolucionaria que invadía a toda Europa. La Revolución de 1789 es el pecado cometido por los europeos de ese siglo; las causas de la caída de las monarquías se deben a un siglo irreligioso que alardea de sus "pedantes filósofos" con sus "falsas doctrinas" que han producido una "espantosa catástrofe social" engendrada por la crítica, los códigos del *tiers état*, los supuestos derechos del hombre y, sobre todo, por Napoleón. El liberalismo, el constitucionalismo, las libertades públicas, la proclamación de igualdad de derechos ante la ley surgieron en Francia gracias al movimiento iniciado en 1789. La ola no había podido ser contenida. No sólo Francia y el Reino Unido, incluso diversos territorios alemanes, gozaban de una legislación moderada o liberal, aunque en provecho del soberano y de las clases tradicionalmente dominantes, y que a la postre se sacudiría de ese absolutismo patriarcal evolucionando hacia un orden de libertades públicas más definido. Monarquías constitucionales fueron también Bélgica, España, Portugal, aunque las libertades allí reconocidas fueron recortadas tras altibajos políticos en las décadas de los años treinta y cuarenta. El problema de la democracia, es ya inquietante por cuanto encierra el advenimiento de esa nueva y peligrosa "cuestión social" que pocos hasta entonces se atrevían a tocar. El año de 1848 va a poner en claro este desplazamiento de problemas con una violencia desconocida. Parece surgir un desequilibrio de fuerzas imposible de contener por un régimen de liberalismo insuficientemente desarrollado. La organización del trabajador fabril es la punta de lanza de este desplazamiento y del subsecuente desequilibrio que introduce. Fuera de los márgenes que la intervención estatal ofrece o de las garantías de que la antigua organización gremial dispone, la protesta socialista se perfila como el único recurso ante la explosiva "cuestión social" que comienza.

El inicio del siglo XIX coincidió con el brote de los primeros pensadores socialistas modernos: Saint-Simon, Fourier, Cabet, Leroux y Owen, principalmente. En 1802 Saint-Simon publicó sus famosas *Cartas de Ginebra*, en 1800 Owen se hizo cargo de la dirección de la fábrica de hilados de New-Lanark, donde puso en práctica sus ideas sociales, y en 1808 Fourier publicó su *Théorie des quatre mouvements et des destinées généraíes.* Estos "socialistas utópicos", de personalidades tan divergentes entre sí, al mismo tiempo que iniciaban las ideas socialistas modernas, esbozaron todas y cada una de sus propuestas de reforma social como soluciones aplicables al conjunto de la sociedad, proyectando un cuadro acerca del futuro universal inmediato.

Herederos en cierta forma de la Ilustración francesa, todos ellos se rigieron, en general, por el criterio de la perfectibilidad del ser humano y de la sociedad en su conjunto. La base de su pensamiento descansaba en la idea de que hasta ese momento la humanidad había ignorado su propio orden de coexistencia y, por tanto, había vivido sometida a un orden artificial dañino, llamado *civiliza-*

ción, contrario a la naturaleza del ser humano, postrándolo, así, en un estado de miseria material y espiritual y en un desorden generalizado capaz de conducirlo a su ruina. Creían en el poder de la razón y el pensamiento para descubrir un *régimen natural* que extinguiera las discordias y procurara los beneficios imaginables de toda sociedad racionalmente organizada. Con una orientación principalmente filosófica, echaron mano de la economía —entonces una ciencia joven— y la historia para descubrir las leyes del desarrollo social. Cifraban sus esperanzas de regeneración en una saludable vida institucional según los modelos ofrecidos —particularmente en el orden civil— por la Revolución francesa, pero ahondando, los conceptos fundamentales —igualdad, libertad, fraternidad— que la animaron, a fin de suprimir la desigualdad económica, basada en el mal uso (o abuso) de la propiedad privada. En conjunto, estos pensadores tenían la creencia de que el paso de la necesidad a la libertad, el acceso al reino de la felicidad y la armonía, se daría casi automáticamente, tan sólo ajustando el ejercicio de la razón, a través de la regulación de las instituciones para que éstas fueran efectivas, con los adelantos hasta entonces alcanzados en el orden de la técnica y la ciencia. En un principio, decían, esta tarea se vería facilitada por la propagación, entre los hombres, de la verdad incontestable de su teoría (de allí deriva la tendencia a asociarse y a formar sectas de adeptos). Sin embargo, no parecen sentir la más mínima necesidad por unir sus ideas socialistas a una práctica similarmente orientada allí donde se forman los núcleos de trabajadores que, para entonces, se encuentran en una incipiente etapa gremial. Asimismo, en relación con lo anterior, adoptan una actitud apolítica basada en la fe que tienen en el filantropismo, lo cual les alejaba de cualquier posición teórica o práctica respecto a las posibilidades específicas de la clase trabajadora dentro de la sociedad capitalista.

Saint-Simon fue el primero que destacó el hecho de que la causa fundamental de la explotación humana —y, en consecuencia, de la desigualdad y la miseria entre los hombres— era la propiedad privada. Saint-Simon postuló a lo largo de sus escritos una *filosofía social* para aglutinar los conocimientos de cada ciencia particular en forma de una síntesis orientada hacia la historia y lo que más tarde habría de ser la sociología. Forjó un método positivo para el estudio de la sociedad humana y señaló las diversas fases de su desarrollo hasta detenerse en el análisis de la futura sociedad industrial, cuyo principio rector, la economía, ya dejaba sentir su influencia en el cuerpo social.

Fourier, por su parte, pensó que se podía reflexionar acerca del orden social del mismo modo que podía interpretarse la naturaleza, descubriendo sus leyes propias, a cuya "aplicación deben dedicarse los hombres para su felicidad". Pensó que toda formación social, así como sus valores y principios rectores, eran transitorios y perecederos, que el perpetuo cambio de las sociedades humanas responde al régimen económico y a la industria humana y, finalmente, que las contradicciones que sacuden a las sociedades son inherentes a todo

progreso aun cuando son susceptibles de armonizarse. Fourier fue un exponente de las supuestas fases por las que atravesaría la sociedad humana, hizo un inventario de las posibles instituciones sociales y fue un crítico de la moral de su tiempo, por la cual sentía un enorme desprecio.

Fueron numerosos los grupos de discípulos. La escuela sainsimoniana llegó a tener hacia la tercera década del siglo XIX decenas de miles de adherentes y contó con influyentes órganos de prensa, como *Le Globe* y *Le Producteur.* Por su parte, los adeptos de Fourier, no obstante que llegó a ser el pensador francés más conocido fuera de Francia, no fueron tan numerosos como los sainsimonianos.

Los pensadores más importantes directamente relacionados con la filosofía social de los utopistas fueron Comte y Spencer, principalmente. Éstos acentuaron aún más la distancia que separaba al pensamiento positivista-utópico del movimiento de los trabajadores, concentrándose en el desarrollo puramente teórico de las leyes históricas de la sociedad. Sin embargo, Carlos Marx y Federico Engels fueron los que postularon las leyes de la historia, y estableció un sistema crítico de la sociedad capitalista basado en la nueva clase social, el proletariado.

Pero los sistemas sociales surgidos de la confianza ingenua y la ilusión romántica ofrecían revoluciones que o bien ponían delante un mundo idílico inaccesible, sólo realizable por virtud de la razón, o, degeneraban en conspiraciones fraguadas por un pequeño grupo de revolucionarios, al margen de la sociedad y de las propias clases beneficiadas. Una especie de romanticismo impregna este "espíritu del 48", según cada país o región, pero que rebasa todo planteamiento anterior respecto a las sociedades y los hombres. El impulso social de este nuevo espíritu consiste en insertar una concepción espiritual y cultural en la historia general de las sociedades. En Francia, Joseph de Maistre, Chateaubriand, Vigny, Lamartine, Hugo y otros en cuanto auténticos legitimistas, católicos y teocráticos. En Inglaterra, el conservadurismo militante contaba con Walter Scott y Coleridge, teniendo en Thomas Burke un antecesor. En Alemania, los *Naturphilosophen* —aun cuando no tomasen en cuenta la política— y Goethe fueron enemigos de la Ilustración y de la Revolución francesa y sus secuelas del Terror. Pero ya antes de 1848 Lamartine y Víctor Hugo se declaran partidarios de un humanitarismo democrático. Por su parte, Keats, Byron y Scheller eran unos inconformistas al orden reinante. El espíritu romántico de estos hombres tenía las mismas raíces, e incluso, sus razonamientos ante los hechos sociales e históricos se sostienen en una misma o parecida lógica, pero sus propósitos, en cambio, llegan a ser radicalmente opuestos.

El análisis de Marx ni Engels acerca de la situación política apuntaba ya a la proximidad de la revolución. Para ellos, el elemento revolucionario funda-

mental era el proletariado. Tenían indicios de que se avecinaba una etapa de profundos cambios: la insurrección polaca de 1846, la victoria de los cantones democráticos sobre los clericales en la guerra civil suiza de 1847, la victoria electoral belga en ese mismo año, la creciente agitación en los diversos territorios italianos a mediados de 1847 y la rápida evolución política de Alemania. Todo ello les hizo ver la posibilidad del advenimiento de la evolución en Europa, lo que sucedió en la primavera de 1848. Alentaron las luchas de liberación nacional, surgidas en 1847-1848: italianos, húngaros y checos contra el yugo austríaco, los polacos contra la dominación de Rusia, Austria y Prusia, los irlandeses contra la dominación inglesa, etc. Alemania, y Francia, sobre todo, encaran cambios que parecen intensificarse en unos meses.

La crisis económica de 1847 provocó la crisis política europea, de tal manera que el movimiento insurreccional se generalizó por toda Europa. Ahora no se trataba de conjuras tramadas, como en décadas anteriores, por conspiradores, ni fueron tampoco movimientos aislados locales que, como hasta entonces, eran rápidamente aplastados por los gobiernos despóticos.

Inglaterra fue el núcleo vital de la insurgencia que, por medio de oleadas, afectaron al continente europeo. Esta situación se había anunciado en forma de crisis agrícolas semiaisladas a partir de 1845. Primero en Irlanda y Flandes, donde escasez y epidemias diezmaron a la población, suscitando corrientes migratorias. En 1846, la crisis se agudizó extendiéndose hasta el punto de observarse una reducción de las cosechas —principalmente de subsistencias—, difícil de compensar mediante la importación de granos debido al alza de los precios y a una difícil situación de las finanzas públicas y el crédito. Los desórdenes, asaltos y motines se intensificaron por todo el territorio inglés; se acentuaron la penuria, el desempleo y la mendicidad, mientras que, como contraparte, se multiplicaban la especulación en diversas ciudades y poblados. El sistema del *workhouse* (como medida contra el desempleo) y la asistencia en las casas de pobres, que constituían los métodos paliativos tradicionales, resultaban ya insuficientes para contener los desajustes en todo el sistema económico y social.

En el año de 1847 mejoró la situación; el aumento de las cosechas, la mejora en la distribución y el ajuste de precios superaron temporalmente la crisis. Sin embargo, la crisis ya había traspasado las fronteras del campo.

En realidad el inicio de la crisis se manifestó inicialmente en el campo, provocando una reacción en cadena: un brusco descenso de la producción agrícola provocó una disminución de los productos alimenticios; el mercado sufría un alza de los precios en especial de los productos de consumo popular (alimentos); a su vez, el consumo de ramas industriales —sobre todo de la industria textil y de la construcción— se replegó dando lugar a una menor

producción, subempleo de la fuerza de trabajo, disminución de los salarios y una contracción de las rentas en el momento en que el costo de la vida —tanto en la ciudad como en el campo— alcanzaba su más alto nivel. Al parecer se trataba de una crisis similar a la de 1837 o a la de 1842, una crisis típica del joven capitalismo industrial, cuyos caracteres eran conocidos en Inglaterra que en el continente. Sin embargo, en el año 1847 se extendió una crisis más profunda que en los primeros años del siglo XIX y eran calculadas en periodos de más o menos diez años. Así, la crisis de 1847 no sólo fue una crisis agrícola, sino también comercial como primeros síntomas de una crisis industrial y financiera. El rápido desarrollo industrial y tecnológico empujó a una especulación bursátil. Se crearon numerosas compañías, las cuales ampliaron el mercado de bienes de capital, maquinaria y equipo, el mercado metalúrgico y la industria siderúrgica. Pero esta expansión se detuvo; la recuperación de capital no aseguraba una rotación favorable a las continuas inversiones industriales, por lo que el mercado de dinero se vio restringido para poder sostener el ritmo anterior de expansión, particularmente en la construcción del transporte ferroviario. A su vez, las dificultades subsistentes en el campo —la crisis agrícola— restringían la capacidad de empréstitos públicos, que era entonces el principal renglón de la banca inglesa. En el transcurso del año sobrevino una la caída del mercado bursátil y bancario, la paralización industrial, el cierre de empresas en quiebra, una nueva extensión del desempleo y la generalización de la miseria.

Engels señala (como puede verse en un artículo publicado en el diario *La Réforme*, 26 de octubre de 1847) que el paso siguiente en esta situación sería la crisis política entre el proletariado y la burguesía, que la crisis provocaría "una agitación extraordinaria entre los obreros, que ahora se veían despedidos a montones después de haber sido explotados por los industriales durante el periodo de auge comercial". Advertía que en Lancashire, Ashton, Manchester y otros centros industriales algodoneros tenían lugar reuniones de delegados obreros (tradeunionistas) y asambleas en que podría exigirse una huelga general de todas las fábricas, la cual se uniría a la de los obreros metalúrgicos y mineros de Birmingham. Para Marx y Engels, Inglaterra representaba el país más desarrollado —lo cual implicaba la máxima extensión de las fuerzas productivas y la burguesía políticamente más sólida— y, en consecuencia, el proletariado inglés, la clase trabajadora con mayores posibilidades organizativas y revolucionarias. En este sentido, Inglaterra jugaba un papel central en la revolución. Allí el antagonismo entre la burguesía y el proletariado había alcanzado mayor nivel. Un triunfo del proletariado inglés sobre la burguesía inglesa significaba un triunfo del proletariado sobre todas las burguesías y explotadores de Europa. Ambos pusieron esperanzas en el triunfo del movimiento cartista y el avance de la clase obrera inglesa. El movimiento cartista inglés, la lucha irlandesa de liberación *(repeal)* y la organización tradeunionista daban una posibilidad de triunfo revolucionario. Sin embargo, el movimien-

to revolucionario estaba por declinar y no sería Inglaterra el país más afectado en el año 48.

En febrero de ese año se produjo en Francia el primer indicio de la crisis política. La monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleáns, agonizaba. El viejo compromiso establecido en 1830 entre las capas oligárquicas, se hallaba agotado. Se había prolongado una situación en la que se negó una reforma significativa, en particular la reforma electoral. El inmovilismo y el despotismo de Guizot habían alternado con el autoritarismo de Luis Felipe. Ambos cooperaron, junto con los sectores privilegiados de Francia, en la tarea de sostener una diplomacia desprestigiada, de solapar innumerables escándalos políticos y de corrupción, sobre todo en los últimos años, y de articular una política de desprecio (Lamartine hablaba, en 1847, de una "revolución del desprecio") por las clases populares. Los mayores peligros eran el estado cada vez más crítico de las finanzas públicas, una creciente depresión comercial y el surgimiento de *coups d'etats* que podían acarrear la expresión general del descontento popular.

La "campaña de los banquetes" en el verano de 1847 ofrecía la posibilidad de que una oposición política se organizara con sus propios jefes a la cabeza. Esta oposición en su conjunto representaba una parte del electorado francés, con Thiers dirigiendo la fracción centro-izquierda y Odilon Barrot al frente del ala izquierda. La prohibición de un banquete parisino provocó una manifestación popular celebrada el 22 de febrero de 1847. La manifestación pasó a ser motín y la Guardia Nacional, al contrario de otras veces, no ejecutó las órdenes de reprimirlo. Cuando Guizot estaba al mando de las acciones, tuvo lugar un sangriento choque entre las fuerzas del gobierno y la muchedumbre. El motín pasó a ser insurrección, que el día 24 las tropas no podían ya controlar la ciudad. El rey abdicó, se impidió la instalación de una regencia y los republicanos tomaron la Cámara de Diputados, adueñándose de la situación. Se proclamó un Gobierno provisional.

El anuncio de este hecho provocó en el resto del continente una súbita agitación. Siguen entonces los dominios de los Habsburgos, la Confederación alemana y los territorios italianos.

El 3 de marzo, en la Dieta húngara, instalada en Presburgo, Kossuth lanza un programa autonomista y democrático; el día 11 los liberales de Bohemia lanzan otro en la ciudad de Praga; del 13 al 15 un motín en las calles de Viena provoca la huida de Metternich abriendo la posibilidad de un gobierno de coalición y el establecimiento de un orden constitucional; el 18, en Milán, el mariscal austríaco Radetzky ve amenazado su poder militar a causa de los levantamientos; el 22 son expulsados los austríacos de la ciudad de Venecia, y los duques de Parma y Módena son expulsados de sus palacios; el 23, el príncipe

Carlos Alberto de Cerdeña decide luchar por la independencia de la península y a él se unen Leopoldo I de Toscana, Fernando II de Nápoles y el papa Pío IX; el 22 se instala un nuevo gobierno de Hungría que otorga, el 11 de abril, una reforma electoral limitada y una Asamblea Legislativa, aun cuando no se decide a reconocer ninguna autonomía étnica y mantiene su dependencia en relación con la monarquía habsburguesa; el 13 de abril se crea un Comité Nacional en Bohemia para instalar de una Dieta Constituyente y Legislativa.

En Alemania el movimiento se inicia en Mannheim y Heidelberg, Hessen, Nassau, Francfort, las ciudades hanseáticas, Braunswick y los Estados de Turingia. En todas partes se observa la presión popular en contra de sus soberanos por arrancarles derechos civiles y políticos, libertades públicas y separación de poderes. El 18 de marzo Federico Guillermo IV aceptó el compromiso, ante los representantes de la alta burguesía renana, de establecer una Constitución y un orden político acorde con ella. El 19 de marzo Luis I se ve obligado a abdicar en sus territorios de Sajonia, Hanover y Baviera.

Es así como en unas cuantas semanas el panorama político europeo está totalmente transformado. Presenta una fisonomía de carácter democrático y nacionalista en algunos casos. Las estructuras estatales parecen transformadas. Parece una Europa, distinta desde aquel año de 1815 en que el Congreso de Viena, bajo la alianza de las potencias, había decretado la represión de todo intento democrático y contrario a la monarquía. Después de esta primera crisis, surge un difícil periodo que obliga a sostener el nuevo orden, así como las recientes alianzas presentan signos de debilidad. Por otro lado, el conflicto estimula una situación social de recelos y conflictos entre los que actúan en la escena política.

En Francia el conflicto político, amainado con la creación de un Gobierno provisional, cede ante el problema de la crisis económica, aún sin solución. Toma cuerpo la pugna entre los propietarios y los campesinos sin tierra, entre la burguesía y el proletariado y tiene lugar una eclosión de una amalgama de corrientes y partidos muy diversos allegados al ámbito obrero de las ciudades. Cunde el pánico en la Bolsa, las finanzas, el comercio, el crédito y en la actividad industrial. El Gobierno provisional es una coalición de diversas tendencias desequilibradamente representadas: republicanos moderados —mayoría—, demócratas, un teórico socialista —Louis Blanc— y un obrero —el mecánico Albert, más tarde intemacionalista y partidario de Marx—. Este Gobierno provisional provoca fuertes resistencias entre los vencedores de Febrero —la burguesía—. La tendencia obrerista —caracterizada por un reglamento laboral (la "organización del trabajo") y la instauración de la Jornada de Diez horas— es sistemáticamente obstaculizada ante la seria amenaza que representa. Como dirá Marx, poco después de estas jornadas, en *Las luchas de clases en Francia*, la República no hizo más que "adaptarse a las condiciones de la sociedad bur-

guesa". Se instala una Asamblea Constituyente ante una débil fracción de representantes demócratas y socialistas. El gobierno en Francia se presenta como republicano moderado.

En los Estados alemanes la situación es incierta. La participación de los obreros y artesanos se limita a su lucha en las calles durante los días de revuelta contra el régimen; su oposición organizada casi no existe si la comparamos con Francia. La concesión de derechos por parte de los Parlamentos locales sólo los beneficia mediante la abolición de los derechos señoriales y la aplicación de libertades públicas. De hecho, como se señala en el *Manifiesto del Partido Comunista,* el conflicto principal se halla entre la aristocracia terrateniente y la joven burguesía industrial y mercantil. La rebelión de las clases trabajadoras se manifiesta mediante sublevaciones de viejo tipo —en una especie de *jacquerie* no tan sangrienta ni cruel— en contra de los señores, administradores, guardabosques, justicias locales y usureros judíos.

La primera Asamblea sesiona en Francfort del 31 de marzo al 3 de abril de 1848 con una mayoría de representantes moderados —monarquistas constitucionales— y se limita a proclamar la "soberanía" de la próxima Asamblea, a ser elegida por sufragio universal y directo; decide reunirse hasta la apertura de esta segunda Asamblea. Mientras tanto, el partido republicano, que hace las veces de la oposición frente al partido moderado, sufre una derrota tanto dentro como fuera de la Asamblea, con el aniquilamiento de la insurrección armada (encabezada por Hecker, Struve y Herwegh, ex miembros de la Liga de los Comunistas), que había penetrado con pocas fuerzas y pertrechos desde Francia. La Asamblea, reunida en los meses de abril y mayo, delibera inútilmente sobre proyectos incoherentes que debilitan progresivamente toda oposición real frente a la Corona. Otra serie de golpes acabará por debilitar a la Asamblea. En los territorios dominados por Prusia, los liberales desembocan en una lucha nacionalista. Los líderes Palacky y Rieger se niegan a enviar representantes a la Asamblea de Francfort y convocan en Praga a un Congreso eslavo con la finalidad de unirse a una Austria federal. Toma auge el movimiento de los nacionalismos eslavos: los rumanos de Transilvania luchan por una Hungría unificada; los croatas por un reino de Croacia, Eslovania y Dalmacia, directamente asociado también a una Austria federal; los servios reivindican su autonomía. El propio Imperio de los Habsburgos se halla impedido de intervenir. No obstante el otorgamiento de una Constitución austríaca el 25 de abril, los estudiantes vieneses, organizados en la llamada "Liga académica", organizan nuevos motines el 15 y 16 de mayo que obligan a la Corte a huir. El gobierno formado en la capital por el archiduque Juan se halla a su vez dividido y semiparalizado en medio del enfrentamiento de las distintas nacionalidades.

A partir de junio el movimiento se repliega. Los Habsburgos son los primeros en rehacer sus fuerzas para controlar la situación en sus dominios. Primero

en Praga, que es bombardeada por las tropas del príncipe Windischgrátz durante los llamados "motines de Pentecostés", del 12 al 17 de junio.

Luego sigue Italia, ante la vacilación y traición de Carlos Alberto de Cerdeña, pues las olas revolucionarias que él mismo había suscitado lo rebasaban con un movimiento nacionalista y de unificación contrario a sus intereses dinásticos. Carentes de unidad para enfrentar el poder austríaco (Lamartine había ofrecido un auxilio francés al Piamonte que ya no era posible debido a la mayoría moderada y la desaparición del Gobierno provisional), las fuerzas piamontesas y de Lombardía fueron prácticamente aniquiladas por los austríacos al mando del príncipe Radetzky en la batalla de Custozza, el 25 de julio. No obstante, Roma y Florencia parecen evolucionar contra la corriente reaccionaria y se proclaman repúblicas en febrero de 1849. Luego de una nueva derrota, Carlos Alberto abdicará el 23 de marzo de ese año y el Piamonte abandonará a su suerte la Lombardía, sobre la que se abate una feroz represión por parte de Radetzky y de su lugarteniente Haynau, conocido como la "hiena de Brescia".

La corte vienesa se instaló el 12 de agosto de 1849, luego de los triunfos de Radetzky y Windischgrátz. Desde Viena, se lanza un ataque contra el movimiento autonomista encabezado por Kossuth. Estalla la guerra a fines de septiembre entre Austria y Hungría. En tanto, el movimiento demócrata vienés —estudiantes, burgueses radicales, militares obreros— no se muestra favorable al *Reichstag* constituyente surgido de la Constitución del 25 de abril e intentan una nueva insurrección. Las tropas, al mando de Windischgrátz y Jelacic —el jefe propuesto por la Corte para el mando en Hungría—, reprimen la rebelión vienesa (23-31 de octubre).

En Francia habían cambiado las cosas. Para julio de 1848 el orden se había restablecido. El 4 de mayo la Comisión ejecutiva del Gobierno provisional había prescindido de Blanc y de Albert, depurando así su composición. El 15 de mayo, ante el apoyo parisino de la causa polaca, Lamartine y Ledru-Rollin prefieren mantenerse en actitud de espera sin ganar la confianza del gobierno burgués. Los *Ateliers Nationaux* son suprimidos por los moderados que dominan la Asamblea y ahora también la Comisión ejecutiva del gobierno. De los barrios obreros parisinos se levantó una insurrección. Investido de plenos poderes por la Asamblea Constituyente, el general Cavaignac dirige el levantamiento de las barricadas para aplastar a todas las fuerzas revolucionarias. Después de tres días de encarnizados combates, derrota a la revolución el 26 de junio. Muchos prisioneros capturados fueron asesinados. De este modo, la reacción da un duro golpe a la organización y emancipación de los trabajadores, surgidos de los acontecimientos de febrero y a los proyectos de nacionalización, que preocupaban a la burguesía y a la pequeña burguesía. La reforma fiscal, la asistencia social y la educación gratuita se vieron frustrados y, en

resumen, los logros de la revolución de Febrero se limitaban a la forma del régimen republicano y al sufragio universal.

El 12 de noviembre de 1848 quedó establecida la segunda República francesa. Los poderes se dividieron entre una Asamblea única y el presidente. Los jefes conservadores de la nueva república deciden dar su apoyo a la candidatura de Luis Napoleón. Así se retribuyó a los servicios de Cavaignac, el vencedor de junio. Elegido por una amplia mayoría, Luis Napoleón asume el cargo y cinco meses después de las elecciones presidenciales tienen lugar las elecciones mediante las cuales se sustituye a la Asamblea Constituyente con una Legislativa. En lugar de la mayoría de los moderados, surge en la nueva legislatura un bloque considerable (la tercera parte de los diputados) de los llamados de "la Montaña" o "rojos". Así, la derrota de la República social se ve acompañada, a su vez, de una radicalización de la opinión. Por una parte, aparecen los propietarios —moderados y reaccionarios— y, por otra, la democracia urbana y rural —avanzados y radicales—, cuyo enfrentamiento es un exponente de la profundidad que ha alcanzado la lucha de clases en Francia. Más tarde, el 2 de diciembre de 1852, sobrevendrá el golpe de Estado de Luis Napoleón. Sin embargo, Francia era el país donde se habían logrado mayores conquistas.

En Alemania también se produjo un retroceso significativo durante el año de 1848. La llamada "soberanía" de la Asamblea sigue siendo quimérica por cuanto el ejército, la marina, la diplomacia y la administración —todo lo cual podía haberla hecho posible— no han llegado a sus manos. Los conflictos daneses y poznianos, principalmente, la hacen caer en contradicciones. Los demócratas radicales son eliminados en la lucha callejera. Para septiembre, la burguesía se halla en armonía con los intereses de la causa conservadora. La Corona desgasta más y más la supuesta independencia de los burgueses cambiando un gabinete tras otro bajo su fiel custodia, mientras que la política del reino, a través de estos gabinetes colaboracionistas, se ve afincada en posiciones más conservadoras y reaccionarias. No hay prácticamente oposición real al régimen entre los demócratas y los obreros. Las manifestaciones populares en contra de la política del reino, son débiles y se va extinguiendo. La Constitución del rey, "impuesta" u "otorgada", sanciona la victoria del principio monárquico con ciertos rasgos liberales. En Francfort las discusiones se extienden en torno al problema de la "Gran Alemania" o la "Pequeña Alemania". Las fronteras del futuro *Reich* con Austria es un conflicto pendiente. La "Pequeña Alemania" significaba la unificación alemana sin incluir los territorios alemanes del Imperio austriaco, la "Gran Alemania" la anexión de dichos territorios al nuevo *Reich* unificado. Federico Guillermo IV de Prusia, finalmente, decide disolver la Cámara prusiana (la Asamblea de Berlín), elegida de acuerdo con la Constitución de diciembre de 1848, cerrando así el paso al sufragio universal, que no se implantará hasta 1918.

En la primavera de 1849 se agita un movimiento democrático de intelectuales, pequeña burguesía, obreros, artesanos y demócratas, pero el rey prusiano se siente fortalecido. Las tropas aplastan a los insurrectos a sangre y fuego. La Asamblea de Francfort se traslada a Stuttgart, donde los demócratas intentan un levantamiento contra el absolutismo para después dispersarse, el 18 de junio. Luego de estas victorias sobre los últimos reductos opositores, la Corona reemprende el proyecto de unificación, pero en provecho suyo y bajo el régimen de un constitucionalismo inspirado en la tradición monárquica y conservadora. Se opta por una "unión restringida" que posibilita, hasta marzo-abril de 1850, el establecimiento de una Asamblea federativa en Erfurt, que votará una nueva Constitución para el *Reich*, en tanto que se va modificando el estatuto prusiano en un sentido cada vez más conservador. De cualquier manera, Prusia y Austria se encuentran enfrentadas en un conflicto complicado y la situación, no resulta tan favorable a Prusia. Baviera y Wurtemberg buscan su propia independencia frente a Prusia con el apoyo de Austria. La política austriaca, que va dominando cada vez más la situación en Hungría e Italia, con el apoyo de Rusia y la habilidad de su gobierno, dirigido por el príncipe Schwarzenberg, logra aislar al cabo de confusas negociaciones a Federico Guillermo IV, quien tiene que acceder a una humillante retirada acordada en Olmütz.

Éstos son los resultados fundamentales de los movimientos revolucionarios de 1848.

Europa se transformó, aunque el restablecimiento del absolutismo no permitiera ir más allá de los meros intentos por establecer regímenes democráticos o que, habiendo logrado establecerlos, éstos fueran más tarde sustituidos. Era una Europa compleja, contradictoria. De ello da ejemplo la campaña bonapartista de junio-julio de 1849 contra la República romana con objeto de restaurar el poder pontificio. Muchas regiones del continente apenas experimentaron leves agitaciones. Inglaterra veía extinguirse, en 1848, la agitación cartista, concluyendo así diez años de oposición frente a la burguesía. España, por su parte, sólo vio recrudecer las medidas policiacas de prevención, pero no conoció ninguna agitación relacionada con los demás movimientos revolucionarios. Los Países Bajos se acercaron, pacíficamente, a un régimen constitucional. Suiza estableció su Constitución federal el 12 de septiembre de 1848 como consecuencia de la lucha cantonal de un año antes.

Definitivamente, la clase que salió fortalecida fue la burguesía. Las burguesías europeas, muy diversamente desarrolladas, pudieron amoldarse en los distintos casos por parte de unas monarquías que ya se habían visto en la necesidad de amoldarse a las condiciones. Esta convivencia no supone una continuidad estricta, pero la real amenaza contra las clases dirigentes está representada por las clases trabajadoras. Las constituciones, parcialmente liberales, terminan por imponerse incluso en los reinos más conservadores, y si bien no

son del todo satisfactorias para la burguesía en su conjunto, le permiten compartir en lo necesario el poder político. Las transformaciones sociales y jurídicas —y, por supuesto, las económicas— facilitan el desarrollo de las fuerzas productivas y del régimen capitalista, al igual que en una república constitucionalmente establecida, de modo que le fue favorable.

Para Marx y Engels el centro de atención era Alemania. Pese a advertir la diversidad de luchas posibles en los distintos frentes según se lo habían planteado en el *Manifiesto*, estimaban que el objetivo central era muy claro: constitución de los obreros en clase, derrocamiento de la dominación burguesa y conquista del poder político por parte del proletariado. Se trataba de impulsar un movimiento hacia estos objetivos, no de crear un movimiento al margen de la lucha de las demás clases ni por encima de la clase trabajadora. Tal empresa, sólo podía ser llevada a cabo por los comunistas, "que no forman un partido aparte", sino que se han constituido en el sector más consciente de la clase obrera misma, con una táctica específica de acuerdo con la cual era necesario desarrollar el partido de los comunistas alemanes.

La cuestión de cómo intervenir en la revolución alemana divide a los grupos de la Liga de los Comunistas. Unos se proponen luchar contra los regímenes establecidos, de inmediato. Otros, apoyados y dirigidos por Marx, se niegan a cualquier movimiento que pueda fácilmente convertirse en una aventura, que pusiera en peligro el movimiento en su conjunto así como a las organizaciones revolucionarias y el triunfo de la revolución. Siguiendo los principios del *Manifiesto* y su interpretación aplicada para Alemania en el Programa de acción del partido obrero alemán, evitando despertar los prejuicios nacionales y reaccionarios "contra el pueblo francés", condenan la vía aventurera y deciden, junto con sus compañeros de la Liga, volver como ciudadanos a las distintas ciudades alemanas, y desde allí, dentro del movimiento ya en marcha, luchar por la estrategia revolucionaria. Tarea fundamental de los miembros de la Liga que marcharon a Alemania fue fortalecer las organizaciones existentes o crearlas allí donde no existían, haciendo uso de la propaganda legal, los comités de correspondencia y la distribución del *Programa* de 17 puntos.

Este programa de la sección alemana de la Liga, distribuido en diversas partes de Alemania, lanzaba un programa político para la lucha de los comunistas al lado de las demás fuerzas revolucionarias. Se reivindicaban los siguientes puntos de lucha: una amplia reforma electoral, la instalación de un Parlamento popular, una administración general de justicia, la abolición de las cargas y tributos feudales, la confiscación por parte del Estado de las grandes propiedades, la abolición de las cargas impositivas sobre la mediana y pequeña propiedad, el establecimiento de una banca pública que regulara el curso legal de la moneda así como el movimiento crediticio en favor de la producción social y fomentara el proceso de producción y de cambio, confiscación de los

medios de transporte y comunicación de acuerdo con el interés público, redistribución racional de todos los servidores y funcionarios públicos, separación de la Iglesia y el Estado, restricción del derecho de herencia, equilibrio entre la producción y el consumo, nacionalización de la industria e instrucción pública y gratuita. Era un programa avanzado supeditado al periodo de transición, es decir, un programa que representaba los intereses de las clases trabajadoras frente a la burguesía después de que ésta tomara el poder. Éste era el programa estratégico de las clases trabajadoras de Alemania. Pero la táctica implicaba una alianza con esa misma burguesía en su lucha contra la monarquía y las clases de la nobleza. En la *Alocución de marzo de 1850* de la Liga de los Comunistas, acorde con el *Manifiesto* y los lineamientos fundamentales de 1848, Marx y Engels expresaron que la época de las conspiraciones había sido ya superada. La tarea fundamental de los comunistas consistía en crear el partido democrático de los trabajadores, en oposición a los partidos burgueses y pequeño burgueses que aspiraban a un orden burgués más o menos democrático, pero que carecían de los instrumentos reales para resolver la cuestión social que afectaba a Alemania. En concreto, se declaraba como principio básico la independencia del partido obrero, aunque tuviese que luchar, durante cierto periodo, al lado de la burguesía.

Para entonces, Marx y Engels iban llegando a varias conclusiones de carácter político. Consideraban que la situación en que se encontraban en la sociedad moderna las clases enfrentadas en lucha dependía en gran medida de la coyuntura económica. Tenían en mente la posibilidad de un progresivo debilitamiento y posible aislamiento de la burguesía como producto de las crisis comerciales inherentes al régimen capitalista; y que su fortalecimiento dependía siempre de la prosperidad industrial y comercial, cada vez más difícil mientras no se transformaran las relaciones de producción imperantes, y, que el éxito de la revolución proletaria no dependía tan sólo de la clase trabajadora industrial sino que también dependía de su capacidad para establecer una alianza con las clases campesinas empobrecidas en su lucha ante la burguesía y el Estado. Por otra parte, toda su fuerza debía dirigirse contra el aparato del Estado en la medida en que éste era el instrumento por excelencia de toda dominación y el garante de las condiciones imperantes de explotación. Así pues, la estrategia y la táctica impulsadas por la Liga Comunista suponía una intensificación de las contradicciones burguesas y, en consecuencia, un paulatino debilitamiento de su hegemonía.

Pero la derrota y sus consecuencias dejaron varias lecciones. Primeramente, la coyuntura económica, representaba para el capitalismo una severa prueba que, sin embargo, no lo hizo sucumbir ni aislarse bajo la presión de sus contradicciones; por el contrario, era evidente que la dictadura del capital sobre los ejércitos de obreros salía fortalecida en todos los frentes. Sin embargo, esta crisis no hizo imprescindible el remplazo de las relaciones sociales capitalistas

por aquellas nuevas que configuraría el proletariado. Asimismo, se puso de manifiesto que las alianzas del proletariado eran hasta entonces inestables, sobre todo con el sector agrícola, tan diversificado, pues o bien respondía a posiciones reaccionarias o bien se dejaba arrastrar, como en Francia, por ideologías que pretendían reavivar viejas luchas fácilmente capitalizables para quienes tenían el mando militar y político. Por otra parte, el papel de la pequeña burguesía de las ciudades contribuyó en mucho a enrarecer la contradicción básica entre la burguesía y la nobleza, por un lado, y la burguesía y el proletariado, por el otro.

En Alemania cabía esperar una muy lenta institucionalización democrática. Y las condiciones obligaban a aplicar en una estrategia revolucionaria como un proceso largo, complicado y difícil. La clave de la situación se sustentaba en el entendimiento surgido entre la burguesía y las clases privilegiadas y el incipiente desarrollo de la clase obrera. Así pues, la burguesía alemana no sólo abandonó rápidamente toda posible alianza con la pequeña burguesía y los obreros, sino que consolidó su poder preservando el orden político existente, ya entonces avenido con un régimen capitalista. Además, durante la etapa de una extensiva industrialización, consolidó su acceso al mercado mundial en la segunda mitad del siglo XIX. La política restauradora aplicada por la burguesía y la nobleza de las potencias de la Alemania Central, Austria y Prusia dio paso, más tarde, a la política de Bismarck, partidario de la unificación alemana bajo la hegemonía de Prusia y diseñador de una política exterior basada en el criterio de "la conveniencia", la cual consolidó un fuerte Estado alemán. Representaba la apertura de un periodo de prosperidad económica para la burguesía alemana, periodo que se prolongó a lo largo de veinte años hasta 1872 o 1873. Durante ese periodo, Alemania fue convirtiéndose en una potencia industrial con mayor población urbana, una floreciente pequeña burguesía, mayor empleo de maquinaria y vías férreas y una renta nacional considerablemente más elevada. La creación de sociedades industriales por acciones, el surgimiento de un nuevo sistema financiero y la ampliación de los créditos venían a sustituir al viejo y anárquico sistema proteccionista de los diversos territorios alemanes y hacían notar un nuevo sistema de concentración vertical auspiciado por el propio Estado. La burguesía alemana no tenía, a partir de los años cincuenta, nada que envidiarle a la vieja nobleza; se sentía cada vez más segura de su poder, y ha de reconocerse que, en su afán de dominio, cuando supo conquistar paulatinamente su libertad y su independencia económica, no incurrió en la tentación de derrocar violentamente a los viejos estamentos, con los cuales decidió compartir el poder político.

Marx había iniciado el estudio de la economía política y desarrollado una destacada actividad política dentro de las organizaciones obreras en Alemania, en París, en Bruselas y en Londres. Era, sin duda, junto con Engels, uno de sus teóricos más brillantes y capaces. Entendía la economía política desde el punto

de vista del proletariado —con lo cual rompía el esquema burgués de un "orden natural" de la economía y la sociedad—, por lo que había adoptado la crítica de la economía política burguesa. Así, en un principio concebía las leyes básicas del modo de producción capitalista en cuanto tal y no en cuanto ejemplar histórico y concreto —esto último, luego de un estudio inicial abstracto, lo completó años después en los manuscritos del tercer tomo de *El capital*—. En 1848, pues, Marx no contaba con los suficientes elementos para hacer un análisis que proyectara todas las posibles condiciones de una revolución por parte de las clases trabajadoras. Era necesario que el proletariado, en su lucha, prefigurara las relaciones sociales cualitativamente nuevas que no respondieran a las condiciones de sometimiento y explotación, propias del capitalismo y que, al mismo tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivas del capital liberaran a los trabajadores en la medida en que ese mismo desarrollo fomentara las contradicciones del sistema capitalista de explotación y ganancia. Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas productivas no condujo a una intensificación de las contradicciones burguesas, sino a una recomposición de sus facultades productivas en el resto del mundo, sometido a la fuerza centralizadora del capital.

Fue planteada de nuevo la estrategia revolucionaria de la clase obrera. En los años siguientes, Marx y Engels trabajaron sobre el asunto, hasta que en 1864 se fundó la Asociación Internacional de Trabajadores, y, con ella, una nueva estrategia revolucionaria que dejaba atrás todo espejismo de una "revolución de la esperanza".

Desde Colonia y Elberfeld, respectivamente, Marx y Engels, al frente de la *Nueva Gaceta Renana* en 1848, siguieron, a través de su actividad periodística, el desarrollo de la revolución. Ambos abordaron los problemas del momento sin prescindir de un enfoque de un análisis histórico; cuestiones de estrategia y de táctica, las formas de lucha y organización, la naturaleza de las alianzas, dependían en uno y otro lado de las condiciones históricas de cada región, del desarrollo alcanzado en cada una de ellas, etc., y todo ello era examinado en el ejercicio de una hábil crónica, sarcástica, feroz y realista. Marx y Engels fueron periodistas files a las clases trabajadoras, no sólo en su carácter organizadores, sino como reporteros, corresponsales y analistas políticos. Colaboraron en varios diarios democráticos de Londres, Manchester, Bruselas y París, principalmente, la *Nueva Gaceta Renana* que constituyó para ambos una prueba importante en esa etapa de transición. Marx y Engels, como lo confirman más tarde en el *New York Daily Tribune* de Nueva York, sabían crear un estilo periodístico incisivo, culto y antisolemne, cuyo sarcasmo solía ser prácticamente demoledor para aquello o aquellos que eran objeto de sus críticas. Al contrario de lo que podría suponerse, no hay en ellos un obstinado apego a los esquemas teóricos: su realismo político en el análisis de los hechos es en ambos inflexible; no se permiten concesión alguna frente a la realidad: las ideas

pertenecen al orden del discurso y no pueden nunca suplantar los hechos, les sean o no favorables.

Los cientos de artículos que publicaron en la *Nueva Gaceta Renana* revisten especial interés, ya que lo esencial de dicho análisis lo confrontan con la acción política directa que se vieron obligados a llevar a cabo en el periodismo.

En este contexto, la tarea más importante realizada por Marx y Engels fue la de mantener abierto el órgano de lucha, la *Nueva Gaceta Renana*. Éste fue editado en Colonia desde el 1º de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849, fecha en que la censura prusiana decide censurarlo (eliminarlo). La *Nueva Gaceta Renana* se anuncia como "órgano de la democracia" y, de hecho, alberga diversas tendencias, las cuales confluyen en aquello que se denominó el "partido demócrata" alemán. El panorama abarcó un republicanismo moderado, lindante con un monarquismo constitucional, hasta la tendencia francamente preocupada por la "cuestión social", representada por Marx y Engels, pasando por todas las variantes políticas del socialismo.

Los artículos de Marx y Engels fueron en conjunto poco más de doscientos. Reproducimos aquí una selección de ellos, considerando en lo fundamental aquellos que trataron directamente los movimientos revolucionarios de 1848. Hemos adoptado un orden cronológico y añadimos al final un índice biográfico.

LA ASAMBLEA DE FRANCFORT

F. Engels

COLONIA, 31 DE MAYO. Alemania posee desde hace dos semanas una Asamblea Nacional Constituyente, emanada de unas elecciones de todo el pueblo alemán.[1] El pueblo alemán había conquistado su soberanía en las calles de casi todas las grandes y pequeñas ciudades del país y, especialmente, en las barricadas de Viena y Berlín. Y había ejercido esta soberanía en las elecciones a la Asamblea Nacional.

Lo primero que tenía que haber hecho la Asamblea Nacional era proclamar en voz alta y públicamente esta soberanía del pueblo alemán.

Lo segundo, elaborar una Constitución alemana basada en la soberanía del pueblo y eliminar de la realidad alemana todo cuanto se hallase en contradicción con el principio de la soberanía popular.

Debió adoptar durante su periodo de sesiones las medidas necesarias para frustrar todos los intentos de la reacción, para afianzar el terreno revolucionario sobre el que pisaba, para salvaguardar contra todos los ataques la conquista de la Revolución, que era la soberanía del pueblo.

Pues bien, la Asamblea Nacional alemana ha celebrado ya una docena de sesiones y no ha hecho nada de eso.

En cambio ha garantizado la salvación de Alemania mediante los grandiosos hechos siguientes:

La Asamblea Nacional ha reconocido que necesitaba un reglamento, pues sabido es que dos o tres alemanes no pueden reunirse sin acordar unas normas reglamentarias en que se diga cómo han de hacerse las cosas. Un maestro de escuela cualquiera, habiendo previsto el caso, se encargó de redactar un reglamento especial para la alta Asamblea. Fue puesta a votación la aprobación provisional de este trabajo escolar; la mayoría de los diputados no lo conocía, pero la Asamblea lo votó sin el menor reparo, pues ¿qué iba a ser de los representantes de Alemania sin un reglamento? *"Fiat reglamentum" partout et toujours!*[*]

---

[*] ¡Hágase un reglamento, siempre, en todas partes!

El señor Raveaux, de Colonia, presenta una propuesta absolutamente nada caprichosa sobre los posibles conflictos entre la Asamblea de Francfort y la de Berlín.[2] Pero la Asamblea está deliberando acerca del reglamento definitivo, y aunque la propuesta de Raveaux es urgente, aún lo es más el reglamento. *Pereat mundus, fiat reglamentum!*[*] No obstante, la sabiduría de aquellos burgueses de empalizada[3] designados por una elección no puede hacer menos que decir algo acerca de la propuesta de Raveaux, y poco a poco, mientras se sigue discutiendo si debe darse prelación al reglamento o a la propuesta, se presentan cerca de dos docenas de enmiendas a ésta. Se platica acerca del asunto, se habla, se dan largas, se arma ruido, se deja pasar el tiempo y se aplaza la votación del 19 al 22 de mayo. El 22 vuelve a ponerse el asunto a discusión; llueven nuevas enmiendas y nuevas digresiones, hasta que, por último, tras largos discursos y varios forcejeos, se acuerda enviar a las comisiones el asunto ya puesto en el orden del día. Afortunadamente, ha transcurrido el tiempo, y los señores diputados se van a comer.

El 23 de mayo comienza la disputa en torno al acta; en seguida, vuelven a recibirse innumerables propuestas, y ya se dispone la Asamblea a pasar al orden del día, es decir, al amadísimo reglamento, cuando un diputado por Maguncia, Zitz, informa acerca de las brutalidades cometidas por las tropas prusianas y de los despóticos abusos del comandante prusiano en aquella ciudad. Se trataba de un intento indiscutible y consumado de la reacción, de un caso que correspondía específicamente a la competencia de la Asamblea. Había que exigir cuentas al arrogante soldado que, casi ante los mismos ojos de la Asamblea Nacional, osaba amenazar a Maguncia con un bombardeo; había que proteger a los inermes vecinos de la ciudad, en sus propias casas, de las brutalidades de una soldadesca lanzada y azuzada en contra de ellos. Pero el señor

Bassermann, el aguador badense, declara que sólo se trata de bagatelas, que hay que dejar a Maguncia confiada a su propia suerte, que todo pasará, que la Asamblea está reunida deliberando en interés de toda Alemania acerca de un reglamento. ¿Y, en efecto, qué significa en realidad, el bombardeo de Maguncia? *Pereat Maguntia, fíat reglamentum!*[**] La Asamblea, no obstante, tiene un corazón blando y elige una comisión encargada de ir a Maguncia para investigar el asunto y... entre tanto ha llegado la hora de levantar la sesión y de irse a comer.

Por último, el 24 de mayo perdemos el hilo parlamentario. Al parecer, el reglamento ha sido terminado o se ha dejado a un lado, en cualquier caso no volvemos a oír nada de él. En cambio, cae sobre nosotros una verdadera granizada de bien intencionadas propuestas, en las que numerosos representantes

[*] Aunque el mundo se hunda, ¡hágase un reglamento!
[**] ¡Que se hunda Maguncia, pero hágase un reglamento!

del pueblo soberano se empeñan en poner de manifiesto la tozudez de su "limitada inteligencia" de súbditos.[4] Viene luego una serie de mociones, peticiones, protestas, etc., hasta que, por último, el sumidero nacional arrastra numerosos, interminables discursos. No debemos, sin embargo, dejar de lado que en esta sesión fueron consignados cuatro comités.

Por último, pide la palabra el señor Schloffel. Tres ciudadanos alemanes, los señores Esselen, Pelz y Lowenstein, han recibido órdenes de salir de Francfort antes de las 4 de la tarde del mismo día. La sabia y prudente policía afirmaba que los susodichos señores habían concitado contra sí el enojo de los vecinos de la ciudad por sus discursos ante la Sociedad obrera, razón por la cual debían ser expulsados. ¡Y la policía se permitía proceder de este modo después de haber sido proclamado por el Preparlamento el derecho de ciudadanía alemana[5] y después que este derecho había sido reconocido en el proyecto de Constitución de los diecisiete "compromisarios"[6] *(Hommes de confiance de la diète)* la cuestión no admite demora! El señor Schloffel pide la palabra sobre este asunto; le es denegada y exige que se le deje hablar acerca del carácter de urgencia de la cuestión, cosa que el reglamento autoriza, pero esta vez la consigna es: *Fiat politia, pereat reglamentum!*[*] Naturalmente, había pasado el tiempo y era ya hora de irse a casa a comer.

El día 25, las cabezas de los diputados, cargadas de ideas, vuelven a doblarse bajo la masa de las propuestas presentadas como las espigas de trigo maduras bajo el vendaval. Dos diputados intentan hablar de nuevo del asunto de las deportaciones, pero también a ellos se les deniega la palabra, incluso para razonar la urgencia del asunto. Algunas mociones, principalmente una de los polacos, revestían mucho mayor interés que todas las propuestas de los diputados. Por fin, se concede la palabra a la comisión enviada a Maguncia. Declara que no podrá informar sino hasta el día siguiente; pero, por lo demás, como es natural, el informe llegó demasiado tarde, cuando ya 8.000 bayonetas prusianas habían restablecido el orden, después de desarmar a 1.200 guardias cívicos. Entre tanto, podía pasarse al orden del día. Así se hizo, en efecto, poniendo sobre el tapete el orden del día, es decir, la propuesta de Raveaux. Pero como este asunto, en Francfort, aún no estaba listo para afrontarse y en Berlín hacía ya mucho tiempo que había perdido su razón de ser por un rescripto de Auerswald, la Asamblea Nacional acordó dejar la cosa para mañana e irse a comer.

El 26 volvieron a anunciarse miríadas de propuestas, después de lo cual la comisión de Maguncia pasó a rendir su definitivo y muy ambiguo informe. Fue ponente el señor Hergenhahn, ex diputado y a la fecha ministro interino. Aunque el informe no podía ser más moderado, la Asamblea, tras larga discusión,

---

[*] ¡Hágase la policía, aunque se hunda el reglamento!

encontró que incluso este sumiso informe resultaba demasiado fuerte. Acordó dejar a los maguncianos a merced de los prusianos al mando de un húsar y pasó al orden del día, después de expresar su "confianza de que los gobiernos cumplirían con su deber". El punto central del orden del día era, naturalmente, que los señores representantes se fuesen a comer.

Por último, el 27 de mayo, tras largos preliminares en torno a la lectura y aprobación del acta, se puso a discusión la propuesta de Raveaux. Se habló en pro y en contra hasta las dos y media, hora en que los diputados se fueron a comer. Pero, esta vez, la Asamblea celebró una sesión vespertina y el asunto llegó, por fin, a una solución. Como, en vista de la excesiva lentitud de la Asamblea Nacional, el señor Auerswald había liquidado ya la propuesta de Raveaux, el señor Raveaux aceptó una enmienda del señor Werner, en la que, por razón de la soberanía del pueblo, no se afirmaba ni se negaba nada.

Las noticias que poseemos acerca de la Asamblea Nacional no van más allá. Pero tenemos todas las razones para creer que, una vez tomado el acuerdo anterior, se levantaría la sesión para ir a comer. Y si esta vez llegaron a comer tan pronto, fue gracias a las palabras de Robert Blum:

Señores: si dan ustedes cima al orden del día de hoy, todo el orden del día de esta Asamblea podría acortarse de un modo extraordinario.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 1, 1 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Engels, se refiere a la Asamblea Nacional de Francfort. El 18 de mayo de 1848 se reunió en la iglesia de San Pablo, en Francfort del Meno, en la solemne apertura de sus sesiones, constituida por 384 diputados, entre los que no figuraba un solo obrero o pequeño campesino. La mayoría estaba en manos de la burguesía liberal. Sus debates fueron una sucesión interminable de huecos e inútiles discursos. Las citas que de ellos hacen Marx y Engels se basan en las actas taquigráficas de los debates, recogidas en Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituierenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main, ed. Franz Wigard, 9 volúmenes, Francfort del Meno, Leipzig, 1848-1849.

[2] El 19 de mayo, Raveaux propuso que los diputados prusianos que pertenecían al mismo tiempo a la Asamblea de Berlín y a la de Francfort tuvieran derecho a ejercer los dos mandatos, y así lo dispuso un decreto del ministerio del Interior.

[3] En la Edad Media, algunos vecinos establecidos en los aledaños de las ciudades (más allá de las empalizadas) obtenían en ocasiones el derecho de vecindad al contribuir a la defensa militar de la ciudad. En sentido figurado, se daba este nombre a la gente venida del campo a la ciudad y que se hallaba en un nivel cultural más bajo que la burguesía urbana.

[4] Frase del ministro del Interior de Prusia que se hizo famosa.

[5] En el "Preparlamento" reunido en Francfort del 31 de marzo al 4 de abril de 1848, deliberaron representantes de los Estados alemanes, miembros de las asambleas por estamentos o delegados de una asamblea popular, partidarios en su mayoría de la monarquía constitucional. Este "Preparlamento" acordó convocar a una Asamblea Nacional de toda Alemania y redactar un proyecto de ley acerca de "Los derechos fundamentales del pueblo alemán", en el cual se proclamaban algunas libertades civiles, pero sin atentar contra el fundamento del orden semifeudal absolutista. En abril de 1848, el "Preparlamento" eligió una comisión permanente de cincuenta miembros, con una mayoría liberal, que actuó hasta el momento de constituirse la Asamblea Nacional.

[6] Estos "compromisarios" u "hombres de confianza" representaban a los gobiernos alemanes convocados por la Asamblea Federal, que era el órgano central de la Confederación alemana. Deliberaron en Francfort del 30 de marzo al 8 de mayo de 1848 y elaboraron un Proyecto de Constitución del Imperio, concebido bajo el espíritu monárquico-constitucional dominante.

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE LA CASA DE BORBÓN

F. Engels

La CASA DE BORBÓN no ha llegado aún a la meta de su gloriosa carrera. Es cierto que, en estos últimos tiempos, su blanca bandera se ha visto bastante cubierta de lodo y que los marchitos lirios[*] que la adornan doblan tristemente sus cabezas. Carlos Luis de Borbón convirtió en dinero un ducado y se ha visto obligado a abandonar ignominiosamente el segundo; Fernando de Borbón ha perdido Sicilia y no ha tenido más remedio que conceder, en Nápoles, una Constitución a los revolucionarios; Luis Felipe, a pesar de no ser más que un cripto-Borbón, ha tenido que correr la suerte de todos los Borbones de Francia, cruzando el canal hacia Inglaterra. Pero el Borbón napolitano ha salvado brillantemente el honor de su familia.

Son convocadas en Nápoles las Cámaras. El día de la apertura del Parlamento daría la señal para la batalla decisiva contra la revolución. Se hace regresar de Malta, silenciosamente, a Campobasso, uno de los principales jefes de policía del tristemente célebre Del Carreto; los esbirros, con sus viejos jefes a la cabeza, vuelven a pasearse por vez primera desde hace mucho tiempo por la calle de Toledo, armados y en tropel; desarman a los ciudadanos, los despojan de sus ropas, los obligan a cortarse el bigote. Se acerca el 14 de mayo, el día de la apertura del Parlamento. El rey exige que las Cámaras se comprometan bajo juramento a no modificar la Constitución otorgada por él. Las Cámaras se niegan. La Guardia Nacional se manifiesta a favor de los diputados. Se abren negociaciones; el monarca cede, los ministros dimiten. Los diputados piden que el rey proclame por medio de un ordenanza la concesión que ha hecho. El rey promete emitir esta ordenanza al día siguiente. Pero, en el curso de la noche, entran en Nápoles todas las tropas apostadas en los alrededores de la ciudad. La Guardia Nacional se da cuenta de que ha sido traicionada; levanta barricadas y tras ellas se parapetan de 5.000 a 6.000 hombres. Tienen enfrente, sin embargo, a 20 000 soldados, napolitanos y suizos, con 18 cañones. En el medio, en actitud aún expectante, los 20.000 lazzaroni de Nápoles.

Todavía el día 15 por la mañana declaran los suizos que no atacarán al pueblo. Pero uno de los agentes de la policía, mezclado entre la gente, dispara contra los soldados, en la *Strada* de Toledo. Se iza inmediatamente la bandera

_____

[*] Escudo de la casa de Borbón.

roja en el fuerte de San Telmo; es la señal convenida para que los soldados se lancen contra las barricadas. Comienza una espantosa carnicería; los guardias nacionales se defienden heroicamente contra un enemigo cuatro veces superior en número y contra el cañoneo de los soldados. La lucha dura desde las diez de la mañana hasta la medianoche. Y, pese a la superioridad de la soldadesca, el pueblo habría triunfado, a no ser por la miserable conducta del almirante francés Baudin, que fue la que movió a los lazzaroni a sumarse al partido del rey. El almirante Baudin mandaba una flota bastante importante fondeada en la bahía de Nápoles. La simple, pero oportuna, conminación a bombardear el palacio y los fuertes habría obligado al rey Fernando a ceder. Pero Baudin, viejo servidor de Luis Felipe, habituado a su condición anterior, simplemente tolerada, de la flota francesa en los tiempos de la *Entente cordiale*,[1] permaneció quieto y, con ello, ordenó a los lazzaroni, que ya se inclinaban hacia el pueblo, a pasarse al lado de las tropas.

Este paso del lumpenproletariado napolitano decidió la derrota de la revolución. Se lanzaron unidos contra los defensores de las barricadas la Guardia suiza, los soldados de línea napolitanos y los lazzaroni. Los palacios de la *Strada* de Toledo, previamente despejados por las granadas incendiarias, se abatieron bajo el cañoneo de los soldados. Las bandas vesánicas de los vencedores irrumpieron en las casas, apuñalaron a los hombres, mataron a los niños, violaron a las mujeres antes de quitarles la vida, lo saquearon todo y entregaron las viviendas asoladas a las llamas. Los más avariciosos de todos fueron los lazzaroni, los más brutales los suizos. Imposible describir las infamias y los actos de barbarie desencadenados contra la Guardia Nacional de Nápoles, ya casi aplastada por la victoria de los mercenarios de la casa de Borbón, cuatro veces superiores en número, y los lazzaroni, afiliados desde siempre a los grupos santafedistas.[2]

Por último, hasta el almirante Baudin vio colmada su paciencia. Constantemente llegaban a sus barcos fugitivos que relataban lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Hervía en las venas la sangre francesa de los marinos. Por fin, cuando ya la victoria del monarca estaba sellada, pensó en bombardear. Fue cesando poco a poco el derramamiento de sangre; ya no se asesinaba en las calles, los vencedores limitábanse a robar y violar; pero los prisioneros eran conducidos a los fuertes, donde los fusilaban sin más contemplaciones. Hacia medianoche todo había terminado, se había restaurado, de hecho, el poder absoluto de la Casa del rey Fernando y el honor de la Casa de Borbón había sido lavado en sangre italiana.

He ahí la última hazaña de la Casa de Borbón. Y, como siempre, han sido los suizos quienes han impuesto, peleando, la causa de los Borbones contra el pueblo. El 10 de agosto de 1792, el 29 de julio de 1830, en los combates napo-

litanos de 1820,[3] en todas partes encontramos a los nietos de Guillermo Tell y de Winkelried convertidos en lansquenetes a sueldo de esa familia cuyo nombre es en toda Europa, desde hace años, sinónimo de monarquía absoluta. Claro está que pronto va terminar esto. Los cantones suizos al civilizarse, han decretado, tras muchas vacilaciones, la prohibición de que su gente se contrate como soldados al servicio de potencias extranjeras.[4] En lo sucesivo, los recios hijos de la libre Suiza tendrán que renunciar a pisotear a las mujeres de Nápoles, a vivir a cuerpo de rey con lo que robaban en las ciudades sublevadas y, en caso de derrota, a que su memoria sea perpetuada por los leones de Thorwaldsen,[5] como la de los caídos del 10 de agosto.

Pero, entre tanto, la Casa de Borbón puede volver a respirar. La reacción, que ha vuelto a entronizarse desde el 24 de febrero,[6] no ha logrado en ninguna parte una victoria tan decisiva como en Nápoles; y ha sido precisamente de Nápoles y Sicilia de donde partió la primera de las revoluciones de 1848. Pero la oleada revolucionaria desatada sobre la vieja Europa no podrá contenerse con conspiraciones absolutistas ni golpes de Estado. Con la contrarrevolución del 15 de mayo, Fernando de Borbón ha puesto la primera piedra para lo que será la República italiana. Calabria está en llamas, en Palermo se ha instaurado un gobierno provisional; también los Abruzzos se levantarán, los habitantes de todas las provincias esquilmadas marcharán sobre Nápoles y, unidos al pueblo de esta ciudad, tomarán venganza del rey felón y de sus brutales lansquenetes. Y cuando Fernando caiga, morirá por lo menos con la satisfacción de haber vivido y haber muerto como un auténtico Borbón.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 1, 1 de junio de 1848]

NOTAS

[1] *Entente cordiale*: nombre que se daba a las buenas relaciones existentes entre Francia e Inglaterra bajo la monarquía de Julio (1830-1848). Servía de base a este "entendimiento cordial" la política de transacción mantenida permanentemente ante Inglaterra por la burguesía industrial y financiera imperante bajo el rey Luis Felipe de Orleáns. En un principio, esta política tropezaba con grandes resistencias por parte de la burguesía francesa. Pero más tarde, después de los movimientos de 1848, fue apoyada por ella, para afianzar su poder en el interior del país.

[2] *Sanfedistas*: partidarios de la "Santa Fe", miembros de grupos terroristas manejados a comienzos del siglo XIX por las fuerzas del Vaticano, reclutados

principalmente entre los elementos del lumpenproletariado y que actuaban contra el movimiento de liberación de Italia.

[3] *10 de agosto de 1792* fecha en que fue derrocada en Francia la monarquía mediante la sublevación popular.

29 de julio de 1830: día en que el pueblo de París triunfó sobre las tropas reales, derrocando en Francia a la dinastía de los Borbones.

1820 en este año se encendió en Nápoles un movimiento, revolucionario, acaudillado por los carbonarios. Mediante la injerencia de las potencias de la Santa Alianza, este movimiento revolucionario fue reprimido.

[4] Los cantones suizos se servían de una organización mediante la cual pactaban con los Estados europeos (desde el siglo xv hasta mediados del siglo xix) a fin de movilizar, para sus ejércitos contingentes de mercenarios suizos. En una serie de revoluciones burguesas durante los siglos XVIII y XIX, los suizos mercenarios actuaban como instrumento de la

[5] La figura del escultor danés Thorwaldsen a que se hace referencia representa a un león moribundo y se exhibe en Lucerna para recordar a los mercenarios suizos que, el 10 de agosto de 1792, murieron en la defensa del Palacio real de París, en lucha contra el pueblo sublevado.

[6] 24 de febrero de 1848: fecha en que fue derrocada la monarquía de Luis Felipe de Orleáns

CUESTIONES DE VIDA O MUERTE

F. Engels

COLONIA, 3 DE JUNIO. Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. Es este un dicho del que nuestros señores ministros *Camphausen* y *Hansemann* podrían decirnos algo. Antes, cuando no eran más que modestos diputados sentados en los bancos de escuela de una Dieta, ¡cuántas cosas tuvieron que aguantar de los Comisarios de Gobierno y los Mariscales![1] En la segunda fase, en la Dieta provincial renana, ¡veíanse detenidos por Su Alteza, el Ordinario Solms-Lich! E incluso, cuando después de aprobar la primaria, se vieron ascendidos a la Dieta Unificada,[2] aunque se les permitían unos cuantos ejercicios de elocuencia, ¡había que ver cómo su maestro de escuela, el señor Adolf v. Rochow, manejaba contra ellos la palmeta! ¡Con qué humildad tenían que someterse a las impertinencias de un Bodelschwingh y con qué devoción escuchaban el balbuciente alemán de un Boyen, a pesar de que no era la suya más que la "limitada inteligencia" de un súbdito,[3] al lado de la tosca ignorancia de un Duesderg, a quien debían obediencia!

Ahora, las cosas han cambiado. El 18 de marzo ha puesto fin a toda la escolaridad política y los antiguos escolares de la Dieta se declaran maduros. El señor Camphausen y el señor Hansemann se han convertido en ministros y manifiestan, encantados, toda su grandeza como "hombres necesarios".

Cuán "necesarios" se consideran y cuánto han crecido después de pasar por la escuela ha podido apreciarlo claramente todo el que haya tenido que ver algo con ellos.

Han comenzado inmediatamente poniendo otra vez en pie provisionalmente el viejo salón escolar, que es la Dieta Unificada. En este salón debía celebrarse el gran acto de transición del gimnasio burocrático a la universidad constitucional donde se lleva a cabo la solemne exposición del certificado de bachillerato, presentado ante el pueblo prusiano en todas las formas prescritas.

El pueblo ha declarado en numerosos memoriales y peticiones que no quiere saber nada de la Dieta Unificada.

El señor Camphausen ha replicado (véase, por ejemplo, la sesión de la Constituyente celebrada el 30 de mayo) que la convocatoria de la Dieta era una

cuestión vital para el ministerio y, con ello, como es natural, quedaba todo resuelto.

La Dieta se reunió,[4] una ante el mundo, ante un dios que dudaba de sí mismo, abatido y rechinando los dientes. Se le había hecho saber que sólo debía aceptar la nueva ley electoral, pero el señor Camphausen no exigió de ella solamente una ley sobre el papel y la celebración de elecciones indirectas, sino además veinticinco millones contantes y sonantes. Las curias cayeron en la confusión, no comprendían claramente cuál era su competencia y balbucían incoherentes conclusiones; pero esto no servía de nada, es algo que flota silenciosamente en la mente del señor Camphausen, y si las sumas de dinero no son autorizadas, si "el voto de confianza" es denegado, el señor Camphausen se marchará a Colonia y dejará que la monarquía prusiana se las arregle como pueda. Los señores de la Dieta sudan frío al pensar en esto, toda resistencia cesa y el voto de confianza es otorgado con una sonrisa entre dulce y amarga. Y puede uno ver estos 25 millones cotizables en el reino de los aires, que es el reino de los sueños,[5] cómo, dónde y cuándo han sido vetados.

Son proclamadas las elecciones indirectas, se levanta en contra de ellas un alud de mensajes, peticiones y diputaciones. Los señores ministros contestan que el ministerio se sostiene o cae con las elecciones indirectas. Y, con esto, todo vuelve al silencio y ambas partes pueden echarse a dormir.

Se reúne la Asamblea del Pacto. El señor Camphausen se ha propuesto pronunciar la respuesta al discurso del Trono. Tiene que formular la protesta el diputado Dunker.[6] Se abre la discusión. Se pronuncian palabras bastante vivas contra el mensaje. El señor Hansemann se aburre del eterno y confuso ir y venir, y declara, lisa y llanamente, que todo este devaneo puede ahorrarse; una de dos: o se pronuncia el mensaje, en cuyo caso todo estará bien, o no se pronuncia mensaje alguno, en vista de lo cual dimitirá el ministerio. La discusión prosigue y, por fin, sube a la tribuna el propio señor Camphausen para dejar constancia de que la cuestión del mensaje constituye un problema vital para el ministerio. Por último, en vista de que tampoco esto resuelve el asunto, se levanta también el señor Auerswald y protesta por tercera vez que el ministerio se mantiene o cae con el mensaje. Ahora, la Asamblea se muestra por fin convencida y, como es natural, vota a favor del mensaje.

De este modo, nuestros ministros "responsables" adquieren en dos meses aquella experiencia y seguridad en la dirección de una asamblea que el señor Düchatel, personaje nada despreciable, sólo llegó a adquirir al cabo de varios años de comercio íntimo con la penúltima Cámara de Diputados de Francia. También el señor Düchatel, en los últimos tiempos, cuando la izquierda le aburría con sus largos parlamentos, solía declarar que la Cámara era libre de votar en pro o en contra, pero que si votaba en contra "todos nosotros dimiti-

ríamos" y la vacilante mayoría, para la que el señor Düchatel era el hombre "más necesario del mundo", se agolpaba como un rebaño de corderos al estallar la tormenta, rodeando a su amenazado líder. El señor Düchatel, que era un francés ligero, siguió haciendo este juego hasta que sus compatriotas se cansaron de él. Pero el señor Camphausen es un reflexivo y tranquilo alemán, que sabrá hasta dónde puede llegar.

No cabe duda de que si nuestra gente está tan segura de sus "pactistas", como el señor Camphausen, será posible ahorrar por este camino tiempo y razones. A la oposición, se le arrebata la palabra casi en redondo, convirtiendo cada uno de los puntos en una cuestión de gabinete. De ahí que este método sea también el que mejor cuadra a los hombres decididos, aquellos que saben de una vez por todas lo que quieren y que se muestran incompatibles con toda charlatanería inútil, hombres como Düchatel y Hansemann. Pero para hombres a quienes gusta la discusión y que prefieren "exponer sus opiniones e intercambiarlas en un gran debate, tanto con respecto al pasado y el presente como en lo referente al futuro" (Camphausen, sesión del 31 de mayo), para hombres que pisan en el terreno de los principios y que contemplan los sucesos del día con la mirada sagaz del filósofo, para espíritus superiores como Guizot y Camphausen, de nada sirve este pequeño recurso terrenal que nuestro presidente del Consejo ha descubierto en su práctica. Lo confía a su Düchatel-Hansemann y sigue manteniéndose en la elevada esfera en la que a nosotros nos gusta contemplarlo.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 4, 4 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Los presidentes de las dietas provinciales ostentaban el título de Mariscal de la Dieta. Las dietas provinciales se crearon en Prusia en 1823. Estaban integradas por jefes de familia de los príncipes y por representantes de la nobleza urbana y de las comunidades territoriales. Como puede suponerse, estas dietas eran de carácter restringido y la mayor parte de la población se hallaba al margen de sus elecciones y, así, la nobleza tenía asegurada la mayoría. Estas dietas eran convocadas por el rey, y su competencia se limitaba a las cuestiones económicas locales y a las de la administración provincial. En el terreno político, apenas tenían limitadas funciones consultivas.

[2] *Primera Dieta Unificada*: se reunió a partir de un mandato real el 11 de abril de 1847, deliberando hasta el 26 de junio del mismo año. Representaba la agrupación de las ocho dietas provinciales existentes (véase nota anterior), debía convocarse cuando el rey lo dispusiera y aparecía dividida en dos curias.

La curia del estamento señorial estaba formada por 70 representantes de la alta nobleza y la curia de los tres estamentos restantes abarcaba 237 representantes de los caballeros, 182 de las ciudades y 124 de las comunidades territoriales. La competencia de la Dieta Unificada se limitaba a la aprobación de nuevos empréstitos en tiempos de paz y a la aceptación de nuevos impuestos o de aumentos tributarios. El rey prusiano trataba de presentar su convocación como el cumplimiento de las promesas constitucionales formuladas y de las normas de la ley acerca de la deuda del Estado. En la Dieta se manifestó una fuerte oposición liberal, expresada por los representantes de la gran burguesía renana (Hansemann, Camphausen y otros) y por una parte de la nobleza de la Prusia oriental, pero quienes más tarde se manifestaron más aliados del reino que de la oposición. Al declararse la Dieta incompetente para aprobar un nuevo empréstito, el rey decidió clausurarla.

[3] *Inteligencia limitada:* se trata de una expresión conocida del ministro prusiano del Interior, Rochow.

[4] *Segunda Dieta Unificada:* estaba formada por representantes de las ocho dietas provinciales de Prusia y fue convocada el 2 de abril de 1848. A propuesta del ministerio Camphausen, el 8 de abril votó la "Ley electoral de la Asamblea llamada a votar la Constitución del Estado prusiano" y aprobó un empréstito de 25 millones de táleros, que había rechazado la primera Dieta Unificada. Después de esto, fue disuelta el 10 de abril de 1848.

[5] Palabras de un verso de Heine en el poema titulado *Alemania. Cuento de invierno*, cap. VII.

[6] En sus artículos acerca de las deliberaciones de la Asamblea Nacional, Marx y Engels hacen uso de los *Stenographischen Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung*, tomos 1-3, Berlín, 1848, publicados más tarde en edición aparte.

LA COMEDIA DE LA GUERRA[1]

F. Engels

SCHLESWIG-HOLSTEIN. En realidad, los anales de toda la historia no nos hablan de semejante campaña ni de un cambio de juego tan sorprendente entre la fuerza de las armas y la diplomacia como el que ahora nos presenta nuestra unificada guerra alemana-nacional contra el pequeño Estado de Dinamarca, las hazañas del ejército imperial, con sus 600 jefes, estados generales y consejos de guerra, los mutuos enredos de los jefes de la coalición de 1792, las órdenes y contraórdenes del sacrosanto Consejo de la Corte, todo ello como una afirmación seria, conmovedora y trágica contra la comedia de la guerra, que el nuevo ejército federal alemán[2] despliega en el Schleswig-Holstein bajo las sonoras carcajadas de toda Europa.

Sigamos brevemente la intriga de esta comedia.

Los daneses avanzaron desde Jutlandia y desembarcaron tropas en el Norte del Schleswig. Los prusianos y hanoveranos ocupan Rendsburgo y la línea del Eider. Los daneses, que a pesar de todas las bravatas alemanas son un pueblo rápido y valiente, atacan sin perder un momento y por medio de una batalla hacen retroceder al ejército de Schleswig-Holstein sobre Prusia. Los prusianos contemplan las cosas tranquilamente.

Por último, llega de Berlín la orden de avanzar. Las tropas alemanas reunidas atacan a los daneses y los aplastan cerca del Schleswig, gracias a la superioridad de sus fuerzas. En efecto, la victoria se decide por la destreza de los soldados de la Guardia pomerania en el manejo de la culata del fusil, como en su día ocurrió cerca de Grossbeeren y en Dennewitz.[3] El Schleswig fue reconquistado y Alemania se muestra jubilosa por la heroica hazaña de su ejército.

Entre tanto, la flota danesa —que en conjunto no cuenta con 20 barcos importantes— moviliza los buques mercantes alemanes, bloquea todos los puertos de Alemania y toma los pasos a las islas sobre las que el ejército se ha retirado. Jutlandia es abandonada y ocupada parcialmente por los prusianos, quienes le imponen una contribución de guerra de dos millones en especies.

Pero, antes de haberse desembolsado un solo tálero, Inglaterra hace propuestas de mediación, basadas en una retirada y en la neutralidad del Schleswig, enviando a Rusia notas conminatorias. El señor Camphausen cae derecho en la celada y, siguiendo sus órdenes, los prusianos, ebrios de victoria, avanzan desde Veile hacia Kónigsau, retrocediendo sobre Hadersleben, Apenrade y Flensburg. Inmediatamente, reaparecen allí los daneses que hasta ahora habían desaparecido; persiguen día y noche a los prusianos, causan desorden en su retirada, desembarcan en todas las esquinas, derrotan cerca de Sundewitt a las tropas del 10º cuerpo federal y retroceden solamente ante la superioridad en número de sus adversarios. En la batalla del 30 de mayo vuelven a decidir las culatas de los fusiles, esta vez manejadas por los fuertes puños de los meclemburgueses. Los habitantes alemanes huyen con los prusianos y todo el Norte del Schleswig es abandonado al asolamiento y el saqueo, mientras en Hadersleben y Apenrade ondea de nuevo el pabellón de Dinamarca. Como se ve, los soldados prusianos de todos los grados obedecen en Schleswig las órdenes lo mismo que en Berlín.

De pronto, se recibe de Berlín la orden de que los prusianos vuelvan a avanzar. Ahora, el avance hacia el Norte es verdaderamente divertido. Pero la comedia dista mucho de haber terminado. Esperemos a ver dónde los prusianos reciben esta vez la orden de retirarse.

En una palabra, estamos ante una verdadera contradanza, ante un ballet belicoso que el ministerio Camphausen ordena ejecutar en su propio deleite y a la gloria de la nación alemana.

No olvidemos, sin embargo, que la iluminación de la escena es asegurada por las aldeas del Schleswig incendiadas y que el coro lo forman los gritos de venganza de los merodeadores y guerrilleros daneses.

El ministerio Camphausen ha proclamado ante el mundo, con este motivo, su alta misión de representar a Alemania en el exterior. El Schleswig, abandonado dos veces a la invasión danesa, formará el primer experimento diplomático de nuestros ministros "responsables" y conservará esta misión en un recuerdo lleno de gratitud.

¡Confiemos en la sabiduría y la energía del ministerio Camphausen!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 5,5 de junio de 1848]

NOTAS

[1] *La guerra prusiano-danesa en torno al Schleswig-Holstein*. Como consecuencia de la revolución de Marzo de 1848 en Alemania, se creó en Schleswig-Holstein un gobierno provisional y una Dieta territorial que, al ser dictadas leyes democráticas y ante un proyecto progresivo de Constitución, entró en conflicto abierto con la monarquía danesa. La población de Schleswig-Holstein exigía la incorporación a Alemania. Su justa lucha tenía el apoyo completo del pueblo alemán; sectores de la juventud, de sentimientos revolucionarios y patrióticos, se presentaron como voluntarios en Schleswig-Holstein. Prusia hizo que la Confederación Alemana la encargara de librar la guerra contra Dinamarca, actuando bajo el pretexto de mantener los intereses alemanes, pero en realidad para fortalecer sus propias posiciones de fuerza y desviar los sentimientos revolucionarios de las masas alemanas hacia el exterior, impidiendo el desarrollo democrático en Schleswig-Holstein. Después de esto, la camarilla militar prusiana se limitó a sostener una guerra aparente, haciendo marchar inútilmente a las tropas y viendo cómo los destacamentos del ejército revolucionario de Schleswig-Holstein y los voluntarios alemanes eran derrotados por los daneses. Más tarde, Prusia se limitó a pactar el armisticio de Malmó, en el que se pasaban por alto las instrucciones del poder central en Alemania, dejándose en la estacada a la población y al gobierno provisional de Schleswig-Holstein.

[2] La Confederación alemana, creada el 8 de junio de 1815 en el Acta federal del Congreso de Viena, abarcaba primeramente 35 y por último 28 principados y cuatro ciudades libres, manteniéndose en vigor hasta 1866, después de lo cual no se creó ningún gobierno central, manteniéndose la desmembración feudal de Alemania. La Asamblea federal de los embajadores acreditados formaba la Dieta Federal, que deliberaba bajo la presidencia permanente de Austria en Francfort del Meno, convirtiéndose en un bastión de la reacción alemana. En lucha contra la unificación democrática de Alemania, las fuerzas reaccionarias intentaron, después de la revolución de Marzo de 1848, dar nuevo impulso a la Dieta Federal.

[3] En las batallas libradas cerca de Berlín, en Grossberen (23 de agosto) y Dennewitz (6 de septiembre de 1813) obtuvieron las tropas prusianas pertenecientes al ejército de coalición una victoria sobre Napoleón.

LOS DEBATES EN TORNO AL PACTO, EN BERLÍN[1]

F. Engels

COLONIA, 6 DE JUNIO. Los debates sobre el pacto[2] marchan en Berlín viento en popa. Se presentan propuesta tras propuesta, la mayoría de ellas incluso cinco y seis veces, para que no se pierdan en los devaneos a través de los sectores y las comisiones. Cuestiones previas, cuestiones accesorias, cuestiones intermedias, cuestiones complementarias y cuestiones fundamentales: todas ellas se plantean abundantemente a la menor ocasión. En cada una de estas grandes y pequeñas cuestiones se entabla, por lo general, una conversación espontánea, "sobre la marcha", con el presidente, los ministros, etc., que forma entre tanto la labor activa de los "grandes debates", que giran en torno a ellas. Sobre todo, aquellos innumerables pactistas que el taquígrafo suele llamar "una voz" y que gustan de exponer sus opiniones en estos cambios de impresiones tan espontáneos. Por lo demás, estas "voces" se sienten tan orgullosas de su derecho de voto que, en ocasiones, como ocurrió el 2 de junio, *"votan que sí y al mismo tiempo que no"*. Pero junto a estos idilios, se desata a veces, con toda la sublimidad de la tragedia, la lucha propia de los grandes debates, lucha que no se libra en palabras solamente desde la tribuna de los oradores, sino en la que toma parte también el coro de los pactistas por medio de rumores, siseos, interrupciones, etc. Como es natural, el drama termina siempre con la victoria de las virtuosas derechas y se decide casi siempre con la petición de ¡a votar!, formulada por el ejército conservador.

En la sesión del 2 de junio, el señor *Jung* dirigió una interpelación al ministro de Asuntos Exteriores con motivo del tratado de negocios comunes con Rusia. Es sabido que ya en 1842 la opinión pública obligó a suspender estos negocios comunes, que sin embargo se reanudaron bajo la reacción de 1844. Y es sabido asimismo cómo la reacción rusa castigó a latigazos o desterró a Siberia a los culpables. Como es también sabido cuáles son los deseados pretextos que encuentra la extradición condicionada de los delincuentes y vagabundos comunes para entregar en manos de los rusos a los asilados políticos.

El señor *Arnim*, ministro de Asuntos Extranjeros, replicó:

> Seguramente que nadie tendrá nada que objetar en contra de que sean entregados los desertores, ya que es normal que los Estados amigos se auxilien mutuamente.

Tomamos nota de que, a juicio de nuestro ministro, Rusia y Alemania son "Estados amigos". Claro está que las masas de tropas concentradas por Rusia junto al Bug y el Niemen no persiguen precisamente la finalidad de liberar a la "amiga" Alemania, lo antes posible, de los tormentos de la revolución.

> El fallo acerca de la entrega de delincuentes se halla, por lo demás, en manos de los tribunales, lo que hace que existan todas las garantías de que los acusados no sean entregados antes de que finalice la investigación criminal.

El señor Arnim quiere hacer creer a la Asamblea que son los tribunales prusianos quienes entienden de los hechos atribuidos a los delincuentes. Todo lo contrario. Las autoridades judiciales rusas o ruso-polacas envían a las prusianas un fallo en el que se declara al fugitivo en estado de acusación. Los tribunales prusianos se limitan a indagar si las actas que allí figuran son auténticas y, en caso afirmativo, se lleva a cabo la entrega del reo. Ello hace que existan "todas las garantías" de que el gobierno ruso maneja como quiere a sus jueces para que los acusados de delitos políticos sean puestos en sus manos, cargados de cadenas prusianas.

> Y no es necesario pararse a demostrar, pues se entiende por sí mismo, que nunca son entregados los *propios súbditos.*

Diremos al señor barón feudal Von Arnim que no puede tratarse, desde luego, de "los propios súbditos", por la sencilla razón de que en Alemania no existe ya ninguna clase de "súbditos", puesto que el pueblo ha sabido emanciparse, luchando en las barricadas.

"¡Los propios súbditos!" Nosotros, que elegimos nuestros parlamentos y sujetando a los reyes y emperadores a la ley soberana, difícilmente podemos ser "súbditos" de Su Majestad, el rey de Prusia.

"¡Los propios súbditos!" Si la Asamblea tuviera al menos una chispa de orgullo revolucionario, ese orgullo al que debe su existencia, habría llamado la atención del servil ministro, desde la tribuna y ante el escaño ministerial con un grito de protesta y de indignación. Pero no, ha dejado pasar tranquilamente esa expresión vergonzosa sin manifestar la menor reclamación.

El señor Rehfeld ha interpelado al señor Hansemann con motivo de las renovadas compras de lana a la Sociedad marítima[3] y de las ventajas ofrecidas a los comerciantes ingleses en detrimento de los alemanes. La industria de la lana, oprimida por la crisis general, tenía ocasión de haber obtenido, por lo menos, un pequeño proteccionismo en las compras a los precios bajos de este año. Pero, en vez de ello, la Sociedad marítima hizo subir los precios con sus enormes compras. Y, al mismo tiempo, se ofrece el descuento de buenas letras de cambio sobre Londres para facilitar sus compras a los clientes ingleses,

medida ésta que servirá para elevar los precios de la lana, al atraer a nuevos compradores, brindando a éstos una importante ventaja sobre los del país.

La Sociedad marítima es herencia de la monarquía absoluta, que se valía de ella para todos los fines posibles. Durante veinte años hizo ilusoria la ley de deudas del Estado de 1820,[4] mezclándose de una manera muy desagradable en los asuntos del comercio y la industria.

La cuestión promovida por el señor *Rehfeld* tiene, en el fondo, poco interés para la democracia. Se trata aquí de unos cuantos miles de táleros de ganancia más o menos para los productores de lana en una de las partes y para los fabricantes de artículos de lana del otro lado.

Los productores de lana son casi todos ellos grandes terratenientes, señores feudales de las Marcas, prusianos, silesianos y de Posen.

Los fabricantes de artículos de lana son en su mayoría grandes capitalistas, señores de la alta burguesía.

Por consiguiente, en lo que a los precios de la lana se refiere, no se trata de intereses generales, sino de intereses de clase; se trata de saber si la alta nobleza de la tierra debe prevalecer sobre la alta burguesía, o a la inversa.

El señor Hansemann, enviado al gobierno de Berlín como representante de la alta burguesía, del partido ahora dominante, traiciona sus intereses para favorecer a la nobleza de la tierra, que es el partido derrotado.

Para nosotros, los demócratas, el problema tiene solamente el interés de ver que el señor Hansemann se pone al lado del partido derrotado para apoyar no solamente a la clase conservadora, sino, más aún, a la clase *reaccionaria.* Y confesamos que no habríamos esperado esto de un burgués como Hansemann.

El señor *Hansemann* comenzó asegurando que no era amigo de la Sociedad marítima, para añadir luego:

> No es posible sacrificar de golpe tanto los negocios de compra de la Sociedad marítima como sus fábricas. En lo tocante a la compra de lana existen tratados con arreglo a los cuales, durante el año actual, la Sociedad marítima se halla obligada a comprar una cierta partida de lana... y yo creo que, si en un año cualquiera estas compras no perjudican al comercio privado, será precisamente durante el año actual (?)... porque los precios podrían, de otro modo, resultar muy bajos.

Por todo el contexto de su discurso, vemos que el señor Hansemann no se sentía muy a gusto cuando hablaba. Se dejó inducir a complacer a los Arnim, a

los Shaffgotsch y los Itzenplitz en detrimento de los fabricantes laneros y ahora se ve obligado a dar pasos en favor de la nobleza y en perjuicio de la economía nacional. Y él mismo sabe mejor que nadie que, al hacerlo así, se burla de toda la Asamblea.

"No es posible abandonar de pronto los intereses de los compradores en el comercio de la lana y los de sus fábricas." Por tanto, hay que dejar que la Sociedad marítima compre la lana y permita a sus fábricas trabajar ventajosamente. Y si las fábricas de la Sociedad marítima no pueden "abandonarse de pronto", tampoco se podrá, como es natural, desatender las ventas. Por tanto, la Sociedad marítima seguirá llevando los artículos de lana al mercado y contribuirá con ello a abarrotar todavía más el mercado de la lana y a hacer que bajen los precios, ya de suyo presionados. En una palabra, se actuará a favor de los terratenientes de las Marcas, etc., para ayudarlos a vender su lana, aunque con ello se acentúe todavía más la presente crisis comercial y se ahuyente a los clientes con que todavía cuentan los fabricantes de tejidos de lana.

Por lo que se refiere a la historia inglesa de las letras de cambio, el señor Hansemann ha hablado largo y tendido sobre las enormes ganancias que ello reportaría a todo el país, si las guineas inglesas fueran a parar a los bolsillos de los terratenientes aristócratas. Nosotros, por nuestra parte, nos guardaremos mucho de estar de acuerdo con él. Y no comprendemos cómo el señor Hansemann ha podido sostener seriamente sus argumentos.

En la misma sesión se discutió acerca de una comisión que debe nombrarse para los asuntos de Posen. Pero de esto hablaremos mañana.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 7, 7 de junio de 1848]

NOTAS

[1] *Debates sobre el pacto:* así llamaban Marx y Engels a los debates sostenidos en las sesiones de la Asamblea Nacional prusiana de Berlín en mayo de 1848 y encaminados a elaborar una Constitución "mediante un pacto con la Corona" Marx y Engels llamaban, en ocasiones, a esta Asamblea "Asamblea del Pacto" y, en consecuencia, consideraban, y así los llamaban, a los diputados unos "capituladores".

[2] En sus artículos acerca de las deliberaciones de la Asamblea Nacional, Marx y Engels hacen uso de los *Stenographischen Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung*, tomos 1-3, Berlín, 1848, publicados más tarde en edición aparte.

[3] Se refiere a la "Sociedad prusiana de comercio marítimo" fundada en 1772 como sociedad de crédito comercial y dotada de una serie de importantes privilegios de Estado. Esta sociedad puso a disposición del gobierno grandes empréstitos, desempeñando así, de hecho, el papel de su banquero y corredor. En 1810 las acciones y obligaciones de la Sociedad se transformaron en títulos de deuda del Estado, eliminándose así la forma de sociedad. Mediante real orden del 17 de enero de 1820, la Sociedad se convierte en Casa de finanzas y Banco del Estado prusiano, con lo que el gobierno obtenía la posibilidad de burlar la ley vigente sobre la deuda pública.

[4] *Ley de la Deuda pública* (*1820*): así se llamaba al "Decreto sobre el tratamiento futuro que debía darse a los títulos de la Deuda pública", establecido el 17 de enero de 1820 y en que se disponía que la aceptación de empréstitos por parte del gobierno prusiano podría hacerse mediante la comparecencia y la cogarantía de la futura Asamblea por estamentos del Imperio y, asimismo, debía someterse a la administración de la Deuda en el presupuesto anual.

NUEVO REPARTO DE POLONIA

F. Engels

COLONIA, *8 DE JUNIO. SÉPTIMO REPARTO DE POLONIA*.[1] La nueva línea de demarcación del señor Von Pfuel en Posen constituye un nuevo robo contra Polonia. Limita a menos de una tercera parte todo el Gran Ducado que debe "reorganizarse" atribuyendo, con mucho, la mayor parte de la Gran Polonia a la Confederación alemana. La lengua y la nacionalidad polacas solamente se reconocen en una estrecha faja a lo largo de la frontera rusa. Esta faja está formada por los círculos de Wreschen y Pleschen y partes de los círculos de Mogilno, Wongrowic, Gnesen, Schroda, Schrimm, Kosten, Fraustadt, Króben Krotoschin, Adelnau y Schildberg y todos los del círculo: Buk, Posen, Obornik, Samter, Birnbaum, Meseritz, Bomst, Czarnikau, Chodziesen, Wirsitz, Bromberg, Schubin e Inowroclaw, todo ello por decreto del señor Von Pfuel, quedando así convertidos todos estos lugares en territorio alemán. A pesar de que no cabe ni la menor duda de que incluso en estos "territorios alemanes" la mayoría de sus habitantes habla el polaco.

La vieja línea de demarcación daba a los polacos, por lo menos, el Warta como frontera. La nueva vuelve a limitar a una cuarta parte el territorio sujeto a reorganización. El pretexto para ello lo ofrece, de una parte, "el *deseo*" del ministro de la Guerra de excluir de la reorganización los alrededores de la fortaleza de Posen en un radio de tres a cuatro millas y, de otra parte, la petición de diversas ciudades, como Ostrowo, etc., de ser anexionadas a Alemania.

Por lo que se refiere al deseo del ministro de la Guerra, no puede ser más natural. Después de robar a Polonia la ciudad y la fortaleza de Posen, situadas diez millas más adentro del territorio polaco, se afirma ahora, para poder disfrutar en paz de lo robado, el robo de una nueva zona de tres millas; zona que conduce, a su vez, a toda una serie de lugares polacos, con lo cual se afirma una excelente ocasión para ir adelantando la frontera alemana cada vez más allá de la ruso-polaca.

En lo tocante a los apetitos anexionistas de las ciudades "alemanas", la cosa está del modo siguiente. Alemanes y judíos forman en toda Polonia el tronco de los habitantes que se dedican a la industria y el comercio; se trata de los descendientes de aquellos inmigrantes que huyeron de su patria, empujados casi siempre por las persecuciones religiosas. Estos pobladores han fundado

ciudades en medio del territorio polaco y han contribuido en el destino de Polonia en los últimos siglos. Estos alemanes y judíos, que constituyen la enorme minoría del país, tratan de aprovecharse de la situación momentánea de éste para elevarse al poder. Apelan a su condición de *alemanes*, aunque tienen tan poco de esto como los germano-americanos. El empeño por incorporarlos a Alemania representa la opresión lingüística y nacional de más de la mitad del Posen polaco y constituye precisamente aquella parte de la provincia en que la insurrección nacional aparece representada con mayor violencia y energía; nos referimos a los círculos del Bunk, Samter, Posen y Obornik.[2]

El señor Von Pfuel declara que considerará definitiva la nueva frontera tan pronto como el ministerio la haya ratificado. No habla ni de una asamblea de habitantes para apoyar el acuerdo ni de las asambleas nacionales alemanas, que tienen derecho a decir su palabra cuando se trata de fijar las fronteras de Alemania. Pero, aunque el ministerio y las partes que median en el acuerdo y la Asamblea de Francfort puedan ratificar la decisión del señor Von Pfuel, la línea de demarcación no sería "definitiva" mientras no la ratifiquen otras dos potencias, que son el pueblo alemán y el pueblo polaco.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 9, 9 de junio de 1848]

NOTAS

[1] *Siete repartos de Polonia:* se hace referencia aquí a las tres divisiones polacas de los años 1772, 1792-1793 y, a la creación del Gran Ducado de Varsovia por Napoleón en 1807 y a los Acuerdos del Congreso de Viena en 1794-1795, así como también a la anexión de la parte más importante del Gran Ducado de Posen por parte de Prusia en 1848, sancionada en cuatro etapas por la Dieta Federal y la Asamblea Nacional de Francfort.

[2] En el Gran Ducado de Posen estalló después de la revolución de Marzo de 1848 una insurrección de los polacos por su liberación nacional del yugo prusiano. En este movimiento revolucionario participó por vez primera la masa de campesinos y artesanos cuya dirección se hallaba en manos de individuos de la baja nobleza polaca. Sin embargo, la aristocracia de la nobleza no quiso aceptar la alianza con el movimiento revolucionario-democrático de Polonia y Alemania, optando por entenderse con el rey de Prusia. A fines de marzo de 1848 y a la vista del gran movimiento popular, el gobierno prusiano prometió crear una Comisión encargada de la reorganización nacional del Gran Ducado de Posen, que aseguraba a los polacos la creación de un ejército nacional, la distribución de Polonia en, cargos administrativos y de otras clases y el reconocimiento oficial de la lengua polaca. El gobierno prusiano nombró como

mandatario al general Willisen, quien logró, recurriendo a promesas semejantes, cancelar la Comisión de Jaroslaw y mover a los rebeldes a deponer las armas. Pero todas las promesas hechas fueron vergonzosamente burladas. Ya el 14 de abril de 1848 ordenó el rey de Prusia la división del Gran Ducado en una parte oriental polaca, y otra occidental, "alemana", que no se hallaría sujeta a reorganización y se incorporaría directamente a la Confederación alemana. El real decreto del 26 de abril excluía de la organización a otros territorios. Provocados por estas medidas y por los constantes abusos de las tropas prusianas, los rebeldes reanudaron la lucha y alcanzaron cerca de Miloslaw una victoria sobre las tropas prusianas, aunque hubieron de rendir sus armas ante la gran superioridad de fuerzas, el 9 de mayo de 1848. El sucesor de Willisen, general Von Pfuel, persiguió por medios más brutales a los insurrectos del movimiento de guerrilleros. Después de la sangrienta represión de los polacos, en los meses siguientes fue desplazada hacia el Este la línea de demarcación, hasta que los territorios adjudicados a Prusia representaban tres cuartas partes del ámbito del Gran Ducado de Posen. De este modo, lejos de implantar la prometida reorganización, Prusia se adjudicó nuevos territorios polacos.

COLONIA EN PELIGRO

F. Engels

COLONIA, 10 DE JUNIO. Ha llegado la pascua, la amable fiesta; verdean los campos, florecen los árboles[1] y, donde quiera que hay gente incapaz de distinguir el dativo del acusativo, se disponen a derramar en un día sobre todos los países el Espíritu Santo de la reacción.

El momento está bien elegido. En Nápoles, los tenientes de la guardia y los lansquenetes suizos han conseguido ahogar la recién nacida libertad en la sangre del pueblo.[*] En Francia, una asamblea republicana de capitalistas aprieta las tuercas de las leyes draconianas y nombra comandante de Vincennes al general Perrot, que el 23 de febrero ordenó abrir fuego delante de la casa de Guizot. En Inglaterra e Irlanda se arroja a las cárceles por montones a los cartistas[2] y los *repealers*,[3] y los dragones dispersan a quienes se congregan en mítines pacíficos. En Francfort, es la misma Asamblea Nacional la que se encarga de instaurar ahora el triunvirato[4] propuesto por la difunta Dieta del Reino y rechazado por el Comité de los Cincuenta. En Berlín, la derecha va triunfando golpe tras golpe, por la superioridad numérica y el tronar de los tambores, y el príncipe de Prusia, al instalarse de nuevo en el edificio "propiedad de la nación",[5] declara que la revolución es un cero a la izquierda.

Se concentran tropas en el Hessen renano; en torno a Francfort acampan los héroes que ganaron sus entorchados combatiendo junto al lago contra los contingentes de los voluntarios republicanos;[6] Berlín está cercado, Breslau está cercado, y en seguida veremos qué aspecto presentan las cosas en la provincia renana.

La reacción prepara un gran golpe.

Mientras se combate en el Schleswig,[7] mientras Rusia envía notas conminatorias y se concentran trescientos mil hombres en tomo a Varsovia, la Prusia renana se ve inundada de tropas, a pesar de que los burgueses de la Cámara parisina han vuelto a proclamar "¡la paz a toda costa!"

---

[*] Véase La última hazaña de la Casa de Borbón.

En la Prusia renana, Maguncia y Luxemburgo se hallan estacionados (según la *Gaceta Alemana*)[8] *catorce regimientos completos* de infantería (el 13°, el 15°,[*] el 16°, el 17°, el 25°, el 26°, el 27°, el 28°, el 30°, el 34°, el 35°, el 38°, el 39° y el 40°), es decir, la tercera parte de toda la infantería prusiana de línea y de la guardia (43 regimientos). Una parte de estas fuerzas se halla totalmente en pie de guerra y las restantes han sido reforzadas mediante la movilización de la tercera parte de las reservas. Están aquí, además, tres regimientos de ulanos, dos de húsares y uno de dragones, y se espera en poco tiempo la llegada de un regimiento de coraceros. A esto hay que añadir la mayor parte de la 7ª y la 8ª brigadas de artillería, de las cuales la mitad por lo menos está ya movilizada (el número de caballos se ha elevado de 19 a 121 por batería de a pie o de dos a ocho cañones tirados por caballos). Se ha formado además una tercera compañía con destino a Maguncia y Luxemburgo. Estas tropas cubren un gran arco que va desde Colonia y Bonn, pasando por Coblenza y Tréveris, hasta la frontera de Francia y Luxemburgo. Todas las fortalezas han sido artilladas, los fosos empalizados y talados los árboles de las explanadas delante de los parapetos, en la línea de fuego de los cañones.

¿Y cuál es el cuadro aquí, en la ciudad de Colonia?

Los fuertes de la plaza han sido artillados. Se han aplanado las plataformas, se han limpiado las troneras, se han emplazado y apuntado los cañones. Se trabaja diariamente en esto, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Se dice que, por las noches, para evitar el ruido, se han sacado de la ciudad los cañones sobre *ruedas envueltas en trapos.*

Se están artillando las murallas que rodean la ciudad, y las obras, a partir de la Torre Bávara, llegan ya hasta el bastión núm. 6, es decir, hasta la mitad del cerco amurallado. En el sector 1 se han emplazado ya veinte cañones.

En el sector 11 (Puerta de Severino) se han colocado cañones sobre la puerta. No hay más que darles la vuelta para enfilarlos sobre la ciudad.

La mejor prueba de que estos preparativos militares que aparentan dirigirse contra un enemigo exterior, van dirigidos en realidad *contra la misma ciudad de Colonia*, la tenemos en el hecho de que aquí se han dejado en pie todos los árboles de las explanadas. En previsión de que las tropas tengan que salir de la ciudad y marchar sobre los fuertes, fortines, y, en cambio, podrían disparar sus bombas y granadas sobre la ciudad, por encima de los árboles, los morteros, obuses y cañones de veinticuatro libras de los fuertes. Éstos quedan solamente a 1.400 pasos de las murallas, lo que permite a los fuertes disparar contra cual-

[*] Esto no es enteramente exacto. Una parte del regimiento 13º y todo el 15º se hallan en Westfalia, aunque por ferrocarril pueden trasladarse a la Renania en unas cuantas horas.

quier parte de la ciudad bombas que tienen un alcance de 4.000 pasos.

Veamos ahora las medidas *tomadas directamente contra la ciudad*.

Se está desalojando el arsenal situado frente al edificio del gobierno. Los fusiles se embalan bonitamente en cajas, para no llamar la atención, y se llevan a los fuertes.

Se traslada a la ciudad, en cajas de fusiles, la munición de la artillería, para depositarla en lugares protegidos de las bombas a lo largo de las murallas.

Mientras escribimos esto, se distribuyen entre la *artillería fusiles* con *bayoneta*, aunque es bien sabido que la artillería, en Prusia, no está entrenada en el manejo de estas armas.

La infantería se halla ya, en parte, acuartelada en los fuertes. Y toda Colonia sabe que anteayer se repartieron 5 000 cartuchos de gran potencia por cada compañía.

En previsión de un choque con el pueblo, se han adoptado las siguientes providencias.

A la primera señal de alarma, marchará sobre los fuertes la 7ª compañía artillera (de fortaleza).

La batería núm. 37 se emplazará también, cuando se dé la señal, delante de la ciudad. Esta batería se halla ya, en previsión de ello, totalmente equipada y en "plan de campaña".

Las compañías de artillería 5ª y 8ª permanecerán por el momento en la ciudad. Estas compañías llevan veinte granadas en cada avantrén.

Los húsares avanzarán desde Deutz hasta Colonia.

La infantería ocupará el Mercado Nuevo, la Puerta de los Gallos y la Puerta de Honor para cubrir la retirada de la ciudad de todas las tropas, marchando luego también ella hacia los fuertes.

Al mismo tiempo, los altos oficiales hacen cuanto está de su parte para inculcar a las tropas el viejo odio prusiano contra el nuevo orden de cosas. Ante la furia reaccionaria desatada, nada más fácil que aprovechar el pretexto de un discurso en contra de los agitadores y revolucionarios para desatar los más rabiosos ataques contra la revolución y contra la monarquía constitucional.

Y, en medio de todo esto, jamás Colonia había estado más tranquila que en estos últimos días. Fuera de un alboroto sin importancia ante la casa del presidente del gobierno y de una refriega en el Mercado de la Paja, no ha ocurrido en las últimas cuatro semanas nada que pudiera alarmar ni siquiera a la Milicia Cívica. Por tanto, todas estas medidas *no responden a la más leve provocación.*

Lo repetimos: a la vista de estas medidas, que de otro modo serían completamente inexplicables, de las concentraciones de tropas en torno a Berlín y a Breslau, que nos han sido confirmadas por cartas, y del gran número de tropas que inundan la provincia renana, tan odiada por los reaccionarios, no podemos dudar ni por un momento de que la reacción prepara un gran golpe general.

Todo parece indicar que el estallido, aquí en Colonia, ha sido fijado para el *segundo día de Pascua.* Se difunde diligentemente el rumor de que en ese día "comenzará la danza". Se provocará un pequeño escándalo, el que sea, para que las tropas entren inmediatamente en acción, amenazando con el bombardeo de la ciudad, desarmando la Milicia Cívica y encarcelando a los cabecillas; en una palabra, para atropellarnos como se ha hecho ya con los de Maguncia y Tréveris.

Prevenimos seriamente a los obreros de Colonia contra esta celada que trata de tenderles la reacción. Encarecidamente les pedimos que no den al partido de la vieja Prusia *ni el más mínimo pretexto* para poner a Colonia bajo el despotismo de las leyes de guerra. Les instamos a que *dejen transcurrir en absoluta calma los dos días de Pascua,* haciendo fracasar así todo el plan de la reacción.

Si damos a la reacción pie para atacarnos, estamos perdidos; nos sucederá lo que a los de Maguncia. Si los obligamos a atacarnos y ellos se atreven realmente a lanzar el ataque, tampoco los de Colonia vacilarán ni un momento en demostrar que están dispuestos a dar su sangre y su vida en defensa de las conquistas del 18 de marzo.

Postescrito. Acaban de cursarse las siguientes órdenes:

Se cancela la *consigna dada para los dos días de Pascua* (y que había sido cursada con toda solemnidad). Las tropas permanecerán *acuarteladas,* y les dirigirán la palabra los oficiales.

Las compañías artilleras de fortaleza y de trabajos manuales recibirán a partir de hoy, además de la ración ordinaria de pan, avituallamiento diario para cuatro días, lo que quiere decir que *se les avituallará de hoy en adelante con ocho días de antelación.*

La artillería hará la instrucción con *fusil* desde hoy a las siete de la tarde.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 11,11 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Palabras iniciales del poema de Goethe, *Reinecke Fuchs.*

[2] Cartistas: representantes del movimiento revolucionario, aunque no socialista, de los obreros ingleses en el periodo de 1836 a 1848, años a lo largo de los cuales lucharon por la implantación de la "Carta del pueblo" *(Peoples Charter),* cuyas reivindicaciones se encaminaban a la democratización del Estado inglés, en oposición a la burguesía y la aristocracia de Gran Bretaña, que acabaron por imponerse a este prolongado movimiento de la clase trabajadora inglesa.

[3] Nombre derivado de *Repeal of Union* ("Supresión de la Unión"). Eran los partidarios de que se revocara la unión de Irlanda a Inglaterra, implantada en 1801, después de aplastada la sublevación irlandesa de 1798 y que había destruido los últimos restos de independencia nacional de Irlanda. La consigna del *Repeal* era en los años veinte una de las más populares del movimiento irlandés de liberación nacional. En 1840, los defensores del movimiento irlandés de independencia, dirigidos por el liberal inglés O'Connell, crearon una organización, la "Repeal Association", para luchar por la independencia de Irlanda.

[4] El Comité de los Cincuenta rechazó la propuesta de la Dieta Federal de instituir un Directorio de tres personas como poder central provisional de la Confederación germánica. En junio de 1848, una comisión elegida por la Asamblea Nacional de Francfort formuló una propuesta análoga. Por fin, la Asamblea acordó, el 28 de junio de ese año, crear un Gobierno provisional formado por el regente del Imperio y los miembros del gabinete ministerial.

[5] Después de la huida del príncipe prusiano (véase nota 47), durante la revolución de Marzo, los trabajadores armados pusieron en el Palacio real de Berlín un cartel que decía: "Propiedad de la nación".

[6] En abril de 1858 fue reprimido en Badén un levantamiento republicano encabezado por los demócratas Hecker y Struve. El área principal del movimiento fueron los lugares cercanos al Lago de Constanza y a la Selva Negra.

[7] Véase la nota de *La comedia de la guerra*.

[8] *Deutsche Zeitung:* diario liberal-burgués que abogaba por un régimen monárquico constitucional y la unificación prusiana de Alemania. Este diario circuló de 1847 a 1848 bajo la dirección del historiador Gervinus.

EL DEBATE DE BERLÍN SOBRE LA REVOLUCIÓN

F. Engels

COLONIA, 13 DE JUNIO. Por fin, la Asamblea del Pacto se ha manifestado sin ambages.[1] Ha desautorizado la revolución y se ha manifestado en favor de la teoría del pacto.[2] La situación de hecho acerca de la cual debía pronunciarse era la siguiente:

El 18 de marzo, el rey prometió una Constitución, introdujo la libertad de prensa con fianzas[3] y, en una serie de propuestas, se manifestó en el sentido de que la unidad de Alemania debía llevarse a cabo mediante la absorción de Alemania por Prusia.

Tales fueron las concesiones del 18 de marzo, reducidas a su verdadero contenido. El hecho de que los berlineses se declararan contentos con estas concesiones y se congregasen ante el Palacio para dar las gracias al rey, demuestra con palpable claridad la necesidad de la revolución del 18 de marzo. Era necesario revolucionar no sólo al Estado, sino también a sus *ciudadanos.* Sólo en una sangrienta lucha de liberación podían éstos despojarse de su condición de súbditos.

Fue el consabido "malentendido" el que provocó la revolución. Y no cabe duda de que hubo un malentendido. El ataque de los soldados, la prolongación de la lucha por espacio de dieciséis horas y la necesidad en que se vio el pueblo de obligar a las tropas a replegarse, demuestran sobradamente que el pueblo estaba completamente equivocado con respecto a las concesiones del 18 de marzo.

Los resultados de la revolución fueron: de una parte, el armamento del pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo, arrancada de hecho; de otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el ministerio Camphausen-Hansemann, es decir, el gobierno de los representantes de la alta burguesía.

Así pues, la revolución llegaba a dos resultados necesariamente contradictorios. El pueblo había vencido, había conquistado libertades de carácter claramente democráticas; pero el poder inmediato no estaba en sus manos, sino en las de la gran burguesía.

En una palabra, la revolución no había terminado. El pueblo había consentido la formación de un gobierno de grandes burgueses, y los grandes burgueses revelaron inmediatamente sus tendencias ofreciendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. Entraron en el ministerio Arnim, Kanitz y Schwerin.

Por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y al sector democrático de la población, la alta burguesía, siempre antirrevolucionaria, selló una alianza ofensiva y defensiva con la reacción.

Los partidos reaccionarios coaligados comenzaron su lucha contra la democracia *di poner en tela de juicio la revolución.* Se negó la victoria del pueblo; se fabricó la famosa lista de los "diecisiete militares muertos"[4] y se hizo todo lo posible por desacreditar a los combatientes de las barricadas. Pero las cosas no pararon ahí. El gobierno reunió realmente a la Dieta que había sido convocada antes de la revolución[5] y construyó *a posteriori* el paso legal del absolutismo a la Constitución. Con ello, negaba en redondo la revolución. Inventó, además, la teoría del pacto, con la que volvía a negar la revolución, negando al mismo tiempo la soberanía del pueblo.

Se ponía, pues, realmente en tela de juicio la existencia de la revolución, cosa que podía hacerse porque ésta no era más que una revolución a medias, el comienzo de un largo movimiento revolucionario.

No podemos entrar aquí a examinar por qué y hasta qué punto la dominación momentánea de la alta burguesía constituye en Prusia una fase necesaria de transición hacia la democracia y por qué la alta burguesía se inclinó hacia la reacción inmediatamente después de entronizarse en el poder. Nos limitamos, por el momento, a registrar el hecho.

Ahora, la Asamblea del Pacto tenía que manifestar si reconocía o no la revolución.

Pero, en estas condiciones, reconocer la revolución equivalía a reconocer el lado democrático de la revolución, frente a la alta burguesía, que trataba de confiscarla.

Reconocer la revolución significaba cabalmente, en este momento, admitir que la revolución se había llevado a cabo a medias, reconociendo por tanto el movimiento democrático, dirigido contra una parte de los resultados de la revolución. Significaba reconocer que Alemania se halla impulsada por un movimiento revolucionario, en el que el ministerio Camphausen, la teoría del pacto, las elecciones indirectas, el poder de los grandes capitalistas y los pro-

ductos emanados de la Asamblea misma, aun pudiendo ser puntos inevitables de transición, no son en modo alguno, los resultados finales.

Ambas partes llevaron el debate abierto en la Cámara en torno al reconocimiento de la revolución con gran amplitud y gran interés, pero manifiestamente con poco ingenio. Resultaría imposible leer algo más aburrido que estos difusos debates, interrumpidos a cada paso por rumores o por sutilezas reglamentarias. En vez de las grandes pasiones de la lucha de partidos, una fría tranquilidad de espíritu, que amenaza con caer a cada paso en el tono de la plática; en vez del tajante filo de la argumentación, una prolija y confusa cháchara sobre minucias; en vez de una respuesta categórica, aburridas prédicas éticas sobre la naturaleza y la esencia de la moral.

Tampoco la izquierda se ha distinguido gran cosa en este debate.[6] La mayoría de sus oradores se repiten unos a otros; ninguno se atreve a ir directamente al problema y a manifestarse abiertamente en un sentido revolucionario. Todos temen escandalizar, herir, espantar. Mal estarían las cosas en Alemania si los combatientes del 18 de marzo no hubiesen dado pruebas de mayor energía y pasión en la lucha que los señores de la izquierda en su debate.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 14,14 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Véase en *Cuestiones de vida o muerte*, nota 6

[2] *Teoría del Pacto:* la burguesía, representada por Camphausen y Hansemann, trataba, mediante un pacto con la Corona, de justificar su traición a la revolución. Este pacto consistía en que la Asamblea Nacional prusiana, "manteniéndose en el terreno de la legalidad", se limitara en lo posible a la instauración de un orden constitucional.

[3] Los editores de diarios políticos debían depositar una suma de dinero como fianza para responder de que no se publicaría en ellos nada que fuera desagradable a las 1 autoridades gubernamentales. Hasta la Ley de prensa del año 1874, se mantuvo vigente en Alemania este sistema de multas a la prensa que había sustituido el régimen de la previa censura, suprimido en 1848.

[4] Además de la cifra oficial de quince soldados y dos suboficiales muertos, se sabía de bastantes más soldados caídos en lucha, sepultados en secreto, tratando así de negar importancia a los enfrentamientos del 18 de marzo.

[5] Véase *Cuestiones de vida o muerte*, nota 4

[6] Formaban parte de la izquierda en la Asamblea Nacional prusiana, entre otros, Waldeck, Jacoby, Georg Jung y J. Berends. La *Nueva Gaceta Renana* criticaba con frecuencia su actitud vacilante, animándola a proceder con mayor energía y a recurrir a la lucha extraparlamentaria

***

COLONIA, 14 DE JUNIO. El diputado *Berends*, de Berlín, inició el debate, con la presentación de la siguiente propuesta:

La Asamblea, reconociendo la revolución, declara que los combatientes del 18 y 19 de marzo han merecido el bien de la patria.

La forma de la propuesta, el lacónico estilo arcaico romano, hecho suyo por la gran Revolución francesa, eran perfectamente adecuados. Más inadecuada resultaba, en cambio, la manera como el señor *Berends* desarrolló su propuesta. Su modo de expresarse no era el de un revolucionario, sino el de un conciliador. En vez de dar rienda suelta a la cólera de los combatientes de las barricadas injuriadas ante una asamblea de reaccionarios, hablaba como un profesor tranquilo y seco en su clase, como si siguiese dando cátedra en la Asociación de artesanos de Berlín. Para defender una causa perfectamente simple y clara, empleaba el lenguaje más embrollado del mundo.

El señor *Berends* comenzó diciendo:

> ¡Señores!: el reconocimiento de la revolución se halla implícito en la naturaleza misma de la cosa (!). Nuestra misma Asamblea es un reconocimiento formal del gran movimiento que ha sacudido a todos los países civilizados de Europa. La Asamblea ha salido de esta revolución; su misma existencia es, por tanto, de hecho, el reconocimiento de la revolución.

Primero. No se trata, en modo alguno, de reconocer como un hecho, en general, "el gran movimiento que ha sacudido a todos los países civilizados de Europa", pues esto sería superfluo e inoperante. Se trata, concretamente, de reconocer como una verdadera y auténtica revolución la lucha librada en las calles de Berlín, que se pretende presentar como una simple revuelta.

Segundo. Es cierto que la Asamblea de Berlín constituye, en un aspecto, un *"reconocimiento* de la revolución" por cuanto que, de no haber mediado la lucha en las calles de Berlín, no tendríamos una Constitución "pactada", sino,

cuando más, una Constitución otorgada. Pero, por el modo como ha sido convocada y por el mandato recibido por ella de la Dieta Unificada y del ministerio, estamos también ante una *repulsa* de la revolución. Una Asamblea "fundada en la revolución" no pacta, sino que decreta.

Tercero. La Asamblea había reconocido ya la teoría del pacto en su voto de respuesta al Mensaje y había negado ya la revolución en su voto en contra del desfile hacia la tumba de los caídos.[1] Ha negado la revolución, al "coexistir" con la Asamblea de Francfort. Por tanto, la propuesta del señor *Berends* había sido ya rechazada de hecho por dos veces. Y con tanta mayor razón tenía que ser derrotada ahora en que se llamaba a la Asamblea a pronunciarse abiertamente.

Siendo la Asamblea, como lo era, reaccionaria, y sabiéndose a ciencia cierta que el pueblo nada podía esperar de ella, la izquierda estaba interesada en que la minoría que votara *en favor* de la propuesta fuese lo más reducida posible y sólo incluyera a los miembros más resueltos.

El señor *Berends* no tenía, pues, por qué inquietarse. Debía actuar del modo más resuelto y más revolucionario que fuera posible. En vez de aferrarse a la ilusión de que la Asamblea era y quería ser una Asamblea constituyente, una Asamblea que *se mantenía* sobre el terreno de la revolución, tenía que haberle hecho saber que ya había renegado indirectamente de la revolución e invitarla a que lo hiciera abiertamente.

Pero ni él ni los oradores de la izquierda siguieron esta política, la única adecuada al partido democrático. Se dejaron llevar por la ilusión de que podrían convencer a la Asamblea de dar un paso revolucionario. Hicieron, por tanto, concesiones, suavizaron su lenguaje, hablaron de reconciliación y *ellos mismos* negaron así la revolución.

En seguida, el señor *Berends* comienza a hablar, con fría mentalidad y en lenguaje bastante opaco, de las revoluciones en general y de la revolución berlinesa en particular. Y, al hilo de sus disquisiciones, entra a examinar la objeción de que la revolución era innecesaria, ya que el rey se había mostrado de antemano de acuerdo con todo. He aquí su respuesta:

> Es cierto que Su Majestad el Rey se había mostrado de acuerdo con *muchas cosas*... pero ¿se daba con ello satisfacción a la voluntad del pueblo? ¿Y se nos daba a nosotros la garantía de que aquella declaración se convirtiera en realidad? Yo creo que esta garantía... ¡sólo la tuvimos después de la lucha!... Está demostrado que semejante transformación del Estado sólo puede surgir y establecerse firmemente en las grandes catástrofes de la lucha. El 18 de marzo aún no se había accedido a un gran hecho: éste fue el armamento del pueblo... Sólo al verse armado se sintió seguro

contra la posibilidad de malos entendidos... La lucha es, *por tanto* (!), evidentemente, *una especie de suceso natural* (!), pero un suceso necesario..., la catástrofe en que se hace realidad, en que se hace verdad la transformación de la vida del Estado.

De esta larga y confusa disquisición, abundante en redundancias, se desprende claramente que el señor *Berends* no ve absolutamente nada claro en cuanto a los resultados y a la necesidad de la revolución. Lo único que conoce de sus resultados es la "garantía" de las promesas del 18 de marzo y el "armamento del pueblo"; la necesidad de la revolución es construida por él por la vía filosófica, transcribiendo una vez más la "garantía" en elevado estilo y asegurando, por último, que ninguna revolución puede ponerse en práctica sin revolución.

Decir que la revolución era necesaria sólo significa, evidentemente, que lo era para alcanzar lo que ahora hemos alcanzado. La necesidad de la revolución se halla en razón directa a sus resultados. Y como el señor *Berends* no ve claro acerca de los resultados, tiene que recurrir, naturalmente, a grandilocuentes aseveraciones para construir su necesidad.

¿Cuáles fueron los resultados de la revolución? Lejos de residir en la "garantía" de lo prometido el 18 de marzo, residen, por el contrario, en haber echado por tierra estas promesas.

El 18 de marzo se había prometido una monarquía en la que seguirían empuñando el timón la nobleza, la burocracia, los militares y los curas, pero consintiendo a la alta burguesía ejercer el control mediante una Constitución *otorgada* y libertad de prensa con fianzas[(2)]. Para el pueblo, banderas alemanas, una flota alemana y servicio militar obligatorio alemán, en vez de la bandera, la flota y el servicio obligatorio alemán de Prusia.

La revolución derrocó a todos los poderes de la monarquía absoluta, nobleza, burocracia, militares y curas. Elevó al poder exclusivamente a la alta burguesía. Entregó al pueblo el arma de la libertad de prensa sin fianzas, del derecho de asociación y, en parte al menos, también las armas materiales, los mosquetes.

Pero todo esto no es tampoco el resultado principal. El pueblo que ha peleado y vencido en las barricadas es un pueblo completamente distinto del que el 18 de marzo desfiló ante el Palacio Real para convencerse, gracias a los ataques de los dragones, de lo que significaban las concesiones obtenidas. Este pueblo es capaz de cosas muy distintas y mantiene muy otra actitud ante el gobierno. La más importante conquista de la revolución es *la revolución misma*.

Como berlinés, puedo aseguraros que fue para nosotros un *sentimiento doloroso* —(¡nada más!)—... ver cómo se desdeñaba esta lucha... Hago mías las palabras del señor Presidente del Consejo de Ministros, quien... decía que un gran pueblo y todos sus representantes debían contribuir con *clemencia a la reconciliación. Esta clemencia es la que yo invoco* al proponer ante vosotros, como representante de Berlín, el reconocimiento de las jornadas del 18 y el 19 de marzo. No cabe duda de que el pueblo de Berlín, en su conjunto, se ha comportado muy honrosa y dignamente durante todo el tiempo después de la revolución. Puede ser que se hayan cometido algunos excesos... *Creo,* por tanto, que es *oportuno* que la Asamblea declare, etc., etc.

A este cobarde final, en que se niega, la revolución, sólo tenemos que añadir dos palabras: después de semejante exposición de motivos, la propuesta presentada merecía realmente fracasar.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 16,16 de junio de 1848]

NOTAS

[1] El 3 de junio de 1848, la Asamblea Nacional de Berlín rechazó por mayoría de votos la propuesta de unirse a la manifestación luctuosa organizada por los estudiantes ante las tumbas de los caídos durante lo jornadas de marzo de 1848 en Berlín.

[2] Véase El debate de Berlín sobre la revolución, nota 3

***

COLONIA, 14 DE JUNIO. La primera enmienda presentada en contra de la propuesta de Berends debió su fugaz existencia al diputado *Brehmer.* Era una extensa y bien intencionada declaración, en la que 1) se reconocía la revolución, 2) se reconocía la teoría del pacto, 3) se reconocía la actuación de cuantos habían contribuido al viraje producido y 4) se reconocía la gran verdad de que

> Ni caballos ni gigantes
> Escalan la escarpada altura
> Donde se entronizan los príncipes,[1]

con lo que la revolución volvía a traducirse, a la postre, a un lenguaje auténticamente prusiano. El buen señor maestro de enseñanza superior *Brehmer* quiso

hacérselo comprender a todos los partidarios, pero éstos no quisieron saber nada de él. Su enmienda fue rechazada sin discusión, y el señor Brehmer se retiró de la escena con toda la resignación de un filántropo decepcionado.

Pasó en seguida a la tribuna el señor *Schulze* (von Delitzsch). El señor Schulze es también un admirador de la revolución, aunque no admira tanto a los combatientes de las barricadas como a la gente del día siguiente, a la que se suele llamar "el pueblo", para distinguirla de aquellos combatientes. La "actitud del pueblo *después* de la lucha" debe ser —así lo desea él— objeto de especial reconocimiento. Su entusiasmo no conoció límites, al oír hablar

> de la moderación y la prudencia del pueblo, cuando ya no tenía delante a ningún enemigo (!)..., de la seriedad del pueblo y su actitud conciliadora..., de su posición ante la dinastía... Pudimos comprobar que el pueblo, en aquellos momentos, era indudablemente consciente *¡¡de mirar directamente a la Historia cara a cara!!*

El señor *Schulze* no se entusiasma tanto con la acción revolucionaria del pueblo *en* la lucha como con su inacción absolutamente nada revolucionaria *después* de ella.

Reconocer la magnanimidad del pueblo después de la revolución sólo puede significar una de dos cosas:

o injuriar al pueblo; o sea, reconocerle como un mérito el no haber cometido infamias *después* de la victoria,

o reconocer que el pueblo se ha adormecido después del triunfo de las armas, permitiendo que la reacción levante de nuevo la cabeza.

Para "hermanar ambas cosas", el señor Schulze expresa su "admiración exaltada hasta el entusiasmo" porque el pueblo se comportara decorosamente y, además, diera lugar a la reacción para ponerse de nuevo en pie.

La "posición del pueblo" consistió, según él, en "mirar directamente a la Historia, cara a cara", lleno de entusiasmo, en vez de hacerla él mismo; en no haber sido, a fuerza de "posición", "moderación y prudencia", "seriedad" y "actitud conciliadora", capaz de impedir que los ministros fuesen escamoteando, trozo a trozo, las libertades por él conquistadas; en haber dado por terminada la revolución, en vez de llevarla adelante. ¡Cuán de otro modo se comportaron los vieneses, al descargar golpe tras golpe contra la reacción, logrando conquistar así una Dieta *Constituyente*, en vez de una Dieta Unificada![2]

Por tanto, el señor Schulze (von Delitzsch) reconoce la revolución bajo la condición de no reconocerla. Fue premiado, por tanto, con un aplauso resonante.

Tras una breve negociación intermedia reglamentaria, sube a la tribuna el señor *Camphausen* en persona. Hace notar que, ante la propuesta presentada por Berends, "la Asamblea debe pronunciarse acerca de una *idea*, emitir un juicio". Para el señor Camphausen, la revolución es solamente una *"idea"* Deja, por tanto, al criterio de la Asamblea el hacerlo o no. En cuanto al fondo mismo del asunto, cree que "tal vez no haya existido nunca una diferencia de opiniones importantes", a tono con el hecho generalmente conocido de que, cuando dos alemanes discuten, están, en el fondo, de acuerdo.

> Si se trata de repetir que... hemos entrado en un periodo que habrá de traer como consecuencia las más importantes transformaciones —[lo que quiere decir, lógicamente, que aún no las ha traído]— nadie estará más de acuerdo con ello que yo.
>
> *Pero si, por el contrario, se quiere expresar que el Estado y el poder público han perdido su razón jurídica de ser, que* se ha producido un derrocamiento, por la fuerza, del Estado existente..., tengo que protestar contra semejante interpretación.

Hasta ahora, el señor Camphausen había considerado siempre como su gran mérito el haber reanudado el hilo roto de la legalidad; ahora afirma que ese hilo no se había roto nunca. No importa que los hechos mismos lo desmientan; el dogma de la transmisión legal ininterrumpida del poder desde Bodelschwingh hasta Comphausen no tiene por qué preocuparse de los hechos.

> Si se trata de dar a entender que nos encontramos en los inicios de situaciones como las que conocemos de la historia de la revolución inglesa del siglo XVII o de la revolución francesa del XVIII y que acabarán poniendo el poder en manos de un dictador,

si se trata de eso, el señor Camphausen tiene también que protestar. Como es natural, nuestro amigo reflexivo de la historia[3] no podía dejar pasar la ocasión de formular, con motivo de la revolución berlinesa, las reflexiones que los alemanes gustan de escuchar y a las que son tanto más aficionados cuanto más las han leído en el libro de Rotteck. La revolución berlinesa no puede haber sido una revolución, entre otras cosas porque, de haberlo sido, no habría tenido más remedio que engendrar un Cromwell o un Napoleón, contra lo que protesta el señor Camphausen.

Por último el señor Camphausen consiente a los pactantes "expresar sus *sentimientos* en pro de las víctimas de un *funesto choque"*, pero hace notar que, esto, "mucho depende, esencialmente, de la expresión" y desea que todo el asunto se someta a una comisión.

Finalmente, después de un nuevo intervalo reglamentario, sube a la tribuna un orador que sabe conmover los corazones y las vísceras, porque va al fondo del problema. Se trata de Su Reverencia el señor pastor *Müller* de Wohlau, quien aboga en pro de la enmienda de Schulze. El señor pastor *"no va a entretener mucho tiempo la atención* de la Asamblea, sino a tocar solamente un punto muy *esencial"*

Con este fin, formula a la Asamblea la siguiente pregunta:

> La propuesta nos lleva al terreno *moral*, y si no la tomamos en su *superficie* [¿cómo podrá tomarse una cosa en su superficie], sino en su profundidad [existe una profundidad vacía, como existe una anchura vacía], no podremos por menos de reconocer, por difícil que se nos haga esta consideración, que se trata ni más ni menos que del reconocimiento moral de la insurrección, *y yo pregunto*: *¿es una insurrección moral, o no lo es*?

No se trata, pues, de un problema político de partido, sino de algo infinitamente más importante: de un problema teológico-filosófico-moral. La Asamblea no tiene por qué pactar con la Corona una Constitución, sino un sistema de filosofía moral. "¿Es una insurrección moral, o no lo es?" De eso depende todo. ¿Y qué contesta el señor pastor ante la Asamblea, temblorosa de expectación?

> ¡¡Pero yo no creo que estemos en condiciones *de* tener que resolver *aquí este elevado principio moral!!*

El señor pastor sólo ha entrado en el fondo del asunto para declarar que no puede encontrar en él fondo alguno.

> Muchos hombres de *gran talento* se han parado a meditar acerca de este problema, sin haber podido llegar a *ninguna solución precisa*. Tampoco nosotros alcanzaremos esta claridad en el curso de un rápido debate.

La Asamblea queda como fulminada. El señor pastor le formula un problema moral, con tajante nitidez y con toda la seriedad que el objeto reclama; e inmediatamente después de formularlo, declara que el problema es insoluble. Ante esta angustiosa situación, los pactantes debieron sentir como si se hallasen ya, realmente, "en el terreno de la revolución".

Pero todo esto no era más que una simple maniobra de la estrategia de cura de almas del señor pastor para mover a la Asamblea a penitencia. El señor pastor tiene preparada la gotita de bálsamo para depositarla sobre la herida de quienes sufren:

Creo que hay todavía otro punto que debe ser tenido en consideración: las víctimas del 18 de marzo *obraron en una situación que no les permitía adoptar una actitud moral* [!!].

Es decir, los combatientes de las barricadas eran irresponsables.

Pero, si se me pregunta si se los considera dotados de un título moral, contestaré rotundamente que *sí.*

Nosotros preguntamos si sería *moral* o *inmoral* elegir la palabra de Dios para representar al país en Berlín, simplemente para aburrir a todo el público por medio de una casuística moralizante.

El diputado *Hofer* protesta contra todo el asunto, en su calidad de campesino pomeranio.

¡Pues ¿quiénes eran los militares? ¿No eran nuestros hermanos y nuestros hijos? Piensen ustedes qué impresión producirá cuando el padre, a la orilla del mar [*po more,* junto al mar, es decir, en la Pomerania], se entere de cómo han tratado aquí a su hijo!

Los militares pueden haberse comportado como mejor creyeran, pueden haberse prestado a ser instrumento de la más infame de las tradiciones: no importa, eran nuestros muchachos poniéramos y, por tanto, ¡tres vivas en su honor!

El diputado *Schultz,* de Wanzleben: señores, hay que reconocer lo que hicieron los berlineses. Su heroísmo no tuvo límites. Lo único a que no pudieron sobreponerse fue al miedo a los cañones.

Pero, ¿qué significa el miedo a ser destrozados por las *granadas,* cuando se piensa, frente a esto, en el *peligro* de verse condenados a deshonrosas penas como *causantes de desórdenes callejeros*? ¡El *valor* que supone haber hecho frente a esta lucha es tan sublime, que ante él ni siquiera puede tomarse en cuenta para nada el de enfrentarse a las bocas de los cañones!

Por tanto, los alemanes no hicieron la revolución antes de 1848, por miedo al comisario de policía.

El ministro *Schwerin* interviene para declarar que dimitirá si se aprueba la proposición presentada por Berends.

Elsner y *Reichenbach* se pronuncian en contra de la enmienda de Schulze.

Dierschke hace notar que debe reconocerse a la revolución porque "la lucha de la libertad moral aún no ha terminado" y porque la Asamblea ha sido "convocada también por la libertad moral".

Jacoby reclamó "el reconocimiento total de la revolución, con todas sus consecuencias". Su discurso fue el mejor de cuantos se pronunciaron en toda la sesión.

Por último, y al cabo de tanta moral, de tanto hastío, de tanta indignación y conciliación, nos produce alegría ver subir a la tribuna a nuestro *Hansemann.* Vamos a escuchar, por fin, algo decisivo, algo con pies y cabeza; pero no, pues también el señor Hansemann habla hoy en términos de mediación y conciliación. Y tiene sus razones para hacerlo así quien como él no hace nada sin su cuenta y razón. Ve que la Asamblea vacila, que la votación se muestra insegura, que aún no se encuentra la enmienda adecuada. Trata de que el debate se aplace.

Para lograrlo, apela a todas sus fuerzas con el fin de expresarse en los términos de mayor suavidad posible. El hecho está allí, es indiscutible. Lo que pasa es que unos lo llaman "revolución" y otros lo califican de "grandes hechos". No debemos

> olvidar que aquí no se ha producido una *revolución,* como en París o como antes en Inglaterra, sino que ha mediado una transacción entre la Corona y el pueblo [¡una curiosa transacción, con granadas y balas de fusil!]. Precisamente porque nosotros [los ministros] no tenemos, en cierto sentido, nada que objetar contra la *esencia del asunto,* debiendo, en cambio, elegir con cuidado la expresión, de modo que permanezca en pie, dentro de lo posible, la base del gobierno sobre la que nos mantenemos,

precisamente por ello, debe ser aplazado el debate, para que los ministros puedan deliberar.

¡Cuánto trabajo tiene que haberle costado a nuestro Hansemann emplear palabras como éstas y reconocer que "la base" sobre la que se mantiene el gobierno es tan débil, que puede echarla por tierra una simple "expresión"! Lo único que le resarce es el placer de poder convertir de nuevo el asunto en una cuestión de gabinete.

El debate quedó, por tanto, aplazado.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 17,17 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Verso de una canción patriótica, de la cual se tomó la letra para el Himno nacional de Prusia.

[2] Bajo la presión del movimiento popular, el emperador austriaco Francisco I se vio obligado a reconocer a la Dieta del Imperio austriaco poderes propios de una Asamblea constituyente.

[3] *Nuestro amigo reflexivo de la historia:* nombre irónico que Marx y Engels daban a Camphausen en alusión al subtítulo de la obra *Historia general desde los inicios del conocimiento histórico hasta nuestros días*, el cual decía: "Para los amigos reflexivos de la historia, redactada por Karl von Rotteck"

***

COLONIA, 14 DE JUNIO. Segundo día. El debate se reanuda nuevamente con largas disquisiciones parlamentarias. Ventiladas éstas, sube a la tribuna el señor *Zacharia*. Presenta la enmienda llamada a sacar a la Asamblea del atolladero. Se ha encontrado, por fin, la gran consigna ministerial, que dice así:

> Teniendo en cuenta que es indiscutible [!!] la alta significación de los grandes acontecimientos de marzo, a los que, en unión de la aquiescencia constitucional [que fue también un "acontecimiento de marzo", aunque no "grande"], debemos agradecer el actual estado de derecho constitucional, y considerando, además, que no es misión de la Asamblea emitir juicios [lejos de ello, la Asamblea debe reconocer que carece de juicio], sino *armonizar la Constitución con la Corona*, la Asamblea decide pasar al orden día.

Esta confusa y precaria proposición, que dobla el espinazo hacia todos lados y de la que el señor Zachariá se jacta diciendo que "todo el mundo, incluso el señor Berends, encontrará en ella *todo cuanto haya podido proponerse*" en el buen sentido en que ha sido presentada por él la propuesta, esta amarga papilla es, por tanto, "la expresión" "sobre la que se mantiene" y puede mantenerse el ministerio Camphausen.

El señor pastor *Sydow*; de Berlín, sube también a la tribuna, estimulado por el éxito de su colega Müller. La cuestión moral le da vueltas en la cabeza. Cree que puede resolver él lo que no había logrado resolver Müller.

> Permítanme ustedes, señores, expresar *inmediatamente* [después que llevaba media hora hablando], desde este lugar, lo que mi sentimiento del deber me impulsa a de-

cir: si el debate sigue su curso, nadie podrá, en mi opinión, callarse antes de haber cumplido con su deber de conciencia. *(Aplausos)*

Permítanme ustedes una observación de carácter personal. *Mi punto de vista acerca* de la revolución es que [gritos de: "¡Al grano! ¡Al grano! allí donde estalla una revolución, ésta es solamente el síntoma de que ambas partes, gobernantes y gobernados, son culpables. Y esto [es decir, esta vulgaridad, la manera más barata de liquidar el asunto] constituye el *alto criterio moral* acerca del problema, y [!] no nos adelantemos *al juicio cristiano-moral* de la nación. [¿Para qué creen que están allí esos señores?] (Animación en la sala. Gritos de "¡Al orden del día!")

Pero yo, señores [sigue diciendo, impertérrito, el campeón del alto criterio moral y del imprejuzgable juicio cristiano-moral de la nación], yo no opino que no puedan llegar a presentarse los tiempos en que el derecho de legítima defensa política [!] de un pueblo estalle con el empuje de un acontecimiento natural, y si sucediera, entiendo que el *individuo* debe *participar* en ese acontecimiento *de un modo totalmente moral* [¡Gracias a la casuística, estamos salvados!] *Y también, claro está, tal vez de un modo inmoral,* ¡¡eso depende de su conciencia!!

Los combatientes de las barricadas no tienen su puesto en la llamada Asamblea Nacional, sino en el tribunal de la penitencia. Y no hay más que decir.

El señor pastor *Sydow* sigue hablando y explica que es hombre de "valor", se manifiesta ampliamente acerca de la soberanía del pueblo desde el punto de vista del alto criterio moral, se ve interrumpido tres veces más por impacientes rumores y se vuelve a su sitio con la alegre conciencia de haber cumplido con su deber moral. El mundo sabe ahora qué piensa y qué no piensa el pastor Sydow.

El señor *Plónnis* declara que hay que dejar la cosa en paz. Realmente, una declaración atormentada hasta el cansancio mortal por tantas enmiendas y subenmiendas, por tantos debates y minucias, carece ya de todo valor. El señor Plónnis tiene razón al pensar así. Pero no podía hacer más flaco servicio a la Asamblea que el de poner sobre el tapete este hecho, esta prueba de la cobardía de tantos diputados de ambas partes.

El señor *Reichensperger,* de Tréveris:

No hemos venido aquí a construir teorías ni a *decretar historia,* sino, dentro de lo posible, a *hacerla.*

¡Nada de esto! Al votar el orden del día razonado, la Asamblea acuerda que su misión consiste, por el contrario, en lograr que *la historia no se haga.* Lo cual es también, después de todo, una manera de "hacer historia".

Recordemos las palabras de Vergniaud: la revolución nace para devorar a sus propios hijos.

¡Desgraciadamente, no! Nace más bien para ser devorada por ellos. El señor *Riedel* ha descubierto que la propuesta de Berends, *"no debe interpretarse exclusivamente por lo que dicen las palabras*, sino que envuelve una lucha de principios". ¡Y esta víctima del "alto criterio moral"[5] es consejero, archivero áulico y profesor!

De nuevo ocupa la tribuna un venerable señor párroco. Es el señor *Jonas*$_y$ el predicador de las damas berlinesas. Y parece como si realmente hablara en la Asamblea a un auditorio de hijas de la buena sociedad. Con toda la pretenciosa prolijidad de un auténtico discípulo de Schleiermacher, el párroco predica una serie inacabable de los más vulgares lugares comunes sobre la importantísima diferencia entre una revolución y una reforma. Por tres veces se ve interrumpido, antes de poder terminar el preámbulo a su sermón; hasta que, por fin, pronuncia las grandiosas frases siguientes:

La revolución es algo que contradice rotundamente a nuestra actual conciencia religiosa y moral. Una revolución es un hecho que sin duda pasaba por ser grande y glorioso entre los antiguos griegos y romanos, pero bajo el cristianismo... [*Santa interrupción. Confusión general Esser, fung, Elsner, el Presidente e incontables voces se mezclan en el debate. Por último, el admirado predicador recobra el uso de la palabra.*]

En todo caso, niego a la Asamblea el derecho de votar acerca de principios religiosos y morales; estos principios no puede decidirlos por sufragio ninguna Asamblea. [¿Y el Consistorio y el Sínodo?] Empeñarse en decretar o declarar que la revolución constituye un elevado ejemplo moral o cualquier otra cosa [es decir, en general, que es algo] me parece exactamente lo mismo que si la Asamblea quisiera decidir por votación si existe un Dios o existen varios dioses o ninguno.

Allí lo tenemos. El predicador para damas ha logrado situar de nuevo el problema en el terreno del "alto criterio moral", y, así formulado, sólo compete resolverlo, como es natural, a los concilios protestantes, a los fabricantes de catecismos del Sínodo.

¡Gracias a Dios! Después de todos estos tormentos morales, aparece por fin nuestro *Hansemann.* Ante este espíritu práctico, podemos sentirnos completamente seguros del "alto criterio moral". El *señor Hansemann* da de lado a todo el punto de vista moral con esta despectiva observación.

Me pregunto si disponen ustedes del ocio necesario para poder dedicarse a estas luchas en torno a los principios.

El señor Hansemann recuerda que un diputado hablaba ayer de obreros sin pan. Y se apoya en esta referencia para pronunciar unas ingeniosas palabras. Habla de la penuria de la clase obrera, deplora su miseria, y se pregunta:

> ¿Cuál es la causa de la penuria general? Yo creo... que todo el mundo abriga el sentimiento de que nadie puede sentirse seguro de lo existente mientras no se ponga orden en las normas jurídicas de nuestro Estado

El señor Hansemann habla aquí con el corazón en la mano. "¡Hay que restablecer la confianza!", exclama, y el mejor medio para restablecer la confianza es renegar de la revolución. Y, ahora, el orador del ministerio, que "no ve ninguna reacción", se entrega a pintar con pavorosos colores la importancia de los amistosos sentimientos de la reacción.

> Apelo ante ustedes para que se fomente a toda costa la concordia entre *todas las clases* [¡al paso que se injuria a las que han hecho la revolución!]; apelo ante ustedes para que se estimule la unidad entre pueblo y ejército; tengan ustedes presente que sobre el ejército descansan nuestras esperanzas de afirmar nuestra independencia [¡en Prusia, donde cada ciudadano es un soldado!]; consideren ustedes en qué situación tan difícil nos encontramos; no tengo para qué detenerme más en esto, pues *quien lea atentamente ¡os periódicos* [y seguramente todos esos señores lo harán] reconocerá que la situación es difícil, *sumamente difícil.* En estas condiciones, considero inoportuno emitir una declaración que vendría a sembrar una *simiente de discordia* en el país... Por eso, señores, deben ustedes *conciliar* a los partidos, no plantear ningún problema que *provoque al adversario,* pues *así sucedería, ciertamente.* La aceptación de la propuesta acarrearía *las más dolorosas consecuencias.*

¡Cómo debieron de reírse los reaccionarios, al ver que un hombre tan resuelto como Hansemann no sólo inculcaba el miedo a la Asamblea, sino que se lo inculcaba a sí mismo!

Esta apelación al miedo de los grandes burgueses, abogados y maestros de escuela de la Cámara produjo mayor efecto que todas las frases sentimentales acerca del "alto criterio moral". El asunto estaba zanjado. D'Ester se lanzó de nuevo al combate con el fin de contrarrestar el efecto de aquellas palabras, pero infructuosamente; se cerró el debate y por 196 votos contra 177 se acordó pasar al orden del día con los razonamientos de Zachariá.

La Asamblea emitía, con ello, un juicio acerca de sí misma, al manifestar que carecía de todo juicio.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 17,17 de junio de 1848]

LA ASAMBLEA DEL PACTO DEL 15 DE JUNIO[1]

COLONIA, 17 DE JUNIO. Os decíamos hace algunos días[*] que negabais la existencia de la revolución. Mediante una segunda revolución, se confirmará la existencia de la primera.

Los acontecimientos del 14 de junio[2] no son más que el primer chispazo de esta segunda revolución, y el gobierno Camphausen se halla ya en plena disolución. La Asamblea del Pacto ha acordado conceder un voto de confianza al pueblo de Berlín, al colocarse bajo su protección.[3] Con lo cual viene a reconocer *a posteriori* la acción de los combatientes de Marzo. Arranca la obra constitucional de manos de los ministros y trata de "pactar" con el pueblo, al nombrar una Comisión encargada de examinar todos los mensajes y peticiones referentes a la Constitución. Lo cual no es más que la casación tardía de su declaración de incompetencia. Promete comenzar la obra constitucional con un hecho, que es la anulación del fundamento de la antigua construcción: la abolición de las cargas feudales sobre la tierra. Lo que es algo así como la promesa de una noche del 4 de agosto.[4]

En una palabra: la Asamblea del Pacto niega el 15 de junio su propio pasado, lo mismo que el 9 de junio negaba el pasado del pueblo. Con lo cual ha vivido su 21 de marzo[5]

Pero todavía no se ha tomado la Bastilla.

Entre tanto, avanza desde el Este, incontenible, un apóstol de la revolución. Ya se alza ante las puertas del trono. Este apóstol es el *zar*. *El zar se encargará de salvar a la revolución alemana, centralizándola*.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 18,18 de junio de 1848]

---

[*] Véase *supra*, pp. 98-101.

NOTAS

[1] Véase Cuestiones de vida o muerte, nota 6

[2] Sublevados contra el hecho de que la Asamblea Nacional prusiana renegara de la revolución de Marzo, los obreros y artesanos de Berlín, el 14 de junio de 1848 asaltaron la armería para defender mediante el armamento del pueblo las conquistas ya logradas y llevar adelante la revolución. Sin embargo, la acción de los obreros berlineses tuvo un carácter espontáneo y desorganizado. Los refuerzos militares enviados, unidos a los destacamentos de la Milicia Cívica, lograron obligar rápidamente al pueblo a volver a retirarse y desarmarse. Los jefes del asalto contra la armería fueron más tarde condenados por un tribunal de guerra a largas penas de prisión.

[3] En la resolución votada por la Asamblea Nacional prusiana el 15 de junio de 1848 bajo la influencia de las acciones revolucionarias de las masas trabajadoras de Berlín, se dice que la Asamblea no necesita de la protección de las fuerzas armadas y se coloca al amparo de la población de Berlín.

[4] En la noche del 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional francesa, presionada por el creciente clamor campesino, proclamó solemnemente la supresión de una serie de cargas feudales, que durante algún tiempo habían sido suprimidas en los hechos por los campesinos insurrectos. Sin embargo, las leyes dictadas al poco tiempo sólo suprimían los tributos personales sin indemnización. La abolición de todas las cargas feudales sin indemnización sólo se llevó a cabo durante el periodo de la dictadura jacobina, por una ley del 17 de junio de 1793.

[5] Atemorizado por las luchas de barricadas en Berlín, el 21 de marzo de 1848 el rey Federico Guillermo IV prometió, hipócritamente, mediante una proclama, "A mi pueblo y a la nación alemana", crear una corporación permanente de representantes; otorgar una Constitución, implantar la responsabilidad de los ministros y de la administración pública y oral de justicia, tribunales del Estado, etcétera.

LA INSURRECCIÓN DE PRAGA

F. Engels

COLONIA, 17 DE JUNIO. En Bohemia se prepara una nueva carnicería a la manera de la de Posen.[1] La soldadesca austríaca ha ahogado en sangre checa la posibilidad de que permanezcan pacíficamente unidas Bohemia y Alemania.[2]

El príncipe Windischgrátz emplaza en Wyschehrad y Hradshin[3] cañones apuntados sobre Praga. Se concentran tropas y se prepara un golpe de mano contra el Congreso eslavo,[4] contra los checos.

El pueblo tiene noticia de estos preparativos. Afluye ante la residencia del príncipe y demanda armas. Le son negadas. La excitación aumenta, crecen las masas armadas e inermes. De pronto, parte un tiro de una hostería situada frente al palacio del comandante en jefe y la princesa Windischgrátz cae mortalmente herida. Se dan inmediatamente órdenes de lanzarse al ataque, avanzan los granaderos y el pueblo es rechazado. Por todas partes se levantan barricadas que contienen el avance de las tropas. Avanzan los cañones y las barricadas son abatidas con granadas. La sangre corre a raudales. Se lucha toda la noche del 12 al 13 y todavía durante este día. Por fin, los soldados logran adueñarse de las anchas calles y rechazan al pueblo a los barrios más estrechos, donde no puede operar la artillería.

Es todo lo que sabemos, hasta ahora. Se dice que muchos miembros del Congreso eslavo han sido expulsados de la ciudad con fuerte escolta. Las noticias que poseemos parecen indicar que las tropas han triunfado, por lo menos en parte.

De cualquier modo que la insurrección termine, la única solución posible parece ser, ahora, una guerra de exterminio de los alemanes contra los checos.

Los alemanes tienen que expiar en su revolución los pecados de todo su pasado. Los han expiado en Italia. En Posen han vuelto a atraer sobre sí las maldiciones de toda Polonia. A todo esto se añade ahora Bohemia.

Los franceses han sabido cosechar respeto y simpatías incluso allí donde se presentan como enemigos. Los alemanes no son respetados ni conquistan sim-

patías en parte alguna. Son rechazados con befa y escarnio aun en los sitios en que se hacen pasar por magnánimos apóstoles de la libertad.

Y así debe ser. Una nación que se ha prestado a ser en todo el pasado instrumento de opresión en contra de todas las otras naciones tiene que empezar por demostrar que se ha operado en ella una verdadera revolución. Tiene que demostrarlo con algo más que con un par de revoluciones a medias cuyo único resultado es dejar en pie bajo nuevos rostros la vieja indecisión, debilidad y desunión; revoluciones que mantienen en sus puestos a un Radetzky en Milán, a un Colomb y un Steinácker en Posen, a un Windischgrátz en Praga y a un Hüser en Maguncia, como si no hubiera pasado nada.

La Alemania revolucionaria tendría que romper con todo su pasado, sobre todo en lo que se refiere a su actitud ante los pueblos vecinos. Tendría, al mismo tiempo, que proclamar con su propia libertad la libertad de los pueblos a quienes hasta ahora ha venido oprimiendo.

¿Pero, qué *ha hecho*, en vez de eso, la Alemania revolucionaria? Ratificar enteramente la vieja opresión, de Italia, Polonia y ahora de Bohemia por la soldadesca alemana. Kaunitz y Metternich se hallan plenamente justificados.

Y, en estas condiciones, ¿exigen los alemanes que los checos confíen en ellos?

¿Puede echarse en cara a los checos que no quieran unirse a una nación que, al liberarse a sí misma, oprime y maltrata a otras naciones?

¿Puede tomárseles a mal que no quieran enviar diputados a un Parlamento como nuestra "Asamblea Nacional" de Francfort, triste, lánguida y que tiembla ante su propia soberanía?

¿Puede reprochárseles que se desentiendan del impotente gobierno austríaco, que en su perplejidad y cobardía sólo parece existir para no impedir, o por lo menos organizar, la separación de Austria, sino simplemente para tomar nota de ella? ¿De un gobierno que es incluso demasiado débil para liberar a Praga de los cañones y los soldados de un Windischgrátz?

Pero la suerte más deplorable de todas es la de los valientes checos. Lo mismo si triunfan que si son derrotados, están condenados a perecer. Los cuatro siglos de opresión bajo los alemanes, que ahora tiene su secuela en los combates de las calles de Praga, los echan en brazos de los rusos. En el gran encuentro entre el Este y el Oeste de Europa que se producirá pronto —tal vez en unas cuantas semanas— los checos se verán empujados por un sino fatal a luchar al lado de los rusos, al lado del despotismo, en contra de la revolución.

La revolución triunfará y los checos serán los primeros en verse arrollados por ella.[5]

La culpa de este desastre que aguarda a los checos recae una vez más sobre los alemanes, ya que son ellos quienes traidoramente los han entregado en manos de Rusia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 18,18 de junio de 1848]

NOTAS

[1] Véase *supra*, nota 42.

[2] Una Asamblea del pueblo celebrada en Praga en marzo de 1848 pidió que fuesen abolidas las cargas feudales, que se otorgaran derechos constitucionales y se unieran los territorios de Bohemia, Moravia y Silesia. Al estallar la revolución en Viena y Budapest, cobró fuerza el postulado de la plena equiparación de las nacionalidades, que tropezaba con la fuerte resistencia de la burguesía en la Bohemia alemana y de la nobleza bohemia, por temor a la emancipación campesina. Los demócratas checos rechazaban los planes pangermanistas, pero se mostraban dispuestos a hacer causa común con los austríacos y los demás pueblos danubianos.

[3] Wyschehrad: parte del sur de Praga, con la vieja ciudadela del mismo nombre, en la orilla derecha del Moldavia.
Hradschin: parte noroeste de Praga, con la vieja ciudadela que se yergue ante toda la ciudad.

[4] El *Congreso eslavo* se reunió en Praga el 2 de junio de 1848. El Congreso puso en manifiesto la lucha existente entre dos tendencias del movimiento nacional de los pueblos eslavos, reprimidas en el Imperio de los Habsburgos. La tendencia de la derecha, liberal-moderada, de la que formaban parte los líderes del Congreso Palacky y Safarik, trató de resolver el problema nacional mediante el mantenimiento y la consolidación de la monarquía de Habsburgo, convirtiéndola en una federación de nacionalidades iguales en derechos. La tendencia de la izquierda democrática (Sabina, Fric, Ribelt y otros) se manifestó resueltamente en contra de esto y preconizaba una acción común con el movimiento, democrático-revolucionario en Alemania y en Hungría. Sin embargo, la mayoría de los congresistas, partidarios de la teoría austro-eslava, adoptó una posición contraria al movimiento europeo revolucionario, ya que la destrucción del Imperio reaccionario de los Habsburgos constituía uno de los principales objetivos del movimiento democrático. Marx y Engels abrazaban

precisamente este punto de vista para condenar la política de la burguesía checa, que triunfó en el primer Congreso y que, capitaneada por Palacky, sellara una alianza abierta con la nobleza de los Habsburgos en contra del movimiento revolucionario. Los delegados adheridos al ala democrática-radical tomaron parte activa en el levantamiento de Praga, siendo condenados a crueles represalias. Los representantes del ala liberal-moderada que habían permanecido en Praga, aplazaron las sesiones del Congreso por tiempo ilimitado.

[5] Este juicio acerca de los checos sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que Marx y Engels consideraban el problema nacional desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario total de Europa.

En el movimiento social del año 1848 en Bohemia, pueden distinguirse intrínsecamente dos etapas fundamentales distintas. En la primera, que abarca desde el comienzo de los sucesos de Marzo hasta el aplastamiento de la insurrección de Praga, tomaron parte participando activamente las masas del pueblo checo, los campesinos y el proletariado en el movimiento revolucionario contra el feudalismo y el absolutismo. Esta lucha del pueblo checo armonizaba con los intereses del movimiento revolucionario europeo, y era apoyada por Marx y Engels.

Después del aplastamiento de la insurrección de Praga, la burguesía liberal checa, que en su lucha contra la revolución y la democracia, hacía causa común con la nobleza y los Habsburgos, logró oprimir a las fuerzas democráticas de la Bohemia y llevar adelante el movimiento social bajo la dirección y en la tendencia de la lucha nacional. Este movimiento se puso así en frente a la revolución europea, porque contaba ahora con el apoyo contrarrevolucionario de los Habsburgos y representaba también, indirectamente, la causa del zarismo ruso. Los elementos democráticos del pueblo checo no lograron, en la segunda etapa, apoyar activamente a la revolución y hacer fracasar la política contrarrevolucionaria de la burguesía, lo cual pone claramente de relieve el hecho de que Marx y Engels, en 1848-1849, calificaron justamente como contrarrevolucionario el movimiento nacional checo y enjuiciaron como reaccionaria la posición del pueblo checo en toda la etapa decisiva del movimiento.

Pero Marx y Engels subrayaban al mismo tiempo que la política nacionalista y antieslava de la burguesía alemana era la principal responsable de que los checos se vieran empujados al lado de la contrarrevolución.

PRIMERA HAZAÑA DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCFORT

F. Engels

COLONIA. ¡LA ASAMBLEA NACIONAL ALEMANA[1] ha dado, por fin señales de vida! Ha tomado por fin un acuerdo de resultados prácticos inmediatos: se ha interferido en la guerra italo-austriaca.[2]

¿Y cómo se ha interferido? ¿Lo ha hecho acaso para proclamar la independencia de Italia? ¿Acaso ha enviado a Viena un correo con la orden de que Radetzky y Welden se retiren inmediatamente detrás del Isonzo? ¿Acaso ha cursado un mensaje de adhesión al Gobierno provisional de Milán?

¡Nada de eso! Lo que ha hecho ha sido declarar que *considerará como un* casus belli cualquier *ataque contra Trieste.*

Es decir, ¡que la Asamblea Nacional alemana, en cordial inteligencia con la Dieta federal, permite a los austríacos cometer en Italia las mayores brutalidades, saquear, asesinar, lanzar granadas incendiarias sobre cualquier ciudad, asolar todas las aldeas (véase bajo *Italia),* retirándose luego, muy seguros, a territorio neutral de la Confederación alemana!, lo que es lo mismo, ¡permite a los austríacos, en cualquier momento y partiendo de territorio alemán, invadir la Lombardía con croatas y panduros,[3] al mismo tiempo que pretende prohibir a los italianos perseguir en sus madrigueras a los austríacos derrotados. Permite bloquear a los austríacos, desde Trieste, en Venecia y en las desembocaduras del Piave, del Brenta y del Tagliamento; pero niega a los italianos toda hostilidad contra Trieste!

La Asamblea Nacional alemana no podía comportarse más cobardemente de lo que lo hace con este acuerdo. No tiene valor para sancionar abiertamente la guerra italiana. Pero aún menos para prohibir la guerra al gobierno austríaco. Y, llevada de esta perplejidad, toma —y además lo hace por aclamación, encubriendo con el clamor público su miedo secreto— un acuerdo acerca de Trieste que, en la forma no aprueba ni reprueba la revolución italiana, pero que en el fondo la autoriza.

Este acuerdo es indirectamente una *declaración de guerra a Italia,* doblemente injuriosa por ello para una nación de 40 millones, como la alemana.

El acuerdo de la Asamblea de Francfort provocará una oleada de indignación en toda Italia. Si los italianos tienen todavía algún orgullo y alguna energía de qué dar pruebas, contestarán a esto con el bombardeo de Trieste y una mancha a través del Brénero.

Pero la Asamblea de Francfort propone y el pueblo francés dispone. Venecia ha pedido la ayuda de Francia; después de este acuerdo, es probable que los franceses crucen pronto los Alpes y, de ser así, no tardaremos en verlos junto al Rin.

Un diputado[*] ha reprochado a la Asamblea de Francfort, el haberse cruzado de brazos. Por el contrario. Fia trabajado tanto, que hoy nos encontramos con una guerra en el Norte y otra en el Sur y con que, además, son inevitables una guerra en el Oeste y otra en el Este. Nos veremos en la venturosa situación de tener que luchar al mismo tiempo contra el zar y contra la República francesa, contra la reacción y contra la revolución. La Asamblea de Francfort se ha cuidado de que soldados rusos y franceses, daneses e italianos se citen para encontrarse en la Iglesia de San Pablo, en Francfort. ¡Y aún se dice que la Asamblea no hace nada!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 23, 23 de junio de 1848]

_____

[*] Franz Kohlparzer.

NOTAS

[1] Fueron elegidos para la Asamblea Nacional de Francfort, en los distintos países alemanes, 589 diputados; el 18 de mayo de 1848 se reunieron 384 diputados para el acto de solemne apertura en la Iglesia de San Pablo. Entre los diputados figuraban 122 empleados administrativos, 95 funcionarios de justicia, 103 eruditos, así como 81 abogados, 21 sacerdotes, 17 industriales y comerciantes, 15 médicos, 12 oficiales y 40 terratenientes sin que aparezca un solo obrero o pequeño campesino.

[2] Por entonces, el norte de Italia pertenecía a la monarquía austríaca. A comienzos de 1848 surgió una sublevación contra los señores extranjeros y a favor de la unidad e independencia italianas. La noticia del triunfo de la revolución en Viena condujo el 18 de marzo a una violenta sublevación popular en Milán. En una reñida lucha que duró cinco días, favorables a los insurrectos, Radetzky, al frente de 15 000 soldados austríacos, fue forzado a desocupar la plaza. El 22 de marzo se estableció un Gobierno provisional, formado con representantes de la burguesía liberal. El príncipe de Cerdeña y Piamonte, Carlos Alberto, favorable al movimiento de liberación, se puso a la cabeza del mismo, abrigando intereses dinásticos y personales con vistas a todo el norte de Italia; pero entonces la incapacidad militar de Carlos Alberto y sus generales fue motivo de una serie de derrotas. Milán cayó de nuevo bajo el poder de los austríacos. Por miedo a una completa derrota y a sacrificar las posiciones hasta entonces adquiridas, Carlos Alberto concluyó un armisticio con Austria el 9 de agosto de 1848, hasta el término de seis semanas. El 20 de marzo del año siguiente se reanudaron algunas acciones militares, pero muy poco después el ejército de Cerdeña fue aniquilado, y Carlos Alberto renunció al trono.

[3] Croatas: soldados del ejército imperial austriaco, cuya caballería ligera e infantería se reclutaban originariamente entre miembros de esta rama popular sudeslava.
Panduros: formación militar del ejército imperial austriaco que representaba un tipo especial de tropas irregulares de infantería y se manifestaban bajo una forma brutal y sin el menor miramiento.

LA REVOLUCIÓN DE JUNIO EN PARÍS[84]

F. Engels

I

Detalles sobre el 23 de junio

La insurrección de parís ha sido una insurrección puramente obrera. Se ha desbordado la cólera de los trabajadores contra el gobierno y la Asamblea, que habían defraudado sus esperanzas, que día tras día adoptaban nuevas medidas en interés de la burguesía y en contra de los trabajadores, que habían disuelto la Comisión obrera del Luxemburgo,[85] restringido los Talleres Nacionales[86] y promulgado la ley contra las concentraciones. En todos los detalles resalta el carácter decididamente proletario de la insurrección.

Los bulevares, la gran arteria de la vida parisina, fueron el escenario de las primeras concentraciones obreras. La gente se agolpaba por todas partes, desde la Puerta St. Denis hasta la vieja calle del Temple. Obreros de los Talleres Nacionales declararon que no estaban dispuestos a ir a Sologne, a los talleres de la nación allí situados; otros explicaron que ya habían tratado de hacerlo el día anterior pero que en la barrera de Fointainebleau habían aguardado inútilmente las hojas de marcha y la orden de partir que les habían sido denegadas la tarde anterior.

Hacia las diez se dio la orden de levantar barricadas. Rápidamente, pero todavía a lo que parece, de un modo atropellado y sin orden, se cubrió de parapetos toda la parte este y sudeste de París, desde el Quartier y el Faubourg Poissoniére. Se levantaron barricadas más o menos sólidas en las calles de St. Denis, St. Martin, Rambuteau, Faubourg Poissoniére y, en la orilla izquierda del Sena, en los accesos a los faubourgs de St. Jacques y St. Marceau, en las calles de St. Jacques, La Harpe y La Huchette y los puentes contiguos fueron más o menos bien atrincherados. En lo alto de ellos tremolaban banderas, con estas inscripciones: *¡Pan o muerte! ¡Trabajo o muerte!*

Como se ve, la insurrección se apoyaba resueltamente en la parte este de la ciudad, habitada principalmente por obreros; en primer lugar, en los faubourgs de Saint Jacques, Saint Marceau, Saint Antoine, del Temple, Saint Martin y Saint Denis, en los "aimables Faubourgs"[87] y luego en los barrios de la ciudad

enclavados entre dichos lugares (los barrios de Saint Antoine, el Marais, Saint Martin y Saint Denis).

Tras las barricadas vinieron los ataques a la fuerza pública. El puesto de guardia del bulevar de la Bonne Nouvelle, el primero que se toma por asalto en casi todas las revoluciones, estaba ocupado por la Guardia Móvil.[88] Fue desarmado por el pueblo.

Poco después, avanzó como refuerzo la Guardia Civil de los barrios del oeste de la ciudad, que volvió a ocupar el puesto tomado por asalto. Otro pelotón ocupó la acera elevada que está delante del Teatro del Gimnasio y que domina un gran trecho de los bulevares. El pueblo intentó desarmar a los puestos avanzados. Pero, entre tanto, ninguna de las dos partes había disparado todavía.

Por último, llegó la orden de tomar la barricada que cortaba el bulevar, junto a la Puerta de Saint Denis. Avanzó la Guardia Nacional,[89] con el comisario de policía a la cabeza; se iniciaron conversaciones; repentinamente, sin que se sepa de dónde, partieron algunos tiros y pronto se generalizó el fuego.

De pronto, abrió fuego también el puesto de la Bonne Nouvelle y avanzó, con los fusiles cargados, un batallón de la segunda legión, apostado en el bulevar Poissoniére. El pueblo estaba cercado por todas partes. Desde sus posiciones ventajosas y en parte seguras, la Guardia Nacional abrió nutrido fuego graneado contra los obreros. Éstos se defendieron durante una media hora; por último, los asaltantes ocuparon el bulevar de la Bonne Nouvelle y las barricadas, hasta la Puerta de Saint Martin. En este punto, la Guardia Nacional había tomado también, hacia las once, las barricadas de la parte del Temple y los accesos a los bulevares.

Los héroes que asaltaron estas barricadas fueron los burgueses del segundo Arrondissement, que va desde el antiguo Palais Royal[90] hasta el Faubourg Montmartre, incluyendo éste. En este barrio viven los ricos "boutiquiers"[*] de las calles de Vivienne y de Richelieu y del bulevar de los Italianos, los grandes banqueros de las calles de Laffitte y Bergère y los voluptuosos rentistas de la Chausse d'Antin. Aquí tienen sus palacios Rothschild y Fould, Rougemont de Lowemberg y Ganneron. Aquí se hallan, en una palabra, la Bolsa, Tortoni[91] y todo lo que vive y bulle en torno suyo.

Estos héroes, los primeros y los más amenazados por la República roja, fueron también los primeros que se presentaron en el campo de batalla. Es significativo que *la primera barricada del 23 de junio fuese tomada por los sitiados del 24 de febrero.* La arrollaron como tres mil hombres, mientras tres

_____

[*] Tenderos.

compañías tomaban por asalto un ómnibus volcado. Parece, sin embargo, que los insurrectos han vuelto a hacerse fuertes en la Puerta Saint Denis, pues hacia mediodía hubo de avanzar el general Lamoriciére con nutridos destacamentos y fuerzas de la Guardia Móvil, de línea, de caballería y dos cañones, para tomar una poderosa barricada, juntamente con la segunda legión (la Guardia Nacional del segundo Arrondissement). Los insurrectos obligaron a retroceder a un pelotón de la Guardia Móvil.

La lucha librada en el bulevar de Saint Denis fue la señal para los encuentros producidos en todos los barrios del este de París. Los combates fueron sangrientos. Los insurrectos tuvieron más de treinta bajas, entre muertos y heridos. Los obreros, furiosos, juraron que a la noche siguiente avanzarían por todas partes y pelearían a vida o muerte contra la "Guardia Municipal de la República".[92]

A las once se luchaba también en la calle de Planche-Mibray (la continuación de la calle de Saint Martin, bajando hacia el Sena), donde fue muerta una persona.

Hubo también colisiones sangrientas en la zona de los Halles, calle Rambuteau, etc. Aquí, quedaron tendidos sobre él suelo cuatro o cinco cadáveres.

Hacia la una se registró un encuentro en la calle del Paradis-Poissoniére; la Guardia Nacional abrió fuego; no se conoce el resultado. En el Faubourg Poissoniére tras una sangrienta escaramuza fueron desarmados dos suboficiales de la Guardia Nacional.

La calle de Saint Denis fue despejada por cargas de caballería.

En el Faubourg Saint Jacques se libraron durante la tarde violentos combates. En las calles de Saint Jacques y la Harpe y en la plaza Maubert se libraron asaltos contra las barricadas con variables resultados *y hubo fuerte tiroteo de cañones.* También en el Faubourg Monmartre dispararon las tropas sus cañones.

En general, los insurrectos fueron rechazados. El Ayuntamiento quedó libre; hacia las tres, la insurrección se había localizado en los faubourgs y en el Marais.

Por lo demás, veíanse bajo las armas pocos guardias nacionales *no uniformados* (es decir, obreros carentes de recursos para comprarse uniformes). En cambio, había algunos que portaban *armas de lujo*, escopetas de caza, etc. Y también guardias nacionales de caballería (que han sido siempre los hijos de familia de casas ricas) que luchaban a pie en las filas de la infantería. En el

bulevar Poissoniére, unos cuantos guardias nacionales se dejaron desarmar por el pueblo sin ofrecer resistencia, para emprender después la huida.

A las cinco duraba todavía el combate, cuando un fuerte aguacero vino a suspender las hostilidades.

Sin embargo, en algunos sitios se siguió luchando hasta entrada la noche. Hacia las nueve se oían todavía disparos en el Faubourg Saint Antoine, que es el centro del París obrero.

Nunca hasta ahora se había librado una lucha como ésta, con toda la violencia de una verdadera revolución. La Guardia Nacional, exceptuando la segunda legión, parece que vaciló casi en todas partes en asaltar las barricadas. Los obreros, llevados por su furia, se limitaron, como fácilmente se comprende, a defender sus posiciones.

Así quedaron las cosas ya en la noche, mientras ambas partes se separaban, citándose para la mañana siguiente. El balance del primer día de lucha no fue muy favorable para el gobierno; durante la noche, los insurrectos rechazados, ocuparon de nuevo los puestos de que habían sido desalojados. En cambio, el gobierno tenía en contra suya dos hechos: había disparado con cañones y no había logrado dominar la revuelta el primer día. Y cuando suenan los cañones y hay de por medio una noche, que no es de victoria sino simplemente de tregua, *cesa la revuelta y comienza la revolución.*

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 26, "*Suplemento extra*",
26 de junio de 1848]

NOTAS

[84] Bajo el título de "*La revolución de Junio en París*" hemos reunido en la presente edición los artículos de Engels de mayor importancia respecto a estos acontecimientos publicados en diversas fechas en varios números de la *Nueva Gaceta Renana* y cuyos subtítulos, en la presente disposición, corresponden a los títulos originales de cada uno de ellos.

[85] Comisión de gobierno para asuntos obreros, presidida por Louis Blanc, que deliberaba en el Palacio Luxemburgo. Se constituyó el 28 de febrero de 1848 bajo la presión de los obreros, quienes exigían un ministerio del Trabajo. La actividad práctica de la Comisión de Luxemburgo, formada por representantes de los obreros y los patronos, se limitaba a dirimir los conflictos laborales; las decisiones recaían con frecuencia a favor de los empresarios. Después

de la acción de las masas populares el 15 de mayo, el gobierno, al día siguiente, disolvió esta Comisión.

[86] Los *Talleres Nacionales* se crearon inmediatamente después de la revolución de Febrero de 1848 por un decreto del Gobierno provisional francés. Se trataba, por una parte, de desacreditar entre los obreros las ideas de Louis Blanc sobre la organización del trabajo y, por otra, de utilizar en la lucha contra el proletariado revolucionario a los obreros, militarmente organizados, de los Talleres Nacionales. El plan de escindir a la clase obrera fracasó, fortaleciendo cada vez más la mentalidad revolucionaria de los obreros agrupados en los Talleres Nacionales. En vista de ello, el gobierno adoptó una serie de medidas para eliminar estos Talleres (reducción del número de trabajadores ocupados, envío a las provincias para ejecutar obras públicas, etc.). Estas medidas provocaron gran descontento entre los obreros de París y fueron uno de los motivos que determinaron la insurrección de Junio. Después de sofocada la insurrección, el gobierno Cavaignac, el 3 de julio de 1848, dictó un decreto disolviendo los Talleres Nacionales.

[87] *Amables arrabales:* así llamaba Luis Felipe de Orleáns a los barrios situados al este de París 7 habitados principalmente por obreros, para así pretextar afecto a éstos.

[88] *Guardia Móvil:* este cuerpo militar fue creado en febrero de 1848 por un decreto del Gobierno provisional para luchar contra las fuerzas revolucionarias. Se encuadraban en ella, principalmente, los lumpemproletarios y fue movilizada para reprimir la insurrección de junio de 1848.

[89] *Guardia Nacional:* fuerza armada creada en Francia en 1848 expresamente para la defensa del "orden establecido" Se componía, preferentemente por elementos burgueses y pequeñoburgueses.

[90] *Palais Royal:* Palacio situado en París. Fue residencia de Luis XIV desde 1643 y, a partir de 1692, se hallaba en poder de los Borbones de la línea de Orleáns. Este Palacio fue declarado propiedad de la nación después de la revolución de Febrero.

[91] *Tortoni:* famoso café, situado en el barrio de la Bolsa de París, donde tenían lugar operaciones bursátiles durante la clausura de la Bolsa, por lo que incluso se le llegó a conocer como la "Pequeña Bolsa".

[92] La llamada *Guardia republicana* o *Guardia municipal de la República* fue creada el 16 de mayo de 1848 por el gobierno francés, inquieto ante la actitud revolucionaria de los obreros de París. Dependía de la Dirección de Policía y se hallaba bajo las órdenes del Prefecto de este ramo. Sus efectivos ascendían a 2 600 hombres.

II

El 23 de junio

Tenemos todavía multitud de circunstancias sobre la lucha del 23 que comunicarles. Disponemos de un material prácticamente inagotable; sin embargo, el tiempo sólo nos permite relatar lo más importante y característico.

La revolución de Junio ofrece el espectáculo de una enconada lucha, como jamás hasta ahora la habían contemplado ni París ni el mundo. De todas las revoluciones anteriores, la lucha más furiosa fue la que se libró en las jornadas de Marzo en Milán.[93] donde una población casi inerme de 170 000 almas derrotó a un ejército de 20 000 a 30 000 hombres. Y, sin embargo, aquellas jornadas de marzo fueron un juego de niños comparadas con los combates de junio en París.

Lo que distingue a la revolución de Junio de todas las anteriores es la *ausencia de toda clase de ilusiones, de todo entusiasmo emocional.*

El pueblo no sube, como en febrero, a las barricadas cantando el "Mourir pour la patrie"[94] los obreros del 23 de junio luchaban por su existencia, y la patria había perdido para ellos todo significado. Se habían borrado la "Marsellesa" y todos los recuerdos de la Gran Revolución. Pueblo y burgueses intuyen que la revolución en que entran es más grande que los hechos de 1789 y 1793.

La revolución de Junio es la revolución de la desesperación. Se libra con la silenciosa cólera y la taciturna sangre fría de los desesperados; los obreros saben que están librando una *lucha a vida o muerte*, y ante la pavorosa seriedad de esta lucha hasta el alegre espíritu francés enmudeció.

La historia sólo nos habla de dos hechos que guardan cierta semejanza con la lucha que tal vez sigue librándose todavía en París en estos momentos: la guerra de los esclavos romanos y la insurrección de Lyon en 1834. La vieja divisa de los insurrectos lioneses: "Vivir trabajando o morir combatiendo", vuelve a resurgir de pronto y se inscribe de nuevo en las banderas al cabo de catorce años.

La revolución de Junio es la primera que ha escindido realmente a toda la sociedad en dos grandes campos enemigos, representados el uno por el este de París y el otro por el oeste. Ha desaparecido la unanimidad de la revolución de Febrero, aquella poética unanimidad llena de seductores engaños y de hermosas mentiras, tan dignamente personificadas por el elocuente traidor Lamartine. Hoy, la seriedad inexorable de la realidad se encarga de desgarrar todas las

ilusorias promesas del 25 de febrero. Los luchadores de Febrero combaten hoy los unos contra los otros y —lo que jamás hasta ahora había sucedido— no se conoce ya la indiferencia: todo hombre capaz de empuñar las armas toma realmente parte en la lucha, *en* las barricadas o *delante* de ellas.

Los ejércitos que pelean en las calles de París son tan poderosos como los que se enfrentaron en la batalla de las Naciones de Leipzig.[95] Esto por sí solo demuestra la enorme importancia de la revolución de Junio.

Pero pasemos a relatar el desarrollo mismo de la lucha.

Las noticias de ayer nos llevaban a la conclusión inevitable de que las barricadas habían sido levantadas sin orden ni concierto. Los informes más minuciosos de hoy revelan lo contrario. Jamás las obras de defensa de los obreros se han emprendido y ejecutado con tal meticulosidad y de un modo tan sistemático y ordenado.

La ciudad aparecía dividida en dos grandes campamentos. La línea de demarcación corría por el borde nordeste de París, bajando de Montmartre hasta la Puerta Saint Denis y desde aquí, calle de Saint Denis abajo, pasando por la isla de la Cité y la calle de Sain Jacques hasta la barrera. Los barrios de la parte Este habrían sido ocupados y cubiertos de trincheras por los obreros; la burguesía atacaba y recibía sus refuerzos desde la parte Oeste.

El pueblo comenzó a levantar silenciosamente sus barricadas desde las primeras horas de la mañana. Eran más altas y más sólidas que nunca. En lo alto de la que se alzaba a la entrada del Faubourg Saint Antoine ondeaba una enorme bandera roja.

El bulevar Saint Denis aparecía fuertemente defendido por barricadas. Las del bulevar y la calle de Cléry y las casas circundantes, convertidas en verdaderas fortalezas, formaban un sistema completo de defensa. Fue aquí, como ayer informábamos, donde se entabló el primer combate importante. El pueblo se batía con un impresionante desprecio a la muerte. Un fuerte destacamento de la Guardia Nacional lanzó un ataque de flanco contra la barricada de la calle de Cléry. La mayoría de sus defensores se replegaron. Solamente permanecieron en su puesto siete hombres y dos mujeres, dos bellas jóvenes "grisettes". Uno de los siete se irguió sobre la barricada, empuñando la bandera. Los otros abrieron el fuego. La Guardia Nacional contestó, y el hombre que agitaba la bandera cayó muerto. Al verlo, una de las dos "grisettes", una muchacha alta y hermosa, mal vestida, con los brazos desnudos, empuñó la bandera, cruzó la barricada y avanzó hacia la Guardia Nacional. El fuego no se detuvo y los burgueses de la Guardia Nacional abatieron a la muchacha, cuando ésta tocaba ya casi las bayonetas. Inmediatamente, saltó la otra muchacha, tomó la bande-

ra, levantó la cabeza de su compañera y, al comprobar que estaba muerta, comenzó, fuera de sí, a lanzar piedras contra el enemigo. También ella cayó bajo las balas de los burgueses. El fuego era cada vez más nutrido; llovían disparos desde las ventanas y desde la barricada; las filas de la Guardia Nacional iban clareando. Por último, llegaron refuerzos y fue tomada por asalto la barricada. De sus siete defensores sólo uno quedó con vida; fue desarmado y hecho prisionero. Los autores de esta heroica hazaña perpetrada contra siete obreros y dos modistillas fueron los leones y los lobos de la Bolsa de la segunda legión.

Después que se unieron los dos cuerpos y fue tomada por asalto la barricada, sobrevino un angustioso silencio momentáneo. Pero duró poco. La valiente Guardia Nacional abrió un nutrido fuego de pelotón contra las masas de gente tranquila e inerme que ocupaba una parte del bulevar. La gente huyó despavorida. Pero las barricadas no cayeron. Hubo de presentarse allí el propio Cavaignac con tropas de líneas y caballería y, tras larga lucha, ya cerca de las tres de la tarde, lograron los atacantes apoderarse del bulevar hasta la Puerta Saint Martin.

En el Faubourg Poissoniére se habían levantado varias barricadas, principalmente una en la esquina de la avenida Lafayette, donde varias casas servían también de fortalezas a los insurrectos. Éstos se hallaban dirigidos por un oficial de la Guardia Nacional. Avanzaron en contra de estas posiciones el 7° regimiento de infantería ligera, la Guardia Móvil y la Guardia Nacional. La lucha duró media hora, al cabo de la cual vencieron las tropas, pero no sin haber sufrido cien bajas, entre muertos y heridos. Este combate ocurrió después de las tres de la tarde.

También se levantaron barricadas delante del Palacio de Justicia, en la calle Constantine y en las otras adyacentes, así como en el puente Saint Michel, donde ondeaba la bandera roja. Estas barricadas fueron tomadas igualmente por asalto, tras largos combates.

El dictador Cavaignac emplazó su artillería delante del puente de Notre-Dame. Desde allí cañoneó las calles de Planche-Mibray y la Cité y pudo enfilar fácilmente los cañones contra las barricadas de la calle de Saint Jacques.

Esta última calle estaba cortada por numerosas barricadas y sus casas convertidas en verdaderos fortines. Sólo la artillería podía resolver allí la situación, y Cavaignac no vaciló ni un momento en emplearla. Toda la tarde tronaron los cañones. Las granadas barrieron la calle. A las siete de la noche ya sólo quedaba en pie una barricada. El número de muertos era muy elevado.

También en el puente Saint Michel y en la calle de Saint André des Arts entró en acción la artillería. Fue cañoneada, asimismo, una barricada levantada al extremo nordeste de la ciudad, en la calle del Château Landon, hasta donde se había aventurado un destacamento de tropa.

Por la tarde, se hizo cada vez más intenso el combate en los barrios del nordeste. Los vecinos de los suburbios de la Villette, Pantin y otros acudieron en ayuda de los insurrectos. Constantemente se levantaban barricadas por todas partes y en gran número.

En la Cité, una compañía de la Guardia Republicana,[96] pretextando querer confraternizar con los insurrectos, logró deslizarse entre dos barricadas y abrió fuego. El pueblo furioso, se abalanzó contra los traidores y los abatió uno tras otro. Apenas unos veinte lograron escapar.

La violencia de la lucha arreció por todas partes. Mientras fue de día, se disparó en todos los sitios con cañones; más tarde, sólo se escuchaba fuego de fusilería, que continuó hasta bien entrada la noche. Todavía hacia las once sonaban las trompetas en todo París, y como a media noche aún se escuchaban descargas por el rumbo de la Bastilla. La plaza de la Bastilla con todos sus accesos estaba en poder de los insurrectos. El Faubourg Saint Antoine, centro del poder de la revolución, se hallaba fuertemente defendido. En el bulevar de la calle Montmartre hasta la calle del Temple veíanse fuertes concentraciones de caballería, infantería, Guardia Nacional y Guardia Móvil.

Hacia las once de la noche se registraban ya más de mil bajas, entre muertos y heridos.

Tal fue el primer día de la revolución de junio, jornada sin paralelo en los anales revolucionarios de París. Los obreros parisinos lucharon completamente solos contra la burguesía armada, contra la Guardia Móvil y la Guardia Republicana de reciente creación y contra las tropas de todas las armas. Y se comportaron con una extraordinaria valentía, comparable solamente a la brutalidad igualmente extraordinaria de sus adversarios. Cuando vemos cómo la burguesía de París se suma con verdadero júbilo a las matanzas organizadas por Cavaignac, siente uno realmente cierta indulgencia por figuras como las de Hüser, Radetzky y Windischgrátz.

En la noche del 23 al 24, la Sociedad de los Derechos del Hombre,[97] que había sido restaurada el 11 de junio, acordó aprovechar la insurrección en beneficio de la *bandera roja* y tomar de este modo parte en ella. Con este fin, organizó una reunión, acordó las medidas necesarias y nombró dos comités permanentes.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 28, 28 de junio de 1848]

NOTAS

[93] Por entonces, el norte de Italia pertenecía a la monarquía austríaca. A comienzos de 1848 surgió una sublevación contra los señores extranjeros y a favor de la unidad e independencia italianas. La noticia del triunfo de la revolución en Viena condujo el 18 de marzo a una violenta sublevación popular en Milán. En una reñida lucha que duró cinco días, favorables a los insurrectos, Radetzky, al frente de 15 000 soldados austríacos, fue forzado a desocupar la plaza. El 22 de marzo se estableció un Gobierno provisional, formado con representantes de la burguesía liberal. El príncipe de Cerdeña y Piamonte, Carlos Alberto, favorable al movimiento de liberación, se puso a la cabeza del mismo, abrigando intereses dinásticos y personales con vistas a todo el norte de Italia; pero entonces la incapacidad militar de Carlos Alberto y sus generales fue motivo de una serie de derrotas. Milán cayó de nuevo bajo el poder de los austríacos. Por miedo a una completa derrota y a sacrificar las posiciones hasta entonces adquiridas, Carlos Alberto concluyó un armisticio con Austria el 9 de agosto de 1848, hasta el término de seis semanas. El 20 de marzo del año siguiente se reanudaron algunas acciones militares, pero muy poco después el ejército de Cerdeña fue aniquilado, y Carlos Alberto renunció al trono.

[94] *Morir por la patria:* es el estribillo de una canción patriótica francesa, muy popular durante las jornadas de la revolución de Febrero.

[95] *Batalla de las Naciones:* esta batalla se libró del 16 al 19 de octubre de 1813 con tropas rusas, austríacas y suecas en lucha contra los franceses. Terminó con el triunfo de los ejércitos coligados contra Napoleón.

[96] Véase *supra*, nota 92.

[97] *Sociedad de los Derechos del Hombre:* organización democrática dirigida por Barbes, Huber y otros líderes, creada durante el periodo de la monarquía de Julio y que reunía a una serie de clubes de la capital y la provincia francesas. Algunos miembros de esta sociedad fueron dirigentes de la insurrección de junio de 1848.

III

El 24 de junio

París pasó la noche bajo la ocupación militar. Fuertes destacamentos de tropa se hallaban en las plazas y los bulevares.

A las cuatro de la mañana tocaron diana las trompetas. Un oficial y varios infantes de la Guardia Nacional recorrían las casas, sacando de ellas a los hombres de su compañía que no se habían presentado voluntariamente.

Hacia la misma hora comenzaron a tronar los cañones. El cañoneo más violento se escuchaba en la zona del puente de Saint Michel, punto de contacto de los insurrectos de la orilla izquierda y los de la Cité. El general Cavaignac, nombrado dictador hoy en la mañana, arde en deseos de ejercer su nuevo cargo contra la revuelta.

Ayer sólo se había empleado la artillería en casos excepcionales; casi todo el fuego era de fusilería; hoy, en cambio, en todas partes ha entrado en acción la artillería no sólo contra las barricadas sino también contra los edificios, disparando cartuchos, balas de cañón, e incluso granadas y cohetes incendiarios.

En la parte alta del Faubourg Saint Denis comenzó por la mañana un violento combate. Los insurrectos habían ocupado en las cercanías del ferrocarril del Norte una casa en construcción y varias barricadas. La primera legión de la Guardia Nacional se lanzó al ataque, pero sin conseguir ventaja alguna. Agotó sus municiones y tuvo alrededor de cincuenta muertos y heridos. Apenas pudo sostener su posición hasta que (hacia las diez de la mañana) avanzó la artillería, que barrió a cañonazos la casa en construcción y las barricadas. Las tropas volvieron a ocupar la vía del ferrocarril. Sin embargo, la lucha en toda esta zona (llamada Clos Saint Lazare)[*] duró todavía largo tiempo y se mantuvo con gran furia. "Es una verdadera carnicería", escribe el corresponsal de un periódico belga.[98] Delante de las barreras de Rochechouart y Poissonnière se construyeron *fuertes barricadas; y volvió a levantarse el parapeto de la avenida Lafayette, que sólo en el transcurso de la tarde cedió al cañoneo.*

También en las calles de Saint Martin, Rambuteau y Grand Chantier fue necesario recurrir a la artillería para abatir las barricadas.

El Café Cuisinier, frente al puente de Saint Michel, ha sido demolido por las balas de cañón.

_____

[*] Véase IV El 25 de junio

Pero el combate principal se libró hacia las tres de la tarde en el muelle de las Flores, donde el famoso almacén de ropa llamado "A la Belle Jardiniere" había sido ocupado por 600 insurrectos y convertido en una fortaleza. El edificio fue asaltado por la artillería y la infantería de línea. Una esquina del edificio fue demolida por las granadas. Cavaignac, que dirigía personalmente las operaciones en este lugar, intimó a los insurrectos a rendirse, amenazándolos con pasarlos *a todos* a cuchillo, si no lo hacían. Los insurrectos rechazaron la intimación. Se reanudó el cañoneo, disparándose por último cohetes incendiarios y granadas. El edificio quedó totalmente destruido y entre los escombros se encontraron los cadáveres de ochenta insurrectos.

También en el Faubourg Saint Jacques y en el barrio del Panteón se habían parapetado los obreros en todas las direcciones. Fue necesario asediar y tomar por asalto casa por casa, como en Zaragoza.[99] Pero los esfuerzos del dictador Cavaignac para apoderarse de estos edificios resultaron tan infructuosos, que el bestial soldadote de Argel declaró que les pegaría fuego si sus ocupantes no se rendían.

En la Cité, las muchachas disparaban desde las ventanas contra los soldados y la Guardia Nacional. También aquí fue necesario emplazar los obuses, para poder obtener algún resultado.

El 11° batallón de la Guardia Móvil, dispuesto a pelear al lado de los insurrectos, fue ametrallado por las tropas y por la Guardia Nacional. Por lo menos, así nos lo han relatado.

Hacia mediodía, la insurrección iba logrando resueltamente ventajas. Estaban en sus manos todas las barricadas exteriores, los suburbios de Les Batignolles, Montmartre, La Chapelle y la Villette, en una palabra, todo el cinturón exterior de París, desde Batignolles hasta el Sena y más de la mitad de la orilla izquierda del río. Los insurrectos se habían apoderado en esta zona de trece cañones, que no llegaron a emplear. Por el centro, penetraron en la Cité y en la parte baja de la calle de Saint Martin hasta el Ayuntamiento, donde se hallaban apostados grandes contingentes de tropa. Sin embargo, según declaró Bastide en la Cámara, en una hora más el Ayuntamiento podría ser tomado por los insurrectos, y, en medio del aturdimiento causado por esta noticia, se proclamaron la dictadura y el estado de sitio.[100] Apenas investido de plenos poderes, Cavaignac recurrió a las medidas más brutales y más extremas, como jamás hasta ahora se habían puesto en práctica en un Estado civilizado y como el propio Radetzky titubeó en emplear en Milán. El pueblo volvió a demostrar una vez más su magnanimidad. Si hubiese respondido a los cohetes incendiarios y a los obuses con la quema de edificios, no cabe duda de que aquella noche habría resultado vencedor. Pero no quiso recurrir a las mismas armas que sus adversarios.

La munición de los insurrectos era casi exclusivamente el algodón-pólvora, que se fabricaba en grandes cantidades en el Faubourg Saint Jacques y en el Marais. En la plaza Maubert se instaló una fundición de balas.

El gobierno recibía constantemente refuerzos. Toda la noche estuvieron llegando tropas a París: la Guardia Nacional de Pontoise, Rouen, Meulan, Nantes, Amiens y el Havre; llegaron tropas de Orleáns y artillería e infantería enviadas de Arras y Douai; de Orleáns enviaron un regimiento. El 24 por la mañana se recibieron en la ciudad 500 000 cartuchos y 12 cañones. Hay que señalar que los obreros ferroviarios de la línea del Norte habían levantado los rieles entre París y Saint Denis para impedir la llegada de más refuerzos.

Todas estas fuerzas reunidas y esta inaudita brutalidad lograron rechazar a los insurrectos en la tarde del día 24.

El hecho de que no sólo Cavaignac sino también la Guardia Nacional quisiera *pegar fuego* a todo el barrio del Panteón revela con cuánta furia se batía la Guardia Nacional, convencida de que estaba luchando por su propia existencia.

Como puntos de concentración de las tropas atacantes se habían señalado tres lugares: la Puerta Saint Denis, donde ostentaba el mando el general Lamoriciére, el Ayuntamiento, en el que se hallaba emplazado el general Duvivier, con 14 batallones, y la plaza de la Sorbona, desde la que el general Damesme dirigía el combate contra el Faubourg Saint Jacques.

Hacia el mediodía se tomaron las entradas a la plaza Maubert y se cercó la plaza. Ésta cayó hacia la una; ¡en el combate hubo cincuenta bajas de la Guardia Móvil! Hacia la misma hora y tras un violento y sostenido cañoneo, fue tomado o, mejor dicho, entregado el Panteón. Los mil quinientos insurgentes allí parapetados hubieron de capitular, probablemente ante la amenaza del señor Cavaignac y de los burgueses, espumeantes de rabia, de pegar fuego a todo el barrio.

Al mismo tiempo, los "defensores del orden" fueron avanzando por los bulevares, tomando las barricadas de las calles adyacentes. En la calle del Temple, los obreros fueron rechazados hasta la esquina de la calle de la Corderie; en la calle Boucherat seguía peleándose, y también al otro lado del bulevar, en el Faubourg del Temple. En la calle de Saint Martin se escuchaban todavía disparos aislados de fusil; en la punta de Saint Eustache se sostenía aún una barricada.

Hacia las siete de la noche, le fueron asignados al general Lamoriciére dos batallones de la Guardia Nacional de Amiens, que destinó inmediatamente a

cercar las barricadas levantadas detrás del Château d'Eau. Para aquel entonces, ya el Faubourg Saint Denis se hallaba libre y tranquilo, lo mismo que casi toda la orilla izquierda, del Sena. Los insurrectos habían quedado cercados en una parte del Marais y en el Faubourg Saint Antoine. Pero estos dos barrios se hallan separados por el bulevar Baumarchais y el canal de Saint Martin situado a sus espaldas, y este camino quedaba libre para la tropa.

El general Damesme, comandante de la Guardia Móvil, fue herido de bala en un muslo, cerca de la barricada de la calle de l'Estrapade. La herida no es peligrosa. Tampoco los representantes Bixio y Dornés han sido heridos de gravedad, como en un principio se creyó.

La herida del general Bedeau es también leve.

Hacia las nueve casi habían sido tomados por asalto el Faubourg Saint Jacques y el Faubourg Saint Marceau. La lucha había sido extraordinariamente violenta. El mando de este sector estaba ahora a cargo del general Bréa.

El general Duvivier, en el sector del Ayuntamiento, había tenido poco éxito. Sin embargo, también aquí habían sido rechazados los insurrectos.

El general Lamoriciére logró tomar, tras enconada resistencia, los faubourgs Poissoniére, Saint Denis y Saint Martin, hasta las barreras. Los obreros se sostenían todavía en el Clos Saint Lazare y habían logrado atrincherarse en el Hospital Louis-Phillippe.

Esta misma noticia fue comunicada hacia las diez de la noche por el presidente[*] de la Asamblea Nacional. Pero hubo de desmentirse a sí mismo varias veces. Reconoció que en el Faubourg Saint Martin persistía un intenso tiroteo.[101]

El estado en que se hallaban las cosas en la noche del día 24 era, en resumen, el siguiente:

Los insurrectos defendían todavía la mitad del terreno que tenían en su poder en la mañana del 23. Formaban esta zona la parte este de París, los faubourgs de Saint Antoine, del Temple, de Saint Martin y el Marais. Sus puestos avanzados eran el Clos Saint Lazare y algunas barricadas cercanas al Jardín Botánico.

El resto de París se hallaba en manos del gobierno.

Lo que más llama la atención en esta desesperada lucha, es la furia con que

_____

[*] Antoine-Marie-Jules Senard.

pelean los "defensores del orden". Estos burgueses, que antes mostraban unos nervios tan delicados por cada gota de "sangre burguesa" vertida y que el 24 de febrero se habían dejado llevar de arrebatos sentimentales ante la muerte de los miembros de la Guardia Municipal,[102] abatían ahora a los obreros como a bestias salvajes. No salía de las filas de la Guardia Nacional ni de los bancos de la Asamblea Nacional una sola palabra de compasión o de reconciliación, ni un solo rasgo de sentimentalismo sino, por el contrario, las explosiones violentas de un odio feroz y una fría rabia en contra de los obreros sublevados. La burguesía, con clara conciencia de lo que se ventila, libra en contra de ellos una guerra a muerte. Ya triunfe momentáneamente, ya sucumba, los obreros se vengarán de ella de un modo espantoso. Después de una lucha como la de las tres jornadas de junio, sólo cabe esperar una oleada de terror ejercido por una u otra de las partes.

Citaremos, para terminar, algunos párrafos de la carta de un capitán de la Guardia Republicana acerca de los acontecimientos del 23 y el 24:

Os escribo entre el tiroteo de los mosquetes y el tronar de los cañones. Hacia las 2, tomamos tres barricadas levantadas al extremo del puente de Nótre-Dame; después, avanzamos hasta la calle de Saint Martin y la cortamos a todo lo largo. Al llegar al bulevar, vimos que estaba abandonado y desierto, como si fuesen las 2 de la mañana. Subimos por el faubourg del Temple; antes de llegar al cuartel, hicimos alto. Doscientos pasos más allá se levantaba una formidable barricada, protegida por algunas otras y defendida por unos 2 000 hombres. Parlamentamos con ellos por espacio de dos horas. Inútilmente. Por fin, hacia las 6, avanzó la artillería; los insurrectos fueron los primeros en abrir fuego.

Los cañones repelieron el fuego y hasta las 9 saltaron los cristales y las tejas bajo las explosiones de la artillería; es un cañoneo espantoso. Corre a raudales la sangre, al tiempo que se descarga una pavorosa tormenta. Hasta donde alcanza la vista, el pavimento se halla enrojecido por la sangre. Mi gente cae bajo las balas de los insurrectos; se defienden como leones. Veinte veces nos lanzamos al asalto y otras tantas somos rechazados. El número de muertos es enorme y el de heridos mayor todavía. Hacia las 9 conseguimos tomar la barricada en un asalto a bayoneta. Hoy (día 24 de junio) hacia las 3 de la mañana, estamos todavía de pie. El cañón truena incesantemente. El centro es el Panteón. Me encuentro en el cuartel. Vigilamos a los *prisioneros* que son conducidos a cada momento. Hay entre ellos muchos heridos. *A algunos se les fusila inmediatamente.* De ciento doce hombres que mandaba, he perdido cincuenta y tres.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 28, 28 de junio de 1848]

NOTAS

[98] Se trata del diario *VIndépendance Belge*, de tendencia burguesa y que se publicaba en la ciudad de Bruselas. En la época de los años cuarenta del siglo pasado fue el órgano de los liberales belgas.

[99] Se hace referencia a la heroica defensa de la ciudad española de Zaragoza contra el asedio de las tropas napoleónicas.

[100] Medida tomada durante la sesión de la Asamblea Nacional francesa, celebrada el 24 de junio de 1848.

[101]Véase *supra*, nota anterior.

[102]Guardia Municipal de París: fuerza militar creada después de la revolución de Julio (1830), bajo el mando del prefecto de Policía de la ciudad de París. Fue disuelta después de la revolución de Febrero.

IV

El 25 de junio

Cada día que pasa crecen la violencia, la furia y la cólera de la lucha. La burguesía siente un odio cada vez más fanático contra los insurrectos, al darse cuenta de que sus brutalidades no la conducen directamente a la meta, al sentirse cada vez más desfallecida en la lucha, en las velas nocturnas y en los vivaques y a medida que va acercándose a su victoria final.

La burguesía no ha declarado a los obreros enemigos vulgares a quienes se derrota, sino *enemigos de la sociedad* a quienes se extermina. Y ha difundido la absurda afirmación de que lo único que buscan los obreros, empujados por sus enemigos, mediante la violencia a la insurrección, es el saqueo, el incendio y el asesinato; que se trata de una horda de bandoleros con los que hay que acabar como con las fieras de la selva. Y, sin embargo, los insurrectos fueron dueños de una gran parte de la ciudad por espacio de tres días y se comportaron ejemplarmente. Si hubiesen querido aplicar los mismos medios que los burgueses y lacayos de burgueses mandados por Cavaignac, París sería hoy un montón de ruinas; pero habrían triunfado.

Todos los detalles indican de qué manera tan bárbara han procedido los burgueses en esta lucha. Sin hablar de las bombas de metralla, de las granadas y los cohetes incendiarios, se sabe con certeza que *en la mayoría de las barricadas tomadas por asalto no se dio cuartel a los vencidos.* Los burgueses abatían cuanto encontraban por delante. En la noche del 24 fueron fusilados en la avenida del Observatorio, sin formación de proceso, más de 50 insurrectos prisioneros. "Es una guerra de exterminio", escribe un corresponsal de la *VIndépendance Belge*,[103] a pesar de tratarse de un periódico burgués. En todas las barricadas existía la creencia de que todos los insurrectos sin excepción serían pasados por las armas. Cuando Larochejaquelein dijo en la Asamblea Nacional que había que hacer algo para salir al paso de aquella creencia, los burgueses no le dejaron siquiera hablar y armaron tal griterío, que el presidente hubo de cubrirse y levantar la sesión.[104] Y cuando más tarde el propio señor Senard, el presidente, trató de pronunciar algunas hipócritas palabras de moderación y reconciliación, se produjo el mismo estrépito de voces. Los burgueses no querían ni oír hablar de moderación. Aun a riesgo de que los bombardeos destruyeran una parte de sus propiedades, estaban dispuestos a acabar de una vez por todas con los enemigos del orden, los saqueadores, bandoleros, incendiarios y comunistas.

Pero no se crea que, al obrar así, se hallaban animados del heroísmo que sus periódicos se esfuerzan en atribuirles. De la sesión de hoy de la Asamblea Nacional[105] se desprende que, al estallar la insurrección, la Guardia Nacional

temblaba de miedo; y la lectura de los informes de todos los periódicos de los más diversos matices deja entrever, por debajo de la ampulosa fraseología, que el primer día la Guardia Nacional se presentó al combate en muy reducido número y que, al segundo y al tercero, Cavaignac tuvo que sacar a sus miembros de la cama y llevárselos a la línea de fuego, conducidos por un cabo y cuatro infantes. El odio fanático de la burguesía contra los obreros insurrectos no bastaba para vencer su natural cobardía.

Los obreros, en cambio, se batieron con una bravura sin igual. No desfallecieron ni por un momento, a pesar de que eran cada vez más incapaces de sustituir sus bajas y se veían obligados cada vez más a retroceder ante la supremacía del número. Desde la mañana del 25 hubieron de convencerse ya de que las perspectivas de la victoria se volvían resueltamente en contra suya. Llegaban de todas partes del país nuevas y nuevas masas de tropas de refresco; afluía a París en grandes contingentes la Guardia Nacional de los suburbios y de las ciudades alejadas de la capital. Las tropas de línea lanzadas al combate sumaban, el día 25, más de 40 000 hombres a los de la guarnición ordinaria; la Guardia Móvil se incorporó a la lucha con 20 000 a 25 000 hombres, a los que hay que sumar los efectivos de la Guardia Nacional de París y de fuera y varios miles de hombres de la Guardia Republicana. En total, los efectivos armados que se lanzaron contra la insurrección oscilaron seguramente, el día 25, entre 150 000 y 200 000 hombres. Por su parte, los obreros no llegarían ni a la cuarta parte de esta cifra, disponían de escasa munición y carecían totalmente de dirección militar y de cañones en buen uso. No obstante lo cual, se batieron silenciosa y desesperadamente contra la aplastante supremacía. Contingente tras contingente, se lanzaba a cubrir las brechas que la artillería pesada abría en las barricadas; los obreros recibían sus descargas sin un solo grito y luchaban en todas partes hasta el último hombre, sin abandonar sus posiciones al enemigo hasta que se veían rebasados. En Montmartre, los insurrectos gritaban a los vecinos. "¡Dejaremos que nos hagan pedazos o los haremos pedazos nosotros a ellos, pero no capitularemos, y podéis pedir a Dios que triunfemos, pues de otro modo pegaremos fuego a todo Montmartre!" Claro está que esta "amenaza incumplida" era el designio criminal y, en cambio, las granadas y los cohetes incendiarios de Cavaignac eran las "hábiles medidas militares dignas de admiración".

En la mañana del día 25, los insurrectos mantenían las siguientes posiciones: el Clos Saint Lazare, los suburbios de Saint Antoine y el Temple, el Marais y el barrio de Saint Antoine.

El Clos Saint Lazare (donde antes se levantaba el convento) es una gran extensión de terreno, en parte edificado y en parte cubierto de casas en construcción, trazados de calles, etc. El centro de este terreno lo ocupa precisamente la Estación del Norte. Este barrio, en el que abundan los edificios emplazados de

un modo irregular y en el que había amontonada, además, una gran cantidad de materiales de construcción, fue convertido por los insurrectos en una poderosa fortaleza. Dentro de él se alza el Hospital Louis-Philippe en construcción; los defensores del barrio levantaron en él formidables barricadas, que los testigos oculares describían como absolutamente inexpugnables. Atrás quedaba el cinturón amurallado de la ciudad, cercado y ocupado por los insurrectos. Desde allí, se extendían sus parapetos hasta la calle de Rochechouart y la zona de las barreras. Las barreras de Montmartre se hallaban fuertemente defendidas, y Montmartre estaba totalmente en manos de los obreros. Cuarenta cañones que todavía no habían logrado silenciar llevaban dos días tronando contra ellos.

Nuevamente abrieron fuego los cuarenta cañones todo el día contra estas defensas; por último, hacia las seis de la tarde, fueron tomadas las dos barricadas de la calle de Rochechouart, y poco después caía también el Clos Saint Lazare.

En el bulevar del Temple, la Guardia Móvil logró ocupar a las diez de la mañana varias casas desde las que los insurrectos disparaban sobre los asaltantes. Los "defensores del orden" habían avanzado, aproximadamente, hasta el bulevar de las Filies du Calvaire. Entre tanto, los insurrectos habían conseguido subir hasta más arriba por el Faubourg del Temple, ocupar parte del canal de Saint Martin y bombardear fuertemente desde allí y desde el bulevar, con su artillería, las anchas y rectas calles de aquella parte de la ciudad. La lucha era sumamente enconada. Los obreros sabían perfectamente bien que los estaban atacando en el mismo corazón de sus posiciones. Y se defendían furiosamente. Llegaron incluso a recuperar algunas barricadas de las que habían sido desalojados. Pero, tras un largo combate, fueron arrollados por la superioridad del número y de las armas. A la caída de la noche, las tropas del gobierno habían logrado conquistar no sólo el Faubourg del Temple, sino también, gracias a sus posiciones en el bulevar y en el canal, los accesos al Faubourg Saint Antoine y varias barricadas de este barrio.

Junto al Ayuntamiento hacía el general Duvivier lentos pero uniformes progresos. Desde los muelles del Sena se acercó por los flancos a las barricadas de la calle de Saint Antoine y pudo enfilar también su artillería pesada sobre la isla de Saint Louis, a la vez que sobre la antigua isla Louvier.[106] También aquí se entabló un rudo combate, pero acerca de él carecemos de detalles y sabemos solamente que hacia las cuatro caían la alcaldía del noveno *arrondissement* con las calles adyacentes, que fueron tomadas por asalto entre otras, una barricada de la calle de Saint Antoine y el puente de Damiette, por el que se pasaba a la isla de Saint Louis. A la caída de la noche, los insurrectos habían sido desalojados aquí de todas sus posiciones y quedaban despejadas todas las entradas a la plaza de la Bastilla.

De este modo, los insurrectos habían sido derrotados en todos los puntos de la ciudad, con excepción del Faubourg Saint Antoine. Ésta era su posición más fuerte. Los muchos accesos de este faubourg, verdadero hogar de todas las insurrecciones parisinas, aparecían defendidas con mucha pericia. Barricadas levantadas de lado, que se cubrían unas a otras y que contaban, además, con el refuerzo del fuego de las casas cercanas, ofrecían un temible frente de ataque. Tomarlas por asalto habría costado una inmensa cantidad de vidas.

Delante de estos parapetos se emplazaron los burgueses o, mejor dicho, sus lacayos. La Guardia Nacional[107] no había hecho gran cosa durante esta jornada. La mayor parte de la faena había corrido a cargo de los soldados de línea y de la Guardia Móvil;[108] la Guardia Nacional ocupaba las partes tranquilas de la ciudad, ya conquistadas.

Las que peor se habían portado eran la Guardia Republicana y la Guardia Móvil. La Guardia Republicana,[109] recién organizada y depurada, se batió con una furia enorme contra los obreros, a quienes debía sus entorchados como Guardia Municipal Republicana.

La Guardia Móvil, reclutada en su mayor parte entre el lumpenproletariado de París, había ido convirtiéndose durante el breve tiempo que lleva de existencia y gracias a la buena soldada en una guardia pretoriana del gobernante que en cada momento ocupaba el poder. El lumpenproletariado, organizado ha dado la batalla al proletariado laborioso no organizado. Se ha puesto, como era de esperar, a disposición de la burguesía, lo mismo que los *lazzaroni* (desharrapados) de Nápoles se pusieron a las órdenes del rey Fernando de Borbón.[*] Sólo se pasaron al otro bando los destacamentos de la Guardia Móvil integrados por *verdaderos* trabajadores.

¡Cuán bochornoso parece todo lo que está ocurriendo en París cuando se ve cómo estos antiguos mendigos, vagabundos, picaros, pilludos y pequeños rateros encuadrados en la Guardia Móvil, que en marzo y en abril cualquier burgués motejaba como una banda de ladrones y carteristas capaces de todas las infamias y que ya no era posible seguir tolerando, cuando se ve, digo, cómo este hatajo de maleantes es ahora halagado, ensalzado, puesto por las nubes, bien pagado y condecorado, sencillamente porque estos "jóvenes héroes", estos "leales hijos de París", valientes y esforzados, que "escalaron las barricadas desafiando la muerte", etc., etc., porque estos individuos que en febrero habían luchado en las barricadas sin conciencia de lo que hacían, enfilaron ahora sus fusiles contra el proletariado trabajador con la misma falta de conciencia con que antes dispararon contra los soldados, porque se dejaron sobornar por treinta *sous* (centavos) al día, alquilándose por ese precio para ametrallar a sus hermanos! ¡Por eso honra la burguesía a esos vagabundos vendidos, porque

[*] Véase el artículo de F. Engels "*La última hazaña de la Casa de Borbón*"

por esa mísera soldada se han prestado a disparar contra la parte mejor y más revolucionaria de los obreros parisinos!

Causa pasmo, verdaderamente, la valentía con que se han batido los obreros. ¡De treinta a cuarenta mil trabajadores se han sostenido tres días enteros contra más de ochenta mil soldados y cien mil hombres de la Guardia Nacional, frente a bombas de metralla, granadas y cohetes incendiarios y desafiando la noble estrategia guerrera de generales que no se sonrojan en emplear contra sus compatriotas los recursos de la guerra argelina! Sus muertos no recibirán los honores que se tributaron a los de julio[110] y febrero,[111] pero la historia les asignará un lugar mucho más alto, como a las víctimas de la primera batalla decisiva del proletariado.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 29,29 de junio de 1848]

NOTAS

[103] Véase *supra*, nota 98.

[104] Se trata de la sesión de la Asamblea Nacional francesa, celebrada el 25 de junio de 1848.

[105] Se trata de los comentarios a la sesión de la Asamblea Nacional francesa del 25 de junio de 1848 publicados en la *Nueva Gaceta Renana* (núm. 29, del 19 de junio de 1848).

[106] Isla Louvier: separada hasta 1843 de la orilla derecha del Sena por un pequeño brazo de río, que más tarde fue unida a tierra firme.

[107] Véase *supra*, nota 89.

[108] Véase *supra*, nota 88.

[109] Véase *supra*, nota 92.

[110] Palabras de un verso de Heine en el poema titulado *Alemania. Cuento de invierno*, cap. VII.

[111] Heine, *Alemania. Cuento de invierno*, cap. XXXI.

V

La Revolución de Junio

El curso de la insurrección en Paris

Poco a poco, se van reuniendo los elementos necesarios para formarse una idea de conjunto acerca de la revolución de Junio; se completan los informes, se va haciendo posible distinguir los hechos de los rumores y de las mentiras, y se destaca cada vez con mayor claridad el carácter de la insurrección. Y cuanto más vamos logrando ver en su entrelazamiento los acontecimientos de las cuatro jornadas de junio, más nos asombran las proporciones gigantescas de la insurrección, su heroísmo, la organización rápidamente improvisada y la unanimidad de los insurrectos.

El plan de batalla de los obreros, atribuido a Kersausie, amigo de Raspad y ex oficial del ejército, era el siguiente:

Los insurrectos avanzaron en cuatro columnas y en movimiento concéntrico sobre el Ayuntamiento.

La primera columna, cuya base de operaciones eran los suburbios de Montmartre, La Chapelle y La Villete, avanzó hacia el Sur desde las barreras de Poissonnière, Rochechouart, Saint Denis y La Villette, ocupó los bulevares y se acercó al Ayuntamiento por las calles de Montorgueil, Saint Denis y Saint Martin.

La segunda columna, que tenía como base los faubourgs del Temple y de Saint Antoine, habitados casi en su totalidad por obreros y cubiertos por el canal de Saint Martin, avanzó hacia el centro de la ciudad por las calles del Temple y de Saint Antoine, atravesando los muelles de la orilla norte del Sena y por todas las calles paralelas del barrio intermedio.

La tercera columna, apoyada en el Faubourg Saint Marceau, avanzó sobre la isla de la Cité por la calle de Saint Víctor y los muelles de la orilla sur del río.

Por último, la cuarta columna, tomando como base el Faubourg Saint Jacques y la zona de la Escuela de Medicina, avanzó también sobre la Cité por la calle de Saint Jacques. Desde la Cité, las dos columnas, unidas, avanzaron por la orilla derecha del Sena y tomaron el Ayuntamiento de flanco y por detrás.

Este plan se basaba, por tanto, con mucho acierto, en los barrios de la ciudad habitados exclusivamente por obreros, que rodean en semicírculo toda la

mitad este de París y que van ensanchándose conforme se avanza hacia el Este. Se trataba de limpiar primero de enemigos el este de París y de avanzar luego por las dos márgenes del Sena hacia el Oeste y sus centros, las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Las columnas avanzaban apoyadas por una serie de cuerpos volantes, operaban entre ellas y en sus flancos, pero por cuenta propia, levantaban barricadas, ocupaban las pequeñas calles y mantenían los contactos.

Para el caso de un repliegue, las bases de operaciones habían sido fuertemente, atrincheradas y convertidas con todas las reglas del arte en temibles fortalezas, como ocurría con el Clos Saint Lazare, el Faubourg y el barrio de Saint Antoine y el Faubourg de Saint Jacques.

Si este plan adolecía de algún defecto era el no tener en cuenta para nada, al comienzo de las operaciones, la parte oeste de París. En esta parte, a los dos lados de la calle de Saint Honoré y junto a los Halles y el Palais National, hay varios barrios que se prestan magníficamente para revueltas populares, con calles muy estrechas y tortuosas, habitadas preferentemente por obreros. Habría sido importante haber establecido aquí una quinta columna de la insurrección, aislando así el Ayuntamiento y obligando a concentrar una gran masa de tropas en este baluarte avanzado. El triunfo de la insurrección dependía de que los insurrectos pudieran llegar lo antes posible al centro de París y asegurarse la conquista del edificio del Ayuntamiento. No sabemos hasta qué punto resultaría imposible para Kersausie organizar aquí la insurrección. Pero es un hecho que jamás ha logrado imponerse en París un movimiento insurreccional sin apoderarse desde el primer momento de este centro de la capital que linda con las Tullerías. Baste recordar la insurrección que estalló en el entierro del general Lamarque,[112] la cual, habiendo logrado penetrar también hasta la calle Montorgueil, fue luego rechazada.

Los insurrectos avanzaron con arreglo a los planes trazados. Inmediatamente, se pusieron a separar su territorio, el París de los obreros, del París de los burgueses, mediante dos grandes obras de defensa: las barricadas de la Puerta Saint Denis y las de la Cité. Fueron desalojados de las primeras, pero lograron mantenerse en las segundas. El primer día, el 23, fue un simple preludio. El plan de los insurrectos estaba ya claro (y la *Nueva Gaceta Renana* supo comprenderlo certeramente desde el primer momento, véase núm. 26 suplemento extra),[*] sobre todo después de los primeros encuentros de la mañana entre las avanzadas. El bulevar Saint Martin, que cruza a través de la línea de operaciones de la primera columna, se convirtió en escenario de enconadas luchas, las cuales terminaron aquí con la victoria de las fuerzas del "orden", impuesta en parte por las condiciones locales.

_____

[*] Véase La revolución de Junio en París. Detalles sobre el 23 de junio.

Fueron cortados los accesos a la Cité, a la derecha por un cuerpo volante que fue a emplazarse en la calle de Planche-Mibray, y a la izquierda por la tercera y la cuarta columnas, que ocuparon y fortificaron los tres puentes del sur de la Cité. También aquí se trabó un combate muy violento. Las fuerzas del "orden" lograron apoderarse del puente Saint Michel y avanzar hasta la calle de Saint Jacques. Se jactaban de que pondrían fin a la revuelta antes de que cayera la noche.

Si el plan de los insurrectos estaba ya claro, más lo estaba aún el de las fuerzas del "orden". Este plan se reducía por el momento a aplastar la insurrección por todos los medios. Esta intención fue dada a conocer a los insurrectos mediante el disparo de granadas de cañón y cohetes incendiarios.

Pero el gobierno creía habérselas con una banda desorganizada de revoltosos que actuaban sin plan alguno. Después de despejar hacia el anochecer las calles principales, declaró que la revuelta estaba liquidada y ocupó con tropas, bastante descuidadamente, las partes conquistadas de la ciudad.

Los insurrectos supieron aprovechar magníficamente esta negligencia para iniciar la gran batalla, después de las escaramuzas del día 23 entre las avanzadas. Es en verdad asombrosa la rapidez con que los obreros se asimilaron el plan de operaciones, la uniformidad con que combinaban sus movimientos y la pericia con que sabían aprovechar un terreno tan complicado como aquel en que se movían. Todo lo cual habría sido inexplicable si los obreros no se hubieran hallado ya bastante bien organizados militarmente en los Talleres Nacionales[113] y distribuidos en compañías, gracias a lo cual les bastaba con trasplantar su organización industrial a las actividades de la guerra para poner en pie inmediatamente un ejército perfectamente estructurado.

En la mañana del 24, los insurrectos no sólo habían recuperado todo el terreno perdido, sino que habían conquistado, además, nuevas posiciones. Es cierto que la línea de los bulevares, hasta la del Temple, seguía ocupada por las tropas, lo que hacía que la primera columna de los insurrectos quedara cortada por el centro; pero, a cambio de ello, la segunda columna avanzó desde el barrio de Saint Antoine hasta lograr cercar casi por completo el Ayuntamiento. Estableció su cuartel general en la iglesia de Saint Gervais, a 300 pasos del Ayuntamiento, y se apoderó del convento de Saint Merry y calles adyacentes; y, avanzando hasta mucho más allá del Ayuntamiento, logró aislarla casi totalmente, junto con las columnas de la Cité. Sólo quedó libre un acceso a ella: los muelles de la orilla derecha del Sena.

En el Sur, los insurrectos volvían a ocupar totalmente el Faubourg Saint Jacques, habían restablecido las comunicaciones con la Cité, la fortificaron y prepararon el paso hacia la orilla derecha.

Estaba claro que no había tiempo que perder. El Ayuntamiento, centro revolucionario de París, se hallaba amenazado y debía caer antes de que el enemigo procediese a adoptar medidas decisivas.

[*Neue Reihnische Zeitung*, núm. 31,1 de julio de 1848]

NOTAS

[112] El 5 de junio de 1832 las fuerzas del ala izquierda del partido republicano, entre ellos la Sociedad de los Amigos del Pueblo, aprovecharon los funerales del general Lamarque para organizar una manifestación pacífica. Lamarque era el portavoz de los pocos diputados republicanos de la nueva Cámara. Esta manifestación se convirtió, por culpa del gobierno, en un choque sangriento que se prolongó hasta la tarde del 6 de junio, principalmente en los alrededores del antiguo convento de Saint Merry, donde lucharon tras las barricadas los últimos republicanos, entre los que se encontraban muchos obreros.

[113] Véase *supra*, nota 86.

VI

La Revolución de Junio en París

La Asamblea Nacional, empavorecida, nombró dictador a Cavaignac[114] y éste, habituado desde Argelia a intervenir "enérgicamente", sabía lo que tenía que hacer.

Inmediatamente, avanzaron diez batallones a lo largo del muelle de l'École hacia el Ayuntamiento. Cortaron las comunicaciones de los insurrectos de la Cité con la margen derecha, aseguraron el Ayuntamiento y se permitieron, incluso, lanzar asaltos contra las barricadas levantadas a su alrededor.

Fue despejada y mantenida constantemente limpiada calle de Planche-Mibray y su continuación, la calle de Saint Martin. La artillería pesada barrió el puente de Notre-Dame, situado en frente y que conduce a la Cité. Logrado esto, Cavaignac avanzó directamente sobre la Cité para proceder allí con toda "energía". El puesto principal de los insurrectos, el almacén de la "Belle Jardinière", fue cañoneado primero por la artillería y luego incendiado por medio de cohetes; tres puentes tendidos hacia la orilla izquierda fueron tomados por asalto, y los insurrectos, rechazados, hubieron de replegarse sobre aquella margen del río. Entre tanto, los 14 batallones emplazados en la plaza de Grève y en los muelles del Sena levantaron el cerco del Ayuntamiento, y la iglesia de Saint Gervais quedó reducida de cuartel general a un puesto avanzado y perdido de los insurrectos.

La calle de Saint Jacques no sólo fue atacada por la artillería desde la Cité, sino tomada además de flanco desde la orilla izquierda. El general Damesme avanzó a lo largo del Jardín de Luxemburgo hacia la Sorbona, tomó el Barrio Latino y envió sus columnas hacia el Panteón. La plaza del Panteón estaba convertida en una temible fortaleza. Hacía ya mucho tiempo que había sido tomada la calle de Saint Jacques, cuando las fuerzas del "orden" seguían encontrándose aquí con un baluarte inexpugnable. Habían fracasado los cañones y los ataques a la bayoneta, hasta que, por último, la fatiga, la falta de municiones y la amenaza formulada por los burgueses de pegar fuego al barrio obligaron a los 1500 obreros, cercados por todas partes, a rendirse. Casi al mismo tiempo caía en manos de las fuerzas del "orden" la plaza Maubert, tras larga y valerosa resistencia, y los insurrectos, desalojados de sus posiciones más sólidas, veíanse forzados a abandonar toda la orilla izquierda del Sena.

Entre tanto, las posiciones que las tropas y los guardias nacionales ocupaban en los bulevares de la margen derecha fueron utilizadas también para presionar hacia ambos lados. Lamoriciére, que mandaba este sector, ordenó que fuesen despejadas por la artillería gruesa y los rápidos ataques de las tropas las

calles de los faubourgs, Saint Denis y Saint Martin, el bulevar del Temple y media calle del Temple. Este general podía jactarse de haber logrado brillantes éxitos antes del anochecer: había dejado cortada y cercada a medias la primera columna insurrecta en el Clos Saint Lazare, había logrado rechazar a la segunda y, con su avance en los bulevares, había introducido una cuña entre las dos.

¿Cómo pudo Cavaignac conseguir estas ventajas?

En primer lugar, gracias a la enorme superioridad de fuerzas que le fue posible desplegar contra los insurrectos. Para el día 24 tenía a su disposición no sólo los 20 000 hombres de la guarnición de París, los 20 000 a 25 000 hombres de la Guardia Móvil y los 60 000 a 80 000 de la Guardia Nacional disponible, sino también los efectivos de la Guardia Nacional de todos los alrededores de París y de varias ciudades alejadas (de 20 000 a 30 000 hombres), y además 20 000 a 30 000 soldados enviados con toda celeridad de las guarniciones cercanas a la capital. El 24 por la mañana, tenía ya bajo su mando a más de 100 000 hombres, que en el transcurso del día aumentaron en 50 000 más. Y los contingentes de los insurrectos sumaban, cuando mucho, ¡de 40 000 a 30 000 hombres!

En segundo lugar, gracias a los medios brutales que empleó. Hasta entonces, solamente *una vez* habían disparado los cañones en las calles de París: en el Vendimiario de 1795, el día en que Napoleón dispersó con bombas de metralla a los insurrectos, en la calle de Saint Honoré.[115] Pero nunca hasta entonces se había empleado la artillería contra barricadas y contra casas, y menos aún las granadas y los cohetes incendiarios. El pueblo no estaba todavía preparado contra estas armas; se hallaba inerme frente a ellas, y el único recurso que habría podido emplear en contra de tales ataques, el incendio, repugnaba a sus nobles sentimientos. Hasta ahora, el pueblo no había sospechado siquiera que en pleno París pudiera desatarse una guerra de éstas, a la argelina. Por eso retrocedió, y su primer repliegue decidió ya su derrota.

El 25, Cavaignac avanzó a la cabeza de tropas aún muy superiores. Los insurrectos se hallaban ya circunscritos a un solo barrio, a los faubourgs de Saint Antoine y el Temple; tenían, además, en sus manos dos puestos avanzados, el Clos Saint Lazare y una parte del barrio de Saint Antoine, hasta el puente de Damiette.

Cavaignac, que había vuelto a recibir de 20 000 a 30 000 hombres de refuerzo, aparte de considerable parque de artillería, ordenó que se atacasen primeramente los puestos avanzados de los insurrectos, y principalmente el Clos Saint Lazare. Los insurrectos se habían atrincherado allí como en una ciudadela. Por último, tras doce horas de continuo cañoneo y lanzamiento de granadas, Lamoriciére logró desalojar a los obreros de sus posiciones y ocupar

el Clos; pero, para conseguir esto, tuvo primero que hacer posible un ataque de flanco desde las calles de Rochechouart y Poissonnière y demoler las barricadas, el primer día, con cuarenta cañones, y el segundo día, con un número todavía mayor de piezas de artillería.

Otra parte de su columna avanzó por el Faubourg Saint Martin hasta el Faubourg del Temple, pero sin conseguir nada; entre tanto, otra columna bajada por los bulevares hasta la Bastilla, pero sin lograr tampoco llegar lejos, pues sólo pudo destruir, después de un violento cañoneo, una serie de barricadas verdaderamente temibles. Allí quedaron espantosamente destruidas las casas.

La columna de Duvivier, que atacó desde el Ayuntamiento, hizo retroceder más y más a los insurrectos bajo un fuego constante de la artillería. Fue tomada la iglesia de Saint Gervais y despejada la calle de Saint Antoine hasta muy lejos del Ayuntamiento, mientras varias columnas que avanzaban a lo largo del muelle sobre el Sena y las calles paralelas limpiaban el puente de Damiette, lo que permitía a los insurrectos del barrio de Saint Antoine comunicarse con las islas de Saint Louis y la Cité. Flanqueado el barrio de Saint Antoine, a los insurrectos no les quedaba otro camino que replegarse sobre el faubourg, como en efecto lo hicieron, en medio de violentos combates, con una columna que se movía por los muelles hasta la desembocadura del canal de Saint Martin y desde allí, bordeando el canal, por el bulevar Bourdon. Unos cuantos que quedaron copados fueron pasados a cuchillo, y sólo unos pocos fueron entregados como prisioneros.

Mediante esta operación, lograron las fuerzas del gobierno tomar el barrio de Saint Antoine y la plaza de la Bastilla. Hacia el anochecer, consiguió la columna de Lamoriciére conquistar totalmente el bulevar Beaumarchais y logrando así, en la plaza de la Bastilla, reunirse con las tropas de Duvivier.

La toma del puente de Damiette permitió a Duvivier desalojar de sus posiciones, a los insurrectos de la isla de Saint Louis y de la antigua isla Louvier.[116] Y lo hizo, hay que reconocerlo, con un verdadero derroche de barbarie argelina. En pocas partes de la ciudad se empleó la artillería pesada con efectos tan devastadores como en la isla de Saint Louis. Pero ¿qué importa? Los insurrectos fueron desalojados o pasados a cuchillo, y el "orden" triunfó sobre un montón de ruinas humeantes y cubiertas de sangre.

En la orilla izquierda del río quedaba todavía un puesto por conquistar. El puente de Austerlitz, que al este del canal de Saint Martin une al Faubourg Saint Antoine con la margen izquierda del Sena, aparecía fuertemente cubierto de barricadas y, en la orilla izquierda, donde desemboca en la plaza Valhubet delante del Jardín Botánico, provisto de una fuerte cabeza de puente. Esta cabeza de puente, que después de la caída del Panteón y de la plaza Maubert

era el último parapeto que les quedaba a los insurrectos en la orilla izquierda, fue tomado tras una empeñada resistencia.

Para el día siguiente, el 26, sólo les quedaba, pues, a los insurrectos su última fortaleza, el Faubourg Saint Antoine y una parte del Faubourg del Temple. Estos dos faubourgs no son muy apropiados para combates callejeros; tienen calles bastante anchas y casi totalmente rectas, que ofrecen magnífico campo a la artillería. Por el lado oeste aparecen magníficamente cubiertas por el canal de Saint Martin, mientras que por la parte norte quedan completamente al descubierto. De aquí parten cinco o seis calles derechas y anchas que van a internarse hacia abajo en pleno corazón del Faubourg Saint Antoine.

Las principales defensas eran las de la plaza de la Bastilla y la calle más importante de todo el barrio, la calle del Faubourg Saint Antoine. Se habían levantado aquí barricadas más poderosas, amuralladas en parte con los grandes adoquines y en parte apuntaladas por fuertes vigas. Se hallaban construidas en ángulo hacia adentro, de una parte para debilitar el efecto de los cañonazos y, de otra, para ofrecer un frente de defensa más ancho, que permitiera el fuego graneado. En las casas se habían derribado los muros medianeros, comunicando de este modo entre sí todo un grupo de casas, lo que permitía a los insurrectos, según las exigencias del momento, abrir fuego de tiradores sobre el enemigo o parapetados los combatientes en los puentes y muelles del canal y en las calles paralelas a éste. En una palabra, los dos faubourgs que todavía se hallaban en manos de los insurrectos semejaban una perfecta fortaleza, en la que las tropas tenían que arrancar con fuertes bajas cada pulgada de terreno.

La lucha debía reanudarse el 26 por la mañana. Pero Cavaignac no tenía ninguna gana de aventurar a sus tropas en aquel dédalo de barricadas. Amenazó, pues, con un bombardeo. Fueron emplazados los morteros y los obuses. Se abrieron negociaciones. Entre tanto, Cavaignac mandó minar las casas más cercanas —aunque sólo pudo hacerse de manera muy limitada, dado el poco tiempo de que se disponía y teniendo en cuenta el canal que cubría una de las líneas de ataque— y desde las casas ya ocupadas se abrieron comunicaciones interiores con las adyacentes por medio de boquetes realizados en los muros medianeros.

Las negociaciones fracasaron y se reanudó la lucha. Cavaignac ordenó al general Perrot atacar desde el Faubourg del Temple y al general Lamoriciére desde la plaza de la Bastilla. En ambos puntos se desató un intenso fuego de artillería contra las barricadas. Perrot avanzó bastante aprisa, tomó el resto del Faubourg del Temple y en algunos lugares llegó incluso al Faubourg Saint Antoine. Lamoriciére se movió más lentamente. Sus cañones encontraron la resistencia de las primeras barricadas, a pesar de haber sido incendiadas por las granadas las primeras casas del suburbio. Lamoriciére volvió a parlamentar.

Reloj en mano, aguardó tranquilamente el minuto que habría de depararle el placer de reducir a escombros el barrio más poblado de París. Por fin, capituló una parte de los insurrectos, mientras que la otra, atacada por los flancos, se replegaba tras breve lucha.

Así terminaron los combates de barricadas de la revolución de Junio. En las afueras de la ciudad seguían librándose algunos combates aislados de tiradores, pero ya sin importancia. Los insurrectos fugitivos se dispersaron por los alrededores de la capital y fueron apresados uno a uno por la caballería.

Hemos hecho este relato puramente militar de la lucha para poner de manifiesto ante nuestros lectores la heroica bravura, la unanimidad, la disciplina y la pericia militar con que se batieron los obreros de París. En número de 40 000 pelearon durante cuatro días contra fuerzas cuatro veces mayores y no faltó mucho para que triunfaran. Estuvieron a punto de llegar al centro de París, tomando el edificio del Ayuntamiento, instituyendo un Gobierno provisional y duplicando sus efectivos con los contingentes de los barrios de la ciudad conquistados y los de la Guardia Móvil, que, tal como estaban las cosas, sólo necesitaban de un empujón para pasarse al otro bando.

Algunos periódicos alemanes sostienen que esta batalla ha sido la decisiva entre la República roja y la tricolor, entre los obreros y los burgueses. Nosotros estamos convencidos de que esta batalla no decidirá *nada*, como no sea la división de los vencedores entre ellos mismos. Por lo demás, la marcha de las cosas, vista en su conjunto, demuestra aunque enfoquemos la cosa desde el punto de vista puramente militar, que los obreros habrán de vencer en plazo no muy lejano. ¡Si 40 000 obreros han podido desplegar una lucha tan gigantesca frente a fuerzas cuatro veces mayores, hay que imaginarse de lo que será capaz la gran masa de los obreros de París cuando actúen todos juntos y de un modo coherente!

Kersausie ha sido hecho prisionero y es muy posible que a estas horas haya sido fusilado. Los burgueses podrán quitarle la vida, pero no la gloria de haber sido el *primero en organizar la lucha urbana.* Podrán fusilarlo pero no habrá poder en el mundo capaz de impedir que sus planes y sus ideas sean utilizados en el futuro en todos los combates callejeros. Podrán fusilarlo, pero no impedir que su nombre quede inscrito para siempre en la historia como el del *primer general de las barricadas.*

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 32, 2 de julio de 1848]

NOTAS

[114] Se hace referencia a la sesión de la Asamblea Nacional francesa, del 24 de junio de 1848.

[115] El 12 y 13 Vendimiario (4 y 5 de octubre) de 1795, aplastó Napoleón en París una sublevación de los realistas, que se oponían a la Convención.

[116] Véase *supra*, nota 106.

LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

C. Marx

LOS OBREROS DE PARÍS han sido aplastados por superioridad del número, pero no han *sucumbido.* Han sido *derrotados,* pero son sus adversarios los *vencidos.* El triunfo momentáneo de la fuerza bruta se ha pagado con la destrucción de todos los engaños e ilusiones de la revolución de Febrero, con la disolución de todo el viejo partido republicano, con la escisión de la nación francesa en dos naciones, la de los poseedores y la de los trabajadores. La República tricolor tiene ya un *solo color:* el color de los derrotados, el *color de la sangre.* La República francesa es ya la *República roja.*

El pueblo no respeta ya ninguna reputación republicana, ni la del *National*[1] ni la de *La Réforme*,[2] Sin más jefes ni otros recursos que los de la misma sublevación, ha resistido, a la burguesía y a la soldadesca francesas unidas, durante más tiempo que cualquier dinastía francesa pertrechada con todo el aparato militar y ha podido hacer frente a una fracción de la burguesía unida al pueblo.

Y para que se disipara hasta la última ilusión del pueblo y se rompiera totalmente con el pasado, era necesario que se pusiera también de parte de los opresores el aditamento poético habitual de las revueltas francesas, la entusiasta juventud burguesa, que tomaran partido por ellos los alumnos de la École Polytecnique,[*] los muchachos del tricornio. Era necesario que los estudiantes de la Facultad de Medicina negasen la ayuda de la ciencia a los plebeyos heridos. La ciencia no existe para el hombre de la plebe que ha incurrido en el crimen nefando de batirse en las trincheras por una vez en defensa de su propia existencia, en vez de batirse por Luis Felipe o por el señor Marrast.

El último residuo oficial de la revolución de Febrero, la Comisión ejecutiva,[3] se ha esfumado como girón de niebla ante la gravedad de los acontecimientos. Las figuras retóricas de Lamartine se han convertido en las granadas incendiarias de Cavaignac.

La fraternité, la fraternidad entre las clases antagónicas, al amparo de la cual explota la una a la otra, aquella *fraternité* proclamada en Febrero y estam-

[*] Escuela Politécnica.

pada en grandes caracteres sobre la frente de París, en las fachadas de todas las cárceles y de todos los cuarteles, revela ahora su verdadera, auténtica y prosaica faz, que es la *guerra civil* bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital. Esta fraternidad brilló delante de todas las ventanas de París en la noche del 25 de junio, el día en que el París de la burguesía se iluminaba, mientras el París del proletariado ardía, gemía y se desangraba.

La fraternidad había durado el tiempo durante el cual el interés de la burguesía coincidió con el del proletariado. Los pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793; los sistemáticos socialistas que mendigan a la burguesía una limosna para el pueblo y a quienes se permitía pronunciar largos sermones y ponerse en evidencia mientras era necesario mantener adormecido al león proletario; los republicanos que reclamaban el mantenimiento del viejo orden burgués con excepción de la testa coronada; los hombres de la oposición dinástica[4] a quienes el azar aportó, en vez de un cambio de ministerio, el derrocamiento de una dinastía; los legitimistas,[5] que no aspiraban a arrojar la librea, sino simplemente a cambiar su hechura; he allí los aliados con los que el pueblo hizo su revolución de Febrero... Lo que instintivamente odiaba el pueblo en Luis Felipe no era a Luis Felipe, sino a la cabeza coronada de una clase, al capital en el trono. Pero, magnánimo como siempre, creyó haber destruido a su enemigo al derrocar al enemigo de sus enemigos, al enemigo *común.*

La revolución de Febrero fue la revolución hermosa, la revolución de la simpatía general, porque las contradicciones que en ella estallaron contra la monarquía eran aún contradicciones incipientes, adormiladas todavía bajo un manto de concordia, porque la lucha social que les servía de fondo no había cobrado aún más que una existencia etérea, la existencia de la frase, de la palabra. La revolución de Junio, en cambio, es la revolución *fea,* la revolución repelente, porque las frases han sido desplazadas aquí por la realidad, porque la República, al echar por tierra la Corona, que la amparaba y la encubría, puso de manifiesto la cabeza del monstruo.

¡*Orden*!, era el grito de combate de Guizot. *¡Orden!,* gritó Sebastiani, el guizotista, cuando los rusos se apoderaron de Varsovia. *¡Orden!,* grita Cavaignac, como el eco brutal de la Asamblea Nacional francesa y de la burguesía republicana. *¡Orden!,* tronaban sus proyectiles, al desgarrar el cuerpo del proletariado.

Ninguna de las numerosas revoluciones hechas por la burguesía francesa desde 1789 había atentado contra el *orden,* pues todas dejaron en pie la dominación de la clase, la esclavitud de los obreros, el *orden burgués,* por muy frecuentemente que cambiara la forma política de esta dominación y de esta

esclavitud. Pero la batalla de Junio sí ha atentado contra este orden. ¡La maldición caiga sobre ella!

Bajo el *Gobierno provisional* era decente, era *necesario* pedir a los obreros, como se les pidió en miles de carteles oficiales, que "pusieran *tres meses de miseria a disposición de la República*", era política y misticismo a un tiempo predicarles que la revolución de Febrero había sido hecha *en su propio interés* y perseguía por encima de todo los *intereses de los obreros.* Pero, desde la *apertura* de la Asamblea Nacional, se impuso el lenguaje prosaico. Ahora ya sólo se trataba —como hubo de decirlo el ministro Trélat— *de hacer que el trabajo volviera a sus viejas condiciones.* Lo que quiere decir que los obreros se habían batido en febrero para verse lanzados a una crisis industrial.

La misión de la Asamblea Nacional consiste en borrar de la realidad la revolución de Febrero, por lo menos para los obreros, y hacer, que éstos vuelvan a las viejas condiciones de vida. Pero ni siquiera esto ha podido lograrse, pues no está en manos de una asamblea ni en las de un rey poder gritar a una crisis industrial de proporciones universales: *¡Detente!* La Asamblea Nacional, llevada de su celo brutal por acabar con los enojosos tópicos de febrero, no adoptó siquiera *aquellas* medidas que cabía adoptar situándose en el terreno de las viejas condiciones. A los obreros parisinos de 17 a 25 años los ubicó en el ejército o los lanzó a la calle; a los obreros de fuera los deportó de París a la Sologne, sin molestarse siquiera en pagarles el dinero necesario para el viaje; a los trabajadores adultos de París les asegura el gobierno, provisionalmente, un pedazo de pan de misericordia en talleres militarmente organizados, a condición de que no participen en mítines populares, es decir, a condición de que dejen de ser republicanos. Ya no bastaban ni la retórica sentimental posterior a febrero ni la brutal legislación dictada después del 15 de mayo.[6] Fíabía que decidir el problema, prácticamente, en el terreno de los hechos. ¿Para quién habéis hecho, canallas, la revolución de Febrero, para *vosotros* o para *nosotros*? La burguesía formuló la pregunta en términos tales que, necesariamente, debía ser contestada en las jornadas de junio con bombas y barricadas.

Y no obstante, como hubo de decir un diputado (Ducoux) el 25 de junio, el estupor se apoderó de toda la Asamblea Nacional. Se siente estupefacta cuando la pregunta y la respuesta empapan de sangre el pavimento de París; estupefactos, unos porque sus ilusiones se disipan entre el humo de la pólvora, otros porque no comprenden cómo el pueblo puede atreverse a tomar *en sus propias manos sus más vitales intereses.* Para que este hecho singular les entre en la cabeza hace falta recurrir a toda clase de amuletos, el *dinero ruso, el dinero inglés, el águila bonapartista, la flor de lis.* Pero ambos sectores de la Asamblea presienten que un enorme abismo los separa del pueblo. Ninguno se atreve a levantar su voz a favor de éste.

Pasado el estupor, estalla la furia, y la mayoría brama con toda razón contra los miserables utopistas e hipócritas que incurren en el anacronismo de dejar asomar todavía a los labios la palabra *fraternité*, fraternidad. De lo que se trata es precisamente de acabar con esta frase y con las ilusiones que se esconden en su sentido ambiguo. Cuando *Larochejaquelein*, el legitimista, el caballeroso fanático, se indigna contra la infamia con que se grita *Vae victis!*, "¡Ay del vencido!",[7] la mayoría de la Asamblea parece poseída del baile de San Vito, como mordida por la tarántula. Grita *¡Ay!*, a los obreros, para ocultar que el único *"vencido"* es ella misma. Una de dos: o tiene que perecer ella o la República. Por eso brama convulsivamente: "¡Viva la República!".[8]

Sólo los espíritus débiles y pusilánimes podrían hacerse esta pregunta. Los choques que brotan de las mismas condiciones de la sociedad burguesa deben afrontarse hasta el final, no pueden descartarse por obra de la fantasía. La mejor forma de gobierno es aquella en que no aparecen paliadas las contradicciones sociales, en que no se les pone trabas por la violencia, sino simplemente de un modo artificial y, por tanto, aparente. La mejor forma de gobierno es aquella en que las contradicciones sociales se abren paso en lucha libre y se encaminan así hacia su solución.

Se nos preguntará si no tenemos ninguna lágrima, ningún suspiro, ninguna palabra para quienes cayeron víctimas de la cólera del pueblo, para la Guardia Nacional, la Guardia Móvil, la Guardia Republicana o las tropas de línea.

El Estado se ocupará de velar por sus viudas y sus huérfanos; se dictarán decretos glorificándolos, solemnes procesiones acompañarán sus cuerpos a la tumba, la prensa oficial los declarará inmortales, la reacción europea, de Este a Oeste, les tributará cálidos homenajes.

Pero el ceñir los laureles sobre las frentes sombrías y amenazadoras de los plebeyos atenazados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los médicos, acusados por la gente honesta de ladrones, incendiarios y esclavos de galeras, y que han caído dejando a sus mujeres y sus hijos sumidos en una miseria todavía más insondable y a los mejores de los sobrevivientes condenados a penar en la deportación al otro lado del océano; el hacer esto, es el *privilegio*, es el *derecho de la prensa democrática*.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 29, 29 de junio de 1848]

NOTAS

[1] La fracción política formada en torno al periódico francés *Le National* agrupaba a los republicanos burgueses moderados, quienes eran dirigidos por Armand Marrast; en la década de los cuarenta se apoyaba en la burguesía industrial, a la que se hallaba unida por una parte de la intelectualidad liberal.
Le National: diario francés que apareció de 1830 a 1851 en París.

[2] Los partidarios del periódico francés *La Réforme* constituían una fracción política de demócratas y republicanos pequeñoburgueses, encabezados por Louis Blanc. *La Réforme* se publicó, en París, de 1843 a 1850.

[3] *Comisión ejecutiva:* nombre dado al gobierno de la República francesa designado por la Asamblea Constituyente el 10 de mayo de 1848, en sustitución del Gobierno provisional, que había ya dimitido. Esta Comisión ejecutiva subsistió hasta el 24 de junio del mismo año, fecha en que se instauró en el poder, con los propósitos de controlar la insurrección principalmente obrera, la dictadura militar de Cavaignac.

[4] Oposición dinástica: se llamaba así al grupo encabezado por Odilón Barrot en la Cámara de Diputados francesa durante la monarquía de Julio. Sus miembros defendían los intereses de los círculos liberales de la burguesía industrial y comercial, y abogaban por una reforma electoral moderada, como medio para prevenir la revolución y mantener en pie la dinastía de los Orleáns.

[5] Legitimistas: así se les llamaba a los partidarios de la dinastía "legítima" de los Borbones, que ocupó el poder, en Francia, de 1589 a 1793 y que, bajo la Restauración, es decir, de 1815 a 1850, defendieron los intereses de los grandes terratenientes.

[6] 15 *de mayo de 1848:* en esta fecha, los obreros de París irrumpieron en la Asamblea Nacional para protestar contra la resistencia del gobierno nacido de la revolución de Febrero y así poder tomar medidas que permitieran mejorar la situación. Demandaban una serie de medidas de carácter social: mayor ocupación laboral, impuestos especiales sobre los ricos, etc. En vista de que la Asamblea Nacional se negó a conceder sus peticiones, los portavoces de los obreros la declararon disuelta y formaron un Gobierno provisional integrado por Barbes, Blanqui, Albert, Blanc, Proudhon, Cabet y otros más. Esta tentativa fracasó y los dirigentes del movimiento fueron encarcelados, tras de lo cual el gobierno dictó una serie de medidas reaccionarias, entre otras, la supresión de los Talleres Nacionales, la prohibición de concentraciones y manifestaciones públicas y el cierre de los clubes democráticos.

[7] Famoso grito del guerrero galo llamado Breno ante la toma y destrucción de Roma por parte de los ejércitos galos en el año 390 a. n. e.

[8] Se hace referencia a la sesión de la Asamblea Nacional francesa, del 25 de junio de 1848.
El profundo abismo que se ha abierto ante nosotros ¿deberá inducir a engaño a los demócratas, llevarlos a pensar erróneamente que las luchas por la forma de gobierno son inoperantes, ilusorias, nulas?

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ALEMANIA

F. Engels

COLONIA, 2 DE JULIO. Azuzar a los pueblos entre sí, utilizando a unos para oprimir a los otros y velando así por la persistencia del poder de los gobernantes absolutos, era hasta ahora el arte de gobernar y la obra de gobierno de los poderosos y sus diplomáticos. En este arte se ha destacado con notable relieve Alemania. Para mencionar solamente los últimos setenta años, ha alquilado a los británicos, por dinero inglés, a sus lasquenetes para que lucharan contra los norteamericanos que peleaban por su independencia. Y cuando estalló la primera Revolución francesa, fueron de nuevo los alemanes quienes se dejaron azuzar como una jauría rabiosa contra el pueblo de Francia, quienes en el brutal manifiesto del duque de Braunschweig[1] amenazaron con no dejar piedra sobre piedra en París y quienes se conjuraron con los nobles emigrados contra el nuevo orden instaurado en Francia, recibiendo a cambio de ello la soldada de Inglaterra, a que se daba el nombre de *subsidio*. Cuando los holandeses tuvieron la única idea razonable que se les ocurrió durante los últimos doscientos años y decidieron poner término a los desmanes de la Casa de Orange y convertir su país en una República,[2] volvieron los alemanes a actuar como verdugos de la libertad. También Suiza podría decirnos algo acerca de la vecindad alemana, y Hungría tardará en reponerse de los daños que le fueron inferidos por la dinastía germánica de Austria. Hasta Grecia fueron enviadas las hordas mercenarias alemanas encargadas de proteger el pequeño trono del amado Otto,[3] e incluso Portugal ha conocido los manejos de los polizontes germanos. Y los congresos que siguieron al año 1815; las expediciones de los austríacos contra Nápoles, Turín y la Romaña; la prisión de Ypsilanti; la guerra de opresión de Francia contra los españoles, impuesta por Alemania,[4] el apoyo dispensado por los alemanes a don Miguel[5] y a don Carlos;[6] la reacción armada de Inglaterra sostenida por tropas hanoveranas; Bélgica, desmembrada y "termidorizada" por la influencia alemana; alemanes que son en la entraña misma de Rusia los puntales del *grande* y de los pequeños autócratas; toda Europa inundada de Coburgos...

¡Polonia desfalcada y Cracovia acuchillada con ayuda de la soldadesca alemana![7] La Lombardía y Venecia esclavizadas y esquilmadas con la mediación del dinero y la sangre alemanes; los movimientos de liberación de toda Italia ahogados directa o indirectamente con el apoyo de Alemania por las

bayonetas, la horca, la cárcel y las galeras. El registro de las culpas es demasiado largo, no sigamos adelante.

La culpa de las infamias perpetradas en otros países con ayuda de Alemania no recae solamente sobre los gobiernos, sino que, en buena parte, gravita también sobre los hombros del pueblo alemán. A no ser por sus extravíos, por su servilismo, por su disposición para prestarse a servir como tropa de lansquenetes, como "sumiso" esbirro e instrumento de los señores "por la gracia de Dios", el nombre alemán sería menos odiado, maldecido y despreciado en el extranjero y los pueblos oprimidos por Alemania habrían alcanzado desde hace ya mucho tiempo un estado normal de libre desarrollo. Ahora, que los alemanes sacuden su propio yugo, tendrá que cambiar también toda su política frente al extranjero si no queremos que nuestra incipiente libertad apenas vislumbrada, se vea estrangulada bajo los grilletes que ponemos a otros pueblos. Alemania se liberará en la misma medida en que respete la libertad de los pueblos vecinos.

Y la verdad es que, al cabo, las cosas van mejorando. Las mentiras y tergiversaciones que tan afanosamente difundían contra Polonia e Italia los viejos órganos de gobierno, los intentos encaminados a incubar un odio artificial, aquellos grandilocuentes discursos pronunciados para todas estas fórmulas mágicas, han perdido su fuerza. El patriotismo oficial solo sigue rindiendo pingües ganancias allí donde el interés material alberga detrás de estos arabescos patrióticos, entre una parte de la gran burguesía, que todavía hace buenos negocios con este patrioterismo. Esto lo sabe y con ello especula el partido reaccionario. Pero la gran masa de la clase media alemana y de la clase obrera sabe o siente que en la libertad de los pueblos vecinos se halla la garantía de su propia libertad. ¿Acaso siguen siendo populares o se hallan ya más bien desacreditadas las últimas ilusiones acerca de cruzadas "patrióticas", como la guerra de Austria contra la independencia de Italia o la de Prusia contra Polonia?

Pero ni esta conciencia ni este sentimiento son suficientes. Si la sangre y el dinero de Alemania no han de seguir derrochándose contra su propio interés en oprimir a otras nacionalidades, necesitamos conquistar un verdadero gobierno popular y desmontar hasta en sus cimientos el viejo edificio. Solamente así la política sangrienta y cobarde del viejo sistema, ahora renovado, cederá el puesto a la política internacional de la democracia. Mal puede pretenderse actuar democráticamente hacia el exterior cuando se estrangula la democracia dentro de casa.

Hay que hacer cuanto sea preciso para allanar el camino por todos los medios al sistema democrático, del lado de acá y del lado de allá de los Alpes. Los *italianos* no dejan de manifestar en sus declaraciones los sentimientos

amistosos que los animan respecto a Alemania. Baste recordar aquí el manifiesto al pueblo alemán del Gobierno provisional milanés[8] y los múltiples artículos de la prensa alemana animados por el mismo espíritu. Tenemos ahora ante nuestros ojos un nuevo testimonio de estos mismos sentimientos, una carta particular dirigida a la redacción de la *Nueva Gaceta Renana* por el comité de administración de un periódico que se publica en Florencia con el título de *L'Alba*. La carta aparece fechada el 20 de junio y dice, entre otras cosas:

... Os agradecemos muy cordialmente el respeto y la simpatía que demostráis hacia nuestra pobre Italia. Podemos aseguraros sinceramente que todos los italianos saben muy bien quiénes son en realidad los que atentan contra su libertad y la combaten y que su enemigo más rabioso no es tanto el poderoso y generoso pueblo alemán como el gobierno despótico, injusto y cruel que lo avasalla. Os aseguramos que todo verdadero italiano suspira por que llegue el momento en que pueda tender libremente su mano al hermano alemán, el cual, una vez establecidos sus derechos imprescriptibles, sabrá defenderlos y respetarlos, haciendo respetar también los suyos propios por parte de todos sus hermanos. Confiando siempre en los principios que os habéis propuesto como misión propalar celosamente, quedamos muy cordialmente.

Vuestros sinceros amigos y hermanos
(firm.) *L. Alinari.*

El *Alba* es uno de los pocos periódicos de Italia que mantiene resueltamente los principios democráticos.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 33,3 de julio de 1848]

NOTAS

[1] Duque de Braunschweig: comandante en jefe del ejército austriaco-prusiano que luchó contra la Francia revolucionaria. El 25 de julio de 1792, lanzó un manifiesto en el que amenazaba al pueblo francés con reducir a escombros la ciudad entera de París.

[2] En 1785, los holandeses se sublevaron contra la dominación de la camarilla aristocrática, agrupada en torno al gobernador de los Países Bajos, Guillermo de Orange. Este movimiento, encabezado por la facción republicana de la burguesía, lo expulsó de sus territorios, a pesar de lo cual el poder de Guillermo de Orange fue restablecido en poco tiempo, en 1787, con ayuda de las tropas prusianas.

[3] En 1832, tras un acuerdo entre Inglaterra, Francia y Rusia, fue restaurado en el trono de Grecia el príncipe Otto de Baviera, menor de edad y que llegó al país acompañado por tropas bávaras. Reinó en Grecia hasta el año de 1862 con el nombre de Otto I.

[4] *Los Congresos de la Santa Alianza* celebrados en Troppau y Laibach (1820 y 1821) y en Verona (1822) aplicaron en sus acuerdos la política reaccionaria de Austria, Prusia y Rusia. En el primero se proclamó oficialmente el principio de la intervención de las potencias de la Santa Alianza en los asuntos internos de otros Estados. Basándose en lo acordado en él, cruzaron la frontera, en febrero de 1821, 60 000 soldados austríacos, para restaurar en Nápoles el orden absolutista derrocado por el pueblo. Del mismo modo fue aplastado el movimiento nacional y liberal de Turín, que luchaba contra las tropas del rey Víctor Manuel de Cerdeña. En 1831, estalló en Módena y en la Romaña (territorio del Estado pontificio) una insurrección encabezada por los carbonarios; este levantamiento, dirigido contra el poder temporal, del papa y la dominación extranjera de los austríacos y a favor de la unidad y la independencia de Italia, fue sofocado por las tropas austríacas y pontificias. El Congreso de Verona, a instigación de Austria, acordó intervenir militarmente en España para aplastar el movimiento popular y restaurar la monarquía absoluta de Fernando II. En cumplimiento de este acuerdo, Francia invadió la península con 100 000 hombres (los "Cien mil hijos de San Luis", por alusión al rey Luis XVIII), derrocando al Gobierno liberal que había iniciado una serie de reformas, implantando así un régimen de terror.

[5] Durante la década de los veinte y los treinta del siglo xix, las potentes Austria, Prusia y Rusia apoyaron dentro de Portugal al partido reaccionario-clerical encabezado por el infante don Miguel de Braganza, cuyo principio central era la defensa del absolutismo.

[6] El pretendiente al trono español don Carlos fue el promotor de la guerra Civil carlista y jefe del partido monárquico-clerical. En esta lucha contó con el apoyo de las potencias Austria, Prusia y Rusia.

[7] Se hace referencia a la represión que produjo de parte de los ejércitos prusiano y austríaco la insurrección polaca de 1846.

[8] Se hace referencia a la proclama titulada "Il Governo provvisorio alla Nazioni Germanica", del 6 de abril de 1848, en que el Gobierno provisional de Milán, convertido en República, expresaba sus solidarios vínculos fraternales con el pueblo alemán y llamaba a la lucha común contra las fuerzas de la reacción.

LA INSURRECCIÓN EN FRANCFORT[1]

F. Engels

COLONIA, 19 DE SEPTIEMBRE, 7 DE LA NOCHE. El armisticio germano-danés ha provocado la hecatombe. La más sangrienta de las insurrecciones ha estallado en Francfort; los trabajadores de Francfort, Offenbach y Hanau, y los campesinos de los alrededores defienden con su vida el honor de Alemania, traicionado por la Asamblea Nacional y un gobierno prusiano que ha dimitido vergonzosamente.[2]

La lucha aún no se ha decidido. Hasta ayer por la noche, los soldados no parecían haber logrado muchos progresos. En Francfort, exceptuando el *Zeil* y algunas otras calles y plazas, la artillería no sirve de mucho. La caballería apenas puede maniobrar. Desde este punto de vista las probabilidades favorecen al pueblo. Los de Hanau, pertrechados con armas procedentes del arsenal tomado por asalto, se han sumado a la lucha con la mitad de sus efectivos. Y lo mismo han hecho los campesinos de numerosas aldeas de los alrededores. Hasta ayer por la noche, las tropas sumarían aproximadamente 10 mil hombres, con poca artillería. La afluencia de campesinos durante la noche debió de ser muy grande, en cambio acudieron pocos soldados; los más cercanos alrededores aparecían libres de tropas. La actitud revolucionaria de los campesinos de Odenwald, Nassau y el Electorado de Hesse no permitía nuevos envíos de tropas, pues fueron interrumpidas las comunicaciones. Si la insurrección se sostiene todavía el día de hoy, veremos tomar las armas a todo el Odenwald, Nassau, el Electorado de Hesse y el Hesse renano, así como a toda la población que se halla entre Fulda, Coblenza, Mannheim y Aschaffenburg y que las tropas se niegan a sofocar la insurrección. ¿Y quién responde por Maguncia, Mannheim, Marburgo, Kassel y Wiesbaden, ciudades todas en las que el odio contra la soldadesca ha crecido enormemente a consecuencia de los sangrientos excesos cometidos por las "tropas del *Reich*"? ¿Y quién responde por los campesinos de las comarcas del Rin, que fácilmente pueden impedir el envío de tropas por el río?

Y, sin embargo, debemos confesar que no tenemos mucha fe en la victoria de estos valientes insurrectos. Francfort es una ciudad demasiado pequeña y la fuerza desproporcionada de las tropas, así como las conocidas simpatías contrarrevolucionarias de la pequeña burguesía francfurtesa, son demasiado notorias para que podamos concebir muchas esperanzas.

Pero aún cuando los insurrectos sucumbieran, aún no se habría perdido todo. La contrarrevolución se tornará más soberbia, nos amenazará con el estado de sitio y con la represión, suspendiendo por un momento la libertad de prensa, los clubes, las asambleas populares, pero esto no durará mucho y el canto del gallo galo[3] anunciará la hora de la liberación, la hora de la justicia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 107, 20 de septiembre de 1848, *Suplemento*]

NOTAS

[1] El primer artículo de esta serie no tiene título. Apareció en el suplemento de la Nueva Gaceta Renana; los demás artículos que siguieron también se publicaron sin ningún índice de títulos.

[2] Armisticio entre Prusia y Dinamarca: después de largas negociaciones que se extendieron por siete meses, el 26 de agosto de 1848 fue concluido en Malmó (Suecia) el armisticio entre Prusia y Dinamarca. En el tratado de este armisticio se estipulaba que los territorios de Schleswig y Holstein serían separados de Prusia y que Dinamarca los anexionaría bajo un gobierno realmente proclamado, resguardando dichos territorios con tropas holsacianas y del Schleswig. Estas condiciones del tratado parecían favorecer a los demócratas revolucionarios, pero fueron sin embargo los grandes señores daneses de la región quienes, ante la situación de disolución de derecho imperante en esos territorios, finalmente impondrían en realidad sus condiciones sobre los dos ducados. Con ello, Prusia pasaría por alto, legalmente, en nombre de los designios de la guerra, los propósitos de la Confederación alemana. No obstante, la Asamblea Nacional de Francfort votó porque se pusiera fin a la negativa ante estas condiciones del armisticio, el 16 de septiembre de 1848. Al día siguiente tuvo lugar una manifestación de protesta en las calles de Francfort del Meno contra esta resolución. El 18 de septiembre surgía en las calles de la ciudad la lucha de barricadas contra las tropas prusianas y austriacas.

[3] El canto del gallo galo: Heinrich Heine compuso en marzo de 1831 una introducción para su texto "La aldea desposeída sobre la nobleza, en Cartas al conde M. von Moltke", donde, al hablar de la revolución francesa de 1830, refirió: "El gallo galo ha lanzado ya su segundo canto, y también Alemania lo hará un día".

COLONIA, 20 DE SEPTIEMBRE. Las noticias recibidas de Francfort comienzan a confirmar poco a poco nuestros temores de ayer. Parece seguro que los insurrectos han sido desalojados de Francfort y solamente se sostienen en Sachsenhausen, donde al parecer se han fortificado poderosamente. La ciudad de Francfort ha sido declarada en estado de sitio; quien sea sorprendido con las armas en la mano o haciendo resistencia al "poder del *Reich*" deberá comparecer ante un consejo de guerra.

Por tanto, los señores reunidos en la iglesia de San Pablo se hallan ahora en la misma situación de sus colegas de París; pueden con toda tranquilidad reducir "al mínimo" los derechos fundamentales del pueblo alemán y al amparo del estado de sitio. El ferrocarril a Maguncia ha sido roto en muchos sitios, y las tropas llegan tarde o nunca.

La artillería parece recibir el combate en las calles más anchas y abrir a las tropas un camino a espaldas de las barricadas. El resto lo ha hecho el celo con que la pequeña burguesía de Francfort ha abierto sus casas a los soldados, adjudicándoles con ello todas las ventajas de la lucha en las calles y la superioridad de las fuerzas enviadas por ferrocarril contra los lentos refuerzos de los campesinos, que se desplazan a pie.

Pero, aun cuando la lucha no se encienda de nuevo en Francfort, no por ello ha quedado sofocada, ni mucho menos, la insurrección. Los furiosos campesinos no dejarán sin más sus armas. Aunque no puedan disolver a la fuerza la Asamblea Nacional, tienen bastantes cosas que limpiar dentro de su casa. La tormenta, desviada de la iglesia de San Pablo, puede repartirse entre seis u ocho residencias, entre centenares de tierras señoriales. La guerra campesina de esta primavera no llegará a su término hasta que haya logrado el resultado que persigue: emancipar a los campesinos del feudalismo.

¿Cómo explicarse las continuas victorias de la causa del "orden" en todos los puntos de Europa; cuáles son las causas de la serie innumerable de derrotas sufridas por el partido revolucionario en Nápoles, Praga y París hasta Milán, Viena y Francfort? La explicación está en que todos los partidos saben que la lucha que se prepara en todos los países civilizados es una lucha completamente distinta e incomparablemente más importante que todas las revoluciones anteriores, porque tanto en Viena como en París, en Berlín y en Francfort, en Londres y en Milán, *se trata de derrocar el poder político de la burguesía;* de una revolución cuyas consecuencias inmediatas llenan ya de espanto a todos los burgueses acomodados y especuladores.

¿Acaso hay todavía en el mundo un centro revolucionario donde no haya tremolado desde las barricadas de los últimos cinco meses la bandera roja, el símbolo de combate de los proletarios europeos germanos?

También en Francfort ha sido conquistado bajo la bandera roja el Parlamento de los *Junkers* y los burgueses coligados.

De aquí todas estas derrotas, porque la burguesía se ve directamente amenazada en su poder político e indirectamente en su existencia social por cualquier insurrección que ahora estalle. El pueblo, en su mayoría inerme, tiene que luchar no sólo contra el poder del Estado burocrático y militar organizado, que ahora asume la burguesía, sino también contra la misma burguesía armada. Frente al pueblo desorganizado y mal armado se alzan todas las demás clases de la sociedad, magníficamente organizadas y dotadas de excelente armamento. A ello se debe el que, hasta ahora, el pueblo se haya rendido y seguirá rindiéndose siempre y cuando sus adversarios se vean debilitados —ya sea por la necesidad de ocupar sus tropas en la guerra o porque surja entre ellos una división— o un gran acontecimiento empuje al pueblo a un combate desesperado y desmoralice a sus enemigos.

Un acontecimiento de estas características es el que se está preparando en Francia.

Por eso no debemos desesperar si desde hace cuatro meses las granadas vencen en todas partes a las barricadas. Al contrario, cada victoria de nuestros adversarios representaba para ellos, al mismo tiempo, una derrota; estas victorias los dividen, no exaltan al partido triunfante de los conservadores de febrero y marzo, sino que al mismo tiempo acaban entregando el triunfo al partido del poder, *derrocado* en febrero y marzo. La victoria de junio en París se ha limitado a preparar el comienzo para la dominación de la pequeña burguesía de los republicanos *puros;* aún no han transcurrido tres meses y la gran burguesía, el partido constitucional, amenaza con derrocar a Cavaignac y con echar a los "puros" en los brazos de los "rojos". Y así sucederá también en Francfort: la victoria no favorecerá a los centristas moderados, sino a las *derechas;* la burguesía dará la delantera a los señores del Estado de los militares, los funcionarios y los Junkers, quienes pronto saborearán los amargos frutos de su victoria.

¡Que les aproveche! Entre tanto, nosotros aguardaremos el momento en que suene en París la hora de la liberación.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 108, 21 de septiembre de 1848]

(Desde *La Asamblea de Francfort* hasta *La Insurrección en Francfort*, en: C. Marx y F. Engels, *Collected Works*. Vol. 7. 1848, pp. 16-445)

LA GUERRA EN ITALIA Y HUNGRÍA

F. Engels

COLONIA, 27 DE MARZO. LA GUERRA EN ITALIA HA COMENZADO.[1] Y, con ella, la monarquía de los Habsburgos se ha echado encima una carga bajo la que probablemente sucumbirá. Mientras Hungría no se hallaba en guerra abierta con toda la monarquía, sino simplemente en un plano vacilante de hostilidades contra los eslavos del Sur, no era grave empeño para Austria vérselas con un país sólo a medias revolucionario como Italia, disperso y paralizado por la triple traición de una testa coronada. ¡Y, sin embargo, cuánto trabajo le costó! Fue necesario que el Papa[*] y el Gran duque de Toscana[**] retiraran antes —directa o indirectamente— sus tropas del territorio veneciano y que Carlos Alberto[***] y sus mariscales de campo, vendidos unos e incapaces otros, traicionaran abiertamente la causa de Italia; fue necesario que tan pronto los magiares como los sudeslavos se viesen arrastrados a enviar sus soldados a combatir en Italia, mediante una política de doblez y de aparentes concesiones, para que Radetzky pudiera obtener sus victorias junto al Mincio. Como es sabido, fueron los regimientos fronterizos de los sudeslavos enviados en masa a Italia los que pusieron de nuevo al desorganizado ejército austriaco en condiciones de luchar.

Además, mientras seguía en vigor el armisticio con el Piamonte y Austria se veía obligada simplemente a mantener su ejército en Italia dentro de los efectivos anteriores, sin tener por qué reforzarlo considerablemente, podía permitirse dirigir contra Hungría el grueso de sus 600 000 soldados, mover a los magiares de una posición a otra y, por último, incluso, llegar a contrarrestar la fuerza magiar mediante refuerzos diariamente enviados. A la larga, Kossuth, lo mismo que Napoleón, no habría tenido más remedio que sucumbir ante la superioridad del número.

Pero la guerra en Italia hizo cambiar notablemente la situación. Desde el momento mismo en que se vio claramente que iba a rescindirse el armisticio, Austria no tuvo más remedio que duplicar sus envíos de tropas a Italia, repartiendo entre Windischgrátz y Radetzky sus reclutas recién alistados. Y, así la cosa, es de esperar que ninguno de los dos cuente con tropas bastantes.

---

[*] Pío IX.
[**] Leopoldo II.
[***] De Cerdeña.

De este modo, mientras que para los magiares y los italianos se trata simplemente de ganar tiempo —tiempo para recibir y fabricar armas; tiempo para instruir como soldados aptos para el servicio de campaña a la reserva y a la Guardia Nacional; tiempo para llevar a fondo el proceso de revolución del país—, Austria va perdiendo poder cada día en relación con sus adversarios.

Mientras Roma, la Toscana e incluso el Piamonte se ven lanzados por la guerra cada vez más profundamente a la revolución y obligados a desarrollar diariamente mayor energía revolucionaria; mientras ellos pueden aguardar a la crisis inminente de Francia, que avanza con paso acelerado, en Austria cobra mayor terreno cada día y se organiza diariamente mejor el tercer elemento desorganizador, la *oposición eslava.* La Constitución otorgada[2] se ha arrojado a los eslavos después de marzo como pago por haber salvado a Austria, y las innumerables ofensas inferidas a los eslavos por los excesos de la burocracia y la soldadesca son hechos consumados e intangibles.

En estas condiciones, es comprensible que la *Gaceta de Colonia*[3] muestre una gran prisa en que los imperiales den cima lo antes posible a la desagradable guerra húngara. Por eso ayer los presentaba cruzando en tres columnas el río Theiss, noticia tanto más verosímil cuanto que, hasta la hora actual, no ha sido confirmada por ningún parte de operaciones. Por otro lado, se informa de lo contrario, a saber: de que el ejército magiar avanza a marchas forzadas sobre Pest, persiguiendo evidentemente el objetivo de levantar el cerco de Komorn. Esta plaza, aunque bajo violento bombardeo, se sostiene valientemente. Mientras duró el bombardeo, no dispararon un solo tiro, pero al intentar los austríacos un asalto, fueron rechazados con grandes pérdidas por fuego de metralla. Se dice que el regimiento polaco de huíanos del Duque de Coburgo se pasó a los magiares, al ver que Dembinski aguardaba tranquilamente su ataque, mientras entonaba la melodía de "Polonia aún no se ha perdido".[4]

Son todas las noticias que hoy podemos dar a vuestros lectores acerca del teatro de guerra de Hungría. El correo de Viena correspondiente al día 23 no ha llegado.

Volvamos ahora la vista al teatro de guerra italiano. El ejército piamontés se halla apostado aquí, describiendo un amplio arco, a lo largo del Tessino y el Po. La primera línea va desde Arona, por Novara, Vigevano y Voghera, hasta Castel San Giovanni, delante de Piacenza. La reserva se estaciona unas cuantas millas más atrás, a lo largo del Sesia y Bormida, cerca de Verzelli, Trino y Alessandria. En la extrema ala derecha, cerca de Sarzana, en la frontera entre Toscana y Módena, se halla un cuerpo destacado al mando de La Marmora, dispuesto a marchar sobre Parma y Módena por los desfiladeros de la Lunigiana y a enlazar por la izquierda con el ala izquierda del ejército principal y por

el ala derecha con el ejército toscano y romano, cruzando, si las circunstancias lo aconsejan, el Po y el Ádige y pasando a operar en territorio veneciano.

Al otro lado, en la orilla izquierda del Tessino y el Po, se halla Radetzky. Como es sabido, sus tropas están divididas en dos cuerpos de ejército, uno de los cuales ocupa la Lombardía y el otro el territorio veneciano. En esta provincia no sabemos que se hayan producido dislocaciones de tropas; en cambio, por lo que se refiere a Lombardía, de todas partes se informa que Radetzky concentra todo su ejército junto al Tessino. Ha retirado todas sus tropas de Parma y en Módena sólo ha dejado en la ciudadela dos o trescientos hombres. Várese, Como, Val d'Intelvi y Valtellina han quedado totalmente desguarnecidas de tropas, habiendo desaparecido hasta los guardias fronterizos aduaneros.

Todas las fuerzas disponibles de Radetzky, unos 50 000 hombres, han sido emplazadas desde Magenta hasta Pavía, a lo largo del Tessino, y desde Pavía hasta Piacenza, siguiendo la línea del Po.

Se dice que Radetzky abrigaba el temerario plan de cruzar inmediatamente el Tessino al frente de este ejército, para marchar directamente sobre Turín, al amparo del desconcierto que ello provocara entre los italianos. Todavía se recordará que, el año pasado, Radetzky concibió más de una vez veleidades napoleónicas por el estilo, y ya sabemos en qué pararon. Esta vez todo el consejo de guerra se opuso al descabellado plan y se decidió retirarse detrás del Oglio y, en caso necesario, incluso del Chiesse, sin librar ninguna batalla decisiva contra el Adda, para aguardar allí a la llegada de refuerzos desde la región veneciana y desde Iliria.

De las maniobras de los piamonteses y del espíritu belicoso de los lombardos dependerá el que esta retirada pueda llevarse a cabo sin pérdidas y el que los austríacos logren contener por largo tiempo a los piamonteses. En efecto, las estribaciones del sur de los Alpes, la Comasca, la Brianza, la Bergamasca, el Veltlino (Valtellina) y la Bresciana, ya ahora abandonadas en su mayor parte por los austríacos, se prestan magníficamente para una guerra nacional de guerrillas. Los austríacos, concentrados en la planicie, no tienen más remedio que dejar libre la montaña. Los piamonteses, avanzando velozmente con tropas ligeras hacia el ala derecha de los austriacos, pueden organizar rápidamente guerrillas que amenacen el flanco y, en caso de derrota de un cuerpo de tropas, intercepten la retirada de los imperiales, les corten los accesos y hagan que se corra la insurrección hasta los Alpes tridentinos. En este terreno se movería como en su casa Garibaldi. Pero no creemos que se le ocurra volver a servir a las órdenes del traidor Carlos Alberto.[5]

El ejército toscano-romano, apoyado por La Marmora, tendrá que ocupar la línea del Po desde Piacenza hasta Ferrara para cruzar lo antes posible el Po y

en la segunda línea el Ádige, separar a Radetzky del cuerpo de ejército austriaco-veneciano y poder operar en su ala izquierda o bien en su retaguardia. Sin embargo, difícilmente llegará lo bastante aprisa para poder influir en las primeras operaciones militares.

Pero, más decisiva que todo esto será la actitud de los piamonteses. Su ejército es bueno y aguerrido, pero si vuelve a verse traicionado como el año pasado tendrá que aceptar la derrota. Los lombardos llaman a las armas para batirse contra estos opresores; ahora bien, si vuelve a ocurrir lo del año anterior, en que un vacilante gobierno burgués paralizó la insurrección en masa, Radetzky podrá entrar de nuevo en Milán.

Contra la traición y la cobardía del gobierno no hay más que un medio: la revolución. Y tal vez sea necesario precisamente que se produzcan una nueva felonía de Carlos Alberto y un nuevo acto de deslealtad por parte de la nobleza y la burguesía lombardas para que la revolución italiana se abra paso, y con ella la guerra por la independencia de Italia. Y, entonces, ¡ay de los traidores!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 257, 28 de marzo de 1849]

NOTAS

[1] Véase *supra*, nota 82.

[2] Véase *supra*, nota 340.

[3] Véase *supra*, nota 43.

[4] "Polonia aún no se ha perdido palabras del Himno nacional de Polonia (véase *supra*, nota 208).

[5] En el verano de 1848, durante las guerras revolucionarias en el norte de Italia, el demócrata revolucionario Giuseppe Garibaldi ofreció sus servicios a las órdenes de Carlos Alberto de Cerdeña, a lo cual éste se negó. Garibaldi se dirigió a Lombardía y, allí, acuarteló a su ejército de voluntarios. Pero el Gobierno provisional de Lombardía concertó un pacto con Carlos Alberto en el sentido de que los voluntarios de Garibaldi permanecieran sin aprovisionamiento y casi desarmados y sin equipo.

LA DERROTA DE LOS PIAMONTESES

F. Engels

COLONIA, 30 DE MARZO. La traición de Ramorino ha dado sus frutos. El ejército piamontés ha sido *totalmente derrotado* cerca de Novara y rechazado hacia Borgomanero, al pie de los Alpes. Los austríacos han ocupado Novara, Vercelli y Trino y tienen expedito el camino hacia Turín.

No poseemos, hasta ahora, mayores detalles. Pero desde luego puede asegurarse que la victoria de los austríacos no habría sido posible sin la intervención de Ramorino, que les permitió deslizarse entre las diversas divisiones piamontesas y aislar a una parte de ellas.

No cabe duda de que también Carlos Alberto ha traicionado. Si lo ha hecho solamente por mediación de Ramorino o también de otros modos, lo sabremos más tarde.

Ramorino es el mismo aventurero que, después de una carrera más o menos equívoca en la guerra polaca de 1830-1831[1] y en la campaña de Saboya de 1833,[2] el mismo día en que las cosas tomaban un cariz un tanto serio, desapareció con todos los fondos del ejército y que, más tarde, en Londres, facilitó al ex duque de Braunschweig, por 1.200 libras esterlinas, un plan para la conquista de Alemania.

El solo hecho de que pudiera darse un puesto a este granuja es indicio de que Carlos Alberto, que teme a los republicanos de Génova y Turín más que a los austríacos, maquinaba ya desde el primer momento la traición.

No cabe duda de que, después de esta derrota, se espera una revolución y la proclamación de la República en Turín, como lo indica el que se trate de prevenirse contra ella mediante la abdicación de Carlos Alberto en la persona de su hijo mayor.[*]

La derrota de los piamonteses tiene mayor importancia que todas las farsas del emperador de Alemania juntas. Es la derrota de toda la revolución italiana. Vencido el Piamonte, les llegará el turno a Roma y a Florencia.

---

[*] Víctor Manuel II.

Pero, si no son engañosos todos los indicios, esta derrota de la revolución italiana servirá precisamente de señal para el estallido de la revolución europea. A medida que va sintiéndose más sojuzgado por la propia contrarrevolución dentro del país, el pueblo francés ve cómo avanza hacia sus fronteras la contrarrevolución armada del exterior. A la victoria de junio y a la dictadura de Cavaignac en París correspondió la marcha victoriosa de Radetzky hasta el Mincio; a la presidencia de Bonaparte, a Barrot y a la ley sobre los clubes[3] corresponden ahora la victoria de Novara y la marcha de los austríacos sobre los Alpes. París está maduro para una nueva revolución. Saboya, que desde hace un año prepara su separación del Piamonte y su incorporación a Francia y se ha resistido a tomar parte en la guerra, se echará en brazos de los franceses, y Barrot y Bonaparte tendrán que rechazarla. Génova, y tal vez Turín si llega a tiempo, proclamarán la República e invocarán la ayuda de Francia. Y Odilón Barrot les contestará gravemente que sabrá proteger la integridad del territorio de Cerdeña.

Pero, si el gobierno no quiere enterarse de ello, el pueblo de París sí sabe que Francia no puede tolerar la presencia de los austríacos en Turín y en Génova. Y no la tolerará. Contestará a los italianos con un levantamiento victorioso, al que se sumará el ejército francés, el único ejército de Europa que desde el 24 de febrero[4] no ha pisado el campo de batalla.

El ejército francés arde en deseos de cruzar los Alpes para medir sus fuerzas con los austríacos. No está acostumbrado a enfrentarse a una revolución que le promete nueva fama y nuevos laureles y que levanta la bandera de guerra contra la coalición. El ejército francés no es "el glorioso ejército" del Hohenzollern.[5]

La derrota de los italianos es amarga. Ningún pueblo, si exceptuamos a los polacos, se ha visto tan ignominiosamente oprimido como éste bajo el poder de enemigos muy superiores en fuerzas; ninguno ha intentado tantas veces y con tanta valentía sacudir el yugo de la opresión. Y una y otra vez ha tenido este desventurado pueblo que sucumbir nuevamente ante sus opresores, cosechando nuevas derrotas como fruto de todos sus esfuerzos y de todas sus luchas. Pero si el descalabro provoca, esta vez, el desencadenamiento de una revolución en París y de la guerra en Europa, cuyos presagios se manifiestan en todas partes; si la derrota sirve de acicate para un nuevo movimiento a lo largo de todo el continente, movimiento que esta vez tendrá otro carácter que el del año pasado; si así sucede, hasta los italianos tendrán razones para dar por bien empleado lo ocurrido.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 260, 31 de marzo de 1849]

NOTAS

[1] Véase *supra*, nota 183.

[2] Campaña de Saboya de 1833: esta campaña militar, organizada por el demócrata burgués y revolucionario Giuseppe Mazzini, contaba, entre las filas del ejército que llevó a cabo dicha campaña, con emigrantes italianos, alemanes y polacos, todos ellos voluntarios. Los revolucionarios penetraron Saboya desde Suiza, pero las tropas del Piamonte respondieron al ataque, haciéndolos desarmar en Suiza.

[3] Una propuesta de ley del ministerio Faucher, del 26 de enero de 1849, de la Asamblea Constituyente francesa acerca del derecho de reunión, dice en su primer parágrafo: "Los clubes están prohibidos". Faucher sostiene la propuesta, cuyo proyecto es rápidamente redactado para su discusión. La Asamblea desechó esta apresurada propuesta y el 27 de enero Ledru-Rollin, apoyado por 230 diputados, firmó una propuesta para cambiar de ministerio, ante ciertas transgresiones constitucionales.

[4] El 24 de febrero de 1848 fue derrocada la monarquía de Luis Felipe de Orleáns

[5] Ante mi glorioso ejército: palabras que el rey prusiano Federico Guillermo IV dirigió a sus tropas la mañana del 19 de marzo de 1848, un día después de iniciados los sucesos de Berlín.

COLONIA, 1 DE ABRIL. Según los últimos informes que llegan de Italia, la derrota de los piamonteses en Novara no es, ni mucho menos, tan decisiva como se anunciaba en el despacho telegráfico cursado a París. Los piamonteses han sido derrotados, han sido cortadas sus comunicaciones con Turín y se los ha arrojado a la montaña. Eso es todo.

Si Piamonte fuese una república y el gobierno de Turín un gobierno revolucionario, con el valor necesario para poner en acción recursos revolucionarios, no se habría perdido nada. Pero lo que hace que se pierda la independencia italiana no es la invencibilidad de las armas austríacas, sino la cobardía de la monarquía piamontesa.

¿Qué les ha dado la victoria a los austríacos? El que la traición de Ramorino permitiera dislocar a dos divisiones de las tres restantes para que estas tres, aisladas, fuesen batidas por la superioridad de fuerzas de los austríacos. Estas tres divisiones han sido ahora rechazadas hasta las faldas de los Alpes del Valais.

Fue un error enorme, desde el primer momento, el que los piamonteses sólo opusieran a los austríacos un ejército regular y se empeñaran en hacerles una guerra normal, burguesa, honesta. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no puede limitarse a los recursos de la guerra *usual*. Levantamiento en masa, guerra revolucionaria, guerrillas: he allí el único medio con que un pueblo pequeño puede ganar la guerra a otro grande, con que un ejército menos fuerte puede ponerse en condiciones de resistir a otro más fuerte y mejor organizado.

Así lo demostraron los españoles en 1807-[1812],[1] y así lo demuestran todavía hoy los húngaros.

Chrzanowski fue derrotado en Novara y quedó cortado de Turín. Radetzky se hallaba a nueve millas de esta capital. En una *monarquía*, como Piamonte, aunque sea constitucional, quedaba decidida con esto la campaña y ya sólo restaba acudir a Radetzky para solicitar de éste las condiciones de paz. Pero en una república esa derrota *no habría decidido nada*. La derrota de Chrzanowski habría podido ser incluso una suerte para Italia, de no haber sido por la inevitable actitud de las monarquías, que jamás tienen el valor de recurrir a los medios revolucionarios extremos, pues su cobardía se lo impide.

Si Piamonte fuese una república que no tuviese que preocuparse para nada de las tradiciones monárquicas, se habría abierto ante él un camino que habría conducido toda la campaña a un muy distinto resultado.

Chrzanowski había sido rechazado hacia Biella y Borgomanero. En aquella región, donde los Alpes suizos ya no permiten seguir retirándose y donde los dos o tres angostos valles hacen punto menos que imposible cualquier dispersión del ejército, resultaba fácil concentrar las tropas y hacer infructuosa mediante una intrépida marcha la victoria lograda por Radetzky.

Si los jefes del ejército piamontés tuviesen arrojo revolucionario, si supieran que en Turín actuaba un gobierno revolucionario dispuesto a todo, su modo de proceder sería muy sencillo.

Después de la batalla de Novara, había en las proximidades del lago Maggiore de 30 000 a 40 000 hombres del ejército de Piamonte. Este cuerpo de ejército, concentrado en dos días, podía lanzarse sobre la Lombardía, donde no hay más de 12 000 austríacos; podía ocupar las plazas de Milán, Brescia y Cremona, organizar el levantamiento general, derrotar uno tras otro a los cuerpos austríacos enviados desde territorio veneciano y hacer saltar por los aires, de este modo, toda la base de operaciones de Radetzky.

Radetzky, en vez de marchar sobre Turín, se habría visto obligado a virar en redondo inmediatamente para retirarse hacia la Lombardía, perseguido por las masas piamontesas levantadas en armas y apoyadas, como es natural, por la insurrección de los lombardos.

Esta guerra, una guerra *verdaderamente* nacional, como la que los lombardos libraron en marzo de 1848 y con la que lograron arrojar a Radetzky al otro lado del Oglio y del Mincio, habría lanzado a la lucha a toda Italia e infundido una gran energía a los romanos y los toscanos.

Mientras Radetzky, entre el Po y el Tessino, se paraba a cavilar si debía avanzar o retroceder, podían los piamonteses y lombardos marchar hasta las puertas de Venecia, levantar el cerco de esta ciudad, atraerse a La Marmora y a las tropas romanas, inquietar y debilitar al mariscal austriaco con innumerables bandadas de guerrillas, poner en dispersión y, por último, derrotar a sus tropas. Lombardía sólo aguardaba el avance de los piamonteses y acabó levantándose sin esperar a más. Sólo las ciudades austríacas tenían a raya a las ciudades lombardas. Diez mil piamonteses habían llegado ya a suelo de Lombardía; de haber sido 20 000 o 30 000, habrían impedido la retirada de Radetzky.

Pero el levantamiento en masa y la insurrección general del pueblo son recursos ante los cuales retrocede asustada una monarquía. Sólo la República echa mano de ellos, como lo prueba el año 1793. Son recursos cuyo *empleo* presupone el *terrorismo revolucionará* y ¿dónde está el monarca capaz de decidirse a esto?

Así pues, lo que ha perdido a los italianos no es precisamente la derrota de Novara y Vigevano, sino la moderación y la cobardía a que una monarquía tiene necesariamente que uncirse. La derrota de Novara sólo implicaba un prejuicio *estratégico:* cortaba a los piamonteses de Turín y dejaba el camino abierto hacia esta ciudad a los austríacos. Pero este perjuicio habría sido de todo punto insignificante si la derrota hubiese desencadenado inmediatamente la *verdadera guerra revolucionaria*, si el resto del ejército italiano se hubiese convertido en seguida en núcleo de un levantamiento nacional en masa, si la honesta guerra estratégica de un *ejército* se hubiese transformado en la guerra de un *pueblo*, como la que los franceses sostuvieron en 1793.

Claro está que todo esto, la guerra revolucionaria, el levantamiento en masa, el terrorismo, son cosas a las que jamás podrá avenirse una monarquía. Ésta antes pacta con su peor enemigo, pero un enemigo igual a ella, que entenderse con el pueblo.

Carlos Alberto puede ser o no traidor, lo cierto es que su *Corona*, la *monarquía*, habría bastado para hundir a Italia.

Pero sí era traidor, no cabe duda. En todos los periódicos franceses hemos podido leer la noticia del gran complot contrarrevolucionario europeo urdido entre todas las grandes potencias, del plan de campaña de la contrarrevolución para imponer por fin el yugo a todos los pueblos europeos. Rusia e Inglaterra, Prusia y Austria, Francia y Cerdeña han firmado esta nueva Santa Alianza.[2]

Acerca de la Santa Alianza: La *Santa Alianza:* agrupación de potencias reaccionarias (Inglaterra, Prusia, Rusia, Austria) contra la Francia napoleónica, de la cual era vencedora, y en general de todos los movimientos democráticos y progresistas en Europa. La Santa Alianza fue fundada el 26 de septiembre de 1815 por iniciativa del zar Alejandro I. Tiempo después, prácticamente todos los Estados reaccionarios de Europa formaban parte de ella. Los monarcas quedaban obligados a prestarse apoyo mutuo a fin de sofocar las insurrecciones populares dondequiera que éstas estallaran.

Carlos Alberto tenía la orden de lanzarse a la guerra contra Austria, dejarse derrotar y dar pie con ello a los austríacos para restablecer el "orden" en el Piamonte, en Florencia y en Roma, otorgando en todas partes, graciosamente, constituciones basadas en la ley marcial. En pago de ello se entregarían a Carlos Alberto Parma y Piacenza, los rusos pacificarían a Hungría, Francia se convertiría en Imperio, y volverían a reinar en Europa el orden y la paz. He aquí, según las noticias de los periódicos franceses, el gran plan de la contrarrevolución, plan que explica la traición de Ramorino y la derrota de los italianos.

Pero la victoria de Radetzky ha asestado un nuevo golpe a la monarquía. La batalla de Novara y la consiguiente paralización de los piamonteses demuestran que nada puede entorpecer más a un pueblo que la monarquía, llegado el caso extremo en que aquél necesite poner en tensión todas sus fuerzas. Si Italia no quiere hundirse arrastrada por la monarquía, lo primero que tiene que hacer es acabar con la monarquía en Italia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 261,1 de abril de 1849. 2ª edición]

NOTAS

[1] En las guerras de liberación nacional del pueblo español contra el ejército napoleónico se siguió la táctica de la "guerrilla" contra los ejércitos regulares.

[2] *Nueva Santa Alanza:* en 1848-1849 se dio, de parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de Europa, una serie de intentos por reprimir los movimientos revolucionarios de la misma manera que lo había hecho la vieja Santa Alianza en 1815. Sin embargo, no fue posible la conclusión de un nuevo tratado, similar al de entonces.

COLONIA, 4 DE ABRIL. Por fin podemos ver claros y manifiestos ante nosotros los acontecimientos de la campaña del Piamonte hasta el momento de la victoria de los austríacos en Novara.

Mientras hacía correr deliberadamente el falso rumor de que se mantendría a la ofensiva y se replegaría sobre el Adda, Radetzky concentró calladamente todas sus tropas en torno a Sant Angelo y a Pavía. La traición del partido reaccionario-austriaco de Turín había puesto en su conocimiento hasta el último de los planes y disposiciones de Chrzanowski y le había permitido informarse en su totalidad acerca del dispositivo de su ejército, habiendo conseguido, en cambio, engañar a los piamonteses en cuanto a las posiciones que ocupaba el suyo. Así se explica el emplazamiento de las tropas del Piamonte a los dos lados del Po, encaminado exclusivamente a avanzar desde todas partes sobre Milán y Lodi, simultáneamente y en movimiento concéntrico.

No obstante esto, si en el centro del ejército piamontés se hubiese opuesto una resistencia seria, habrían sido inconcebibles los rápidos triunfos alcanzados ahora por Radetzky. De haberle salido al paso en Pavía el cuerpo de ejército de Ramorino, habría habido tiempo suficiente para disputarle el cruce del río Tessino, mientras llegaban refuerzos. Entre tanto, podían haber entrado en juego también las divisiones estacionadas en la orilla derecha del Po y cerca de Arona; el ejército piamontés, emplazado paralelamente al Tessino, cubría a Turín y se bastaba y sobraba para poner en fuga a las tropas de Radetzky. Claro está que para ello había que contar con que Ramorino cumpliría con su deber.

No lo hizo. Permitió a Radetzky cruzar el Tessino, y con ello se rompió el centro piamontés y quedaron aisladas las divisiones emplazadas al otro lado del Po. La suerte de la campaña, en rigor, estaba ya decidida.

Ahora Radetzky emplazó entre el Tessino y el Agogna sus 60 000 ó 70 000 hombres, con 120 cañones, y tomó de flanco a las cinco divisiones piamontesas colocadas a lo largo del Tessino. Rechazó con su enorme superioridad de fuerzas a las cuatro más cercanas, a las que derrotó en Mortara, Garlasco y Vigevano el día 21, tomó Mortara, obligando con ello a los piamonteses a replegarse sobre Novara, y amagó a la única vía de comunicación que les quedaba libre hacia Turín, la que partía Novara, pasando por Vercelli y Chivasso.

Pero, en realidad, los piamonteses habían perdido ya esta calzada. Para poder concentrar sus tropas y, sobre todo, para poder utilizar a la división Saroli, emplazada en la extrema ala izquierda en torno a Arona, tenían que hacer de Novara el nudo de sus operaciones, pudiendo por lo demás ocupar nuevas posiciones detrás del Sesia.

Por eso, ya prácticamente cortados de Turín, no les quedaba más remedio que aceptar la batalla cerca de Novara o lanzarse a la Lombardía, organizar una guerra popular y dejar a Turín confiada a su suerte, a las reservas y a las guardias nacionales. En este caso, Radetzky se habría guardado mucho de seguir avanzando.

Ahora bien, para ello era necesario que en el mismo Piamonte estuviese preparada la *insurrección en masa,* y no era así. La guardia nacional burguesa estaba armada; pero la masa del pueblo carecía de armas, aunque clamase a gritos por las que había en los arsenales.

La monarquía no se había atrevido a apelar a la misma fuerza irresistible que había salvado a Francia en 1793.

Los piamonteses hubieron de aceptar, pues, la batalla de Novara, a pesar de ser tan desfavorable su situación y tan grande la superioridad de fuerzas del enemigo.

Cuarenta mil piamonteses (diez brigadas) con una artillería relativamente débil se enfrentaron a todo el poderío austríaco, unos 60 000 hombres por lo menos, con 120 cañones.

El ejército piamontés se colocó a ambos lados de la cabeza de Mortara, bajo los muros de Novara.

El ala izquierda, al mando de Durando, dos brigadas, se apoyaba en una posición bastante fuerte, La Bicocca.

El centro, mandado por Bes, tres brigadas, tenía como punto de apoyo una alquería llamada La Cittadella.

El ala derecha, al mando de Perrone, tres brigadas, se apoyaba sobre la meseta de Corte Nuove (calzada de Vercelli).

Se formaron dos cuerpos de reserva, uno integrado por dos brigadas al mando del duque de Génova, detrás del ala izquierda, el otro compuesto por una brigada y las guardias, detrás del ala derecha y mandado por el duque de Saboya, el actual rey.

El emplazamiento de los austríacos no aparece tan claro, a juzgar por su boletín de operaciones.

El segundo cuerpo de ejército austríaco, al mando de d'Aspre, abrió la batalla, atacando al ala izquierda de los piamonteses; tras él marchaban el tercer

cuerpo de ejército, mandado por Appel, el cuerpo de reserva y el cuarto cuerpo. Los austriacos lograron desplegar en batalla toda su línea de combate y descargar al mismo tiempo un ataque concéntrico sobre todos los puntos del dispositivo piamontés, y su superioridad de fuerzas arrolló al enemigo.

La clave de la posición de los del Piamonte era La Bicocca; si los austriacos lograban apoderarse de ella, el centro y el ala izquierda de los piamonteses quedarían encerrados entre la ciudad (no fortificada), sin otro recurso que dispersarse o rendirse.

De allí que los austriacos lanzaran su ataque principal contra el ala izquierda de los piamonteses, apoyada principalmente en La Bicocca. En este sector se peleó con gran violencia, pero sin que durante mucho tiempo se obtuvieran resultados.

También fue objeto de vivos ataques el centro. Por varias veces perdieron los piamonteses La Cittadella, que otras tantas fue recuperada por Bes.

Cuando los austriacos se dieron cuenta de que tropezaban allí con fuerte resistencia, volvieron a lanzar su esfuerzo principal contra el ala izquierda de los piamonteses. Las dos divisiones de éstos fueron rechazadas hasta La Bicocca, que, al fin, fue tomada por asalto. El Duque de Saboya se lanzó con sus reservas sobre los austriacos, pero inútilmente. La superioridad de fuerzas de los imperiales era demasiado grande, la posición estaba ya perdida y, con ello, decidida ya la suerte de la batalla. La única retirada que les quedaba libre a los piamonteses era la retirada hacia los Alpes, hacia Biella y Borgomanero.

Y a esta batalla, preparada por la traición y ganada por la superioridad de fuerzas, la llama la *Gaceta de Colonia*, que durante largo tiempo venía suspirando por una victoria de los austríacos,

> una batalla que *brillará por siempre* en la historia de la guerra [!], pues la victoria lograda por el viejo Radetzky es el resultado de movimientos *combinados tan hábilmente* y de una *bravura verdaderamente tan grandiosa, que no se había visto nada parecido desde los días de Napoleón, el gran demonio de las batallas* [!!!].

Hay que reconocer que Radetzky o, mejor dicho, Hess, su jefe de estado mayor, supo urdir muy bien su complot con Ramorino. Y también es verdad que, desde la traición de Grouchy en Waterloo, no se había visto una infamia tan grandiosa como esta de Ramorino. Pero si hay que comparar con alguien a Radetzky, no es precisamente con Napoleón, "el demonio de las batallas" (!), sino con *Wellington*: a los dos les costaron siempre sus victorias, más *dinero contante* que pericia y valentía.

No entraremos, por el momento, en las demás mentiras propaladas ayer noche por la *Gaceta de Colonia:* la de que los diputados demócratas de Turín emprendieron la huida, la de que los lombardos "se condujeron como un hatajo de cobardes", etc., etc. Los últimos acontecimientos se han encargado ya de desmentirlas. Estas mentiras solo revelan una cosa: la alegría que le produce a la *Gaceta de Colonia* el que la gran Austria haya derrotado, y además valiéndose de la traición, al pequeño Piamonte.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 263, 4 de abril de 1849]

La guerra en Italia y Hungría y *La derrota de los piamonteses*,
en: C. Marx y F. Engels, *Collected Works*. Vol. 9. 1848, pp. 148-177.

Las revoluciones de 1848, en C. Marx y F. Engels.
Selección de artículos de la *Nueva Gaceta Renana*.
Traducción de Wenceslao Roces.
Fondo de cultura económica. 70 años.
Colección Conmemorativa. 70 Aniversario.
2ª edición 2006.

"LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850"[1]

INTRODUCCIÓN DE F. ENGELS A LA EDICIÓN DE 1895[2]

El trabajo que aquí reeditamos fue el primer ensayo de Marx para explicar un fragmento de historia contemporánea mediante su concepción materialista, partiendo de la situación económica existente. En el "Manifiesto Comunista" se había aplicado a grandes rasgos la teoría a toda la historia moderna, y en los artículos publicados por Marx y por mí en la "*Neue Rheinische Zeitung*"[3], esta teoría había sido empleada constantemente para explicar los acontecimientos políticos del momento. Aquí, en cambio, se trataba de poner de manifiesto, a lo largo de una evolución de varios años, tan crítica como típica para toda Europa, el nexo causal interno; se trataba pues de reducir, siguiendo la concepción del autor, los acontecimientos políticos a efectos de causas, en última instancia económicas.

Cuando se aprecian sucesos y series de sucesos de la historia diaria, jamás podemos remontarnos hasta las *últimas* causas económicas. Ni siquiera hoy, cuando la prensa especializada suministra materiales tan abundantes, se podría, ni aun en Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y del comercio en el mercado mundial y los cambios operados en los métodos de producción, hasta el punto de poder, en cualquier momento hacer el balance general de estos factores, múltiplemente complejos y constantemente cambiantes; máxime cuando los más importantes de ellos actúan, en la mayoría de los casos, escondidos durante largo tiempo antes de salir repentinamente y de un modo violento a la superficie. Una visión clara de conjunto sobre la historia económica de un período dado no puede conseguirse nunca en el momento mismo, sino sólo con posterioridad, después de haber reunido y tamizado los materiales. La estadística es un medio auxiliar necesario para esto, y la estadística va siempre a la zaga, renqueando. Por eso, cuando se trata de la historia contemporánea corriente, se verá uno forzado con harta frecuencia a considerar este factor, el más decisivo, como un factor constante, a considerar como dada para todo el período y como invariable la situación económica con que nos encontramos al comenzar el período en cuestión, o a no tener en cuenta más que aquellos cambios operados en esta situación, que por derivar de acontecimientos patentes sean también patentes y claros. Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos

políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clases.

Huelga decir que esta desestimación inevitable de los cambios que se operan al mismo tiempo en la situación económica —verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan— tiene que ser necesariamente una fuente de errores. Pero todas las condiciones de una exposición sintética de la historia diaria implican inevitablemente fuentes de errores, sin que por ello nadie desista de escribir la historia diaria.

Cuando Marx emprendió este trabajo, la mencionada fuente de errores era todavía mucho más inevitable. Resultaba absolutamente imposible seguir, durante la época revolucionaria de 1848-1849, los cambios económicos que se operaban simultáneamente y, más aún, no perder la visión de su conjunto. Lo mismo ocurría durante los primeros meses del destierro en Londres, durante el otoño y el invierno de 1849-1850. Pero ésta fue precisamente la época en que Marx comenzó su trabajo. Y, pese a estas circunstancias desfavorables, su conocimiento exacto, tanto de la situación económica de Francia en vísperas de la revolución de Febrero como de la historia política de este país después de la misma, le permitió hacer una exposición de los acontecimientos que descubría su trabazón interna de un modo que nadie ha superado hasta hoy y que ha resistido brillantemente la doble prueba a que hubo de someterla más tarde el propio Marx.

La primera prueba tuvo lugar cuando, a partir de la primavera de 1850, Marx volvió a encontrar sosiego para sus estudios económicos y emprendió, ante todo, el estudio de la historia económica de los últimos diez años. De este modo, los hechos mismos le revelaron con completa claridad lo que hasta entonces había deducido, de un modo semiapriorista, de materiales llenos de lagunas, a saber: que la crisis del comercio mundial producida en 1847 había sido la verdadera madre de las revoluciones de Febrero y Marzo, y que la prosperidad industrial, que había vuelto a producirse paulatinamente desde mediados de 1848 y que en 1849 y 1850 llegaba a su pleno apogeo, fue la fuerza animadora que dio nuevos bríos a la reacción europea otra vez fortalecida. Y esto fue decisivo. Mientras que en los tres primeros artículos (publicados en los números de enero-febrero-marzo de la revista "*Neue Rheinische Zeitung*. *Politisch-ökonomische Revue*"[4], Hamburgo, 1850) late todavía la esperanza de que pronto se produzca un nuevo ascenso de energía revolucionaria, el resumen histórico escrito por Marx y por mí para el último número doble (mayo a octubre), publicado en el otoño de 1850, rompe de una vez para siempre con estas ilusiones: «Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es tan segura como ésta». Ahora bien,

dicha modificación fue la única esencial que hubo que introducir. En la explicación de los acontecimientos dada en los capítulos anteriores, en las concatenaciones causales allí establecidas, no había absolutamente nada que modificar, como lo demuestra la continuación del relato (desde el 10 de marzo hasta el otoño de 1850) en el mismo resumen general. Por eso, en la presente edición, he introducido esta continuación como capítulo cuarto.

La segunda prueba fue todavía más dura. Inmediatamente después del golpe de Estado dado por Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851, Marx sometió a un nuevo estudio la historia de Francia desde febrero de 1848 hasta este acontecimiento, que cerraba por el momento el período revolucionario ("El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", tercera edición, Hamburgo, Meissner, 1885). En este folleto vuelve a tratarse, aunque más resumidamente, el período expuesto en la presente obra. Compárese con la nuestra esta segunda exposición hecha a la luz del acontecimiento decisivo que se produjo después de haber pasado más de un año, y se verá que el autor tuvo necesidad de cambiar muy poco.

Lo que da, además, a nuestra obra una importancia especialísima es la circunstancia de que en ella se proclama por vez primera la fórmula en que unánimemente los partidos obreros de todos los países del mundo condensan su demanda de una transformación económica: la apropiación de los medios de producción por la sociedad. En el capítulo segundo, a propósito del «derecho al trabajo», del que se dice que es la «primera fórmula, torpemente enunciada, en que se resumen las reivindicaciones revolucionarias del proletariado», escribe Marx: «Pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la *apropiación de los medios de producción*, su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas». Aquí se formula, pues —por primera vez—, la tesis por la que el socialismo obrero moderno se distingue tajantemente de todos los distintos matices del socialismo feudal, burgués, pequeñoburgués, etc., al igual que de la confusa comunidad de bienes del comunismo utópico y del comunismo obrero espontáneo. Es cierto que más tarde Marx hizo también extensiva esta fórmula a la apropiación de los medios de cambio, pero esta ampliación, que después del "Manifiesto Comunista" se sobreentendía, era simplemente un corolario de la tesis principal. Alguna gente sabía de Inglaterra ha añadido recientemente que también deben transmitirse a la sociedad los «medios de distribución». A estos señores les resultaría difícil decirnos cuáles son, en realidad, estos medios económicos de distribución distintos de los medios de producción y de cambio; a menos que se refieran a los medios políticos de distribución: a los impuestos y al socorro de pobres, incluyendo el Bosque de Sajonia[5] y otras dotaciones. Pero, en primer lugar, éstos son ya hoy medios de distribución que se hallan en poder

de la colectividad, del Estado o del municipio y, en segundo lugar, lo que nosotros queremos es abolirlos.

* * *

Cuando estalló la revolución de Febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que jugaba el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora partía nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución «social» proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y de 1830. Y, finalmente, cuando el levantamiento de París encontró su eco en las insurrecciones victoriosas de Viena, Milán y Berlín; cuando toda Europa, hasta la frontera rusa, se vio arrastrada al movimiento; cuando más tarde, en junio, se libró en París, entre el proletariado y la burguesía, la primera gran batalla por el poder; cuando hasta la victoria de su propia clase sacudió a la burguesía de todos los países de tal manera que se apresuró a echarse de nuevo en brazos de la reacción monárquico-feudal que acababa de ser abatida, no podía caber para nosotros ninguna duda, en las circunstancias de entonces, de que había comenzado el gran combate decisivo y de que este combate había de llevarse a término en un solo período revolucionario, largo y lleno de vicisitudes, pero que sólo podía acabar con la victoria definitiva del proletariado.

Después de las derrotas de 1849, nosotros no compartimos, ni mucho menos, las ilusiones de la democracia vulgar agrupada en torno a los futuros gobiernos provisionales *in partibus*[6]. Esta democracia vulgar contaba con una victoria pronta, decisiva y definitiva del «pueblo» sobre los «opresores»; nosotros, con una larga lucha, después de eliminados los «opresores», entre los elementos contradictorios que se escondían dentro de este mismo «pueblo». La democracia vulgar esperaba que el estallido volviese a producirse de la noche a la mañana; nosotros declaramos ya en el otoño de 1850, que por lo menos la *primera* etapa del período revolucionario había terminado y que hasta que no estallase una nueva crisis económica mundial no había nada que esperar. Y esto nos valió el ser proscritos y anatematizados como traidores a la revolución por los mismos que luego, casi sin excepción, hicieron las paces con Bismarck, siempre que Bismarck creyó que merecían ser tomados en consideración.

Pero la historia nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces. Y fue todavía más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos, sino que además transformó de arriba abajo las condiciones de lucha del proletariado. El método de lucha de

1848 está hoy anticuado en todos los aspectos, y es éste un punto que merece ser investigado ahora más detenidamente.

Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase a ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo.

Después del primer éxito grande, la minoría vencedora solía escindirse: una parte estaba satisfecha con lo conseguido; otra parte quería ir todavía más allá y presentaba nuevas reivindicaciones que en parte, al menos, iban también en interés real o aparente de la gran muchedumbre del pueblo. En algunos casos, estas reivindicaciones más radicales eran satisfechas también; pero, con frecuencia, sólo por el momento, pues el partido más moderado volvía a hacerse dueño de la situación y lo conquistado en el último tiempo se perdía de nuevo, total o parcialmente; y entonces, los vencidos clamaban traición o achacaban la derrota a la mala suerte. Pero, en realidad, las cosas ocurrían casi siempre así: las conquistas de la primera victoria sólo se consolidaban mediante la segunda victoria del partido más radical; una vez conseguido esto, y con ello lo necesario por el momento, los radicales y sus éxitos desaparecían nuevamente de la escena.

Todas las revoluciones de los tiempos modernos, a partir de la gran revolución inglesa del siglo XVII, presentaban estos rasgos, que parecían inseparables de toda lucha revolucionaria. Y estos rasgos parecían aplicables también a las luchas del proletariado por su emancipación; tanto más cuanto que precisamente en 1848 eran contados los que comprendían más o menos en qué sentido había que buscar esta emancipación. Hasta en París, las mismas masas proletarias ignoraban en absoluto, incluso después del triunfo, el camino que había que seguir. Y, sin embargo, el movimiento estaba allí, instintivo, espontáneo, incontenible. ¿No era ésta precisamente la situación en que una revolución tenía que triunfar, dirigida, es verdad, por una minoría; pero esta vez no en interés de la minoría, sino en el más genuino interés de la mayoría? Si en

todos los períodos revolucionarios más o menos prolongados, las grandes masas del pueblo se dejaban ganar tan fácilmente por las vanas promesas, con tal de que fuesen plausibles, de las minorías ambiciosas, ¿cómo habían de ser menos accesibles a unas ideas que eran el más fiel reflejo de su situación económica, que no eran más que la expresión clara y racional de sus propias necesidades, que ellas mismas aún no comprendían y que sólo empezaban a sentir de un modo vago? Cierto es que este espíritu revolucionario de las masas había ido seguido casi siempre, y por lo general muy pronto, de un cansancio e incluso de una reacción en sentido contrario en cuanto se disipaba la ilusión y se producía el desengaño. Pero aquí no se trataba de promesas vanas, sino de la realización de los intereses más genuinos de la gran mayoría misma; intereses que por aquel entonces esta gran mayoría distaba mucho de ver claros, pero que no había de tardar en ver con suficiente claridad, convenciéndose por sus propios ojos al llevarlos a la práctica. A mayor abundamiento, en la primavera de 1850, como se demuestra en el tercer capítulo de Marx, la evolución de la república burguesa, nacida de la revolución «social» de 1848, había concentrado la dominación efectiva en manos de la gran burguesía —que, además, abrigaba ideas monárquicas—, agrupando en cambio a todas las demás clases sociales, lo mismo a los campesinos que a los pequeños burgueses, en torno al proletariado; de tal modo que, en la victoria común y después de ésta, no eran ellas, sino el proletariado, escarmentado por la experiencia, quien había de convertirse en el factor decisivo. ¿No se daban pues todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría?

La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por vez primera, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de extensión. Pero ha sido precisamente esta revolución industrial la que ha puesto en todas partes claridad en las relaciones de clase, la que ha eliminado una multitud de formas intermedias, legadas por el período manufacturero y, en la Europa Oriental, incluso por el artesanado gremial, creando y haciendo pasar al primer plano del desarrollo social una verdadera burguesía y un verdadero proletariado de gran industria. Y, con esto, la lucha entre estas dos grandes clases que en 1848, fuera de Inglaterra, sólo existía en París y a lo sumo en algunos grandes centros industriales, se ha extendido a toda Europa y ha adquirido una intensidad que en 1848 era todavía inconcebible. Entonces, reinaba la multitud de confusos evangelios de las diferentes sectas, con sus correspondientes panaceas; hoy, *una sola* teoría, reconocida por todos, la teoría

de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha. Entonces, las masas escindidas y diferenciadas por localidades y nacionalidades, unidas sólo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido tomar en definitiva y cayendo desconcertadas unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército *único*, el ejército internacional de los socialistas, que avanza incontenible y crece día por día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en seguridad de vencer. El que incluso este potente ejército del proletariado no hubiese podido alcanzar todavía su objetivo, y, lejos de poder conquistar la victoria en un gran ataque decisivo, tuviese que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz, demuestra de un modo concluyente cuán imposible era, en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa.

Una burguesía monárquica escindida en dos sectores dinásticos[7], pero que, ante todo, necesitaba tranquilidad y seguridad para sus negocios pecuniarios, y frente a ella un proletariado, vencido ciertamente, pero no obstante *amenazador*, en torno al cual se agrupaban más y más los pequeños burgueses y los campesinos; la amenaza constante de un estallido violento que, a pesar de todo no brindaba la perspectiva de una solución definitiva: tal era la situación, como hecha de encargo para el golpe de Estado del tercer pretendiente, del seudodemocrático pretendiente Luis Bonaparte. Este, valiéndose del ejército, puso fin el 2 de diciembre de 1851 a la tirante situación y aseguró a Europa la tranquilidad interior, para regalarle a cambio de ello una nueva era de guerras[8]. El período de las revoluciones desde abajo había terminado, por el momento; a éste siguió un período de revoluciones desde arriba.

La vuelta al imperio en 1851 aportó una nueva prueba de la falta de madurez de las aspiraciones proletarias de aquella época. Pero ella misma había de crear las condiciones bajo las cuales estas aspiraciones habían de madurar. La tranquilidad interior aseguró el pleno desarrollo del nuevo auge industrial; la necesidad de dar qué hacer al ejército y de desviar hacia el exterior las corrientes revolucionarias engendró las guerras en las que Bonaparte, bajo el pretexto de hacer valer el «principio de las nacionalidades»[9], aspiraba a agenciarse anexiones para Francia. Su imitador Bismarck adoptó la misma política para Prusia; dio su golpe de Estado e hizo su revolución desde arriba en 1866, contra la Confederación Alemana[10] y contra Austria, y no menos contra la Cámara prusiana que había entrado en conflicto con el Gobierno. Pero Europa era demasiado pequeña para dos Bonapartes, y así la ironía de la historia quiso que Bismarck derribase a Bonaparte y que el rey Guillermo de Prusia instaurase no sólo el Imperio pequeño-alemán[11], sino también la República Francesa. Resultado general de esto fue que en Europa llegase a ser una realidad la independencia y la unidad interior de las grandes naciones, con la sola excepción de Polonia. Claro está que dentro de límites relativamente modestos, pero con

todo lo suficiente para que el proceso de desarrollo de la clase obrera no encontrase ya un obstáculo serio en las complicaciones nacionales. Los enterradores de la revolución de 1848 se habían convertido en sus albaceas testamentarios. Y junto a ellos, el heredero de 1848 —el proletariado— se alzaba ya amenazador en la *Internacional*.

Después de la guerra de 1870-1871, Bonaparte desaparece de la escena y termina la misión de Bismarck, con lo cual puede volver a descender al rango de un vulgar junker. Pero la que cierra este período es la Comuna de París. El taimado intento de Thiers de robar a la Guardia Nacional de París[12] sus cañones provocó una insurrección victoriosa. Una vez más volvía a ponerse de manifiesto que en París ya no era posible más revolución que la proletaria. Después de la victoria, el poder cayó en el regazo de la clase obrera por sí mismo, sin que nadie se lo disputase. Y una vez más volvía a ponerse de manifiesto cuán imposible era también por entonces, veinte años después de la época que se relata en nuestra obra, este poder de la clase obrera. De una parte, Francia dejó París en la estacada, contemplando cómo se desangraba bajo las balas de Mac-Mahon; de otra parte, la Comuna se consumió en la disputa estéril entre los dos partidos que la escindían, el de los blanquistas (mayoría) y el de los prondhonianos (minoría), ninguno de los cuales sabía qué era lo que había que hacer. Y tan estéril como la sorpresa en 1848, fue la victoria regalada en 1871.

Con la Comuna de París se creía haber enterrado definitivamente al proletariado combativo. Pero es, por el contrario, de la Comuna y de la guerra franco-alemana de donde data su más formidable ascenso. El hecho de encuadrar en los ejércitos, que desde entonces ya se cuentan por millones, a toda la población apta para el servicio militar, así como las armas de fuego, los proyectiles y las materias explosivas de una fuerza de acción hasta entonces desconocida, produjo una revolución completa de todo el arte militar. Esta transformación, de una parte, puso fin bruscamente al período guerrero bonapartista y aseguró el desarrollo industrial pacífico, al hacer imposible toda otra guerra que no sea una guerra mundial de una crueldad inaudita y de consecuencias absolutamente incalculables. De otra parte, con los gastos militares, que crecieron en progresión geométrica, hizo subir los impuestos a un nivel exorbitante, con lo cual echó las clases pobres de la población en los brazos del socialismo. La anexión de Alsacia-Lorena, causa inmediata de la loca competencia en materia de armamentos, podrá azuzar el chovinismo de la burguesía francesa y la alemana, lanzándolas la una contra la otra; pero para los obreros de ambos países ha sido un nuevo lazo de unión. Y el aniversario de la Comuna de París se convirtió en el primer día de fiesta universal del proletariado.

Como Marx predijo, la guerra de 1870-1871 y la derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del

movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, necesitaba años para reponerse de la sangría de mayo de 1871. En cambio, en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de estufa por el maná de miles de millones[13] pagados por Francia— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más de prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido aparece en cifras indiscutibles a los ojos del mundo entero. 1871: 102.000 votos socialdemócratas; 1874: 352.000; 1877: 493.000. Luego, vino el alto reconocimiento de estos progresos por la autoridad: la ley contra los socialistas[14]; el partido fue temporalmente destrozado y, en 1881, el número de votos descendió a 312.000. Pero se sobrepuso pronto y ahora, bajo el peso de la ley de excepción, sin prensa; sin una organización legal, sin derecho de asociación ni de reunión, fue cuando comenzó verdaderamente a difundirse con rapidez 1884: 550.000 votos; 1887: 763.000; 1890: 1.427.000. Al llegar aquí, se paralizó la mano del Estado. Desapareció la ley contra los socialistas y el número de votos socialistas ascendió a 1.787.000, más de la cuarta parte del total de votos emitidos. El Gobierno y las clases dominantes habían apurado todos los medios; estérilmente, sin objetivo y sin resultado alguno. Las pruebas tangibles de su impotencia, que las autoridades, desde el sereno hasta el canciller del Reich, habían tenido que tragarse —¡y que venían de los despreciados obreros!—, estas pruebas se contaban por millones. El Estado había llegado a un atolladero y los obreros apenas comenzaban su avance.

El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa consistió en el mero hecho de su existencia como Partido Socialista que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministraron a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal.

El sufragio universal existía ya desde hacía largo tiempo en Francia, pero se había desacreditado por el empleo abusivo que había hecho de él el Gobierno bonapartista. Y después de la Comuna no se disponía de un partido obrero para emplearlo. También en España existía este derecho desde la República, pero en España todos los partidos serios de oposición habían tenido siempre por norma la abstención electoral. Las experiencias que se habían hecho en Suiza con el sufragio universal servían también para todo menos para alentar a un partido obrero. Los obreros revolucionarios de los países latinos se habían acostumbrado a ver en el derecho de sufragio una añagaza, un instrumento de engaño en manos del Gobierno. En Alemania no ocurrió así. Ya el "Manifiesto Comunista" había proclamado la lucha por el sufragio universal, por la democracia, como una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante, y Lassalle había vuelto a recoger este punto. Y cuando Bismarck se vio obligado a introducir el sufragio universal[15] como único

medio de interesar a las masas del pueblo por sus planes, nuestros obreros tomaron inmediatamente la cosa en serio y enviaron a Augusto Bebel al primer Reichstag Constituyente. Y, desde aquel día, han utilizado el derecho de sufragio de un modo tal, que les ha traído incontables beneficios y ha servido de modelo para los obreros de todos los países. Para decirlo con las palabras del programa marxista francés, han transformado el sufragio universal *de moyen de duperie qu'il a été jusqu'ici en instrument d'émancipation* —de medio de engaño, que había sido hasta aquí, en instrumento de emancipación[16]. Y aunque el sufragio universal no hubiese aportado más ventaja que la de permitirnos hacer un recuento de nuestras fuerzas cada tres años; la de acrecentar en igual medida, con el aumento periódicamente constatado e inesperadamente rápido del número de votos, la seguridad en el triunfo de los obreros y el terror de sus adversarios, convirtiéndose con ello en nuestro mejor medio de propaganda; la de informarnos con exactitud acerca de nuestra fuerza y de la de todos los partidos adversarios, suministrándonos así el mejor instrumento posible para calcular las proporciones de nuestra acción y precaviéndonos por igual contra la timidez a destiempo y contra la extemporánea temeridad; aunque no obtuviésemos del sufragio universal más ventaja que ésta, bastaría y sobraría. Pero nos ha dado mucho más. Con la agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo, frente a nuestros ataques, sus ideas y sus actos; y, además, abrió a nuestros representantes en el parlamento una tribuna desde lo alto de la cual pueden hablar a sus adversarios en la Cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines. ¿Para qué les sirvió al Gobierno y a la burguesía su ley contra los socialistas, si las campañas de agitación electoral y los discursos socialistas en el parlamento constantemente abrían brechas en ella?

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el Gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barri-

cadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada.

No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas. Pero es verdad que también los insurrectos habían contado muy rara vez con esta victoria. Lo único que perseguían era hacer flaquear a las tropas mediante factores morales que en la lucha entre los ejércitos de dos países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa no responde, o los que la mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence. Si no se consigue, incluso cuando las tropas sean inferiores en número, se impone la ventaja del mejor armamento e instrucción, de la unidad de dirección, del empleo de las fuerzas con arreglo a un plan y de la disciplina. Lo más a que puede llegar la insurrección en una acción verdaderamente táctica es levantar y defender una sola barricada con sujeción a todas las reglas del arte. Apoyo mutuo, organización y empleo de las reservas, en una palabra, la cooperación y la trabazón de los distintos destacamentos, indispensable ya para la defensa de un barrio y no digamos de una gran ciudad entera, sólo se pueden conseguir de un modo muy defectuoso y, en la mayoría de los casos, no se pueden conseguir de ningún modo. De la concentración de las fuerzas sobre un punto decisivo, no cabe ni hablar. Así, la defensa pasiva es la forma predominante de lucha; la ofensiva se producirá a duras penas, aquí o allá, siempre excepcionalmente, en salidas y ataques de flanco esporádicos, pero, por regla general, se limitara a la ocupación de las posiciones abandonadas por las tropas en retirada. A esto hay que añadir que las tropas disponen de artillería y de fuerzas de ingenieros bien equipadas e instruidas, medios de lucha de que los insurgentes carecen por completo casi siempre. Por eso no hay que maravillarse de que hasta las luchas de barricadas libradas con el mayor heroísmo —las de París en junio de 1848, las de Viena en octubre del mismo año y las de Dresde en mayo de 1849—, terminasen con la derrota de la insurrección, tan pronto como los jefes atacantes, a quienes no frenaba ningún miramiento político, obraron ateniéndose a puntos de vista puramente militares y sus soldados les permanecieron fieles.

Los numerosos éxitos conseguidos por los insurrectos hasta 1848 se deben a múltiples causas. En París, en julio de 1830 y en febrero de 1848, como en la mayoría de las luchas callejeras en España, entre los insurrectos y las tropas se interponía una guardia civil, que, o se ponía directamente al lado de la insurrección o bien, con su actitud tibia e indecisa, hacía vacilar asimismo a las tropas y, por añadidura, suministraba armas a la insurrección. Allí donde esta guardia civil se colocaba desde el primer momento frente a la insurrección, como ocurrió en París en junio de 1848, ésta era vencida. En Berlín, en 1848, venció el pueblo, en parte por los considerables refuerzos recibidos durante la noche del 18 y la mañana del 19, en parte a causa del agotamiento y del mal

avituallamiento de las tropas y en parte, finalmente, por la acción paralizadora de las órdenes del mando. Pero en todos los casos se alcanzó la victoria porque no respondieron las tropas, porque al mando le faltó decisión o porque se encontró con las manos atadas.

Por tanto, hasta en la época clásica de las luchas de calles, la barricada tenía más eficacia moral que material. Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria; si no, venía la derrota. Este es el aspecto principal de la cuestión y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro.

Por lo demás, las posibilidades eran ya en 1849 bastante escasas. La burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos, «la cultura y la propiedad» saludaban y obsequiaban a las tropas enviadas contra las insurrecciones. La barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al «pueblo», sino a rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la hez de la sociedad; con el tiempo, el oficial se había ido entrenando en las formas tácticas de la lucha de calles: ya no se lanzaba de frente y a pecho descubierto hacia el parapeto improvisado, sino que lo flanqueaba a través de huertas, de patios y de casas. Y, con alguna pericia, esto se conseguía ahora en el noventa por ciento de los casos.

Además, desde entonces, han cambiado muchísimas cosas, y todas a favor de las tropas. Si las grandes ciudades han crecido considerablemente, todavía han crecido más los ejércitos. París y Berlín no se han cuadriplicado desde 1848, pero sus guarniciones se han elevado a más del cuádruplo. Por medio de los ferrocarriles, estas guarniciones pueden duplicarse y más que duplicarse en 24 horas, y en 48 horas convertirse en ejércitos formidables. El armamento de estas tropas, tan enormemente acrecentadas, es hoy incomparablemente más eficaz. En 1848 llevaban el fusil liso de percusión y antecarga; hoy llevan el fusil de repetición, de retrocarga y pequeño calibre, que tiene cuatro veces más alcance, diez veces más precisión y diez veces más rapidez de tiro que aquél. Entonces disponían de las granadas macizas y los botes de metralla de la artillería, de efecto relativamente débil; hoy, de las granadas de percusión, una de las cuales basta para hacer añicos la mejor barricada. Entonces se empleaba la piqueta de los zapadores para romper las medianerías, hoy se emplean los cartuchos de dinamita.

En cambio, del lado de los insurrectos todas las condiciones han empeorado. Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo, se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya, en compara-

ción con aquéllas, una minoría insignificante. El «pueblo» aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema. Y cuantos más soldados licenciados se pongan al lado de los insurgentes más difícil se hará el equiparlos de armamento. Las escopetas de caza y las carabinas de lujo de las armerías —aun suponiendo que, por orden de la policía, no se inutilicen de antemano quitándoles una pieza del cerrojo— no se pueden comparar ni remotamente, incluso para la lucha desde cerca, con el fusil de repetición del soldado. Hasta 1848, era posible fabricarse la munición necesaria con pólvora y plomo; hoy, cada fusil requiere un cartucho distinto y sólo en un punto coinciden todos: en que son un producto complicado de la gran industria y no pueden, por consiguiente, improvisarse; por tanto, la mayoría de los fusiles son inútiles si no se tiene la munición adecuada para ellos. Finalmente, las barriadas de las grandes ciudades construidas desde 1848 están hechas a base de calles largas, rectas y anchas, como de encargo para la eficacia de los nuevos cañones y fusiles. Tendría que estar loco el revolucionario que eligiese el mismo para una lucha de barricadas los nuevos distritos obreros del Norte y el Este de Berlín.

¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables. Y éstas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870, en París[17], preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas.

¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía porque no nos lanzamos sin más a la calle, donde de antemano sabemos que nos aguarda la derrota? ¿Por qué nos suplican tan encarecidamente que juguemos, al fin, una vez, a ser carne de cañón?

Esos señores malgastan lamentablemente sus súplicas y sus retos. No somos tan necios como todo eso. Es como si pidieran a su enemigo en la próxima guerra que se les enfrentase en la formación de líneas del viejo Fritz[*] o en columnas de divisiones enteras a lo Wagram y Waterloo[18], y, además, empuñando el fusil de chispa. Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los

[*] Se refiere a Federico II, rey de Prusia de 1740 a 1786. (*N. de la Edit.*)

ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.

También en los países latinos se va viendo cada vez más que hay que revisar la vieja táctica. En todas partes se ha imitado el ejemplo alemán del empleo del sufragio, de la conquista de todos los puestos que están a nuestro alcance; en todas partes han pasado a segundo plano los ataques sin preparación. En Francia, a pesar de que allí el terreno está minado, desde hace más de cien años, por una revolución tras otra y de que no hay ningún partido que no tenga en su haber conspiraciones, insurrecciones y demás acciones revolucionarias; en Francia, donde a causa de esto, el Gobierno no puede estar seguro, ni mucho menos, del ejército y donde todas las circunstancias son mucho más favorables para un golpe de mano insurreccional que en Alemania, incluso en Francia, los socialistas van dándose cada vez más cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen de antemano a la gran masa del pueblo, lo que aquí equivale a decir a los campesinos. El trabajo lento de propaganda y la actuación parlamentaria se han reconocido también aquí como la tarea inmediata del partido. Los éxitos no se han hecho esperar. No sólo se han conquistado toda una serie de consejos municipales, sino que en las Cámaras hay 50 diputados socialistas, que han derribado ya tres ministerios y un presidente de la República. En Bélgica, los obreros han arrancado hace un año el derecho al sufragio y han vencido en una cuarta parte de los distritos electorales. En Suiza, en Italia, en Dinamarca, hasta en Bulgaria y en Rumania, están los socialistas representados en el parlamento. En Austria, todos los partidos están de acuerdo en que no se nos puede seguir cerrando el acceso al Reichsrat. Entraremos, no cabe duda; lo único que se discute todavía es por qué puerta. E incluso en Rusia, si se reúne el famoso Zemski Sobor, esa Asamblea Nacional, contra la que tan en vano se resiste el joven Nicolás, incluso allí podemos estar seguros de tener una representación.

Huelga decir que no por ello nuestros camaradas extranjeros renuncian, ni mucho menos, a su derecho a la revolución. No en vano el derecho a la revolución es el único «derecho» *realmente* «histórico», el único derecho en que descansan todos los Estados modernos sin excepción, incluyendo a Mecklemburgo, cuya revolución de la nobleza finalizó en 1755 con el «pacto sucesorio», la gloriosa escrituración del feudalismo todavía hoy vigente[19]. El derecho a la revolución está tan inconmoviblemente reconocido en la conciencia

universal que hasta el general von Boguslawski deriva pura y exclusivamente de este derecho del pueblo el derecho al golpe de Estado que reivindica para su emperador.

Pero, ocurra lo que ocurriere en otros países, la socialdemocracia alemana tiene una posición especial, y con ello, por el momento al menos, una tarea especial también. Los dos millones de electores que envía a las urnas, junto con los jóvenes y las mujeres que están detrás de ellos y no tienen voto, forman la masa más numerosa y más compacta, la «fuerza de choque» decisiva del ejército proletario internacional. Esta masa suministra, ya hoy, más de la cuarta parte de todos los votos emitidos; y crece incesantemente, como lo demuestran las elecciones suplementarias al Reichstag, las elecciones a las Dietas de los distintos Estados y las elecciones municipales y de tribunales de artesanos. Su crecimiento avanza de un modo tan espontáneo, tan constante, tan incontenible y al mismo tiempo tan tranquilo como un proceso de la naturaleza. Todas las intervenciones del Gobierno han resultado impotentes contra él. Hoy podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante de las fuerzas socialistas de combate en Alemania e incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París. Aunque, a la larga, también esto se superaría. Para borrar del mundo a tiros un partido de millones de hombres no bastan todos los fusiles de repetición de Europa y América. Pero el desarrollo normal se interrumpiría; no se podría disponer tal vez de la fuerza de choque en el momento crítico; la lucha decisiva se retrasaría, se postergaría y llevaría aparejados mayores sacrificios.

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: *La légalité nous tue*, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si *nosotros* no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate

callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos.

Por el momento, hacen nuevas leyes contra la subversión. Otra vez está el mundo al revés. Estos fanáticos de la antirrevuelta de hoy, ¿no son los mismos elementos subversivos de ayer? ¿Acaso provocamos *nosotros* la guerra civil de 1866? ¿Hemos arrojado *nosotros* al rey de Hannover, al gran elector de Hessen y al duque de Nassau de sus tierras patrimoniales, hereditarias y legítimas, para anexionarnos estos territorios? ¿Y estos revoltosos que han derribado a la Confederación alemana y a tres coronas por la gracia de Dios, se quejan de las subversiones? *Quis tulerit Gracchos de seditione querentes*?[*] ¿Quién puede permitir que los adoradores de Bismarck vituperen la subversión?

Dejémosles que saquen adelante sus proyectos de ley contra la subversión, que los hagan todavía más severos, que conviertan en goma todo el Código penal; con ello, no conseguirán nada más que aportar una nueva prueba de su impotencia. Para meter seriamente mano a la socialdemocracia, tendrán que acudir además a otras medidas muy distintas. La subversión socialdemocrática, que por el momento vive de respetar las leyes, sólo podrán contenerla mediante la subversión de los partidos del orden, que no puede prosperar sin violar las leyes. Herr Rössler, el burócrata prusiano, y Herr von Boguslawski, el general prusiano, les han enseñado el único camino por el que tal vez pueda provocarse a los obreros, que no se dejan tentar a la lucha callejera. ¡La ruptura de la Constitución, la dictadura, el retorno al absolutismo, *regis voluntas suprema lex*![**] De modo que, ¡ánimo, caballeros, aquí no vale torcer el morro, aquí hay que silbar!

Pero no olviden ustedes que el Imperio alemán, como todos los pequeños Estados y, en general, todos los Estados modernos es un *producto contractual*: producto, primero, de un contrato de los príncipes entre sí y, segundo, de los príncipes con el pueblo. Y si una de las partes rompe el contrato, todo el contrato se viene a tierra y la otra parte queda también desligada de su compromiso. Bismarck nos lo demostró brillantemente en 1866. Por tanto, si ustedes violan la Constitución del Reich, la socialdemocracia queda en libertad y puede hacer y dejar de hacer con respecto a ustedes lo que quiera. Y lo que entonces querrá, no es fácil que se le ocurra contárselo a ustedes hoy.

Hace casi exactamente 1.600 años, actuaba también en el Imperio romano un peligroso partido de la subversión. Este partido minaba la religión y todos los fundamentos del Estado; negaba de plano que la voluntad del emperador fuese la suprema ley; era un partido sin patria, internacional, que se extendía

[*] ¿Es tolerable que los Gracos se quejen de una sedición? (Juvenal, Sátira II) (*N. de la Edit.*)
[**] ¡La voluntad del rey es la ley suprema! (*N. de la Edit.*)

por todo el territorio del Imperio, desde la Galia hasta Asia y traspasaba las fronteras imperiales. Llevaba muchos años haciendo un trabajo de zapa, subterráneamente, ocultamente, pero hacía bastante tiempo que se consideraba ya con la suficiente fuerza para salir a la luz del día. Este partido de la revuelta, que se conocía por el nombre de los cristianos, tenía también una fuerte representación en el ejército; legiones enteras eran cristianas. Cuando se los enviaba a los sacrificios rituales de la iglesia nacional pagana, para hacer allí los honores, estos soldados de la subversión llevaban su atrevimiento hasta el punto de ostentar en el casco distintivos especiales —cruces— en señal de protesta. Hasta las mismas penas cuartelarias de sus superiores eran inútiles. El emperador Diocleciano no podía seguir contemplando cómo se minaba el orden, la obediencia y la disciplina dentro de su ejército. Intervino enérgicamente, porque todavía era tiempo de hacerlo. Dictó una ley contra los socialistas, digo, contra los cristianos. Fueron prohibidos los mítines de los revoltosos, clausurados e incluso derruidos sus locales, prohibidos los distintivos cristianos —las cruces—, como en Sajonia los pañuelos rojos. Los cristianos fueron incapacitados para desempeñar cargos públicos, no podían ser siquiera cabos. Como por aquel entonces no se disponía aún de jueces tan bien amaestrados respecto a la «consideración de la persona» como los que presupone el proyecto de ley antisubversiva de Herr von Koller[20], lo que se hizo fue prohibir sin más rodeos a los cristianos que pudiesen reclamar sus derechos ante los tribunales. También esta ley de excepción fue estéril. Los cristianos, burlándose de ella, la arrancaban de los muros y hasta se dice que le quemaron al emperador su palacio, en Nicomedia, hallándose él dentro. Entonces, éste se vengó con la gran persecución de cristianos del año 303 de nuestra era. Fue la última de su género. Y dio tan buen resultado, que diecisiete años después el ejército estaba compuesto predominantemente por cristianos, y el siguiente autócrata del Imperio romano, Constantino, al que los curas llaman el Grande, proclamó el cristianismo religión del Estado.

F. Engels

Londres, 6 de marzo de 1895

Publicado (con algunas abreviaciones) en la revista *Die Neue Zeit*, Bd. 2, NºNº 27 y 28, 1894-1895 y en la edición en folleto aparte de la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Impreso en Berlín en 1895.

Se publica de acuerdo con el texto completo de las pruebas de imprenta del texto original, cotejado con el manuscrito. Traducido del alemán.

De las *Obras Escogidas* (en tres tomos) de C. Marx y F. Engels, Editorial Progreso. Moscú, 1981 Tomo I, págs. 190-208.

NOTAS

[1] La obra de Marx "*La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*" es una serie de artículos con el título común "De 1848 a 1849". El plan primario del trabajo "*Las luchas de clases en Francia*" incluía cuatro artículos: "*La derrota de junio de 1848*", "*El 13 de junio de 1849*", "*Las consecuencias del 13 de junio en el continente*" y "*La situación actual en Inglaterra*". Sin embargo, sólo aparecieron tres artículos. Los problemas de la influencia de los sucesos de junio de 1849 en el continente y de la situación de Inglaterra fueron aclarados en otros escritos de la revista, concretamente en los reportajes internacionales escritos conjuntamente por Marx y Engels. Al editar la obra de Marx en 1895, Engels introdujo adicionalmente un cuarto capítulo en el que se incluían apartados dedicados a los acontecimientos de Francia con el subtítulo de "*Tercer comentario internacional*". Engels tituló este capítulo "*La abolición del sufragio universal en 1850*".

[2] La "*Introducción*" a la obra de Marx "*Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*" la escribió Engels para una edición aparte del trabajo, publicado en Berlín en 1895.

Al publicarse la introducción, la Directiva del Partido Socialdemócrata de Alemania pidió con insistencia a Engels que suavizara el tono, demasiado revolucionario a juicio de ella, y le imprimiese una forma más cautelosa. Engels sometío a crítica la posición vacilante de la dirección del partido y su anhelo a «obrar exclusivamente sin salirse de la legalidad». Sin embargo, obligado a tener en cuenta la opinión de la Directiva, Engels accedió a omitir en las pruebas de imprenta varios pasajes y cambiar algunas fórmulas. En esta edición se publica íntegro el texto del prefacio.

Bernstein utilizó esa introducción para defender su táctica oportunista. En carta a Lafargue del 3 de abril de 1895, Engels manifiesta como Bernstein "me ha jugado una mala pasada. En mi introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848 al 50 ha escogido lo que pudiera servir para defender la táctica hostil a la violencia y pacífica a toda costa; esta táctica, que el mismo ha predicado con tanto cariño, y más hoy que se preparan en Berlín las leyes de excepción. Pues esta táctica la recomiendo solamente para Alemania en la época actual, y todavía con grandes reservas. En Francia, en Bélgica, en Italia y en Austria no debe seguirse íntegramente; en Alemania puede ser mañana inaplicable".

Indignado hasta lo más hondo, Engels insistió en que su introducción se publicase en la revista "*Neue Zeit*". Sin embargo, se publicó en ella con los mismos cortes que hubo de hacer el autor en la antemencionada edición suelta.

El texto del prefacio de Engels se publicó íntegro por primera vez en la URSS en el año 1930 en el libro de Carlos Marx "*Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1849*".

[3] "*Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie*" ("Nueva Gaceta del Rin. Órgano de la Democracia") salía todos los días en Colonia desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849; la dirigía Marx, y en el consejo de redacción figuraba Engels.

[4] "*Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*" ("Nueva Gaceta del Rin. Comentario político-económico"): revista fundada por Marx y Engels en diciembre de 1849 que editaron hasta noviembre de 1850; órgano teórico y político de la Liga de los Comunistas. Se imprimía en Hamburgo. Salieron seis números de la revista, que dejó de aparecer debido a las persecuciones de la policía en Alemania y a la falta de recursos materiales.

[5] Se alude a las dotaciones gubernamentales que Engels designa irónicamente con el nombre de la finca regalada a Bismarck por el emperador Guillermo I en el Bosque de Sajonia, cerca de Hamburgo.

[6] *In partibus infidelium* (literalmente: «en el país de los infieles»): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

[7] Se trata de los dos partidos monárquicos de la burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX, o sea, de los legitimistas (véase la nota 59) y de los orleanistas.

Orleanistas: partidarios de los duques de Orleáns, rama menor de la dinastía de los Borbones, que se mantuvo en el poder desde la revolución de Julio de 1830 hasta la revolución de 1848; representaban los intereses de la aristocracia financiera y la gran burguesía.

Durante la Segunda república (1848-1851), los dos grupos monárquicos constituyeron el núcleo del «partido del orden», un partido conservador unificado.

[8] Francia participó, siendo emperador Napoleón III, en la guerra de Crimea (1854-1855), hizo a Austria la guerra para disputarle Italia (1859), participó

con Inglaterra en las guerras contra China (1856-1858 y 1860), comenzó la conquista de Indochina (1860-1861), organizó la intervención armada en Siria (1860-1861) y México (1862-1867); por último, guerreó contra Prusia (1870-1871).

[9] Engels emplea el término que expresaba uno de los principios de la política exterior de los medios gobernantes del Segundo Imperio bonapartista (1852-1870). El llamado «principio de las nacionalidades» era muy usado por las clases dominantes de los grandes Estados como cubierta ideológica de sus planes anexionistas y de sus aventuras en política exterior. Sin tener nada que ver con el reconocimiento de las naciones a la autodeterminación, el «principio de las nacionalidades» era un acicate para espolear las discordias nacionales y transformar el movimiento nacional, sobre todo los movimientos de los pueblos pequeños, en instrumento de la política contrarrevolucionaria de los grandes Estados en pugna.

[10] La *Confederación Alemana*, fundada el 8 de junio de 1815 en el Congreso de Viena, era una unión de los Estados absolutistas feudales de Alemania y consolidaba el fraccionamiento político y económico de Alemania.

[11] Como consecuencia de la victoria sobre Francia durante la guerra franco-prusiana (1870-1871) surgió el Imperio alemán del que, no obstante, quedó excluida Austria, de donde procede la denominación de «*Pequeño Imperio alemán*». La derrota de Napoleón III fue un impulso para la revolución en Francia, que derrocó a Luis Bonaparte y dio lugar el 4 de setiembre de 1870 a la proclamación de la república.

[12] *Guardia Nacional*: milicia voluntaria civil y armada con mandos elegidos que existió en Francia y algunos países más de Europa Occidental. Se formó por primera vez en Francia en 1789 a comienzos de la revolución burguesa; existió con intervalos hasta 1871. Entre 1870 y 1871, la Guardia Nacional de París, en la que se incluyeron en las condiciones de la guerra franco-prusiana las grandes masas democráticas, desempeñó un gran papel revolucionario. Fundado en febrero de 1871, su Comité Central encabezó la sublevación proletaria del 18 de marzo de 1871 y en el período inicial de la Comuna de París de 1871 ejerció (hasta el 28 de marzo) la función de primer Gobierno proletario en la historia. Una vez aplastada la Comuna de París, la Guardia Nacional fue disuelta.

[13] Después de la derrota en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, Francia pagó a Alemania una contribución de cinco mil millones de francos.

[14] *La ley de excepción contra los socialistas* se promulgó en Alemania el 21 de octubre de 1878. Según esta ley se prohibían todas las organizaciones del

Partido Socialdemócrata, las organizaciones de masas y la prensa obrera, se confiscaba todo lo escrito sobre socialismo y se reprimía a los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, esta ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.

[15] Bismarck decretó el sufragio universal en 1866 para las elecciones al Reichstag de Alemania del Norte, y, en 1871, para las elecciones al Reichstag del Imperio alemán unificado.

[16] Engels cita la introducción teórica escrita por Marx para el programa del Partido Obrero Francés que se aprobó en el Congreso de El Havre en 1880.

[17] *El 4 de setiembre de 1870*, merced a la acción revolucionaria de las masas populares, fue derrocado en Francia el Gobierno de Luis Bonaparte y proclamada la república. *El 31 de octubre de 1870* los blanquistas llevaron a cabo una tentativa infructuosa de sublevación contra el Gobierno de la Defensa Nacional.

[18] 104. La batalla de *Wagram*, durante la guerra austro-francesa de 1809, duró del 5 al 6 de junio del mismo año. En ella, las tropas francesas mandadas por Napoleón I derrotaron al ejército austríaco del archiduque Carlos.

La batalla de *Waterloo* (Bélgica) tuvo lugar el 18 de junio de 1815. El ejército de Napoleón fue derrotado. Esta batalla desempeñó el papel decisivo en la campaña de 1815, predeterminando la victoria definitiva de la coalición antinapoleónica de los Estados europeos y la caída del imperio de Napoleón I.

[19] Engels se refiere a la larga lucha entre el poder ducal y la nobleza en los ducados de Mecklemburgo-Schwerin y Mecklemburgo-Strelitz, que concluyó mediante la firma, en 1755, del tratado constitucional de Rostock acerca de los derechos hereditarios de la nobleza. Este tratado confirmó los fueros y privilegios anteriores de ésta y refrendó su posición dirigente en las Dietas estamentales; eximió de contribuciones la mitad de sus tierras; fijó la magnitud de los impuestos sobre el comercio y la artesanía y la participación de la una y la otra en los gastos del Estado.

[20] El 5 de diciembre de 1894, se presentó al Reichstag alemán un nuevo proyecto de ley contra los socialistas. El proyecto fue rechazado el 11 de mayo de 1895.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA[1]

Secciones XIII, XVII y XVIII págs. 367-371 y 383-391

XIII

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA LA ASAMBLEA NACIONAL

Viena cayó el 1 de noviembre, y el 9 del mismo mes, la disolución de la Asamblea Constituyente en Berlín mostró cuanto había levantado de golpe este acontecimiento la moral del partido contrarrevolucionario y le había dado fuerza en toda Alemania.

Los sucesos del verano de 1848 en Prusia se cuentan en muy poco tiempo. La Asamblea Constituyente, o mejor dicho, «la Asamblea elegido con el fin de llegar a un acuerdo con la Corona sobre la Constitución», y su mayoría compuesta de representantes de los intereses de las clases medias, hacía mucho tiempo que habían perdido la estima del público, ya que, por miedo a los elementos más enérgicos de la población, se complicaba en todas las intrigas de la Corte. Confirmó o, mejor dicho, restableció los odiosos privilegios del feudalismo, traicionando así la libertad y los intereses de los campesinos. No fue capaz de redactar una Constitución ni de enmendar en modo alguno la legislación general. Se ocupó casi exclusivamente de dar bonitas definiciones teóricas, de meras formalidades y problemas de etiqueta constitucional. La Asamblea era, en efecto, más bien una escuela de *savoir vivre*[*] parlamentario para sus miembros que una institución de algún interés para el pueblo. Además, en la Asamblea no había ninguna mayoría estable y casi siempre decidían los problemas las vacilaciones del «*centro*» que, inclinándose con sus titubeos tan pronto a la derecha como a la izquierda dio al traste primero con el Gabinete

[*] *Savoir vivre*: cortesía, tacto, conocimiento del trato social. (*N. de la Edit.*)

de Camphausen y luego con el de Auerswald y Hansemann. Pero mientras los liberales, aquí lo mismo que en todos los demás sitios, dejaron perder la ocasión, la Corte reorganizó a sus elementos de fuerza entre la nobleza y la parte más atrasada de la población rural, así como entre el ejército y la burocracia. Después de la caída de Hansemann se formó un gobierno de burócratas y militares, todos reaccionarios recalcitrantes, que, sin embargo, daba a entender que estaba dispuesto a tomar en consideración las reivindicaciones del Parlamento. Y la Asamblea, que se atenía al cómodo principio de que importaban las «medidas, y no los hombres», toleró que la engañasen tan llanamente que llegó a aplaudir a este Gabinete, en tanto que ella, naturalmente, no dedicaba la menor atención a que este mismo Gabinete iba concentrando y organizando abiertamente las fuerzas contrarrevolucionarias. Por último, cuando la caída de Viena dio la señal, el Rey[**] entregó la dimisión a sus ministros y los sustituyó con «hombres de acción» dirigidos por el actual primer ministro, señor Manteuffel. Entonces la dormida Asamblea sintió de pronto el peligro; emitió un voto de desconfianza al gobierno, el cual respondió al punto con un decreto que mandaba desplazar la Asamblea de Berlín, donde podía, en caso de conflicto, contar con el apoyo de las masas, a Brandenburgo, pequeña ciudad provincial dependiente enteramente del gobierno. La Asamblea, no obstante, declaró que sin su consentimiento no se podía ni aplazar sus sesiones, ni ser trasladada a otro lugar, ni disuelta. Mientras tanto, el general Wrangel entró en Berlín al frente de unos cuarenta mil soldados. Una reunión de los síndicos municipales y de los oficiales de la Guardia Nacional acordó no ofrecer ninguna resistencia. Y luego que la Asamblea y la burguesía liberal, que la apoyaba, dejaron al partido reaccionario unido que ocupara todas las posiciones importantes y les quitara de las manos casi todos los medios de defensa, comenzó la gran comedia de «resistencia pasiva y legal» que, a juicio de ellos, debía ser una gloriosa imitación del ejemplo de Hampden y de los primeros esfuerzos de los norteamericanos en la guerra de la Independencia[48]. En Berlín se declaró el estado de sitio y se mantuvo la calma; la Guardia Nacional fue disuelta por el gobierno, y entregó las armas con la mayor puntualidad. La Asamblea fue acosada y trasladó sus sesiones de un lugar a otro durante dos semanas, y en todas partes la disolvían los militares; y los diputados de la Asamblea rogaban a los ciudadanos que mantuviesen la tranquilidad. Por último, cuando el gobierno declaró disuelta la Asamblea, ésta adoptó una resolución declarando ilegales las exacciones de los impuestos, y sus miembros fueron por el país para organizar la negativa al pago de los impuestos. Pero vieron que se habían equivocado desastrosamente en la elección de medios. Tras unas semanas de agitación, seguidas de severas medidas del gobierno contra la oposición, todos abandonaron la idea de negarse al pago de los impuestos para complacer a esta difunta Asamblea que no había tenido siquiera la valentía de defenderse.

_____

[**] Federico Guillermo IV. (*N. de la Edit.*)

El que las primeras fechas de noviembre de 1848 fuese ya demasiado tarde para intentar oponer resistencia armada o el que una parte del ejército, al encontrar seria oposición, se hubiese pasado al lado de la Asamblea, decidiendo así el litigio a su favor, es una cuestión que jamás se podrá resolver. Pero en la revolución, lo mismo que en la guerra, es siempre necesario presentar un frente robusto, y el que ataca lleva ventaja. Y en la revolución, lo mismo que en la guerra, es de la mayor necesidad ponerlo todo a una carta en el momento decisivo, cualquiera que sea la oportunidad. No hay una sola revolución triunfante en la historia que no pruebe la verdad de este axioma. Y aquí, el momento decisivo para la revolución prusiana había llegado en noviembre de 1848; la Asamblea, oficialmente a la cabeza de todos los intereses revolucionarios, no mostró ni un frente robusto, ya que retrocedía ante cada avance del enemigo; y aún menos atacó, ya que optó por no defenderse siquiera; y cuando llegó el momento decisivo, cuando Wrangel, al frente de cuarenta mil hombres, llamó a las puertas de Berlín, en vez de encontrar, como lo esperaban él y sus oficiales, todas las calles obstruidas con barricadas y cada ventana convertida en una aspillera, halló las puertas abiertas de par en par y las calles obstruidas únicamente por los pacíficos berlineses disfrutando de la broma que les habían gastado por entregarse atados de pies y manos a los soldados, perplejos. Bien es verdad que la Asamblea y el pueblo, de haber resistido, pudieron haber sido derrotados; Berlín pudo haber sido bombardeado, y muchos millares pudieron haber perecido sin evitar la victoria definitiva del partido realista. Pero ésa no era la razón por la cual hubieran de entregar las armas en el acto. Una derrota después de un tenaz combate es un hecho de mucha mayor importancia revolucionaria que una victoria ganada fácilmente. Las derrotas de París en junio de 1848 y de Viena en octubre del mismo año revolucionaron efectivamente más las mentes del pueblo de estas dos ciudades que las victorias de febrero y marzo. La Asamblea y el pueblo de Berlín habrían compartido probablemente el destino de las dos antemencionadas ciudades: pero habrían caído con gloria y dejado en pos de sí, en las mentes de los supervivientes, un deseo de venganza que, en tiempos de revolución, es uno de los más altos incentivos para la acción enérgica y apasionada. No cabe la menor duda de que, en toda batalla, el que levanta el guante corre el riesgo de ser derrotado; mas ¿es acaso ésta una razón para que se confiese derrotado y se someta al yugo sin haber desenvainado la espada?

En una revolución, el que manda una posición decisiva y la rinde, en vez de obligar al enemigo a que pruebe sus fuerzas en el asalto, merece siempre el trato de traidor.

El propio decreto del Rey de Prusia para disolver la Asamblea Constituyente proclamaba también una nueva Constitución fundada en el proyecto que había redactado un comité de esta Asamblea, ampliando en algunos puntos los poderes de la Corona y poniendo en tela de juicio, en otros, los del Parlamento.

La Constitución estatuía dos cámaras que debían reunirse en breve con el fin de examinarla y aprobarla.

No vale la pena preguntar dónde estaba la Asamblea Nacional Alemana durante la lucha «legal y pacífica» de los constitucionalistas prusianos. Estaba, como de costumbre, en Francfort, dedicada a aprobar resoluciones muy tímidas contra los procedimientos del Gobierno prusiano y admirar el «imponente espectáculo de la resistencia pasiva, legal y unánime de todo un pueblo contra la fuerza bruta». El Gobierno central envió a comisarios a Berlín para interceder entre el Gobierno y la Asamblea; pero corrieron la misma suerte que sus predecesores en Olmütz y fueron puestos cortésmente de patitas en la calle. La izquierda de la Asamblea Nacional, es decir, el denominado Partido Radical, envió también a comisarios; pero luego de convencerse sobradamente de la completa invalidez de la Asamblea de Berlín y confesar su propio desamparo igual, volvieron a Francfort a dar cuenta del éxito obtenido y testimonio de la admirable conducta pacífica de la población de Berlín. Y por si eso fuera poco, cuando el señor Bassermann, uno de los comisarios del Gobierno central, informó que las últimas medidas restrictivas de los ministros prusianos no carecían de fundamento, ya que durante el último tiempo se veían deambular por las calles de Berlín tipos de feroz planta como los que siempre aparecen en la víspera de los movimientos anarquistas (y que desde entonces son denominados siempre «tipos de Bassermann»), estos dignos diputados de la izquierda y enérgicos representantes del interés revolucionario se alzaron de sus escaños en el acto para atestiguar, bajo juramento, ¡que no había ocurrido nada de eso! Así, al cabo de dos meses, la total impotencia de la Asamblea de Francfort fue demostrada con toda evidencia. No se podrían imaginar pruebas más fehacientes de que esta institución no servía en absoluto para cumplir sus funciones; más aún, de que no había tenido ni la idea más remota de cuál era su misión. El hecho de que tanto en Viena como en Berlín se decidiera el destino de la revolución, de que en ambas capitales las cuestiones más importantes y vitales se resolvían como si la Asamblea de Francfort no existiera en absoluto, este solo hecho es suficiente para dilucidar que la institución tratada no era más que un club de discusión compuesto por una sarta de simplones que permitían al gobierno manejarlos como títeres parlamentarios que eran exhibidos para entretener a los tenderos y artesanos de los pequeños Estados y de las minúsculas ciudades en tanto se tenía por conveniente distraer la atención de estos partidos. No tardaremos en ver el tiempo que se creyó conveniente. Pero es un hecho merecedor de atención el que entre todas las «eminencias» de dicha Asamblea no hubiese ninguna que tuviera el menor escrúpulo por el papel que debían representar y que incluso hasta el día de hoy los ex miembros del Club de Francfort conservan los órganos de percepción histórica peculiares de ellos nada más.

Londres, marzo de 1852

XVII

LA INSURRECCIÓN

El conflicto inevitable entre la Asamblea Nacional de Francfort y los gobiernos de los Estados de Alemania estalló al fin. Las hostilidades comenzaron en los primeros días de mayo de 1849. Los diputados austríacos, reclamados por su gobierno, habían abandonado ya la Asamblea y regresado a sus casas a excepción de los pocos miembros del partida de izquierda, o democrático. La gran mayoría de los diputados conservadores, conscientes del giro que iban a tomar los acontecimientos, abandonaron la Asamblea antes incluso de que se lo mandaran hacer sus respectivos gobiernos. Así, incluso independientemente de las causas indicadas en los artículos precedentes, causas que reforzaron la influencia de la izquierda, la simple deserción de los diputados de la derecha fue suficiente para convertir la vieja minoría en mayoría de la Asamblea. La nueva mayoría, que jamás había soñado antes con obtener esa dicha, aprovechó sus escaños de la oposición para echar peroratas contra la debilidad, la indecisión y la indolencia de la antigua mayoría y de su Regencia imperial. Ahora todos *ellos* tuvieron que ocupar de pronto el puesto de la vieja mayoría. *Ellos* tenían que mostrar ahora de qué eran capaces. Naturalmente, *su* actuación debía ser enérgica, resuelta y activa. *Ellos*, la *flor y nata* de Alemania, pronto podrían empujar al senil Regente del imperio y a sus vacilantes ministros, y en el caso de que eso fuera imposible, destituirían, y no podía caber ninguna duda de ello, por la fuerza del derecho soberano del pueblo a ese impotente gobierno y lo reemplazarían con un Comité Ejecutivo enérgico e infatigable que aseguraría la salvación de Alemania. ¡Pobrecitos! *Su* gobernación, si puede llamarse gobernación donde nadie obedece, era más ridícula aún que la de sus predecesores.

La nueva mayoría declaró que, a despecho de todos los obstáculos, la Constitución imperial debía ponerse en práctica y *sin demora*; que el 15 de julio siguiente el pueblo tenía que elegir a los diputados de la nueva cámara de representantes y que esta cámara se reuniría en Francfort el 22 de agosto siguiente. Eso era ya una explícita declaración de guerra a los gobiernos que no habían reconocido la Constitución imperial, ante todo a los de Prusia, Austria y Baviera, que abarcaban a más de las tres cuartas partes de la población alemana; era una declaración de guerra que fue aceptada en el acto por ellos. Prusia y Baviera llamaron también a los diputados enviados desde sus territorios a Francfort y apresuraron los preparativos militares contra la Asamblea Nacional; por otra parte, las manifestaciones del partido democrático (fuera del Parlamento) a favor de la Constitución imperial y de la Asamblea Nacional adquirieron un carácter más turbulento y violento, y las masas obreras, dirigidas por hombres del partido más extremista, estaban listas para empuñar las armas por

una causa que, si no era la de ellas, les concedía al menos la oportunidad de acercarse algo a la conquista de sus fines, librando a Alemania de sus viejas cadenas monárquicas. Así, el pueblo y los gobiernos se vieron por doquier en grave conflicto entre sí; el estallido era inevitable; la mina estaba cargada, sólo faltaba la chispa que la hiciera explotar. La disolución de las cámaras en Sajonia, el llamamiento a filas de la Landwehr (los reservistas) en Prusia y la resistencia declarada del gobierno a la Constitución imperial eran esa chispa; la chispa saltó, y todo el país quedó envuelto en el acto por las llamas. En Dresde, el pueblo victorioso tomó la ciudad el 4 de mayo y expulsó al Rey[*], en tanto que todos los distritos circundantes enviaban refuerzos a los sublevados. En la Prusia renana y Westfalia, los reservistas se negaron a ponerse en marcha, se apoderaron de los arsenales y se armaron en defensa de la Constitución imperial. En el Palatinado, el pueblo detuvo a los funcionarios gubernamentales de Baviera, se apoderó del tesoro público e instituyó un Comité de Defensa que puso la provincia bajo la protección de la Asamblea Nacional. En Württemberg, el pueblo obligó al Rey[**] a reconocer la Constitución imperial, y en Baden el ejército, unido al pueblo, puso en fuga al Gran Duque[***] y erigió un Gobierno Provisional. En otras partes de Alemania el pueblo sólo esperaba la señal decisiva de la Asamblea Nacional para alzarse en armas y ponerse a su disposición.

La postura de la Asamblea Nacional fue mucho más favorable de lo que se hubiera podido esperar después de su indigno pasado. La parte occidental de Alemania había empuñado las armas en defensa de la Asamblea; las tropas vacilaban por todas partes; en los estados pequeños se inclinaban evidentemente por el movimiento. Austria había sido puesta al borde del precipicio por la victoriosa ofensiva de los húngaros, y Rusia, baluarte de reserva de los gobiernos alemanes, ponía en tensión todas sus fuerzas para ayudar a Austria contra los ejércitos húngaros. Sólo quedaba por vencer a Prusia, y con las simpatías revolucionarias que había en este país, la probabilidad de éxito era más que posible. Todo, pues, dependía de la conducta de la Asamblea.

Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos se esté completamente preparada para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy inde

_____

[*] Federico Augusto II (*N. de la Edit.*)

[**] Guillermo I. (*N. de la Edit.*)

[***] Leopoldo. (*N. de la Edit.*)

terminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque pequeños, pero diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*[*]

¿Qué debía hacer, pues, la Asamblea Nacional de Francfort para evitar el seguro fracaso que la amenazaba? Ante todo, aclarar la situación y convencerse de que no había otra salida que someterse a los gobiernos incondicionalmente o adoptar la causa de la insurrección armada sin reservas ni titubeos. Segundo, reconocer públicamente todas las insurrecciones que ya habían estallado y llamar en todas partes al pueblo a empuñar las armas en defensa de la representación nacional, poniendo fuera de la ley a todos los príncipes, ministros y demás personajes que se atrevieran a oponerse a la soberanía del pueblo representado por sus mandatarios. Tercero, destituir en el acto al Regente imperial de Alemania y fundar un Comité Ejecutivo fuerte, activo, que *no retrocediera ante nada*, llamar a las tropas rebeldes a Francfort para contar inmediatamente con su protección, ofreciendo así al propio tiempo un pretexto legal para extender la sedición, organizar en un cuerpo compacto todas las fuerzas a su disposición y aprovechar rápidamente, sin tardanza ni titubeos, todo medio propicio para reforzar su posición y debilitar la de sus adversarios.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Francfort hicieron precisamente todo lo contrario. No contentos con dejar que las cosas transcurriesen según su curso natural, estos venerables varones fueron tan lejos que, con su oposición, dejaron que se aplastasen los movimientos insurreccionales que se estaban preparando. Así obró, por ejemplo, el señor Carlos Vogt en Nuremberg. Toleraron que se aplastaran las insurrecciones de Sajonia, la Prusia renana y Westfalia sin más ayuda que la de la protesta póstuma y sentimental contra la insensible violencia del Gobierno prusiano. Mantuvieron en secreto relaciones diplomáticas con la insurrección del Sur de Alemania, pero no le concedieron la ayuda de reconocerla públicamente. Sabían que el Regente del Imperio estaba al lado de los gobiernos, y a pesar de ello, lo exhortaban, sin hacer él ningún caso, a oponerse a las intrigas de estos gobiernos. Los minis-

[*] ¡Audacia, audacia y una vez más audacia! (*N. de la Edit.*)

tros del Imperio, todos viejos conservadores, ridiculizaban por doquier esta impotente Asamblea, y ellos lo toleraban. Y cuando Guillermo Wolff, diputado de Silesia y uno de los redactores de "*Neue Rheinische Zeitung*", los conminó a que la Asamblea pusiera fuera de la ley al Regente del Imperio[*], que era, como decía en verdad Wolff, el primer y mayor traidor del Imperio, ¡esos demócratas revolucionarios le taparon la boca con unánimes gritos de virtuosa indignación! En suma, que siguieron hablando, protestando, clamando y perorando, pero nunca con valentía ni intenciones de actuar; entretanto, las tropas hostiles de los gobiernos se iban aproximando más y más, y su propio poder ejecutivo, el Regente del Imperio, se dedicaba tesoneramente a confabularse con los príncipes alemanes para acelerar la destrucción de la Asamblea. Así, hasta el último vestigio de consideración perdió esta despreciable Asamblea; los sublevados, que se habían alzado para defenderla, dejaron de preocuparse por su suerte, y cuando, como veremos más adelante, se llegó por último a su vergonzoso fin, la Asamblea feneció sin que nadie se cuidara de su muerte sin pena ni gloria.

Londres, agosto de 1852

_____

[*] Juan. (*N. de la Edit.*)

XVIII

LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS

En nuestro último artículo hemos mostrado que la lucha entre los gobiernos alemanes, por un lado, y el Parlamento de Francfort, por el otro, había adquirido últimamente tal grado de violencia que, en los primeros días de mayo, en gran parte de Alemania estallaron insurrecciones: primero en Dresde, luego en el Palatinado bávaro, en parte de la Prusia renana y, por último, en Baden.

En todos los casos, las *verdaderas fuerzas combativas* de los insurrectos, las que empañaron primero las armas y dieron la batalla a las tropas, eran *los obreros de las ciudades*. Parte de la población más pobre del campo, los jornaleros y los pequeños campesinos, se adherían a ellos por lo general después de que estallaba el conflicto. El mayor número de jóvenes de todas las clases inferiores a la de los capitalistas se encontraba, al menos por algún tiempo, en las filas de los ejércitos insurrectos, pero esta multitud, bastante abigarrada, de jóvenes, disminuyó rápidamente tan pronto como las cosas tomaron un giro algo serio. Particularmente los estudiantes, estos «representantes del intelecto», como les agradaba denominarse, fueron los primeros en abandonar sus banderas, a menos que se lograse sujetarlos, ascendiéndolos a oficiales, para lo cual, por supuesto, sólo muy rara vez tenían los dones necesarios.

La clase obrera participó en esta insurrección como lo hubiera hecho en otra cualquiera que les permitiera o retirar algunos de los obstáculos interpuestos en su progreso hacia la dominación política y la revolución social o, al menos, obligara a las clases sociales más influyentes, pero menos valientes, a seguir un rumbo más decidido y revolucionario del que habían seguido hasta entonces. La clase obrera empuñó las armas con pleno conocimiento de que esa lucha, por sus fines directos, no era la suya; pero se atuvo a la única política acertada para ella: no permitir a ninguna clase, encumbrada a costa suya (como había hecho la burguesía en 1848), que consolidase su dominación de clase si no le dejaba, al menos, el campo libre para la lucha por sus propios intereses; en todo caso, aspiraba a provocar una crisis por la que o la nación fuese resuelta e inconteniblemente encauzada por la senda revolucionaria o se la condujese al restablecimiento más completo posible del *status quo* prerrevolucionario y, por lo mismo, hiciese inevitable una nueva revolución. En ambos casos, la clase obrera representaba los intereses reales y bien entendidos de toda la nación, acelerando cuanto pudiera el rumbo revolucionario que, para las viejas sociedades de la civilizada Europa, era ya una necesidad histórica y sin el cual ninguna de ellas podía aspirar de nuevo a un desarrollo más tranquilo y regular de sus fuerzas.

En cuanto a la población rural, que se había adherido a la insurrección, ésta se lanzó en lo fundamental a los brazos del partido revolucionario, en parte, por el enorme peso de los impuestos y, en parte, por las cargas feudales que la agobiaban. Faltos de iniciativa propia, iban a la cola de las otras clases incorporadas a la insurrección, vacilando entre los obreros y la clase de los pequeños artesanos y comerciantes. Su propia posición social privada decidía en casi todos los casos el camino que elegían; los obreros agrícolas apoyaban por lo general a los artesanos de la ciudad, y los pequeños campesinos optaban por ir de la mano con la pequeña burguesía.

Esta clase de los pequeños comerciantes y artesanos, cuyas gran importancia e influencia hemos advertido ya varias veces, puede ser considerada la clase dirigente de la insurrección de mayo de 1849. Como en esta ocasión entre los centros del movimiento no figuraba ninguna ciudad grande de Alemania, dicha clase, que predomina siempre en las ciudades medianas y pequeñas, encontró los medios de tomar en sus manos la dirección del movimiento. Hemos visto, además, que en esta lucha por la Constitución imperial y por los derechos del Parlamento alemán se ponían en juego precisamente los intereses de la clase que estamos tratando. Los Gobiernos Provisionales que se formaron en todas las regiones sublevadas representaban en su mayoría a esta parte del pueblo; por eso puede juzgarse de lo que es capaz de hacer, en general, la pequeña burguesía alemana, por la magnitud del movimiento y, como veremos, es sólo capaz de frustrar cualquier movimiento que se confíe a su dirección.

La pequeña burguesía, grande en jactancia, es completamente incapaz de actuar y muy cobarde para arriesgar algo. El carácter *mezquino* de sus transacciones comerciales y de sus operaciones de crédito es de lo más apto para imprimir un sello de falta de energía y espíritu emprendedor; por eso era de esperar que estas mismas cualidades marcasen su rumbo político. Efectivamente, la pequeña burguesía incitaba a la insurrección con palabras rimbombantes y gran jactancia de lo que iba a hacer; ansiaba adueñarse del poder tan pronto como la insurrección, en mucho contra su voluntad, estallara; e hizo uso de su poder con el único propósito de reducir a la nada los efectos de la insurrección. Dondequiera que el conflicto armado llevaba a una seria crisis, la pequeña burguesía era presa del mayor pánico por la peligrosa situación que la crisis creaba; era presa de pánico ante el pueblo que había tomado en serio sus jactanciosos llamamientos a las armas; presa de pánico del poder que de ese modo le había caído en las manos; presa de pánico, sobre todo, de las consecuencias que tendría para ella, para sus posiciones sociales y para sus fortunas la política en que se habían metido ellos mismos. ¿No se esperaba de ella que arriesgara «la vida y la propiedad», como acostumbraba a decir, por la causa de la insurrección? ¿No se había visto obligada a tomar posiciones oficiales en la insurrección, por lo que, en caso de derrota, ella corría el peligro de perder su capital? Y en caso de victoria, ¿no estaba ella segura de verse inmediata-

mente desplazada de sus puestos y ver radicalmente trastocada su política por los proletarios triunfantes que constituían la fuerza principal de su ejército combativo? Colocada así entre los peligros opuestos que la rodeaban por todos lados, la pequeña burguesía no supo aprovechar su poder más que para dejar que las cosas fuesen al azar, en virtud de lo cual se malogró, como es natural, la pequeña oportunidad de éxito que pudo haber y, así, condenar definitivamente la insurrección a la derrota. La política o, mejor dicho, la falta de política de la pequeña burguesía fue la misma por doquier, y, por eso, las insurrecciones de mayo de 1849 en todas las tierras de Alemania estuvieron cortadas por el mismo patrón.

En Dresde, la lucha duró cuatro días en las calles. La pequeña burguesía de la ciudad, la «guardia municipal», no ya se mantuvo al margen de la lucha, sino que, en muchas ocasiones, favoreció las operaciones de las tropas contra los insurrectos, que eran casi exclusivamente obreros de los distritos fabriles circundantes y encontraron *un jefe capaz y sereno en el refugiado ruso Mijaíl Bakunin*, que fue hecho prisionero y se encuentra actualmente recluido en la fortaleza de Munkacs[*], en Hungría. La intervención de numerosas tropas prusianas aplastó esta insurrección.

En la Prusia renana, la lucha era de poca monta. Como todas las grandes ciudades eran fortalezas dominadas por ciudadelas, las acciones de los sublevados hubieron de limitarse a escaramuzas aisladas. En cuanto hubo bastantes tropas concentradas, se puso fin a la resistencia armada.

En el Palatinado y en Baden, por el contrario, los sublevados se adueñaron de una región rica y fértil y de un Estado entero. El dinero, las armas, los soldados, las municiones, todo estaba a su disposición. Los soldados del ejército regular se adhirieron voluntariamente a los insurrectos; es más, en Baden formaban en las primeras filas. Las insurrecciones de Sajonia y de la Prusia renana se sacrificaron por ganar tiempo para organizar este movimiento del Sur de Alemania. Jamás hubo, como en este caso, condiciones tan propicias para una insurrección provincial y parcial. En París se esperaba una revolución; los húngaros estaban a las puertas de Viena; en todos los Estados centrales de Alemania estaban a favor de la insurrección no sólo el pueblo, sino incluso las tropas, que sólo esperaban una oportunidad para adherirse a ella abiertamente. Sin embargo, como el movimiento cayó en manos de la pequeña burguesía, fue frustrado desde el mismo comienzo. Los gobernantes pequeñoburgueses, particularmente los de Baden, encabezados por el señor Brentano, jamás olvidaron que, usurpando el puesto y las prerrogativas del soberano «legal», el Gran Duque, incurrían en alta traición. Se mantuvieron quietos en sus sillones ministeriales, sintiéndose delincuentes en el alma. ¿Qué se podía esperar de esos co-

[*] El nombre ucraniano es Mukáchevo. (*N. de la Edit.*)

bardes? No sólo abandonaron la insurrección a la espontaneidad, dejándola descentralizada y, por lo mismo, ineficaz, sino que hicieron cuanto pudieron para restar al movimiento toda la energía, debilitarlo y malograrlo. Y lo consiguieron merced al celoso apoyo de la clase de los profundos políticos, de los héroes «democráticos» de la pequeña burguesía que estaban seriamente con cuantos trapacistas como Brentano.

Por cuanto al aspecto bélico del asunto se refiere, jamás se llevaron las operaciones militares con tanto desaliño y mentecatez como bajo la dirección del ex teniente general del ejército regular Sigel, general en jefe de Baden. Todo estaba en completo desorden, se dejaron pasar todas las oportunidades propicias y perder todos los momentos preciosos, planeando proyectos colosales, pero impracticables, y cuando, al fin, se hizo cargo del mando el polaco de talento Mieroslawski, el ejército estaba desorganizado, derrotado, desmoralizado, mal abastecido y teniendo que hacer frente a un enemigo el cuádruple más numeroso. Mieroslawski no pudo hacer otra cosa que dar en Waghäusel una batalla gloriosa, pero sin éxito, replegarse inteligentemente, ofrecer un último combate sin esperanzas ante los muros de Rastatt y deponer el mando. Lo mismo que en todas las guerras insurreccionales, en las que los ejércitos son mezclas de soldados adiestrados y reclutas sin preparación, en el ejército revolucionario hubo mucho heroísmo y, a la vez, mucho pánico, impropio del soldado; pero, con toda la imperfección que no podía menos de tener, le cupo al menos la satisfacción de ver que la cuádruple superioridad numérica del enemigo no pareció a éste suficiente para derrotarlo y de que cien mil hombres de un ejército regular en una campaña contra veinte mil insurrectos les tenían en el aspecto militar tanto respeto como si hubiesen tenido que pelear contra la Vieja Guardia de Napoleón.

La insurrección estalló en mayo de 1849, y a mediados de julio del mismo año fue aplastada por completo, acabando así la primera revolución alemana.

Londres, 21 de septiembre de 1852

Escrito por Engels entre agosto de 1851 y septiembre de 1852.

Publicado en *The New York Daily Tribune* el 25 y el 28 de octubre, el 6, el 7, el 12 y el 28 de noviembre de 1851, el 27 de febrero, el 5, el 15, el 18 y el 19 de marzo, el 9, el 17 y el 24 de abril, el 27 de julio, el 19 de agosto, el 18 de septiembre y el 2 y el 23 de octubre de 1852. Firmado: *Carlos Marx*

Se publica de acuerdo con el texto del periódico. Traducido del inglés.

Consultar el texto completo en C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, tomo I.

NOTAS

[1] En el trabajo de Engels *Revolución y Contrarrevolución en Alemania* se hace el resumen de la revolución de 1848 y 1849 en Alemania y, desde las posiciones del materialismo histórico, se ofrece un profundo análisis de sus premisas, etapas fundamentales de su desarrollo y posiciones de las diversas clases y partidos. En él se despliegan los principios tácticos de la lucha revolucionaria del proletariado y están echadas las bases de la doctrina marxista de la insurrección armada.

La serie de artículos *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se imprimió en el *New York Daily Tribune* de 1851 a 1852 y fue escrita por Engels a petición de Marx, ocupado por entonces en hacer investigaciones económicas. Se publicó en el *Tribune* con la firma de Marx, que era el colaborador oficial del periódico. Hasta 1913, y eso con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, no se supo que este trabajo lo había escrito Engels.

[48] En 1636, John Hampden, luego uno de los dirigentes destacados de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, se negó a pagar el «impuesto naval», no aprobado por la Cámara de los Comunes. El juicio incoado contra él contribuyó a que aumentase la oposición contra el absolutismo en la sociedad inglesa.

La negativa de los norteamericanos, en 1766, a pagar el impuesto del timbre, introducido por el Gobierno inglés, y la táctica de boicotear las mercancías inglesas a comienzos de los años 70 del siglo XVIII fue el prólogo de la guerra de la independencia de las colonias norteamericanas contra Inglaterra (1775-1783).

LA GUERRA DE CRIMEA, 1853-1856

LA CAMPAÑA EN CRIMEA[19]

Sin duda nuestros lectores se sienten impresionados por el estado de ánimo poco común que revelan las noticias recibidas ayer por la agencia "Baltic" desde el teatro de guerra de Crimea, y que publicamos esta mañana en nuestras columnas. Los comentarios de la prensa británica y los informes de los corresponsales ingleses y franceses sobre las acciones y perspectivas bélicas se distinguían hasta la fecha por una confianza presuntuosa y arrogante. Pero esta postura ha sido remplazada ahora por una sensación de preocupación, y aun de consternación. Se admite en general que no existe tal superioridad de las fuerzas, como antes lo afirmaron los comandantes de los ejércitos aliados; que Sebastopol es más fuerte, Ménshikov, un general más capaz y su ejército más peligroso de lo que se suponía al principio. No se descarta la posibilidad de que los ingleses y franceses tengan que encontrarse con un fracaso y la deshonra, en vez de obtener una victoria segura y decisiva. Tal es la opinión expresada por nuestro corresponsal en Liverpool —siendo él mismo un súbdito inglés que comprende profundamente todas las aspiraciones y prejuicios de su nación—, y la misma opinión se expresa en la acción sumamente enérgica de los gobiernos francés y británico. Los dos hacen todo lo que está en su poder para enviar refuerzos a Sebastopol con la mayor rapidez posible; el Reino Unido se priva de su último soldado, muchos vapores son trasformados en buques-trasporte, y Francia manda 50.000 hombres en la esperanza de que lleguen a tiempo al teatro de la guerra para participar en la última batalla decisiva.

El sábado publicamos un número apreciable de noticias que informaban principalmente sobre las etapas iniciales del sitio y de la cooperación de las armadas, en parte positiva, pero infortunada en su efecto total; ahora agregamos los informes oficiales sobre el ataque sangriento de Liprandi a los ejércitos aliados cerca de Balaklava[20], junto con otros detalles del cursó de las operaciones, que conducen todas, como tenemos que admitir, a un resultado desfavorable para los aliados. Después de haber examinado con cuidado estos documentos, llegamos a la conclusión de que la situación, como ya hemos comprobado varias veces, sigue siendo difícil e insegura, pero no tan peligrosa como lo dio a entender nuestro corresponsal en Liverpool. No creemos que se encuentren amenazados por algo peor que una retirada y un embarque involuntarios. Por otra parte, existe todavía la posibilidad de conquistar la ciudad en un asalto desesperado y sangriento. Sea lo que fuere, estamos convencidos de

que este asunto se definirá mucho antes de que lleguen a Crimea los refuerzos de Francia e Inglaterra. La campaña está acercándose, como es notorio, a su momento crítico; los movimientos, errores y omisiones que determinaban su carácter y producían su resultado, están fijados; poseemos informaciones auténticas e irrefutables sobre los hechos más importantes. Por eso nos proponemos analizar sucinta y críticamente el curso de los sucesos.

Se sabe ahora que en el momento en que los aliados desembarcaron cerca del fuerte Viejo, Ménshikov sólo contaba en el campo de batalla con 42 batallones y 2 regimientos de caballería, más algunos cosacos. La guarnición de Sebastopol se componía de marineros de la armada. Estos 42 batallones estaban formados por las divisiones de infantería número 12, 16 y 17; suponiendo que cada batallón tuviese su fuerza reglamentaria de 700 hombres, sus efectivos totales eran de 29.400 soldados de infantería; agregando 2.000 húsares, cosacos, artilleros, zapadores y minadores, se llega a 32.000 hombres en el campo. Ménshikov no pudo impedir el desembarco de los aliados mediante estas tropas, ya que las hubiera expuesto, sin disponer de reservas suficientes, al fuego de las armadas aliadas. Un ejército fuerte, en condiciones de sacrificar una parte de sus efectivos, habría podido destacar tropas para empezar una guerra de guerrillas por sorpresa y ataques nocturnos contra los invasores desembarcados, pero los rusos, en este caso, necesitaban todos sus hombres para la gran batalla inminente. Además, el soldado de infantería ruso es el menos apto del mundo para sostener guerra de guerrillas. Su fuerza consiste en la lucha que realiza en columna cerrada. En cambio, el modo de combatir del cosaco es muy irregular, y sólo resulta aprovechable en la medida en que crece la esperanza de cobrar botín. Por otra parte, la campaña en Crimea parece demostrar que el proceso desarrollado en los últimos 30 años a fin de trasformar a los cosacos en una tropa regular ha roto su espíritu emprendedor y los ha puesto en un estado de subordinación. Ahora dan la impresión de ser inservibles como irregulares, y poco útiles todavía para el servicio regular. Al parecer, ni siquiera son aptos para avanzadas o destacamentos, ni para atacar al enemigo en una carga de línea.[21] Por eso los rusos tenían motivos para reservar cada sable y cada bayoneta para la batalla en la orilla del río Alma.

En las orillas de este río, los 32.000 rusos fueron atacados por 55.000 aliados; la superioridad era casi del ciento por ciento. Después de haber entrado en combate unos 30.000 aliados, Ménshikov ordenó la retirada. Los rusos sólo habían empleado hasta ese momento 20.000 hombres; si hubieran tratado de seguir en la defensa de sus posiciones, la retirada rusa se habría convertido en una derrota total, porque hubiese surgido la necesidad de lanzar al combate todas sus reservas. Cuando la superioridad numérica de los aliados produjo efectos indudables, Ménshikov levantó la batalla y cubrió su retirada con sus reservas. Logró vencer la confusión en su ala izquierda, causada por el movimiento de flanqueo del general Bosquet, se retiró del campo de batalla sin ser

molestado o perseguido, en "magnífico orden". Los aliados afirman que no contaban con suficiente caballería para perseguir a los rusos; pero como sabemos que éstos tenían sólo dos regimientos de húsares —menos que los aliados—, esta excusa no es válida. La infantería rusa se comportó como lo hizo en las batallas de Zomdorf, Eylau y Borodinó[22], es decir, "no era capaz de caer en pánico" después de una derrota, frase del general Cutcart, quien mandó una división contra ellos.

Aunque la infantería rusa conservara su sangre fría y serenidad, Ménshikov fue presa del pánico. Las importantes fuerzas de los aliados, y su decisión y vehemencia en el ataque —que no había esperado—, turbaron sus planes en el momento. Abandonó su intención de retirarse al interior de Crimea, y marchó al sur de Sebastopol para defender la línea del no Chórnáia. Fue un error imperdonable. Como podía abarcar de una ojeada la posición aliada en su totalidad, desde las alturas a la orilla del río Alma, habría debido Ser capaz de conocer las fuerzas de sus enemigos hasta 5.000 hombres. Habría debido saber que, a pesar de la superioridad relativa de los aliados sobre su ejército, no eran lo bastante fuertes para separar una parte de sus tropas con el fin de observar a Sebastopol, y para seguirlo hacia el interior. Hubiera debido saber que, a pesar de la proporción de uno a dos en la costa, estaba en condiciones de oponerles una fuerza de dos a uno en Simferopol. Sin embargo, marchó, como él mismo lo admite, al sur de Sebastópol. Pero después de terminar su retirada sin ser molestado por los aliados, y después de un alto de sus tropas en las elevaciones detrás del río Chórnaia, Ménshikov se decidió a reparar su error. Llevó a cabo este plan mediante un peligroso movimiento de flanqueo desde el Chórnaia a Bajchisarai. Fue un acto en contradicción con las reglas elementales de la estrategia, pero prometía grandes resultados. Si se ha cometido una vez un error estratégico, es muy difícil contrarrestar sus efectos. Queda por saber si es más práctico resignarse, o reparar el error con un segundo paso intencionalmente falso. Creemos que Menshikov tuvo completa razón en arriesgar una marcha de flanqueo dentro del alcance del enemigo, para salir de su posición de Sebastópol, imprudentemente "concentrada".

Pero en esta lucha entre la mediocridad estratégica y los generales rutinarios, los movimientos de las tropas de los dos ejércitos enemigos adquirieron formas desconocidas hasta ahora en la estrategia. Como el cólera, la pasión por las marchas de flanqueo se convirtió en una epidemia en las dos partes. Al mismo tiempo que Ménshikov resolvía esa marcha de flanqueo de Sebastópol a Bajchisarai, a Saint-Arnaud y Raglan se les había metido en la cabeza dirigirse de Kacha a Balaklava. La retaguardia de los rusos y la vanguardia de los ingleses chocaron cerca de la granja Mackenzie (así llamada por el apellido de un escocés, un almirante que había servido a los rusos), y por supuesto, la retaguardia fue derrotada por la vanguardia. Como ya se ha criticado en *Tri-*

bune[23] el carácter estratégico de la marcha de flanqueo de los aliados en sus aspectos generales, no hace falta volver aquí sobre la cuestión.

El 2 ó 3 de octubre, Sebastópol estaba cercado, y los aliados fueron a ocupar la misma posición de la cual Ménshikov acababa de retirarse. Con ello empezó el memorable sitio de Sebastopol, y simultáneamente un nuevo período de la guerra. Hasta ese momento, los aliados, por su superioridad indudable, habían determinado el curso de las acciones bélicas. Las armadas, que dominaban el mar, aseguraban su desembarco. Después de éste, su superioridad numérica y, por cierto, también su capacidad superior en el ataque, les dieron la victoria en la orilla del río Alma. Pero ahora se establecía poco a poco el equilibrio de las fuerzas que siempre aparece en operaciones desarrolladas lejos de la posición de salida y en el territorio enemigo. Si bien el ejército de Ménshikov no podía ser avistado aún, se hizo necesario formar una reserva en el río Chórnaia, con un frente dirigido hacia el este. De tal manera, el propio ejército sitiador quedó seriamente debilitado y reducido a un número que no superaba en mucho el de la guarnición.

La falta de energía y metodicidad, ante todo en la cooperación entre las distintas partes de las fuerzas armadas terrestres y navales británicas, las dificultades del terreno y principalmente el indestructible espíritu de rutina, quizás innato en las administraciones y círculos científicos ingleses, demoraron el comienzo del sitio propiamente dicho hasta el 4 de octubre. Por fin, este día, las trincheras fueron ocupadas en la distancia inmensa de 1.500 a 2.500 yardas de las fortificaciones rusas. No se conoce tal procedimiento en otros sitios. Esto demuestra —y los rusos lo afirmaron hasta el 17 de octubre— que ellos dominaban aún el terreno de la fortaleza en una milla a la redonda. Por la mañana de ese día, los trabajos de los sitiadores habían progresado a tal punto, que pudieron romper el fuego. Es muy probable que se hubiese esperado algunos días más, teniendo en cuenta que ese día los aliados no se hallaban en condiciones de lograr algún éxito, si no hubiera llegado la gloriosa noticia de que toda Inglaterra y Francia se encontraban en un arrebato de alegría por haber anunciado la caída de Sebastopol para el 25 de octubre. Por supuesto, esta noticia exasperó a las tropas, y hubo que abrir fuego para calmarlas. Pero resultó que los aliados poseían sólo 126 cañones contra 200 a 250 de los enemigos. Entonces los ingleses y franceses siguieron citando el gran principio de Vauban —muy útil para tranquilizar al público—, de que "un sitio es una operación que conduce a un resultado favorable con seguridad matemática, y es cuestión de tiempo, si no hay perturbación exterior". Este gran principio se basa en otro del mismo ingeniero, de que "el fuego de los sitiadores puede ser reforzado hasta superar el de los sitiados". En lo que hace a Sebastópol, vemos lo contrario: el fuego de los atacantes era inferior al comienzo de la defensa. Faltó poco tiempo para ver las consecuencias.

En pocas horas, los rusos silenciaron el fuego de las baterías francesas y se batieron con los ingleses un día entero equilibradamente. Como maniobra de diversión se organizó un ataque naval, pero no fue mejor dirigido ni resultó más eficaz. Los barcos franceses bombardearon el fuerte de Cuarentena y el fuerte Alejandro, y de este modo apoyaron los ataques de las tropas terrestres. Sin tal apoyo, es indudable que los franceses habrían salido aun peor parados. Los barcos ingleses atacaron la parte norte del puerto, inclusive el fuerte Constantino, la batería de los Telégrafos y una batería recién establecida al nordeste de Constantino. El cauteloso almirante Dundas había hecho anclar sus barcos a 1.200 yardas del fuerte; sin duda le agrada el método de hacer fuego desde una gran distancia. Pero es un hecho comprobado hace tiempo que en una lucha entre barcos y baterías de costa, los primeros pierden en el combate si no pueden llegar a 200 yardas o menos de las baterías, a fin de dar en el blanco con la mayor eficacia. Por eso, los barcos de Dundas empezaron a ser averiados y habrían sufrido una derrota demoledora si sir Edmund Lyons, probablemente contrariando sus órdenes, no hubiera llevado tres navíos de línea lo más cerca posible del fuerte Constantino y le hubiera causado, en desquite de sus propias pérdidas, algunos daños. Pero como en los partes de guerra de los almirantes británicos y franceses falta la mención de destrucciones reales ocasionadas a los fuertes, tenemos que suponer que los fuertes y las baterías colocadas en casamatas, lo mismo que en Bomarzund[24], en la "costa de Montalembert", resistieron frente a un doble número de cañones navales. Esto es tanto más notable cuanto que ahora resulta evidente que la construcción expuesta de este fuerte —circunstancia que ya en parte fue confirmada en Bomarzund— no puede resistir más de 24 horas a un bombardeo de cañones navales pesados desde la costa misma.

En los días siguientes, los franceses permanecieron bastante tranquilos. En cambio los ingleses, habiendo colocado sus baterías a una distancia mayor de las líneas rusas y disponiendo de calibres más pesados que sus aliados, podían continuar el fuego y silenciar los cañones en los pisos superiores de los reductos construidos por albañiles. El ataque naval no fue repetido, lo que prueba el respeto que habían inspirado los fuertes con sus casamatas. La defensa rusa destruyó muchas ilusiones de los vencedores en la orilla del Alma. Cada cañón destruido fue remplazado por otro. Cada tronera destrozada durante el día por el fuego enemigo, fue reparada durante la noche. Los fortines estaban frente a frente, y la situación era casi equilibrada hasta que los aliados tomaron medidas para lograr la superioridad. La ridícula orden de lord Raglan, de que "la ciudad debía ser respetada", fue revocada y comenzó un bombardeo que probablemente, por sus intensos efectos sobre las tropas concentradas y su carácter asolador, hizo estragos entre la guarnición. Además, en la zona neutral de las baterías, tiradores escogidos, desde posiciones seguras en todos los lugares posibles, tuvieron la tarea de eliminar artilleros rusos. Como en el bombardeo de Bomarzund, los fusiles "Minié" dieron buen resultado. Al cabo de pocos

días, los artilleros rusos estaban completamente *hors du combat,* ya sea por los cañones pesados, o bien por los fusiles "Minié". Eran en su mayoría marineros de la armada, y de esta manera la parte de la guarnición más familiarizada con la artillería pesada se encontró fuera de combate. Hubo que emplear el método conocido en las guarniciones sitiadas: la infantería recibió la orden de manejar los cañones bajo la dirección de los artilleros que quedaban. Pero es fácil imaginarse que su juego casi no tuvo efecto, y los sitiadores pudieron adelantar sus trincheras más y más hacia los fuertes. Tenemos noticias de que los aliados ocuparon su tercera línea a 300 yardas de las fortificaciones internas. No sabemos hasta ahora qué baterías han colocado en esta tercera línea; sólo podemos decir que en sitios verdaderos la *tercera* línea es construida siempre al pie del glacis de los fuertes atacados, es decir, a unas 50 a 60 yardas del foso de la fortaleza. Si esta distancia es más grande en Sebastopol, podemos ver en ello la confirmación de informes provenientes de varios diarios británicos, de que aquí las líneas de defensa irregulares confundieron a los oficiales británicos del cuerpo de ingenieros, en vez de darles nuevas posibilidades para desarrollar su capacidad creadora. Estos distinguidos caballeros, que pueden destruir un frente de bastiones construido según las reglas, encuentran graves dificultades cuando el enemigo se aparta de las prescripciones contenidas en las obras de las autoridades reconocidas como tales.

Después de haber resuelto definitivamente el ataque desde el sur, habrían debido dirigir la paralela[*] y sus baterías contra uno o, a lo sumo, dos frentes de defensa con extensiones estrictamente limitadas. Era necesario atacar con fuerzas concentradas dos de los fuertes exteriores situados a poca distancia uno del otro; cuando mucho, a tres de ellos. Una vez destruidos, todos los demás fuertes exteriores habrían resultado inútiles. Si los aliados hubiesen dirigido el bombardeo de sus cañones en su totalidad a un solo punto, habrían logrado así, con la mayor rapidez y facilidad, una superioridad de fuego y una abreviación notable del sitio. A juzgar por planos y mapas, el frente, desde el fuerte de Cuarentena hasta el extremo superior del puerto interno, o sea el frente contra el cual los franceses están ahora embistiendo, habría sido el más apropiado para el asalto, pues su destrucción hubiese abierto el acceso a la ciudad. Con los 130 cañones en este frente limitado, los aliados hubieran dado inmediatamente pruebas de su superioridad de fuego. En vez de esto, el deseo de dejar actuar a cada uno de los ejércitos aliados independientemente del otro, produjo este método increíble de tirar simultáneamente contra fortificaciones en una extensión de más de tres millas. Nunca se había visto tal cosa. ¿Cuándo sucedió que un ¿taque permitiese a las fuerzas sitiadas poner en juego la inmensa cantidad de 250 cañones al mismo tiempo, desde bastiones simples y lunetas?

---

[*] Trinchera con parapeto. (*Ed.*)

Un solo frente de bastiones apenas llega a poner 20 cañones en posición, y si se trata de un sitio normal, a lo sumo 3 ó 4 frentes pueden apoyar la defensa. Como los ingenieros aliados no están en condiciones de explicar convincentemente su singular procedimiento, tenemos que llegar a la conclusión de que fueron incapaces de descubrir los puntos más débiles de la defensa, y por lo tanto cañonearon toda la línea para no equivocarse.

Mientras tanto, las dos partes recibieron refuerzos. Los ataques permanentes de Liprandi a las vanguardias aliadas, en parte llevados a cabo con éxito, demuestran que hubo más tropas en Sebastopol que las conducidas por Ménshikov a Bajchisarai. Pero no parecen hasta ahora tan fuertes como para levantar el sitio por una batalla. Si se tienen en cuenta los avances de los sitiadores; si se considera que el daño sufrido por los sitiados crece en progresión geométrica con el acercamiento de los aliados a las fortificaciones; si se tiene presente que si bien los fortines exteriores resisten todavía, las defensas interiores parecen débiles, se puede suponer que entre el 9 y 15 de noviembre tendrán lugar sucesos decisivos. O ya habrá caído el lado sur de la fortaleza, o los aliados habrán sufrido una derrota definitiva y tendrán que abandonar el sitio. Pero no hay que olvidar que tales pronósticos dependen de circunstancias difícilmente apreciables desde un lugar tan lejano del teatro de la guerra.

Escrito por Engels en inglés alrededor del 9 de noviembre de 1854.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune*
el 27 de noviembre de 1854. Marx y Engels, *Obras*, t. X, ed. cit.

SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR BRITÁNICA

I

¿Quién es responsable por las condiciones del ejército inglés en Crimea? Dando un vistazo a la extraña maquinaria de la administración de guerra, podemos mostrar que la responsabilidad es compartida tan hábilmente entre las distintas autoridades, que cada una es rozada, pero ninguna cargada. El ejército británico en su totalidad tiene un general en jefe, llamado *commander in chief*, una especie de condestable[*], rango suprimido en casi todos los ejércitos civilizados. De estos *horseguards* —así es el nombre de las oficinas de este general en jefe, porque se hallan en el cuartel de los *horseguards*— salen casi todos los nombramientos militares. Pero sería un error suponer que este comandante en jefe está autorizado a mandar realmente alguna cosa. Cuando mucho, posee

[*] *Condestable:* comandante en jefe en el ejército francés antes de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII. (*Ed.*)

cierto control sobre la infantería y caballería, mientras que la artillería, el cuerpo de ingenieros, los zapadores y minadores se encuentran fuera de la esfera de su influencia. Si tiene alguna voz en la cuestión de pantalones, sacos y corbatas, le está vedada toda injerencia en el problema de los capotes. Puede fijar el número de los cartuchos que cada soldado debe tener en su cinto, pero no puede proveerlo de un solo mosquete. Puede hacer enjuiciar a todos sus hombres por un tribunal de guerra y hacerlos azotar de firme, pero no ponerlos en movimiento, ni siquiera en la distancia de una pulgada. Le sigue el *master general of the ordnance,* el superior general de artillería. Esta persona es una triste reliquia de los tiempos en que se consideraba la ciencia como una actitud indigna del soldado. Entonces cuerpos científicos, como los de artillería e ingenieros, no se componían de soldados, sino de una mescolanza indescriptible de semieruditos y semiartesanos que, bajo el mando del *master general,* estaban organizados en una especie de corporación. Este *master general* controla no sólo la artillería y el cuerpo de ingenieros, sino también los capotes y las armas pequeñas del ejército británico. Sin él, ninguna operación es posible; tiene que participar infaliblemente. El tercero en el grado es el *secretary at war,* el ministro de guerra, pero no es en realidad el propio ministro de guerra, sino el representante del ministerio en la Cámara de los Comunes, una autoridad absolutamente independiente. Este ministro de guerra no puede dar órdenes a parte alguna del ejército, pero puede impedir que alguna fracción del ejército haga algo. Como es el jefe de las finanzas militares, y dado que todo acto militar cuesta dinero, su negativa a entregar los recursos necesarios significaría un veto absoluto contra cualquier operación. Pero suponiendo que esté dispuesto a abrir su caja de caudales, es incapaz de movilizar el ejército, porque no puede alimentarlo. Eso escapa de su esfera. La autoridad que alimenta al ejército y tiene que procurar los medios de trasporte en caso de marchas, es el *Comisariato,* que se encuentra bajo el control del Ministerio de Finanzas. De este modo, el primer ministro —el primer lord del Tesoro— tiene en sus manos directamente cada operación militar y puede, a su criterio, acelerarla, demorarla o producir su paralización. Todos saben que el Comisariato tiene la misma importancia para un ejército que los soldados mismos, y por eso la sabiduría colectiva de la antigua Inglaterra consideró que era una medida práctica la de separar al Comisariato del ejército y ponerlo bajo el control de un departamento que en su esencia es antibélico. ¿Pero quién, al fin y al cabo, pone en movimiento al ejército? Anteriormente, el ministro de las colonias, ahora, el ministro de guerra, el jefe nominal del Ministerio de Guerra. Manda las tropas de Inglaterra a China y de la India al Canadá. Pero considerada su autoridad en sí, es tan impotente como los cuatro funcionarios militares que mencionamos antes. Para promover cualquier movimiento, aunque sea de poca importancia, es necesaria la cooperación de los cinco funcionarios. Cada una de estas cinco potencias tiene su propia burocracia, con su rutina propia, y cada una actúa bajo su propia responsabilidad.

El origen de este sistema proviene aparentemente de la intención de crear medidas de precaución constitucionales contra el ejército permanente. En lugar de pretender una *división de trabajo* que daría al ejército la máxima elasticidad, se busca una división de poderes, que reduce su movilidad al mínimo. Pero el sistema no fue mantenido por escrúpulos parlamentarios o constitucionales, sino porque se trataba de romper la influencia oligárquica, por lo menos en este campo, a la vez que se promovía una reforma moderna de la administración militar. En la última sesión del Parlamento, los ministros se negaron a admitir toda innovación que no fuese la de separar el Ministerio de Guerra del de Colonias. El mismo Wellington defendió obstinadamente el sistema desde 1815 hasta su muerte, sabiendo sin embargo que nunca, con este sistema, habría llevado la guerra de los Pirineos a un éxito final, si su hermano, el marqués de Wellesley[25], no hubiese sido por casualidad el ministro. En 1832 y 1836 Wellington defendió, frente a los comités designados por el Parlamento para reformar el sistema de entonces, lo tradicional en todos sus detalles. ¿Temió facilitar a sus sucesores la obtención de la gloria?

II

Acabamos de conocer el sistema de la administración militar británica que existía al estallar la guerra actual. Las tropas no habían desembarcado aún en su puerto de destino, Gallípoli, cuando ya la confrontación con el ejército francés descubría la calidad inferior de la expedición inglesa y la irresolución de los oficiales y demás funcionarios ingleses. Aquí la tarea fue relativamente fácil. Hubo un aviso previo, un tiempo antes de que llegaran las tropas, y el número de los soldados desembarcados fue reducido. Sin embargo, *todo* salió mal.

Se perdieron cargamentos en la costa en que fueron desembarcados; la falta de lugar obligó a mandar tropas a Scutari, etc. El caos se anunció inequívocamente, pero como era el comienzo de la guerra, hubo esperanzas de adquirir cada vez más experiencia. Las tropas fueron, pues, trasportadas a Varna. Todo iba en aumento: el alejamiento de su patria, su número y el desorden en la administración. La actividad independiente de los cinco departamentos que en su conjunto representaban la administración, y de los cuales cada uno responde a otro ministerio, produjo las inevitables colisiones. El campamento careció de todo, mientras que la guarnición de Varna disfrutaba de todas las comodidades. El comisariato reunió tardíamente algunos medios de trasporte, buscándolos en los alrededores. Pero como el general en jefe no proveyó estos carros de escoltas, los cocheros búlgaros desaparecieron más rápidamente de lo que habían llegado. Después se formó un depósito central en Constantinopla, una especie de primera base de operaciones. Sólo contribuyó a crear un nuevo centro de dificultades, demoras, cuestiones de competencia, embrollos entre el ejército, el *ordnance*, los intendentes, el comisariato y el Ministerio de Guerra. Mien-

tras tanto el ejército en Gallípoli, Scutari y Varna se encontraba todavía en condiciones de paz. En Crimea la administración británica tuvo oportunidad de desarrollar su talento para la desorganización en toda su extensión. En la práctica, 17.000 hombres de los 60.000 trasportados desde febrero último al Oriente, son aptos para el servicio De estos 17.000, unos 60 a 80 fallecen y unos 200 a 250 enferman diariamente, volviendo rara vez uno u otro del hospital. ¡Los mismos rusos no responden por más de 7.000 de estos 43.000 muertos y heridos!

Cuando llegaron a Inglaterra las primeras noticias de que el ejército en Crimea carecía de alimentos, prendas y albergo, todo el mundo opinaba que el gobierno había faltado a su deber de enviar las provisiones necesarias al teatro de guerra. Después se supo que también se carecía de medicamentos y material quirúrgico, que enfermos y heridos tenían que estar tendidos en el suelo frío y mojado, expuestos a la intemperie o hacinados en las cubiertas, sin atención ni primeros auxilios, a consecuencia de lo cual centenares murieron sólo por carecer del socorro más primitivo. Resultó que las sospechas acerca de la negligencia del gobierno estaban en cierta medida fundadas en el primer período. Pero más tarde pudo comprobarse que provisiones de toda índole fueron trasportadas, a veces en cantidades innecesarias, pero desgraciadamente todas llegaron siempre al lugar y en el momento equivocados. Las medicinas se encontraban en los depósitos de Varna y los heridos que las necesitaban se hallaban en Crimea y Scutari. Las prendas y los víveres llegaron directamente a Crimea, pero falto el personal para desembarcarlos. Si por casualidad una parte era desembarcada, se extraviaba. La colaboración necesaria de la marina causó nuevas divergencias, porque los nuevos cuadros responsables pidieron ser escuchados, también en el campamento del aliado turco. La incapacidad, determinada por las reglas de la rutina para tiempos de paz, reinaba en todas partes. En una de las regiones más ricas de Europa, en una costa donde centenares de buques de carga, repletos de provisiones, estaban anclados, el ejército británico se alimentaba con medias raciones. Rodeados de numerosos rebaños de ganado, sufrían de escorbuto porque dependían de la carne salada. Aunque hubiera abundancia de madera y carbón en las naves, en tierra disponían de tan poco de estos combustibles, que tuvieron que comer carne cruda y nunca pudieron secar sus uniformes empapados por las lluvias. Cuando llegó café, no sólo llegó sin haber sido molido, sino inclusive *crudo.* Había enormes cantidades de víveres, bebidas, prendas, toldos, todos embalados en los buques que tocaron casi las rocas donde se había instalado el campamento; y sin embargo, igual que Tántalo, las tropas británicas no pudieron disponer de ellos. Todos comprendieron el mal, todos corrieron, lanzando maldiciones, de un lado para otro y acusaron a todos por incumplimiento de su deber. Pero todos llevaron su carga de instrucciones, compuestas cuidadosamente y sancionadas por la autoridad competente. Estas instrucciones mostraban con claridad que *no era asunto de ellos* hacer lo que hacía falta, y que no tenían el poder de solucionar

nada. Agregue el lector a este estado de cosas: el empeoramiento del tiempo al avanzar la estación, las lluvias torrenciales que entonces empezaron a trasformar todo el Jersonés Heracliano en un pantano, en un montón de lodo que llegaba hasta las, rodillas. Imagínese el lector a los soldados que por lo menos dos noches de cada cuatro se encontraban en las fortificaciones durmiendo mojados y sucios, en el suelo, sin tablas abajo, no siempre en carpas; las continuas señales de alarma, convulsiones, diarreas causadas por la humedad y el frío; la dispersión de los pocos médicos en el campamento de gran extensión, las tiendas de sanidad con sus 3.000 enfermos tendidos en el suelo mojado y casi al aire libre; las naves para enfermos y los hospitales en Scutari y Constantinopla, y fácilmente se comprenderá que el ejército británico se encuentra en plena disolución y los soldados dan la bienvenida a la bala rusa que los libera de toda esa miseria.

Escrito por Engels en alemán el 5-6 de enero de 1855.
Publicado por primera vez en *Neue Oder Zeitung* el 8 y 9 de enero de 1855.
Marx y Engels, *Obras*, t. X.

ANÁLISIS DE LA ESTRATEGIA FRANCESA

El folleto publicado por Jeróme Bonaparte (junior) ha revelado que la campaña de Crimea fue una idea original de Luis Napoleón, que la había elaborado en todos sus detalles sin la participación de terceros y la había enviado en una carta manuscrita a Constantinopla para evitar las objeciones del mariscal Vaillant. Para quien conoce todo esto, no es ya un secreto el motivo por el cual se cometieron tantas torpezas militares en esta campaña: fueron motivadas por la necesidad de su autor de favorecer su posición dinástica. En la reunión del Consejo de Guerra en Varna, el plan pudo ser impuesto a los generales y almirantes presentes sólo porque Saint-Arnaud recurrió a la autoridad del "emperador. Por otra parte, este estigmatizó las opiniones opositoras como "consejos medrosos". Cuando el cuerpo de la expedición se encontró en Crimea, Saint-Arnaud se apresuró a aceptar el consejo realmente medroso de Raglan, de marchar hacia Balaklava, pues esta marcha llevo al ejército por lo menos hasta las puertas de Sebastopol, si bien no al interior de la ciudad. Los esfuerzos febriles por apresurar el sitio, a pesar de los recursos deficientes; la ambición de abrir fuego, que obligó a los franceses a menospreciar hasta tal punto la solidez de sus fortificaciones que el enemigo pudo silenciarlas en pocas horas; el esfuerzo excesivo de los soldados en las trincheras, que como se ha demostrado, contribuyó en igual medida a la destrucción del ejército británico como el comisariato[*], el servicio de trasporte, el departamento de sanidad, etc.; el

[*] Intendencia. (*Ed.*)

cañoneo descabellado e inútil del 17 de octubre hasta el 5 de noviembre y el descuido de las fortificaciones defensivas: todo eso es fácil de explicar ahora. La dinastía Bonaparte tenía necesidad de conquistar Sebastópol en el más breve plazo, y el ejército aliado debía realizarlo. Si Canrobert triunfaba, llegaría ser mariscal de Francia, conde, duque, príncipe, todo lo que deseara, con poderes ilimitados en asuntos financieros. Si fracasaba, su carrera tocaría a su fin. Raglan, con su carácter de comadre, cedió al deseo de su interesado colega.

Pero estas no son las consecuencias más importantes del plan imperial de las operaciones. Nueve divisiones francesas y 81 batallones, están empeñados en esta empresa desesperada. Ya se la reconoce como casi desesperada. Los esfuerzos más grandes los sacrificios más terribles, no han surtido efecto alguno; Sebastopol es más fuerte que antes. Las trincheras francesas distan aun, como sabemos de fuentes auténticas, 400 yardas las, mortificaciones rusas; las británicas, dos veces más. El general Niel mandado por Bonaparte para inspeccionar los trabajos de los sitiadores, declara que no se puede pensar en un asalto El general trasladó el punto principal del Asalto de la parte francesa a la británica, y con esto ocasionó no sólo una demora en las acciones del sitio, sino también un cambio en la dirección del ataque decisivo, que ahora apunta a un suburbio; y este, en caso de ser conquistado, quedaría aún aislado de la ciudad por el puerto interior. En una palabra un plan sigue a otro, una treta a otra treta, y siempre con el fin de mantener, si no la esperanza misma, por lo menos la apariencia de una esperanza de victoria. Ahí han llegado las cosas, mientras se prepara una guerra universal en el continente y mientras se arma una nueva expedición al Báltico que tiene que dar un resultado efectivo y, por lo tanto, debe englobar muchas más tropas de desembarco que en 1854. Y precisamente en este momento Bonaparte está dirigiendo 5 nuevas divisiones de infantería al pantano de Crimea, donde, como por arte de magia, desaparecen hombres y regimientos enteros. Sí se ha decidido a ir allí, e irá, a no ser que una paz no improbable o sucesos importantes en la frontera polaca decidan lo contrario.

Esta es la situación de Bonaparte, quien procedió a intentar este experimento estratégico en interés de la Francia "Imperial" y el suyo. No lo impulsa sólo su capricho, sino el instinto fatalista de que el destino del Imperio francés será decidido en las trincheras de Sebastópol. Hasta ahora, ningún segundo Marengo ha justificado una segunda edición del 18 Brumario.[26]

Puede considerarse una ironía de la historia el hecho de que el Imperio restaurado, que ansiosamente trata de imitar a su modelo, se vea obligado a hacer todo lo contrario de lo que hacía Napoleón. Éste atacó el corazón de los Estados con los cuales estaban en guerra. La Francia de hoy atacó al *cul de sac*[*]

_____

[*] En francés, en el original. (*Ed.*)

de Rusia. No se habían proyectado grandes operaciones militares, sino un *coup de main*[**], un asalto sorpresivo, una aventura. Las dos intenciones distintas caracterizan perfectamente la diferencia entre el primero y el segundo Imperio francés, y sus respectivos representantes. Napoleón solía entrar como vencedor en las capitales de la Europa *moderna.* Su sucesor, empleando varios pretextos —protección del Papa, del sultán, del rey de Grecia—, colocó guarniciones francesas en las capitales de la Europa *antigua,* en Roma, Constantinopla y Atenas, una acción que no significó aumento, sino dispersión de fuerzas. El arte de Napoleón consistía en la concentración; el de su sucesor, en la dispersión. Cuando Napoleón se veía forzado a hacer la guerra en dos teatros distintos, como en sus guerras contra Austria, concentraba la mayor y mejor parte de sus fuerzas en la línea decisiva de las operaciones (en las guerras con Austria, la línea de Estrasburgo a Viena). En lo que se refiere al teatro secundario, ubicaba allí fuerzas mucho más débiles, sabiendo que también en caso de sufrir una derrota en esos lugares, sus victorias en la línea principal impedirían un avance del ejército enemigo con más seguridad que una resistencia directa. En cambio, su sucesor dispersa las fuerzas militares de Francia en muchos puntos y concentra una parte de ellas en un lugar donde hay que sacrificar una cantidad enorme de soldados para lograr muy pocos resultados, y a veces ni siquiera éstos. Además de las tropas que están en Roma, Atenas, Constantinopla y Crimea, dos ejércitos auxiliares serían mandados a Austria, cerca de la frontera polaca, y el Báltico. De esta manera, las fuerzas francesas tendrían que actuar por lo menos en tres teatros distintos de guerra, distantes más de 1.000 millas entre sí. Siguiendo este plan, se habrían dispuesto ya de la totalidad de las fuerzas francesas *antes* de empezar una verdadera guerra en Europa. Cuando Napoleón opinaba, después de comenzar una operación, que ésta no se desarrollaba satisfactoriamente (como, por ejemplo, en la batalla de Aspern[27]), no insistía en su plan y sabía, con una maniobra sorpresiva, dirigir sus tropas hacia un nuevo punto de ataque, y así con frecuencia, gracias a una operación brillante y eficaz, lograba convertir una derrota momentánea en una victoria definitiva. Sólo en los días de su decadencia, y después de haber perdido la confianza en sí mismo en 1812[28], la energía de su voluntad se trasformó en obstinación obcecada y lo indujo a mantener posiciones (como en Leipzig[29]) que su propio juicio militar rechazaba. Pero su sucesor está *obligado* a comenzar con la táctica en que terminó su predecesor. Uno logró sus éxitos mediante derrotas inexplicables; el otro, los suyos mediante felices coincidencias también inexplicables. En uno el propio genio fue la estrella en que creía; en el otro, la fe en la estrella debió remplazar al genio. Uno venció una revolución verdadera, porque era el único hombre que podía realizarla; el otro venció la reminiscencia de una época revolucionaria del pasado, porque era portador del nombre de este único hombre, es decir, que él mismo era una reminiscencia.

[**] En francés, en el original. (Golpe de mano) (*Ed.*)

Sería fácil probar, cómo se refleja en la administración interior del II Imperio la mediocridad pretenciosa de su estrategia militar, cómo también aquí la apariencia remplaza a la esencia y las campañas "económicas" no tuvieron más éxito que las militares.

Escrito por F. Engels en alemán el 17 de marzo de 1855.
Publicado por primera vez en *Neue Oder Zeitung*
el 29 de marzo de 1855. C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo X.

LA GUERRA EN ASIA

Poco a poco conocemos detalles sobre la caída de Kars[30]; y hasta ahora concuerdan enteramente con lo que hemos comprobado acerca del ejército turco en Asia Menor. Hoy no se puede negar que este ejército, debido al desmedido predominio de la incuria, el fatalismo y la estupidez del gobierno turco, fue arruinado sistemáticamente. Los hechos descubiertos ahora parecen demostrar con bastante claridad que hasta la traición directa, como es de costumbre en Turquía, ha jugado un papel en la caída de Kars.

Al principio de la campaña del año pasado ya tuvimos la oportunidad de describir para nuestros lectores el estado miserable del ejército turco en Erzerum y Kars, y señalar la malversación ostensible que es la causa de todos estos males. Para la defensa de las tierras altas de Armenia se habían concentrado allí los dos cuerpos de ejército de Asia Menor y Mesopotamia, reforzándolos con una parte del cuerpo de Siria. Estos cuerpos habían sido completados por batallones de reserva turcos, y formaban el núcleo de un tropel grande de irregulares kurdos y beduinos. Pero las cuatro o cinco batallas fatales de 1853 y 1854, de Ajaltsij hasta Baiazet, había destruido la consistencia y el espíritu de este ejército, y la falta de ropa y alimentos durante el invierno lo arruinaron definitivamente. Un grupo abigarrado de refugiados húngaros y polacos, aventureros tanto como hombres de grandes méritos, se habían reunido en el cuartel general, pero sin que su posición fuera reconocida oficialmente. Ante las bajas, hombres incultos, envidiosos e intrigantes, los aventureros podían hacerse pasar por personas capaces, mientras que los refugiados de verdadera capacidad eran tratados como aventureros. En general, había rivalidad entre la intriga y la vanidad, que minó el prestigio de los emigrados en su totalidad y destruyó todo vestigio de la influencia de éstos. Más tarde llegaron los oficiales británicos, que fueron recibidos con el máximo respeto, obteniendo estos honores como representantes de un gobierno aliado y en vista de la total desesperación de los comandantes turcos. Pero también fracasaron sus esfuerzos por imbuir de algún espíritu militar al ejército de Armenia. A veces lograron despertar a uno u otro bajá de su apatía por un momento, estimular la construcción de las

fortificaciones más imprescindibles en Kars e impedir de cuando en cuando algunos de los casos más extremos de malversación, e inclusive la tácita inteligencia con el enemigo; pero eso era todo. Cuando, en la primavera pasada, el general Williams hizo todo lo que estuvo en su poder para asegurar los víveres que se necesitaban en Kars, encontró constantes dificultades. El *comisariato* turco opinaba que no se podía imaginar un sitio; y faltaban los caballos que debían trasportar las provisiones. Descubrieron una gran cantidad de burros y se negaron a usarlos porque estimaron ofensivo trasportar provisiones del sultán en burros, etc. En definitiva, Kars, el baluarte de Armenia, que distaba sólo dos jomadas de la fortaleza rasa Gumri, quedó sin provisiones y tuvo que conseguir los víveres en los alrededores. Con respecto a las municiones, la situación era la misma. Después del ataque ruso del 29 de setiembre, las municiones de artillería alcanzaron aun para tres días, aunque es preciso tener en cuenta que no hubo un sitio propiamente dicho: el 29 de setiembre fue el único día de combate durante el cerco. ¡Las cajas de medicamentos, entregadas al ejército, contenían toda clase de baratijas, y los cirujanos militares recibieron de Constantinopla instrumentos para partos que debían servirles para examinar heridas y amputar miembros!

Esa era la situación en Kars. Y a pesar de todo resultó que una guarnición compuesta de soldados desmoralizados de Anatolia, y con medios muy escasos, pudo resistir tan tenazmente el 29 de setiembre y aguantar tanto tiempo el hambre, lo cual constituyó uno de los hechos positivos en la historia turca, entre los muchos que pueden encontrarse en esta guerra. El mismo fatalismo, que produce en los superiores una pereza apática, crea en las masas una fuerte voluntad de resistencia. Es todo lo que quedó del espíritu que llevó la bandera del islamismo de la Meca a España y que sólo pudo ser detenido en la batalla de Poitiers. Desapareció su fuerza ofensiva, pero quedó un vestigio de su espíritu de defensa. Esta resistencia obstinada detrás de terraplenes y parapetos es una característica turca. Sería un gran error atribuir esta actitud a la presencia de los oficiales europeos. Aunque estuvieron presentes en Kars y Silistra, en 1855 y 1854, no estaban en Varna, Braila y Silistra en el año 1829[31], donde realizaron hazañas de la misma índole. Todo lo que podían hacer los oficiales europeos, en estos casos, era corregir los errores, reforzar los reductos, aplicar un sistema uniforme en la defensa e impedir la traición directa. Pero el valor individual de los soldados ha sido siempre el mismo, con o sin la presencia de oficiales europeos; no faltó tampoco en Kars, ni siquiera entre las tropas desorganizadas de Anatolia, que no se consideraban vencidas a pesar de sus derrotas.

Esto nos conduce a examinar los méritos de los oficiales británicos, que desempeñaron un papel importante en la defensa de Kars y se encuentran ahora en Tiflís como prisioneros de guerra. Contribuyeron mucho a preparar la defensa. Gracias a ellos, la ciudad fue fortificada y dotada lo mejor posible de

provisiones. Además despertaron a los bajas turcos de su somnolencia letárgica y dirigieron la defensa el 29 de setiembre; todo esto es innegable. Pero carece de sentido atribuirles, como lo hace la prensa británica, todo el mérito por el 29 de setiembre y la defensa, y pintarlos como un grupo de héroes que fueron abandonados por los turcos cobardes en la hora del peligro, después de haberse sacrificado hasta el final. No queremos negar que lucharon, durante el ataque, en las primeras filas de los defensores. El inglés posee tanto espíritu de combate, que el defecto más grande y más frecuente del oficial inglés consiste en el olvido de su deber como oficial y su participación en la lucha como simple soldado. Actuando de este modo, puede contar con el aplauso de sus compatriotas, si bien en otros ejércitos correría el peligro de ser despedido por falta de dominio de sí. Por otra parte, el soldado turco está acostumbrado de tal manera a ver huir a sus propios oficiales, que no hace caso de oficiales y órdenes una vez que se ha enardecido en la lucha. Más bien lucha donde se encuentra fortuitamente, y no es un hombre que se dé cuenta de algo o se sienta animado por la circunstancia de ver a su lado a un puñado de ingleses que tratan de demostrar su valor. Inmediatamente después de conocer aquí la noticia del ataque del 29 de setiembre, expresamos nuestra opinión de que las fortificaciones de Kars estaban construidas defectuosamente, y el mapa oficial publicado después por el gobierno británico ha confirmado plenamente nuestro juicio. Los méritos de los oficiales ingleses en la batalla de Kars deben ser juzgados según el proverbio francés: "En el reino de los ciegos el tuerto es rey". Cualquier oficial que en Francia no lograría, por falta de conocimiento, un despacho de subteniente, en Cochinchina llegaría a ser un gran general. Por consiguiente, si se sabe que ciertos oficiales ingleses son ineptos en su propio país, no puede esperarse que se conviertan de pronto en lumbreras espirituales o genios durante su servicio en Turquía. Nosotros creemos que Kmety merece tanto honor como cualquiera que haya participado en la defensa de Kars.

Esa era la situación en Kars; ¿pero qué pasó, mientras tanto, en Erzerum? Una decena de viejos bajás pasaron sus días fumando chibuquís y no se preocuparon en sentirse responsables por el apuro en que se encontraba Kars, donde el enemigo los amenazaba a una distancia de pocas jomadas, al otro lado de las montañas Deveboyunu. Algunos millares de soldados, reforzados por un número reducido de irregulares, marcharon de acá para allá, no arriesgaron jamás un ataque y volvieron no bien divisaban las vanguardias del enemigo. No tenían fuerza ni valor para levantar el sitio de Kars; por eso ésta fue forzada a rendirse por hambre, mientras que el ejército de Erzemm no osaba ayudarla ni siquiera mediante un ataque fingido. El general Williams tuvo que darse cuenta de que no existían perspectivas de ayuda por ese lado. Pero no podemos juzgar qué promesas e informes había recibido sobre los posibles efectos de los movimientos del bajá Omer. Se dice que Williams habría intentado, en el caso extremo, abrirse paso a través de las líneas rusas, pero dudamos de que haya tomado seriamente en consideración tal plan. La región montañosa, que ofrece

pocos pasos para llegar a Erzerum, brindó a los rusos todas las ventajas, cuando éstos sólo ocuparon algunos desfiladeros, el plan tuvo que fracasar. Además, desde fines de octubre los movimientos de tropas se hacen imposibles en un país situado de 1.500 a 2.600 metros de altitud sobre el nivel del mar, y donde el invierno empieza temprano y dura de 6 a 9 meses. Como Kars había aguantado el sitio hasta el invierno, la pérdida de una guarnición de 6.000 soldados regulares no representó nada en comparación con el tiempo ganado por la prolongación de la defensa. Erzerum, el gran centro turco de aprovisionamiento de Armenia, casi no tenía fortificaciones y podía ser fortificado hasta mediados de mayo de 1856. Lo único que los rusos podían lograr era la ocupación efectiva de las aldeas de los ríos Kars-Chai y Arax en su curso superior. Éstas habrían quedado también en su poder si la guarnición de Kars hubiese logrado llegar a Erzerum. Esta ciudad carecía de fortificaciones, y si la guarnición de Kars se hubiera abierto paso y entrado en Erzerum hasta mediados de octubre, las fuerzas no habrían bastado para defenderla. La única ciudad abierta adecuada para la defensa es Deveboyunu, y sólo puede ser defendida por una batalla ante sus puertas en el desfiladero. De este modo, Erzerum fue salvada por la obstinación de la guarnición de Kars.

Otra vez surge la pregunta de si el bajá Omer hubiera podido salvar a Kars; casi todos los corresponsales europeos en Oriente están dispuestos a contestar a su manera. Tratan inclusive de asignar al bajá Omer toda la responsabilidad por la caída de Kars, y esa es la actitud de las mismas personas que antes lo elogiaron efusivamente.

El bajá Omer fue detenido primero contra su voluntad en Crimea, hasta que casi era tarde para una acción más amplia antes que comenzara el invierno. Luego, al viajar a Constantinopla para elaborar su plan de operaciones, tuvo que dedicar su tiempo a resistir intrigas de toda clase. Después de haber arreglado todo, no llegaron los trasportes británicos prometidos, y cuando el ejército se encontraba concentrado en Batum, y más tarde en Sujum Kalé, faltaban los víveres, las municiones y los medios de trasporte. Es difícil decir cómo, en tales circunstancias, podía el bajá marchar directamente a Kars para levantar el sitio. Creemos que nunca, durante su expedición, habría podido atreverse a recorrer una distancia mayor de dos o tres jomadas de la orilla del mar, inclusive aunque avanzara por buenas carreteras militares de Rusia. Pero si hubiera avanzado por Erzerum o Ardagán a Kars, habría tenido que recorrer una distancia de 20 y 12 jornadas, respectivamente, de la costa y usar, en vez de carreteras, lechos de ríos y senderos por donde sólo puede pasar un caballo de carga. Las caravanas que van de Trabisonda a Erzerum no tienen otros caminos, y el hecho de que nunca empleen vehículos es prueba de la índole del terreno que tienen que atravesar. Ese camino es el único que se conoce, y la existencia de las así llamadas carreteras de Batum al interior es más problemática todavía por la falta de tráfico en general. Los inteligentes críticos militares que impu-

tan al bajá Omer el error de no haber marchado directamente a Kars, deberían leer primero los relatos de los hombres que viajaron por este país, como por ejemplo Curgon y Bodenstedt.

Si *The London Times* afirma que el general Williams señaló al bajá Omer la ciudad de Batum como punto de salida para una marcha directa a Kars, sólo podemos contestar que Williams conoce demasiado bien a Armenia, donde vivió muchos años, para hacer tal proposición.

Si se tiene en cuenta todas estas circunstancias, el bajá Omer no podía hacer otra cosa que amenazar las comunicaciones de los rusos que estaban frente a Kars. Su éxito dependía de la movilidad de su propio ejército y de las fuerzas rusas que se le opusieran. Dejando a un lado la primera reflexión —que sólo puede juzgarse según la situación—, extraeríamos la conclusión de que los rusos disponían de fuerzas superiores frente a un ejército invasor. Nuestro primer cálculo de las tropas que se encontraban al comando de Bebútov, resultó enteramente correcto y demostró que aun en Kutaísi los rusos, sin mayores esfuerzos, poseían superioridad de fuerzas frente a los turcos. Y esto es lo que pasó. Aun cuando el bajá Omer hubiera estado más libre en sus movimientos, tampoco habría forzado el paso por el río Rioni con el ejército bajo sus órdenes. Además, desde un comienzo, sus operaciones no se desarrollaron bien porque los refuerzos y el reabastecimiento llegaron con demora y fueren insuficientes. Después de una marcha de 2 a 3 días, se veía obligado a detenerse casi una semana para establecer los depósitos más necesarios; y cuando finalmente llegó a un lugar distante tres jornadas de Redut-Kalé, en el interior, se encontró totalmente paralizado. Viéndose frente a un ejército muy superior, no le quedó otro recurso que la retirada, pero los rusos lo persiguieron y atacaron violentamente su retaguardia. Por el momento el ejército turco está vivaqueando en la orilla y es retrasportado a Batum, Trabisonda y otros lugares, donde es diezmado por el enemigo y las enfermedades. Mingrelia (la parte occidental de Georgia), con la excepción de los fuertes costeros, está otra vez en las manos de los rusos.

Con esto, la tercera campaña rusa en Asia llega a su final feliz: Kars y su bajalato fueron conquistados, Mingrelia ha sido liberada de los invasores y las últimas tropas turcas fueron aniquiladas. El ejército del bajá Omer salió debilitado en su fuerza numérica y moral. Estos resultados no deben ser menospreciados en una región como el Cáucaso del sudoeste, donde los movimientos, a causa del terreno y por la falta de carreteras, son forzosamente lentos. Y si se comparan estos éxitos y conquistas con el hecho de que los aliados ocuparon la parte sur de Sebastópol, Kerch, Kinburn, Eupatoria y algunos fuertes en Cherkesia, se ve que las ventajas logradas por los aliados no justifican en modo alguno las fanfarronadas de la prensa británica. Es significativo que el diario *Le Constitutionnel* de París acuse a lord Radcliffe en un artículo inspirado por

la Corte francesa, de ser el culpable principal de las derrotas en Asia. Lord Radcliffe, afirma el diario, no sólo retuvo el mayor tiempo posible las subvenciones que los aliados habían concedido a Turquía, sino también los esfuerzos destinados al teatro de guerra.

Escrito por F. Engels en inglés, en enero de 1856.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune* el 25 de enero de 1856. C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo X.

NOTAS

[19] Los artículos de Engels sobre la guerra de Crimea incluidos en esta compilación corresponden a la segunda etapa de la misma, es decir, a la lucha directa de Rusia contra Inglaterra, Francia, Cerdeña y Turquía. En la primera etapa, Turquía y Rusia combatieron en los teatros de operaciones de los Balcanes y el Cáucaso.

La guerra de Crimea (1853-1856) surgió a raíz de que en el Cercano Oriente y en los Balcanes, las aspiraciones de conquista de Inglaterra y Francia chocaron con las del zarismo ruso. Los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia tendían a desplazar a Rusia de las costas del mar Negro, arrebatarle el Cáucaso y Crimea, debilitar sus posiciones en el Báltico y el Lejano Oriente, y subordinar totalmente a Turquía. El zarismo trató de garantizar el régimen de navegación en los canales del mar Negro, ventajoso para sus terratenientes y comerciantes, y de afianzar su posición entre la población eslava de las provincias balcánicas de Turquía. En febrero de 1853, Nicolás I envió a Constantinopla una misión extraordinaria, encabezada por Ménshikov, para que resolviera el conflicto por medios pacíficos. Pero éste no obtuvo una respuesta satisfactoria, y anunció la ruptura de las relaciones ruso-turcas. En febrero de 1853, Inglaterra y Francia concertaron un acuerdo secreto sobre acciones conjuntas contra Rusia, y en mayo dirigieron sus escuadras a los Dardanelos. Por su parte, Nicolás I, calculando influir sobre Turquía, ordenó el 14 de junio a las tropas rusas que penetraran en Moldavia y en Valaquia. Pero Turquía, a pedido de Inglaterra y Francia, no hizo concesión alguna. El 27 de setiembre el sultán instó a despejar los "principados del Danubio", y el 4 de octubre de 1853 declaró la guerra a Rusia. Los primeros combates revelaron la debilidad militar de Turquía. El 18 (30) de noviembre de 1853 la escuadra del mar Negro, al mando de P. Najímov, aniquiló la flota turca en la bahía de Sinop. Ello desbarató los cálculos de los ingleses y franceses, quienes pensaban hacer la guerra contra Rusia con manos ajenas; Turquía ya no les servía para ese fin. En diciembre de 1853, sin previa declaración de guerra a Rusia (fue declarada el 15-

16 de marzo de 1854), el gobierno inglés y el francés mandaron sus flotas hacia el mar Negro, en tanto comenzaban a concentrar fuerzas de tierra en Varna, para desembocarías en Crimea. Con una enorme superioridad de fuerzas marítimas (más de la mitad de los barcos de la flota anglo-francesa eran de vapor con motores de hélice, en tanto que la flota rusa del mar Negro sólo contaba con varias fragatas), el ejército anglo-francés-turco de setenta mil hombres desembarcó en Eupatoria, el 2-5 de setiembre de 1854, y emprendió la marcha en dirección a Sebastópol. La primera batalla de magnitud tuvo lugar en el río Alma (descrita por Engels en el artículo *La campaña de Crimea*). Por primera vez se empleaba en gran escala el arma rayada que, en comparación con la lisa, con la cual estaba en lo fundamental pertrechado el ejército ruso, disparaba a mayor distancia. Pese a que los aliados contaban con la superioridad numérica, fueron tan ingentes sus bajas, a consecuencia de los numerosos contrataques de los rusos, que no pudieron impedir el repliegue del ejército ruso hacia Bajchisarai, con lo que las tropas aliadas se veían ante la real amenaza de ser atacadas por el flanco. Pero el jefe supremo Ménshikov no aprovechó esa oportunidad durante el avance del ejército anglo-francés hacia Sebastopol. Sólo con la decisión y energía de los comandantes navales V. Kornílov, P. Najímov y V. Istomin, y el patriotismo de las marinos y habitantes de la ciudad pudo prepararse a Sebastópol para una defensa por tierra, de la que antes carecía. La heroica defensa de la ciudad durante 349 días desbarató los planes del enemigo que preveían una rápida victoria en Crimea, retuvo allí a sus fuerzas principales y contribuyó de ese modo a que fracasaran los planes de conquista anglo-franceses en el Báltico, el mar Blanco y en el Pacífico.

[20] El 13 (25) de octubre de 1854 las tropas rusas asestaron un rudo golpe de flanco a las anglo-turcas, en ***Balaklava.*** Las unidades rusas, al mando del general Liprandi hicieron salir a los turcos de los reductos junto a la aldea Kadikia y rechazaron un contrataque de grandes fuerzas aliadas. Más del 70 por ciento de la caballería inglesa quedó inutilizada. Pero el mando supremo ruso no tomó medidas para ampliar ese éxito táctico.

[21] Engels no poseía fuentes que reflejaran de un modo más objetivo las acciones del ejército ruso, fuera de la prensa de Europa occidental. Ello explica el hecho de que en este artículo valore en forma inexacta a la infantería rusa y a las unidades de cosacos. Los acontecimientos militares de Crimea, y, en particular la defensa de Sebastopol, demostraron que los soldados rusos actuaban con éxito tanto en formación cerrada como en grupos y secciones pequeños.

[22] La batalla de Zomdorf, entre los ejércitos prusiano y ruso, del 14 (25) de agosto de 1758 fue uno de los grandes combates de la guerra de los Siete Años (1756-1763), motivada por las aspiraciones de conquista de las potencias feudales absolutistas europeas, Prusia en particular, y la rivalidad colonial entre

Francia e Inglaterra. Ésta, junto con Prusia, se pronunció contra la coalición de Austria, Francia y Rusia, a la que se habían sumado Suecia y Sajonia. En 1756 y 1757, las tropas del rey prusiano Federico II infligieron graves derrotas a los austríacos y franceses, pero la entrada de las tropas rusas en Prusia oriental en 1757 y su avance posterior anularon todos los resultados de las victorias prusianas. En el verano de 1758, Federico II con fuerzas superiores en número a las del ejército ruso, le presentó batalla junto a la aldea Zomdorf (cerca de Küstrin). Los numerosos ataques de las tropas prusianas se estrellaron contra la resistencia del ejército ruso, que causó cuantiosas bajas al enemigo mediante contrataques y fuego de artillería. La batalla de Zomdorf, y sobre todo las victorias del ejército ruso en Prusia durante los siguientes años, 1759 y 1760, elevaron en gran medida el prestigio militar de Rusia y, como debilitaron a Prusia, hicieron fracasar los ambiciosos planes de conquista de Federico II.

En la batalla de Eylau (Prusia oriental), que tuvo lugar el 26-27 de enero de 1807, el ejército ruso, que acudía en ayuda de los prusianos derrotados por Napoleón en la campaña de 1806, se enfrentó con el ejército francés. Las tropas rusas, según lo reconocieron sus adversarios, revelaron un estoicismo singular, y en cruenta batalla (ambas partes perdieron hasta 25.000 hombres) dispersaron a un cuerpo de ejército francés y causaron bajas a otras unidades del enemigo. Los rusos emplearon con éxito la caballería (actuaron con tres grupos tácticos) y la artillería; las reservas tácticas creadas por su mando ejercieron considerable influencia en el desarrollo de la batalla. Como resultado, se detuvo el avance del ejército francés y éste no pudo aislar al ruso de sus propias fronteras.

La batalla en la aldea de ***Borodinó*** (a 110 km de Moscú) es uno de los combates más notables de la Guerra Patria de 1812. Tuvo lugar el 26 de agosto (7 de setiembre) de 1812 entre el ejército ruso y el de Napoleón. Fue la primera batalla general perdida por Napoleón. Su resultado imprimió al curso de la guerra un giro favorable al ejército ruso y preparó la derrota de las fuerzas napoleónicas, pese a que aquél, después de encarnizados combates debió abandonar Moscú, lo cual era conveniente en aquellas condiciones. El ejército francés sufrió en esa batalla bajas enormes e irrecuperables (58.000 soldados y 47 generales; los rusos perdieron, entre heridos y muertos, 44.000 soldados y 23 generales), y su espíritu combativo quedó quebrantado. Al mismo tiempo, la batalla de Borodinó demostró la creciente capacidad de resistencia del ejército y del pueblo rusos frente al invasor. Las elevadas cualidades morales y combativas de las tropas rusas, su capacidad para sostener un defensa tenaz y asestar el contragolpe, su habilidad para combatir el combate de fuego con el de cuerpo a cuerpo y para maniobrar durante la batalla. La batalla de Borodinó puso de relieve la extraordinaria capacidad militar del genial general ruso M. Kutúzov.

[23] *Tribune,* o *New York Daily Tribune,* diario burgués norteamericano, que se editó de 1841 a 1924. Hasta comienzos de la década del 60 reflejaba las opiniones de los círculos democráticos de la burguesía de los Estados norteños, que se pronunciaban contra la oligarquía de los esclavistas dueños de plantaciones. Desde 1851 hasta marzo de 1862, se publicaron en él artículos y correspondencias de Marx y de Engels. Desde la década del 60 comenzó a perder su carácter democrático, para convertirse poco después en tribuna de la burguesía reaccionaria y agresiva.

[24] Además de los teatros de operaciones del mar Negro y del Cáucaso, durante la guerra de Crimea se combatía también en el Báltico y en el Lejano Oriente. En el Báltico, los anglo-franceses se habían propuesto destruir Kronstadt e invadir Petersburgo. En julio de 1854, el mando inglés decidió iniciar el sitio de Bomarzund, fortaleza rusa a medio construir en las islas de Aland. Para apoderarse de esa fortaleza, que contaba con una guarnición de dos mil hombres y 112 cañones, la flota aliada anglo-francesa necesitó cerca de un mes. Se lanzaron contra ella 120.000 obuses, desembarcaron once mil hombres, y la toma de Bomarzund dejó como saldo cuantiosas bajas. Este éxito táctico no ejerció, sin embargo, una influencia notoria en la marcha de las operaciones del Báltico, que en su conjunto no dieron resultado a las fuerzas marítimas aliadas.

[25] Engels se refiere a la participación de Wellington en 1808-1813, como jefe supremo de las fuerzas expedicionarias inglesas, en la guerra contra las tropas francesas de Napoleón I, en Portugal y en España. En noviembre de 1807 los franceses trataron de apoderarse de la península pirenaica y de incluirla en su sistema de bloqueo continental a Inglaterra, para lo cual invadieron Portugal; y en 1808 Napoleón irrumpió con sus tropas en toda España y puso en el trono español a su hermano José. El pueblo español se alzó en armas por su independencia. Las tropas francesas se vieron en España ante una situación harto difícil, lo que permitió a los ingleses afianzarse en Portugal y realizar allí operaciones exitosas. Los fracasos de Napoleón en Rusia en 1812 y el creciente movimiento de liberación del pueblo español fueron factores decisivos, que determinaron la derrota de los franceses en 1813 en el teatro de operaciones español y un resultado favorable a los ingleses en la guerra de los Pirineos. Cuando Engels menciona aquí la influencia que sobre esa contienda ejercieron circunstancias causales y secundarias (como los vínculos familiares de Wellington en el ministerio inglés), no les adjudica una importancia fundamental y sólo las cita como dato ilustrativo que caracteriza el sistema corrompido vigente en la dirección militar británica. Como se desprende en su carta a Marx, fechada el 11 de abril de 1851, Engels, que siempre combatía la exageración idealista del papel que desempeñan los jefes militares —como en general la del papel de la personalidad en la historia—, emite un juicio bastante discreto acerca del arte militar de Wellington, con lo que disipa la leyenda

creada por la historiografía chovinista burguesa inglesa que lo presenta como un genio.

[26] *El 18 brumario* (9 de noviembre) de 1799, Napoleón Bonaparte y sus partidarios dieron el golpe de Estado que constituía la meta del proceso de la contrarrevolución burguesa en Francia, iniciado después del derrocamiento del gobierno revolucionario de los jacobinos, en 1794. Como consecuencia de ese golpe se implantó la dictadura de Bonaparte. Ésta sofocó el movimiento revolucionario y, de las conquistas logradas por la revolución burguesa, sólo dejó en pie las que favorecían a la gran burguesía. Bonaparte, proclamado primer cónsul, trató, de consolidar su poder dictatorial con éxitos bélicos contra la coalición antifrancesa creada en 1798 por Inglaterra, Austria, Rusia, España, Nápoles y Turquía. El 14 de junio de 1800, en Lombardía (norte de Italia), el ejército de Napoleón derrotó a las tropas austríacas del general Melas junto a *Marengo.* Esta victoria, así como las operaciones afortunadas de otro ejército francés contra los austríacos que había invadido Suabia y Baviera, desmorono la coalición hostil a Napoleón (el emperador ruso Pablo I había aprobado el golpe contrarrevolucionario del 18 brumario, pero indignado por las pérfidas actitudes de los aliados ingleses y austríacos con respecto a Rusia, prácticamente se retiró de la coalición en el otoño de 1800). Las posiciones de Napoleón en Francia se habían consolidado, y en 1804 fue proclamado emperador.

Cuando Engels habla de la "segunda edición del 18 brumario", se refiere al golpe de Estado contrarrevolucionario del 2 de diciembre de 1851, a raíz del cual, el 2 de diciembre de 1852, se implantó en Francia el régimen bonapartista del III Imperio, encabezado por Napoleón III. 92

[27] En la región de *Aspern* (pueblo situado a 8 km al este de Viena) y en Essling, el 21-22 de mayo de 1809 tuvo lugar una de las grandes batallas de la guerra austro-francesa de 1809. Originó ese conflicto la aspiración de la gran burguesía francesa de convertir el Imperio austríaco en un Estado dependiente y secundario, y de consolidar su posición dominante en el centro de Europa. Al comenzar la campaña, el ejército austríaco se vio obligado a retroceder hasta Viena, abandonar la ciudad y pasar a la orilla izquierda del Danubio. No obstante, conservó su capacidad de combate, y en la batalla de Aspem a los franceses (éstos perdieron 37.000 hombres, y aquéllos 20.000). Para evitar que sus tropas fueran aniquiladas, Napoleón tuvo que hacerlas retirar nuevamente a la margen derecha. En las operaciones del ejército austríaco no podía dejar de reflejarse el creciente movimiento de liberación nacional de los pueblos de Europa contra el yugo napoleónico. Pero el mando austríaco (archiduque Carlos) desaprovechó los resultados de su éxito en Aspem. Napoleón ganó tiempo, concentró fuerzas, y el 5-6 de julio derrotó a los austríacos en Wagrain. La corte austríaca, sin haber agotado las posibilidades de resistir, concertó con

Napoleón, el 14 de octubre de 1809, la paz de Schónbrunn, por la cual Austria perdía parte de su territorio y se veía obligada a unirse al bloqueo continental.

[28] La derrota del ejército napoleónico en Rusia ejerció una influencia decisiva en la caída del imperio de Napoleón. La heroica resistencia del ejército y del pueblo rusos a la invasión, las hábiles maniobras y contraofensivas de sus tropas, que lograron liquidar el inmenso ejército francés y expulsar a los ocupantes más allá de las fronteras rusas, no sólo ocasionaron ingentes pérdidas materiales al ejército napoleónico, sino que echaron por tierra su prestigio militar. Los pueblos sometidos por Napoleón vieron en la heroica lucha de los rusos un inspirador ejemplo de valerosa defensa de la patria contra los ocupantes extranjeros. Se esfumó el mito de que el ejército napoleónico era invencible. La campaña de 1812 demostró que la sabia estrategia del gran capitán Kutúzov y la táctica del ejército ruso superaban a la estrategia y la táctica de los franceses, que adolecían de muchos defectos (aventurerismo, subestimación de las fuerzas del enemigo, etc.).

[29] *La batalla de Leipzig* fue decisiva para la campaña de 1813, en la guerra de los Estados europeos (Rusia, Austria, Prusia y Suecia) contra la Francia napoleónica. Del lado de Francia participaron en las acciones tropas francesas, polacas, holandesas, belgas e italianas. A pesar de que las tropas napoleónicas lograron algunos éxitos en la primavera y el verano de 1813, los ejércitos aliados las cercaban cada vez más. En la batalla general junto a Leipzig que duró cuatro días, del 4 al 7 de octubre de 1813, el ejército de Napoleón fue derrotado y a duras penas logró salir del cerco, después de perder 60.000 hombres, entre muertos y heridos. Las bajas de los aliados fueron también enormes. El victorioso resultado de la batalla se debió, en gran parte, a las operaciones coordinadas de las tropas rusas, que lograron hacer fracasar los planes de Napoleón, consistentes en derrotar a los aliados por partes. La victoria de Leipzig permitió que Alemania y Holanda se liberaran del dominio francés.

[30] Con la toma de la fortaleza de Kars el 16 de noviembre de 1855 culmina una serie de victoriosas acciones de las tropas rusas contra el ejército turco, en el teatro caucásico de operaciones, durante la guerra de Crimea. Habían fracasado los intentos de los turcos de invadir Georgia en julio de 1854 y Armenia en agosto del mismo año. Las tropas rusas ocuparon Baiazet y en julio de 1855 cercaron Kars, a la que los turcos, con ayuda de los ingleses, habían convertido en plaza de armas fortificada para invadir Trascaucasia. Un ejército turco de 90 mil hombres, a las órdenes de Omer Pasha, desembarcó en la región del actual Sujumi para ayudar a la guarnición turca sitiada. Pero sus operaciones contra los rusos fueron infructuosas. En el otoño de 1855 cayó Kars, y ello constituyó el último acontecimiento notable de la guerra de Crimea. El agotamiento de las fuerzas, la falta de perspectivas para las operaciones bélicas siguientes, las fricciones internas en el campo de los aliados, obligaron a los franceses e in-

gleses a optar por las negociaciones de paz; éstas tuvieron lugar en París en febrero y marzo de 1856. En el Congreso de París la diplomacia rusa supo aprovechar las contradicciones entre Francia e Inglaterra y atenuar en gran medida las exigencias que planteaban a Rusia. No obstante, por la paz de París Rusia perdía el estuario del Danubio, el derecho a mantener fuerzas navales en el mar Negro (punto anulado en 1870) y debía devolver Kars a Turquía. La derrota de la Rusia zarista se debió a su régimen feudal, a su atraso económico y técnico.

[31] *Varna, Braila y Silistra*, lugares en que el ejército, ruso realizó operaciones contra las tropas turcas durante la guerra ruso-turca de 1828-1829. Esta guerra, a cuyo desencadenamiento contribuyeron las aspiraciones de conquista del zarismo ruso (el afán de establecer su hegemonía en los Balcanes), fue al mismo tiempo un factor importante en la liberación de los rumanos, servios y griegos del yugo turco y en el cumplimiento de la misión liberadora del pueblo ruso con respecto a los pueblos de la península balcánica. Gracias a las victorias de las tropas rusas se aceleró la emancipación de las tierras georgianas tradicionales y se inició la liberación de Armenia de los ocupantes turcos. Durante la campaña de 1828-1829 en los Balcanes, los principales obstáculos para el avance del ejército ruso eran las fortalezas de Braila en Rumania (en la margen izquierda del Danubio), de Varna en Bulgaria (en la costa del mar Negro), de Silistra, también en Bulgaria (en la orilla derecha del Danubio), y otras, bien fortificadas y armadas por los turcos con ayuda de las potencias occidentales. El sitio de Braila comenzó a fines de abril de 1828, y ya el 6 (18) de junio la guarnición de la fortaleza había capitulado. Varna fue bloqueada por tierra y por mar en julio de 1828, y pese a que las tropas rusas sitiadoras fueron atacadas por un cuerpo de ejército turco compuesto por treinta mil hombres, enviado en ayuda de la fortaleza, esta fue obligada a rendirse el 29 de setiembre (11 de octubre) de 1828. Las operaciones en la región de Silistra comenzaron a desarrollarse en junio de 1828, pero en el otoño de ese mismo año fueron interrumpidas por el mando ruso debido a la falta de proyectiles. En mayo de 1829 las tropas rusas reiniciaron el asedio de la fortaleza. El 30 de mayo (11 de junio) de 1829, en esa región, en la aldea Kulevche fue totalmente exterminado el ejército turco de campaña, y el 18 (30) de junio la fortaleza capitulo. La heroica marcha del ejército ruso por los Balcanes, la ocupación de Adrianópolis y la llegada hasta los accesos de Constantinopla urgieron al gobierno turco a firmar la paz de Adrianópolis. Rusia recobra el estuario del Danubio y parte del territorio de Trascaucasia; Turquía debía reconocer la autonomía de Grecia y ampliar la de Moldavia, Valaquia y Servia.

F. ENGELS: ACERCA DEL COLONIALISMO (1856-1858)

CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS MARX

23 de mayo de 1856

... En nuestro viaje por Irlanda fuimos de Dublín a Galway, sito en la costa occidental; luego nos adentramos veinte millas hacia el Norte, llegamos a Límerick, luego descendimos por el Shannon a Tarbert, Tralee *y* Killarney, desde donde retornamos a Dublín. En total, hemos recorrido de 450 a 500 millas inglesas por el interior, de manera que hemos visto cerca de las dos terceras partes del país. A excepción de Dublín, que guarda la misma relación con Londres que Dusseldorf con Berlín, conserva totalmente el carácter de vieja pequeña capital y está todo construido a la inglesa, el aspecto del país y de las ciudades, en particular, es tal que uno cree encontrarse en Francia o en el Norte de Italia. Los gendarmes, los curas, los abogados, los burócratas, la nobleza terrateniente, todos ellos en gran número, y una ausencia total de industria, llega al punto que no se comprendería de qué viven todas estas plantas parásitas si la miseria de los campesinos no terminase de pintar el cuadro. La "reglamentación'' se hace sentir por doquier, el Gobierno se mete en todo, y no hay la menor huella de lo que se ha dado en llamar "autogobierno". Se puede considerar a Irlanda como la primera colonia inglesa, como una colonia que, debido a su proximidad, está aún directamente gobernada según el viejo sistema y se da uno perfecta cuenta de que la pretendida libertad de los ciudadanos ingleses tiene por base la opresión de las colonias. En ningún país he visto a tantos gendarmes, y el espíritu del gendarme prusiano, impregnado de aguardiente, ha encontrado su expresión más perfecta en estos condestables armados de carabinas, bayonetas y esposas.

Lo típico de! país son sus ruinas; las más antiguas datan de los siglos V y VI, y las más recientes, del siglo XIX, con otras de todos los períodos intermedios. Las más antiguas son únicamente de iglesias; a partir del año 1100, de iglesias y castillos; y desde 1800, de casas de campesinos. En todo el Oeste, pero, sobre todo, en la región de Galway, el país está cubierto de casas de éstas en ruinas, la mayor parte de las cuales no se abandonaron hasta 1846. Jamás creí que el hambre tuviera una realidad tan tangible. Aldeas enteras están despobladas, y, entre ellas se extienden los soberbios parques de terratenientes más pequeños, abogados en su mayoría, casi los únicos que aún viven allí.

El hambre, la emigración y los desahucios de campesinos han tenido ese resultado. No hay siquiera rebaños en los campos. Esta parte del país es un desierto completo que no quiere nadie. En el condado de Clare, al sur de Galway, la situación es algo mejor, al menos allí se ve ganado; y hacia Limerick las colinas están muy bien cultivadas por los campesinos, escoceses en su mayoría, las ruinas se han retirado, y el país ofrece un aire burgués. En el Suroeste hay muchas montañas, pantanos y bosques de exuberante frondosidad: más allá hay buenos pastizales, sobre todo en Tipperary, y hacia Dublín se extiende una región en la que se ve que la tierra va pasando poco a poco a manos de grandes arrendatarios.

Las guerras de conquista de los ingleses, de 1100 a 1850 (pues, en el fondo, han durado todo ese tiempo, y con ellas, el estado de sitio), han arruinado por completo el país. Se ha comprobado que la mayor parte de las ruinas son debidas a las guerras. El propio pueblo debe su carácter peculiar a eso mismo; y, a pesar de todo su fanatismo nacional irlandés, estas gentes no se sienten verdaderamente en su casa en su propio país. ¡Irlanda para los anglosajones! Eso es lo que se está haciendo ahora. El irlandés sabe que no puede competir con el inglés, que ha venido con medios superiores en todos los aspectos; la emigración continuará hasta que se vaya a los infiernos el carácter celta, predominante y casi exclusivo, de la población. Tantas veces como irlandeses han intentado conseguir algo, han sido aplastados política e industrialmente. Por una opresión sistemática han sido convertidos artificialmente en una nación mísera del todo que, el mundo entero lo sabe, cumple la función de proveer a Inglaterra, Norteamérica, Australia, etc., de prostitutas, jornaleros, chulos, rateros, estafadores, mendigos y otra gentuza. El empobrecimiento ha hecho mella también en la aristocracia. Los terratenientes, que se han aburguesado por todas partes en otros países, se han depauperado aquí totalmente. Sus mansiones están rodeadas de enormes parques maravillosos, mas, en torno, extiéndense desiertos, y no se ve de dónde se puede sacar dinero. Son tipos muy cómicos. De sangre mezclada, en su mayor parte altos, robustos y bien parecidos, llevan enormes bigotes bajo enormes narices romanas, se dan falsos aires militares *de colonels en retraite* (de coroneles retirados.—*Edit)*, viajan por el país en busca de diversiones de todo género y, cuando se piden referencias de ellos, se entera uno de que no tienen un céntimo, están cargados de deudas y viven con el temor de ser juzgados por insolvencia.

De los procedimientos con que Inglaterra gobierna este país, la represión y la corrupción, mucho antes de que los intentase Bonaparte, te escribiré en la próxima a menos que tú vengas aquí...

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas)*.
Editorial Progreso. Moscú.

FRAGMENTO DEL ARTÍCULO ARGELIA (1857)

Argelia es una parte de África del Norte, en otros tiempos bajalato turco de Argelia, pero incluida desde 1830 en los dominios exteriores de Francia. Limita al Norte con el mar Mediterráneo, al Este con Túnez, al Oeste con Marruecos y al Sur con el gran Sahara...

Se cree que los aborígenes fueron los bereberes, cabilas o mazices, pues se los conoce por los tres nombres. Poco se sabe de su historia, como raza, salvo que ocuparon en tiempos todo el Noroeste de África y que se los encuentra también en el litoral oriental. Los cabilas viven en la región montañosa. Los otros habitantes son árabes, descendientes de los invasores musulmanes. Se encuentran asimismo en este país moros, turcos, culuglis[58], judíos, negros y, en fin, franceses. En 1852, la población contaba con 2.078.035 habitantes, 134.115 de los cuales eran europeos de todas las nacionalidades, y, además, había fuerzas militares en número de 100.000 hombres, Los cabilas son una raza industriosa, viven en aldeas corrientes, son excelentes cultivadores, trabajan en las minas, en las empresas metalúrgicas y en las hilanderías de lana y algodón bastos. Producen pólvora de cañón y jabón, recogen miel y cera y abastecen de aves, frutas y otras provisiones las ciudades. Los árabes siguen las costumbres de sus antecesores, llevan una vida nómada y trasladan sus campamentos de un lugar a otro, según las necesidades del pastoreo o de otras circunstancias. Los moros son probablemente los que gozan de menos respeto. Viven en las ciudades, están más inclinados al lujo que los árabes o los cabileños y son, a causa de la opresión constante de sus gobernantes turcos, una raza tímida que ha conservado, no obstante, su crueldad y su carácter vindicativo, en tanto que su moral es muy baja.

Las ciudades principales de Argelia son Argel, la capital, Constantina. con unos 20.000 habitantes, y Bona, ciudad fortificada en la costa oriental, con una población de unos 10.000 habitantes en 1847. No lejos de allí están las pesquerías de coral, frecuentadas por pescadores de Francia e Italia. Bugía está en el golfo del mismo nombre. La toma de esta plaza fue acelerada por las violencias de los cabilas en la vecindad, que hicieron naufragar un bergantín francés, cortando su maroma, lo saquearon y mataron a la tripulación.

En el interior del país, sobre todo en la provincia de Constantina, quedan ciertos vestigios de la antigüedad; entre otros, las ruinas de la vieja ciudad de Lambesa, donde se conservan parcialmente la puerta de la misma, parte de un anfiteatro y un mausoleo soportado por columnas corintias. En el litoral están Kolea y Cherchell, la antigua Julia Cesárea, lugar de cierta importancia para los franceses. Fue la residencia de Juba, y en su vecindad hay ruinas antiguas. Orán es una ciudad fortificada. Estuvo en posesión de los españoles hasta

1792. Tlemcen, en tiempos residencia de Abd-el-Kader, está situada en una fértil región; la antigua ciudad fue destruida por un incendio en 1670, y la moderna ha quedado casi destruida por los franceses. Posee manufacturas de tapices y mantas. Al Sur del Atlas está Zaacha, la antigua Getulia. Su principal ciudad es Biskra, cuyos habitantes son pacíficos, muy apreciados en los puertos del Norte como sirvientes y mozos de cuerda.

Argelia fue conquistada sucesivamente por los romanos, los vándalos y los árabes. Cuando los moros fueron expulsados de España en 1492, Fernando envió una expedición contra Argelia y, tras de ocupar a Orán, Bugía y Argel, amenazó con subyugar el país. Incapaz de resistir al poderoso invasor, Selim-Eutemy, emir de Miticha, fértil planicie en la vecindad de Argel, pidió ayuda a los turcos, y el célebre corsario Horuk Barbarroja fue enviado en su socorro, Horuk apareció en 1516 y, adueñándose primero del país y asesinando a Selim-Eutemy por su propia mano, atacó a los españoles; tras una guerra de variable fortuna, se vio obligado a refugiarse en Tlemcen, donde el ejército español lo asedió, lo hizo prisionero y lo ejecutó en 1518. Le sucedió su hermano Kayredin, que recabó la ayuda del sultán Selim I y lo reconoció por soberano suyo. En consecuencia, Selim lo nombró bajá de Argel y le envió tropas, con las que pudo rechazar a los españoles y hacerse al fin el dueño del país. Sus hazañas contra los cristianos en el Mediterráneo le valieron la dignidad de capudán-bajá, que le concedió Solimán I. Carlos V intentó restablecer el poder de los españoles, y una vigorosa expedición de 370 navíos y 30.000 hombres cruzó el Mediterráneo en 1541. Pero una terrible tempestad y un terremoto dispersaron la flota y cortaron todas las comunicaciones entre ella y el ejército. Sin abrigo, expuestas a los ataques hostigadores de un enemigo osado, las tropas fueron obligadas a reembarcar y huir tras de haber perdido 8.000 hombres, 15 barcos de guerra y 140 de transporte. A partir de este momento no cesaron las hostilidades entre los Estados bereberes y los caballeros de Malta; entonces fue cuando apareció el sistema de piratería que hizo a los corsarios argelinos el terror de! Mediterráneo y al que se hubieron de someter durante tanto tiempo los Estados cristianos. Los ingleses, mandados por Blake; los franceses, mandados por Duquesne; los holandeses y otras potencias atacaron a Argel en diversos períodos. Duquesne la bombardeó dos veces, y el dey mandó buscar al cónsul francés de Luis XIV. Al enterarse por éste de lo que había costado el bombardeo, el dey le dijo, riendo, que por la mitad de dinero él mismo habría pegado fuego a la ciudad...

Desde la primera ocupación de Argelia por los franceses[59] hasta el presente, este desdichado país ha sido arena de incesantes derramamientos de sangre, rapiñas y violencias. Cada ciudad, grande y pequeña, ha sido conquistada palmo a palmo a costa de innumerables vidas. Las tribus árabes y las cabilas, que estiman la independencia y ponen el odio a la dominación extranjera por encima de la propia vida, han sido aplastadas y destrozadas por terribles incursio-

nes durante las cuales han sido incendiadas y destruidas sus viviendas *y* bienes, arrasadas sus cosechas, y los malhadados supervivientes, exterminados o sometidos a todos los horrores de la depravación y la brutalidad. Los Franceses persisten, contra todos los dictados de la humanidad, la civilización y la cristiandad, en aplicar este bárbaro sistema de hacer la guerra. Se alega el atenuante de que los cabileños son feroces o inclinados a asesinar, que torturan a sus prisioneros y que, respecto a los salvajes, la indulgencia es un error. Cabe poner en tela de juicio la política de mi Gobierno civilizado que recurre a la *lex tadionis* (ley del talión. — *Edit.).* Y si se juzga del árbol por sus frutos, tras de gastar, probablemente, unos 100.000.000 de dólares *y* sacrificar centenares de miles de vidas, todo lo que se puede decir de Argelia es que constituye una escuela de guerra para los generales y soldados franceses, en la que recibieron entrenamiento v formación militar todos los oficiales franceses que han ganado laureles en la guerra de Crimea.[60] En cuanto a la tentativa de colonización, el número de europeos, comparado con el de indígenas, demuestra su fracaso casi total, en el presente; y eso, en uno de los países más fértiles del mundo, el antiguo granero de Italia, a veinte horas de viaje de Francia y donde lo único que falta es la protección de la vida y la propiedad tanto contra los amigos militares como contra los enemigos salvajes. No es de nuestra incumbencia discutir si el fracaso debe atribuirse a un defecto inherente al carácter de los franceses, que los hace inaptos para la emigración, o a la irrazonable administración local. Cada ciudad importante, Constantina, Bona, Ungía. Arzeu, Mostaganem y Tlemcen ha sido tomarla al asalto y ha sufrido todos los horrores consiguientes. Los aborígenes se sometían de mal grado a sus gobernantes turcos que, al menos, tenían el mérito de ser correligionarios suyos; mas no han encontrado ninguna ventaja en la pretendida civilización del nuevo gobierno, contra el que, además, sienten toda la repugnancia del fanatismo religioso. Cada gobernador ha venido únicamente a renovar las medidas rigurosas de sus predecesores; en las proclamas hablaba de sus mejores intenciones, pero el ejército de ocupación, los movimientos de tropas y las terribles crueldades de ambas partes refutaban los votos de paz y buena voluntad.

En 1831 fue nombrado intendente civil el barón Pichón, quien procuró organizar un sistema de administración civil que debía funcionar paralelamente al gobierno militar; peo el control que sus medidas ponían sobre el comandante en jefe ofendió a Savary, duque de Rovigo, viejo ministro de la policía de Napoleón, y, a propuesta suya, Pichón fue destituido. Durante el gobierno de Savary Argelia fue convertida en lugar de exilio para cuantos eran puestos bajo el látigo de la ley por su mala conducta política o social; se introdujo en ella una legión extranjera, cuyos soldados tenían prohibido entrar en las ciudades. En 1833 se presentó una petición a la Cámara de Diputados, en la que se decía:

> "Hemos sufrido todas las injusticias posibles durante tres años. Siempre que se dirigen quejas a las autoridades, se responde con nuevas atrocidades,

particularmente, contra los que las han presentado. A causa de ello nadie se atreve a moverse, *y por* eso mismo esta petición no lleva firmas. ¡Oh, señores!, os imploramos, en nombre de la humanidad, que nos libréis de esta tiranía aniquiladora y nos quitéis las cadenas de la esclavitud. Si el país ha de seguir en estado de guerra, si no ha de tener poder civil, estamos perdidos; jamás habrá paz para nosotros".

Esta petición dio lugar a que se formara una comisión investigadora que tuvo por resultado el establecimiento de una administración civil. Después de la muerte de Savary, durante la administración *ad interim* (interina. —*Edit.)* del general Voirol se empezó a aplicar algunas medidas para calmar la irritación: la desecación de pantanos, el mejoramiento de los caminos y la organización de una milicia nacional. Pero todo esto se abandonó cuando volvió el mariscal. Clausel, bajo cuyas órdenes se emprendió la primera y más desgraciada operación contra Constantino. Su gobierno fue tan insatisfactorio que en 1836 cincuenta y cuatro personalidades enviaron a París una petición en la que se redamaba la investigación de los abusos que había cometido. Eso llevó finalmente a la dimisión de Clausel. Durante toda el reinado de Luis Felipe se hicieron tentativas de colonización, que no tuvieron otro resultado que la. especulación con terrenos; tentativas de colonización militar, que fueron inútiles, pues los cultivadores no estaban seguros más que a tiro de los cañones de sus blocaos; se hicieron también tentativas de poblar la parte Este de Argelia y echar a Abd-el-Kader de Orón y del Oeste[61]. La derrota de este infatigable e intrépido jefe apaciguó tanto el país que la gran tribu de los hameianes garabas se declaró sumisa enseguida.

Durante la revolución de 1548, el general Cavaignae fue designado para reemplazar al duque de Aumale en el puesto de gobernador general de la provincia, y él y el príncipe de Joinville, que estaba también en Argelia, se retiraron entonces. Pero la república no pareció tener más fortuna que la monarquía en la administración de esta provincia. Durante su corta existencia se sucedieron varios gobernadores. Se envió a colonos para que trabajaran la tierra, pero unos se morían y otros la abandonaban, descontentos. En 1849 el general Pélissier se puso en campaña contra varias tribus *y* las aldeas de Beni Salah. que no querían pagar las contribuciones como de costumbre, se incendió y destruyó la cosecha y todos los bienes que cayeron en sus manos. En Zaacha, fértil región lindante con el desierto, hubo serios disturbios como consecuencia de las predicas de un marabuto[62]; se lanzó contra los rebeldes una expedición de 1.200 hombres, que fue derrotada; resultó que la sublevación se había extendido mucho, fomentada por las organizaciones secretas llamadas *Sidi Abderrahman,* cuyo objetivo principal era el exterminio de los franceses. No se logró dominar a los rebeldes hasta que se lanzó contra ellos una expedición mandada por los generales Canrobert y Herbillon; y el sitio de la ciudad árabe de Zaacha probó que los indígenas no habían perdido el coraje ni habían toma-

do afecto a sus invasores. La ciudad resistió los ataques de los sitiadores durante cincuenta y un días y fue tomada finalmente al asalto. La Pequeña Cabilla no se rindió hasta 1851, cuando el general Saint-Arnaud la subyugó, estableciendo así una línea de comunicación entre Philippeville y Constantina.

Los boletines y periódicos franceses abundan en afirmaciones relativas a la paz y la prosperidad de Argelia. Pero no es más que un tributo a la vanidad nacional. Las regiones interiores del país siguen, como antes, sin colonizar hasta el presente. La supremacía francesa es totalmente ilusoria, excepto en el litoral y en las ciudades y sus alrededores. Las tribus siguen defendiendo su independencia y detestando el régimen francés, y el atroz sistema de las incursiones no ha sido abandonado. En 1857 el mariscal Randon hizo una incursión, coronada por el éxito, contra las aldeas y las viviendas de las cabilas aún no sometidas para incorporar su territorio al dominio francés. La población indígena sigue gobernada con mano férrea, y las continuas insurrecciones muestran cuán inestable es la ocupación francesa y precaria la paz, mantenida por esos medios. En efecto, el proceso celebrado en Orán en agosto de 1857, durante el cual el capitán Doineau, jefe del Buró Árabe[63], ha sido declarado culpable de haber dado muerte a un notable rico indígena, ha revelado hasta qué grado de crueldad y despotismo ejercen ordinariamente el poder los funcionarios franceses, incluso los de categorías inferiores, lo que ha llamado, con pleno fundamento, la atención del mundo entero.

La Escrito por F. Engels hacia el 17 de septiembre de 1857
Publicado en la *New American Cyclopaedia*, t. I, 1858.
Traducido del inglés

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas)*.
Editorial Progreso. Moscú.

NOTAS

[58] *Culuglis:* descendientes de turcos casados con argelinas.

[59] El 30 de abril de 1827, dando audiencia el rey argelino Husein, en su residencia, al cónsul general francés Deval, se enzarzó en una discusión con él por el motivo de que el Gobierno francés no pagaba su deuda a los súbditos argelinos y, respondiendo a la descarada y retadora conducta de Deval le dio un golpe en la cara con el abanico. Este incidente, provocado por el cónsul francés, sirvió al Gobierno de Carlos X de pretexto para declarar el bloqueo de

las costas argelinas de 1827 a 1829, tras lo cual, en 1830, los colonizadores franceses empezaron la conquista de Argelia.
[60] *Guerra de Crimea de 1853 a 1856* (guerra oriental): guerra entre Rusia y la coalición de Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña, desencadenada como consecuencia del choque de los intereses económicos y políticos de estos países en el Oriente Medio.

[61] La lucha de liberación de los argelinos, bajo la dirección de Abdel-Kader, contra los conquistadores franceses duró de 1332 a 1847. Como resultado de las venturosas acciones de Abd-el-Kader, que se apoyaba en las amplias capas de la población argelina y supo unir bajo su mando a tribus árabes sueltas, logró en 1834 que los franceses reconocieran a Argelia Occidental, excepto varias ciudades costeras, Estado árabe independiente. Violando de continuo los tratados firmados con Abd-el-Kader, los colonizadores franceses se internaron varias veces en Argelia Occidental. Durante los años de 1839 a 1844 el Estado de Abd-el-Kader fue conquistado tras tenaz lucha, y éste hubo de retirarse a Marruecos. En los años 1845-1847 Abd-el-Kader encabezó de nuevo una sublevación liberadora de masas en Argelia Occidental; después de haber sido sangrientamente aplastada la sublevación, él prosiguió desde los oasis del Sahara una guerra de guerrillas contra los invasores franceses. En 1847 Abd-el-Kader cayó prisionero. No obstante, aun después de ello no cesaron las sublevaciones anticolonialistas de los argelinos tanto en la parte occidental como en la oriental del país.

[62] *Marabutos:* musulmanes de sectas religiosas, ermitaños, que tomaron parte activa en la lucha liberadora de los pueblos del Norte de África contra los conquistadores europeos.

[63] Buró Árabe: denominación de unos organismos de la administración militar francesa en Argelia que entendían de cuestiones relacionadas directamente con la población local. Tales burós se instituían en cada comarca conquistada de Argelia y estaban investido! de enormes poderes.

LA NUEVA CAMPAÑA INGLESA EN CHINA

New York Daily Tribune *17 de abril de 1857*

Si los ingleses van hasta el fondo de la querella que acaban de provocar con los chinos, hay que aguardar que se lancen a una nueva expedición naval y terrestre semejante a la que les permitió llevar la Guerra del Opio de 1841 y 1842. El éxito fácil que los ingleses lograron entonces, arrancando a los chinos

una cantidad fabulosa de dinero, les incita a promover una nueva experiencia de ese género. No olvidemos que los ingleses forman un pueblo que, a pesar del horror que les inspira su propia inclinación a los actos de piratería, han conservado, todavía en nuestros días en grado no desdeñable, el viejo espíritu de rapiña de los bucaneros que caracterizaba a sus antepasados de los siglos XVI y XVII.

Sin embargo, los notables cambios producidos en la sociedad china tras esa triunfal y provechosa incursión de saqueo, efectuada en nombre y beneficio del comercio del opio, hacen dudoso que una parecida incursión se pueda realizar con resultados análogos.

La nueva expedición tiene todas las probabilidades de partir de la isla de Hong Kong, como la de 1841-1842, que se apoyaba en una flota de dos navíos de 74 cañones, de ocho fragatas, numerosas chalupas de guerra, doce vapores y cuarenta transportadores que llevaban a bordo quince mil hombres, comprendiendo las tropas de marina. Sería difícil intentar la nueva expedición con una potencia militar inferior. En realidad, por algunas indicaciones que vamos a tratar de exponer en seguida, parece probarse que esta expedición será de mucha mayor envergadura.

La expedición de 1841-1842, que parte de Hong Kong el 21 de agosto de 1841, se apodera primeramente de Amoy, después, el l° de octubre, de la isla de Tchu-chan, que utiliza como base para la campaña ulterior. El objetivo de estas operaciones era forzar el acceso al gran río central de China y remontarlo hasta Nankin, situada a doscientas millas de su desembocadura. Ocurre que el Yang-tse-Kiang divide China en dos partes distintas: el norte y el sur. A cuarenta millas aproximadamente, aguas abajo de Nankin, el canal imperial llega al río y sigue su curso, formando así para el comercio la gran arteria que relaciona las provincias del norte con las del sur.

El plan de campaña perseguía la ocupación de esta importante vía de comunicación, que habría de dar un golpe fatal a Pekín y forzar al Emperador a concluir la paz sin demora. El 13 de junio de 1842, el grueso de la flota inglesa, bajo el mando de sir Henry Pottinger, apareció frente a Wusung, en la desembocadura del río del mismo nombre. Este río desciende del sur y se vierte en el estuario del Yang-tse-Kiang, cerca del Mar Amarillo. La desembocadura del río Wusung constituye la bahía de Shangai, que se encuentra a poca distancia aguas arriba. Las riberas del Wusung estaban erizadas de baterías, que fueron tomadas por asalto sin dificultad. Una columna de las fuerzas de invasión avanzó entonces sobre Shangai que se rindió sin resistencia. Si las tranquilas y apacibles poblaciones de las riberas del Yang-tse-Kiang no opusieron casi resistencia, es porque se trataba de su primer bautismo de fuego, tras un periodo de paz prolongado de unos doscientos años. Sin embargo, el

mismo estuario y sus alrededores del lado del mar, no carecen de grandes obstáculos.

El amplio estuario del Yang-tse-Kiang se extiende entre riberas medio cubiertas de fango y apenas reconocibles debido a que el mar en muchos lugares, es de un amarillo cenagoso, de donde le viene el nombre. Para penetrar en el Yang-tse-Kiang, los navíos deben seguir prudentemente la ribera meridional, navegando constantemente con sonda para evitar los bancos de arena movediza que obstruyen el paso. Esos bancos se extienden aguas arriba del estuario hasta la extremidad superior de la gran isla de Psong-min que se encuentra en su centro y lo divide en dos brazos. Hacia arriba de la isla, de unas treinta millas de superficie, las riberas comienzan a emerger, pero el curso del cauce se hace muy sinuoso. La marea es muy sensible hasta Tchen-Kiang, a mitad de camino hacia Nankin, hasta el punto que lo había sido hasta entonces un estuario o un brazo de mar, para los navíos que lo remontan, empieza a ser un río.

La flota inglesa se encuentra con serias dificultades antes de llegar a este punto. Necesitó por lo menos quince días para recorrer una distancia de ochenta millas, desde su punto de fondeo en Tchsu-chan. Varios navíos embarrancaron cerca de la isla de Tsong-min, pero lograron liberarse gracias a la marea creciente. Tras haber remontado estas dificultades, los ingleses, llegados a las cercanías de la ciudad de Tchen-Kiang, hubieron de darse cuenta de que, por deficientes que fueran en el arte militar los soldados tártaro-chinos, no carecían de coraje y aliento en el combate. Estos soldados, apenas unos mil quinientos, se batieron con la energía de la desesperación y se hicieron matar hasta el último. Antes del ataque, previendo el desenlace fatal, estrangularon o ahogaron a sus mujeres e hijos, cuyos cadáveres fueron más tarde retirados de los pozos donde los habían arrojado. Cuando el comandante vio perdida la batalla, puso fuego a su casa y murió entre las llamas..

Los ingleses perdieron 185 hombres en la batalla y se vengaron de esta pérdida saqueando la ciudad, en medio de los más horribles excesos. De un extremo a otro, esta guerra fue llevada por ellos con una brutalidad y ferocidad, en plena concordancia con el espíritu de fraude y rapiña que la caracteriza desde sus orígenes. Pero si el invasor hubiera encontrado por todas partes una resistencia tan obstinada, nunca habría podido alcanzar Nankin. Pero no fue este el caso. La ciudad de Kuei-tcheu, en la ribera opuesta del río, se rindió y pagó un rescate de tres millones de dólares, que los bandidos ingleses se embolsaron naturalmente con la mayor satisfacción.

Más arriba, el cauce del río tiene 180 pies de profundidad y la navegación se hace cómoda por lo que se refiere a fondo, pero, en algunos puntos, la corriente alcanza velocidad superior a las seis o siete millas por hora. No existía, pues, nada que impidiera a los navíos de línea remontar hasta Nankin, a cuyos

muros llegaron los ingleses y echaron el ancla el 9 de agosto. El efecto producido correspondió exactamente con lo que se esperaba. Lleno de pavor, el Emperador firma el Tratado del 29 de agosto, cuya pretendida violación sirve hoy de pretexto a nuevas exigencias que dan lugar a la amenaza de una nueva guerra.

Esta nueva guerra, si tiene lugar, será ciertamente conducida sobre el modelo de la precedente. Pero, existen razones por las que los ingleses no pueden contar con un éxito tan fácil. Se puede admitir que la experiencia de la última guerra no ha sido desaprovechada por los chinos.. En el curso de recientes escaramuzas militares en el río de Cantón han dado pruebas de tal progreso en el manejo de la artillería y las operaciones defensivas que algunos han defendido la hipótesis de la presencia de europeos entre ellos.

En todas las cosas de la práctica —y la guerra es eminentemente práctica— los chinos sobrepasan de lejos a los demás orientales y no hay duda que en materia militar los ingleses encontrarán en ellos discípulos bien dotados.

Además, es verosímil que, si tratan nuevamente de remontar el Yang-tse-Kiang los ingleses se tropiecen con obstáculos artificiales que no encontraron la primera vez. Por lo demás —y ésta es, entre otras, la más seria de las consideraciones— una nueva ocupación de Nankin no parece que vaya a producir en la corte de Pekín una alarma y terror comparables a las que causó la primera. En efecto, Nankin, así como grandes partes de las provincias vecinas, se encuentran desde hace cierto tiempo ya en manos de los rebeldes, y uno o varios jefes rebeldes tienen allí su cuartel general. En esas condiciones, su ocupación por los ingleses equivaldrá a prestar un buen servicio al Emperador, ya que expulsarían los rebeldes de una ciudad cuya ocupación, tras su conquista, se revelaría difícil y hasta peligrosa. ¿No acaba de probar la experiencia reciente que puede tenerse aquella por una potencia hostil, sin que resulte por ello una consecuencia fatal para Pekín o el poder imperial?

Carlos Marx y Federico Engels. *Colonialismo y guerras en China*.
Versión al español de Victoria Pujolar.
1974, Ediciones Roca, México 17, D. F. Primera edición

LA PENETRACIÓN RUSA EN ASIA CENTRAL

New York Tribune, 3 de noviembre de 1858

Hace algunas semanas, hemos dado cuenta de los inauditos progresos realizados por Rusia durante estos últimos años en Asia oriental, en la costa occidental del Pacífico. Llamamos hoy la atención de nuestros lectores, acerca de semejante progreso de la misma potencia en otra región del Asia central.

Desde que Inglaterra y Rusia han enviado simultáneamente tropas a Asia central en 1838, se discute a menudo sobre la eventualidad de un choque entre estas dos grandes potencias —Rusia e Inglaterra— a mitad de camino entre Siberia y la India, de un conflicto que oponga cosacos y capiyos en las riberas del Oxus. La extraña derrota de estos dos ejércitos —derrota de ambos a consecuencia de la rudeza del país y del rigor del clima— priva durante algún tiempo de interés a estas especulaciones. Los ingleses se vengaron de su derrota emprendiendo una marcha lograda sobre Kabul, pero sin resultado. Rusia simuló encarar la afrenta, aunque como veremos, no abandona por eso sus proyectos e incluso que consigue algunos éxitos en su política de expansión.

Cuando estalla la guerra que acaba de terminar, se plantea de nuevo la cuestión: ¿pueden los rusos emprender una marcha en dirección a la India? Pero la opinión pública no estaba entonces muy al corriente de los movimientos de las vanguardias rusas y no era capaz de reconocer con precisión su progreso. En la época, periódicos indios traían noticias sobre conquistas rusas en Asia central, pero no se les prestaba mucha atención. Finalmente, en el curso de la guerra anglo-afgana de 1856 es cuando se ha planteado toda la cuestión. Pero, entre tanto, la situación ha evolucionado considerablemente y en la actualidad adquiere un aspecto agudo.

Citaré algunos extractos documentales a propósito del reciente avance de Rusia en Asia central. Una parte de ello quizás sea nueva para los lectores, ya que por lo que yo sé los documentos oficiales, publicados en San Petersburgo en lengua rusa, no han sido divulgados hasta ahora en Inglaterra.

El vínculo entre la política de lord Palmerston y la invasión de Asia central por Rusia salta a la vista, desde que se considera simplemente los acontecimientos por orden cronológico. Por ejemplo: 1839, progreso ruso hacia Khiva a pesar de la derrota militar; en 1854, éxito definitivo en Khiva, aunque Rusia no haya procedido sino a una simple demostración militar, sin hacer ni un disparo; en 1856, con motivo del rápido avance a través de la estepa kirguis en dirección al sudoeste de la meseta de Turan, hubo un movimiento convergente contra la insurrección india.

En los documentos oficiales rusos, solamente se trata de *hechos consumados;* la actividad subterránea se deja —como es natural— en silencio, tan cuidadosamente que las fuerzas armadas, que sin embargo solamente ocupaban una pequeña escena con ocasión del drama, se han presentado como únicos

protagonistas. Como los lectores han estado perfectamente al corriente de la historia diplomática de este asunto, me limitaré a la exposición de los *hechos* tal como se han presentado por la propia Rusia. Por mi parte, añadiré simplemente algunas consideraciones sobre el alcance militar de la penetración rusa en Asia Central por lo que concierne a la India.

Cabría preguntarse por qué razón Alejandro II ha publicado documentos sobre las intrusiones rusas en Asia septentrional y central, cuando Nicolás tenía costumbre de ocultarlos ansiosamente a los ojos del mundo. Conviene responder primeramente que el zar Alejandro se halla en una situación que su padre nunca ocupó, posición que le autoriza a iniciar a Europa en los misterios de la "misión asiática" de Rusia, haciendo de Europa su colaboradora declarada en la realización de esta misión. En segundo lugar, esos documentos solamente son accesibles en realidad a los sabios alemanes que cantan sus alabanzas a Alejandro, porque se digna contribuir a la difusión de los conocimientos geográficos. En fin, el viejo partido moscovita era bastante ingenuo para lamentarse de una pretendida pérdida de prestigio de Rusia tras la guerra de Crimea. Alejandro les respondió publicando documentos, de los que se desprende claramente que no sólo Rusia ha efectuado progresos materiales inauditos en el curso del siglo pasado, sino también que su simple publicación es ya una provocación que afirma el "prestigio" en un tono que el mismo Nicolás no se hubiera atrevido a usar.

Cuando Napoleón rodeó Moscú con una línea en su mapa en 1812, a fin de hacer de ella la base de operaciones contra la India, no hacía sino seguir el ejemplo de Pedro el Grande. Desde 1717, este príncipe que veía lejos, determina con vistas a sus sucesores cuales eran todas las direcciones posibles para operar conquistas e hizo figurar en buen lugar la expedición contra Khiva que debía mantenerse naturalmente durante mucho tiempo sin resultado. Durante un largo periodo, Rusia fue incapaz de llegar a las estepas de Turan. Sin embargo, entre tanto, el territorio entre el Volga y el río Ural fue poblado por los cosacos que fijaron la línea a lo largo de este río. Pero más allá, la soberanía de Rusia sobre las tres hordas o pueblos kirguises era puramente nominal, y las caravanas rusas fueron saqueadas por ellos y por los khivanies hasta que Rusia envía al general Yasili Perovski como comandante en jefe a Oremburg. Este descubrió que las relaciones comerciales de Rusia con el interior del país y el sur de Asia eran completamente interrumpidas por los saqueadores nómadas y que las escoltas militares que acompañaban el año anterior las caravanas a fin de asegurar su protección, ya no servían. A fin de poner orden, organiza ante todo columnas móviles contra los kirguises; después se preocupó por instalar puestos militares de cosacos en su territorio. Al cabo de algunos años, los coloca efectivamente bajo el control y la dominación de Rusia; más tarde tomó medidas para realizar el viejo plan de Pedro el Grande contra Khiva.

Tras haber obtenido la autorización del Zar, organiza una fuerza equivalente aproximadamente a una división (8,000 hombres) sostenida por numerosas unidades de semirregulares cosacos, irregulares bachkires y de caballería kirguis. Fueron reagrupados mil quinientos camellos para asegurar el transporte de equipajes a través de las estepas desérticas. No era cosa de emprender tal expedición el verano a causa de la falta de agua. Perovski opta, pues, por una campaña de invierno y abandona Oremburg en noviembre de 1839. Se conoce el resulta. Tempestades de nieve y un frío excepcional deshicieron sus tropas. Los camellos y los caballos murieron y fue obligado a la retirada sufriendo pérdidas muy grandes. No obstante, la empresa logró sus objetivos en el exterior. Efectivamente, mientras que Inglaterra jamás fue capaz de vengar la muerte de sus embajadores Stoddart y Conololy en Bujara, la tentativa rusa abastó para que el jan de Khiva entregara los prisioneros rusos y despachara una delegación a San Petersburgo para implorar la paz.

Perovski puso manos a la obra y organiza una línea de operaciones a través de las estepas kirguises. Tras un periodo de diez y ocho meses apenas, expediciones de sabios e ingenieros establecían los planos y mapas de todo el país al norte del Jaxarte (Syr-Daria), bajo protección del ejército. Se determina la configuración del suelo, los mejores terrenos para las carreteras y los mejores lugares para los pozos. Se abren estos pozos en puntos cada vez más próximos y se les rodea de fortificaciones bastante poderosas para resistir a cualquier asalto de hordas nómadas y bastante grandes para guardar almacenamientos considerables. Karabutak e Irghiz sobre el río del mismo nombre sirvieron de centros defensivos al norte de las estepas kirguises. Entre estas ciudades y las del río Ural, las carreteras fueron jalonadas de fortines cada diez o veinte millas.

El siguiente paso fue dado en 1847, cuando se edifica un fuerte en el Syr-Daria a unas 45 millas de su desembocadura. El fuerte fue llamado Arlsk y pudo contener el efectivo de un batallón e incluso más. Bien pronto se convirtió en el centro de una vasta colonia rusa de campesinos instalados en la parte inferior del río y en los confines del lago Aral. Rusia tomó entonces formalmente posesión de todo el país al norte de este lago y del Delta del Syr- Daria. En el curso de los años 1848 y 1849, el lago fue por primera vez localizado y jalonado: se descubrió un nuevo grupo de islas donde se instala en seguida el cuartel general de la flotilla de vapor del Aral, cuya construcción se emprendió inmediatamente. Al mismo tiempo, se empezó la tarea de reforzar y completar las líneas de comunicación entre Oremburg y el lago Aral.

Perovski, que había abandonado su puesto de comandante en jefe de Oremburg en 1842, volvió ahora a él y marcha la primavera de 1853 hacia Aralsk con un poderoso ejército. El desierto fue atravesado sin grandes dificultades, después el ejército remonta el Syr-Daria, mientras que un navío a vapor

de poco calado seguía a las tropas en su avance. Llegados a Akmetchet, los rusos tomaron por asalto, unas 450 millas aguas arriba, una posición fortificada que pertenecía al jan de Cocande y la transformaron en seguida en su propia fortaleza, de tal modo que un ejército llegado de Cocande sufrió una derrota aplastante cuando atacó Akmetchet el mes de diciembre siguiente.

Mientras que Europa dirigía toda su atención hacia las batallas libradas en el Danubio y Crimea en 1854, Perovski impulsa su avance contra Khiva, con un ejército de 17,000 hombres, saliendo de la base de operaciones del Syr-Daria. Sin embargo, el jan no esperó su llegada al Oxus. Envió un emisario al campo de los rusos que firmaron un tratado por el cual *el jan de Khiva reconocía la soberanía de Rusia*. Este fue despojado del poder de decidir sobre la guerra o la paz, sobre la vida y la muerte, así como del derecho de fijar los itinerarios de las caravanas, los gravámenes y derechos aduaneros y, para siempre, de regular el comercio en general en toda Khiva. Se instala un cónsul ruso en Khiva y ocupa las funciones de árbitro supremo en todos los asuntos políticos de Khiva, dependiendo este mismo árbitro, por supuesto, del gobierno ruso.

Con la sumisión de Khiva, queda prácticamente conquistado el Turan. Tal vez sea ya a esta hora cosa hecha. Los janes de Cocande y de Bujara han enviado asimismo embajadores a San Petersburgo. Se ha puesto cuidado en no divulgar los tratados concluidos con ellos, pero no resulta difícil adivinar su contenido. Cualquiera que sea la independencia que Rusia se digne conceder a esos minúsculos estados, cuya única fuerza reside en su indeterminación que ya no existe hoy, al menos frente a Rusia, esta independencia solamente puede tener un carácter puramente nominal, puesto que un ejército de unos 20,000 hombres, enviados a Khiva o Akmetchet hacia los fértiles valles del alto Turan, bastarían ampliamente para aplastar toda veleidad de oposición y atravesar el país de un extremo a otro. En esas condiciones, es seguro que Rusia no ha permanecido inactiva desde 1845, aunque sea demasiado inclinada a silenciar sus operaciones. Se puede estar hoy seguro de que tras su avance rápido, silencioso y obstinado en el Turan en el curso de los quince últimos años, su bandera ondeará pronto en los puertos de montaña de Hindu-Kuch y de Bolor Tagh.

La importancia enorme de estas conquistas, desde el punto de vista militar, tienen que ver con el hecho de que constituyen el núcleo de una base de operaciones contra la India. De hecho, después de tal avance de los rusos en Asia central, el plan de ataque de la India a partir del norte sale del reino de las especulaciones para tomar determinadas formas precisas. Las regiones tropicales de Asia están separadas de estos territorios pertenecientes a la zona templada por una amplia faja desértica que parte desde las proximidades del golfo Pérsico y atraviesa el continente hasta las fuentes del Amur. Haciendo aquí abstracción del territorio del Amur, esta faja desértica era hasta hoy práctica-

mente infranqueable por los ejércitos, siendo la única vía concebible la que conduce de Atrasband hacia el mar Caspio por Herat hacia Cabul y el Indus. Pero, considerando que los rusos tienen el curso inferior del Jaxarte (Syr-Daria) y el Oxus (Amur Daría) y que con rutas militares y posiciones fortificadas se puede abastecer en agua y víveres un ejército en marcha, el desierto de Asia central no constituye ya un obstáculo militar. En lugar de una ruta incómoda que vaya de Astraband por Herat hacia el Indus, Rusia dispone ahora de tres rutas diferentes que, en un futuro próximo, pueden estar enteramente dispuestas para la marcha de un ejército.

En primer lugar, existe la vieja ruta que pasa por Herat que, en las condiciones actuales, no seguirá mucho tiempo cerrada a los rusos. Luego existe el valle del Oxus que va de Khiva hacia Balch y, finalmente, el valle del Jaxarte que va de Akmetchet hacia Cocande, desde donde una tropa puede avanzar transversalmente en un país bien provisto de agua y relativamente poblado en dirección a Samarcanda y Balch. Herat, Samarcanda y Balch constituirían entonces la base de operaciones contra la India. Balch se halla solamente a 500 millas de Peshawar, la vanguardia situada al noroeste del Imperio anglo-indio. Samarcanda y Balch pertenecen al jan de Bujara, que acaba de caer en poder de Rusia. Ahora bien, desde el momento en que Astraband (que los rusos ocupan ahora o pueden ocuparlo el día que quieran) y Balch se encuentren en manos de Rusia, Herat ya no puede sustraerse a su dominio, por poco que Rusia lo quiera. Cuando esta base de operaciones se halle efectivamente en las manos de Rusia, Inglaterra tendrá que combatir por su Imperio indio. Balch no se halla más lejos de Kabul que ésta de Peshawar y este simple hecho pone en evidencia que el espacio neutro entre Siberia y la India se ha vuelto muy pequeño.

Si el progreso de los rusos continúa al mismo ritmo y con una energía y obstinación semejantes a las que han manifestado durante los últimos veinticinco años, es seguro que oiremos a los rusos golpear en la puerta de la India de aquí a diez o quince años. Desde el momento que han atravesado las estepas kirguises, llegan a las regiones fértiles y relativamente bien cultivadas del sudeste Turan, cuya conquista no se puede impedir a los rusos, quienes hallarán fácilmente lo necesario para abastecer durante años un ejército de 50 a 60,000 hombres, es decir, una fuerza suficiente para avanzar eventualmente hasta el Indo.

En diez años, un ejército semejante puede someter fácil y enteramente al país, asegurar sus líneas de comunicación colonizando ese gigantesco territorio con campesinos de la Corona rusa (como está haciéndose actualmente cerca del lago Aral), infundir terror a todos los estados vecinos y preparar la base y la línea de operaciones para una campaña militar contra la India. Sin embargo,

las circunstancias políticas decidirán si se emprende tal campaña. En este momento, solamente se pueden hacer vagas especulaciones sobre ese punto.

Carlos Marx y Federico Engels. *Colonialismo y guerras en China*.
Versión al español de Victoria Pujolar.
1974, Ediciones Roca, México 17, D. F. Primera edición

LAS GANANCIAS DE RUSIA EN EXTREMO ORIENTE

New York Tribune, 18 de septiembre de 1858

Rusia tenía que tomarse la revancha de la derrota infligida por Francia e Inglaterra en Sebastopol. Esta segunda partida se juega ahora mismo. Ciertamente, los largos y encarnizados combates de Crimea han atemperado algo el orgullo nacional de los rusos. Incluso han arrancado a Rusia una pequeña faja de terreno, pero le han dejado de todos modos una ventaja indudable al final de las hostilidades. En efecto, ha empeorado considerablemente el estado del "hombre enfermo": la población cristiana de la Turquía europea —tanto los griegos como los eslavos— desean como nunca sacudirse el yugo turco y consideran aún más a Rusia como su única protectora. No cabe duda, los agentes rusos alientan todas las sublevaciones y conjuraciones de Bosnia, Serbia, Candie y Montenegro. Pero ocurre que el debilitamiento y la impotencia extremas de Turquía, que se han manifestado con la guerra, se pueden agravar por las obligaciones impuestas a este país por la paz. Y esto explica suficientemente la fermentación general entre los súbditos cristianos del sultán. En esas condiciones —a pesar de la pérdida temporal de una estrecha faja del terreno que Rusia recuperará evidentemente la primera ocasión propicia—, ha hecho sensibles progresos la realización de sus planes frente a Turquía. Cuando la guerra estalló, Rusia se fijó por objetivo acelerar la decadencia de Turquía y extender su protección sobre los súbditos cristianos del "hombre enfermo". Es innegable que Rusia ejerce hoy ese protectorado más que nunca.

Desde ese momento, hay que considerar solamente a Rusia como la única gananciosa en esta desgraciada guerra. No obstante, ella quería una revancha: para jugar la segunda partida, en el terreno diplomático, donde no tiene rival, ha escogido otro continente. Mientras que Inglaterra y Francia emprendieron una lucha onerosa con China, Rusia se mantuvo neutral y solamente intervino al final. El resultado fue que Inglaterra y Francia han hecho la guerra contra China en interés exclusivo de Rusia. En este plan, la posición de Rusia no pudo ser más favorable.

China forma parte de los tambaleantes imperios asiáticos que, uno tras otro caen bajo el empuje de la emprendedora raza europea. China era tan débil y tan quebrantada que *no tuvo incluso la fuerza de soportar la crisis de una revolución popular*. En consecuencia, la misma aguda revuelta se ha convertido en una enfermedad crónica y aparentemente incurable. Este Imperio es en el presente tan amorfo que su gobierno en ninguna parte se halla en estado de reinar sobre su propio pueblo o de ofrecer resistencia a la agresión extranjera.

Mientras que los ingleses se batían en Cantón con funcionarios chinos subalternos y discutían sobre el punto de saber si el comisario Yeh había o no obrado conforme a la voluntad del Emperador, los rusos ocupaban el territorio situado al norte del Amur así como la mayor parte de las costas manchúes situadas al sur del río. Allí instalaron posiciones fortificadas y se pusieron a elaborar planes para la construcción de ferrocarriles y la implantación de ciudades y puertos. Cuando finalmente Inglaterra se decide llevar el problema de la guerra a Pekín y que a ello se asocia Francia, Rusia alcanzó a representar la imagen cerca del débil chino de ser un protector desinteresado y a jugar casi el papel de árbitro con motivo de la conclusión de la paz, aunque venía justamente de despojar a China de un territorio tan grande como Francia y Alemania juntas y largo como el Danubio. Cuando comparamos los diferentes tratados concluidos en esta ocasión, no podemos dejar de comprobar que está claro para todo el mundo que la guerra no había sido provechosa para Francia e Inglaterra, sino para Rusia.

Las ventajas concedidas a las potencias beligerantes y en las que Rusia también participa, como los Estados Unidos, tienen un carácter puramente comercial y —como hemos tenido la ocasión de probarlo en estas columnas— son del todo ilusorias. En las condiciones actuales, el comercio de China —excepción hecha del opio y de un poco de algodón, sacados de las Indias orientales— continuará reduciéndose en general, a la exportación de mercancías chinas (té y seda). Ese comercio de exportación depende más de la demanda extranjera que de las facilidades más o menos grandes, concedidas por el gobierno chino. Cualquier país del mundo podía comprar té o seda a China, incluso antes del Tratado de Nankin. Este, abriendo cinco puertos nuevos al comercio, tuvo como principal efecto desplazar una parte de los intercambios de Cantón a Shangai. Los otros puertos no hacen prácticamente comercio y, de hecho, Su-tcheu, el único que tenía alguna importancia, no se encuentra entre los cinco puertos abiertos. Prudentemente se ha remitido a más tarde la apertura del comercio en el Yang-tse Kiang, cuando Su Majestad haya restablecido de plena soberanía en el país en rebelión a un lado y otro de ese río, es decir, un tiempo que corresponde a las calendas griegas.

Pero aún se pueden expresar otras dudas acerca del valor del nuevo tratado. Algunos pretenden que los gravámenes de tránsito, de los que se trata en el

artículo XXVIII del tratado anglo-chino, son del todo ilusorios. En efecto, se puede admitir que esas tasas han sido establecidas únicamente porque los chinos no desean demasiadas mercancías inglesas y sobre todo quieren impedir su penetración en el interior del país. Pero, al mismo tiempo, una variedad determinada de tejido ruso que responde a una necesidad de los chinos pasa por Kiatcha o el Tibet, se ha abierto camino hasta la costa. Se ha olvidado precisar si esas tasas —en el caso de que sean realmente percibidas— afectan lo mismo a las mercancías inglesas que a las rusas. Lo seguro es que Wingrove Cooke, enviado a tal efecto al interior del país, no ha podido descubrir la existencia de esas pretendidas "tasas de tránsito". Ha tenido que admitir, cuando se le ha interrogado públicamente a este propósito, que había llegado a la convicción desoladora de que "nuestra ignorancia de China tiene efectos tangibles". De otra parte, en una respuesta pública a la pregunta de saber "si se tiene la prueba de la existencia de tales derechos aduaneros interiores", el señor J. W. Henley escribía claramente: "No estoy en condiciones de darles la información deseada sobre la existencia de tasas aduaneras en el interior de China".

Algunos temen que lord Elgin haya convenido una compensación sin fijar plazo para el pago y que la guerra no haya sido llevada de Cantón a la capital sino para concluir un tratado que remite a las tropas británicas a Cantón para reemprender el combate. John Bull padece sombrías aprensiones: ¿no tendrá que pagar de su bolsillo la compensación prevista, considerando que el artículo XXVIII incita vivamente a las autoridades chinas a imponer una tasa aduanera interior del 7.50% sobre los productos manufacturados británicos, tasa que se puede transformar a petición en un derecho de importación general del 2.50%? A fin de desviar la atención de John Bull del detalle de ese tratado, el *Times* de Londres ha estimado que convenía simular gran cólera contra el embajador americano y atacarlo violentamente, porque todo lo había estropeado él, aunque sea tan extraño al fiasco de la Segunda Guerra Anglo-china como el hombre de la luna.

Así, el tratado de paz, en lo que concierne al comercio británico, ha tenido por resultado introducir una nueva tasa de importación y una serie de estipulaciones que, o no son de ningún valor práctico o no son respetados por los chinos, pero pueden, en cualquier momento, servir de pretexto para una nueva guerra. Inglaterra no se ha aprovechado de ninguna ventaja territorial —no podía permitírselo sin dejar que Francia hiciera otro tanto. Ahora bien, una guerra llevada por Inglaterra que terminara con la instauración de posesiones francesas en la costa china, sería del todo desfavorable para Inglaterra. El caso es diferente por lo que se refiere a Rusia.

Si se hace abstracción de lo que participa en todas las ventajas tangibles —cualquiera que ellas sean—, concedidas a Francia y a Inglaterra, Rusia se ha asegurado todo el país sobre el Amur, del que se ha apoderado a la chita ca-

llando. No contenta con ese resultado, ha logrado crear una comisión ruso-china para la fijación de las fronteras. Por supuesto, ya sabe todo el mundo lo que representa una comisión así en manos de Rusia. La hemos visto operar en las fronteras asiáticas de Turquía, donde durante más de veinte años no ha dejado de despojar a este país una faja de terreno tras otra hasta la última guerra y después ha vuelto a comenzar lo mismo.

Además, está el artículo reglamentando el servicio postal entre Kiatcha y Pekín. Lo que antes no era más que una línea de comunicación irregular y simplemente tolerada se organiza ahora y obtiene un estatuto legal. Al parecer, se quiere organizar una relación postal mensual, pues el recorrido de 1,000 millas exige quince días; además, cada tres meses debe hacer el mismo recorrido una caravana. Ahora bien, está claro que los chinos o no harán caso a ese servicio o serán incapaces de cumplirlo. Como en lo sucesivo el servicio se ha garantizado legalmente a Rusia, evidentemente el servicio caerá en sus manos.

Hemos visto cómo los rusos habían organizado sus enlaces postales a través de las estepas kirguises; no dudamos ni un instante que de aquí a algunos años una línea semejante atravesará el desierto de Gobi. Desde ese momento, los británicos podrán abandonar todos sus sueños actuales en lo que concierne a la hegemonía británica en China, puesto que, en todo momento, puede llegar a Pekín un ejército ruso.

Se puede imaginar fácilmente las consecuencias que puede tener la instalación de embajadas permanentes en Pekín. Basta ver lo que ocurre en Constantinopla o en Teherán. Allí donde la diplomacia rusa se encuentra con la inglesa o la francesa, se muestra superior a ellas. Desde el momento en que el embajador ruso tiene la perspectiva de poseer al cabo de algunos años un ejército preparado para cualquier tarea en Kiatcha —alejado de Pekín un mes de marcha— así como el camino ya dispuesto en toda su longitud para tal campaña, ¿quién duda de que será todopoderoso en Pekín?

Es un hecho que Rusia será pronto la primera potencia asiática y que también querrá eclipsar a Inglaterra en este continente. La conquista de Asia central y la anexión de Manchuria ha aumentado sus dominios con un territorio tan grande como Europa sin Rusia. Muy pronto los valles de los ríos de Asia central y del Amur se hallarán poblados de colonos rusos.

Estas posiciones estratégicas son tan importantes para Asia como Polonia lo es para Europa. La conquista de Turan amenaza a la India, como la de Manchuria amenaza a China. China y la India, con sus 450 millones de habitantes, son actualmente los países decisivos de Asia.

Carlos Marx y Federico Engels. *Colonialismo y guerras en China*.

Versión al español de Victoria Pujolar.
1974, Ediciones Roca, México 17, D. F. Primera edición

GUERRAS COLONIALES DE INGLATERRA. LA SUBLEVACIÓN EN LA INDIA

LA GUERRA EN LAS MONTAÑAS ANTES Y DESPUÉS.

La reciente aparición de opiniones que consideran la invasión de Suiza[32] como una posibilidad que no puede descartarse, de antemano, ha despertado un nuevo interés en la fuerza defensiva de esa república; y no sólo en su situación militar particular, sino también en la estrategia de la guerra en las montañas en general. Es una creencia muy difundida la de que Suiza es una fortaleza inexpugnable, e inmediatamente la gente piensa en comparar el destino de ciertos invasores con el de los gladiadores que lograron reputación histórica con su saludo *"Ave, Caegar, morituri te salutant!"* (¡Salve, César, los que van a morir te saludan!). Nos señalan lugares como Sempach y Morgarten, Morat[*] y Grandson[33], y se dice que es fácil para un ejército enemigo entrar en Suiza, pero difícil —como lo formuló el loco Alberto de Austria— volver a salir. Los mismos estrategos conocen un puñado de pasos de montaña y desfiladeros donde unos pocos hombres pueden resistir con éxito frente a millares de soldados excelentes.

Esta inexpugnabilidad tradicional de la llamada fortaleza montañosa, Suiza, data de la época de sus guerras con Austria y Borgoña en los siglos xiv y xv. En aquel tiempo la fuerza principal de los invasores era el ejército de los caballeros acorazados; su efectividad consistía en el ataque irresistible a los ejércitos que no disponían de armas de fuego. Pero en un país como Suiza, esta especie de ataque era imposible, y todavía hoy es inútil allí la caballería, salvo la ligera, y en número reducido. ¡Cuánto más tenían que fracasar los caballeros del siglo XIV, que andaban cargados de casi un quintal de hierro! Tenían que apearse y luchar a pie. Con esto llegaron a ser enteramente inmóviles; los agresores eran forzados a la defensiva y atrapados en un desfiladero, no podían ofrecer resistencia ante las mazas y los garrotes. Durante las guerras de Borgoña, la infantería, armada de picas, recuperó su importancia dentro del ejército. Ya se usaban armas de fuego, pero todavía la pesada armadura de protección dificultaba la acción de la infantería, los cañones eran torpes y las armas de fuego manuales, de similar carácter, carecían de utilidad. Todo el equipo era tan embarazoso para las tropas, que no servía para una guerra en las montañas, y menos en una época en que prácticamente no existían carreteras. Ello causó tantos obstáculos en los movimientos, que aquellos ejércitos no podían avanzar

[*] Nombre francés de la ciudad suiza Murtan. (*Ed.*)

cuando se trababan en lucha en terrenos difíciles. En cambio, los campesinos suizos, pertrechados de armas livianas, estaban en condiciones de pasar a la ofensiva, engañar al enemigo con sus maniobras, rodearlo y vencerlo.

Después de las guerras de Borgoña, Suiza no fue amenazada seriamente en los tres siglos siguientes. Nadie osaba poner en duda el juicio tradicional de que Suiza era una fortaleza inexpugnable. Sólo la revolución francesa, que destruyó tantas tradiciones respetables, rompió también aquélla, por lo menos para las personas que conocen la historia de las guerras. Los tiempos habían cambiado. La caballería acorazada y los piqueros, con su escasa capacidad de movimiento pertenecían al pasado; la táctica había sido revolucionada innumerables veces. La movilidad llegó a ser la cualidad más importante de un ejército. La táctica lineal de Marlborough, Eugenio de Saboya y Federico el Grande fue desbaratada por las columnas y líneas de tiradores, creadas por los ejércitos revolucionarios, y desde el día que el general Bonaparte, en 1796, pasó el Col di Cadibona, irrumpió entre las columnas separadas austríacas y sardas, aniquiló las puntas de estas columnas, cortándoles simultáneamente la retirada por los valles angostos de los Alpes marítimos y haciendo prisioneros la mayor parte de sus enemigos, desde ese día nació una nueva rama científica: la estrategia de montaña. Al mismo tiempo, la inexpugnabilidad de la fortaleza suiza llegó a su fin.

Durante la época de la táctica lineal que precedió a las formas modernas de la guerra, los dos adversarios trataban de evitar cuidadosamente cualquier, terreno dificultoso. Cuanto más plano un terreno, tanto más apropiado parecía como campo de batalla. Sólo debía ofrecer algunos obstáculos, que resultarían útiles para apoyar una o las dos alas. Con la aparición de los ejércitos revolucionarios se empezó a aplicar un método diferente. Los defensores de una posición aprovechaban toda elevación delante del frente para sustraer los tiradores y las reservas a la observación del enemigo. Los franceses preferían en general un terreno difícil; sus tropas eran mucho más móviles, y su formación abierta y en columnas no sólo permitían movimientos rápidos en todas las direcciones, sino que les facilitaba el uso de un terreno accidentado para su provecho. En cambio, en tales terrenos sus enemigos se encontraban sin amparo. De esta manera, la expresión "terreno intransitable" desapareció casi enteramente de la terminología militar.

Los suizos tuvieron que experimentar tal circunstancia en 1798, cuando 4 divisiones francesas se apoderaron del país a pesar de la obstinada resistencia de una parte de la población y de la sublevación repetida tres veces de los antiguos cantones cubiertos de bosques. En los tres años siguientes, Suiza se convirtió en uno de los teatros de guerra más importantes de la república francesa y de la coalición. En 1798 Masséna demostró que no temía en absoluto las montañas inaccesibles y las barrancas angostas de Suiza, avanzando directa-

mente a Graubünden, el cantón más montañoso y bravío, que entonces estaba ocupado por los austríacos. Las posiciones de los austríacos estaban en el valle superior del Rin. Las tropas de Masséna marcharon en columnas concéntricas al valle, pasando por desfiladeros montañosos que casi no servían para el tránsito con caballos, ocuparon todas las salidas y obligaron a los austríacos a rendirse rápidamente. Los austríacos demostraron haber aprendido la lección: bajo el comando del general Kotze, que había adquirido mucha habilidad en una guerra de esta índole, renovaron la lucha, repitieron la misma maniobra y expulsaron otra vez a los franceses. Siguió la retirada de Masséna una posición defensiva cerca de Zurich, donde. derrotó a los rusos de Kórsakov; la invasión de Suiza por Suvórov, quien había pasado por el San Gotardo, y su desastrosa retirada[34]; finalmente, un nuevo ataque de los franceses al Tirol, pasando por Graubünden y, atravesando, en pleno invierno, tres cordilleras, supuestamente transitables en aquella época sólo en fila india. Las grandes campañas napoleónicas siguientes tuvieron lugar en las vastas cuencas del Danubio y del Po, porque todas ellas se basaron en el grandioso concepto estratégico de arrebatar al enemigo sus recursos, destruir su ejército y ocupar después el centro. Por lo tanto, necesitaban un terreno con pocos obstáculos y la concentración de masas para' las batallas decisivas, cosa imposible en regiones alpinas. La historia de los sucesos militares, desde la campaña alpina de Napoleón en 1796, su marcha a Viena, pasando los Alpes Julianos, y los acontecimientos siguientes, hasta 1801[35], prueba que las cordilleras y valles de los Alpes no son en modo alguno temibles para los ejércitos modernos. Hasta 1815, los Alpes tampoco ofrecieron a Francia o a la coalición posiciones defensivas dignas de mención.

Guando el viajero pasa una de las gargantas que, sirviendo como carreteras, conducen desde las pendientes septentrionales a las meridionales, encuentra en cada recodo posiciones defensivas muy favorables. Tomemos por ejemplo la conocida Vía Mala. Cualquier oficial nos declara que sería capaz de defender esta cañada, con un batallón, contra el enemigo, con tal de que no debiera temer un movimiento envolvente. Pero precisamente este es el caso. No existe paso en los Alpes, ni siquiera en sus crestas más altas, que no se preste a un envolvimiento. Napoleón formuló la siguiente máxima para la guerra en las montañas:

> "Por donde puede pasar una cabra, pasará también un hombre; por donde pasa un hombre, también pasará un batallón, y por donde pasa un batallón, también lo hará un ejército."

Suvórov tuvo que seguir esta regla cuando quedó encerrado en el valle de Reus: tuvo que conducir su ejército por sendas de pastores, donde los hombres no podían pasar de a dos; y Lecourbe, el mejor general francés en la guerra alpina, tuvo que pisarle los talones.

La solidez de la posición defensiva —el ataque frontal contra ella sería una locura— es compensada suficientemente por el hecho de que es posible rodear al enemigo sin grandes dificultades. Por otra parte, el defensor no puede asegurar todos los accesos por los que la posición puede ser envuelta, pues ello significaría para él tal dispersión de fuerzas, que nada lo salvaría de una derrota. En el mejor de los casos, los accesos pueden ser vigilados, y como defensa contra la maniobra envolvente, el defensor debe confiar en el empleo prudente de las reservas y es la iniciativa y energía de los jefes que dirigen las unidades. Sin embargo, si una sola de tres o cuatro columnas envolventes llegara a tener éxito, los defensores se encontrarían en la misma posición precaria que si todas hubieran logrado su objeto. Por eso, desde el punto de vista estratégico,] en la guerra alpina la posición del atacante tiene decisiva supremacía sobre la del defensor.

Desde el punto de vista puramente táctico, el cuadro se j presenta en la misma forma. Siempre servirán como posiciones j defensivas las estrechas gargantas ocupadas por fuertes columnas; en el valle y protegidas por tiradores desde las alturas vecinas. Estas posiciones pueden ser rodeadas bien de frente, por grupos; de tiradores que se infiltran por las pendientes del valle y: flanquean así a los tiradores del enemigo, o por tropas que siguen las cumbres, si ello es posible, o por un valle paralelo. Esta maniobra permite a los atacantes aprovechar algún acceso; para acometer los flancos o la retaguardia de la posición defensiva. En todos estos casos, las tropas que realizan el movimiento envolvente tiene la ventaja de *dominar la situación;* ocupan los lugares de mayor altura y están situadas sobre el valle ocupado por su enemigo. Pueden arrojar sobre éste rocas y árboles, pues actualmente columna alguna piensa en ocupar un desfiladero antes de limpiar las cuestas. Lo que anteriormente fue una circunstancia favorable para la defensa, se convierte ahora en una ventaja para el enemigo. Otro inconveniente, para los defensores es el hecho de que para ellos son de poca utilidad en una región montañosa, las armas de fuego, su principal apoyo. La artillería es inútil, o, si entra en acción, se la pierde generalmente en una retirada. Con respecto a la llamada artillería *x* de montaña, morteros livianos trasportados a lomo de muía, la experiencia, como la de los franceses en Argelia, prueba que son poco útiles. Por lo demás, los defensores no pueden usar sus fusiles como en otras partes, puesto que el enemigo, a que encuentra resguardo en cualquier punto del terreno, aprovecha la falta de un campo sin protección que debe atravesar inevitablemente en el ataque. Desde el punto de vista táctico y estratégico, nos declaramos partidarios de las conclusiones del archiduque Carlos de Austria, uno de los mejores generales de la guerra de montaña y uno de los teóricos clásicos en la materia, a saber: que en la guerra de este tipo la ofensiva tiene enormes ventajas sobre la defensa.

¿Es pues enteramente inútil defender un país montañoso? Por supuesto que no. La única conclusión es la de que la defensa nunca debe ser pasiva, que tiene que extraer su fuerza de la movilidad y pasar a la ofensiva en cuanto se presente la oportunidad. En las regiones alpinas son casi imposibles los combates serios; la guerra es una cadena ininterrumpida de pequeñas refriegas, de esfuerzos por parte de los atacantes, de abrir aquí o allá una cuña en el dispositivo del enemigo y seguir presionándolos. Los dos ejércitos tienen que dispersarse necesariamente; los dos están, a cada paso, expuestos a un golpe afortunado del enemigo; los dos deben prepararse para una serie de casualidades. La única ventaja que puede tener el ejército que se defiende consiste en descubrir las debilidades del enemigo e irrumpir entre sus columnas dispersas. Si la defensa es puramente pasiva y se apoya en posiciones defensivas fuertes, ésta puede convertirse en una trampa aniquiladora para el enemigo, a la cual se le puede atraer para un ataque frontal.[*] Simultáneamente, los defensores tienen que esforzarse en detener las columnas envolventes de los invasores, cada una de las cuales también puede ser envuelta a su vez y colocada en la misma situación desesperada que había preparado para los defensores. Pero parece evidente que tal defensa activa exige generales enérgicos, experimentados y, capaces, además de tropas muy móviles y disciplinadas, y ante todo jefes muy hábiles y seguros en las brigadas, batallones e inclusive compañías, pues en este caso todo depende de las acciones rápidas y prudentes de las diferentes unidades.

Existe otra forma de la guerra defensiva de montaña que logró renombre últimamente: la de sublevación nacional y la guerrilla que exige necesariamente, por lo menos en Europa, una región montañosa. Tenemos cuatro ejemplos: la insurrección tirolesa, la guerrilla de los españoles contra Napoleón[36], la sublevación de los vascos carlistas y la guerra de las tribus caucásicas contra Rusia.[37] Aunque los invasores tuvieron que hacer frente a muchas dificultades, ninguna de estas guerras, por sí misma, dio resultados positivos. La peligrosidad de la insurrección tirolesa se mantuvo sólo mientras, en 1809, fue apoyada por la lucha de las tropas austríacas regulares. Las guerrillas españolas, que tenían la gran ventaja de actuar en un país extenso, pudieron resistir durante tanto tiempo debido a que el ejército anglo-portugués siempre atrajo los esfuerzos principales de los franceses. La duración prolongada de la guerra carlista se explica por el estado de depresión en que se encontraba entonces el ejército regular español, y por las continuas negociaciones entre los carlistas y los generales de la reina Cristina. Por lo tanto esta guerra no puede ser considerada como un ejemplo válido en general. Con respecto a la guerra de los caucásicos, su éxito relativo puede atribuirse a la táctica ofensiva de éstos, los más valientes de todos los montañeses, que preponderantemente aplicaron en la defensa de su país. Dondequiera los rusos —como los ingleses, se adaptan me-

[*] Literalmente "agarrar al toro por las astas" ("*taking the bull by the horns*"). (*Ed.*)

nos que todas las otras tropas a la guerra en la montaña— atacaron a los caucásicos, éstos fueron generalmente derrotados, sus aldeas destruidas y sus sendas de montaña aseguradas por fortines rusos. La fuerza de los caucásicos consistía en las salidas permanentes de las alturas hacia las planicies, en asaltos a lugares fortificados o vanguardias, en incursiones rápidas por la retaguardia de las líneas rusas avanzadas, en emboscadas a las columnas rusas en marcha. En resumen, fueron más móviles y ligeros que los rusos, y aprovecharon esta ventaja. En todos estos ejemplos, aun en insurrecciones temporariamente victoriosas de los montañeses, el éxito se debió siempre a acciones ofensivas. Los ejemplos difieren mucho de las insurrecciones suizas de 1798 y 1799. En ellas los insurgentes ocuparon aparentemente fuertes posiciones defensivas para esperar a los franceses, pero sufrieron derrotas decisivas frente a los invasores.

Escrito por F. Engels en inglés en enero de 1857.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune*
el 27 de enero de 1857.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo XI, p. I.

NOTAS

[32] Se refiere al conflicto entre Prusia y la república de Suiza por el cantón de Neuchâtel (o Neuenburg) a fines de 1856 y comienzas de 1857. Ya a principios del siglo XVIII, los Hohenzollem de Prusia habían logrado, mediante intrigas, ser proclamados príncipes de Neuchâtel. Pero en 1815 ese principado pasó a formar parte de la Federación suiza con derechos de cantón independiente, y en 1848 se implantó en él la constitución republicana. En setiembre de 1856 los elementos monárquicos, apoyados por el rey prusiano Federico Guillermo IV, trataron de dar un golpe de Estado en Neuchâtel. Cuando fueron arrestados por los poderes republicados surgió la amenaza de una invasión por parte de Prusia, que ya había iniciado los aprestos bélicos. El 16 de enero de 1857, el gobierno suizo puso en libertad a los conspiradores monárquicos, pero sólo en mayo de 1857 se llegó a una solución definitiva del conflicto, con la mediación de Napoleón III. Federico Guillermo IV tuvo que renunciar a sus pretensiones dinásticas sobre Neuchâtel.

[33] *Las* batallas enumeradas corresponden al período de las victoriosas guerras de liberación del pueblo suizo contra los feudales austríacos (siglo xvi) y el ducado de Borgoña (segunda mitad del siglo xv). En la batalla de ***Morgarten*** (15 de noviembre de 1315) la infantería suiza, compuesta por campesinos libres, derrotó totalmente a la tropa de caballeros del duque austríaco Leopoldo de Habsburgo, interceptándoles el camino en un trecho paso junto al monte Borganten y atacándolos por los flancos. Fue la primera victoria decisiva de

los suizos, alzados contra el poder de los Habsburgo. El 9 de junio de 1386, en Sempach (cantón suizo de Lucerna), derrotaron a los caballeros austríacos a pie y los hicieron batir en retirada. En Grandson (cantón de Vaud), el 2 de marzo de 1476, los infantes suizos, armados con picas largas y alabardas, rechazaron a los caballeros montados de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, quien trató de conquistar las tierras de la Federación suiza. El 22 de junio de 1476, volvieron a infligir una derrota a las tropas de Carlos el Temerario en *Morat* (ciudad en. el cantón de Friburgo). Estas victorias minaron el poderío del ducado de Borgoña y condujeron a su desintegración total en 1477, bajo la embestida de las fuerzas francesas, suizas, lorenesas y alemanas.

[34] *La* célebre marcha del ejército ruso a través de Suiza, al mando de A. Suvórov, fue un ejemplo de valentía y heroísmo de sus soldados, expresión del brillante arte militar del gran general ruso. Después de la triunfante campaña de la primavera y el verano de 1799 en el norte de Italia, durante la cual las tropas rusas al mando de Suvórov limpiaron de franceses esa región, el ejército fue enviado a Suiza a instancias del gobierno austríaco que, preocupado por los rotundos éxitos de su aliada Rusia, confiaba íntimamente en que allí serían derrotados. La finalidad de esa marcha era reunirse con el cuerpo ruso de Rimski-Kórsakov, al que los austríacos habían abandonado en Suiza a un incierto destino. Después de haber pasado entre heroicos combates por San Gotardo y de haberse abierto paso desde el lago de Lucerna hasta el valle de Muttenz, a través de los picos de Rothstock, el ejército de Suvórov quedó sin cañones ni obuses, cercado por un enemigo cuatro veces superior en número, que poco tiempo atrás había derrotado al cuerpo de Kórsakov. No obstante, gracias al extraordinario heroísmo de las tropas rusas y a las hábiles maniobras de Suvórov, los franceses fueron rechazados, y el ejército ruso, después de hacer otro cruce brillante a través del desfiladero de Panixer, salió de Suiza, al valle del alto Rin. En esos momentos se anuló el pacto militar con Austria y las tropas de Suvórov regresaron a su patria.

Engels asignó extraordinario valor a esa marcha de las tropas rusas, ejemplo clásico de operaciones militares en ton teatro de guerra de montaña. En su obra *El Po y el Rin* (1859), escribió lo siguiente sobre esa marcha de 1799: "En setiembre del mismo año siguió la marcha de Suvórov, en la que, según una elocuente y ruda expresión de ese viejo soldado, 'la bayoneta rusa se abrió paso a través de los Alpes'. Envió mayor parte de su artillería a través de Spliigen, despachó una columna de rodeo por el valle Bienio, hacia Lukmanier (paso transitable a 5.948 pies de altura) y desde allí, por el monte Thun (cerca de 6.500 pies) al valle del alto Reuss; al tiempo que él pasaba por San Gotardo por un camino de ruedas apenas transitable entonces (altura: 6.594 pies). Del 24 al 26 de setiembre tomó por asalto los parapetos cercanos al puente del Diablo; pero al llegar a Altdorf se vio ante un lago y rodeado por lo franceses; no le quedó otra alternativa que ascender por el valle de Schächern y cruzar el

paso Kinzig hasta el valle del río Muota. Ya en ese lugar, y después de haber dejado su artillería y los convoyes en el valle del Reuss, volvió a ver frente a sí a fuerzas francesas superiores, en tanto que Lecourbe seguía pisándole los talones. Entonces Suvórov cruzó por Pragel al valle del río Klón, para llegar por ese camino a la llanura del Rin. En el desfiladero de Náfels volvió a chocar con la inquebrantable resistencia del enemigo, por lo que su única salida para llegar al valle del alto Rin y restablecer sus comunicaciones con Spliigen era el paso de Panixer, a 8.000 pies de altura. La marcha comenzó el 6 de octubre, y el 10 su cuartel general ya se encontraba en Ilanz. Esta marcha fue el más notable de todos los cruces contemporáneos por los Alpes". (C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XI, parte II, pág. 13, ed. rusa).

[35] *En* la campaña de 1796-1797 el general Bonaparte, a la cabeza del ejército destinado a invadir el norte de Italia, infligió una derrota decisiva a las tropas aliadas austríacas y piamontesas (de Cerdeña). En abril de 1796, las tropas de Bonaparte asestaron varios golpes a los austríacos y luego, ya diezmado el ejército piamontés, obligaron al rey de Cerdeña a concertar un armisticio. Después de ello, Bonaparte lanzó todas sus fuerzas contra los austríacos. En mayo de 1796, los franceses ocuparon Milán y obligaron a los austríacos a replegarse de Lombardía. El curso posterior de la guerra, durante el otoño de 1796 y la primavera de 1797, hizo que los austríacos perdieran otras batallas y entregaran una de las mejores fortificaciones, la de Mantua, en tanto que los ejércitos de Bonaparte avanzaban hacia Viena a través de los Alpes Julianos. El gobierno austríaco hubo de comenzar las negociaciones de paz y firmar la paz de Campo Formio, impuesta por Bonaparte. Las victorias de los ejércitos de Bonaparte en Italia impulsaron al gobierno burgués de Francia (el Directorio) a enviarlo en 1798 al frente de una expedición para conquistar Egipto. Pero en el otoño de 1798 se concretó una nueva coalición contra Francia, integrada por Inglaterra, Austria, Rusia y otros Estados. La derrota que las tropas de Suvórov infligieron a los ejércitos franceses en el norte de Italia invalidó todas las victorias de Bonaparte en la campaña de 1796-1797. Éste abandonó a su ejército en Egipto y volvió a Francia. La tensa situación interna y exterior les resultó propicia a él y sus cómplices para dar un golpe de Estado que derribó al Directorio. En su condición de Primer Cónsul inició más tarde una nueva campaña contra los austríacos en el norte de Italia (véase nota 26).

[36] Se trata de la insurrección de los campesinos tiroleses, encabezados por Andreas Hofer, y de la guerra de liberación contra las tropas napoleónicas en 1809, así como la lucha de guerrillas del pueblo español contra los ocupantes franceses en 1808-1813 (véase nota 25), cuyo foco principal fueron las regiones montañosas de los Pirineos. La guerra en el Tirol —región arrebatada a Austria, en 1805, por Napoleón, quien la anexionó a Baviera, vasalla suya— culminó en agosto-octubre de 1809 con la victoria de los insurrectos, pero la derrota de los austríacos en la guerra austro-francesa de 1809 obligó a la coro-

na austríaca a reconocer nuevamente el protectorado francés sobre el Tirol. Los intentos de Hofer de organizar una nueva rebelión fracasaron. Cayó prisionero y fue fusilado. Tirol fue devuelto a Austria en 1814, después de la caída de Napoleón.

[37] La sublevación carlista de España fue iniciada en 1833 por elementos absolutistas reaccionarios del clero católico, terratenientes y oficiales del ejército, agrupados en torno de don Carlos, pretendiente al trono de España. Los carlistas trataron de derrocar a la regente Mana Cristina, quien gobernaba en nombre de su bija, la reina Isabel, menor de edad, y de derogar las reformas realizadas en interés de la burguesía y los terratenientes liberales. Se apoyaban en los elementos feudales de las regiones económicamente atrasadas de España, en especial de las localidades montañosas de las provincias, en especial de las localidades montañosas de las provincias Vascongadas y de Navarra. En 1839, una parte importante de los carlistas capituló, y en 1840 su sublevación fue totalmente liquidada.

A fines de la década del 20 del siglo xix, los partidarios del muridismo, la más fanática y belicosa de las corrientes reaccionarias del islam, desencadenaron la guerra de los montañeses del Cáucaso del norte contra la Rusia zarista. Con el apoyo del clero musulmán y de una parte de la nobleza feudal local, los muridas aprovecharon el descontento de los montañeses por la política colonial del zarismo y lograron reunir poderosas fuerzas contra las tropas de éste. En la década del 30 crearon en Daguestán y en Chechna su organización estatal-militar encabezada por Shamil, y apoyaron activamente a Turquía y a Inglaterra, que ansiaban separar el Cáucaso de Rusia. La lucha contra Shamil, fortificado en las ciudadelas montañesas, implicaba grandes dificultades y se prolongó durante varios decenios. Pero en el curso de esa contienda las tropas rusas dieron ejemplo de operaciones exitosas en las montañas (la mención que hace Engels más abajo acerca de que las tropas rusas no estaban adaptadas para combatir en las montañas se basa en fuentes inexactas). Derrotaron repetidas veces a las fuerzas de Shamil; en 1839 ocuparon su principal fortificación en Ajulgo y frustraron todos sus intentos de invadir Chechna y Daguestán y otras regiones del Cáucaso, en particular Georgia (durante la guerra de Crimea). Finalizada la guerra de Crimea, las tropas rusas comenzaron a infligir una derrota tras otra a las de Shamil, y en agosto de 1859 se apoderaron de su último refugio, la fortificación de Gunib. La derrota de Shamil contribuyó a que la población montañesa se apartara de él.

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición**.** Buenos Aires, 1974

LA GUERRA ITALIANA DE 1859. LA CAMPAÑA DE GARIBALDI EN SICILIA Y EL SUR DE ITALIA (1860)

GARIBALDI EN SICILIA

Después de una sucesión de las noticias más contradictorias, por fin hemos recibido informaciones al parecer bastante fidedignas sobre los detalles de la admirable campaña de Garibaldi desde Marsala hasta Palermo.[38] Es ésta, en realidad, una de las proezas militares más asombrosas de nuestro siglo y habría resultado casi inexplicable si el prestigio del general revolucionario no hubiese precedido a su marcha triunfal. El éxito de Garibaldi demuestra que las tropas realistas de Nápoles aún sienten terror ante el hombre que levantó en alto la bandera de la revolución italiana frente a los batallones franceses, napolitanos y austríacos, y que el pueblo siciliano no perdió la confianza en él ni en la causa de la emancipación nacional.

El 6 de mayo los navíos partieron de la costa genovesa, con unos 1.400 hombres armados a bordo, divididos en siete compañías, cada una de las cuales, evidentemente, debía ser núcleo del batallón reclutado entre los insurgentes. El día 8 desembarcaron en Talamona, sobre la costa toscana, y con diversos argumentos convencieron al comandante de la fortaleza de esa ciudad para que los proveyese de carbón, municiones y cuatro cañones de campaña. El 10 entraron en el puerto de Marsala, situado en el extremo occidental de Sicilia, y desembarcaron allí con toda su artillería, a pesar de la llegada de dos navíos de guerra napolitanos, que en el momento necesario resultaron impotentes para impedir el desembarco; la historia sobre la intervención británica en favor de los insurgentes no tuvo el menor fundamento, y la rechazan ahora inclusive los propios napolitanos. El 12, este pequeño destacamento llegó a Salemi, situada a 18 millas de la costa, en el camino a Palermo. Allí, al parecer, los jefes del partido revolucionario se encontraron con Garibaldi, conferenciaron con él y concentraron 4.000 hombres. Mientras ellos se organizaban, la sublevación, reprimida, pero no aniquilada, unas semanas antes, volvió a estallar en todas las comarcas montañosas de Sicilia, y no sin éxito, como resultó evidente el día 16. El 15 de mayo, Garibaldi, con sus 1.400 voluntarios organizados y 4.000 campesinos armados, avanzó por las montañas hacia el norte, en dirección a Calatafimi, donde el camino vecinal que parte de Marsala se une con la gran carretera extendida de Trapani a Marsala. Los desfiladeros montañosos que se prolongaba desde Calatafimi a través de los contrafuertes del majestuo-

so Monte Cerraro, llamado Monte di Pianto Romano, estaban defendidos por tres batallones de tropas realistas, con caballería y artillería, al mando del general Landi. Garibaldi atacó en seguida esta posición que al principio fue tenazmente defendida; pero aunque durante el ataque sólo pudo lanzar sus voluntarios y una parte muy reducida de los insurgentes sicilianos contra 3.000 ó 3.500 napolitanos, los realistas fueron desalojados con éxito de cinco posiciones fortificadas, después de perder un cañón de campaña y gran número de muertos y heridos. Las bajas de los garibaldinos, según sus propias manifestaciones, alcanzan a 18 muertos y 218 heridos. Los napolitanos aseguran que durante el encuentro tomaron una de las banderas garibaldinas, pero como a bordo de unos de los navíos abandonados en Marsala encontraron una bandera, es muy probable que la hayan exhibido en Nápoles comprueba de su pretendida victoria. Sin embargo, la derrota de Calatafimi no obligó a las tropas realistas a abandonar la ciudad esa misma noche. Sólo salieron de ella a la mañana siguiente, después de lo cual no opusieron resistencia alguna a Garibaldi hasta llegar a Palermo. Es cierto que llegaron a esta ciudad en la más completa dispersión y desorden. El hecho de haber sido vencidos por "piratas" y una "canalla armada" les recordó en seguida la terrible imagen del Garibaldi qué mientras defendía a Roma de los franceses halló tiempo, sin embargo, para avanzar hacia Velezzia y rechazar hacia la derecha a la vanguardia de todo el ejército napolitano[39] y que después de esto venció en las pendiente de los Alpes a guerreros que superaban notablemente en firmeza a los soldados napolitanos. La presurosa retirada, en la que no hubo la menor tentativa de ofrecer aunque sólo fuese una pequeña resistencia, acentuó más aún su desesperación y sus deseos de desertar, que inclusive ya se habían manifestado antes; y cuando de pronto se vieron en el centro mismo de la insurrección preparada en Salemi, que dificultaba sus operaciones, desapareció toda su cohesión; trasformada en desordenado tropel y presa de la confusión la brigada de Landi se redujo extraordinariamente y regresó a Palermo con algunos pequeños destacamentos que marcharon uno tras otro.

Garibaldi entró en Calatafimi el mismo día que la abandonó Landi, o sea el 16; el 17 avanzo hasta Alcamo (10 millas); el 18, hasta Partenico (10 millas) y desde este último punto se dirigió a Palermo. El 19, un continuo aguacero le impidió seguir avanzando.

Mientras tanto, Garibaldi se enteró de que los napolitanos estaban cavando trincheras en torno de Palermo y fortificaban los viejos y semidestruidos baluartes de la ciudad del lado del camino a Partenico. Su número llegaba por lo menos a 22.000 hombres, y por consiguiente era muy superior a las fuerzas que él podía lanzar contra ellos. Pero los napolitanos estaban moralmente aplastados; su disciplina se había debilitado; muchos comenzaban a pensar que debían pasarse a los insurgentes; además, sus generales eran torpes, y esto lo sabían tanto sus propios soldados como el enemigo. Los únicos destacamentos

dignos de confianza con que contaban eran dos batallones extranjeros. En tal situación, Garibaldi no podía arriesgarse a un ataque frontal contra la ciudad, pero tampoco los napolitanos estaban en condiciones de emprender acciones ofensivas contra él, aunque sus tropas fuesen aptas para ello, puesto que deberían dejar una fuerte guarnición en la ciudad y nunca podrían alejarse demasiado de ésta. Si en lugar de Garibaldi hubiese estado allí algún general mediocre, tal situación habría dado lugar a una serie de encuentros incoherentes e indecisos, durante los cuales aquél hubiera podido instruir a parte de sus reclutas en el arte militar, pero las fuerzas realistas, en cambio, hubieran recuperado rápidamente la fe perdida en cuanto a sus propias fuerzas y disciplina, ya que en algunos de los encuentros por fuerza resultarían vencedores. Pero ese modo de obrar no era adecuado tratándose de la insurrección y de / Garibaldi. Una ofensiva valerosa era la única táctica que admitía la revolución; en cuanto los insurgentes llegaron a la ciudad misma se hizo necesario lograr un triunfo pasmoso, al estilo de la liberación de Palermo.

¿Pero cómo lograrlo? Garibaldi se manifestó entonces como brillante general, apto no sólo para la pequeña guerra de guerrillas, sino también para operaciones más importantes.

El 20 de mayo y los días siguientes Garibaldi atacó los puestos de observación y posiciones de los napolitanos en las proximidades de Monreales y Parco, junto a los caminos que se extienden de Palermo a Trapani y Gorleone, y esto hizo pensar al enemigo que la ofensiva garibaldina se orientaba fundamentalmente contra el sector sudoeste de la ciudad y que allí estaban concentradas sus principales fuerzas. Mediante una hábil combinación de ofensivas y fingidas retiradas, Garibaldi obligó al general napolitano a enviar, desde la ciudad, una cantidad cada vez mayor de fuerzas a dicha dirección, de modo que el día 24, alrededor de 10.000 piamonteses estaban fuera de la ciudad, en dirección a Parco. Esto era lo que Garibaldi necesitaba. Parte de sus fuerzas se trabó en combate inmediatamente con aquéllos, retrocediendo en forma paulatina, atrayéndolos cada vez más lejos de la ciudad, y cuando los hubo alejado hasta Piaña, a través de la principal cordillera que corta Sicilia y separa Conca de Aro (la "Cuenca de Oro", valle de Palermo) del valle de Corleone, desplazó la parte principal de sus fuerzas por otro sector de la misma cordillera, hacia el valle de Misilmeri que sale al mar cerca de Palermo. El día 25 trasladó su cuartel general a Misilmeri, a ocho millas de la capital. No sabemos qué hizo con los 10.000 hombres que quedaron perdidos en el único y pésimo camino que corta la montaña, pero podemos aseverar que distrajo su atención con más victorias fingidas, como para estar seguro de que no volverían demasiado pronto a Palermo. Reducido así casi a la mitad el número de defensores de la ciudad, y desplazada la línea de la ofensiva desde el camino de Trapani hasta el de Gatania, podía pasar ya al ataque general. Los despachos contradictorios

que hemos recibido no nos permiten establecer si la sublevación en la ciudad precedió al ataque de Garibaldi o si fue provocada por la proximidad de sus destacamentos, pero lo cierto es que la mañana del 27 todo Palermo empuñó las armas, mientras Garibaldi atacaba las puertas de Termini del lado sudeste de la ciudad, donde ningún napolitano lo esperaba. Lo demás es conocido: la ciudad fue limpiada gradualmente de tropas, con excepción de las baterías, la ciudadela y el palacio real; luego siguieron el bombardeo, la tregua, la capitulación. Carecemos aun de detalles precisos sobre estos acontecimientos, pero los hechos principales ya son bastante bien conocidos.

Por ahora debemos afirmar que las maniobras con las cuales Garibaldi preparó el ataque a Palermo lo destacan en seguida como un magnífico general. Hasta ahora sólo lo conocíamos como un hábil y afortunado jefe guerrillero; inclusive durante el sitio de Roma, su modo de defender la ciudad mediante escaramuzas constantes casi no le dio ocasión propicia para elevarse por encima de ese nivel. Pero aquí debía emprender grandes operaciones estratégicas, y salió de esta prueba con el reconocimiento de maestro en su oficio. El modo en que logró engañar al comandante en jefe de las tropas napolitanas, quien envió la mitad de sus destacamentos a gran distancia de la ciudad, su rápida marcha de flanco y su reaparición ante Palermo, en el lugar donde menos lo esperaban, el enérgico ataque que emprendió cuando la guarnición estaba debilitada, son operaciones en las que el genio militar se muestra de modo mucho más evidente que en todo lo ocurrido durante la guerra italiana de 1859. La sublevación siciliana encontró en él a un jefe de primera categoría; confiemos en que el Garibaldi político, que pronto deberá aparecer en escena, no empañe la gloria del Garibaldi general.

Escrito por F. Engels en inglés, a comienzos de junio de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune*, el 22 de junio de 1860.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

EL MOVIMIENTO GARIBALDINO

En Italia meridional las cosas se acercan a su desenlace. Si se cree a los periódicos franceses y sardos, 1.600 garibaldinos han desembarcado en las costas de Calabria, y se espera de un momento a otro la llegada del propio Garibaldi. Pero inclusive si estas noticias son prematuras, no se puede dudar de que antes de mediados de agosto Garibaldi trasladará el teatro de la guerra a la península italiana.

Para juzgar con claridad el movimiento de los napolitanos debemos tener presente que en su ejército actúan dos corrientes ocultas y opuestas: el partido liberal moderado, que oficialmente tiene el poder y está representado por el ministerio, y la camarilla absolutista, con la que está vinculada la mayoría de los principales jefes del ejército. Las órdenes del ministerio son paralizadas por las órdenes secretas de la corte y las intrigas de los generales. De ahí que haya contradicciones, tanto en los movimientos como en los informes. Hoy nos dicen que todas las tropas realistas deben abandonar Sicilia, y mañana los vemos ocupados en preparar una nueva base de operaciones en Melazzo. Tal es el estado de cosas en todas las revoluciones a medias; el año 1848 presenta numerosos ejemplos análogos en toda Europa.

Al mismo tiempo que el ministerio italiano proponía evacuar la isla, Bosco —quien, como resulta evidente, es el único, hombre decidido en esta colección de viejas con charreteras— comenzó a trasformar tranquilamente el ángulo nordeste de la isla en una base fortificada, desde la cual se podría reiniciar la conquista de aquélla, y a tal fin se dirigió a Melazzo con un destacamento seleccionado de los mejores soldados que pudo hallar en Messina. Allí tropezó con una brigada de los garibaldinos al mando de Medici. Pero éste no se atrevió a lanzar un ataque serio de los garibaldinos, mientras no se llamó al propio Garibaldi, quien acudió con refuerzos. Entonces el jefe de los insurgentes atacó a las tropas realistas, y en un porfiado combate, que duró más de doce horas, las derrotó por completo. Las fuerzas de ambos contendientes eran casi iguales, pero los napolitanos ocupaban una posición muy fuerte. Sin embargo, ni la posición ni los soldados pudieron resistir la impetuosa embestida de los insurgentes, que persiguieron a los napolitanos directamente por la ciudad hacia la ciudadela. Allí no les quedaba más que rendirse, y Garibaldi les dio autorización para subir a un navío, pero sin armamento. Después de esta victoria, Garibaldi se dirigió a Messina, donde el general napolitano aceptó entregar las fortificaciones externas de la ciudad, con la condición de que no lo atacaran en la ciudadela. La ciudadela de Messina puede alojar en total algunos millares de hombres y nunca será un obstáculo serio para una ofensiva posterior de Garibaldi; por eso procedió con absoluta corrección y evitó a la ciudad el bombardeo que hubiera sido la consecuencia inevitable del ataque. De todos modos, esa serie de capitulaciones, como la de Palermo, Melazzo y Messina, debía minar la confianza de las tropas realistas en sí. mismas y en sus jefes, con un efecto mayor que una cantidad doblemente mayor de victorias. Para los napolitanos, capitular ante Garibaldi se convirtió en una cuestión corriente y natural.

Desde ese momento el dictador siciliano tuvo la posibilidad de pensar en un desembarco en el continente. Los navíos de vapor con que contaba eran aún insuficientes, al parecer, para asegurar el éxito del desembarco más al norte, a unas seis u ocho jornadas de Nápoles, aunque fuera en el golfo de Policastro. Evidentemente, resolvió cruzar el estrecho en el sitio más angosto, o sea en el

extremo nordeste de la isla, al norte de Messina. En este punto, según se afirma, concentró alrededor de 1.000 navíos, que probablemente eran en su mayoría falúas pesqueras y de cabotaje —tipo corriente de embarcaciones en estas costas—, y si se confirman las noticias sobre el desembarco de 1.500 hombres al mando de Seoccio, debe suponerse que éstos constituyen su vanguardia. Ese lugar no es el más adecuado para marchar sobre Nápoles, porque es la parte de la península más alejada de la capital; pero si los barcos de Garibaldi no pueden trasladar en seguida unos diez mil hombres, no tiene otro lugar para elegir, y en este punto al menos cuenta con la ventaja de que los calabreses se le unirían en forma inmediata. No obstante, si logra embarcar en sus naves diez mil hombres y puede confiar en la neutralidad de la flota realista (parece ser que ésta resolvió no luchar contra los italianos), es posible que el desembarco de un reducido destacamento en Calabria no sea más que una demostración, y que se proponga dirigirse él mismo con sus fuerzas principales hacia el golfo de Policastro o inclusive al de Salemo.

Las fuerzas con que cuenta ahora Garibaldi constan de cinco brigadas de infantería regular, con cuatro batallones cada una, diez batallones de tiradores del Etna, dos de tiradores alpinos, que constituyen el destacamento seleccionado de sus tropas, un batallón extranjero (ahora italiano) bajo el mando de un inglés, el coronel Denn, uno de zapadores, un regimiento y un escuadrón de caballería y cuatro divisiones de artillería de campaña; en total 34 batallones, cuatro escuadrones y 32 cañones, con un total de 25.000 hombres, de los cuales más de la mitad son del norte de Italia y los demás nativos de otras regiones de la península. Casi todas estas fuerzas podrían utilizarse para la ofensiva contra Nápoles, puesto que las nuevas clases, que ahora se están instruyendo, pronto serán suficientes para vigilar la ciudadela de Messina y para defender Palermo y otras ciudades ante la posibilidad de que sean atacadas. Sin embargo, si se compara su número con las tropas que los napolitanos tienen en el papel, sus efectivos resultan muy reducidos.

El ejército napolitano consta de tres regimientos de guardia, quince de línea, cuatro regimientos extranjeros, de dos batallones cada uno, o sea 44 batallones en total; de trece batallones de tiradores, nueve regimientos de caballería y dos de artillería, un total de 57 batallones y 45 escuadrones en formación de tiempo de paz. Si se incluyen 9.000 gendarmes, también perfectamente organizados desde el punto de vista militar, este ejército alcanza, en su formación de tiempo de paz, a 90.000 hombres. Sin embargo, durante estos dos últimos años fue convertido en una perfecta organización de combate; en los regimientos se constituyó un tercer batallón, los escuadrones de reserva fueron trasladados al servicio activo, las guarniciones fueron completadas perfectamente, y en la actualidad este ejército alcanza en el papel a más de 150.000 hombres.

¡Pero qué clase de ejército es! A simple vista, según el criterio del pedante, es excelente, pero no tiene vida, inspiración, patriotismo, ni sentimiento del deber. Carece de tradición militar nacional. Sólo siguiendo a Napoleón fue alguna vez partícipe de victorias. No es un ejército nacional. Es un ejército puramente imperial. Fue reclutado y organizado con la especial y exclusiva finalidad de mantener sometido al pueblo. Pero, evidentemente, ni para eso sirve; incluye una masa de elementos antirrealistas que ahora se manifiestan en todas partes. En particular, los cabos y sargentos son casi todos liberales. Regimientos enteros gritan *¡Viva Garibaldi!* No hay ejército en el mundo que haya sufrido derrotas como las de éste, desde Calatafimi hasta Palermo; y si los extranjeros y algunas tropas napolitanas combatieron bien en Melazzo, hay que recordar que estos destacamentos seleccionados sólo constituyen una insignificante minoría del ejército.

Por consiguiente, no puede haber duda de que si Garibaldi desembarca con fuerzas suficientes como para obtener algunos éxito de la península, ninguna concentración masiva de los napolitanos le podrá hacer frente con probabilidades de triunfo; y quizá, en un futuro próximo, nos enteremos de que prosigue su marcha triunfal de Sicilia a Nápoles al frente de 15.000 hombres, contra un enemigo diez veces más fuerte.

Escrito por F. Engels en inglés, el 8 de agosto de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune*, el 23 de agosto de 1860.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

EL AVANCE DE GARIBALDI

A medida que se suceden los acontecimientos nos resulta posible comprender el plan que elaboró Garibaldi para la emancipación del sur de Italia; y cuantos más detalles conocernos de él, más admiramos su grandiosidad. Semejante plan solo podía ser concebido y llevado a la práctica en un país como Italia, donde el partido nacional está tan magníficamente organizado y se encuentra en su totalidad bajo la dirección de un hombre que desenvainó con tan brillante éxito su espada por la causa de la unidad y la independencia italianas.

El plan no se limita a la emancipación del reino italiano; al mismo tiempo debe comenzar la ofensiva contra el Estado Pontificio, a fin de dar trabajo de este modo no sólo a las tropas del "rey-Bomba"[*], sino también al ejército de Lamoriciére y a los franceses que se encuentran en Roma. Alrededor del 15 de

[*] El rey napolitano Femando II. (*Ed.*)

agosto, 6.000 voluntarios que habían sido gradualmente desplazados de Génova al golfo degli Arinei, sobre la costa sudeste de la isla de Cerdeña, debían ser trasladados a la costa del territorio papal, mientras que en distintas provincias de la parte continental del reino italiano comenzaría la insurrección, y Garibaldi cruzaba el estrecho de Messina en dirección a Calabria. Algunas observaciones sobre la cobardía de los napolitanos hechas por Garibaldi y las noticias recibidas con el último vapor sobre su entrada triunfal en Nápoles permiten considerar probable que la sublevación en las calles de esta ciudad que, por otra parte, no era necesaria, dada la fuga del rey, fue un aspecto del plan general.

El desembarco en el territorio papal, como ya se sabe, no se realizó, en parte a consecuencia de las instancias de Víctor Manuel; en parte también, y principalmente, porque el mismo Garibaldi se convenció que los voluntarios no eran capaces de llevar a cabo una campaña independiente. Por eso los reclutó en Sicilia, dejó parte de ellos en Palermo, y envió a los demás rodeando la isla, en dos embarcaciones, hacia Taormina, donde ahora se encuentran. Entretanto, en las ciudades provinciales de Nápoles, tal como se había resuelto de antemano, se iniciaron insurrecciones que demostraron con qué perfección estaba organizado el partido revolucionario y hasta qué punto había madurado el país para la insurrección. El 17 de agosto estalló la sublevación en la ciudad de Foggia, en Apulia. Los dragones que formaban la guarnición de la ciudad se unieron al pueblo. El general Flores, comandante del distrito, envió dos compañías del 13° regimiento, las que al llegar al lugar hicieron lo mismo. El general Flores llegó personalmente al punto mencionado, acompañado de su Estado Mayor pero nada pudo hacer y tuvo que alejarse. Su conducta indica que él mismo no quería oponer una resistencia seria al partido revolucionario. Si hubiera pensado en oponerla, no habría enviado dos compañías, sino dos batallones, y no habría llegado acompañado sólo de algunos ayudantes y ordenanzas, sino de las mayores fuerzas que hubiera podido reunir. En realidad, el solo hecho de que los insurgentes le permitieron volver a abandonar la ciudad demuestra con bastante claridad que entre él y aquéllos existía por lo menos una especie de acuerdo tácito. En la provincia de Basilicata estalló otro movimiento. Allí los sublevados reunieron sus fuerzas en Carletto-Perticara, pequeña aldea situada en la costa del río Lagna (seguramente es el mismo sitio que los telegramas denominan Corleto).

Desde este distrito montañoso y distante se dirigieron a Potenza, la principal ciudad de la provincia, adonde llegaron el 17 de agosto en número de 6.000 hombres. Sólo les opusieron resistencia los gendarmes, unos 400 hombres, que después de una breve escaramuza fueron dispersados, y se fueron rindiendo uno tras otro. En nombre de Garibaldi fue establecido un gobierno provincial y designado un dictador provisional. Se informa que este puesto fue ocupado por el intendente realista (el gobernador de la provincia), un indicio más de cuán

desesperada consideran la causa de los Borbones inclusive sus propios organismos administrativos. De Salerno fueron enviadas cuatro compañías del sexto regimiento de línea para aplastar esa sublevación, pero al llegar a Auletta, a unas 23 millas de Potenza, renunciaron a seguir avanzando al grito de "¡Viva Garibaldi!". Éstas son las únicas acciones sobre las que nos han llegado algunos detalles. Pero hemos recibido informes de que, además, se unieron a la insurrección otras localidades, como, por ejemplo, Avellino, ciudad situada a menos de 30 millas de Nápoles; Campobasso, en la provincia de Molise (sobre la costa del Adriático), y Celenza en Apulia, probablemente la que en los telegramas se denomina Cilenta y que se encuentra a mitad de camino entre Campobasso y Foggia. Actualmente también Nápoles se unió a ellos. Mientras las ciudades de la provincia de Nápoles cumplían de tal modo cada una de las tareas que les habían sido asignadas, Garibaldi no permanecía de brazos cruzados. En cuanto regresó de su viaje a Cerdeña, terminó los preparativos para pasar al continente. Su ejército constaba ahora de tres divisiones al mando de Turr, Cosenz y Medici. Las dos últimas divisiones, concentradas en tomo de Messina y Faro, fueron enviadas hacia la costa septentrional de Sicilia, entre Milazzo y Faro, para dar la impresión de que allí las embarcaban para desembarcarlas en la costa de Calabria, hacia el norte del estrecho, en ningún punto próximo a Palmi o Nicotara. En cuanto a la división que estaba al mando de Turr, la brigada de Eber acampó en torno de Messina y la de Bixio fue enviada hacia el interior de la isla, a Bronte, para reprimir los desórdenes locales. Se ordenó a las dos que se dirigieran sin demora a Taormina, donde la noche del 18 de agosto la brigada de Bixio, junto con los voluntarios trasportados desde Cerdeña había sido embarcada en dos navíos, el *Torino* y el *Franklin,* y en algunos barcos de trasporte tomados a remolque.

Unos diez días antes, el mayor Missori había cruzado con 300 hombres el estrecho y atravesado con todo éxito la línea napolitana para llegar a la alta y accidentada comarca de Aspromonte. Allí se le unieron otros pequeños destacamentos —que habían sido trasladados a intervalos por el estrecho— y los insurgentes calabreses, de modo que para entonces tenía bajo su mando unos 2.000 hombres. En cuanto desembarcó su pequeño destacamento, los napolitanos lanzaron en su persecución unos 1.800 hombres, pero estos 1.800 héroes obraron de manera que no tuvieran jamás ocasión de encontrarse con los garibaldinos.

Durante el amanecer del 19 de agosto, la expedición de Garibaldi (a bordo de la embarcación se encontraba *él mismo*) desembarcó entre Melita y el cabo de Spartivento, en el extremo meridional de Calabria.

No hallaron resistencia alguna. Los napolitanos estaban tan engañados por los movimientos demostrativos que amenazaban con un desembarco al norte del estrecho, que no prestaron la menor atención a las regiones meridionales.

De este modo, además de los 2.000 hombres reunidos por Missori, se logró trasladar al continente otros 9.000.

Al recibir estos refuerzos, Garibaldi se dirigió sin pérdida de tiempo a Reggio, que fue ocupada por cuatro compañías de tropas de línea y cuatro de tiradores. Pero es muy probable que esta guarnición hubiese recibido algunos refuerzos, porque, según se informa, en la misma Reggio o en sus alrededores se libró el 21 de agosto una batalla muy encarnizada. Después de que Garibaldi tomó por asalto algunas fortificaciones avanzadas, la artillería del fuente Reggio se negó a apoyar el fuego, y el general Víale capituló. En esta batalla fue muerto Paul de Flotte (diputado republicano por París en la asamblea legislativa de 1851).

La flotilla napolitana que se encontraba en el estrecho se distinguió por su más absoluta inacción. Cuando Garibaldi hubo realizado el desembarco, el comandante de las fuerzas marítimas telegrafió a Reggio comunicando que sus naves no podían oponer la menor resistencia, porque aquél tenía 8 grandes naves de guerra y 7 barcos de trasporte. Esta flotilla tampoco opuso resistencia alguna al traslado de la división del general Cosenz, que probablemente se produjo el 20 ó 21 de agosto, en un lugar angosto del estrecho, entre Scilla y la villa San Giovanni, en el mismo punto donde se había concentrado la mayor cantidad de barcos y tropas de los napolitanos. El desembarco de Cosenz se realizó con extraordinario éxito. Dos brigadas de Melendes y Briganti (los napolitanos llaman batallones a las brigadas) y el fuerte Pezzo (y no Pizzo como dicen algunos telegramas; este pequeño poblado se encuentra lejos hacia el norte, más allá de Monteleone) se le rindieron, al parecer sin disparar un solo tiro. Según se informa, esto ocurrió el 21; ese mismo día, después de un pequeño encuentro, fue tomada la villa San Giovanni.

Por consiguiente, Garibaldi se apoderó en tres días de toda la costa del estrecho, incluidos algunos puntos fortificados; varios fuertes que aún permanecían en poder de los napolitanos dejaron de serles útiles.

Durante estos últimos días en apariencia se produjo el traslado de las tropas y artillería restantes; por lo menos no hemos sabido de ningún combate posterior hasta el 24 de agosto, cuando, según se informa, tuvo lugar un sangriento encuentro en un punto que en los telegramas denominan Piale, pero qué no está señalado en los mapas. Es posible que este nombre designe a algún torrente de la montaña y que la garganta que este forma haya servido como posición defensiva a los napolitanos. Según rumores, el encuentro no dio resultados decisivos. Después de algún tiempo los garibaldinos propusieron el armisticio, y el comandante en jefe napolitano trasmitió esa proposición a su mando supremo en Monteleone. Pero antes de recibir respuesta, los soldados napolitanos

llegaron al parecer a la conclusión de que ya habían trabajado bastante por su rey y se dispersaron dejando las baterías sin protección.

El principal destacamento de los napolitanos, comandado por Bosco, estuvo aparentemente inactivo durante todo ese tiempo en Monteleone, a unas treinta millas del estrecho. Es posible que las tropas no manifestaran grandes deseos de combatir contra los destacamentos invasores, por lo cual el general Bosco se trasladó a Nápoles, para tomar de allí seis batallones de tiradores, que junto con los destacamentos de la guardia y los extranjeros, constituyen las tropas más seguras del ejército. Más adelante nos enteraremos si estos seis batallones se contagiaron del mismo estado de depresión y desmoralización imperante en el ejército napolitano. Lo cierto es que ni estas tropas, ni ninguna otra fuerza, pudieron impedir que Garibaldi avanzara victoriosamente, ni que según todas las posibilidades, llegara sin obstáculo alguno a Nápoles, después de lo cual resultó que la familia real había huido y las puertas de la ciudad se abrieron ante el triunfante vencedor.

Escrito por F. Engels en inglés, aproximadamente
el 1 de setiembre de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune,*
el 21 de setiembre de 1860.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XII, p. II.

GARIBALDI EN CALABRIA

Ahora tenemos informaciones detalladas sobre la conquista de la baja Calabria por Garibaldi y la completa dispersión de las tropas napolitanas a las que se había encomendado la defensa. En ese momento de su victoriosa carrera, Garibaldi se mostró no sólo como jefe valiente y hábil estratega, sino también como un general dueño de conocimientos científicos. El ataque con las fuerzas principales contra los fuertes costeros es una empresa que requiere, además de talento militar, conocimientos militares; podemos comprobar con satisfacción que nuestro héroe, que en toda su vida no rindió un solo examen militar y que difícilmente haya servido en algún ejército regular, se desempeña en esta clase de guerra tan bien como en todas las demás.

La punta de la bota italiana está formada por la cadena montañosa de Aspromonte, que termina en la cumbre de Monte Alto, de unos 4.300 pies. De allí fluyen las aguas hacia la costa por numerosas y profundas gargantas, que se abren como radios de un semicírculo, cuyo centro es Monte Alto y cuya periferia es la costa. Estas gargantas, junto con los cauces de los torrentes montañosos que las atraviesan y que se secan en esta época del año, se llaman *fiumare,*

y forman numerosas posiciones apropiadas para un ejército en retirada. Es cierto que se los puede contornear desde Monte Alto, sobre todo porque en la cresta de cada contrafuerte y en la de la cadena principal del Aspromonte hay senderos para las bestias de carga y para los caminantes; pero la absoluta falta de agua en esas alturas tornaría bastante difícil esta maniobra para un gran destacamento en la época estival. Los contrafuertes de la montaña descienden hacia la costa y luego hacia el mar, en escarpados peñascos acumulados en desorden. Las fortalezas que protegen el estrecho entre Reggio y Scilla están construidas parcialmente a lo largo de la costa, sobre rocas de poca altura, en la proximidad inmediata de aquélla. Por eso pueden ser observadas desde los peñascos más elevados que se encuentran en las cercanías y las dominan; y aunque estos puntos de comando son inaccesibles a la artillería y en su mayor parte se encuentran fuera del alcance de la vieja "morena Bess"[*], y a pesar de que durante la construcción de los fuertes no se les prestó la menor atención, con la aparición de los modernos fusiles adquirieron una importancia decisiva; en su mayor parte se encuentran dentro del alcance del fuego de éstos, y, por consiguiente, ahora dominan en realidad a las fortalezas. En tales circunstancias, la enérgica ofensiva contra estos fuertes, contraria a todas las reglas del asedio regular, sería racional desde todo punto de vista. Es evidente que Garibaldi decidió hacer lo siguiente: enviar una columna por el camino real que serpentea a lo largo de la costa y está abierto al fuego desde los fuertes, aparentando que se proponía atacar a los destacamentos napolitanos desde el frente, y lanzar otra columna que escalara las colinas por una garganta de una altura suficiente como la que podían exigir las características del lugar o la línea del frente de las posiciones defensivas napolitanas. Así tema la posibilidad de rodear tanto al fuerte como a las tropas, y de estar en una posición dominante en cualquier encuentro.

De acuerdo con este plan, el 21 de agosto Garibaldi envió a Bixio con parte de sus tropas a lo largo de la costa en dirección a Reggio, y él mismo, con un pequeño destacamento v las tropas de Missori que se le unieron, se dirigió a través de las montañas. Los napolitanos, con ocho compañías, alrededor de 1.200 hombres, ocuparon el desfiladero que está junto a Reggio. Bixio, quien debía ser el primero en iniciar el ataque, envió una columna por la costa arenosa hacia el extremo del flanco izquierdo, y él mismo se lanzó por el camino. Los napolitanos retrocedieron en seguida, pero su ala izquierda, que se encontraba en las colinas, se sostuvo frente a un puñado de fuerzas de la vanguardia de Garibaldi, hasta que llegó el destacamento de Missori y los expulsó. Retrocedieron hacia el fuerte situado en medio de la ciudad y hacia una pequeña batería de la costa. Ésta fue tomada mediante un impetuoso ataque de tres compañías de Bixio, que irrumpieron por la aspillera. Luego Bixio, que encontró en esta batería dos cañones pesados napolitanos y proyectiles, comenzó a

[*] Fusil de cañón liso. (*Ed.*)

bombardear el fuerte principal; eso no habría bastado para forzarlo a rendirse, si los hábiles tiradores de Garibaldi no hubieran ocupado alturas dominantes, desde las cuales podían observar a los artilleros de la batería y tirar contra ellas. Esto logró su efecto: los artilleros abandonaron sus plataformas y huyeron hacia las casamatas; el fuerte se rindió, algunos soldados se unieron a Garibaldi, pero la mayoría se dispersó para regresar a sus hogares. Mientras ocurrían estos acontecimientos en Reggio y la atención de los tripulantes de los navíos napolitanos estaba concentrada en esta batalla, en la destrucción de la nave *Torino,* que había encallado y en el demostrativo embarco del destacamento de Medici en Messina, Cosenz alcanzó a trasladar 1.500 hombres en 60 lanchas desde Faro-Lagore, para desembarcarlos en la costa noroeste, entre Scilla y Bagnara.

El 23 de agosto se produjo un encuentro de poca importancia en Salicio, algo más allá de Reggio, y cincuenta garibaldinos e ingleses y franceses bajo el mando del coronel De Flotte derrotaron a los napolitanos, cuatro veces superiores en número. En ese encuentro murió De Flotte. Ese mismo día el general Briganti, que comandaba en la Baja Calabria una brigada de las tropas de Víale, tuvo una conversación con Garibaldi con respecto a las condiciones de su paso al campo de los italianos; esta entrevista demostró una vez. más que entre los napolitanos la desmoralización era completa. Desde este momento ya no podían ni hablar de victoria, sino sólo de rendición. Briganti y Melendes, comandante de la segunda brigada móvil de la Baja Calabria, ocuparon posiciones a poca distancia de la costa, entre la villa San Giovanni y Scilla, y su ala izquierda se extendió hasta las colinas próximas a *Fiumare di Muro*. El número de sus fuerzas unificadas puede calcularse en 3.600 hombres.

Garibaldi, después de establecer contacto con Cosenz, quien desembarcó en la retaguardia de este destacamento, rodeó a los napolitanos por todos lados y se dispuso a esperar tranquilamente que se rindieran, hecho que se produjo en la noche del 24. Tomó sus armas y autorizó a los soldados a volver a sus hogares si así lo deseaban, cosa que hicieron en su mayoría. El fuerte Punta di Pezzo también se rindió, y siguieron su ejemplo los puestos fortificados de Alla-Fiumare-Torre del Cavallo y Scilla, porque los destacamentos que los defendían estaban absolutamente desmoralizados, tanto como consecuencia del fuego de fusilería desde las alturas dominantes, como por la rendición de los demás fuertes y de las tropas de línea. De tal manera, ‘ no sólo se aseguró el completo dominio sobre ambas márgenes del estrecho, sino que también fue conquistada toda la Baja Calabria, y en menos de cinco días los soldados enviados para defenderla fueron hechos prisioneros y autorizados a regresar a sus hogares.

Esta serie de derrotas destruyó en el ejército napolitano toda aptitud para seguir la resistencia. Los oficiales de los restantes batallones de Víale, en Mon-

teleone, decidieron defender su posición durante una hora, para guardar las apariencias, y deponer luego las armas. En las demás provincias la sublevación tuvo rápidos éxitos; regimientos enteros se negaban a luchar contra los insurgentes, e inclusive entre las tropas que defendían Nápoles comenzó la deserción, y de este modo ante el héroe de Nápoles se abrió, por fin, el camino hacia Nápoles.

Escrito por F. Engels en inglés, a comienzos de setiembre de 1860.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune*,
el 24 de setiembre de 1860.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

NOTAS

[38] La marcha de 1860 de los patriotas italianos encabezados por Garibaldi, desde Sicilia hasta el sur de Italia (marcha en que participaron también voluntarios de otros países), descrita por Engels, fue la etapa más importante en la lucha popular para unificar a Italia por vías revolucionarias. En esta campaña se revelaron con especial claridad las dotes de Garibaldi como capitán demócrata de la revolución. Sicilia, teatro de frecuentes insurrecciones campesinas y de una guerra de guerrillas ininterrumpidas contra el yugo de los Borbones napolitanos, fue elegida por Garibaldi como punto de partida para las operaciones bélicas tendientes a liberar el sur de Italia. Los garibaldinos ocuparon Sicilia en mayo de 1860, en agosto del mismo año desembarcaron en Calabria y el 7 de setiembre ya entraban en Nápoles. Mas como político Garibaldi resultó ser menos perspicaz y decidido que como general. Se dejó presionar por las intrigas de la camarilla monárquica de Piamonte (reino de Cermeña), se alió al gobierno piamontés —en aras del concepto falso en esas circunstancias, de preservar los intereses de la unificación del país—, y tanto él como otros jefes del movimiento garibaldino permitieron la anexión del sur de Italia a Piamonte, en lugar de proclamar la república. Después de ello, los liberales piamonteses se apresuraron a desarmar al heroico ejército de Garibaldi y enviar a su jefe a un honroso exilio. La monarquía de Cerdeña rechazó por las armas los posteriores intentos de Garibaldi de liberar el territorio de Roma del poder papal y de los franceses que lo ocupaban desde 1849. La unificación de Italia terminó de realizarse sólo en 1870, cuando las tropas italianas ocuparon Roma. De este modo, la camarilla de terratenientes y burgueses, que impuso a Italia un régimen monárquico encabezado por la dinastía contrarrevolucionaria de Saboya, se aprovechó del movimiento revolucionario de las masas que condujo a la unificación del país.

[39] Se refiere a las operaciones del destacamento de Garibaldi contra el ejército napolitano durante la defensa de la República de Roma en la primavera de 1849. El destacamento de voluntarios, encabezado por Garibaldi, luego de rechazar el 30 de abril el ataque de los franceses y de obligarlos a retirarse de Roma, fue enviado por el gobierno de la República contra el ejército napolitano que operaba en el sur. El 6-7 de mayo los garibaldinos derrotaron en Palestrina a la vanguardia de ese ejército, que contaba con 5.000 hombres, liquidando así la amenaza de una ofensiva contra Roma. Las tropas de Garibaldi, con audaces maniobras y ataques impetuosos en la región de Valletri, pusieron en fuga al ejército napolitano y lo rechazaron hasta la frontera. Después de esa victoria, Garibaldi fue llamado por el gobierno de la República a Roma, nuevamente amenazada por los franceses.

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición. Buenos Aires, 1974

LA GUERRA CIVIL EN EE. UU. (1861-1865)

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA NORTEAMERICANA[40]

Cuando hace algunas semanas concedimos atención al proceso de depuración, que se había convertido en una necesidad para el ejército de voluntarios norteamericanos, no estaba a nuestro alcance agotar hasta el final las valiosas enseñanzas que esta guerra proporciona permanentemente a los voluntarios del otro lado del Atlántico. Por eso pedimos que se nos permita volver a este tema.

En realidad, el modo de conducir la guerra que se desarrolla en la actualidad en Norteamérica no tiene precedentes. Desde el Missouri hasta la bahía de Chesapeake un millón de soldados, divididos casi por igual en dos campos hostiles, están enfrentados hace ya casi seis meses sin tomar ninguna medida decisiva. En el Missouri estos dos ejércitos avanzan, se retiran, combaten y vuelven a avanzar por turno y a retroceder sin resultados visibles; aun ahora, después de siete meses de marchas y contramarchas, que deben de haber devastado terriblemente al país, el curso de los acontecimientos, al parecer, está tan lejos de cualquier solución como al principio. En Kentucky, después de un prolongado período de supuesta inacción, que en realidad fue de preparación, es por lo visto inevitable que se llegue a la misma situación; en Virginia occidental se desarrollan incesantes batallas de segundo orden, sin resultado evidente, y en el Potomac, donde están concentradas las fuerzas más poderosas de ambos bandos, casi a la vista unas de las otras, ninguna hace el menor intento de iniciar la ofensiva, demostrando con ello que, como están las cosas, la victoria sería de todos modos inútil. Y hasta tanto circunstancias que no tienen relación alguna con esa situación introduzcan una seria modificación, este sistema de guerra sin resultados podría prolongarse meses enteros.

¿Cómo debemos calificar esta situación?

De una parte como de la otra, los norteamericanos cuentan casi exclusivamente con voluntarios. El pequeño núcleo del anterior ejército regular de Estados Unidos se dispersó, o es demasiado débil para absorber la enorme masa de reclutas sin instrucción, reunidos en el proceso de las operaciones militares. Ni siquiera existe el número suficiente de suboficiales para imponer a estos hombres el aspecto de soldados. En consecuencia, la instrucción tendrá que ser muy lenta, y en realidad ni siquiera se puede predecir cuánto tiempo demorará hasta que el material humano de muy alta calidad reunido en ambas orillas del

Potomac se convierta en material útil, para hacerlo avanzar en masas poderosas y desatar o encarar una batalla con las fuerzas unidas.

Pero aun si los soldados pudieran hacer la instrucción en un plazo relativamente breve, no existen suficientes oficiales para dirigirlos. Sin hablar ya de los oficiales de compañía, que por fuerza no pueden ser reclutados entre la población civil, faltarían oficiales para mandar los batallones, inclusive si cada teniente y alférez del ejército regular fueran destinados para ese cargo. Por eso se hace inevitable contar con un considerable número de coroneles civiles; y nadie que conozca a nuestros propios voluntarios considerará que McClellan o Beauregard son excesivamente tímidos si evitan comenzar operaciones decisivas o maniobras estratégicas complejas con esos coroneles civiles preparados en seis meses para cumplir sus órdenes.

Supongamos, no obstante, que estas dificultades se hayan superado en términos generales, que los coroneles civiles hayan adquirido, junto con sus uniformes, conocimientos, experiencia y el tacto que se requiere en el cumplimiento de sus obligaciones, por lo menos en lo que se refiere a la infantería. ¿Pero cómo se presentarán las cosas con la caballería? Instruir a un regimiento de caballería exige más tiempo y experiencia por parte de los oficiales que lo instruyen, que comunicarle formas precisas a un regimiento de infantería. Supongamos que todos los hombres llegaran a sus unidades con los conocimientos suficientes del arte de montar a caballo, o sea, que pueden montar con firmeza sobre el animal, dirigirlo, saber cómo cuidarlo y alimentarlo; aun en este caso es poco probable que pueda reducirse el plazo de la instrucción. La equitación militar, el manejo del caballo, merced al cual se lo obliga a realizar todos los movimientos necesarios para los cambios de formación de la caballería, son muy distintos a la equitación practicada por los civiles. La caballería napoleónica, que sir William Napier *(History of the Peninsular War)* [Historia de la guerra peninsular] consideraba mejor, comparándola con la inglesa de aquellos tiempos, estaba compuesta, como es notorio, por los peores jinetes que hayan jamás adornado una montura, y muchos de los que consideramos los mejores, al incorporarse a las unidades de caballería comprobaban que les quedaba mucho por aprender. No debemos, pues, asombrarnos al verificar que los norteamericanos experimentan una aguda falta en la caballería, y que lo poco que tienen consiste en algo semejante a los cosacos o a las unidades de, caballería irregular india *(rangers),* incapaces de atacar en una formación cerrada.

En cuanto a la artillería, las cosas deben estar peor aún; lo mismo ocurre con las tropas de ingeniería. Ambas son armas altamente técnicas y requieren una instrucción prolongada y esmerada, tanto de los oficiales como de los suboficiales, y, por supuesto, un mayor adiestramiento de los soldados que en la infantería. Además, la artillería es un arma más compleja aunque la caballe-

ría; se necesitan cañones, caballos adiestrados para ese tipo de desplazamiento, y dos categorías de soldados instruidos: cañoneros y jinetes (g*unners and drivers);* son necesarios, además, gran cantidad de convoyes con municiones, y talleres para los artefactos bélicos, establecimientos de fundición, de reparaciones, etc.; y todo ello debe ser montado con máquinas complicadas. Afirman que los federales[*] tienen en el frente 600 cañones, pero nos podemos dar fácilmente una idea de cómo serán servidos, cuando sabemos que es de todo punto de vista imposible formar en seis meses 100 baterías completas bien pertrechadas y atendidas.

Pero volvamos a suponer que todas estas dificultades han sido allanadas y que la parte militar de ambas agrupaciones hostiles norteamericanas se encuentra en perfectas condiciones para cumplir su misión. ¿Podrían moverse de su lugar, aun en ese caso? Por supuesto que no. El ejército debe alimentarse, y un ejército poderoso en una región relativamente poco habitada como Virginia, Kentucky y Missouri debe alimentarse en lo fundamental de sus depósitos. Debe también reforzarse el suministro de armamentos, que irá acompañado por armeros, guarnicioneros, carpinteros y otros especialistas para mantenerlos en el correspondiente orden combativo. En Norteamérica no existen todas estas condiciones imprescindibles; deben organizarse casi de la nada, y no contamos con dato alguno para afirmar que ni siquiera en la actualidad la intendencia y el trasporte de los dos ejércitos hayan pasado de la minoría de edad.

Norteamérica, tanto el norte como el sur, la federal y la confederal, no contaba en general con una organización militar. El ejército de línea no servía en absoluto, por su composición numérica, para luchar contra un enemigo serio; casi no existía el ejército de milicias. Las antiguas guerras de la Unión jamás habían puesto a prueba el poder militar del país; entre 1812 y 1814 Inglaterra no pudo destacar muchas tropas, y México se defendía fundamentalmente con una simple muchedumbre.[41] Gracias a su situación geográfica, Norteamérica no tuvo en realidad enemigos que pudieran atacarla en algún lugar, en el peor de los casos, con fuerzas superiores a los 30 ó 40.000 soldados de un ejército regular, y las enormes extensiones del país se habrían convertido al poco tiempo, para un ejército tan numeroso, en un obstáculo más terrible que cualquier tropa que pudiera destacar Norteamérica para enfrentarlo; sin embargo, su ejército era suficiente para formar un núcleo para 100.000 voluntarios, e instruirlos a su debido tiempo. Pero cuando la guerra civil demandó más de un millón de hombres, todo el sistema se derrumbó, y hubo que empezar de nuevo. Los resultados están a la vista. Dos enormes y voluminosas masas humanas, que se temen mutuamente, que temen la victoria casi tanto como la derro-

---

[*] *Federales o unionistas* (adeptos a la Unión), se denominaban durante la guerra civil los partidarios de los Estados norteños, en oposición a los confederados o secesionistas (escisionistas), partidarios de la confederación de los Estados esclavistas del sur. (*Ed.*)

ta, están una frente a la otra procurando crear, a costa de enormes gastos, algo que se asemeje a un ejército regular. Una colosal inversión de dinero, por muy terrible que sea, es en todo sentido inevitable, debido a la absoluta carencia de esa base de organización sobre la que se podría edificar un nuevo edificio. Con el desconocimiento y la inexperiencia que reina en cada departamento, ¿podría ser de otro modo? Por otra parte, la utilidad de esos gastos, en cuanto a sus resultados y organización, es ínfima; pero en este sentido, ¿podría ser de otro modo?

Los voluntarios británicos deben agradecer a su suerte por haber encontrado desde el principio a un ejército numeroso, bien disciplinado y experto, que los amparó. Tomando en consideración los prejuicios propios de todas las profesiones, este ejército los recibió y los trató bien. Es de esperar que, tanto los voluntarios como el público, jamás pensarán que el nuevo servicio sustituirá en alguna medida al antiguo. Si hay hombres que así lo piensan, basta echar un vistazo furtivo al estado de los dos ejércitos voluntarios norteamericanos, para que comprendan su propia ignorancia y estupidez, Ningún ejército recién organizado con civiles podrá jamás existir en estado activo hasta que sea instruido y apoyado por los enormes recursos intelectuales y materiales de un poderoso ejército regular, y fundamentalmente, por la organización que constituye la fuerza esencial de ese ejército. Supóngase que a Inglaterra la amenaza una invasión, y compárese lo que podría ocurrir en ese caso con lo que no podía dejar de suceder en Norteamérica. En el primer país, el ministerio de Guerra, con el concurso de unos pocos funcionarios sobrantes, que se podrían encontrar fácilmente entre los militares con experiencia, se encargaría de realizar todo ese trabajo auxiliar que requeriría un ejército de 300.000 voluntarios; basta con destacar a los oficiales de la reserva, encomendar tres o cuatro batallones de voluntarios a su observación especial, y con algún esfuerzo cada batallón tendría asegurado un oficial de línea como ayudante y otro como coronel. Por supuesto que la caballería no podría crearse con el método de la improvisación, pero con la reorganización decisiva de la artillería voluntaria, con oficiales y jinetes de la artillería real, se podrían completar muchas baterías de campaña. Los ingenieros civiles del país están esperando el momento propicio para aprender el aspecto militar de su profesión, lo cual los convertiría en seguida en oficiales de tropas de ingeniería de primera clase. La intendencia y el trasporte están organizados, y en poco tiempo se encontrarían en condiciones de satisfacer las necesidades de 400.000 hombres con la misma facilidad que las de 100.000. No se desorganizaría nada; nada se alteraría; por doquier se contaría con el apoyo y el concurso de los voluntarios, y éstos no tendrían que andar en ninguna parte tentando a ciegas; y, exceptuando algunos errores de los cuales Inglaterra no puede prescindir al entrar por primera vez en guerra, no advertimos motivo alguno para que a los seis meses todo esto no marche a pedir de boca.

Ahora fíjense en Norteamérica y comprenderán el valor que representa un ejército en lo referente a la creación de un ejército de voluntarios.

Escrito por F. Engels en inglés
a fines de noviembre de 1861.
Publicado por primera vez en
Volunteer Journal for Lancashire and Cheshire,
el 6 de diciembre de 1,861.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

LA GUERRA CIVIL EN NORTEAMÉRICA

I

Desde cualquier punto de vista que se la observe, la guerra civil estadounidense ofrece un espectáculo sin paralelo en los anales de la historia militar. La vasta extensión del territorio en disputa; lo dilatado de las líneas de operaciones; la fuerza numérica de los ejércitos hostiles, cuya creación tenía escasamente el apoyo de una base de organización anterior; el costo fabuloso del mantenimiento de estos ejércitos; la manera de dirigirlos y los principios tácticos y estratégicos generales, de acuerdo con los cuales se libra la guerra, son todos nuevos a los ojos de los observadores europeos.

La conspiración secesionista, organizada mucho antes del estallido, patrocinada y apoyada por la administración Buchanan, dio al Sur una ventaja, que significaba para él la única esperanza para lograr su objetivo. Puesto en peligro por su población esclava y por fuertes elementos unionistas entre los blancos, con un número de hombres libres dos tercios menor que el del Norte, pero más preparado para el ataque gracias a la multitud de holgazanes aventureros que lo habitan, para el Sur todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, casi temeraria. Si los sudistas tuvieran éxito en copar a Saint Louis, Cincinnati, Washington, Baltimore y quizá Filadelfia, podrían entonces contar con el pánico, en tanto la diplomacia y el cohecho asegurarían la independencia de todos los Estados esclavistas. Si fracasaba esa primera arremetida, por lo menos en los puntos decisivos, su posición empeoraría constantemente, a la par con el fortalecimiento del Norte. Esto fue comprendido perfectamente por los hombres que, con auténtico espíritu bonapartista, habían organizado la conspiración secesionista. Con esa premisa, iniciaron la campaña en forma armónica, Sus bandas de aventureros invadieron Missouri y Tennessee, mientras que sus fuerzas más regulares atacaron Virginia oriental y prepararon un *coup de main* contra Washington. *Desde el punto de vista militar*, el fracaso de este golpe significaba la pérdida de la campaña para los sudistas.

El Norte llegó al teatro de la guerra sin entusiasmo, con hastío, tal como era de esperarse por sus más elevado desarrollo industrial y comercial. La maquinaria social es allí mucho más complicada que en el Sur y hacía falta más tiempo para imprimir a su movimiento esa dirección desacostumbrada. El alistamiento de los voluntarios por un plazo de tres meses fue un error grande, "pero quizás inevitable. La política del Norte consistía al comienzo en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos; organizar sus fuerzas, adiestrarlas en operaciones en pequeña escala, sin incorporarlas a batallas decisivas v, en cuanto la organización fuese suficientemente afianzada y los elementos traidores más o menos removidos del ejército, pasar, por fin, a una enérgica e infatigable ofensiva y reconquistar en primer término Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La trasformación de los civiles en soldados requeriría más tiempo en el Norte que en el Sur. Una vez lograda, se podía contar con la superioridad individual de los hombres del Norte.

En definitiva, y descontando los errores surgidos más por motivos políticos que militares, el Norte actuó de acuerdo con esos principios. La pequeña guerra en Missouri y Virginia occidental, a la par que protegió a la población unionista, acostumbró a las tropas a los servicios en el campo de batalla y a entrar en fuego, sin exponerlas a derrotas decisivas. El oprobio de Bull Run[42] fue, en cierta medida, el resultado del primer error de alistar voluntarios por tres meses. Carecía de sentido permitir que se lanzase a reclutas sin adiestramiento al ataque frontal de una sólida posición, en terreno difícil y frente a un enemigo apenas inferior en número. El pánico que se posesionó del ejército unionista en un momento decisivo, por motivos aún no establecidos, no podía sorprender a quien conociera en alguna medida la historia de las guerras populares. Cosas similares ocurrieron con frecuencia a las tropas francesas entre 1792 y 1795; sin embargo, ello no impidió que esas mismas tropas ganaran las batallas de Jemmapes y Fleurus, Montenotte, Castiglione y Rívoli.[43] Las bromas de mal gusto gastadas por la prensa europea sobre el pánico de Bull Run sólo, tenían una excusa: la anterior jactancia de un sector del periodismo norteamericano.

La tregua de seis meses que siguió a la derrota de Manassas, fue mejor empleada por el Norte que por el Sur. Las tropas de aquél no sólo recibieron un refuerzo mayor que las de éste, sino que se dio a sus oficiales instrucciones más correctas; la disciplina y el adiestramiento de las tropas no enfrentaron los mismos obstáculos que en el Sur. Los traidores incompetentes fueron removidos cada vez en mayor número y el período del pánico de Bull Run quedó en el pasado. Los ejércitos de ambos bandos no pueden medirse, naturalmente, con el criterio de los grandes ejércitos europeos, ni siquiera con el antiguo ejército regular de Estados Unidos. En su época, Napoleón pudo adiestrar en campamentos batallones de nuevos reclutas durante el primer mes; ponerlos en marcha durante el segundo, y en el tercero lanzarlos al combate; pero entonces

cada batallón incluía un número suficiente de oficiales y suboficiales expertos, cada compañía, algunos soldados veteranos y el día de la batalla las nuevas tropas estaban constituidas en brigadas, junto con los veteranos y, por así decirlo, se veían enmarcadas por ellas. En Estados Unidos no existían tales condiciones. Sin la considerable experiencia militar llegada a la Unión como consecuencia de las conmociones revolucionarias europeas de 1848-1849, la organización del ejército unionista habría requerido un plazo aún mayor.[44] El escaso número de muertos y heridos, con respecto al total de las fuerzas comprometidas (comúnmente uno por cada veinte), demuestra que las batallas, inclusive los últimos combates de Kentucky y Tennessee, fueron libradas principalmente con armas de fuego, a una distancia bastante grande, y que las incidentales cargas a la bayoneta se detenían pronto ante el fuego del enemigo, o lo ponían en fuga antes de convertirse en encuentros cuerpo a cuerpo. Entretanto, la nueva campaña ha sido iniciada bajo los auspicios más favorables, con el avance de Buell y Halleck a través de Kentucky y Tennessee. Reconquistadas Missouri y Virginia oriental, la Unión inició la campaña con el avance hacia Kentucky. Los secesionistas tenían allí tres vigorosas posiciones: Columbus, en el Mississippi, en su flanco izquierdo; Bowling Green, en el centro; Mili Spring, en el río Cumberland, a la derecha. Su frente abarcaba trescientas millas, de oeste a este. La extensión de esta línea impedía a los tres cuerpos brindarse mutuo apoyo y daba a las tropas unionistas la oportunidad de atacarlos por separado con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas surgía del intento de ocupar todas las posiciones. Un solo campamento central sólido y fortificado, elegido como campo de batalla para un encuentro decisivo, y ocupado por el grueso del ejército, habría defendido a Kentucky con mucho mayor eficacia. Esto hubiese atraído al grueso de las fuerzas unionistas o las hubiese colocado en una situación peligrosa en caso de que intentaran avanzar sin prestar atención a tan vigorosa concentración de tropas.

En las circunstancias expuestas, los unionistas resolvieron atacar a esos tres campamentos uno tras otro, expulsar de ellos al enemigo, y obligarlo a aceptar una batalla en campo abierto. Este plan, acorde con todas las reglas del arte militar, fue llevado a cabo con energía y rapidez. Al promediar enero, un cuerpo de casi quince mil unionistas marchó hacia Mili Spring, donde acampaban veinte mil secesionistas. Aquéllos maniobraron como para hacer creer al adversario que tenía ante sí un débil destacamento de reconocimiento. El general Zoillcofer cayó en la trampa; salió de su campamento fortificado y atacó a los unionistas. Pero bien pronto se convenció de que tenía que vérselas con una fuerza superior; murió en la lucha y sus fuerzas sufrieron una completa derrota, como los unionistas en Bull Run. Esta vez, empero, la victoria fue aprovechada en forma muy diferente.

Los vencedores persiguieron con crueldad al ejército batido, hasta que éste llegó, agotado, desmoralizado, sin artillería de campaña ni convoyes a su cam-

pamento en Mili Spring. Éste había sido levantado en la ribera norte del río Cumberland, de manera tal que, en caso de que ocurriera otra derrota, a las tropas no les quedaba más vía de repliegue que cruzar el río en algunos barcos y lanchas. En general, encontramos que los secesionistas ubicaban todos sus campamentos en la orilla *enemiga* del río. Tal posición no sólo está de acuerdo con las reglas, sino que también es muy práctica cuando en la retaguardia hay un puente. En tal caso, el campamento sirve como cabeza de puente y permite a sus ocupantes, si es necesario, lanzar sus fuerzas a ambas riberas del río, manteniendo, en tal forma, el dominio absoluto del mismo. Sin un puente en la retaguardia, por el contrario, un campamento en la parte enemiga del río corta la retirada después de un combate infructuoso y obliga a las tropas a capitular, a exponerse a la matanza o ahogarse, como ocurrió con los unionistas en Ball's Bluff, en la orilla enemiga del Potomac, adonde los había llevado la traición del general Stone.

En cuanto los derrotados secesionistas llegaron a su campamento en Mili Spring, comprendieron que debían contestar el ataque del enemigo a sus fortificaciones o se verían obligados a capitular en breve plazo. Después de la experiencia de la mañana habían perdido la confianza en sus fuerzas y, cuando al día siguiente los unionistas avanzaron para atacar el campamento, se encontraron con que el enemigo había aprovechado la noche para cruzar el río, abandonando el campamento, los convoyes, la artillería y todas las provisiones. En esta forma, el flanco de la extrema derecha de la línea de los secesionistas fue rechazado hasta Tennessee, y el este de Kentucky —donde la masa de la población es hostil al partido de los propietarios de esclavos— fue reconquistada por los unionistas.

Hacia mediados de enero, comenzaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y Bowling Green. Se difundió la noticia de que se había preparado, una poderosa flotilla de barcas con morteros y cañoneras acorazadas para servir de convoy a un gran ejército que marchaba a lo largo del Mississippi, de Cairo y a Memphis y Nueva Orleans. Empero todas las maniobras en el Mississippi, eran sólo un engaño. En el momento decisivo, las cañoneras acorazadas fueron llevadas al Ohio y de allí al Tennessee, viajando luego hasta el fuerte Henry. Este punto, junto con el fuerte Donnelson, en el río Cumberland, constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en Tennessee. La posición fue bien elegida, ya que, en caso de una retirada al otro lado del Cumberland, éste cubriría su frente, cuyo flanco izquierdo es el Tennessee, mientras que la angosta franja de tierra que se extiende entre los dos ríos estaría suficientemente defendida por los mencionados fuertes. Sin embargo, una acción rápida de los unionistas rompió la segunda línea, antes de que el flanco izquierdo y el centro de la primera línea fuesen atacados.

En la primera semana del mes de febrero, las cañoneras acorazadas de los unionistas hicieron su aparición ante el fuerte Henry, que se rindió luego de un breve bombardeo. La guarnición huyó al fuerte Donnelson, puesto que las fuerzas terrestres de la expedición eran insuficientes para cercar a los rendidos. Las cañoneras siguieron río abajo por el Tennessee, remontaron el Ohio, y de allí, por el Cumberland, llegaron al fuerte Donnelson. Una sola de las cañoneras navegó intrépidamente por el Tennessee arriba, a través del propio corazón del Estado del mismo nombre, dejó atrás el Mississippi, y avanzó hasta Florence, en el norte de Alabama, donde una serie de pantanos y bancos (conocidos como Mussle Shoals) impiden seguir la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido efectuar ese largo trayecto de más de ciento cincuenta millas, no menos, y luego haya regresado, sin haber sufrido ataque alguno, demuestra que a lo largo del río prevalece el sentimiento unionista y que será muy útil para sus tropas si realizan un avance tan profundo.

La expedición fluvial del Cumberland combinó sus movimientos con los de las fuerzas de tierra, a las órdenes de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas fueron engañados en Bowling Green en cuanto a los movimientos de los unionistas. Por consiguiente, permanecieron tranquilos en el campamento, mientras que una semana después de la caída del fuerte Henry una unidad de cuarenta mil unionistas ya asediaba el Donnelson por tierra y una poderosa flotilla de cañoneras lo amenazaba por agua. Como el campamento de Mili Spring y el fuerte Henry, el Donnelson tenía en su retaguardia el río, pero no un puente para el caso de retirada. Era la posición más fuerte que los unionistas habían atacado hasta ese momento. Allí los trabajos de fortificación se habían llevado a cabo con el mayor cuidado; y tenía capacidad para alojar a los veinte mil hombres de su guarnición. El primer día del ataque, las cañoneras silenciaron el fuego de las baterías que apuntaban hacia el río y bombardearon el interior de las fortificaciones, mientras que las tropas de tierra rechazaban a las avanzadas del enemigo y obligaban al grueso de los secesionistas a buscar abrigo junto a su propia artillería de fortificación. Al segundo día, las cañoneras, que habían sufrido serias averías la víspera, actuaron al parecer débilmente. Las tropas de tierra, por el contrario, tuvieron que mantener largos y, en algunos sitios, violentos encuentros con el destacamento de la guarnición, que trataba de destruir el flanco derecho del enemigo, con el objeto de asegurar su línea de retirada hacia Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del flanco derecho de los unionistas contra el izquierdo de los secesionistas, y los considerables refuerzos que recibió el flanco izquierdo de aquéllos, decidió la victoria en favor de los atacantes. Diversas fortificaciones exteriores fueron tomadas por asalto. La guarnición, rechazada hasta la línea interna del fuerte, sin probabilidad alguna de retirarse, y evidentemente incapaz de ofrecer resistencia al ataque de la mañana siguiente, se rindió en forma incondicional al otro día.

II

Con el fuerte Donnelson cayeron en poder de los unionistas la artillería, los convoyes y las provisiones militares del enemigo; trece mil secesionistas se rindieron el día en que se tomó el fuerte; otros mil al día siguiente, y tan pronto como las avanzadas de los vencedores aparecieron ante Clarkville, ciudad ubicada al norte del río Cumberland, ésta abrió sus puertas. También allí se habían almacenado abastecimientos para los secesionistas en cantidades considerables.

La captura del fuerte Donnelson presenta un solo enigma: la huida del general Floyd con cinco mil hombres durante el segundo día del bombardeo. Estos fugitivos eran demasiado numerosos para poder ser trasportados subrepticiamente en barcos, durante la noche. Si los atacantes hubiesen tomado algunas medidas de precaución no habrían podido huir.

Siete días después de la capitulación del fuerte Donnelson, Nashville fue ocupada por los federales. La distancia entre ambos puntos es de cerca de cien millas inglesas, y la marcha a razón de 15 millas por día, por caminos pésimos, hacen honor a las tropas unionistas. Al enterarse de la caída del fuerte Donnelson, los secesionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaban Columbus y se retiraban a una isla del Mississippi, situada a cuarenta y cinco millas al sur. Así pues, el Estado de Kentucky fue completamente reconquistado por los unionistas. Sin embargo, los secesionistas sólo pueden conservar a Tennessee, si emprenden una gran batalla y la ganan. Se dice que, con ese propósito, han concentrado ya sesenta y cinco mil hombres. Mientras tanto, nada impide a los unionistas oponerles una fuerza superior.

La dirección de la campaña de Kentucky, desde Somerset hasta Nashville, merece el mayor elogio. La reconquista de tan vasto territorio, la marcha desde el Ohio hasta el Cumberland, durante un mes, evidencia una energía, resolución y rapidez que raras veces han logrado ejércitos regulares de Europa. Se puede comparar, como ejemplo, el lento avance de los aliados en 1859 de Magenta a Solferino, sin perseguir al enemigo en retirada, sin el menor esfuerzo para cortar el camino a sus rezagados o envolver y cercar a cuerpos enteros de ejércitos adversarios.

Halleck y Grant, en particular, son excelentes modelos de mando militar decidido. Sin tener en cuenta para nada a Columbus o a Bowling Green, concentran sus fuerzas frente a los puntos decisivos, los fuertes Henry y Donnelson; se apoderan de ellos con un ataque rápido y enérgico, y de ese modo ponen a Columbus y Bowling Green en una situación sin salida. Luego marchan sin pérdida de tiempo a Clarkville y Nashville, sin dar lugar a que los secesionistas en retirada tomen nuevas posiciones en el norte de Tennessee. Durante

esta rápida persecución, el cuerpo de tropas secesionistas en Columbus permaneció completamente separado del centro y del flanco derecho de su ejército. Los diarios ingleses han criticado de manera injusta esta operación. Aunque el ataque al fuerte Donnelson hubiera fracasado, los secesionistas de Bowling Green, amenazados por el general Buell, no podrían haber destacado un número tal de hombres que permitiera a la guarnición perseguir a los rechazados unionistas o hacer peligrar su retirada. En cuanto a Columbus, estaba tan lejos, que no podía interferir en los movimientos de Grant. En realidad, después de que los unionistas hubieron limpiado a Missouri de secesionistas, Columbus había perdido para ellos toda importancia. Las tropas que formaban su guarnición tenían que apresurar muchísimo su retirada a Memphis o a Arkansas, para escapar al peligro de tener que deponer ignominiosamente las armas.

Como consecuencia de la limpieza del Missouri y de la reconquista de Kentucky, el teatro de operaciones se ha estrechado tanto, que los diferentes ejércitos pueden colaborar, hasta cierto punto, a lo largo de la línea de operaciones y lograr determinados resultados. En otras palabras, la guerra adquiere ahora, por primera vez, un carácter *estratégico,* y la configuración geográfica del país cobra nuevo interés. La tarea de los generales del Norte consiste ahora en hallar el talón de Aquiles de los Estados algodoneros.

Hasta la toma de Nashville no había sido posible contar con una estrategia concertada entre los ejércitos de Kentucky y el Potomac, pues estaban uno muy lejos del otro. Se hallaban en el mismo frente, pero sus líneas de operación eran completamente diferentes. Sólo con el victorioso avance hacia Tennessee, los movimientos del ejército de Kentucky se tornaron importantes para todo el teatro de la contienda.

Los diarios estadounidenses, influidos por McClellan, hacen mucho alboroto acerca de la teoría "anaconda" del envolvimiento. De acuerdo con ella, una inmensa línea de ejércitos rodeará a los insurrectos, apretará gradualmente su cerco y terminará por estrangularlos. Eso es pura niñería. Es la rehabilitación del llamado "*sistema de cordón*", inventado en Austria hacia 1770 y utilizado contra los franceses de 1792 a 1797 con • tanta obstinación como ineficacia. En Jemmapes, Fleurus y, más especialmente, en Montenotte, Millesimo, Dego, Castiglione y Rívoli, se puso fin a este sistema. Los franceses cortaban en dos a la "anaconda", mediante ataques en un punto donde habían concentrado fuerzas superiores. Entonces los anillos de la "anaconda" eran cercenados en pedazos, uno por uno.

En los Estados muy poblados y más o menos centralizados, siempre existe un centro, cuya ocupación por el enemigo debe quebrantar las posibilidades de resistencia de la nación. París es un brillante ejemplo. Pero los Estados esclavistas no poseen tal centro. Están escasamente poblados, las ciudades grandes

son pocas y las que hay se hallan en la costa marítima. Cabe preguntarse: ¿existe, no obstante, en ellos un centro de gravedad militar, con cuya ruptura se quebraría la espina dorsal de su resistencia, o como Rusia en 1812, no serán conquistados sin ocupar cada aldea, cada localidad, en una palabra, sin ocupar toda la periferia? Echemos un vistazo a la conformación geográfica del territorio de la secesión, con sus largas extensiones de costas sobre el océano Atlántico y el golfo de México. En tanto los confederados retuvieron Kentucky y Tennessee, el territorio ocupado por ellos constituía una gran masa compacta. La pérdida de estos dos Estados introduce en él una inmensa cuña, ya que separa los Estados situados al norte del océano Atlántico de los del golfo de México. La ruta directa de Virginia y las dos Carolinas a Texas, Luisiana, Mississippi y aun, en parte, a Alabama, atraviesa Tennessee ocupada ahora por los unionistas. Después de la conquista completa de este Estado por los unionistas la *única* ruta, que vinculará los dos grupos de Estados esclavistas, pasa por Georgia. Esto demuestra que *Georgia es la Uave hacia el territorio de secesión.* Si la Confederación lo perdiese quedaría cortada en dos partes, sin posibilidad alguna de contacto entre sí. Además, casi sería imposible pensar en que los secesionistas pudiesen reconquistar Georgia, pues las fuerzas combatientes unionistas se concentrarían en una posición central, mientras que sus adversarios, divididos en dos campos, difícilmente tendrían fuerzas suficientes para reunirlas en una ofensiva común.

¿Sería el requisito para tal operación la conquista de toda Georgia, con la costa de Florida? En modo alguno. En un país donde las comunicaciones, particularmente entre puntos distantes, dependen más del ferrocarril que de las carreteras, basta con capturar aquél. La línea ferroviaria más meridional que corre entre los Estados del golfo de México y la costa del Atlántico, atraviesa Macón y Gordon, cerca de Milledgeville.

Por consiguiente, la ocupación de estos dos puntos cortaría a la *Secessia* en dos partes y permitiría a los unionistas derrotar una tras otra. Al mismo tiempo, de lo anterior se deduce que ninguna república del Sur puede vivir sin Tennessee. Sin este Estado, el nervio vital de Georgia se sitúa a sólo ocho o diez días de marcha desde la frontera; el puño del Norte estaría siempre suspendido sobre la cabeza del Sur *y,* a la menor presión, los confederados tendrían que rendirse o luchar de nuevo por su existencia, en tales circunstancias que una sola derrota eliminaría toda perspectiva de éxito.

De las consideraciones anteriores, se deduce:

El Potomac *no* es la posición más importante del teatro de operaciones. La captura de Richmond y el avance del ejército del Potomac hacia el Sur —dificultado por los muchos ríos que cruzan el camino— podría surtir un efecto moral tremendo. Desde el punto de vista puramente militar, *nada* decidiría.

El resultado definitivo de la campaña está en manos del ejército de Kentucky, que ahora se halla en Tennessee. Por un lado, está más próximo a los puntos decisivos; por el otro, ocupa un territorio sin el cual la Secesión no puede vivir. Este ejército, por consiguiente, tendría que ser fortalecido a expensas de todos los demás y del sacrificio de todas las operaciones menores. Sus próximos objetivos de operaciones serían Chattanooga y Dalton, en el alto Tennessee, los centros ferroviarios más importantes de todo el Sur. Una vez ocupados, la vinculación entre los Estados orientales y occidentales de la S*ecessia* quedará limitada a las líneas de comunicación de Georgia. El problema siguiente sería, después de apoderarse de Atlanta y Georgia, cortar la otra línea ferroviaria y destruir, por fin, el último nexo entre las dos secciones, mediante la captura de Macón y Goraon.

Por el contrario, si se sigue el plan "anaconda", a pesar de todos los éxitos locales que se obtuvieran, aun en el Potomac, la contienda podría prolongarse en forma indefinida, en tanto que las dificultades financieras, junto con las intrigas diplomáticas, ensancharían su campo de acción.

Escrito por C. Marx y F. Engels en alemán,
en marzo de 1862.
Publicado por primera vez en el periódico *Die Presse*
el 26 y 27 de marzo de 1862.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

LA SITUACIÓN EN EL TEATRO DE LA GUERRA NORTEAMERICANA

La captura de Nueva Orleans, como esclarecen los detallados informes que acaban de llegar, es una hazaña sin precedentes, brillante, de la flota. La flota de los unionistas consistía sólo de barcos de madera: alrededor de seis buques de guerra armados con catorce a veinticinco cañones cada uno, con una numerosa flotilla auxiliar de cañoneras y lanchas portadoras de morteros. Esta flota tenía ante sí dos fuertes que bloqueaban el curso del Mississippi. Dentro del alcance de los cien cañones de estos fuertes, las aguas estaban obstruidas por una poderosa cadena, detrás de la cual se hallaba una serie de torpedos, balsas incendiarias y otras armas de destrucción. Para pasar entre los fuertes había que superar estos primeros obstáculos. Pero detrás de aquéllos se hallaba una amenazante línea de defensa formada por cañoneras blindadas, entre ellas la "Manassas", ariete de hierro, y la "Luisiana", poderosa batería flotante. Después de que los unionistas hubieron bombardeado durante los primeros seis días, y sin resultado alguno, los dos fuertes que dominaban completamente el río, resolvieron atravesar ese fuego, forzar la barrera de hierro con tres divisio-

nes, remontar el río y arriesgar una batalla con los *ironsides.*[*] El audaz intento tuvo éxito. Y tan pronto como la flotilla apareció frente a Nueva Orleáns la victoria, naturalmente, quedó decidida.

A Reauregard ya no le quedaba qué defender en Corinto. Su posición allí tenía algún sentido en tanto protegía a Mississippi y Luisiana, y en particular a Nueva Orleáns. Ahora se encuentra en una situación estratégica en que la pérdida de la batalla no le deja otra salida que dividir a su ejército en pequeños destacamentos de guerrilleros; porque si en la retaguardia de su ejército no cuenta con una gran ciudad en la que estén concentradas las líneas férreas y el abastecimiento, no podrá mantener a las masas bajo sus órdenes.

McClellan ha demostrado, en forma incontrovertible, que aquél es nulo en materia militar, ascendido casualmente a un puesto de mando y responsabilidad, y que en las operaciones bélicas no pretende derrotar al enemigo, sino sólo evitar ser derrotado, para conservar así las riendas del poder que ha usurpado. Se conduce como los antiguamente llamados "generales que maniobran", aquellos que justificaban su terror ante cualquier paso táctico decisivo, arguyendo que, mediante el envolvimiento estratégico, obligaban a sus enemigos a entregar sus posiciones. Los confederados siempre se le escurren de las manos, pues en el momento decisivo, nunca los ataca. Así por ejemplo, los dejó retirarse tranquilamente de Manassas a Richmond, aunque ese plan había sido ya anunciado días antes, hasta por los diarios de Nueva York (por ejemplo, el *Tribune).* Luego dividió su ejército y flanqueó a los confederados estratégicamente, y con su cuerpo de tropas se fortificó frente a Yorktown. La guerra de sitio siempre da pretexto para perder tiempo y eludir una batalla. Tan pronto como hubo concentrado una fuerza superior a la de los confederados, los dejó retirar de Yorktown a Williamsburg y aún más allá, sin obligarlos a entrar en combate. Nunca se ha librado una guerra en forma más despreciable. Si el combate de retaguardia, durante el repliegue de Williamsburg, terminó en derrota para la retaguardia de la Confederación en lugar de convertirse en una segunda Bull Run para las tropas unionistas, McClellan fue completamente inocente respecto de ese resultado.

Después de una marcha de casi doce millas (inglesas), bajo un aguacero que duró veinticuatro horas, y por caminos llenos de barro, 8.000 soldados unionistas, a las órdenes del general *Heinzelman* (de ascendencia germana, pero nacido en Pensilvania), llegaron a las cercanías de Williamsburg y se encontraron sólo con algunos débiles piquetes del enemigo. Sin embargo, en cuanto éste advirtió que el destacamento recién llegado era poco numeroso, despachó refuerzos de sus fuerzas escogidas desde Williamsburg, y las aumentó poco a poco hasta totalizar veinticinco mil hombres. Hacia las 9 de la maña-

[*] Flancos de hierro, literalmente. Acorazados. (*Ed.*)

na, se habían trabado en un combate de gran envergadura; hacia las 12.30, el general Heinzelman advirtió que el encuentro iba favoreciendo al enemigo. Envió entonces un mensajero tras otro al general Kearny, quien se hallaba a ocho millas de su retaguardia, pero éste sólo pudo avanzar lentamente, por un camino que era un verdadero lodazal. Durante una hora íntegra Heinzelman siguió sin recibir refuerzos y los regimientos 7° y 8°? de Jersey que habían agotado su provisión de pólvora, comenzaron a huir hacia los bosques, a ambos lados del camino principal. Heinzelman ordenó entonces al coronel Mennill que, con el escuadrón de la caballería de Pensilvania, tomara posición en ambos linderos del bosque, y amenazó con fusilar a los desertores. Esto hizo que los soldados volvieran a ocupar su puesto en las filas.

Además el orden fue restablecido por el ejemplo que dio un regimiento de Massachusetts, el que, agotada la pólvora, aguardaba serenamente al enemigo con las bayonetas caladas. Por fin apareció la vanguardia del general Kearny, a las órdenes del brigadier Berry (del Estado de Maine). El ejército de Heinzelman recibió a sus salvadores con un alborozado "¡hurra!": Heinzelman ordenó a la banda del regimiento que tocase *Yankee Doodle*[*] y colocó al destacamento de Berry delante de sus tropas fatigadas, en un frente de casi media milla de extensión. Tras un fuego preliminar de fusilería, la brigada de Berry hizo una violenta carga a la bayoneta y expuso al enemigo del campo de batalla, haciéndolo ocupar sus trincheras de las cuales la mayor, después de pasar repetidas veces de unas manos a otras, quedó en poder de los unionistas. Así, pues, se restableció el equilibrio de la batalla. La llegada de Berry salvó a los unionistas. El arribo de las brigadas de Jameson y Birney, a las 4, decidió la victoria. A las 9 de la noche, comenzó la retirada de los confederados de Williamsburg, la cual continuó el día siguiente, en dirección a Richmond, seguidos en forma apremiante por la caballería de Heinzelman. A la mañana siguiente de la batalla, entre las 6 y las 7, éste ocupó Williamsburg con las unidades del general Jameson. No hacía más de media hora que la retaguardia del enemigo en fuga había evacuado la ciudad por el extremo opuesto. La de Heinzelman fue una batalla de infantería en el sentido estricto de la palabra. La artillería apenas entró en acción. El fuego de fusilería y las cargas a la bayoneta fueron decisivos. Si el Congreso de Washington deseara expresar su reconocimiento, debería agradecer al general Heinzelman, que salvó a los yanquis de una segunda Bull Run, y no a McClellan, quien según su costumbre evitó tomar "la decisión táctica" y dejó escapar por tercera vez a un adversario numéricamente más débil.

El ejército confederado de Virginia está en mejores condiciones que el de Beauregard; primero, porque está enfrentando a un McClellan y no a un Halleck, y luego, porque su línea de retirada es atravesada por muchos ríos que

[*] Canción popular de EE. UU. *(Ed.)*

desde la montaña fluyen hacia el mar. Sin embargo, para impedir que la *inacción* convierta a ese ejército en bandas, sus generales, tarde o temprano, se verán obligadas a aceptar un combate decisivo, tal como los rusos se vieron obligados a luchar en Smolensk y Borodinó[45], *contra* la voluntad de sus generales que juzgaban correctamente la situación. Por más ineficaz que haya sido la dirección general de McClellan, es de prever que las constantes retiradas, acompañadas por la pérdida de la artillería, municiones y otros abastecimientos militares, así como las breves y fracasadas escaramuzas de la retaguardia han desmoralizado en extremo a los confederados, y ello se pondrá de manifiesto cuando se libre una batalla decisiva. Por lo tanto, llegamos a la siguiente conclusión:

Si Beauregard o Jefferson Davis pierden una batalla decisiva, sus ejércitos se disgregarán en bandas. En caso de que uno de ellos gane un combate decisivo, lo cual es absolutamente improbable, esto sólo postergará la disgregación de sus ejércitos. No están en situación de extraer el menor provecho duradero ni siquiera de una victoria. No pueden avanzar más de veinte millas inglesas sin detenerse y verse obligados nuevamente a esperar otra ofensiva del enemigo. Resta examinar aún las probabilidades de una guerra de guerrillas. Y es aquí donde debemos señalar el hecho sorprendente de que en esta guerra contra los esclavistas, la población haya participado muy débilmente, o para ser más exactos, no lo haya hecho en medida alguna. En 1813, las líneas de comunicación de los franceses eran constantemente interrumpidas y hostigadas por Colomb, Lützow, Chemishev y otros veinte jefes guerrilleros y cosacos. En 1812, la población de Rusia desapareció por completo del camino que recorrían los franceses; en 1814, los campesinos franceses empuñaban las armas y mataban a las patrullas y a los soldados rezagados de las tropas aliadas; pero aquí ¡ no vemos absolutamente nada. Se resignan sumisos al *resultada de las grandes batallas y se consuelan* con el *"victrix causa diis placuit, sed vida Catoni"* ["los dioses estuvieron por el vencedor, pero Catón por el vencido"]. Los discursos altisonantes que llaman a librar la guerra hasta el fin se desvanecen como el humo. Difícilmente pueda dudarse, por cierto, de que los *"white trash"* ["porquería blanca"], como los plantadores llaman a los "blancos pobres", intentarán medir sus fuerzas en una guerra de guerrillas y en incursiones. Pero esos intentos trasformarán rápidamente a los dueños de plantaciones pudientes en *unionistas.* Llamarán en su ayuda inclusive a las tropas de los yanquis. Los incendios de gran cantidad de algodón, etc., que se dice han sido efectuados en Mississippi, están confirmados exclusivamente por el testimonio de dos habitantes de Kentucky, quienes habían ido a Luisville, ciertamente, no por el Mississippi. No era difícil organizar el incendio en Nueva Orleáns. Allí el fanatismo de los comerciantes se explica por el hecho de que fueron obligados a aceptar una cantidad de bonos del Estado del gobierno confederado por dinero efectivo. Este último incendio se repetirá en otras ciudades; sin duda, todavía se quemará algo más; pero todos estos efectos teatrales sólo pueden

agudizar al extremo la disensión entre los plantadores y la "porquería blanca", y entonces... "¡Finís secessiae!"

Escrito por C. Marx y F. Engels en alemán,
alrededor del 25 de mayo de 1862.
Publicado por primera vez en *Die Presse*
el 30 de mayo de 1862.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

NOTAS

[40] *La guerra civil* entre los Estados del norte de EE.UU. y los del sur esclavistas que se alzaron en rebelión, se prolongó desde abril de 1861 hasta junio de 1865. Sus verdaderos motivos, como señala Marx, fueron la lucha entre dos sistemas sociales: el capitalista del trabajo asalariado, que se había implantado en los Estados del norte, y el sistema de esclavitud que imperaba en el sur, y que constituía una supervivencia del modo de producción feudal en América del Norte. Por parte de los Estados septentrionales, la guerra revestía un carácter progresista y —gracias a que en ella participaban activamente los obreros, los granjeros y los negros esclavos— también un carácter revolucionario. Pero la gran burguesía del Norte impidió durante un largo periodo la aplicación de los métodos revolucionarios de lucha y aplazó la solución del problema de la liberación de los negros. Sólo bajo la presión de las masas y de los fracasos en los frentes contra los insurrectos, fueron tomadas medidas más enérgicas. El 1 de enero de 1863, se promulgó el acta de la liberación de los esclavos negros sin concesión de tierras, que pertenecían a los dueños de plantaciones partícipes de la insurrección. Un régimen social más progresista y una considerable superioridad de recursos económicos y humanos, así como la ventaja en cuanto a la moral del ejército, determinaron la victoria de los Estados del norte, hecho que desbrozó el camino para el impetuoso desarrollo del capitalismo En Estados Unidos. Pero, por otra parte, la situación de los trabajadores, en especial de los negros que formalmente habían sido declarados libres, Siguió siendo en extremo penosa después de la guerra. Se intensifico el yugo del gran capital, de las sociedades anónimas, de los bancos. La población negra y otros sectores del sur siguieron bajo la despiadada explotación de los antiguos esclavistas y sometidos a la más bárbara discriminación racial. La guerra civil impulso el desarrollo de las técnicas de guerra y de nuevos medios de lucha armada. Durante la misma se emplearon barcos blindados, y el trasporte ferroviario y el telégrafo fueron ampliamente utilizados con fines bélicos.

[41] Se refiere a la guerra anglo-norteamericana que tuvo lugar entre 1812 y 1814, y a la guerra entre Estados Unidos y México de 1846-1848. Esta última fue provocada porque en 1845, EE.UU. se anexionó Texas, que pertenecía a México, y por las pretensiones denlos dueños de esclavos y plantaciones norteamericanos y la gran burguesía de conquistar otros territorios mexicanos. Como resultado de esta guerra, EE.UU., aprovechándose del atraso económico y la débil capacidad militar de México, así como de las querellas existentes en la camarilla gobernante de terratenientes, alto clero y funcionarios de ese país, ocuparon casi la mitad je su territorio, incluidas Texas, California septentrional, Nueva México y otras tierras. La guerra de conquista contra México constituye uno de sus ejemplos de expansión colonial de EE.UU.

[42] En el río *Bull Run*, región de Manassas (a 30 km de Washington), el 21 de julio de 1861 tuvo lugar una de las grandes batallas de la guerra civil de EE.UU., en la cual el ejército de treinta mil hombres del sur derrotó a las tropas del norte. En el aspecto militar la batalla reveló serias fallas en la organización y la táctica de ambos ejércitos, especialmente en el del norte.

[43] *Jemmapes* (ciudad de Bélgica), el 6 de noviembre de 1792, el ejército revolucionario derrotó a las tropas austríacas. En *Fleurus* (cerca de Charleroi), el 26 de junio de 1794, destrozó a las fuerzas de la coalición antifrancesa al mando del duque de Coburgo, asestando de ese modo un rudo golpe al bloque contrarrevolucionario de Estados europeos (Inglaterra, Austria, Prusia y otros). La seguridad de las fronteras de la República francesa estaba garantizada, y el ejército revolucionario tenía abierto el camino hacia el interior de los Países Bajos austríacos y Holanda. En ambas batallas se reveló la superioridad táctica y el alto nivel moral del nuevo ejército revolucionario, que defendía las conquistas de la revolución burguesa. En el logro de la victoria desempeñó un gran papel la enérgica actividad organizativa y la labor de educación política realizada en el ejército por los jacobinos, comisarios de la Convención. En la batalla de Fleurus, el ejército francés también aplicó con éxito algunas innovaciones técnicas en la artillería y utilizó aeróstatos para observación desde el aire.

[44] En la organización de las fuerzas armadas de los Estados del norte y en las operaciones bélicas contra los ejércitos de los sudistas esclavistas desempeñaron un gran papel los emigrados revolucionarios, llegados de países europeos, que habían participado en los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849, y que, después de su derrota, se vieron obligados a emigrar a América. Algunos de ellos ocuparon puestos de oficiales y generales en los ejércitos nordistas (por ejemplo J. Weidemeyer, amigo y colaborador de Marx y Engels, fue coronel, participante de la insurrección de 1849 en Badén; A. Willich, general de brigada, etc.). Las unidades de los nordistas, formadas con obreros emigrantes

incorporados voluntariamente al ejército, se distinguieron por su elevada capacidad combativa.

[45] La *batalla de Smolensk* del 4 y 5 (16-17) de agosto de 1812, durante la Guerra Patria del pueblo ruso, que rechazó la invasión napoleónica, revistió un carácter defensivo por parte del ejército ruso. Fue un ejemplo de cómo sus tropas aprovecharon una localidad para agotar y desangrar al enemigo invasor y preservar sus fuerzas principales destinadas a las acciones posteriores contra el mismo. El ejército de Napoleón, después de sufrir importantes bajas, no pudo lograr su objetivo: destrozar al ejército ruso; este último, sin enfrentar la batalla general, continuó retirándose hacia oriente. Sobre la *batalla de Borodinó*, véase la nota 22.

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición**.** Buenos Aires, 1974

LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA (1866)

NOTAS SOBRE LA GUERRA EN ALEMANIA[46]

I

Estas notas tienen el único objeto de explicar en forma imparcial, exclusivamente desde el punto de vista militar, los actuales acontecimientos bélicos, y también esclarecer, en la medida de lo posible, su probable influencia sobre las operaciones que se avecinan.

La comarca donde se deben lanzar los primeros golpes decisivos es el límite de Sajonia y Bohemia. Es difícil que la guerra en Italia pueda tener algún resultado concluyente mientras no sea tomado el rectángulo[*], cuya conquista significará, quizás, una operación bastante prolongada. Es probable que en el oeste de Alemania se libren varios encuentros militares, pero si se tiene en cuenta la cantidad de tropas que operan allí, sus resultados sólo tendrán importancia secundaria con relación a los sucesos del 'límite de Bohemia. Por eso por ahora concentramos nuestra atención exclusivamente en esta región.

Para juzgar la fuerza de los ejércitos en pugna es suficiente tener en cuenta, para los fines prácticos, sólo a la infantería, teniendo presente, sin embargo, que el número de la caballería austríaca está en proporción de 3 a 2 respecto de la prusiana. La relación de la artillería de ambos ejércitos es más o menos igual que la de la infantería, y equivale aproximadamente a tres cañones por cada 1.000 hombres.

La infantería prusiana consta de 253 batallones de línea, 832 batallones de reserva y 116 batallones de Landwehr (de la primera convocatoria, con edades que oscilan entre 27 y 32 años). Los batallones de reserva y el Landwehr constituyen las guarniciones de las fortalezas; además, se los destina a operaciones militares contra los pequeños Estados alemanes, mientras que las tropas de línea están concentradas en Sajonia y sus alrededores para luchar contra el ejército austríaco del norte. Si se descuentan unos 15 batallones que ocupan Schleswig-Holstein, y otros 15 que constituyen las guarniciones de Rastatt, Maguncia y Francfort, en la actualidad concentradas en Wetzlar, quedan para el ejército principal unos 220 batallones. Con la artillería, la caballería y las

[*] Referencia al rectángulo de fortificaciones: Peschiera, Verona, Mantua y Legnano, (*Ed.*)

fuerzas del Landwehr que pueden ser retiradas de las fortalezas vecinas, este ejército cuenta con unos 300.000 hombres, formados en nueve cuerpos de ejército.

El ejército del norte de Austria está constituido por siete cuerpos de ejército, y, por lo demás, cada cuerpo austríaco es mucho más poderoso que uno prusiano. En la actualidad sabemos muy poco sobre la formación y organización de los primeros, pero tenemos todas las razones para suponer que constituyen un ejército de 320.000 a 350.000 hombres. Es evidente, pues, que los austríacos tienen superioridad numérica.

El comandante en jefe del ejército prusiano será el rey, o sea un héroe de desfiles, dotado, en el mejor de los casos, de mediocres aptitudes militares y de un carácter débil, aunque no exento de terquedad. Estará rodeado, en primer término, por el Estado Mayor general del ejército, a cuyo frente se encuentra el general Moltke, excelente, comandante; en segundo lugar, por el "gabinete militar propio", compuesto por sus favoritos y, en tercer término, por los oficiales superiores, incluidos a su antojo en su séquito, sin un destino definido. No se podría haber concebido con más éxito la derrota del ejército por la propia organización del Estado Mayor. Se entiende que desde el comienzo mismo surge una rivalidad entre el Estado Mayor del ejército y el gabinete real, en cuyo trascurso cada uno lucha por imponer su influencia, por elaborar y defender sus planes predilectos para el desarrollo de las operaciones. Esto ya es casi suficiente para eliminar toda posibilidad de que existan unidad de objetivos y coherencia en las acciones. Luego se comenzará a convocar interminables consejos militares, inevitables en tales circunstancias, y que en nueve casos de cada diez terminarán por adoptar medidas a medias, es decir, utilizarán el peor de los procedimientos durante una guerra. En tales casos, las órdenes de hoy contradicen por lo común a las del día anterior, y cuándo surgen complicaciones o la situación se toma amenazante, aquéllas se suprimen del todo, dejando que las cosas sigan su propio curso. "*Ordre, contreordre, désordre*" [orden, contraorden, desorden], decía Napoleón. Nadie es responsable, puesto que un rey irresponsable asume toda la responsabilidad, y por eso nadie hace nada sin recibir una orden directa. La campaña de 1806 fue conducida de manera análoga por el padre del rey actual, y sus resultados fueron las derrotas de Jena y Auerstadt y la de todo el ejército prusiano en el trascurso de tres semanas; no hay motivos para pensar que el rey actual sea más enérgico que su padre; y mientras en el conde Bismarck halló a un hombre en quien depositar su más absoluta confianza en cuanto a la dirección política, en el ejército no hay un hombre con suficiente autoridad como para tomar sobre sus hombros toda la responsabilidad de dirigir las operaciones militares.

El ejército austríaco se encuentra bajo el mando unipersonal del general Benedek, jefe experto, que por lo menos sabe lo que quiere. La superioridad del mando supremo está, sin lugar a dudas, de parte de los austríacos.

Las tropas prusianas se hallan divididas en dos "ejércitos"; el primero, al mando del príncipe Federico Carlos, está compuesto de los cuerpos, 1°, 2°, 3°, 4°, 7° y 8°; el segundo, comandado por el Kronprinz, por los cuerpos 5° y 6°. La guardia, que forma la reserva principal, será incorporada probablemente al primer ejército. Esta distribución no sólo quebranta la unidad del mando, sino que impulsa con mucha frecuencia a los dos ejércitos a moverse en distintas direcciones operativas, a coordinar sus movimientos, a establecer puntos de unión en la esfera de operaciones del enemigo; en otras palabras, favorece la dispersión de las tropas prusianas, cuando, en la medida de lo posible, deberían mantenerse juntas. Los prusianos en 1806 y los austríacos en 1859, en circunstancias muy similares, siguieron idéntica conducta y fueron derrotados. En cuanto a los dos comandantes, el *Kronprinz*, como militar es una incógnita, mientras que el príncipe Federico Carlos sin duda no reveló aptitudes de gran comandante durante la guerra de Dinamarca.

El ejército austríaco no tiene tales subdivisiones: los comandantes de los cuerpos de ejército están subordinados directamente al general Benedek. Por consiguiente, también en lo que respecta a la organización del ejército, los austríacos superan a sus enemigos.

Los soldados prusianos, sobre todo los reservistas y el Landwehr, a quienes hubo que convocar para completar los efectivos (y su número fue bastante importante) van a la guerra contra su voluntad; los austríacos, por el contrario, deseaban desde hace tiempo la guerra contra Prusia y aguardan con impaciencia la orden de partir. En consecuencia, también tienen ventajas en cuanto al *estado moral* de las tropas.

En el trascurso de 50 años, Prusia no libró guerras de importancia; su ejército, en general, es un ejército de tiempo de paz, en el que imperan la pedantería y el formalismo, característicos de todos los ejércitos en esas condiciones. No hay duda de que en este último período, sobre todo desde 1859, se hizo mucho para dejar a un lado esas características; pero no es tan fácil desarraigar los hábitos adquiridos en cuarenta años, y aún pueden hallarse muchos pedantes incapaces, sobre todo en los puestos de mayor importancia, o sea, entre los comandantes del ejército en operaciones. Los austríacos, en cambio, están bien curados de esa enfermedad, gracias a la guerra de 1859, y han aprovechado de la mejor manera la experiencia comprada a tan alto precio. Es indudable que igualmente en cuanto a la organización de los detalles, destreza militar y experiencia, los austríacos superan a los prusianos.

Aparte de las tropas rusas, sólo las prusianas adoptan como formación de combate normal la columna profunda y cerrada. Imaginemos las ocho compañías del batallón inglés en columna a distancias acortadas, y el frente formado no con una compañía, sino con dos, de modo que cada cuatro hileras de dos compañías formen una columna, y tendremos la "columna de asalto prusiana". No se puede concebir mejor blanco para el fuego de los cañones rayados, y puesto que éstos disparan desde una distancia de 2.000 yardas, con tal disposición resultará casi imposible que la columna pueda aproximarse al enemigo. El gran problema es saber si no bastará que irrumpa un solo proyectil en esa masa para que este batallón pierda su capacidad de combatir.

Los austríacos adoptaron en su ejército la columna francesa muy dispersa, a la que inclusive resulta difícil llamar columna, porque más bien se trata de dos o tres filas, dispuestas sucesivamente, a una distancia de 20 a 30 yardas, es dudoso que tal columna sufra pérdidas mayores que la columna desplegada ante la acción del fuego de la artillería. Las ventajas de la formación táctica también están de parte de los austríacos.

Los prusianos sólo pueden oponer dos elementos a todas estas ventajas. Su intendencia es mejor, sin duda, por lo que también será mejor la alimentación de sus tropas. La intendencia austríaca —a semejanza de toda su administración— es una guarida de soborno y dilapidación, y difícilmente mejor que la rusa. Ya tenemos noticias de que las tropas se alimentan mal y de modo irregular; en el campo de batalla y en las fortalezas la situación será aún peor, y, por consiguiente, la administración austríaca puede resultar un enemigo más peligroso que la artillería italiana para las fortalezas del rectángulo.

Otra ventaja de los prusianos es su mejor armamento. Aunque su artillería rayada es mucho mejor que la austríaca, esto no tendrá gran importancia en campo abierto. El alcance, trayectoria y precisión de las armas prusianas y austríacas es más o menos igual, pero los prusianos cargan sus fusiles por la culata, por lo que pueden lanzar desde sus filas un fuego ininterrumpido y preciso, tirando no menos de cuatro veces por minuto. La gran superioridad de este arma quedó demostrada en la guerra dinamarquesa[47], y es seguro que los austríacos experimentarán en carne propia sus efectos en grado mucho mayor. Si, como se afirma, según las indicaciones de Benedek, pasan en seguida a la carga a la bayoneta, sin perder mucho tiempo en mantener el fuego, sufrirán grandes pérdidas. En la guerra danesa, las bajas de los prusianos jamás pasaron de la cuarta parte, y a veces sólo alcanzaron a un décimo de las sufridas por los dinamarqueses; y, tal como señaló hace poco tiempo y con toda justicia uno de los corresponsales militares del *Times*, en casi todas partes los daneses experimentaron la derrota ante tropas mucho menores del enemigo.

Sin embargo, a pesar del fusil de aguja, la superioridad no está de parte de los prusianos; y si éstos no llegan a ser derrotados en la primera batalla de importancia debido a la superioridad del comando, la organización, la formación de combate y el *estado moral* de los austríacos y, por fin, lo cual es no menos importante, debido a sus propios comandantes, deberán poseer ciertamente un valor muy diferente del que puede esperarse de un ejército cuya existencia trascurrió en condiciones de paz durante cincuenta años.

II

El público comienza a mostrar impaciencia ante la evidente inacción de los dos grandes ejércitos en el límite de Bohemia. Pero esta tardanza se explica por muchos motivos. Los austríacos y los prusianos conocen a la perfección la importancia del próximo encuentro: puede decidir el desenlace de toda la campaña. Unos y otros envían hacia el frente a toda prisa a cuantos pueden movilizar; los austríacos lanzan una parte de las nuevas clases (los cuartos y quintos batallones de los regimientos de infantería); los prusianos, las unidades del Landwehr, al principio destinadas sólo al servicio de las guarniciones.

Al mismo tiempo, uno y otro bando maniobran, al parecer, para colocarse en la situación más ventajosa respecto del enemigo, con el fin de comenzar la campaña en las condiciones estratégicas más propicias. Para comprender este punto debemos echar una ojeada al mapa y estudiar la zona en que están distribuidos ambos ejércitos.

Supongamos que Berlín y Viena son los puntos naturales para la retirada de los dos ejércitos, y que por eso los austríacos intentarán apoderarse de Berlín, y los prusianos de Viena: en tal caso existen tres caminos para las operaciones de unos y otros. Un gran ejército necesita un extenso territorio, cuyos recursos le permitan subsistir durante la campaña; al mismo tiempo, la necesidad de un rápido desplazamiento lo obliga a realizar la marcha en varias columnas, por caminos paralelos, según el número de sus efectivos; por eso la línea de su frente se extenderá y puede fluctuar entre 16 y 60 millas, por ejemplo, de acuerdo con la proximidad del enemigo y la distancia existente entre los caminos.

El primer camino puede ser el que se extiende por la margen izquierda del Elba y el Moldava, a través de Leipzig y Praga. Es evidente que en él cada uno de los bandos en pugna deberá atravesar dos veces el río, la segunda a la vista del enemigo. Si se supone que uno y otro ejército, cuando avancen por este camino, intentarán bordear el flanco del enemigo, éste, si marcha por un camino más directo, y, por consiguiente, más corto, podría adelantarse al otro aun antes del cauce del río, y si lograra rechazarlo, podría avanzar directamen-

te hacia la capital del adversario. Dicho camino es igualmente inconveniente para ambos ejércitos, y por eso no es necesario tomarlo en consideración.

El segundo pasa por la margen derecha del Elba, entre este río y la cadena montañosa de los Sudetes, que separa Silesia de Bohemia y Moravia. Casi coincide con la línea recta de Berlín a Viena; por la parte de la misma que separa ahora a los dos ejércitos pasa la línea férrea de Lobau a Pardubice. Esta vía férrea corta la zona de Bohemia limitada al sur y al oeste por el Elba, y al nordeste por las montañas. Hay allí muchos caminos excelentes, y si ambos ejércitos fueran al encuentro, el choque se produciría precisamente en ese lugar.

El tercero pasa por Breslau, y luego por la cadena de los Sudetes, de escasa altura en el límite de Moravia, donde la atraviesan varios caminos excelentes, y más elevada y abrupta en los montes de los Gigantes, que constituyen el límite de Bohemia. Por ahí pasan muy pocos caminos; en el trayecto de 40 millas que separa a Trautenau de Reichenberg, toda la parte noreste de la cordillera no tiene un solo camino militar. El único camino allí existente, que se extiende de Hirschberg al valle de Isère, se interrumpe en el límite austríaco. De ello se deduce que todo ese obstáculo de una longitud de 40 millas no puede ser atravesado al menos por un gran ejército, con sus innumerables convoyes, y que en un avance sobre Breslau, o a través de Breslau, es necesario cruzar las montañas hacia el sudoeste desde los montes de los Gigantes.

¿En qué situación se encontrarán ambos ejércitos con respecto a sus comunicaciones al chocar en este camino?

Si los prusianos avanzaran desde Breslau hacia el sur, desguarecerían sus comunicaciones con Berlín. Si los austríacos tuvieran la seguridad absoluta de la victoria, podrían permitir a los prusianos que avanzaran hasta el campo fortificado de Olmütz, que contendría su movimiento, mientras que ellos mismos podrían marchar hacia Berlín, contando con restablecer, mediante una victoria decisiva, las comunicaciones transitoriamente interrumpidas; o podrían enfrentar a las columnas prusianas dispersas, cuando éstas descendieran de las montañas, y, en el caso de obtener éxito, rechazarlas hacia Glogau y Poznan, con lo cual se apoderarían de Berlín y de la mayor parte de las provincias prusianas. Por eso, la ofensiva por Breslau sólo sería conveniente para los prusianos si contaran con una importante superioridad numérica.

Los austríacos se encuentran en situación muy distinta. Tienen la ventaja de que la mayor parte de su monarquía se encuentra situada al sudeste de Breslau, o sea en la *prolongación directa* de la línea que va de Berlín a Breslau. Después de haber fortificado la margen septentrional del Danubio cerca de Viena lo suficiente como para que la ciudad se encuentre defendida en el caso de un

ataque repentino, pueden sacrificar transitoriamente, e inclusive durante un lapso más o menos prolongado, las comunicaciones directas con Viena, y traer hombres y municiones desde Hungría. Por consiguiente, pueden actuar con igual seguridad en dirección a Lobau y a Breslau, hacia el norte o hacia el sur de las montañas; tienen mucha más libertad de maniobra que su adversario.

Pero todavía hay otra causa que obliga a los prusianos a obrar con cautela. La distancia desde el límite septentrional de Bohemia hasta Berlín es más o menos la mitad de la existente hasta Viena; por lo tanto, la posición de Berlín es mucho más peligrosa. Viena está defendida por el Danubio, tras el cual puede guarecerse un ejército derrotado, como también por las fortificaciones levantadas hacia el norte de ese río, y por el campamento fortificado de Olmiitz, junto al cual los prusianos no podrían pasar impunemente, sin ser advertidos, si las fuerzas principales del ejército austríaco ocuparan, después de la derrota, posiciones en ese punto. Berlín no tiene defensas como esas, fuera del ejército de campaña. En tales circunstancias, e inclusive si se dieran las condiciones que expusimos con todo detalle en nuestro primer artículo, es evidente que sólo quedaría a los prusianos la alternativa de defenderse.

Estas mismas circunstancias, como también la apremiante situación política, casi obligan a que Austria emprenda la ofensiva. Una sola victoria puede asegurarle un gran éxito, mientras que una derrota no quebrantará la fuerza de su resistencia.

El plan estratégico de la campaña es por fuerza de una extremada simplicidad. Quienquiera sea el primero en emprender la ofensiva, se hallará ante una alternativa: amagar en dirección hacia el *noroeste* de los montes de los Gigantes, lanzando la verdadera ofensiva hacia el sudeste de los mismos o *a la inversa*. El obstáculo de 40 millas tiene una importancia decisiva en el teatro de las operaciones militares, y los ejércitos deben tender hacia él. Aún tendremos noticias sobre batallas en los dos puntos extremos de esta barrera, y pocos días después de esto se hará evidente la dirección de la verdadera ofensiva, y también, quizás, la suerte de la primera campaña. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que para dos ejércitos de tan escasa movilidad, colocados frente a frente, el camino más directo es al mismo tiempo el más seguro, y que las dificultades y peligros del avance de tropas tan numerosas en columnas separadas por diversos caminos, a través de una región montañosa de difícil acceso, casi con seguridad hará emprender a los dos ejércitos el camino que conduce de Lobau a Pardubice.

Hasta ahora se han producido los siguientes desplazamientos: durante la primera semana de junio los prusianos concentraron su ejército sajón a lo largo del límite de Sajonia, desde Zeitz hasta Gorlitz, y su ejército silesiano desde Hirschberg hasta el Neisse. Hacia el 10 de junio se acercaron uno al otro, te-

niendo el ala derecha sobre el Elba, cerca de Torgau, y la izquierda cerca de Waldenburg. Luego, del 12 al 16, el ejército silesiano, compuesto ahora por los cuerpos primero, quinto y sexto, y la guardia, se extendió de nuevo hacia el este, esta vez hasta Ratibor, o sea, hasta el ángulo extremo del sudeste de Silesia. Esto aparenta ser una demostración, en particular por el hecho de que la guardia, que por lo común opera con las fuerzas principales,, haya marchado al frente". Pero si es algo más que una demostración, y si no se han adoptado las medidas para enviar de regreso hacia Gorlitz a estos cuatro cuerpos en el primer momento en que fuese necesario, y en el lapso más breve, este agrupamiento de 120.000 hombres en un rincón alejado es un error evidente; puede ocurrir que pierdan toda posibilidad de retroceder y todo contacto con el resto del ejército.

Con respecto a los austríacos, poco sabemos, excepto que fueron concentrados en torno de Olmütz. El corresponsal del periódico *Times*, que se encuentra en su campamento, comunica que el sexto cuerpo, cuyos efectivos alcanzan a 40.000 hombres, llegó el día 19 de Weiskirchen a Olmütz, lo cual es una prueba de su marcha hacia el oeste. Agrega que el día 21, el cuartel general debe ser trasladado a Trubau, sobre el límite entre Moravia y Bohemia. Este desplazamiento indicaría un avance en aquella dirección, si la noticia no tuviera la apariencia de una falsa información enviada a Londres, con el fin de que luego se trasmita por telégrafo al cuartel general prusiano, para inducirlo en error. Un general como Benedek, que guarda con tanto celo el secreto militar, y manifiesta tanta antipatía hacia los corresponsales de los periódicos, difícilmente comunicará el día 19 dónde se encontrará su cuartel general el 21, si no tiene motivos particulares para hacerlo.

Antes de concluir, resumiremos las operaciones que tuvieron lugar en el noroeste de Alemania. Los prusianos contaban allí con más tropas de las que se sabía al principio. Tenían 15 batallones en Holstein, 12 en Minden y 18 en Wetzlan Con rápidos desplazamientos concéntricos, durante los cuales las tropas pusieron de manifiesto una aptitud absolutamente inesperada para las marchas forzadas, ocuparon en dos días toda la parte del país situada al norte de la línea que se extiende de Coblenza a Eisenach, y todas las vías de comunicación existentes entre las regiones orientales y occidentales del reino. Las tropas de Hessen, unos 7.000 hombres, se las ingeniaron para escabullirse, pero para los 10.000 ó 12.000 de Hannover quedó cortado el camino de retirada en línea recta hacia Francfort, y ya el día 17 las tropas restantes del séptimo cuerpo de ejército prusiano, formado por 12 batallones, conjuntamente con los dos batallones de Coburgo, llegaron a Eisenach, desde el Elba. Por lo tanto, los de Hannover parecen estar rodeados por todos lados, y sólo pueden salvarse en el caso de que los prusianos revelen una increíble estupidez. En cuanto su suerte quede sellada, el ejército, compuesto por 50 batallones prusianos, quedará liberado y podrá avanzar contra el ejército aliado que el príncipe Alejan-

dro de Darmstadt está formando en Francfort, y que constará aproximadamente de 23.000 hombres de Wurtemburgo, 10.000 de Darmstadt, 6.000 de Nassau, 13.000 de Badén (que se están movilizando ahora), 7.000 de Hessen y 12.000 austríacos que ya se encuentran en camino desde Salzburgo; en total, unos 65.000 hombres, que quizás aún sean reforzados con diez o veinte mil bávaros. Se informa que unos 60.000 hombres de estas tropas ya han sido concentrados en Francfort, y que el príncipe Alejandro resolvió pasar a la ofensiva, volviendo a ocupar Hessen el día 22. Pero esto no tiene la menor importancia. Los prusianos no lo atacarán mientras no concentren sus fuerzas como es debido, y luego, cuando cuenten con 70.000 hombres de todas las armas, y con equipos superiores, podrán derrotar rápidamente a este abigarrado ejército.

III

La primera gran batalla de importancia no se libró en Bohemia, sino en Italia, y el rectángulo volvió a servir de lección de estrategia para los italianos. La capacidad de resistencia de esta famosa posición, como de todas las posiciones fortificadas que tienen alguna importancia, consiste no tanto en las elevadas condiciones defensivas de sus cuatro fortalezas, como en el hecho de que éstas están dispuestas en un lugar de gran superioridad militar, de tal manera que el bando atacante casi siempre se encuentra en la necesidad, y muchas veces en la obligación, de dividir sus fuerzas y atacar en dos direcciones diferentes, mientras que el ejército defensivo puede concentrar todas las suyas contra uno de los grupos que avanzan y derrotarlo merced a la superioridad numérica, para lanzarse luego contra el otro. Este fue el error que también cometió el ejército italiano. Mientras el rey permanecía con once divisiones junto al Mincio, Cialdini se encontraba con cinco divisiones en la parte inferior del Po, cerca de Ponte Lagoscuro y Polessela. La división italiana está formada por 17 batallones, con 700 hombres cada uno. Por consiguiente, incluyendo la caballería y la artillería, Víctor Manuel tenía por lo menos de 120.000 a 125.000 hombres. Cialdini, en cambio, más o menos la mitad de esa cifra. Mientras el día 23 el rey cruzaba el Mincio, Cialdini debía atravesar el curso inferior del Po y actuar en la retaguardia de los austríacos. Pero sobre este movimiento no hemos recibido aún noticia fidedigna alguna. En todo caso, los 60.000 hombres de Cialdini que quizá podrían haber cambiado, y probablemente así lo hicieron, el curso de la batalla de Custozza durante el domingo pasado, no han logrado hasta ahora una posición tan ventajosa como para compensar la pérdida de una importante batalla.

El lago Garda está situado entre dos contrafuertes de los Alpes, que forman al sur de aquél dos grupos de colinas, entre las cuales el Mincio se abre paso hacia las lagunas de Mantua. Ambos grupos constituyen fuertes posiciones militares; desde sus declives meridionales se observan el valle de Lombardía, que puede ser atacado desde allí con fuego de artillería. Dichas colinas son

muy conocidas en la historia militar. El. grupo del oeste, situado entre Peschiera y Lonato, fue el campo de las batallas libradas junto a; Castiglione y Lonato en 1797, y de Solferino en 1859. En 1848 se combatió durante tres días por la conquista del grupo oriental, situado entre Peschiera y Verona; la lucha del domingo pasado también fue por la conquista de esa posición.

En su declive hacia el Mincio, el grupo oriental de colinas se transforma por un lado en un valle, junto a Valleggio, y por el otro —en forma de un largo arco orientado hacia el sudeste— baja hasta el Adigio y se extiende hasta Bussolengo. En la dirección norte-sur, el conjunto de colinas está dividido en dos partes casi iguales por un desfiladero por el cual fluye el riacho de Tione. Por consiguiente, las tropas que avanzan desde el Mincio deben vadear al principio el río, para volver a tropezar en seguida con un nuevo obstáculo: el desfiladero. En la base de la pendiente, junto al valle, hacia el este del desfiladero, se encuentran las siguientes aldeas: en el extremo meridional, Custozza; más al norte siguen Somma Campagnia, Saona y Santa Giustina. La vía férrea que une a Peschiera con Verona corta las colinas en Somma Campagnia y la carretera las atraviesa en Saona.

En 1848, los piamonteses, después de tomar Peschiera, bloquearon Mantua y, ocupando con sus tropas centrales las colinas orientales, extendieron sus líneas desde Mantua hasta Rívoli, sobre el lago Garda. El 23 de julio, Radetzky avanzó desde Verona con siete brigadas y, después de quebrar en el centro las líneas demasiado extendidas del enemigo, se apoderó de esas colinas. Los días 24 y 25 los piamonteses volvieron a intentar la conquista de esta posición, pero el 25 sufrieron una aplastante derrota y en seguida retrocedieron, a través de Milán, hasta la otra margen del Ticino. Esta primera batalla junto a Custozza decidió la suerte de la campaña de 1848.

Sobre la batalla del domingo pasado hay telegramas bastante contradictorios del cuartel general italiano; sin embargo, por los despachos telegráficos del otro bando, podemos formarnos una idea más o menos clara de los sucesos. Víctor Manuel destinó su primer cuerpo (general Durando, cuatro divisiones, o sea, 68 batallones) a ocupar posiciones entre Peschiera y Verona, a fin de tener la posibilidad de proteger el asedio de Peschiera. Estas posiciones, sin duda, debían ser Saona y Somma Campagnia. El segundo cuerpo (del general Cucciari, formado por tres divisiones, o sea, 51 batallones) y el tercer cuerpo (del general Della Rocca, con iguales fuerzas) debían vadear simultáneamente el Mincio para proteger las operaciones del primer cuerpo. Éste, después de haber cruzado, probablemente en las cercanías de Saliongo o más al sur, avanzó en seguida hacia las colinas. El segundo cuerpo, que vadeó el río en Valleggio, y el tercero, que lo hizo en Goito, avanzaron por el valle. Todo esto ocurrió el sábado 23. La brigada austríaca de Pulz, que se encontraba de guardia junto al Mincio, retrocedió con lentitud hacia Verona. El domingo, en el aniversario de

Solferino, todo el ejército austríaco salió de Verona al encuentro del enemigo. Según parece, alcanzó a ocupar las alturas de Saona y Somma Campagnia, y también el extremo oriental del desfiladero de Tiona, antes de que llegaran los italianos. Después de esto la lucha debía librarse principalmente por la conquista del paso a través del desfiladero. Los dos cuerpos que avanzaron sobre el valle desde el límite meridional actuaron evidentemente en forma conjunta con el primer cuerpo italiano que había ocupado las colinas, por lo cual Custozza pasó a sus manos. Los italianos que operaban en el valle fueron avanzando en forma gradual en dirección a Verona, con el fin de atacar el flanco y la retaguardia de los austríacos; éstos, en cambio, probablemente lanzaron sus tropas para rechazar ese ataque. Por consiguiente, la línea del frente de ambos ejércitos, de las cuales una debía ser desplegada al principio hacia el este, y la otra hacia el oeste, giraron un cuarto de circunferencia, con lo cual los austríacos se situaron de frente al sur, y los italianos al norte. Pero como las colinas están orientadas desde Custozza en dirección al nordeste, el movimiento de flanco de los cuerpos italianos segundo y tercero no podía ejercer una influencia inmediata sobre la situación del primer cuerpo, que ocupaban estas colinas, porque no podían avanzar lo suficiente, sin poner en peligro a las tropas que realizaban el flanqueo. Por consiguiente, los austríacos, al parecer, opusieron a los cuerpos segundo y tercero las tropas necesarias para rechazar la primera embestida, lanzando al mismo tiempo todas las fuerzas disponibles contra el primer cuerpo, al que derrotaron gracias a su superioridad numérica. El éxito fue completo. El primer cuerpo, después de un combate encarnizado, fue rechazado, y los austríacos tomaron por asalto a Custozza. Por tal causa el ala derecha italiana, que avanzó hacia el este y el nordeste, del otro lado de Custozza, se vio sometida al parecer a un serio peligro, por lo que tuvo lugar una nueva batalla por esa misma aldea, durante la cual, evidentemente, se restableció la comunicación interrumpida y se contuvo la ofensiva de los austríacos desde Custozza. Sin embargo, la aldea quedó en sus manos, y aquella misma noche los italianos debieron atravesar el Mincio en sentido inverso.

Damos este rápido resumen, no en carácter de investigación histórica, ya que para eso faltan aún numerosos detalles, sino sólo como una tentativa de establecer —con el mapa en las manos— una coherencia desde el punto de vista militar, entre los distintos partes sobre estos acontecimientos, y estamos convencidos de que si los despachos han sido exactos y completos, aunque sólo fuese hasta cierto punto, nuestra exposición no habrá diferido del cuadro general de la batalla.

Los austríacos perdieron unos 600 soldados, que fueron tomados prisioneros; los italianos aproximadamente 2.000 hombres y algunos cañones. Esto indica que para los italianos la batalla no fue una catástrofe, sino sólo una derrota. Las fuerzas de ambos bandos fueron probablemente más o menos iguales, aunque es muy posible que los austríacos tuvieran bajo el fuego menos

tropas que su adversario. Los italianos tienen todos los motivos para estar satisfechos de que los austríacos no los arrojaran al Mincio; el primer cuerpo, situado entre este río y la garganta, en una franja de tierra de dos a cuatro millas, se encontró en situación muy difícil al enfrentar a las fuerzas superiores del enemigo. Se cometió un error indudable al enviar las fuerzas principales al valle, desdeñando las alturas dominantes, cuya importancia es decisiva. Pero el error más grave, como ya lo señalamos, fue el hecho de dividir el ejército, dejando a Cialdini con 60.000 hombres en el curso inferior del Po, para emprender la ofensiva únicamente con el resto de las fuerzas. Cialdini podía ayudar a obtener la victoria en Verona, para luego volver hacia la desembocadura del Po y cruzar el río con mucho mayor facilidad, en el caso de que tal maniobra combinada debiera cumplirse a toda costa. Pero por ahora está en el mismo lugar que el primer día, y es posible que deba hacer frente a enemigos aún más fuertes. Es probable que los italianos ya no se hayan convencido de que tienen que habérselas con un enemigo en extremo inflexible. En la batalla de Solferino, Benedek, al frente de 26.000 austríacos, rechazó durante un día entero al ejército piamontés, que lo doblaba en número, hasta que recibió la orden de retirarse, porque los franceses habían derrotado a otro cuerpo. El ejército piamontés era entonces superior al actual ejército italiano; estaba mejor instruido, era más homogéneo y tenía mejores mandos. El actual ejército italiano se formó hace poco tiempo, y por eso tiene todas las deficiencias propias de esta clase de ejércitos, mientras que el austríaco es, en la actualidad, muy superior al del año 1859. El entusiasmo nacional tiene gran importancia para la lucha, pero sin disciplina y organización, sólo con entusiasmo, nadie puede ganar una batalla. Incluso los "mil" de Garibaldi no eran simplemente una multitud de entusiastas; eran hombres que habían pasado por un adiestramiento militar, que en 1859 habían aprendido a obedecer las órdenes y a soportar el fuego. Cabe esperar que el Estado Mayor del ejército italiano, por su propio interés, se abstenga de emprender acciones precipitadas contra un ejército que, aunque numéricamente más débil, es por su esencia más fuerte, y que además ocupa una de las posiciones más fuertes de Europa.

IV

Supongamos que se pregunta a un joven alférez o cadete prusiano, en su examen para obtener el grado de teniente, cuál sería el plan más seguro para que el ejército prusiano invadiera a Bohemia. Imaginemos que el joven oficial responde: "El mejor procedimiento sería dividir las tropas en dos partes más o menos iguales, enviando una de éstas a dar un rodeo por el este de los montes de los Gigantes y la otra por el este, de modo que ambas se unieran en Hulcin". ¿Qué diría el oficial examinador? Le respondería que este plan atenta contra dos leyes básicas de la estrategia; en primer lugar, nunca se debe dividir las tropas propias de modo que las partes no estén en condiciones de ayudarse entre sí, sino que, por el contrario, es preciso conservarlas muy próximas; en

segundo término, en el caso de avanzar por caminos diferentes, las diversas columnas deben unirse en un punto situado fuera del alcance del enemigo; que por eso el plan propuesto es el peor entre todos los posibles; que sólo se lo podría tener en cuenta si Bohemia estuviese absolutamente libre de tropas enemigas, y que, por consiguiente, un oficial que presenta semejante plan ni siquiera es digno del grado de teniente.

Sin embargo, tal es el plan adoptado por el sabio y prudente Estado Mayor prusiano. Resulta casi increíble, pero es así. El error que debieron pagar los italianos en Custozza fue repetido de nuevo por los prusianos, y en condiciones que lo tornaban diez veces más desastroso. Los italianos sabían por lo menos, que con sus diez divisiones superaban numéricamente al enemigo. Los prusianos debían saber que sus nueve cuerpos en conjunto apenas equivalían en número, en el mejor de los casos, a los ocho cuerpos de Benedelc, y que, al dividir sus fuerzas, condenaban a ambos ejércitos, casi con seguridad, a sufrir sucesivas derrotas frente a fuerzas adversarias superiores. Si no fuera que el comandante en jefe es el rey Guillermo, resultaría incomprensible que tal plan haya podido ser considerado, y más aún adoptado, por un grupo de oficiales que, como los que forman el Estado Mayor prusiano, tanto conocen su oficio. Sin embargo, nadie podía esperar que las funestas consecuencias de que el comando superior estuviese en manos de emperadores y príncipes se pusieran de manifiesto con tanta fuerza y rapidez. Los prusianos están librando actualmente en Bohemia una lucha de vida o muerte. Si los austríacos logran impedir que ambos ejércitos se unan en Hulcin o en sus cercanías; si cada uno de éstos, después de ser derrotado, se ve obligado a retirarse de Bohemia, con lo que se aleja más aún del otro ejército, podrá afirmarse que la campaña en esencia ha terminado. Entonces Benedek podrá despreocuparse totalmente del ejército del Kronprinz, mientras éste se retira hacia Breslau, para perseguir con todas sus fuerzas al del príncipe Federico Carlos, que difícilmente podría evitar su completa destrucción.

El problema es si se logrará impedir esa unión. Hasta ahora no tenemos noticias sobre los sucesos ocurridos después de la noche del viernes 29. Los prusianos, expulsados el día 28 por el general Edelsheim de Hulcin (este punto se denomina en Bohemia Hultschin), afirman que el día 29 atacaron de nuevo la ciudad; tal es la última información de que disponemos. Al mismo tiempo, la unión aún no se produjo; por lo menos cuatro cuerpos austríacos, y también las tropas del cuerpo de ejército sajón, combatieron entonces contra cinco o seis cuerpos prusianos.

Cuando las diversas columnas del ejército del Kronprinz descendían por las colinas de Bohemia hacia la llanura, les salieron al encuentro los austríacos, que ocupaban puntos favorables, en los sitios donde el valle se ensancha; esto les permitía oponer a las columnas prusianas un frente más amplio y realizar

intentos para impedir su despliegue; los prusianos, en tanto, podían enviar sus destacamentos adonde fuese posible, a través de los valles laterales, para atacar al enemigo por el flanco y la retaguardia. Esto es lo que ocurre siempre en una guerra de montaña, y así se explica el gran número de prisioneros que se toman siempre en tales circunstancias. Por otro lado, los ejércitos del príncipe Federico Carlos y Herbart von Bittenfeld, al parecer, pasaron por los desfiladeros sin encontrar casi ninguna resistencia; los primeros choques se produjeron en el cauce del Isère, o sea casi a mitad de camino de los puntos de partida de ambos ejércitos. Sería inútil tratar de desenmarañar y hacer concordar los telegramas recibidos durante los últimos dos o tres días, que son en extremo contradictorios y que a menudo no contienen el menor atisbo de veracidad.

Los resultados de la batalla inevitablemente debían ser muy variables; a medida que llegaban fuerzas de refresco, la victoria se iba inclinando hacia uno u otro lado. Sin embargo, hasta el viernes, los resultados parecían favorecer a los prusianos. Si éstos se sostuvieron en Hulcin no hay duda de que la unión se establecería el sábado o domingo, v entonces habría pasado para ellos el peligro principal. El combate decisivo por la posibilidad de la reunión trascurriría, muy probablemente, desde ambos bandos con masas concentradas de tropas y, por lo menos, debería resolver la suerte de la campaña durante cierto tiempo. Si los prusianos resultaran vencedores, se librarían en seguida de todas las dificultades que ellos mismos se crearon, aunque podrían lograr estas ventajas, e inclusive otras más importantes, sin exponerse a tales peligros innecesarios.

El combate, al parecer, fue muy intenso. La primera brigada austríaca que entró en contacto con los prusianos fue la "negro-amarilla" que en Schleswig atacó Königsberg cerca de Oberselk, un día antes de la evacuación de Dannewirck. Se la llama negro-amarilla por el color de las presillas, cuellos y puños de los dos regimientos que la integran y siempre fue considerada como una de las mejores brigadas. Sin embargo, resultó derrotada a causa del fusil de aguja, y más de 500 hombres de uno de sus regimientos (de Martini) fueron hechos prisioneros, después de que dicha brigada atacó inútilmente cinco veces consecutivas las líneas prusianas. En el combate siguiente fueron tomadas las banderas del tercer batallón, del regimiento de Deutschmester. Este regimiento, reclutado exclusivamente en Viena, se considera el mejor de todo el ejército. Por consiguiente, las mejores tropas ya fueron lanzadas al combate. Los prusianos, que desde mucho tiempo atrás no veían batallas, combatieron, por lo visto, de manera brillante. Cuando la guerra se declaró de verdad, el estado moral del ejército cambió de raíz, sobre todo por la expulsión de toda una jauría de monarcas del noroeste de Alemania. Dejando a un lado que esto en realidad fuera así —aquí nos limitamos a dejar constancia de un hecho—, todo ello inspiró a las tropas la idea de que ésta vez estaban llamadas a luchar por la unificación de Alemania, y los hombres de la reserva, que hasta entonces se habían mostrado descontentos y taciturnos, como también los del Landwehr,

cruzaron la frontera austríaca con estridentes y jubilosos gritos. Esta fue la causa principal de que combatieran tan bien; pero a la vez debemos atribuir gran parte de sus éxitos a sus fusiles de retrocarga; y si llegan a salir de las dificultades que les crearon de modo tan precipitado sus generales, deberán dar las gracias al fusil de aguja. También ahora son unánimes las noticias sobre sus ventajas respecto del fusil que se carga por el cañón. Un suboficial del regimiento de Martini que fue hecho prisionero, declaró al corresponsal del *Kölnische Zeitung:* "En realidad, hicimos todo lo que puede esperarse de soldados valientes, pero nadie es capaz de resistir un fuego tan nutrido". Si los austríacos resultan derrotados, no será tanto por culpa del general Benedek o del general Ramming, como del general "baqueta" (*General Ramrod*).

En el noroeste los de Hannover se rindieron después de considerar con sensatez la situación creada por la resuelta ofensiva lanzada contra ellos por las tropas al mando del general Fliess, vanguardia de las tropas del general Manteuffel. Gracias a ello, se liberan 59 batallones prusianos para las operaciones contra las tropas aliadas. En realidad, ha llegado el momento de hacer esto, antes de que Baviera se pertreche totalmente, porque, en caso contrario, se necesitaría una cantidad mucho mayor de tropas para someter al sudoeste de Alemania. Como se sabe, Baviera siempre actúa con lentitud y se retrasa en sus preparativos bélicos, pero cuando los termina puede presentar de 60.000 a 80.000 excelentes soldados. Es posible que pronto tengamos noticias sobre una rápida concentración de prusianos en el Meno y sobre operaciones activas contra el príncipe Alejandro de Hessen-Darmstadt y su ejército.

V

La campaña que los prusianos iniciaron por un error estratégico excepcional fue proseguida con tal energía táctica, que en el curso de ocho días fue conducida hacia un final victorioso para ellos.

En el artículo anterior dijimos que el plan prusiano de invadir Bohemia con dos ejércitos, separados por los montes de los Gigantes sólo podía ser aprobado en el caso de que en Bohemia no hubiera tropas enemigas. Es evidente que el plan secreto del general Benedek consiste, sobre todo, en crear esa situación. Al parecer, en la parte noroeste de Bohemia, donde, desde el comienzo mismo, calculábamos que se debían desarrollar los combates decisivos, había en total dos cuerpos de ejército austríacos: el primero (de Clam-Gallas) y el sexto (de Ramming). Si esto se hizo para atraer a los prusianos a una trampa, concluyó en que el propio Benedek cayó en ella. De todos modos, el avance de los prusianos por dos direcciones —separadas por 40 a 50 millas, en una comarca inaccesible— hacia el punto de unión, situado a una distancia de dos jornadas completas del punto de partida, y además dentro del frente enemigo, es en cualesquiera circunstancias una maniobra muy peligrosa que podría significar

la derrota completa, si no fuera por la extraña lentitud de Benedek, la inesperada presión de las tropas prusianas y su fusil de retrocarga.

La ofensiva del príncipe Federico Carlos con tres cuerpos (el tercero, el cuarto y el segundo, este último como reserva) se llevó a cabo a través de Reichenberg, hacia el norte de montañas que resultaba difícil cruzar, y desde cuyo lado meridional avanzó el general Herbart con un cuerpo y medio (el octavo y una división del séptimo). Al mismo tiempo, el Kronprinz, con los cuerpos primero, quinto y séptimo y la guardia, se encontraba en las montañas, junto a Glatz. De tal modo, el ejército fue dividido en tres columnas: una, con 45.000 hombres, a la derecha; otra, con 90.000, en el centro, y la tercera, con 120.000 hombres, a la izquierda; y ninguna de ellas podía prestar ayuda a la otra, por lo menos durante varios días. Un general que estuviese al frente de tal cantidad de hombres tenía allí una ocasión inmejorable para derrotar a su enemigo por partes. Pero, al parecer, nada se hizo en ese sentido. El 26, el príncipe Federico Carlos tuvo en Turnau el primer encuentro de importancia con la brigada del primer cuerpo, con lo que estableció contacto con Herbart; el 27, este último ocupó Münchengrátz, mientras que la primera columna del ejército del Kronprinz —el quinto cuerpo— avanzaba hacia el otro lado de Nachod y derrotaba al sexto cuerpo austríaco (de Rarqming); el 28, que fue el único día algo afortunado para los prusianos, la vanguardia tomó Hulcin, pero fue expulsada de allí por la caballería del general Edelsheim; al mismo tiempo, el primer cuerpo del ejército del Kronprinz, después de sufrir algunas bajas, fue contenido en Trautenau por el décimo cuerpo de Gablenz; recobró la libertad de movimientos sólo merced al avance de la guardia hacia el Ipel por el camino que pasaba entre los cuerpos primero y quinto de los prusianos. El día 29, el príncipe Federico Carlos atacó Hulcin y el ejército del Kronprinz derrotó por completo a los cuerpos austríacos sexto, octavo y décimo. El día 30 fue magníficamente rechazada la tentativa del general Benedek de apoderarse de Hulcin con las fuerzas del primer cuerpo y el ejército sajón; después de ello se produjo la unión de los dos ejércitos prusianos. Las pérdidas de los austríacos fueron, por lo menos, de un cuerpo y medio, mientras que las de los prusianos no pasaron de la cuarta parte de esa cantidad.

Por consiguiente, vemos que el día 27 los austríacos sólo contaban con dos cuerpos de ejército, de 33.000 hombres cada uno; el 28 disponían de tres, y el 29 de cuatro; y, si los telegramas prusianos informaban la verdad, de parte del quinto (el cuarto cuerpo); el cuerpo de ejército sajón sólo podía acudir a prestar socorro el día 30. De modo que, durante todo este período faltaron dos cuerpos, y quizá tres, en el teatro de las operaciones, mientras que los prusianos concentraron todas sus fuerzas en Bohemia. Hasta la noche del 29, los efectivos austríacos en el teatro de las acciones militares difícilmente sobrepasaran los de cada uno de los dos ejércitos prusianos, y puesto que las tropas austríacas se incorporaban a la lucha en forma gradual y los refuerzos sólo llegaban

cuando, después de lanzadas al combate, sufrían una derrota, el resultado fue desastroso.

Se informa que el tercer cuerpo de ejército (del archiduque Ernest), que había combatido en Custozza, en cuanto terminó el combate fue enviado por ferrocarril hacia el norte; en algunas comunicaciones se menciona que se incorporó a las fuerzas de Benedek. Este cuerpo, con cuya incorporación todo el ejército constaría de nueve cuerpos, incluidos los sajones, no pudo llegar a tiempo para tomar parte en los combates que tuvieron lugar durante los últimos días de junio.

Cualesquiera fueran los errores del plan operativo de los prusianos, éstos los corrigieron con su rapidez y con la energía de sus acciones. Las operaciones de cada uno de los dos ejércitos estuvieron exentas de errores. Sus golpes fueron breves, fuertes y decisivos, y les aseguraron la victoria completa. Después de la unión de ambos ejércitos, su energía no se debilitó; siguieron avanzando, y ya el día 3 el ejército prusiano en su conjunto se encontró con las fuerzas unidas de Benedek, a las que asestó un golpe aplastante y definitivo.[48]

Resulta difícil suponer que Benedek aceptara por propia voluntad este combate. No hay duda de que la rápida persecución de los prusianos lo obligó a detenerse con todos sus efectivos en una posición sólida, para reagrupar sus fuerzas y enviar un día antes los convoyes del ejército en retirada; no esperaba un ataque diurno con fuerzas importantes, y confiaba en que se podría partir por la noche. Ningún hombre en su posición, con los cuatro cuerpos absolutamente derrotados y después de tan graves pérdidas, podía aspirar a una batalla inmediata y decisiva, cuando existía la posibilidad de una retirada segura. Pero es evidente que los prusianos lo obligaron a entablar combate, y de ello resultó la derrota completa de los austríacos; y si no se firma el armisticio, éstos intentarán llegar a Olmütz o a Viena, en las condiciones menos propicias, puesto que el menor movimiento de los prusianos para rodearlos por el flanco derecho cortaría el camino directo a la mayor parte de las tropas y las rechazaría hacia las colinas de Glatz, donde serían reducidas a prisión. Hace diez días que el Ejército del norte" —uno de los mejores de Europa— dejó de existir.

No cabe duda de que el fusil de aguja de fuego rápido desempeñó un importante papel en esta acción. Es improbable que sin este arma se lograra la unión de los dos ejércitos prusianos, y se puede afirmar con seguridad que ese enorme y rápido éxito no habría sido posible sin tal superioridad de fuego, ya que el ejército austríaco es, en general, menos propenso a dejarse llevar por el pánico que la mayor parte de los ejércitos europeos. Pero hubo también otras circunstancias que contribuyeron al éxito. Ya señalamos la excelente posición y las acciones decididas de ambos ejércitos prusianos durante su entrada en Bohemia. Podemos agregar que en esta campaña los prusianos abandonaron el

sistema de columnas y formaron sus fuerzas preferentemente en líneas desplegadas, de modo que se pudiera utilizar cada fusil y se preservara a los hombres de los efectos del fuego de artillería. Debemos reconocer que los movimientos, tanto durante la marcha como en la aproximación al enemigo, fueron realizados con un orden y precisión que nadie habría podido esperar de un ejército y de un mando cubiertos por la herrumbre de una paz de cincuenta años. Y, por último, el mundo entero debe asombrarse por el ímpetu demostrado por estas fuerzas jóvenes en todos los combates, sin excepción. Es fácil decir que todo fue obra de los nuevos fusiles; pero éstos no obraron por sí solos; hacían falta corazones valientes y brazos fuertes para combatir con ellos. Con frecuencia, las tropas prusianas combatieron contra fuerzas enemigas superiores, y casi siempre tomaron la ofensiva; por eso los austríacos podían elegir la posición. Sin embargo, en el ataque a posiciones fuertes y a ciudades con las calles obstruidas por barricadas, las ventajas de los nuevos fusiles desaparecen casi por completo; entonces comienzan a actuar las bayonetas, y en éstas recayó una ingente labor. Además, la caballería operaba con igual ímpetu; las únicas armas de los ataques de caballería eran el arma blanca y la rapidez de los caballos. Las falsas informaciones de los franceses respecto de la caballería prusiana, en el sentido de que ésta comenzaba por cubrir al enemigo con una granizada de balas de las carabinas (cargadas por la culata o de otra manera), para lanzarse luego sobre él con sus sables, sólo pudieron ser inventadas por aquellos cuya caballería recurría siempre a ese artificio, para recibir por ello el castigo de ser derrotada en todos los casos por las fuerzas superiores de un enemigo que ataca con ímpetu. No hay duda de que el ejército prusiano pasó en una semana a un lugar tan encumbrado como nunca había ocupado; y ahora se puede tener la seguridad de que está en condiciones de combatir con cualquier enemigo. No conocemos campaña alguna en que se haya logrado un éxito tan brillante en tan corto tiempo, sin sufrir algunas derrotas de importancia, exceptuando la batalla de Jena, en la que fue aniquilado todo el ejército prusiano de aquella época, y la de Waterloo, para no mencionar la derrota de Ligny.[49]

Escrito por F. Engels en inglés,
entre el 19 de junio y el 5 de julio de 1866.
Publicado por primera vez en el *Manchester Guardian*
el 20, 25 y 28 de junio, y el 3 y 6 de julio de 1866.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. I.

NOTAS

[46] La serie de artículos *Notas sobre la guerra de Alemania*, fue escrita por Engels a medida que recibía información sobre la marcha de la contienda entre Austria y Prusia (junio-julio 1876). En ésta, Prusia venció a su rival, eliminando de este modo el más poderoso obstáculo en el camino hacia la unificación de Alemania bajo su hegemonía. Del lado de Austria, participaron en la guerra varios Estados germanos (Hannover, Sajorna, Baviera y otros), cuya resistencia fue rápidamente quebrantada por Prusia. Aliada de Prusia fue Italia, que pese a los fracasos militares en tierra (en Custozza, el 24 de junio de 1866) y en el mar (en la isla Lissa, el 20 de junio), logró recuperar el territorio de Venecia como resultado de la victoria de Prusia sobre Austria en el teatro principal de operaciones (Bohemia). En la marcha de las operaciones bélicas, el mando prusiano cometió varios errores graves (deficiente organización de la administración y de las comunicaciones entre los ejércitos desplegados en un amplio frente, débil empleo de la artillería, incomprensión de la necesidad de modificar la táctica del combate, en virtud del amplio empleo del arma rayada). Sin embargo, el mando y el ejército austríaco, resultaron ser aún más débiles, por lo que Austria perdió rápidamente la guerra.

En los primeros artículos de esta serie, Engels expresó la suposición, que no llegó a justificarse, de una posible victoria militar de los austríacos, pero la rechazó en cuanto los partes de las operaciones militares le permitieron formarse una idea más exacta de la verdadera correlación de fuerzas. Además, debe tenerse en cuenta que su pronóstico, se basaba en los intereses de la unificación de Alemania por vía revolucionaria y en la consideración de que la derrota militar de la Prusia militarista y de los junkers podría provocar una revolución en Alemania, cuyo resultado sería la caída del régimen contrarrevolucionariomonárquico, tanto en Prusia como en Austria, y la creación de una república alemana. No obstante, el triunfo de Prusia en la guerra austroprusiana predeterminó la unificación de Alemania desde arriba, por vía antirevolucionaria.

[47] La *guerra de Dinamarca* —de Prusia y Austria contra Dinamarca— en 18664, fue la etapa preparatoria para la unificación de Alemania bajo la hegemonía de la Prusia contrarrevolucionaria. El objetivo del gobierno de los junkers encabezado por Bismarck, era anexar a Prusia los ducados de Schleswig y Holstein, sometidos a la corona danesa, intensificar la influencia de Prusia en Alemania, doblegar a la oposición liberal mediante victorias militares. Bismarck necesitaba la participación de Austria en esa guerra para encubrir sus planes, que eliminarían a ésta en el futuro de la solución de los problemas germanos. Por su parte, Austria se apresuró a intervenir en las acciones bélicas, temerosa de que Prusia aprovechara sola los frutos de la victoria. Las operaciones se prolongaron, con algunos intervalos, desde el 1 de febrero hasta el 16

de julio de 1864, y, pese a la tenaz resistencia que en algunos casos ofreció el ejército danés y a los éxitos de éstos en el mar, terminaron con la derrota total de Dinamarca. Schleswig y Holstein fueron proclamadas condominio de Austria y Prusia; en el primero de estos ducados se implantó la administración prusiana, en el segundo, la austríaca. Con este complejo sistema, Bismarck creaba intencionadamente el pretexto para un futuro conflicto con Austria, cuya derrota, según sus cálculos, debería garantizar, además de muchas otras ventajas para Prusia, el paso de ambos ducados a su poder (como en realidad ocurrió a raíz de la guerra austro-prusiana de 1866). En la guerra contra Dinamarca el ejército prusiano empleó por primera vez el fusil de aguja.

[48] *Engels* se refiere a la batalla decisiva de la guerra austro-prusiana, que tuvo lugar el 3 de julio junto a la ciudad de Kóniggratz (nombre correcto en checo Hradec-Králové), cerca de la aldea Sadowa. En la historia esta batalla se registra con dos nombres: de Kóniggratz y de Sadowa.

[49] Sobre las batallas de *Jena, Waterloo* y *Ligny,* véanse las notas de "Infantería" y "Caballería" en *Selección de temas militares,* ed. rusa, 1957. (*Ed.*)

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición**.** Buenos Aires, 1974

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-1871

NOTAS SOBRE LA GUERRA - I

No terminaron de oírse los disparos, y ya concluía la primera etapa de la guerra, con un fracaso para el emperador francés. Para que ello se haga evidente basta hacer un rápido resumen de la situación política y militar.

En la actualidad todos comprenden que Luis Napoleón confiaba en aislar a la Confederación del Norte de Alemania[50] de los Estados del Sur y en aprovechar el descontento reinante en las regiones anexionadas recientemente a Prusia.

La impetuosa ofensiva hacia el Rin con todas las fuerzas que se pudieron reunir, el cruce de este río en algún lugar entre Germerscheim y Maguncia, y la ofensiva en dirección a Francfort y Würzburg permitían alcanzar ese objetivo. Los franceses hubieran podido entonces apoderarse de las comunicaciones entre el norte y el sur, y obligar a Prusia a reunir a toda prisa, junto al Meno, todas las fuerzas disponibles, cualquiera fuera el grado de su preparación militar. Se habría alterado la marcha de la movilización en Prusia, y todas las probabilidades de éxito hubiesen estado de parte de los franceses invasores, que derrotarían a los prusianos, por unidades, a medida que éstas llegaran de los distintos lugares del país. El éxito de semejante operación estaba asegurado, no sólo por consideraciones políticas, sino también militares. El sistema francés de cuadros militares permite una concentración de un ejército de 120.000 a 150.000 hombres mucho más rápida que el sistema prusiano de Landwehr. Los efectivos del ejército francés en tiempos de paz se diferencian de los de tiempo de guerra sólo por el húmero de hombres que están francos, y por la ausencia de un *dépot* [de unidades de reserva], que se forma en vísperas de comenzar la campaña. Por el contrario, el ejército prusiano incluye en tiempos de paz menos de una tercera parte de los efectivos de tiempos de guerra; es más, en tiempos de paz no sólo los soldados, sino aun los oficiales de los dos tercios restantes son civiles. La movilización de una masa tan enorme de hombres requiere tiempo; además, se trata de un proceso complejo, que sería alterado y convertido en un caos total por la invasión sorpresiva del ejército enemigo. Por eso el emperador se ha dado tanta prisa con la guerra. Si en sus cálculos no estuviera presente esa invasión por sorpresa, carecerían de sentido el tono brusco de Grammont y la apresurada declaración de guerra.

Pero el súbito y enérgico estallido del sentimiento nacional entre los alemanes desbarató todo plan de esa índole: Luis Napoleón no se vio frente al rey Guillermo "Anexandro"[*], sino ante la nación alemana. En ese caso, no se podía ni pensar en emprender un avance impetuoso, cruzando el Rin, ni siquiera aunque se contara con un ejército de 120.000 a 150.000 hombres. Como no lograron sorprenderlos de improviso, tuvieron que realizar una campaña regular con todos los efectivos. La guardia, los ejércitos de París y Lyon, y el cuerpo de ejército del campamento de Châlons, que habrían sido suficientes para el primer objetivo, ahora apenas alcanzaban para formar el núcleo del inmenso ejército imprescindible para la invasión. Así, pues, comenzó la segunda etapa de la guerra, la de preparación de una gran campaña, y a partir del día de hoy comenzaron a declinar las probabilidades que el emperador tenía de lograr una victoria incondicional.

Comparemos ahora las fuerzas que están listas para su mutua exterminación; para simplificar la comparación, tomemos solo la infantería. Es el tipo de arma que decide la batalla; y la insignificante diferencia en las fuerzas de caballería y artillería, incluyendo la *mitrailleuse*[51] y otros cañones, que hacen prodigios con sus acciones, no tendrá gran importancia para ninguna de las dos partes.

Francia cuenta con 376 batallones de infantería (38 de la guardia, 20 de tiradores, 300 de línea, 9 zuavos, 9 turcos[**], etc.), en tiempos de paz cada batallón tiene ocho compañías. En tiempos de guerra, cada uno de los 300 batallones de línea deja en la retaguardia, para la formación del *dépôt* [unidad de reserva] dos compañías, y entra en campaña compuesto sólo por seis compañías. En este caso, cuatro de las seis compañías de la reserva de cada regimiento de línea (compuesto por tres batallones) son destinadas a la formación del cuarto batallón, que se completa con los que están francos y los reservistas. Las otras dos compañías deben desempeñar, por supuesto, el papel de *dépôt* y más tarde pueden constituir un quinto batallón. Pero, naturalmente, se necesitará cierto tiempo, por lo menos seis semanas, antes de que esos cuartos batallones estén lo bastante organizados y listos para realizar operaciones de campo; en la actualidad dichos batallones, así como la guardia móvil, sólo pueden ser considerados tropas de guarnición. Por lo tanto, para los primeros combates decisivos Francia sólo cuenta con los ya mencionados 376 batallones.

De ellos, a juzgar por los datos de que disponemos, el ejército del Rin, compuesto por seis cuerpos de ejército —del 1° al 6°, y la guardia—, consta de 299 batallones. Incluyendo el 7° cuerpo (del general Montauban), que sin duda

_____

[*] Juego de palabras, que lo presenta como conquistador. (*Ed.*)

[**] Nombre no oficial de las tropas de tiradores en las guerras coloniales francesas, formadas por africanos. (*Ed.*)

está destinado a ser enviado al Báltico, tenemos la cifra de 340 batallones; por consiguiente, para la defensa de Argelia, de las colonias y en la propia Francia sólo quedan 36. De ello se desprende que Francia ha concentrado contra Alemania todos sus efectivos y que hasta comienzos de setiembre no podrá aumentarlos con nuevas unidades con capacidad combativa.

Ahora veamos qué pasa del otro lado. El ejército de Alemania del norte consta de trece cuerpos de ejército y suma 368 batallones de infantería, o, término medio, veintiocho batallones por cuerpo. Cada batallón tiene en tiempos de paz cerca de 540 hombres, y en tiempos de guerra alrededor de 1.000. Al recibir la orden de movilización, cada regimiento de tres batallones encomienda a varios oficiales la formación de un cuarto batallón. Los reservistas son llamados a filas en el acto. Son hombres que han servido de dos a tres años en el regimiento y siguen sujetos al servicio militar hasta la edad de 27 años. Son más que suficientes para cubrir tres batallones de campaña y proporcionar buenos cuadros para un cuarto batallón, que se forma con el Landwehr. Así, pues, batallones de campaña pueden estar listos para emprender su misión a los pocos días, y los cuartos batallones a las 4 ó 5 semanas. Simultáneamente, por cada cuerpo de línea se forma un regimiento de Landwehr compuesto por dos batallones, con hombres cuya edad oscila entre los 28 y 36 años. En cuanto estos dos batallones estén dispuestos, se comienza la formación de los terceros batallones del Landwehr. Para todo ello, incluyendo la movilización de la caballería y la artillería, serán necesarios exactamente trece días, y como el 16 de julio fue declarado primer día de la movilización, ya estará todo listo, o deberá estarlo, para el día de hoy. En estos momentos, Alemania del norte cuenta, probablemente, con 358 batallones de línea para operaciones campales y 198 batallones de Landwehr en las guarniciones. Estas tropas, por supuesto, pueden ser reforzadas o no más tarde de la segunda mitad de agosto, con 114 cuartos batallones de línea y 93 terceros batallones del Landwehr. En estas unidades será difícil encontrar una persona que no haya cumplido el plazo establecido de servicio militar. Deben sumarse a ellas las tropas de Hessen-Darmstadt, Badén, Wurtemburgo y Baviera: en total, 104 batallones de línea; pero como en estos Estados el sistema del Landwehr no ha alcanzado un desarrollo total, puede resultar que sólo 70 u 80 batallones sean aptos para el servicio de campaña.

El Landwehr se destina principalmente al servicio de guarnición, pero en la guerra de 1866 una parte considerable fue enviada a cumplir operaciones de campo como reserva del ejército. No cabe la menor duda de que lo mismo ocurrirá ahora.

De los trece cuerpos del ejército del norte de Alemania, diez se hallan en la actualidad en el Rin, con un total de 280 batallones; además, cerca de 70 batallones de las tropas del sur de Alemania, lo que suman 350 batallones. Quedan,

para el servicio de costas o en reserva, tres cuerpos de ejército, u 84 batallones. Para la defensa costera es más que suficiente un solo cuerpo, junto con el Landwehr. Los dos cuerpos restantes, según los informes que tenemos, probablemente estén también en marcha hacia el Rin. Para el 20 de agosto estas tropas pueden ser reforzadas, por lo menos con un centenar de cuartos batallones y de 40 a 50 batallones del Landwehr, cuyos efectivos superan (por su preparación combativa) a los cuartos batallones franceses y a la guardia móvil, formados en lo esencial con hombres casi sin preparación. Por lo tanto, Francia solo dispone de 550.000 soldados adiestrados, en tanto que el norte de Alemania cuenta con 950.000. En ello consiste la superioridad de Alemania, que se hará sentir cada vez más, a medida que se aplace la batalla decisiva, y ésta no llegue a su punto culminante/ a fines de setiembre.

En estas circunstancias no debe causar asombro la comunicación de Berlín, de que el mando alemán confía en preservar su territorio de las calamidades de la guerra; dicho de otro modo; si no son atacados dentro de poco, los alemanes pasarán a la ofensiva. Cómo se llevará a cabo esa ofensiva, y si Luis Napoleón no los vence, son ya cuestiones distintas.

Escrito por F. Engels en inglés el 27 de julio de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 29 de julio de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - III

Comienza por fin a esclarecerse el plan de la campaña de los prusianos. Debe tenerse en cuenta que, aunque en la orilla derecha del Rin se estaban realizando grandes traslados de tropas del este al oeste y el suroeste, se oyó hablar muy poco de su proximidad inmediata a la frontera amenazada. Las fortalezas recibieron un gran refuerzo de las unidades más cercanas. Junto a Saarbrücken, 500 hombres del 40° regimiento de infantería y tres escuadrones del 7° regimiento de ulanos (ambos del 8° cuerpo) sostuvieron un tiroteo con el enemigo; los tiradores bávaros y los dragones de Badén emplazaron una línea de puestos de avanzada hasta el Rin. Pero en la retaguardia inmediata de esta línea de barrera, formada por varias unidades móviles, no se había emplazado, en apariencia, un número elevado de tropas. Parte alguno menciona la intervención de la artillería en esas escaramuzas. En Tréveris no había tropas. Por otra parte, hemos oído hablar de un gran número de tropas en la frontera belga: de una caballería de 30.000 hombres cerca de Colonia (donde toda la localidad en la orilla izquierda del Rin, casi hasta Aquisgrán, tiene abundantes forrajes), y también de 70.000 hombres a las puertas de Maguncia. Todo ello parecía muy raro, y daba la impresión de una dispersión casi criminal de las

tropas, en oposición a la compacta concentración de los franceses a una distancia de unas horas de marcha hasta la frontera. Y, de pronto, se infiltran comunicaciones continuas de distintos lugares, que sin duda deberán descubrir el secreto.

El corresponsal de *Le Temps*, que se arriesgó a llegar hasta la misma Tréveris, fue testigo, el 25 y 26 [de julio], de que por esa ciudad pasaban masas de tropas de todas las armas en dirección a la línea del Sarre. Aproximadamente en la misma fecha la débil guarnición de Saarbrücken recibió un considerable refuerzo, quizá de Coblenza, donde está emplazado el Estado Mayor del 8° cuerpo. Es probable que las tropas que pasaron por Tréveris formen parte de otro cuerpo, llegado desde el norte a través de Eifel. Por último, hemos sabido de fuente particular, que el 27 [de julio] el 7° cuerpo de ejército salió de Aquisgrán y atravesó Tréveris en dirección a la frontera.

Así pues, vemos que por lo menos tres cuerpos de ejército, o cerca de 100.000 hombres, han sido adelantados a la línea del Sarre. Dos de ellos, el 7° y el 8°, forman parte del ejército del norte del general Steinmetz (el 7°, 8°, 9° y 10° cuerpos). Ello permite suponer que todo ese ejército está concentrado en la actualidad entre Saarburg y Saarbrücken. Si 30.000 hombres de caballería (o una cifra aproximada) se hallaban realmente en las proximidades de Colonia, habrían debido pasar por Eifel y Mosela en dirección al Sarre. Toda esta agrupación de tropas parecería indicar que los alemanes asestaran el golpe principal con su flanco derecho entre Metz y Saarlouis, en dirección al valle del alto Nid. Si la caballería de la reserva *ya* ha pasado realmente en la dirección indicada, esta suposición se convertirá en certeza.

Este plan implica la concentración de todo el ejército alemán entre los Vosgos y el Mosela. El ejército central (del príncipe Federico Carlos, compuesto por el 2°, 3°, 4° y 12° cuerpos) debería Ocupar las posiciones lindantes con el flanco izquierdo de Steinmetz, o bien concentrarse en su retaguardia en calidad de reserva. El ejército del sur (del Kronprinz, compuesto por el 5° cuerpo, la guardia y las tropas del sur de Alemania) formaría el ala izquierda, en la región de Zweibrücken. Desconocemos dónde se encuentran en la actualidad todas esas tropas y cómo han sido llevadas hasta sus posiciones. Sólo sabemos que el 3° cuerpo de ejército comenzó a avanzar hacia el sur a través de Colonia por el ferrocarril de la orilla *izquierda* del Rin. Pero podemos suponer que la misma mano que trazó el plan de la rápida concentración de 100.000 a 150.000 hombres en el Sarre, desde puntos aislados e indudablemente diferentes, señalará el camino para una concentración similar por parte de las demás unidades del ejército.

No cabe duda de que se trata de un plan audaz, y no tiene menos probabilidades de éxito que cualquier otro que se hubiera propuesto. Presupone una

batalla en la que el ala izquierda alemana, desde Zweibriieken y casi hasta Saarlouis, realiza exclusivamente combates defensivos, en tanto que el ala derecha, avanzando hasta Saarlouis y más al este de este punto, apoyada por fuertes reservas, ataca al enemigo con todas sus fuerzas, y con un movimiento de flanco de toda la reserva de caballería le corta las comunicaciones con Metz. Si este plan tiene éxito y los alemanes ganan la primera gran batalla, el ejército francés corre el riesgo de encontrarse no sólo cortado de su base más próxima —Metz y el Mosela—, sino de ser arrojado hasta una posición que permita a los alemanes aparecer entre él y París.

En tal situación, dada la total seguridad de las comunicaciones con Coblenza y Colonia, a los alemanes no les asustara ni siquiera el riesgo de la derrota, ya que para ellos ésta no tendría consecuencias tan funestas como para los franceses. Pese a todo, se trata de un plan audaz. Retirar intacto un ejército destrozado, en especial su ala derecha, a través de los desfiladeros del Mosela y sus afluentes, sería sumamente difícil. Además, no cabe duda de que se perdería un gran número de soldados capturados y una parte considerable de la artillería; y la reagrupación del ejército bajo la protección de las fortalezas del Rin llevaría mucho tiempo. En general, sería una locura aceptar semejante plan si el general Moltke no estuviera en la certeza de que dispone de fuerzas cuya superioridad le asegure una victoria casi indudable, y si no supiera, además, que los franceses no están en condiciones de atacar a sus tropas cuando éstas sólo concentran sus fuerzas en el lugar elegido para la primera batalla. Es probable que muy pronto, quizá mañana mismo, sepamos si esto es así en realidad.

Mientras tanto, debe considerarse que jamás se puede tener la seguridad total de que estos planes estratégicos pueden dar todos los resultados que de ellos se espera. Siempre pueden surgir obstáculos: las unidades de tropas no llegan en el momento preciso en que son necesarias; el enemigo realiza desplazamientos imprevistos, pues ha tomado medidas inesperadas de precaución; y por último, combates encarnizados y tenaces, o el sentido común de algún general, puede salvar con frecuencia a un ejército destrozado de la peor consecuencia posible de una derrota, es decir, de que pierda las comunicaciones con su base.

Escrito por F. Engels en inglés el 31 de julio de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 2 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - IV

El 28 de julio el emperador llegó a Metz y a la mañana siguiente asumió el mando del ejército del Rin. De acuerdo con las tradiciones napoleónicas, esta fecha debe ser la señalada para comenzar las operaciones activas; pero ya ha pasado una semana y no hemos oído aún hablar de que todo el ejército del Rin haya comenzado su avance. El 30, un pequeño destacamento prusiano logró rechazar junto a Saarbrücken a la descubierta francesa. El 2 de agosto, la 2ª división (general Bataille) del 2° cuerpo de ejército (general Frossard) ocupó una cota al sur de Saarbrücken y sacó a los alemanes de la ciudad con fuego de artillería; no obstante, no hizo el menor intento de forzar el río o de atacar las alturas de la orilla norte que dominan la ciudad. Por lo tanto, durante ese ataque la línea del Sarre no fue forzada. Desde entonces no han llegado noticias sobre el avance de los franceses, y por ahora las ventajas que lograron en el combate del 2 de agosto equivalen a cero.

Ahora ya no cabe duda de que el emperador, al ir de París a Metz, tenía la intención de cruzar inmediatamente la frontera. Si hubiera procedido así, habría conseguido desbaratar en esencia las medidas del enemigo. El 29 y 30 de julio los ejércitos alemanes distaban mucho de haberse concentrado. Las tropas del sur de Alemania, en marcha de campaña y por ferrocarriles, sólo llegaban a juntarse en las proximidades de los puentes del Rin. La caballería prusiana de la reserva pasaba en columnas interminables a través de Coblenza y Ehrenbreitstein, encaminándose al sur. El 7° cuerpo se encontraba entre Aquisgrán y Tréveris, lejos de ferrocarril alguno. El 10^{9} cuerpo apenas acababa de salir de Hannover, y la guardia salía de Berlín por ferrocarril. Una ofensiva enérgica hubiera llevado en ese momento a los franceses hasta los fuertes avanzados de Maguncia y les hubiese asegurado una considerable ventaja sobre las columnas alemanas en retirada; inclusive habría sido posible que les permitiera apuntar sus armas contra el puente del Rin y cubrirlo con una fortificación por debajo del mismo en la orilla derecha. Sea como fuere, la guerra se habría desplazado a territorio del enemigo, lo cual ejercería una excelente influencia moral entre las tropas francesas.

¿Por qué, entonces, no tuvo lugar esa ofensiva? Por la sencilla razón de que si los soldados franceses estaban efectivamente listos, no lo estaba la intendencia. No tenemos por qué recurrir a los rumores que llegan del lado alemán; contamos con el testimonio del capitán Jeannereau, oficial francés veterano, actual corresponsal de *Le Temps,* adjunto al ejército activo. Indica con claridad que sólo el 1° de agosto comenzaron los suministros de campaña para el ejército; las tropas tenían pocas cantimploras, marmitas y otro equipo de campaña, la carne estaba pasada, y el pan con frecuencia enmohecido. Realmente podría decirse que por ahora el ejército del II Imperio ha sido derrotado por el propio

II Imperio. Con ese régimen, en el cual sus partidarios pagan con largueza con todos los medios del sistema de soborno establecido desde hace mucho, no era de esperar que ese sistema dejara de aplicarse en la intendencia del ejército. Hace mucho que se preparaba la guerra actual, según reconoce el señor Rouber; pero por lo que se ve, se ha dedicado una ínfima atención a la acumulación de reservas, en especial de equipos; y justamente ahora, en el período crítico de la campaña, el desorden que remaba en este terreno provocó un retraso de casi una semana en las operaciones.

Esta demora proporcionó una enorme ventaja a los alemanes. Les dio tiempo para trasladar sus tropas al frente y concentrarlas en las posiciones señaladas. Como ya saben nuestros lectores, partimos de la suposición de que todas las fuerzas alemanas están concentradas en la actualidad en la orilla izquierda del Rin, ocupando posiciones frente al ejército francés. Esta opinión la confirman todas las comunicaciones oficiales y particulares recibidas desde el martes, cuando suministramos plenamente al *Times* los datos más detallados sobre esta cuestión, aunque esta mañana. los publica ese diario como noticias propias. Tres ejércitos (de Steinmetz, del príncipe Federico Carlos y del Kronprinz) componen en total 13 cuerpos de ejército, o, por lo menos, de 430.000 a 450.000 hombres. Las fuerzas que se les enfrentan, según el cálculo más alentador, no ascienden a más de 330.000 ó 350.000 soldados adiestrados. Si son más, el resto lo constituirán sin duda batallones no adiestrados y formados recientemente. Pero las tropas germanas distan mucho de representar todas las fuerzas de Alemania. Sólo entre las fuerzas de campo hay tres cuerpos de ejército (1°, 6° y 11°) no incluidos en este cálculo. Desconocemos dónde pueden encontrarse. Sólo sabemos que han abandonado sus guarniciones, y descubrimos a regimientos del 11° cuerpo en la orilla izquierda del Rin y en el Palatinado bávaro. También sabemos de fuentes fidedignas que en Hannover, Bremen y las cercanías no hay en la actualidad otras tropas que las del Landwehr. Lo cual nos lleva a la deducción de que por lo menos la mayor parte de estos cuerpos también ha sido enviada al frente, y en ese caso la superioridad numérica de los alemanes aumenta aproximadamente en 40.000 ó 60.000 hombres. Tampoco nos asombraría que varias divisiones del Landwehr hayan sido enviadas al frente en el río Sarre; hoy día el Landwehr cuenta con 210.000 combatientes bien preparados, y en los cuartos y otros batallones de línea, con 180.000 hombres casi adiestrados, parte de los cuales puede ser utilizada para asestar el primer golpe decisivo. No hay que pensar que esos hombres existen en cierta medida sólo en el papel. La movilización de 1866 evidencia que existen en realidad, y la actual ha vuelto a demostrar que hay más hombres adiestrados de los que se necesita, y que se encuentran dispuestos a entrar en operaciones. Estas cifras parecen increíbles, pero ni siquiera ellas agotan el potencial militar de Alemania.

Por consiguiente, a fines de esta semana el emperador se verá frente a frente con fuerzas superiores del enemigo. Y si la semana pasada quiso avanzar, pero no pudo, hoy no tiene posibilidades ni deseos de iniciar la ofensiva. Y que está muy lejos de desconocer las fuerzas del enemigo, lo vemos por una insinuación contenida en una noticia que ha llegado de París, según la cual 250.000 prusianos están concentrados entre Saarlouis y Neuenkirchen. La comunicación de París no dice una palabra acerca de lo que ocurre entre Neuenkirchen y Kaiserslautern. Por ello es posible que la inactividad del ejército francés, inclusive hasta el jueves, se deba en parte a la modificación del plan de la campaña y a que los franceses, en lugar de una ofensiva, traten de quedar en una posición defensiva, para aprovechar las ventajas del extraordinario incremento del potencial de fuego que representan para el ejército —listo para esperar el ataque en una posición fortificada— los fusiles de retrocarga y la artillería estriada. Pero si toman esta resolución, los franceses se llevarán una gran desilusión desde el comienzo de la campaña. Sacrificar la mitad de Lorena y Alsacia sin una batalla es grave para el emperador. Además, dudamos de que para un ejército tan grande se pueda encontrar cerca de la frontera una posición mejor que los alrededores de Metz.

En el caso de que los franceses opten por ese movimiento, los alemanes pondrían en práctica el plan de acciones que hemos expuesto más arriba. Podrían intentar atraer a su adversario a una gran batalla, antes que éste llegue a Metz, y adelantarse entre Saarlouis y Metz. De todos modos, intentarán rodear por el flanco la posición fortificada francesa y romper sus comunicaciones con la retaguardia.

Un ejército de 300.000 hombres exige gran cantidad de víveres, y no puede permitir que las vías de acceso de éstos queden interrumpidas ni siquiera unos días. En esas condiciones, se verá obligado a abandonar la posición y a aceptar el combate en campo abierto, en cuyo caso perdería las ventajas de la defensa. Sea como fuere, podemos tener la seguridad de que en el plazo más breve ocurrirán serios acontecimientos. Tres tercios de un millón de hombres no pueden quedar concentrados durante largo tiempo en un territorio de 50 millas cuadradas. La imposibilidad de alimentar a una masa tan enorme de tropas obligará a una u otra parte a moverse de su sitio.

Repetiremos, para finalizar, que partimos de la suposición de que los franceses, al igual que los alemanes, han lanzado al frente todos sus efectivos para participar en la primera gran batalla. Y seguimos sosteniendo la opinión de que en ese caso los alemanes contarán con una considerable superioridad numérica, suficiente como para garantizarles la victoria, siempre que no cometan errores muy grandes. Nos convencen de ello todas las comunicaciones oficiales y particulares que se reciben. No obstante, es evidente que todo esto no es fundamento para sustentar una seguridad absoluta. Nos vemos obligados a extraer

conclusiones en base a datos que pueden resultar falsos. No sabemos qué situación puede desarrollarse, ni siquiera en el momento en que estamos escribiendo estas líneas; tampoco se puede predecir qué errores cometerá el mando de ambas partes o, por el contrario, qué fuerza genial pondrá en juego.

Nuestras últimas observaciones de hoy se referirán al ataque de la línea de Weissenburg en Alsacia por los alemanes.[52] Por parte de los alemanes participaron en la ofensiva las unidades de los cuerpos 5? y 11° prusianos, y también el 2° cuerpo de Baviera. Aquí tenemos una confirmación directa de que no sólo el 11° cuerpo, sino todas las fuerzas principales del Kronprinz se encuentran en el Palatinado. El regimiento mencionado en el parte como "de granaderos de la guardia real" puede ser el 7° o el 2° regimiento de granaderos de Prusia occidental, que integran el 5° cuerpo, al igual que el 50°. El sistema prusiano consiste siempre en llevar al combate, al principio, un cuerpo de ejército completó, y luego añadirle unidades de otro. En el caso dado han sido llevados al combate —que con éxito podría realizar un solo cuerpo— tres cuerpos de prusianos y bávaros. Resulta evidente que la presencia de tres cuerpos que amenazan a Alsacia se debía al propósito de causar impresión a los franceses. Además, junto a Estrasburgo habría sido detenida la ofensiva por el valle del alto Rin, y el movimiento de los flancos a través de los Vosgos habría encontrado bloqueados los pasos por Bitsch, Pfalzburg y Petit Pierre, pequeñas fortalezas que pueden perfectamente detener el movimiento por los grandes caminos. Creemos que mientras tres o cuatro brigadas de estos tres cuerpos alemanes atacaban Weissenburg, las fuerzas principales de estos cuerpos podrían avanzar a través de Landau y Pirmasens hacia Zweibrücken. Si las brigadas en cuestión lograran éxito, varias divisiones de Mac-Mahon se desplazarían en la dirección opuesta hacia el Rin. Allí serían inofensivas, puesto que cualquier invasión por la llanura del lado del Palatinado sería detenida junto a Landau y Germerscheim.

Este combate junto a Weissenburg trascurrió, por lo visto, con tal superioridad numérica, que casi con toda seguridad le garantizaba el éxito. La influencia moral de este primer choque importante durante la guerra debe ser, indudablemente, muy grande, en particular si se tiene en cuenta que el ataque de una posición fortificada simple ha sido considerado como una operación difícil. El hecho de que los alemanes, pese a que los franceses cuentan con cañones de estría, ametralladoras y fusiles de Chassepot, los hayan sacado a la bayoneta de sus líneas fortificadas, ejercerá su influencia en los dos ejércitos. No cabe duda de que éste es el primer caso en que la bayoneta ha operado con éxito contra fusiles de retrocarga; en este sentido, la batalla será memorable.

Por la misma causa, ella desbaratará los planes de Napoleón. Se trata de una noticia que no se puede comunicar al ejército francés, ni siquiera en la forma más atenuada, mientras no se adjunten partes sobre éxitos alcanzados en

otros puntos. Por otro lado, tampoco se la puede mantener en secreto durante más de doce horas. Por eso podemos esperar que el emperador haga avanzar sus columnas en búsqueda de ese éxito, y sería asombroso que no recibiéramos en breve comunicaciones acerca de los triunfos franceses. Pero no cabe duda de que al mismo tiempo avanzarán los alemanes, y las unidades de avanzada de las columnas beligerantes entrarán en contacto en varios puntos. Hoy, a más tardar mañana, debe esperarse la primera batalla general.

Escrito por F. Engels en inglés, el 5 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette,* el 6 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XIII, p. II.

LAS VICTORIAS PRUSIANAS

La rapidez de las operaciones del III ejército alemán esclarecen cada vez más los planes de Moltke. La concentración de este ejército en el Palatinado debía haberse realizado por los caminos que atraviesan los puentes de Mannheim y Germerscheim, y, probablemente, por los pontones militares ubicados entre esas ciudades. Antes de emprender la marcha por los caminos a través de Gardt, al oeste de Landau y Neuestadt, las tropas concentradas en el valle del Rin fueron lanzadas a la ofensiva contra el flanco derecho de los franceses. Esa ofensiva con fuerzas superiores, teniendo a Landau cerca de la retaguardia, no representaba riesgo alguno y podía dar grandes resultados. Si, además, se lograba empujar hacia el valle del Rin a una parte considerable de las tropas francesas, apartándolas de sus fuerzas principales, y derrotarlas y cercarlas valle arriba, en dirección a Estrasburgo, esas fuerzas serían eliminadas de la participación en la batalla general, en tanto que el III ejército alemán, ubicado mucho más cerca de las fuerzas principales francesas, conservaría la posibilidad de intervenir en ella. De todos modos, la ofensiva en el flanco derecho de los franceses podría inducir a éstos en un error, si el golpe principal de los alemanes, como seguimos suponiendo —pese a la opinión contraria de numerosos militares y de aficionados no militares a conversar sobre las últimas noticias—, fuera dirigido contra el flanco izquierdo de los franceses.

El ataque de sorpresa y con éxito en Weissenburg evidencia que las informaciones de que disponían los alemanes sobre el emplazamiento de los franceses, los indujeron a realizar esa maniobra. Los franceses, ansiosos de tomarse un desquite, se metieron en la trampa sin pensarlo mucho. El mariscal Mac-Mahon comenzó a concentrar inmediatamente sus cuerpos cerca de Weissenburg; según comunican, para terminar con esta maniobra necesitaba dos días. Pero el Kronprinz no tenía la menor intención de concederle ese plazo. Aprovechó sin pérdida de tiempo su ventaja, y el sábado atacó a los franceses cerca

de Woerth, en el río Sauer[53], aproximadamente a 15 millas al suroeste de Weissenburg. Mac-Mahon, según su propia descripción, ocupaba una posición fuerte. No obstante, más o menos a las cinco de la tarde fue sacado de ella y, de acuerdo con las presuposiciones del Kronprinz, se replegó con todas sus unidades hasta Bitsch. De ese modo, habría podido salvar la situación, es decir, no hubiera sido arrojado en forma excéntrica hacia Estrasburgo y seguiría manteniendo contacto con las fuerzas principales del ejército. Sin embargo, por los telegramas franceses posteriores se sabe que en realidad se retiró hacia Nancy, y que ahora su Estado Mayor se encuentra en Saverne.

Dos cuerpos franceses, enviados al encuentro de los alemanes en ofensiva, constaban de siete divisiones de infantería, de las cuales, a nuestro juicio, cinco por lo menos participaron en la batalla. Es posible que todos llegaran gradualmente al campo de batalla, pero ya no estaban en condiciones de restablecer el equilibrio, del mismo modo que no pudieron hacerlo las brigadas austríacas, que aparecieron una tras otra en el campo de batalla de Magenta. En todo caso, podemos decir con seguridad que aquí ha sido derrotada de una quinta a una cuarta parte de todas las tropas francesas. Es probable que las tropas alemanas estuvieran formadas por las mismas unidades cuya vanguardia obtuvo la victoria en Weissenburg, es decir, por los cuerpos 2° de Baviera, el 5° y 11° del norte de Alemania. De ellos, el 5° cuerpo consta de dos regimientos de Poznan, cinco de Silesia y uno de Westfalia, y el ID cuerpo, de un regimiento de Pomerania, cuatro de Hessenkassel y de Nasau, y tres de Turingia; por lo tanto, participaron en la batalla tropas de las más diversas regiones de Alemania.

En estas operaciones, lo que más nos sorprende es la función estratégica y táctica de cada ejército. Su papel es justamente opuesto a lo que podría esperarse, dada la tradición establecida. Los alemanes están a la ofensiva y los franceses en la defensiva. Los primeros actúan con rapidez vertiginosa y con grandes masas, que maniobran con facilidad; los segundos, por el contrario, reconocen que después de una concentración que duró dos semanas, sus tropas estaban aún tan diseminadas, que para juntar dos cuerpos de ejército fueron necesarios dos días más. A consecuencia de ello, resultaron derrotados por partes. A juzgar por el modo en que los franceses desplazan sus tropas, se los podría tomar por austríacos. ¿Cómo se explica esto? Simplemente como consecuencia inevitable del régimen del II Imperio. El golpe recibido junto a Weissenburg fue suficiente para excitar a todo París, y, sin duda alguna, para privar al ejército de su sangre fría. Era preciso tomarse el desquite: envían en seguida a Mac-Mahon con dos cuerpos para ese desquite; no cabe duda de que fue un paso erróneo, pero de todos modos había que darlo, y así se hizo, con el resultado que ya se conoce. Si el mariscal Mac-Mahon no puede obtener un refuerzo que le permita enfrentarse otra vez con el Kronprinz, éste, después de recorrer unas quince millas hacia el sur, podrá apoderarse de la línea férrea Estrasburgo-Nancy, envolviendo con este movimiento cualquier línea de la

defensa que los franceses confiaran conservar delante de Metz. No cabe duda de que este terror a ser envueltos es lo que obliga a los franceses a abandonar la región del Sarre. Y si deja que sus tropas de avanzada persigan a Mac-Mahon, el Kronprinz puede avanzar inmediatamente a la derecha a través de las columnas, hacia Pirmasens y Zweibrücken, para unirse al flanco derecho del ejército del príncipe Federico Carlos. Este último se encontraba durante todo este tiempo en algún lugar entre Maguncia y Saarbrücken, en tanto que los franceses afirman con insistencia que está junto a Tréveris. Por ahora no podemos determinar cómo repercutirá en las acciones del Kronprinz la derrota del cuerno del general Frossard cerca de Forbach[54] después de la cual, por lo visto, se efectuó el avance de ayer de los prusianos hacia Saint-Avolde.

Si después de Weissenburg, el II Imperio necesitaba una victoria a toda costa, en mucho mayor grado le es imprescindible ahora, después de Woerth y Forbach. Si Weissenburg fue suficiente para desbaratar los planes anteriores en cuanto a las operaciones del ala derecha!' los combates que tuvieron lugar el sábado echaron por tierra inevitablemente todas las medidas elaboradas para el ejército en su conjunto. El ejército francés se ha visto despojado de toda iniciativa. Sus acciones están impulsadas, no tanto por consideraciones militares como por la necesidad política. Cuando un ejército de 300.000 hombres, acampado casi a la vista del enemigo, debe guiarse en sus actividades por lo que ocurre o puede ocurrir en París, en vez de orientarse por lo que está ocurriendo en el campo adversario, hay que descontar que está semiderrotado. Por supuesto, nadie puede predecir el resultado de la batalla general, que deberá realizarse inevitablemente, si es que no ha comenzado ya; pero sí puede decirse con toda seguridad que si Napoleón III continúa aplicando durante una semana más una estrategia como la que ya ha utilizado, ello será suficiente para aniquilar al mejor y más poderoso ejército del mundo.

Los telegramas del emperador Napoleón sólo agravan la impresión que producen los partes prusianos sobre esas batallas. El sábado, a medianoche, sólo contenían noticias escuetas: "El mariscal Mac-Mahon perdió la batalla. El general Frossard se vio obligado a replegarse". Tres horas más tarde se recibió la noticia de que se habían interrumpido las comunicaciones con Mac-Mahon. El domingo, a las 6 de la mañana, la gravedad de la derrota del general Frossard fue verificada por el reconocimiento de que dicha derrota se había producido mucho más al oeste de Saarbrücken, en las proximidades de Forbach. El comunicado siguiente reconocía que era imposible detener inmediatamente el avance de los prusianos: "Las tropas, que quedaron divididas, se van concentrando hacia Metz". El telegrama posterior resulta difícil de descifrar: "El repliegue tendrá lugar en completo orden". ¿El repliegue de quién? No puede ser del mariscal Mac-Mahon, por cuanto sigue interrumpida toda comunicación con él. Tampoco del general Frossard, ya que el propio emperador informa: "No hay noticia alguna del general Frossard". Y si a las 8 horas y 25 minutos

de la mañana el emperador sólo podía hablar en tiempo futuro del inminente repliegue de las tropas, cuya ubicación él desconocía, ¿qué valor puede tener un telegrama despachado ocho horas antes, en el que dice en tiempo presente: "El repliegue se realiza en completo orden"? Todas estas comunicaciones posteriores mantenían el mismo espíritu que la primera: *Tout peut se rétablir* ["Todo se puede restablecer"]. Las victorias de los prusianos fueron demasiado considerables como para recurrir a la táctica que el emperador, como es natural, hubiera querido aplicar. No podía correr el riesgo de ocultar la verdad, en la confianza de atenuar la impresión que causaría el parte simultáneo sobre la batalla posterior, con otro resultado. Ya era imposible respetar el orgullo del pueblo francés, ocultándole que habían sido derrotados dos ejércitos franceses. Sólo quedaba la alternativa de basarse en el apasionado deseo de recuperar lo perdido, deseo que en otros tiempos, y ante desgracias similares, se había encendido en el corazón de los franceses. En telegramas particulares a la emperatriz y a los ministros, se trazaba indudablemente la línea de sus intervenciones públicas, o, lo que es más posible aún, les hacían llegar desde Metz el texto auténtico de los correspondientes llamamientos. De todo ello extraemos la conclusión de que, cualquiera sea el estado de ánimo del pueblo francés, las autoridades, empezando por el emperador, se encuentran en un estado de depresión, lo que por sí mismo ya es extraordinariamente significativo. La declaración del estado de sitio en París indica en forma irrefutable qué otras consecuencias puede traer una nueva victoria de los prusianos, y el llamamiento ministerial termina con las siguientes palabras: "Combatamos con valentía, y Francia será salvada". ¡Salvada! Los franceses podrán preguntarse: ¿salvada de qué? ¿De la invasión de los prusianos, que han recurrido a esa medida para impedir la invasión francesa de Alemania? Si los prusianos hubieran sido derrotados y semejante llamamiento llegara de Berlín, su significado sería claro, ya que cada nueva victoria de las armas francesas implicaría una nueva anexión de territorio alemán a Francia. Pero si el gobierno prusiano es lo bastante prudente, la derrota de los franceses sólo significará que los intentos de impedir que Prusia continúe sin obstáculos su política germana ha sufrido un fracaso, y a nosotros nos cuesta creer que la movilización general, respecto de la cual según parece están deliberando los ministros franceses, permitirá realmente restablecer la guerra de ofensiva.

Escrito por F. Engels en inglés, el 7 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Malí Gazette*, el 8 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - VI

Ahora ya no cabe la menor duda de que nunca se hizo una guerra con tan extremo menosprecio por las reglas comunes de la prudencia, como "el paseo militar a Berlín" de Napoleón. La guerra por el Rin había sido la última y la más segura carta que se jugaba Napoleón; pero al mismo tiempo, un fracaso significaba la caída del II Imperio. En Alemania lo comprendieron muy bien. La constante espera de una guerra contra Francia fue una de las consideraciones principales que obligó a muchos alemanes a conformarse con los cambios acaecidos en 1866. Si, por una parte, Alemania había sido segregada, por otra, se había fortalecido; la organización militar del norte de Alemania proporcionaba muchas más garantías de seguridad que la organización militar más grande; pero floja, de la vieja Confederación.[*] Esta nueva organización militar contaba con poner bajo las armas a 552.000 hombres de tropas de línea y a 205.000 del Landwehr, formados en batallones, escuadrones y baterías y, al cabo de dos o tres semanas, a 187.000 hombres más de las tropas de la reserva *(Ersatztruppen)*, totalmente preparados para actuar en el frente. Esto no era un secreto. En repetidas ocasiones se publicó todo el plan de división del ejército en distintos cuerpos, con la enumeración de las circunscripciones de las que cada batallón, etc., debería recibir refuerzos. Es más, la movilización de 1866 demostró que esta organización no sólo existe sobre el papel. Cada hombre sujeto a la movilización había sido inscrito debidamente; también era bien sabido que en el cuartel de cada jefe de circunscripción del Landwehr estaban ya listas las órdenes de reclutamiento para cada hombre, y sólo restaba ponerles la fecha. Pero para el emperador francés esas enormes fuerzas sólo existían en el papel. Las fuerzas reunidas por él al comienzo de la campaña ascendían, cuando mucho, a 360.000 hombres del ejército del Rin y de 30.000 a 40.000 destinados a la expedición del Báltico; en total, cerca de 400.000 hombres. Ante esa falta de correspondencia y dado el tiempo prolongado que requiere poner a la nuevas formaciones francesas (los cuartos batallones) en disposición de combate, su única esperanza de éxito era la ofensiva por sorpresa mientras los alemanes estuvieran en pleno auge de movilización. Hemos visto cómo se dejó perder esa posibilidad y como también fue omitida la segunda probabilidad de éxito, es decir, la ofensiva sobre el Rin; ahora señalaremos otro error.

En momentos de haber sido declarada la guerra las posiciones del ejército francés eran excelentes,. Esto, por lo visto, era parte integrante del plan de la campaña, detalladamente estudiado. Tres cuerpos de Thionville, Saint-Avolde y Bitsch en la primera línea, en la misma frontera; dos cuerpos en Metz y Estrasburgo, en la segunda línea; dos cuerpos en la reserva, cerca de Nancy, y el octavo cuerpo en Belfort. Aprovechando el ferrocarril, se podrían concentrar

---

[*] Se refiere a la Alianza del norte de Alemania (1815-1866), compuesta por 38 Estados alemanes. (*Ed.*)

estas tropas en pocos días para iniciar la ofensiva, ya fuera en dirección a Lorena, a través del Sarre, ya desde Alsacia a través del Rin, y asestar el golpe, de acuerdo con las circunstancias, en dirección norte c este. Pero esas posiciones del ejército servían solo para la ofensiva, y en modo alguno para la defensa. La primera condición para las posiciones de un ejército que está en la defensiva es la siguiente: las unidades de vanguardia deben estar a una distancia de las fuerzas principales que les permita recibir a su debido tiempo los partes acerca de la ofensiva del enemigo y tener tiempo para concentrar las tropas antes de su aparición. Supongamos que las unidades del flanco requieren una marcha de un día para llegar hasta el centro: en ese caso, la vanguardia debe encontrarse, por lo menos, a la distancia de un día de marcha delante del centro. Y en este caso concreto tres cuerpos, el de Ladmireau, de Frossard y de de Faillie, y también parte del cuerpo de Mac-Mahon, estaban acampados en las inmediaciones de la frontera, con el agravante de que se habían extendido en una línea por lo menos de noventa millas desde Weissenburg hasta Zirke. Para aproximar las unidades del flanco al centro habrían sido necesarios dos días enteros, y no obstante, inclusive cuando se supo que los alemanes se encontraban delante, a pocas millas, no se dio el menor paso para acortar la extensión del frente o para desplazar la vanguardia a una distancia que asegurara la oportuna recepción de los informes acerca de la ofensiva que se preparaba. ¿Cómo puede sorprender, entonces, que varios cuerpos hayan sido derrotados por partes?

Además, fue un error acantonar una división de Mac-Mahon al este de los Vosgos, junto a Weissenburg, en posiciones tentadoras para que atacara el enemigo, quien disponía de fuerzas extraordinarias. La derrota de Douay llevó a Mac-Mahon a cometer otro error, pues trató de reiniciar el combate más al este de los Vosgos, y de este modo alejó más todavía el flanco derecho del centro, dejando sin cubrir sus comunicaciones con él. En tanto el flanco derecho (el cuerpo de Mac-Mahon y, por lo menos, parte de los cuerpos de de Faillie y Canrobert) era derrotado en Woerth, el centro (Frossard y dos divisiones de Bazanine, como se ha aclarado ahora) sufría una cruenta derrota ante Saarbrücken. Las tropas restantes estaban demasiado lejos para acudir en su ayuda. Ladmireau seguía cerca de Bouzonville, restos de las fuerzas de Bazaine y la guardia estaban en las proximidades de Boulet, las fuerzas principales de Canrobert se vieron ante Nancy, parte de las tropas de de Faillie se extravió totalmente, y Félix Douay, según acabamos de enterarnos, se encontraba el 1º de agosto al lado de Altkirch, en la región más meridional de Alsacia, casi a 120 millas del campo de batalla de Woerth, sin disponer, probablemente, de suficientes medios de trasporte ferroviario. Todas las medidas revelan sólo vacilación, indecisión, titubeo; ¡y esto ocurre en los momentos más decisivos de la campaña!

¿Qué idea se inculcaba a los soldados acerca de sus enemigos? Es cierto que en el último instante el emperador les dijo que tendrían que enfrentarse

con "uno de los mejores ejércitos de Europa"; ¿pero qué importancia podrían tener esas palabras después de que al ejército francés se le había inculcado durante años el desprecio por los prusianos? El capitán Jeannereau, al que ya hemos citado y quien hace sólo tres años se ha retirado del ejército, da en *Le Temps* el mejor testimonio al respecto. Había sido hecho prisionero por los prusianos en su "bautismo de fuego" y pasó dos días con ellos, durante los cuales vio a la mayor parte de su octavo cuerpo de ejército. Se sintió asombrado de ver la diferencia que existía entre la opinión que tenía de ellos y la realidad. He aquí la primera impresión que recibió cuando lo llevaron al campamento:

> En cuanto nos encontramos en el bosque, todo resultó radicalmente distinto. Debajo de los árboles estaban los puestos de centinelas, los batallones se hallaban acantonados a lo largo de las carreteras; y que nadie trate de engañar a la opinión pública con un método que es indigno para nuestro país y para nuestra situación actual: desde los primeros pasos percibí los rasgos típicos de un excelente ejército [*une belle et bonne armée*], y también de una nación poderosamente organizada para la guerra. ¿En qué consistían esos rasgos? En todo. La conducta de los soldados. La subordinación de sus menores movimientos a la voluntad de sus jefes, con la presencia de una disciplina mucho más severa que la nuestra, la jovialidad de unos, el aspecto serio y decidido de otros, el patriotismo que revelaba la mayoría de ellos, la diligencia total e inmutable de los oficiales, y demás, cosa que podemos envidiarles, la dignidad moral de los suboficiales: he aquí lo que me sorprendió en seguida y lo que tengo siempre presente desde que pasé dos días entre ese ejército y en ese país, en el que las tablillas con los números de los batallones locales del Landwehr, puestas a una determinada distancia, recordaban que en el momento de peligro y de planes ambiciosos, allí son capaces de poner en tensión todas las fuerzas.

Entre los alemanes todo era completamente distinto que entre los franceses. Ellos calculaban en debida forma, por supuesto, la capacidad combativa de los franceses. La concentración de las tropas alemanas se realizó con rapidez pero con precaución. Todos los hombres aptos para el servicio militar habían sido enviados al frente, y ahora, cuando el primer cuerpo de ejército del norte de Alemania se unió en Saarbrücken con el del príncipe Federico Carlos, es indudable que toda la infantería, toda la caballería, toda la artillería de ese ejército, que cuenta con 550.000 hombres, ya han sido llevados al frente, donde se les deberán sumar las tropas del sur de Alemania. Y los resultados de esta enorme superioridad numérica se reforzaron gracias a la superioridad del mando militar.

Escrito por F. Engels en inglés, el 10 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 11 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LA CRISIS DE LA GUERRA

El emperador abandonó el ejército, pero en él quedó su espíritu del mal, ese espíritu del mal que lo apresuró a declarar la guerra atropelladamente y, cuando eso ya estaba hecho, resultó inepto para obligarlo a tomar alguna decisión. El ejército debía estar listo para iniciar la marcha no más tarde del 20 de julio. Llegó esta fecha, pero nada se había emprendido todavía. El 29, Napoleón III recibió en Metz al mando supremo; entonces todavía se estaba a tiempo para comenzar una ofensiva casi sin obstáculos hasta el mismo Rin; mas el ejército no se movió de su sitio. Parecería inclusive que la vacilación había ido tan lejos, que el emperador no podía decidir si debía iniciar la ofensiva u ocupar una posición defensiva. Las unidades cabeceras de las columnas alemanas ya se estaban concentrando desde todas partes hacia el Palatinado, y cada día podía esperarse su ofensiva. Pese a ello, los franceses seguían en la frontera, en sus posiciones destinadas a la ofensiva, que no llegó a realizarse, en posiciones totalmente inútiles para la defensa, y que pronto llegaron a ser su única salida. La irresolución, que se prolongó desde el 29 de julio hasta el 5 de agosto, fue característica para toda la campaña. El ejército francés, acampado en la misma frontera, no contaba con unidades avanzadas a la distancia necesaria de sus fuerzas principies, y ese error sólo podía enmendarse de dos modos: bien adelantando las unidades de vanguardia hacia el territorio enemigo, bien dejándolas en las posiciones fronterizas en que se hallaban, y ocupando con las fuerzas principales una posición más concentrada, retirándolas a la distancia de un día de marcha. Pero el primer plan suponía choques con el enemigo en condiciones que en nada dependían del emperador, en tanto que el segundo tropezaba con la imposibilidad política de replegarse antes de haberse realizado la primera batalla. Por lo tanto, las vacilaciones continuaban, y seguía sin hacerse nada; como si se contara con que el enemigo se contagiaría de la indecisión y rehusaría también a iniciar la ofensiva. Pero el enemigo la inició. Justamente un día antes de que todas sus unidades llegaran al frente, el 4 de agosto, había decidido aprovechar las ventajas que le brindaba la errónea disposición de los franceses. El combate de Weissenburg alejó aún más a todas las unidades de los cuerpos de Mac-Mahon y de de Faillie del centro de las posiciones francesas, y el 6 de agosto, cuando los alemanes estaban en plena formación de combate, su III ejército infligió una derrota a seis divisiones de Mac-Mahon junto a Woerth, rechazándolas a través de Saverne hacia Luneville, junto con dos divisiones de de Faillie, que habían quedado. Al mismo tiempo, las unidades de avanzada del I y II ejércitos alemanes derrotaron a las tropas de Frossard y a una parte de las tropas de Bazaine cerca de Spichem, arrojando a todo el centro y parte del ala izquierda de los franceses hacia atrás, en dirección de Metz. Así, pues, toda Lorena se vio entre dos ejércitos franceses en retirada; en esa amplia brecha irrumpió la caballería alemana y, en pos de ella la infantería, para aprovechar lo mejor posible el éxito alcanzado. Se ha censurado al Kronprinz por

no haber perseguido al ejército destrozado de Mac-Mahon hasta Saverne y más allá. Pero después de Woerth la persecución se realizó con perfecta corrección. Tan pronto las tropas derrotadas fueron alejadas hacia el sur lo bastante como para que su unión con el resto del ejército francés sólo pudiera lograrse haciendo un rodeo, los perseguidores, dirigiéndose hacia Nancy, avanzaron todo el tiempo entre dos ejércitos. Este modo de persecución (el mismo que empleó Napoleón después de Jena) es, según lo han mostrado ahora los resultados, por lo menos tan eficaz como el avance directo tras las tropas del enemigo que se retiran con rapidez. Lo que quedaba de esas ocho divisiones estaba cortado de las fuerzas principales, o bien se había unido a ellas en un estado de completo desorden.

Éstas son las consecuencias de la indecisión que determinó el comienzo de la campaña. Después de ello se podía esperar, por supuesto, que jamás se repitiera el error. El emperador entregó el mando supremo al mariscal Bazaine, y éste debía saber que el enemigo, actuara o no, no le dejaría en modo alguno detenerse durante largo tiempo en el mismo lugar.

La distancia desde Forbach hasta Metz no llega a 50 millas. La mayoría de los cuerpos debían recorrer menos de 30 millas. Durante tres días habrían podido llegar todos ellos sin obstáculos hasta Metz, aprovechar esa defensa, y al cuarto día hubiesen podido comenzar la retirada hacia Verdún y Châlons, porque ya no podía quedar duda alguna respecto de la necesidad de ese repliegue. Era indudable que las ocho divisiones del mariscal Mac-Mahon y las dos que quedaban del general Douay (más de un tercio de todo el ejército), no podían reunirse con Bazaine en un punto más próximo que Châlons. Bazaine contaba con doce divisiones, incluyendo la guardia del emperador; por lo tanto, inclusive después de habérsele sumado las tres divisiones de Canrobert, la composición numérica de su ejército, junto con la caballería y la artillería, no podía superar los 180.000 hombres; por lo demás, se trataba de fuerzas insuficientes para enfrentarse con el enemigo en el campo de batalla. Por eso, si no tenía la intención de ofrecerle toda Francia al enemigo que la había invadido, ni permitir que lo encerraran en un lugar donde el hambre lo obligaría rápidamente a entregarse o a entrar en combate en las condiciones que le impusiera el enemigo, parecería que no debía dudar ni un instante en cuanto a la necesidad de retirarse de Metz sin pérdida de tiempo. No obstante, no se mueve de su sitio. El 11 de agosto la caballería alemana se encuentra ya en Luneville, y él no exterioriza el menor síntoma de movimiento. El 12, la caballería cruza el Mosela, hace requisiciones en Nancy, destruye el ferrocarril entre Metz y Frouard y aparece en Pont-á-Mousson. El 13 de agosto la infantería alemana ocupa Pont-á-Mousson, y desde ese momento los alemanes se convierten en los dueños de ambas orillas del Mosela. Por último, el domingo 14, Bazaine comienza a desplazar a sus tropas a la margen izquierda del río. Se entabla un combate junto a Pange, a resultas del cual la retirada, indudablemente, vuelve a

aplazarse; es de suponer que la verdadera retirada hacia Châlons comenzó el lunes, cuando se enviaron convoyes pesados y artillería. Pero el mismo da la caballería alemana cruzó el Mosa en Commercy y se encontraba en Vignole, a la distancia de 10 millas de la línea de retirada de los franceses. No podemos decir cuánta tropa se retiró el lunes y el martes en las primeras horas de la mañana, pero debe considerarse indudable que las fuerzas principales estaban todavía atrás cuando el 3° cuerpo alemán y la caballería de la reserva atacaron a las columnas en movimiento cerca de Mars-la-Tour el martes 16 de agosto, cerca de las 9 de la mañana. El resultado ya se conoce: se detuvo totalmente la retirada de Bazaine; sus propios telegramas del 17 muestran que apenas consiguió retener las posiciones, en tanto que su único deseo era dejarlas a sus espaldas.

Por lo que se ve, el miércoles 18 de agosto los dos ejércitos tuvieron una tregua, pero el jueves todas las esperanzas que podía cifrar Bazaine en una retirada feliz se desmoronaron por completo. Esa mañana los prusianos lo atacaron, y al cabo de un combate de nueve horas "el ejército francés estaba totalmente destruido, cortadas sus comunicaciones con París y arrojado hacia atrás, en dirección a Metz". Esa misma tarde o al día siguiente, el ejército del Rin se vio obligado a volver a la fortaleza, que había abandonado al comenzar la semana. Los alemanes pueden cortar con facilidad todo suministro al ejército encerrado allí, tanto más cuanto que la localidad ya está completamente devastada por la prolongada permanencia de las tropas en ella, y el ejército bloqueador acaparará sin duda todo lo que se pueda conseguir. Por lo tanto, el hambre deberá muy pronto obligar a Bazaine a replegarse; sólo es difícil determinar en qué dirección. El movimiento hacia el oeste será interceptado por las fuerzas superiores del enemigo; el movimiento hacia el norte es en extremo peligroso; el movimiento hacia el sureste podría tener éxito en parte, pero en modo alguno daría resultados inmediatos. Aunque lograra, con el ejército desordenado, llegar a Belfort o Besanzón, no podría ejercer una influencia significativa en el destino de la campaña. Esta es la situación a que ha llevado al ejército francés la indecisión en el segundo período de la campaña. No cabe duda de que el gobierno en París conoce esto perfectamente. Lo demuestra el hecho de que las fuerzas móviles de Bazaine hayan sido llamadas a París. Desde el instante en que las fuerzas principales de Bazaine se vieron cortadas, la situación de Châlons, que no había sido otra cosa que un lugar de concentración de tropas, había perdido su significado. El punto más cercano para concentrar todas las fuerzas es París, y hacia allí deben dirigirse de ahora en adelante. No obstante, ahora no hay fuerzas capaces de enfrentar al III ejército alemán, que en la actualidad debe estar avanzando hacia la capital. Los franceses se convencerán en breve, por experiencia propia, si las fortificaciones de París justifican los gastos invertidos en ellas.

Aunque la amenaza de esta catástrofe final era evidente ya desde hacía varios días, es difícil imaginarse que ocurra en realidad. Hace dos semanas los ingleses hacían suposiciones acerca de las consecuencias que implicaría el hecho de que el ejército francés ganara la primera gran batalla. El peligro que más temían era que Napoleón III convirtiese su éxito inicial en pretexto para concertar una paz apresurada a costa de Bélgica. Pero en ese sentido se han tranquilizado rápidamente. Las batallas de Woerth y Forbach demostraron que las armas francesas ya no pueden contar con efectos teatrales. Este hecho, que revelaba que Alemania no tenía por qué temer a Francia, parecería prometer una rápida terminación de la guerra. Se suponía que debería llegar en breve un momento en que los franceses reconocerían que sus intentos de oponerse a la unificación de Alemania bajo la supremacía de Prusia se habían frustrado, y que, por consiguiente, no tenían por qué hacer la guerra; además, que era poco probable que los alemanes continuaran esa conflagración arriesgada y dudosa después de haber conseguido el reconocimiento que exigían. Durante los primeros cinco días de esta semana toda la situación volvió a modificarse. El potencial militar de Francia, por lo visto, está totalmente destruido y, según parece, no existen límites para la ambición de los alemanes, a no ser la moderación de los mismos alemanes, sumamente dudosa. Todavía no es posible apreciar los resultados políticos de esta enorme catástrofe. Sólo podemos asombramos de su magnitud y de su carácter inesperado, y maravillarnos de cómo la soportaron las tropas francesas. El hecho de que al cabo de cuatro días de combates casi ininterrumpidos, en condiciones tan adversas como sea posible imaginar, hayan podido resistir al quinto día, durante nueve horas, la ofensiva del enemigo, numéricamente superior, las hace merecedoras del más grande honor a su valentía y estoicismo. Jamás, ni siquiera en las épocas de las campañas más victoriosas, se había cubierto el ejército francés de una gloria tan merecida como en su catastrófico repliegue de Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 19 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette,* el 20 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XI

Aunque aún desconocemos todos los detalles sobre las cruentas batallas desarrolladas la semana pasada en torno de Metz, estamos lo bastante informados ahora como para hablar un claro informe de lo que ocurrió en realidad.

La batalla que tuvo lugar el domingo 14 de agosto fue iniciada por los alemanes a fin de detener la retirada de los franceses hacia Verdún. El domingo, después de mediodía, se advirtió que los restos del cuerpo de Frossard habían

cruzado el Mosela y se dirigían a Longwy; también se observaban síntomas de movimiento entre las tropas acampadas al este de Metz. El 1° cuerpo de ejército (de Prusia oriental) y el 7° (de Westfalia y Hannover) recibieron la orden de iniciar la ofensiva. Persiguieron a los franceses hasta que se encontraron ellos mismos en la zona de fuego de los fuertes; pero los franceses, previendo ese avance, concentraron con antelación poderosas fuerzas en las posiciones fortificadas en el valle del Mosela y en una quebrada estrecha, por la que pasa un riachuelo de Oriente a Occidente, y desemboca al norte de Metz. Esta masa de tropas se abalanzó inesperadamente sobre el flanco derecho de los alemanes, que ya estaban sufriendo pérdidas producidas por el fuego de los fuertes y, según dicen, las hizo retroceder en desorden. Después de lo cual los franceses probablemente volvieron a retirarse, ya que es sabido que los alemanes retuvieron la parte del campo de batalla que está fuera del alcance del fuego de los fuertes, y volvieron a sus vivaques anteriores sólo después del amanecer. Conocemos esto por cartas particulares de personas que participaron en el combate, y también por la carta del corresponsal de *Manchester Guardian*, publicada el lunes, quien visitó el campo el lunes por la mañana y lo halló ocupado por los prusianos, que prestaban ayuda a los heridos franceses abandonados allí. Las dos partes pueden considerar, hasta cierto punto, que han logrado los objetivos que se habían planteado en ese combate: los franceses atrajeron a los alemanes a una emboscada y les causaron crueles pérdidas; los alemanes, por su parte, detuvieron la retirada de los franceses hasta tanto el príncipe Federico Carlos llegara a la línea por la que esa retirada debía pasar. Por parte de los alemanes participaron en el combate dos cuerpos, o cuatro divisiones; por parte de los franceses, el cuerpo de Décant, Ladmireau y parte de la guardia, es decir, más de siete divisiones. Por lo tanto en este combate los franceses contaban con una gran superioridad numérica. También se considera que la posición de los franceses había sido considerablemente reforzada con nidos de tiradores y trincheras, desde los cuales disparaban con más sangre fría que de costumbre.

Hasta el martes 16 de agosto, la retirada del ejército del Rin hacia Verdún no se había iniciado en lo esencial. Para ese momento las cabezas de las columnas del príncipe Federico Carlos —el 3 º cuerpo de ejército (de Brandenburgo)— acababan de llegar a las proximidades de Mars-la-Tour. De inmediato atacaron a los franceses y durante seis horas paralizaron al ejército francés. Apoyados después por el 10 º cuerpo de ejército (de Hannover y de Westfalia) y por las unidades del 8 º (del Rin) y el 9 º (de Schleswig-Holstein), no sólo retuvieron su posición, sino que hicieron retroceder al adversario, se apoderaron de dos estandartes, siete cañones y más de dos mil prisioneros. Las fuerzas que actuaban contra ellos constaban de los cuerpos de Décant, Ladmireau, Frossard, y por lo menos de una parte del cuerpo de Canrobert (llegaron a Metz de Châlons en los últimos días, mientras estaba aún abierto el ferrocarril hacia Frouard) y la guardia, un total de 14 a 15 divisiones. Por lo tanto, 8 divi-

siones alemanas se enfrentaban de nuevo con tropas numéricamente superiores, aunque en ese combate no participaran todas las tropas de Bazaine, lo cual es muy probable. Esto debe tenerse en cuenta, ya que las informaciones francesas continúan explicando todos los fracasos por la permanente superioridad numérica del enemigo. Del hecho de que ellos mismos hablen de los combates en la retaguardia, qué tuvieron lugar en Gravelotte el 17, a más de 5 millas atrás de las posiciones que ocuparon el 16, puede verse que el repliegue de los franceses fue realmente detenido. Al mismo tiempo, la circunstancia de que el martes los alemanes pudieran incorporar al combate sólo cuatro cuerpos demuestra que el éxito logrado por ellos era incompleto. El capitán Jeannereau, que el 17 llegó de Brie a Conflent, encontró allí a dos regimientos de caballería de la guardia francesa, en completo desorden y dispuesto a huir en retirada al solo grito de "¡llegan los prusianos!" Esto demuestra que si el 16 por la tarde el camino a través de Étienne no estaba ocupado por los alemanes, éstos se encontraban tan cerca que era imposible replegarse por él sin afrontar un nuevo combate. Pero sin duda Bazaine había abandonado toda idea de retirarse, una vez fortificado en la sólida posición de Gravelotte, y allí esperó el ataque de los alemanes, que se produjo el 18.

La meseta, por la que pasa la carretera de Mars-la-Tour a través de Gravelotte hacia Metz, está cortada por una serie de profundas quebradas, formadas por riachuelos que van de norte a sur hacia el Mosela. Una de esas quebradas está inmediatamente delante de Gravelotte (al oeste), otras dos pasan paralelas detrás de la primera. Cada una forma una posición defensiva muy fuerte, que fue consolidaba más aún con fortificaciones de tierra, barricadas y troneras en los patios de las granjas y en las aldeas, ubicadas en puntos importantes en el aspecto táctico. Por lo que se ve, a Bazaine sólo le quedaba la esperanza de recibir al enemigo en una posición sólidamente fortificada, permitirle destrozarse contra ella, hacerlo retroceder con una poderosa contraofensiva y, de ese modo, dejar despejada la carretera a Verdón. Pero el ataque se realizó con tantas fuerzas y con tal energía, que el enemigo se apoderaba de una posición tras otra, y el ejército del Rin fue repelido hasta los mismos cañones de Metz. Frente a catorce o quince divisiones. francesas actuaban doce divisiones alemanas y otras cuatro quedaban en la reserva. El número de efectivos que se incorporaron al combate por ambas partes era casi igual, con una pequeña superioridad numérica del lado alemán, ya que cuatro o seis de sus cuerpos estaban casi intactos; pero esa insignificante superioridad numérica no podía nivelar en medida alguna, la fuerza de las posiciones francesas.

La opinión pública francesa no se decide todavía a reconocer la gravedad de la situación que se le ha creado a Bazaine y a su ejército, semejante a aquella en que el general Bonaparte colocó a Wurmser en Mantua, en 1796, y a Mack en Ulm, en 1805. Que el brillante ejército del Rin, la esperanza y la fuerza de Francia, se vea después de una campaña de dos semanas, ante la

alternativa de tratar de abrirse paso, en las condiciones más funestas, a través del frente enemigo o capitular, supera todo lo que los franceses puedan obligarse a creer. Buscan toda clase de explicación. Una de las teorías afirma que Bazaine, por decirlo así, se sacrifica para permitir que Mac-Mahon y París ganen tiempo. Mientras Bazaine detiene a dos de los tres ejércitos alemanes junto a Metz, París puede organizar su defensa, y Mac-Mahon tendrá tiempo para crear un nuevo ejército. Bazaine, por consiguiente, no se queda en Metz porque no tenga otra salida, sino porque lo exigen los intereses de Francia. Pero cabe preguntarse: ¿dónde están las unidades que constituirán el ejército de Mac-Mahon? Su propio ejército, que cuenta ahora con unos 15.000 hombres; los restos de las tropas de de Faillie, desordenadas y diseminadas por la larga retirada en rodeo —dicen que llegó a Vitry-le-Frangois sólo con 7.000 u 8.000 hombres—; quizás una de las divisiones de Canrobert; dos divisiones del cuerpo de Félix Douay, las cuales, por lo visto, nadie sabe dónde se encuentran. En total, aproximadamente 40.000 hombres, incluyendo la infantería de marina, que forma parte de la expedición báltica que se planeaba. En este número están comprendidos todos los batallones y escuadrones que le quedaron a Francia de su antiguo ejército, fuera de Metz. Pueden sumársele cuatro batallones. Parece que están llegando ahora a París en cantidad bastante numerosa, pero reforzados en gran medida por reclutas. El número total de estas tropas puede ascender, aproximadamente, a 130.000 y aun a 150.000 hombres; pero este ejército nuevo no puede compararse por su calidad al viejo ejército del Rin. Sus antiguos regimientos están muy desmoralizados. Los nuevos batallones se han formado con apresuramiento, cuentan en sus efectivos con muchos reclutas y no pueden ser completados por una oficialidad como la del viejo ejército. Por lo que parece, la proporción de caballería y artillería no es muy grande; la masa fundamental de caballería se encuentra en Metz, y en algunos casos, las reservas necesarias para formar nuevas baterías, arneses, etc., existen solo sobre el papel. En el número del domingo de *Le Temps,* Jeannereau cita un ejemplo de ello. En cuanto a la guardia móvil, después de haber sido nuevamente trasladada de Chalons a Saint-Maur, en las proximidades de París, parece que se ha dispersado por completo debido a la insuficiencia de provisiones. Y a fin de ganar tiempo para crear fuerzas semejantes, Francia deberá sacrificar todo su mejor ejército. En efecto, este ejército ha sido sacrificado, si es cierto que se halla encerrado en Metz. Si Bazaine ha colocado intencionalmente su ejército en la situación en que ahora se encuentra, cometió un error, en comparación con el cual todos los que se han cometido en esta guerra nada significan. En cuanto a los rumores de que Bazaine se ha retirado de Metz y se ha reunido con Mac-Mahon en Montmedi, lanzados ayer por el diario *Standard*, el resumen militar que publica esta mañana el mismo diario los refuta suficientemente. Si algunos destacamentos de las tropas de Bazaine han logrado inclusive escapar hacia el norte durante los últimos combates junto a Mars-la-Tour, o después de ellos, la masa fundamental de su ejército sigue encerrada en Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 23 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Malí Gazette*, el 24 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XII

Los dos últimos acontecimientos de la guerra son los siguientes: el Kronprinz avanza hacia Châlons, y Mac-Mahon ha retirado todo su ejército de Reims, pero no se sabe exactamente hacia dónde. Según los informes franceses, MacMahon considera que la guerra se está desarrollando con demasiada lentitud; para acelerar su desenlace, según dicen, salió de Reims en apoyo de Bazaine. Ello, en efecto, aceleraría la marcha de los acontecimientos, inclusive hasta la crisis final.

En nuestro artículo del miércoles[*] determinamos que el número de las tropas de Mac-Mahon oscilaría entre 130.000 y 150.000 hombres, suponiendo que se le habían sumado todas las tropas de París. Nuestras suposiciones fueron justas en cuanto a que en Châlons habían quedado tropas de sus propias unidades y de las de Faillie, y que también allí estaban dos divisiones del cuerpo de Douay, que, como ahora se sabe, llegó hasta allí haciendo un rodeo por vía férrea, a través de París, así como la infantería de marina y otras unidades del cuerpo del Báltico. Pero ahora nos enteramos de que en los fuertes que rodean a París se encuentran todavía las tropas de línea, que parte de las unidades de Mac-Mahon y de Frossard, principalmente la caballería, han vuelto a París para su nueva formación, y que en el campamento de Mac-Mahon sólo quedaron 80.000 hombres pertenecientes a las tropas regulares. Por eso podemos restar de nuestra cuenta a 25.000 hombres y establecer que el número máximo de las tropas de Mac-Mahon asciende a 110.000 ó 120.000 hombres, una tercera parte de los cuales son reclutas sin instrucción. Y con ejército de esa índole salió de Metz, como dicen, para acudir en ayuda de Bazaine.

En la actualidad, el enemigo más inmediato y directo de Mac-Mahon es el ejército del Kronprinz. El 24 de agosto sus unidades de vanguardia ocupaban el ex campamento de Châlons, como nos han comunicado por telégrafo desde Bar-le-Duc. De lo cual podemos deducir que en esos momentos el Estado Mayor se encontraba en dicha ciudad. El camino más próximo de Mac-Mahon hasta Metz pasa por Verdón. Desde Reims hasta Verdón hay 70 millas exactas por un camino vecinal casi recto; por la gran carretera de Sainte Menehould son más de 80 millas; esta última cruza, además, por el campamento de Châlons, es decir, por las posiciones de los alemanes. La distancia de Bar-le-Duc hasta Verdón no llega a 49 millas.

_____

[*] Se trata del anterior, Notas sobre la guerra - XI. (*Ed.*)

Por lo tanto, el ejército del Kronprinz no sólo puede asestar un golpe al flanco de Mac-Mahon durante la marcha, si aprovecha uno de los mencionados caminos a Verdón, sino que puede cruzar el Mosa y reunirse con los otros dos ejércitos germanos, entre Verdón y Metz, mucho antes de que Mac- Mahon alcance a salir de Verdón a la orilla derecha del Mosa. Si el Kronprinz avanzara hasta Viíry-le-Frantjois, o si necesitase un día más para concentrar sus; tropas extendidas a lo largo del frente, tampoco cambiaría nada, tan grande es la diferencia de distancia a su favor.

En estas condiciones, es de dudar que Mac-Mahon utilice uno de los caminos señalados; ¿no querrá salir en seguida de la esfera de operaciones del ejército del Kronprinz y elegir el camino desde Reims, a través de Vouziers, Grand Pré y Varenñes, hacia Verdón, o a través de Vouziers hasta Stenay, donde cruzaría el Mosa, y luego se encaminaría hacia el sureste, hacia Metz? Pero ello sólo le garantizaría una ventaja breve, duplicando las posibilidades de una derrota definitiva. Estos dos caminos hacen un rodeo más grande y le proporcionarían al Kronprinz más tiempo para reunir sus fuerzas con las que se encuentran junto a Metz, a fin de enfrentar a Mac-Mahon, y también a Bazaine, con una superioridad numérica aplastante.

Así, pues, cualquiera sea el camino que elija Mac-Mahon para salir de Metz, no podrá eludir al Kronprinz, quien, además, no puede dejar de elegir entre atacar al enemigo sólo con sus fuerzas o uniéndose a otros ejércitos alemanes. De lo cual queda claro que el movimiento de Mac-Mahon en ayuda de Bazaine sería un enorme error, mientras no se quite de encima definitivamente al Kronprinz. Para él, el camino más corto, rápido y seguro hacia Metz pasa a través del III ejército alemán. Si avanzara directamente hacia él, si lo atacara donde lo encontrase, le infligiría una derrota y lo perseguiría durante varios días en dirección sureste, abriendo una cuña, con su ejército triunfante, entre aquél y los dos ejércitos alemanes (del mismo modo que ya en una oportunidad se lo enseñó el Kronprinz); y entonces, y no antes, tendría probabilidades de llegar a Metz y liberar a Bazaine. Pero podemos tener la seguridad de que si se hubiera sentido con las fuerzas suficientes para ello, lo habría hecho en el acto. Así, pues, la salida de Reims adquiere otro carácter. No se trata tanto de un movimiento de ayuda de Bazaine contra Steinmetz y Federico Carlos, como de un intento de Mac-Mahon de desembarazarse del Kronprin. Y desde ese punto de vista no se podía haber hecho nada peor. Como resultado de ello, todas las informaciones directas de París se trasmiten íntegras a manos del enemigo; se retiran todos los efectivos de Francia desde el centro hacia la periferia, e intencionadamente se emplazan a una distancia del centro, mucho mayor que la que separa al enemigo del centro en este momento concreto. Si ese movimiento se realizara contando con una superioridad considerable de fuerzas, estaría justificado; pero en este caso se emprendió con fuerzas desesperadamente pequeñas, con la perspectiva de una derrota casi segura. ¿A qué conducirá esa derro-

ta? Ocurra donde ocurriere, rechazará los restos del ejército destrozado más lejos de París, hacia la frontera del norte, donde pueden ser encerrados en un territorio neutral u obligados a capitular. Si Mac-Mahon emprendió realmente ese movimiento en la dirección indicada, coloca de intento a su ejército en la misma situación en que Napoleón puso en 1806 al ejército alemán en Jena con un movimiento de flanco en torno del territorio del bosque de Turingia. Para un ejército numérica y moralmente más débil se crea de manera premeditada una situación en la cual el único camino de retirada, en caso de derrota, será una estrecha franja de terreno que conduce a un territorio neutral o al mar. Napoleón obligó a los prusianos a capitular nada más que por haber llegado a Stettin antes que ellos. Las tropas de Mac-Mahon tendrán, quizá, que entregarse en esa estrecha franja de territorio francés que se incrusta en Bélgica entre Meziéres y Char-lemont: en Givet.[55] En el mejor de los casos podrán salvarse replegándose a las fortalezas del norte: Valenciennes, Lille, etc., donde en cualquier circunstancia serán puestos fuera de peligro. Entonces Francia se verá en poder de los conquistadores.

Todo el plan parece tan demencial, que sólo se lo puede explicar por la necesidad política. Se parece más a un acto de desesperación [*coup de désespoir*] que a otra cosa. Surge la impresión de que tratan de hacer algo, correr algún riesgo antes de permitir que París adquiera plena conciencia de la verdadera situación. No se trata del plan de un estratega, sino del de un argelino, acostumbrado a combatir contra tropas irregulares; no del plan de un soldado, sino del de un aventurero político y militar, de los que gobernaron en Francia durante los últimos diecinueve años. Con ello están en consonancia las palabras que se le atribuyen a Mac-Mahon y que supuestamente pronunció para justificar esa resolución: ‘'¿Qué dirían si" él no hubiera acudido en ayuda de Bazaine? En efecto» ¿pero qué dirían si" él se ubicara en una situación peor que la del mismo Bazaine? He aquí al II Imperio en todo su esplendor. Mantener las apariencias, ocultar la derrota: esto es lo que tiene más importancia. Napoleón se jugó todo a una carta, y la perdió; y ahora Mac-Mahon, cuando tiene una probabilidad contra diez de ganar, piensa nuevamente jugarlo todo a *va banque*. Cuanto antes se desembarace Francia de semejantes hombres, mejor para ella. En ello reside su única esperanza.

Escrito por Engels en inglés, el 25 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Malí Gazette*, el 26 de agosto de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XV

El 26 de agosto, cuando toda la prensa sin excepción estaba tan ocupada deliberando acerca de la enorme importancia de la marcha decisiva" del Kronprinz a París, y no le quedaba tiempo para dedicárselo a Mac-Mahon, nos atrevimos a señalar que la maniobra realmente importante en la actualidad, como nos informan, es la que emprendió Mac-Mahon para liberar a Metz. Habíamos dicho que en caso de una derrota "las tropas de Mac-Mahon tendrían quizá que entregarse en esa estrecha franja de territorio francés que se incrusta en Bélgica entre Meziéres y Charlemont: en Givet".

Lo que habíamos supuesto entonces, ahora ya casi se cumplió. Mac-Mahon cuenta con: los cuerpos 1° (el suyo propio), el 5° (antes de de Faillie, ahora de Wimpfen), el 7° (de Douay) y el 13° (de Lebrun), y también con las tropas qué hasta el 29 de agosto podían haberle llegado de París, incluyendo las fuerzas móviles insurrectas de Saint-Maur; además, con la caballería del cuerpo de Canrobert, dejada en Châlons. Quizá todo el ejército abarque 150.000 hombres, de los cuales es poco probable que la mitad sean tropas veteranas; el resto, los cuartos batallones y los móviles, casi en igual número. Dicen que este ejército está bien pertrechado de artillería, pero la mayor parte de esta última consta, probablemente, de baterías de reciente formación; también se sabe que esa caballería es muy débil. Aun suponiendo que este ejército fuera numéricamente más poderoso de lo que creemos, el resto tendría que consistir en soldados de las nuevas levas y no aumentaría su poderío, que es improbable sea igual al de un ejército de 100.000 buenos soldados.

Mac-Mahon salió de Reims hacia Rethel y el Mosa, el 22 por la noche, pero el 13° cuerpo fue enviado de París el 28 y el 29, y como la vía ferroviaria directa a Rethel por Reims estaba en esos momentos amenazada por el enemigo, hubo que mandar a esas tropas por el ferrocarril francés del norte, haciendo un rodeo a través de Saint-Quentin, Avene e Hirsori. El traslado de las tropas no podía terminar antes del 30 ó el 31, cuando ya había comenzado una seria batalla, de modo que las tropas que esperaba Mac-Mahon no se encontraban en su lugar en el momento preciso, porque mientras éste perdía tiempo entre Rethel, Meziéres y Stenay, los alemanes confluían desde todas direcciones. El 27 de agosto una de sus brigadas de caballería de vanguardia sufría una derrota en Buzancais; el 28 pasó a manos de los alemanes Vouziers, importante nudo ferroviario en Argona; dos escuadrones prusianos atacaron el pueblo de Vrizy y lo ocuparon; la infantería que allí se hallaba se vio obligada a entregarse, hazaña de la que, por otra parte, se registra un solo ejemplo en el pasado: la ocupación de Demby Wielkie por la caballería polaca en 1831, localidad ocupada por la infantería y la caballería rusas. El 29 no había llegado información alguna de fuente fidedigna acerca de los combates, pero el 30 (martes) los

alemanes, después de concentrar fuerzas suficientes, atacaron a Mac-Mahon y lo derrotaron. Los partes alemanes hablan de un combate cerca de Beaumont y de choques cerca de Noirt (en la ruta de Stenay hacia Buzancais), y los partes franceses mencionan los combates en la orilla derecha del Mosa, entre Mousson y Carignan.[56] Pueden confrontarse fácilmente las dos informaciones, y si se supone que los telegramas belgas son correctos en lo esencial, el IV ejército alemán (4° y 12° cuerpos de la guardia) tendría el 4° y 12° cuerpos en la orilla izquierda del Mosela, donde se les había reunido el 1° cuerpo bávaro y la primera unidad del III ejército que llegaba del sur. En Beaumont encontraron a las fuerzas principales de Mac-Mahon, que evidentemente avanzaba en dirección de Meziéres-Stenay; éstas fueron atacadas,, y una parte de las tropas, quizá los bávaros, atacó y rodeó el flanco derecho, rechazando a los franceses del camino recto de repliegue hacia el Mosa, cerca de Mousson, donde las dificultades y la demora durante el cruce del puente motivaron sus enormes pérdidas en prisioneros, artillería y provisiones. Mientras todo esto ocurría, la vanguardia del 12° cuerpo alemán, enviado aparentemente en otra dirección, encontró al 5° cuerpo francés (de Wimpfen); lo más probable es que se dirigiera hacia el flanco de los alemanes por la carretera Les Chames Populaires, el valle del Var, y a través de Buzangais. El enfrentamiento se produjo en Noirt, a 7 millas aproximadamente al sur de Beaumont, y resultó exitoso para los alemanes; es decir, éstos lograron detener el movimiento de flanco de Wimpfen durante el combate de Beaumont. La tercera parte de las fuerzas de Mac-Mahon, según informaciones belgas, avanzaba probablemente por la orilla derecha del Mosa, donde, según rumores, la noche anterior había acampado cerca de Vaux, entre Carignan y Mousson, pero este cuerpo fue también atacado por los alemanes (seguramente por la guardia), destrozado totalmente y, según afirman, perdió cuatro ametralladoras.

Estos tres combates, en su conjunto (si seguimos considerando justos en lo esencial los informes belgas), significan la derrota total de Mac-Mahon, que habíamos previsto en varias oportunidades. Los cuatro cuerpos alemanes que lo enfrentan cuentan en la actualidad con unos 100.000 hombres, pero es dudoso que todos hayan participado en el combate. Las tropas de Mac-Mahon, como ya hemos dicho, contaban aproximadamente con el mismo número de buenos soldados. Su resistencia no se parecía en absoluto a la del viejo ejército del Rin; ello lo indica el telegrama oficial alemán, al decir que "nuestras pérdidas son insignificantes", y también el número de prisioneros que se ha tomado. Pero es prematuro tratar de criticar las disposiciones tácticas de Mac-Mahon, tanto en el período de preparación como durante el combate, dado que casi las desconocemos, pero su estrategia es digna de la más severa censura. Él rechazó todas las posibilidades de salvación que se le presentaron. Su ubicación entre Rethel y Meziéres le permitía entablar el combate de modo que le asegurase la retirada hacia Laon y Soissons, y, de ese modo, volver a llegar a París o Francia occidental. En lugar de ello, combatió como si no tuviera otra vía de

repliegue que Meiziéres, y como si Bélgica le perteneciera. Dicen que se encuentra en Sedán; los alemanes vencedores ocuparán en el ínterin toda la línea de la orilla izquierda del Mosa, no sólo ante esa fortaleza, sino también ante Meziéres, desde donde en los próximos días su flanco izquierdo se extenderá hasta la frontera belga junto a Rocroi, y entonces Mac-Mahon se verá encerrado en esa franja estrecha de territorio que hemos señalado hace seis días.

Pero ya que se ha visto en esa situación, le resta una elección muy pequeña. Lo cercan cuatro fortalezas —Sedán, Meziéres, Rocroi y Charlemont—; pero en un territorio de 12 millas cuadradas, teniendo frente a sí fuerzas aplastantes, y en la retaguardia un país neutral, no puede sacar provecho de ese rectángulo; lo obligarán a capitular por hambre o lo sacarán de allí, y se verá forzado a rendirse a los prusianos o a los belgas. Pero Mac-Mahon tiene abierto otro camino. Acabamos de decir que procedió como si Bélgica le perteneciera. ¿Y si en efecto pensara así? ¿Y si todo el secreto en que se basa esta estrategia inexplicable consistiera en la firme decisión de utilizar el territorio belga como si perteneciera a Francia? De Charlemont existe un camino recto que pasa por territorio belga, a través de Phillippville hacia la frontera francesa en Maubeuge. Esta carretera representa sólo la mitad de la distancia desde Meziéres hacia Maubeuge por territorio francés. ¿Qué pasaría si Mac-Mahon hubiese tenido la intención, en última instancia, de utilizar ese camino para la retirada? Puede contar con que los belgas no estén en condiciones de ofrecer una resistencia eficaz a un ejército tan poderoso como el que tiene a su mando; pero si los alemanes, como es de suponer, persiguen a Mac-Mahon por territorio belga, y si los belgas no pueden detenerlo, surgirán nuevas complicaciones políticas pasibles de mejorar, pero no de empeorar la situación actual de Francia. Además, si Mac-Mahon logra atraer a territorio belga aunque sólo sea una patrulla alemana, con ese hecho se establecerá una violación de la neutralidad, y justificará para sus perseguidores la violación de los derechos de Bélgica.[57] Esas ideas habrían podido ocurrírsele a ese viejo argelino: corresponden a los métodos africanos de conducción de la guerra, y quizá sólo de esa manera se pueda justificar la estrategia que está poniendo en práctica. Pero aun esta posibilidad puede fallarle: si el Kronprinz actúa con la rapidez que le es característica, puede llegar a Monthermé y a la confluencia de los ríos Semoy y Mosa antes que Mac-Mahon, y entonces éste se verá encerrado entre el río Semoy y Sedán, en una superficie aproximadamente igual a la que necesitan sus tropas para acampar, y perderá la posibilidad de cruzar el territorio neutral por el camino más corto.

Escrito por Engels en inglés, el 1 de setiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Malí Gazette*, el 2 de setiembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LAS DERROTAS FRANCESAS

Un ejército grande, colocado en una situación sin salida, no se rinde en el acto. Ante todo fueron necesarias tres batallas para que las tropas de Bazaine comprendieran que estaban en realidad encerradas en Metz, y después fue menester un combate desesperado de 36 horas, durante día y noche, el miércoles y jueves pasados, para convencerlas (si en realidad eso las ha convencido) de que no tenían salida alguna de la trampa en la que las habían atrapado los prusianos.[58] Tampoco fue suficiente el combate que tuvo lugar el martes, para obligar a Mac-Mahon a entregarse. Fue necesaria una batalla más el jueves —sin duda la de mayor envergadura y la más cruenta—, y que Mac-Mahon resultara herido para que comprendiera su situación real. El primer parte sobre el combate en las cercanías de Beaumont y Carignan resultó exacto en lo esencial, a excepción, quizá, de que el camino de retirada de los cuerpos franceses que habían combatido en Beaumont, que pasa por la orilla izquierda del Mosa hacia Sedán, no estaba aún totalmente cortado. Parte de estas tropas se replegó probablemente por la orilla izquierda hacia Sedán; por lo menos el jueves en esa misma margen se desarrolló otro combate. Además, surgen ciertas dudas acerca de la fecha del combate de Noirt, el que, según opina el Estado Mayor en Berlín, tuvo lugar el lunes. Esta fecha permite, por supuesto, coordinar mejor los telegramas alemanes, y si es así en realidad, no ha tenido lugar el movimiento envolvente que se le adjudica al 5° cuerpo francés.

El resultado del combate librado el martes fue catastrófico para los cuerpos franceses que participaron en él. Más de 20 cañones, 11 ametralladoras: y 7.000 prisioneros equivalen casi a los resultados de la batalla de Woerth, pero han sido alcanzados con mucha mayor facilidad y muchas menos pérdidas. En ambas orillas del Mosa los franceses fueron rechazados hasta las mismas cercanías de Sedán. Después del combate, tienen a su disposición en la orilla izquierda: al oeste el río Var y el canal de Ardenas, que corren por el mismo valle y desembocan en el Mosa Junto a Villere, entre Sedán y Meziéres; al este, una quebrada y un riachuelo que corre de Rocourd y desemboca en el Mosa junto a Remilly. Las fuerzas principales francesas, asegurados de ese modo los dos flancos, ocuparon probablemente la meseta intermedia, dispuestas a recibir la ofensiva desde cualquier lado. En la orilla derecha del Mosa los franceses, seguramente después del combate del martes, cruzaron el Chiers, que desemboca en el Mosa, junto a Remilly, a cuatro millas de Sedán. En esa localidad hay tres quebradas, que corren paralelas de norte a sur desde la frontera belga; la primera y la segunda en dirección del río Chiers; la tercera y más grande de ellas, por delante mismo de Sedán, hacia el Mosa. Junto a la segunda quebrada, cerca de su curso superior, se halla la aldea Semay; junto a la tercera, donde la corta el camino que lleva a Roullon, a Bélgica, está Givonne; y más al sur, donde el camino hacia Stenay y Montmedi cruza la quebrada, se

encuentra Bazeille. Estas tres quebradas debían convertirse, durante el combate del jueves, en líneas defensivas consecutivas para los franceses, quienes, naturalmente, retenían con la mayor tenacidad la última y más fuerte de ellas. Esta parte del campo de batalla recuerda en cierta medida el de Gravelotte, pero mientras en aquél las quebradas podían ser rodeadas por la meseta de la que salen, como en realidad se hizo, aquí la cercanía de la frontera belga hacía muy arriesgado el intento de realizar el rodeo y casi obligaba a una ofensiva frontal directa.

En tanto los franceses se afianzaban en esas posiciones e iban concentrando las fuerzas que no habían participado en el combate del martes (entre ellas estaba probablemente el 12? cuerpo, incluyendo las tropas móviles de París), los alemanes tenían un sólo día para concentrar sus ejércitos; y cuando iniciaron la ofensiva, el jueves, tenían en ese punto a todo el IV ejército (la guardia, los cuerpos 4° y 12°) y tres cuerpos (el 5°, 11° y uno bávaro) del III ejército, fuerzas moral si no numéricamente superiores a las del Mac-Mahon. La batalla comenzó a las siete y media de la mañana, y aún continuaba a las cuatro y cuarto, cuando el rey prusiano envió el telegrama, y los alemanes atacaban con éxito desde todas partes. Según informaciones belgas, las aldeas Bazeille, Remilly y Sernay estaban incendiadas, y la capilla de Givonne en manos de los alemanes, Esto indica que ambas aldeas de la orilla izquierda del Mosa, donde se habrían encontrado los dos flancos de los franceses en caso de repliegue, estaban ocupadas, o convertidas en posiciones inaptas para la defensa; entre tanto, la primera y segunda línea de defensa en la orilla derecha estaban ocupadas por los alemanes, y los franceses estaban a punto de abandonar de un momento a otro la tercera, entre Bazeille y Givonne. No cabe la menor duda de que en esas circunstancias, al llegar la noche, los alemanes serán los vencedores y los franceses se verán rechazados hacia Sedán. Ello, en efecto, es confirmado por los telegramas de Bélgica; éstos comunican que Mac-Mahon está totalmente cercado y que miles de tropas francesas cruzan la frontera y se desarman.

En estas circunstancias a Mac-Mahon le quedaba sólo una alternativa: capitular o introducirse en el territorio belga. El ejército destrozado, encerrado en Sedán y en sus alrededores, es decir, en el mejor de los casos en un sector no mayor que el necesario para acampar, no puede sostenerse; y si estuviera en condiciones de mantener comunicaciones con Meziéres, que está aproximadamente a 10 millas al oeste, también habría sido cercado en una franja muy limitada de territorio y sería incapaz de oponer resistencia. Por lo tanto, Mac-Mahon, incapacitado para pasar con su ejército a través del emplazamiento enemigo, deberá pasar al territorio belga o rendirse. Las circunstancias hicieron que Mac-Mahon, agotado por las heridas, quedara liberado de tomar esa tremenda decisión. Correspondió al general Wimpfen declarar que el ejército francés se entregaba.

Si llegáramos a suponer que el ejército de Mac-Mahon podía tener noticias de la tenaz resistencia ofrecida por Bazaine en sus intentos de salir de Metz, esos informes no habrían podido evitar que se acelerara la capitulación en Sedán.

Los alemanes previeron las intenciones de Bazaine y estaban listos para ofrecerle resistencia en cualquier punto. No sólo Steinmetz, sino también el príncipe Federico Carlos (esto se hace evidente por la mención del 1° y 9° cuerpos) estaban alertas, y la segunda red de trincheras reforzaba mucho más aún la barrera que cercaba a Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 2 de setiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 3 de setiembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XVI

La capitulación de Sedán[59]decide la suerte del ejército activo francés. Decide al mismo tiempo la de Metz y del ejército de Bazaine; ahora ni se puede hablar de la liberación de este ejército; también tendrá que capitular, quizás en esta semana, por lo menos no más tarde

Queda todavía un gran campamento fortificado —París—, la última esperanza de Francia. Las fortificaciones de París representan el conjunto más grande en su género jamás construidas, pero no han sido sometidas a prueba una sola vez, y por ello las opiniones acerca de su importancia no sólo divergen, sino que son totalmente opuestas. Analicemos los hechos reales, referentes a esta cuestión, y entonces podremos disponer de una base sólida para nuestras deducciones.

Montalembert, oficial de caballería francés y al mismo tiempo notable ingeniero militar, y quizás un genio que no tenga otro que lo iguale, fue el primero en proponer y elaborar en la segunda mitad del siglo XVIII que las fortalezas fuesen rodeadas de fuertes aislados, a una distancia tal, que éstos pudieran defender la fortaleza de los bombardeos. Hasta el, las fortificaciones externas —ciudadelas, lunetas, etc.— estaban en mayor o menor medida relacionadas con la muralla o la explanada de tierra de la fortaleza dada, encontrándose a una distancia de la misma apenas mayor que el pie del glacis. Propuso crear fuertes grandes y suficientemente poderosos, capaces de resistir por sí solos un sitio, que distaran de seiscientas hasta mil doscientas yardas y aún más, de las explanadas de tierra de la fortaleza de la ciudad. En Francia tuvieron durante muchos años una actitud despectiva hacia esa nueva teoría, en tanto que en

Alemania, donde después de 1815 se fortificó la línea del Rin, encontró celosos adeptos. Colonia, Coblenza, Maguncia y después Ulm, Rastatt y Germerscheim fueron rodeadas por fuertes separados. Además, Aster y otros introdujeron pequeñas modificaciones en los planes de Montalembert, y de este modo surgió un nuevo sistema de fortificaciones, conocido con el nombre de escuela alemana. Poco a poco los franceses comenzaron a comprender el provecho de los fuertes aislados, y durante los trabajos para la fortificación de París se hizo evidente en seguida que era inútil rodear la ciudad con un enorme cinturón de explanadas fortificadas, si no se las cubría con fuertes aislados, pues de lo contrario la brecha abierta en un lugar de la explanada de la fortaleza provocaría la caída de ésta.

Los métodos modernos de conducción de la guerra demostraron con muchos ejemplos el valor de semejantes campamentos fortificados, rodeados de un cinturón de fuertes separados, con una fortaleza principal como núcleo. Mantua, por su posición, era un campamento fortificado; en 1807 otro semejante, en mayor o menor medida, fue Danzig, y éstas fueron las únicas fortalezas que detuvieron a Napoleón I. En 1813 Danzig ya estaba otra vez en condiciones de ofrecer una prolongada resistencia, debido a sus fuertes aislados, integrados en lo fundamental por fortificaciones de campaña. Toda la campaña de Radetzky en 1849, en Lombardía, dependió del campamento fortificado de Verona, que era a su vez el núcleo del célebre rectángulo de fortalezas. Del mismo modo, la marcha de toda la guerra de Crimea dependió del destino del campamento fortificado de Sebastopol, que pudo sostenerse tanto tiempo sólo gracias a que los aliados no estaban en condiciones de tomarlo por todos los costados e impedir que los sitiados recibieran provisiones y refuerzos.

En el ejemplo de Sebastopol podemos ilustrar nuestro pensamiento mejor que en cualquier otro, ya que las magnitudes de su área fortificada eran mayores que en todos los casos anteriores. Pero la superficie fortificada de París es mucho mayor que la de Sebastopol. La línea de sus fuertes tiene una extensión aproximada de 24 millas. ¿Crece en proporción el poderío de la fortaleza?

Las fortificaciones, por sí solas, son ejemplares. Son extraordinariamente sencillas: la muralla de la fortaleza está compuesta por baluartes, sin un solo revellín delante de las cortinas; fuertes, en su mayoría cuadrangulares o pentagonales, sin revellín alguno u otras fortificaciones exteriores; en algunos lugares se han construido barbacanas para cubrir los sectores externos más elevados. Estas fortificaciones no sólo están adaptadas para la defensa pasiva, sino también para la activa. Se supone que la guarnición de París saldrá al campo, aprovechará los fuertes como puntos de apoyo para sus flancos, y las permanentes escaramuzas en amplia escala harán imposible situar a cualquier grupo de dos o tres fuertes, aunque se pretenda hacerlo de acuerdo con todas las reglas. De este modo, los fuertes defienden a la guarnición de la ciudad de la

excesiva aproximación del enemigo; la guarnición, por su parte, debe defender a los fuertes de las baterías que los sitian; tiene que destruir permanentemente el trabajo de los sitiadores. Añadamos que la distancia entre los fuertes y las explanadas de la fortaleza elimina la posibilidad de bombardear con éxito la ciudad, mientras no sean tomados, por lo menos, dos o tres fuertes. Hay que añadir aunque la ubicación de la ciudad en la confluencia del Sena y el Marne, a consecuencia de los numerosos meandros de la corriente de ambos ríos y de la considerable cadena de colinas en la parte más peligrosas del noroeste, representa una gran ventaja natural, que fue aprovechada del mejor modo cuando se planificó la fortaleza.

Si las condiciones indicadas pueden ser cumplidas y la población de dos millones de seres recibe provisiones en forma regular, París se convertirá sin duda en una fortaleza poderosísima. No es demasiado arduo proveer de víveres a los habitantes, si ello se comienza a tiempo y se realiza sistemáticamente. Es de dudar que tal cosa se haya hecho en este caso. Lo que ha realizado el gobierno anterior reviste el carácter de un trabajo convulsivo e incluso sin sentido. La acumulación de reservas de ganado en pie sin forrajes para el mismo, era evidentemente absurda. Es de suponer que si los alemanes se ponen en acción con la decisión que les es característica, encontrarán que París está insuficientemente abastecida para resistir un sitio prolongado.

¿Qué se puede decir de la condición principal: de la defensa activa, durante la cual la guarnición, sale de la fortaleza para atacar al enemigo, en lugar de atacarlo desde las explanadas? Para utilizar todo el poderío de sus fortificaciones e impedir que el enemigo aproveche la parte débil de la fortaleza —la ausencia de fortificaciones exteriores que la cubran junto a los fosos principales—, París debe contar entre sus defensores con un ejército regular. Esta fue la idea esencial de los que elaboraron el plan de estas fortificaciones. Ellos calculaban que en cuanto se hubiera visto que el ejército francés destrozado era incapaz de mantenerse en el campo de batalla, debería retirarse hacia París y participar en la defensa de la capital, ya en forma directa, como guarnición lo bastante fuerte para impedir con sus ataques permanentes el sitio en toda la regla, e inclusive el cerco total de la fortaleza, ya en forma indirecta, ocupando posiciones detrás del Loira, reforzando allí sus fuerzas para luego, en cuanto se diera una probabilidad favorable, atacar los puntos débiles de los sitiadores, que existirán inevitablemente, dado que la línea del cerco estaría muy extendida.

No obstante, toda la conducta del mando francés en esta guerra contribuyó a privar a París de esta única condición esencial para su defensa. Del ejército francés sólo se conservaron las tropas que quedaron en París y el cuerpo del general Vinoy (el 12º, primeramente de Trochu), en total quizá sean hombres, compuesto fundamentalmente, si no en su totalidad, por los cuartos batallones

y la guardia móvil. Quizá se les pueda añadir otros 20.000 ó 30.000 hombres de los cuartos batallones, y una cantidad indefinida de tropas móviles de las provincias, reclutas sin instrucción, totalmente ineptos para las operaciones de campaña. En Sedán ya vimos el valor militar insignificante de dichas tropas. No cabe duda de que serían más seguras si contaran con fuertes hacia los que pudieran retirarse, y varias semanas de adiestramiento, disciplina y combates elevarían, por supuesto, su capacidad combativa. Pero la defensa activa de una fortaleza tan grande como París requiere que se maniobre con grandes fuerzas en campo abierto, que se realicen combates en toda la regla a una determinada distancia delante de los fuertes cubiertos, e intentos de romper el frente a través de la línea del cerco, o impedir que ésta se junte. Sin embargo, es dudoso que la actual guarnición de París esté hoy preparada como para atacar a un enemigo más poderoso, para lo cual es preciso poner en juego la rapidez y el empuje, y las tropas deben estar excelentemente adiestradas para este fin.

Suponemos que la fusión del III y IV ejércitos alemanes, que cuentan con 180.000 hombres, aparecerá frente a París la semana que viene, la cercará con destacamentos volantes, destrozará las vías férreas, y con ello todas¡ las probabilidades de continuar abasteciéndola en forma uniforme, y preparará el cerco total, que será establecido tan pronto lleguen el I y II ejércitos, después de la caída de Metz. Además, a los alemanes les quedarán suficientes fuerzas para enviarlas más allá del Loira, limpiar esa región e impedir todo intento de crear un nuevo ejército francés. Si París no se entrega, comenzará el sitio en toda la regla, el cual, siempre que no exista una defensa activa, terminará relativamente pronto. Tal sería el curso normal de los acontecimientos, si se toman en cuenta sólo las consideraciones militares; pero la situación ha adquirido ya tal desarrollo, que puede ser totalmente modificada por acontecimientos políticos, y no es nuestro objeto predecirlos.

Escrito por F. Engels en inglés, el 2 de setiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette,* el 3 de setiembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XIII, p. II.

FLORECIMIENTO Y DECADENCIA DE LOS EJÉRCITOS

Cuando, apoyándose en los votos de los campesinos y en las bayonetas de sus hijos —los soldados del ejército—, Luis Napoleón fundó el Imperio, "que significaba la paz", ese ejército no ocupaba en Europa una situación de especial relieve, aunque así se lo considerara por tradición. Desde 1815 comenzó un período de paz, alterado para algunos ejércitos desde los acontecimientos de 1848 y 1849. Los austríacos realizaron una campaña exitosa en Italia y otra fracasada en Hungría; ni Rusia en Hungría, ni Prusia en el sur de Alemania

conquistaron laureles dignos de ser mencionados; Rusia desarrollaba una guerra ininterrumpida en el Cáucaso, y Francia en Argelia.

Pero desde 1815 no se había dado el caso de que dos grandes ejércitos se enfrentaran en el campo de batalla. Luis Felipe dejó al ejército francés en un estado en modo alguno brillante; es cierto que se daba mucho mejor a las tropas argelinas, en especial a sus unidades predilectas, creadas en cierta medida para las guerra africanas —los tiradores de a pie, los zuavos, turcos, tiradores africanos a caballo—, pero la masa fundamental de infantería, caballería y la parte material estaban en Francia en un plano inferior. Durante la república no mejoró la situación del ejército. Pero apareció un Imperio que significaba la paz y —*si vis pacem, para bellum* [si quieres paz, prepárate para la guerra]— el ejército se convirtió muy pronto en un objeto de sus especiales atenciones. En aquella época Francia contaba con un número relativamente considerable de jóvenes oficiales, que ocupaban altos cargos en África cuando allí se desarrollaban aún serios combates. Es indudable que las tropas argelinas especiales no tenían parangón en Europa. Entre los numerosos sustitutos mercenarios de los reclutas, Francia tenía muchos más soldados profesionales, auténticos veteranos, fogueados en combates, que cualquiera otra potencia continental. Sólo era menester elevar en todo lo que fuera posible a la masa fundamental de tropas hasta el nivel de las unidades especiales. Ello fue logrado en gran medida. El "paso gimnástico" ("corrido" entre los ingleses), que hasta entonces sólo se aplicaba en las tropas especiales, se hizo obligatorio para toda la infantería, y de ese modo se logró la rapidez en la maniobra, desconocida hasta la fecha en los ejércitos. Se proveyó a la caballería de los mejores caballos posibles; los pertrechos de todo el ejército fueron revisados y completados. Por último, comenzó la guerra de Crimea. El ejército francés reveló tener grandes ventajas frente al inglés; gracias a la correlación numérica de los ejércitos aliados, gran parte de la gloria —de cualquier índole que ésta fuera— le correspondió naturalmente a los franceses; el carácter mismo de la guerra, en la que tuvo un papel de importancia el sitio de una gran fortaleza, puso de manifiesto el talento matemático propio de los franceses, aplicado por sus ingenieros militares. Como resultado de ello, la guerra de Crimea volvió a llevar al ejército francés al nivel de primer ejército de Europa.

Después llegó el período del fusil y del cañón rayados. La superioridad incomparable del fusil de estría sobre el fuego , del de cañón liso hizo que se suprimiera éste, y en algunos casos que se rehiciera totalmente para convertirlo en fusil de estría. Prusia los remplazó en menos de un año; Inglaterra pertrechó poco a poco a su infantería con fusiles Enfield y Austria con excelentes fusiles de pequeño calibre (de Lorenz). Sólo Francia conservó sus viejos fusiles de caño liso, y los de cañón rayado seguían destinándose sólo a las unidades especiales. Mientras la masa fundamental de su artillería conservaba las piezas de cañón corto de 12 libras —invento predilecto del emperador, que sin em-

bargo cedía en potencia a la vieja artillería en virtud del menor peso de la carga—, se fue formando cierto número de baterías con cañones rayados de 4 libras, que se mantenían listos para caso de guerra. Su construcción no era perfecta, porque desde que en el siglo xv comenzaron a fabricarse armas de fuego, esos fueron los primeros cañones rayados; pero su acción era considerablemente superior a la de cualquier pieza de campaña de cañón liso que existiera entonces.

Tal era la situación cuando estalló la guerra de Italia. El ejército austríaco estaba acostumbrado a actuar con negligencia; rara vez conseguía ejercer una fuerte presión; en esencia era un ejército numeroso, pero nada más. Contaba entre sus jefes a algunos de los mejores generales de la época, y a muchos de los peores. La mayor parte de los últimos había sido promovida a los altos cargos de mando gracias a sus influencias palaciegas. Los errores de los generales austríacos, sumados a una mayor ambición del soldado francés, proporcionaron al ejército francés la victoria lograda con muy poca facilidad. Magenta no deparó trofeo alguno; Solferino muy pocos; y en virtud de los acontecimientos políticos cayó el telón antes de que saliera a escena la verdadera dificultad de la guerra: la lucha por el rectángulo de las fortalezas.

Después de esa campaña, en Europa el ejército francés fue considerado ejemplar. Si después de la guerra de Crimea el *beau idéal* ["el ideal"] del soldado de infantería eran los tiradores franceses de a pie, ahora esa admiración se hacía extensiva a todo el ejército francés en su conjunto. Se estudiaban sus instituciones; sus campamentos se convirtieron en escuelas de instrucción para los oficiales de todas las naciones. Casi toda Europa estaba decididamente convencida de la invencibilidad del ejército francés. Mientras tanto, Francia reconstruyó sus viejos fusiles de caño liso para convertirlos en rayados, y armó a toda su artillería con cañones de estría.

Sin embargo, esa misma campaña que llevó al ejército francés al primer lugar de Europa, impulsó aspiraciones que al principio dieron como resultado la aparición de un rival, y después de un vencedor. Desde 1815 hasta 1850 el ejército prusiano pasó por el mismo proceso de debilitamiento por inactividad, que todas las demás tropas europeas; pero en Prusia este "moho" de tiempos de paz dañó su mecanismo combativo más que en cualquier otro país. De acuerdo con el sistema prusiano de aquella época, a cada brigada se había unido un cuerpo de línea y otro del Landwehr; de este modo en caso de movilización tendría que volver a formarse la mitad de las tropas de campaña. Los armamentos de las tropas de línea y del Landwehr resultaron insuficientes; entre las personas responsables se observaron casos frecuentes de pequeñas' dilapidaciones. En fin, cuando en 1851 el conflicto con Austria obligó a Prusia a efectuar la movilización, todo el sistema se derrumbó del modo más penoso, y a Prusia le correspondió pasar por las "horcas caudinas".[60] A costa de grandes

inversiones fue remplazado en el acto todo el armamento, se revisó toda la organización del ejército, pero ello sólo afectó algunos aspectos de detalle. Cuando en 1859 la guerra italiana provocó una nueva movilización, el armamento ya estaba en mejores condiciones, aunque todavía no era completo, y el Landwehr, cuyo estado de ánimo era excelente en lo referente a una guerra nacional, resulto ser totalmente indisciplinado para una demostración bélica que podría llevar a la guerra contra uno u otro de los países beligerantes. Se decidió reorganizar el ejército.

Esta reorganización, llevada a cabo a espaldas del parlamento, mantenía bajo las armas a los treinta y dos regimientos de infantería del Landwehr, completando paulatinamente sus filas con el incremento del número de reclutas; por último los reorganizaba en regimientos de línea, cuyo número crecía de 40 a 72. Conforme con ello aumentaba la artillería, y también la caballería, pero en menor grado. Ese crecimiento del ejército era aproximadamente proporcional al incremento de la población de Prusia, que de 1815 a 1860 había aumentado de 10,5 millones de personas a 18,5 millones. Pese a la oposición de la segunda cámara, esta reorganización quedó en pie. Además, el ejército adquirió más capacidad combativa en todos los aspectos, Era el primer ejército en que toda la infantería estaba armada de fusiles. El fusil de aguja, de retrocarga, con el que hasta entonces sólo se había pertrechado a una parte de la infantería, se introducía en todas las unidades; además, se preparó una reserva de los mismos. Habían terminado las pruebas de los cañones rayados, y los modelos admitidos sustituyeron gradualmente a las piezas de cañón liso. El adiestramiento con excesiva ostentación, propia de los desfiles, heredado del viejo y ceremonioso Federico Guillermo III, cedía cada vez más lugar a un mejor sistema de preparación en el que se practicaba, fundamentalmente, el servicio de custodia y las acciones en líneas de tiradores, poniéndose en ambos casos de ejemplo, en primer término, a las tropas francesas argelinas. Para los batallones que actuaban aislados fue admitida la columna de compañía, como principal formación de combate. Se prestó gran atención al tiro al blanco, y se lograron excelentes resultados. Se perfeccionó también considerablemente la caballería. Durante muchos años se dedicó seria atención a la cría de caballos, especialmente en Prusia oriental, país de grandes criadores; se trajeron muchos sementales árabes de pura sangre, y los resultados fueron magníficos. El caballo de Prusia oriental, más bajo y menos veloz que el de la caballería inglesa, lo supera en mucho como caballo militar y es cinco veces más resistente en campaña. La enseñanza especial de los oficiales, que durante un prolongado período fue tenida en el mayor abandono, fue nuevamente elevada hasta el nivel requerido, y en general el ejército prusiano cambió por completo. La guerra de Dinamarca fue suficiente para demostrar, a todo el que estuviera en condiciones de comprenderlo, que las cosas eran realmente así; pero la gente no lo quería comprender. Entonces estalló el trueno de 1866, y se hizo imposible dejar de entenderlo. A continuación el sistema prusiano fue admitido en el

ejército del norte de Alemania y, en general, también por los ejércitos del sur de Alemania; los resultados demostraron con cuánta sencillez podía introducirse este sistema. Luego llegó el año 1870.

Pero en 1870 el ejército francés ya no era el mismo que en 1859. Las dilapidaciones, la especulación y los abusos generales de la posición social en aras de los intereses personales —todo lo que constituía la base del sistema del II Imperio—, se posesionó del ejército. Si Osman y su banda se embolsaron millones en el *affaire* francés, si todo el departamento de trabajos públicos, si cada tratado, concertado por el gobierno, cada cargo civil, se convertían abierta y descaradamente en un medio de saquear al pueblo, ¿cómo era posible que sólo siguiera siendo virtuoso el ejército al que Luis Napoleón le debía todo, el ejército mandado por hombres que amaban la riqueza igual que los parásitos civiles de palacio? Y cuando se supo que el gobierno recibía, de los ciudadanos que debían enrolarse en el servicio militar, un rescate en dinero y no lo invertía en reclutar a remplazantes —hecho notorio sin duda para cada oficial de filas—; cuando comenzó la dilapidación del dinero del fisco a fin de juntar los fondos que el ministerio de Guerra pagaba en secreto al emperador; cuando a raíz de ello los cargos más altos del ejército quedaban en manos de los que estaban en el secreto y por esa razón no se los podía destituir, hicieran lo que hicieren, aunque descuidaran sus obligaciones; entonces la desmoralización se extendió a los oficiales de filas. Estamos lejos de afirmar que el despilfarro de la riqueza pública fuera un fenómeno corriente entre ellos, pero el desprecio por sus jefes, las faltas al servicio y el debilitamiento de la disciplina eran las consecuencias inevitables. Si los jefes hubiesen inspirado confianza, ¿acaso los oficiales se habrían atrevido, como se hacía con frecuencia, a viajar en coche durante la campaña? Todo el sistema está podrido hasta la médula; la atmósfera de corrupción en que, vivió el II Imperio impregnó por último a su pilar fundamental, el ejército; y en la hora de prueba, ese ejército sólo pudo oponer al enemigo sus gloriosas tradiciones y la valentía innata de los soldados, lo cual, por sí solo, es insuficiente para que el ejército siga siendo de primera clase.

Escrito por F. Engels en inglés, el 9 de setiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 10 de setiembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

ZARAGOZA - PARIS

Para hacerse una idea justa de lo que es una operación tan grandiosa como el sitio y la defensa de París, es preciso echar una mirada retrospectiva a la historia militar, para encontrar en ella alguno de los sitios de gran envergadura,

que en cierta medida sirva de ejemplo de lo que probablemente seremos testigos. Ese ejemplo podría ser Sebastopol, sida defensa de París trascurriera en condiciones normales, es decir, si se tratara de un ejército de campaña, capaz de acudir en ayuda de París o de reforzar su guarnición, como ocurrió en Sebastopol. Pero París se defiende en condiciones totalmente anormales: no tiene una guarnición capaz de desarrollar una defensa activa y combates fuera de las fortificaciones, ni siquiera una seria esperanza de contar con apoyo desde afuera. Por lo tanto, el sitio más grande de la historia —el de Sebastopol, que por su magnitud sólo es menor a aquel cuyo comienzo presenciaremos en breve—, no ofrece una idea correcta de lo que ocurrirá en París; y sólo en etapas posteriores del sitio, en especial mediante la confrontación se podrá recurrir a la comparación con el curso de la guerra de Crimea.

Los sitios durante la guerra norteamericana tampoco ofrecen ejemplos adecuados. Tuvieron lugar en un período de la lucha en que no sólo el ejército del sur, sino también en pos de él las tropas del norte ya habían perdido los rasgos característicos de las milicias sin adiestrar, para adquirir el carácter de tropas regulares. Durante todos estos sitios se llevó a cabo una defensa sumamente activa. Junto a Vicksburg tanto como en Richmond, tuvieron lugar previos combates prolongados por la dominación de un territorio en el que sólo se podría ubicar a las baterías de sitio, y siempre, salvo en el último asedio de Richmond por Grant, se intentó prestar ayuda ft los sitiados.[61] Pero aquí en París, sólo tenemos una guarnición de reclutas, recientemente incorporados a filas, débilmente apoyados por reclutas iguales dispersados fuera de la ciudad, contra los que se bate un ejército regular, que usa todos los medios de la guerra contemporánea. Para encontrar un ejemplo adecuado debemos volver a esa última guerra en la que el pueblo armado tuvo que combatir contra un ejército regular —y realmente luchó en gran escala—, es decir, a la guerra en la península pirenaica. Aquí encontramos un ejemplo notable, que, como veremos, es apropiado en muchos sentidos: se trata de Zaragoza.[62]

Zaragoza sólo tiene un tercio del diámetro y una décima parte de la superficie de París, pero sus fortificaciones, aunque levantadas a la ligera y sin fuertes aislados, eran semejantes, por su poderío defensivo general, a las fortificaciones de París. La ciudad fue ocupada por una guarnición de 25.000 soldados españoles, que encontraron allí un refugio después de la derrota de Tudela. No serían más de 10.000 soldados de unidades de línea; el resto eran reclutas. Además, allí estaban los campesinos y la población local armada, que elevaban la guarnición al número de 40.000 hombres. En la ciudad se habían emplazado 160 cañones. Fuera de la misma, en las provincias vecinas, se reclutaron hasta 30.000 hombres para prestarle ayuda. Por la otra parte, el mariscal francés Suchet contaba con unos 26.000 hombres para cercar la fortaleza por los dos lados del río Ebro, y además 9.000 que cubrían el sitio de Calatayud. Así, pues, la correlación numérica era casi igual a la de los ejércitos que se enfrentan

ahora en París y en sus alrededores: los asediados son casi el doble de los sitiadores. Sin embargo, los zaragozanos, así como ahora los parisienses, no estaban en condiciones de salir al encuentro de los sitiadores en campo abierto. Los españoles que se encontraban fuera de la ciudad sitiada, tampoco pudieron poner una sola vez serios obstáculos a los asediadores.

El 19 de octubre de 1808 se terminó el cerco de la ciudad, el primer foso paralelo pudo ser cavado el 29 a una distancia de sólo 350 yardas de la explanada principal de. la fortaleza. El 2 de enero de 1809 se abrió el segundo foso a una distancia de 100 yardas de las fortificaciones; el 11 ya se habían abierto brechas y todo el frente atacado fue tomado por asalto. Pero en este caso, allí donde terminaba la resistencia de una fortaleza común con una guarnición compuesta por tropas regulares, sólo comenzaba la resistencia de la defensa popular. La parte de la explanada de la fortaleza que habían asaltado los franceses estaba cortada del resto de la ciudad por fortificaciones recientemente erigidas. A través de todas las calles que conducían a la explanada, y también a determinada distancia en la retaguardia se habían alzado fortificaciones de tierra cubiertas por la artillería. Las casas, edificios, al estilo macizo de la zona calurosa del sur de Europa, con muros extraordinariamente gruesos, en los que se abrieron troneras, servían de fortificación para la infantería. Los franceses hacían un fuego ininterrumpido, pero como disponían de pocos morteros pesados, sus acciones contra la ciudad no tuvieron consecuencias decisivas. No obstante, el bombardeo continuó sin interrupción durante cuarenta y un días. Para obligar a la ciudad a entregarse, para ocupar una casa tras otra, los franceses debieron recurrir al método más lento, o sea, a la colocación de minas. Por último, después de que la tercera parte de los edificios de la ciudad quedó destruida y el resto inservible para vivienda, Zaragoza se entregó el 20 de febrero. De las 100.000 personas que se encontraban en la ciudad al comenzar el sitio, perecieron 54.000.

En su estilo, esta defensa es clásica y digna de la notoriedad que ha adquirido. Pese a todo, la ciudad se defendió, en total, sólo 63 días. Para cercarla fueron necesarios 10 días: para sitiar la fortaleza, 14; para el sitio de las fortificaciones internas y la lucha por la ocupación de las casas, 39. El número de víctimas no responde en modo alguno a la duración de la defensa, ni a los resultados positivos alcanzados. Si Zaragoza hubiera sido defendida por 20.000 buenos y emprendedores soldados, que en todo momento realizaran escaramuzas, Suchet no hubiera podido continuar el sitio con sus fuerzas, y la fortaleza habría podido quedar en manos de los españoles hasta el final de la guerra austríaca de 1809.

Por supuesto, no pensamos que París resulta una segunda Zaragoza. Las casas de París, por muy sólidas que sean, no pueden compararse por su construcción con las casas macizas de la ciudad española; no tenemos fundamento

alguno para suponer que la población de París revele el fanatismo de los españoles en 1809, o que la mitad de los habitantes se resigne pacientemente a sucumbir en el combate o por enfermedad. Sin embargo, esta fase de la lucha, que comenzó en Zaragoza en las calles, casas y monasterios de la ciudad, después del asalto de la explanada de la fortaleza, hasta cierto punto puede repetirse en las aldeas fortificadas y en las fortificaciones de tierra situadas entre los fuertes de París y el cinturón de baluartes. Como hemos dicho ayer en nuestro artículo XXIV de la serie *Notas sobre la guerra*,[*] ahí está el centro de gravedad de la defensa. Allí las fuerzas móviles jóvenes pueden enfrentar al enemigo que inicie la ofensiva casi en Iguales condiciones, obligarlo a actuar en forma más sistemática de lo que calculaba el Estado Mayor de Berlín, que no hace mucho confiaba en obligar a la ciudad a rendirse a los 12 ó 14 días después de que las baterías de sitio abrieron fuego. La lucha contra los que se defienden exigirá un fuego tan intenso de morteros y cañones por parte de los que emprenden la ofensiva, que inclusive el bombardeo parcial de la ciudad, por lo menos en gran escala, puede frustrarse durante cierto tiempo. En todo caso habrá que sacrificar las aldeas que se encuentran fuera del cinturón de fortificaciones, cualquiera sea el lugar entre el frente alemán de ofensiva y el francés de la defensa. Si al sacrificarlas se puede salvar la ciudad, mucho mejor para la defensa.

No podemos ni aproximadamente decir cuánto tiempo puede durar la defensa del territorio situado fuera del cinturón de las fortificaciones. Ello dependerá de la solidez de las mismas, del estado de ánimo de los defensores y también del método de ataque. Si la confrontación se hace grave, los alemanes, para proteger a sus fuerzas, confiarán principalmente en el fuego de su artillería. Sea como fuere, teniendo en cuenta el terrible poderío del fuego de artillería que están en condiciones de concentrar en cualquier punto, es probable que no necesiten más de dos o tres semanas para llegar hasta el cinturón de la fortaleza. Destruirlo' y tomarlo ya será cosa de algunos días. Pero aun entonces los defensores no se verán ante la necesidad absoluta de dejar de ofrecer resistencia; pero mejor será que aplacemos el estudio de estas posibilidades hasta que su surgimiento sea más probable. Hasta ese instante, nos permitimos también omitir el examen de los méritos y los defensores de las barricadas de la ciudad de Rochefort. En general, suponemos que si las nuevas fortificaciones entre los fuertes y el muro de la fortaleza contribuyen a ofrecer una seria y real resistencia, el ataque se limitará en lo posible (en gran medida ello depende de la energía de quienes se defienden) al fuego de artillería por elevación y raso, y también al intento de tomar París por hambre.

Escrito por F. Engels en inglés, el 21 de octubre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 22 de octubre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

[*] Véase C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II, ed. rusa, págs. 146-150. (*Ed.*)

APOLOGÍA DEL EMPERADOR

Igual que otros grandes hombres caídos en desgracia, Luis Napoleón tiene conciencia, según parece, de que su obligación es explicar al pueblo las causas que lo llevaron, en gran medida contra su voluntad, desde Saarbrücken hasta Sedán, y como resultado de ello hemos recibido lo que debe considerarse su explicación. Como no hay fundamento externo ni interno para sospechar que este documento sea falso, sino muy por el contrario, en el caso dado lo consideraremos auténtico. En efecto, casi estamos obligados a proceder así por simple amabilidad, porque si ha existido alguna vez un documento que confirmara en su totalidad y en los detalles el punto de vista de *Pall Malí Gazette*[63] acerca de esta guerra, es precisamente la autojustificación del emperador.

Luis Napoleón nos comunica que estaba perfectamente informado de la gran superioridad numérica de los alemanes, que confiaba en contrarrestarla con una rápida invasión del sur de Alemania, para obligar a esa región a mantenerse neutral y, con el primer éxito, asegurarse la alianza con Austria e Italia. Para ese fin, 150.000 hombres debían ser concentrados en Metz, 100.000 en Estrasburgo y 50.000 en Châlons. Con los dos primeros ejércitos rápidamente concentrados se pretendía cruzar el Rin cerca de Karlsruhe. Al mismo tiempo, 50.000 hombres debían avanzar desde Châlons hasta Metz para contrarrestar el posible movimiento enemigo contra los flancos y la retaguardia de los ejércitos en ofensiva. Pero ese plan se vino abajo en cuanto el emperador llegó a Metz. Encontró allí sólo a 100.000 hombres, en Estrasburgo no había más de 40.000, en tanto que las reservas de Canrobert estaban en cualquier lugar, menos en Châlons, que era donde debían encontrarse. Las tropas no estaban abastecidas para la marcha con los elementos de primera necesidad: mochilas, tiendas, cocinas y marmitas de campaña. Además, no se sabía nada acerca del lugar en que se encontraba el enemigo. En efecto, una ofensiva audaz y rápida desde el comienzo se hubiera convertido en una defensa muy modesta.

Dudamos de que el lector de *Pall Mall Gazette* encuentre en todo esto algo nuevo. En nuestras *Notas sobre la guerra* el plan de ataque mencionado más arriba ya había sido expuesto como el más racional para los franceses, y además se habían manifestado las causas por las que hubo que rechazarlo. Pero existe un hecho, que fue la causa más inmediata de las primeras derrotas, y ello no lo explica el emperador: ¿para qué puso a varios de sus cuerpos en una situación falsa cerca de la frontera, supuestamente para la ofensiva, cuando ya hacía tiempo había rechazado la idea de realizarla? En cuanto a sus cifras, las someteremos a un análisis crítico consecuente.

El emperador considera que las causas de la derrota de la dirección militar residen en "los defectos de nuestra organización en sus últimos 50 años de

existencia". Pero es notorio que esa organización no era la primera vez que se sometía a prueba. Y respondió bastante bien a su misión en la guerra de Crimea. Había dado excelentes resultados al comienzo de la guerra italiana, cuando en Inglaterra, y también en Alemania la organización militar francesa era considerada ejemplar para un ejército. Es indudable que también en aquellos tiempos se habían descubierto en ella una serie de defectos. Pero hay una diferencia entre lo que fue en aquella época y lo que es ahora: entonces funcionaba, ahora se niega a servir. Mas el emperador no quiere explicar los motivos de estos cambios, aunque precisamente de ello tendría que hablar, porque ése es el lado débil del II Imperio, que frenó la tarea de esa organización con todos los métodos de soborno y concusión.

Cuando el ejército en repliegue llegó a Metz, "sus efectivos, después de llegar el mariscal Canrobert con dos divisiones y la reserva, ascendían a 140.000 hombres". Esta afirmación, en comparación con el número de las tropas que acaban de deponer las armas en Metz, nos obliga a analizar con más detenimiento las cifras del emperador. El ejército de Estrasburgo se suponía formado con los cuerpos de Mac-Mahon, de Faillie y Douay. En total, de diez divisiones, cuyo número ascendía a 100.000 hombres; pero ahora dicen que no pasaba de 40.000. Dejando totalmente a un lado las tres divisiones del cuerpo de Douay, aunque una de ellas acudió en ayuda de Mac-Mahon durante el combate de Woerth, y después de él, nos daría no menos de 6.000 hombres por división (13 batallones), o sólo 430 hombres por batallón, inclusive si consideramos que en ese mismo número no se incluye un solo soldado de caballería o artillero. Y he aquí que con toda la confianza que estamos inclinados a otorgar al II Imperio, cuando se trata de concusión o despilfarro del fisco, no podemos obligarnos a creer que luego de veinte días de reclutamiento de los reservistas y los dados de baja no hubiera en el ejército más de 90 batallones, que tenían, término medio, 430 hombres, en lugar de 900. En lo que se refiere al ejército de Metz, contaba en la guardia y en las, diez divisiones de línea con 161 batallones; y si se considera que 100.000 hombres, indicados en el folleto, eran sólo de infantería, y no quedaba nada para la caballería y la artillería, ello representará no más de 620 hombres por batallón, cifra indudablemente inferior a la real. Es aún más asombroso que al haber retrocedido de Metz, este ejército haya aumentado 140.000 hombres después de llegar las dos divisiones de Canrobert y las reservas. El nuevo refuerzo constaba, por lo tanto, de 40.000 hombres. Y bien, como las "reservas" llegadas a Metz después de Spichern sólo podían estar formadas por caballería y artillería, ya que la guardia había llegado allá mucho antes, su número no podría superar los 20.000 hombres. En consecuencia, quedan 20.000 para las dos divisiones de Canrobert, lo que para 25 batallones representa 800 hombres por cada uno, o sea, que según este cálculo, los batallones de Canrobert, los más incompletos de todos, resultan más fuertes que los concentrados y preparados con anterioridad. Pero si antes de las batallas del 14, 16 y 18 de agosto el ejército de Metz sólo contaba con

140.000 hombres, ¿cómo pudo ocurrir que después de las pérdidas, que por supuesto ascendieron en esos tres días a no menos de 50.000 hombres, después de las pérdidas sufridas en las escaramuzas posteriores y producidas por la muerte de los enfermos, Bazaine haya podido, pese a todo, entregar a los prusianos 173.000 prisioneros? Nos ocupamos de estas cifras sólo para demostrar cómo se contradicen entre sí y con todos los hechos conocidos de la campaña. Se las puede desechar en el acto como totalmente falsas.

Además de la organización del ejército, existían otras circunstancias que impidieron el vuelo de águila del emperador al encuentro de la victoria. Fueron, en primer lugar, "el mal tiempo; después, las "dificultades con los convoyes" y por último la falta absoluta de conocimiento acerca del lugar y de las fuerzas de los ejércitos enemigos". En efecto, son tres circunstancias muy desagradables. Pero el mal tiempo fue igual para las dos partes, porque con todas las piadosas remisiones del rey Guillermo a la providencia, no mencionó una sola vez que el sol resplandeciera sobre las posiciones alemanas, en tanto las lluvias mojaban a los franceses. ¿Acaso los alemanes no tuvieron dificultades con los convoyes? En cuanto al desconocimiento del lugar en que se encontraba el enemigo, existe una carta de Napoleón I a su hermano José, que se quejaba en España de la misma dificultad; es una carta nada elogiosa para los generales que se desahogan con semejantes quejas. Señala que si los generales no saben dónde se encuentra el enemigo, es sólo culpa de ellos y evidencia que no conocen su misión. Al leer las justificaciones de un mando tan malo, se llega a dudar de que el folleto esté realmente escrito para personas mayores.

La descripción del papel desempeñado por Luis Napoleón en persona no agradará mucho a sus amigos. Después de las batallas de Woerth y de Spichern "decidió retirar las tropas hacia el campamento de Châlons". Mas aunque ese plan había sido aprobado al principio por el consejo de ministros, dos días más tarde se consideraba "que podría causar una impresión desagradable en la opinión pública", y es desechado por el emperador al recibir una carta en ese sentido, del señor E. Olivier (!). Conduce su ejército a la orilla izquierda del Mosela, y después "sin prever una batalla general y confiando sólo en choques aislados", la abandona y se marcha a Châlons. Acto seguido, luego de su marcha, tuvieron lugar los combates del 16 y 18, a raíz de los cuales Bazaine se vio encerrado en Metz. En ese tiempo, la emperatriz y el gabinete abusaron de su poder y a espaldas del emperador convocaron la Cámara, y con la convocatoria de este cuerpo legislativo extraordinariamente autoritario, compuesto por inocentes de Arcadia, quedó decidida la suerte del Imperio. La oposición, que como se sabe consta de veinticinco miembros, se convirtió en todopoderosa y "paralizó el patriotismo de la mayoría y la labor fecunda del gobierno", el cual, como todos recordamos, no era el gobierno del elocuente Oliver, sino del grosero Palikao.[64]

"Desde ese instante parecería que los ministros temían pronunciar el nombre del emperador; y él mismo, que había abandonado el ejército y rechazado el mando sólo para retomar las riendas de la dirección, descubrió de pronto que le sería imposible desempeñar hasta el fin el papel que le correspondía." En efecto, le dieron a entender que en esencia estaba depuesto, que ya no era necesario. En semejantes circunstancias muchos hombres con amor propio habrían renunciado al trono. Pero ni mucho menos; su indecisión, para decirlo con palabras medidas, continuó; va en pos del ejército de Mac-Mahon, constituyéndose simplemente en un estorbo, ya que no puede dar ningún provecho, sino, por el contrario, causar daño. El gobierno en París insiste en que Mac-Mahon acuda en ayuda de Bazaine. Mac-Mahon se niega, porque ello supondría exponer su ejército a una destrucción segura; Palikao insiste. "En cuanto al emperador, no se oponía a nada. No entraba en sus planes resistirse a las indicaciones del gobierno y de la emperatriz-regente, que había revelado tanta inteligencia y energía en circunstancias de grandiosas dificultades." Nos asombramos de la sumisión de este hombre, que durante veinte años había afirmado que la subordinación a su voluntad individual fue el único camino de salvación para Francia y que ahora, cuando "desde París le imponen un plan de campaña que contradice las reglas más elementales del arte militar", ¡no ofrece ya resistencia alguna porque, supuestamente, jamás entraba en sus intenciones oponerse a las indicaciones de la emperatriz-regente, que etc., etc.!

La descripción del estado del ejército con que se emprendió esa marcha fatal es, en todos sus detalles, la perfecta confirmación de la apreciación que habíamos hecho a su debido tiempo. Sólo hay un detalle atenuante. Durante su repliegue en marcha forzada, el cuerpo de ejército de de Faillie se las ingenió para perder sin combate "todo su convoy"; pero el cuerpo sin duda no valoró toda la ventaja que ello suponía.

El ejército se dirigió a Reims el 21 de agosto. El 23 había llegado hasta el río Suippes, junto a Betinville, en el camino recto hacia Verdún y Metz. Pero las dificultades del suministro obligaron a Mac-Mahon a volver en seguida a la línea de ferrocarril; a consecuencia de ello, el 24 se emprendió un movimiento a la izquierda y se llegó a Rethel. Todo el día 25 trascurrió allí distribuyendo víveres a la tropa. El 26, el Estado Mayor pasa a Tourteron, veinte millas más lejos, al este; el 27, a Les Chaines Populaires, otras seis millas más. Aquí, al enterarse de que ocho cuerpos de ejército alemanes se proponen cercarlo, Mac-Mahon da la orden de volver a retroceder al oeste; pero esa noche llegaron de París instrucciones insistentes de encaminarse a Metz. "No cabe duda de que el emperador podía anular esa orden, pero decidió no oponerse a la decisión de la regencia." Esa virtuosa renuncia al poder obligó a Mac-Mahon a subordinarse; de ese modo, el 28 llegó a Stonne, a 6 millas más lejos al este. Sin embargo, "esas órdenes y contraórdenes hicieron detener el avance". Al mismo tiempo, "el ejército prusiano avanzaba a marchas forzadas, en tanto que nosotros, car-

gados con los convoyes (¡otra vez!) y con las tropas cansadas, tardamos seis días para recorrer 25 leguas". Después llegaron los combates del 30 y 31 de agosto, y el 1° de setiembre, y tuvo lugar la catástrofe, descrita muy ampliamente, pero sin detalle alguno. Y sigue la moraleja que sé puede extraer de ello: "Naturalmente, la lucha fue desigual, pero habría sido más prolongada y con menos fracasos para nuestro ejército, si las operaciones militares no se hubieran subordinado siempre a las consideraciones políticas".

La caída del II Imperio, y todo lo relacionado con él, no provocó las lamentaciones de nadie: ese es su destino. No se hace extensiva a él, en medida alguna, la condolencia, es decir, lo menos que cae en suerte por lo general a los que han sufrido una gran desgracia. Ni siquiera puede decirse ahora, en francés, *honneur au courage malheureme* sin cierto dejo de ironía; al II Imperio ni siquiera se le concede ese "honor a los héroes vencidos". Dudamos de que Napoleón consiga en estas circunstancias sacar gran provecho del documento, según el cual su notable intuición estratégica se convierte continuamente en cero, debido a las órdenes absurdas, dictadas por consideraciones políticas del gobierno de París, en tanto que su poder para anularlas es también igual a cero, en virtud de su respeto ilimitado a la regencia de la emperatriz. Lo mejor que se puede decir de este folleto, pobre en extremo, es que reconoce los malos ratos que hay que pasar en la guerra cuando "las operaciones militares se subordinan siempre a las consideraciones políticas".

Escrito por F. Engels en inglés, el 4 de noviembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 5 de noviembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LOS COMBATES EN FRANCIA

Durante las primeras seis semanas de guerra, cuando las victorias de los alemanes se sucedían una tras otra, cuando la capacidad de ocupación del enemigo invasor no se había aprovechado íntegramente y cuando en los campos de batalla todavía había ejércitos franceses capaces de ofrecerle resistencia, lucha, dicho en términos generales, se circunscribía a los ejércitos. La población de las regiones ocupadas sólo tenía una participación insignificante en los combates. Es cierto que una decena de campesinos de Alsacia fueron condenados por el tribunal militar y fusilados por participar en los combates o por martirizar a los heridos; pero tragedias como la que ocurrió en Bazeille fueron una rara excepción. Lo que mejor lo evidencia es la enorme impresión que causó y la apasionada polémica que se desarrolló en la prensa respecto de si las acciones de los alemanes merecían ser justificadas o repudiadas. Si valiera la pena reanudar esta polémica, podríamos demostrar, en base a las declara-

ciones de testigos intachables, que los habitantes de Bazeille atacaron en efecto a los heridos bávaros, los martirizaron y los arrojaron a las llamas de las casas incendiadas por las bombas, a raíz de ello el general von der Tann dio orden de aniquilar toda la aldea, orden absurda y bárbara sobre todo porque, de acuerdo con ella, correspondía incendiar las casas en las que yacían centenares de sus propios heridos. Pero sea como fuere, Bazeille fue destruida en el fuego del combate y en una lucha, que más que cualquier otra, es capaz de llevar a la exaltación —más exactamente, en los choques producidos en las casas y en las calles—, cuando se debe actuar sin dilación al recibir un parte y adoptar una decisión urgente, y cuando no hay tiempo para comprobar las declaraciones y escuchar la opinión de las partes.

Durante las últimas seis semanas se produjo un cambio notable en el carácter de esta guerra. Desaparecieron los ejércitos regulares franceses; la lucha está a cargo de los reclutas, que por su falta de experiencia son, en mayor o menor medida, fuerzas irregulares. Son derrotados con facilidad toda vez que intentar salir en masa a un lugar descubierto, pero cuando luchan al cubierto de las ciudades y aldeas, con barricadas, pueden ofrecer una gran resistencia. Este tipo de combate, las ofensivas nocturnas por sorpresa y otras acciones guerrilleras son estimuladas en los llamamientos y en las disposiciones del gobierno, que también recomienda a la población de las regiones en que operan los guerrilleros que les presten toda clase de colaboración. Si el enemigo dispusiera de las suficientes fuerzas como para ocupar todo el país, esa resistencia sería quebrantada con facilidad. Pero hasta la entrega de Metz no disponía de ellas. Las fuerzas de los atacantes fueron desgastadas antes que éstos llegaran a Amiens, Ruán, Le Mans, Blois, Tours, Bourges, por una parte, y Besanzón y Lyon por otra. El hecho de que las fuerzas del enemigo se agotaran tan rápido, se explica en gran medida, por la creciente resistencia del medio circundante. Los inevitables 'cuatro ulanos" ya no pueden ahora irrumpir en una aldea o ciudad ubicada lejos de sus líneas del frente y lograr el sometimiento absoluto a sus órdenes, sin correr el riesgo de ser apresados o muertos. Para acompañar a los destacamentos de requisición hacen falta fuerzas imponentes, y las compañías o escuadrones aislados, cuando están alojados en una aldea, deben tomar extraordinarias precauciones contra los ataques nocturnos por sorpresa, así como contra los ataques desde emboscadas durante la marcha. En torno de las posiciones alemanas hay una franja de territorio en disputa y es aquí donde la resistencia popular se hace sentir más. Para aplastarla, los alemanes recurren a un método de guerra tan antiguo como bárbaro. Han convertido en regla la de que toda ciudad o aldea donde uno o varios habitantes participen en la defensa, disparen contra sus tropas o en general ayuden a los franceses, deben ser incendiadas; toda persona capturada con un arma en la mano y que, según ellos, no sea un soldado del ejército regular, debe ser fusilada en el acto; y en todas partes donde existan fundamentos para suponer que una parte de la población, por insignificante que sea, es culpable de tales hechos, los hombres físicamente

aptos deben ser ejecutados inmediatamente. Este sistema se lleva a cabo en forma despiadada, ya desde hace seis semanas, y está en vigor en todo su apogeo hasta la fecha. No se puede abrir un diario alemán sin tropezar con media docena de comunicaciones sobre ejecuciones militares de esta índole, que se realizan como si fuese lo más natural del mundo, como medidas corrientes de justicia militar, efectuadas con la bienhechora severidad por los "honrados soldados", contra los canallas asesinos y bandoleros". No existe el menor desorden, ninguna violencia contra las mujeres, no hay violación alguna de las órdenes. Ni mucho menos. Todo se hace en forma sistemática y de acuerdo con la orden: cercan la aldea condenada, sacan a los habitantes, se apoderan de los víveres e incendian las casas, y los culpables verdaderos o sospechosos comparecen ante el tribunal militar de campaña, donde sin trámite alguno los espera con seguridad una media docena de balas. En Ablis, una aldea de 900 habitantes ubicada en el camino a Chartres, un escuadrón del 16º regimiento de húsares (de Schleswig-Holstein) fue atacado de noche por sorpresa por los guerrilleros franceses y perdió la mitad de sus hombres; en castigo por ese atrevimiento, toda la brigada de caballería se lanzó sobre Ablis e incendió la aldea; dos comunicaciones distintas —ambas procedentes de los participantes en el drama— afirman que entre los vecinos se eligió a todos los hombres sanos, y todos ellos sin excepción, fueron fusilados o pasados por las bayonetas. Pero éste es sólo un hecho de entre muchos. Un oficial bávaro, en las cercanías de Orleáns, escribe que su destacamento incendió cinco aldeas en doce días; podemos afirmar sin exagerar que en todas partes del centro de Francia por donde pasan los destacamentos volantes alemanes, su camino queda señalado con excesiva frecuencia por el fuego y la sangre.

Ahora, en 1870, quizá no baste una declaración que explique que éste es un método legal de conducir la guerra, y que la intervención de la población civil o de los hombres que oficialmente no son reconocidos como soldados equivale al bandidaje y puede ser sofocada a sangre y espada. Todo ello podría aplicarse en la época de Luis XIV y Federico II, cuando sólo combatían los ejércitos, pero a partir de la guerra americana por la independencia, inclusive hasta la guerra civil en Norteamericana, la participación de la población en la guerra se ha convertido —tanto en Europa como en América—, no en una excepción, sino en una regla. En todas partes en que el pueblo consentía en ser subyugado por el solo hecho de que sus ejércitos no habían sido capaces de ofrecer resistencia, se observaba hacia él una actitud de desprecio, se lo consideraba una nación de cobardes; y en todas partes donde el pueblo desarrolló una enérgica lucha guerrillera, el enemigo se convenció rápidamente de que era imposible guiarse por el viejo código de la sangre y el fuego. Los ingleses en América, los franceses en España bajo Napoleón, los austríacos en 1848 en Italia y Hungría, se vieron muy pronto obligados a tomar en consideración la resistencia popular, como si se tratara de un fenómeno totalmente legítimo, teniendo las represiones a sus propios prisioneros de guerra. Inclusive los prusianos en

1849, en Baden, y el Papa después de Mentana[65], no se resolvieron a fusilar a los prisioneros de guerra sin un análisis previo, pese a que se trataba de guerrilleros e "insurrectos". Sólo existen dos ejemplos contemporáneos de la aplicación despiadada de esta anticuada ley de "erradicación": cuando los ingleses sofocaron la insurrección de los cipayos en la India, y los métodos adoptados por Bazaine y sus tropas francesas en México.

Este modo de proceder corresponde menos al prusiano que a cualquier otro ejército del mundo. En 1806 Prusia estaba derrotada por el solo hecho de que en el país no existía el menor vestigio de ese espíritu de resistencia nacional. Para reavivarlo, los reorganizadores del gobierno y del ejército hicieron después de 1807 todo lo que estaba en sus manos por hacer. En. esa época, España ofreció un glorioso ejemplo de cómo el pueblo puede resistir a un ejército invasor. Todos los dirigentes militares de Prusia señalaron a sus conciudadanos ese ejemplo, como digno de. ser imitado. Scharnhorst, Gneisenau, Clausewitz, compartían la misma opinión al respecto; Gneisenau fue personalmente a España para combatir contra Napoleón. Todo el nuevo sistema militar, introducido entonces en Prusia, fue un intento de organizar la resistencia popular contra el enemigo, por lo menos en la escala en que fuera posible bajo una monarquía absoluta. No sólo todos los hombres físicamente aptos debían recibir instrucción militar en el ejército y servicio después en el Landwehr hasta los cuarenta años de edad, sino que además los jóvenes desde los diecisiete hasta los veinte años y los hombres de los cuarenta a los sesenta debían incorporarse al Landsturm o *levée en masse* [milicia de todo el pueblo], para organizar la insurrección en la retaguardia y en los flancos del enemigo, obstruir sus movimientos, apoderarse de sus abastecimientos y de sus correos, utilizar todas las armas que se pudieran conseguir, aplicar sin la menor dilación todos los medios que estuvieran a su alcance para alarmar al enemigo —"cuanto más eficientes sean esos medios, mejor"— y, lo que era fundamental, "no usar uniforme alguno, para que los hombres del Landsturm puedan en cualquier momento aparecer como ciudadanos particulares y no caer en sospecha del enemigo". Todo este "Reglamento sobre el Landsturm", como se denominó la ley publicada en 1813 y cuyo autor no fue otro que Scharnhorst, organizador del ejército prusiano, estaba escrito en el espíritu de la resistencia popular intransigente, para la cual son aptos todos los medios, y cuanto más eficaces, mejor. Ahora bien, todo ello lo aplicaban entonces los prusianos contra los franceses, pero si son éstos quienes practican esas mismas acciones contra los prusianos, las cosas cambian. Lo que en un caso se consideraba patriotismo, en el otro resulta un canallesco asesinato y bandidaje.

El caso es que el gobierno prusiano actual se avergüenza del viejo "Reglamento sobre el Landsturm" prerrevolucionario, y con su conducta en Francia trata de hacerlo olvidar. Pero cada acto de crueldad desenfrenada cometido en Francia por ellos, nos recordará más y más ese "Reglamento"; y la justificación

de semejante método vergonzoso de conducción de la guerra demuestra que si desde el período de Jena el ejército prusiano creció incalculablemente, el propio gobierno prusiano está creando con rapidez la misma situación que hizo posible llegar a Jena.

Escrito por F. Engels en inglés, el 10 de noviembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette,* el 11 de noviembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XIII, p. II.

LAS PROBABILIDADES DE LA GUERRA

La última derrota del ejército francés del Loira y la retiradas de Dueros al otro lado del Mame (suponiendo que ese repliegue haya tenido el carácter decisivo que se comunicaba el sábado[*]) definen la suerte de la primera operación combinada emprendida para la liberación de París.[66] Ésta ha fracasado por completo y la opinión pública vuelve a preguntarse si la nueva serie de reveses no prueba la incapacidad de los franceses para seguir resistiendo con fortuna y si no sería mejor suspender de golpe el juego, entregar París y firmar la cesión de Alsacia y Lorena.

Sucede que la gente ha perdido toda idea de lo que significa una verdadera guerra. La de Crimea, la de Italia y la austro-prusiana fueron simplemente guerras comunes, de gobiernos que firmaban la paz en cuanto su mecanismo militar era destruido o resultaba desgastado. Una verdadera guerra, en la que participe la nación misma, no se ha visto en el centro de Europa durante varias generaciones. La hemos visto en el Cáucaso, en Argelia, donde la lucha continuó durante más de veinte años casi sin interrupción; la hubiéramos podido ver en Turquía, si los turcos hubiesen recibido la autorización de sus aliados para defenderse con sus propios y primitivos medios. Pero el hecho es que nuestros convencionalismos conceden el derecho de una efectiva autodefensa sólo a los bárbaros; consideramos que los Estados civilizados deben batirse según las reglas de etiqueta y que una nación auténtica no puede responsabilizarse de un hecho tan descortés como es el de continuar la lucha cuando la nación oficial ya se ha visto obligada a entregarse.

Y en este momento los franceses cometen una descortesía de este tipo. Para disgusto de los prusianos que se consideran los mejores conocedores de la etiqueta militar, los franceses continúan batiéndose resueltamente desde hace tres meses, después que el ejército oficial francés ha sido eliminado del campo de batalla: han hecho inclusive lo que su ejército oficial nunca pudo hacer du-

[*] Véase Notas sobre la guerra - XXX, **C. Marx y F. Engels,** *Obras,* t. **II,** p. **II,** ed. rusa, págs. 198-201. (*Ed.*)

durante esta guerra. Han logrado un éxito grande y muchos otros menores: capturaron al enemigo cañones, convoyes, y prisioneros. Verdad es que acaban de sufrir una serie de rudas derrotas; pero éstas nada son si se las compara con las que solía infligir ese mismo enemigo a su ejército oficial. Es cierto que el primer intento de romper el bloque de París mediante una ofensiva simultánea desde dentro y desde fuera ha sufrido un completo fracaso, ¿pero debe deducirse de ello, inexcusablemente, que no les han quedado posibilidades para hacer un segundo intento?

Ambos ejércitos franceses, tanto el de París como el del Loira, según testimonio de los propios alemanes, se han batido bien. Es cierto que fueron derrotados por fuerzas numéricamente inferiores, pero había que esperar eso de tropas bisoñas, que acababan de ser organizadas y que se enfrentaban con tropas veteranas. Sus movimientos tácticos bajo el fuego, según palabras del corresponsal del *Daily News*, que sabe lo que dice, fueron rápidos y seguros: les faltó precisión, pero éste es un defecto común a muchos ejércitos franceses victoriosos. Lo indudable es que estos ejércitos han demostrado ser verdaderos ejércitos, a los que sus enemigos deberán tratar con el debido respeto. Evidentemente están formados de los elementos más heterogéneos. Hay batallones de línea con diferente número de soldados veteranos; fuerzas móviles de diverso valor combativo, desde batallones instruidos y armados que cuentan con sus correspondientes oficiales, hasta batallones de reclutas bisoños, que aún carecen de una instrucción militar elemental; hay guerrilleros de toda clase, buenos, malos y regulares; la mayoría de ellos pertenecen probablemente a esta última categoría. Pero en todo caso hay un núcleo de buenos batallones fogueados, en tomo de los cuales pueden agruparse los restantes; si durante un mes toman parte en diferentes combates, y evitan grandes derrotas, todos ellos resultarán excelentes soldados. También ahora podrían tener éxito, con una mejor estrategia, y la única imprescindible en el momento actual es aplazar toda batalla decisiva, lo que creemos que puede ser conseguido.

Pero las tropas concentradas en Le Mans y cerca del Loira no son, ni mucho menos, todas las fuerzas armadas de Francia. Hay además por lo menos 200 ó 300 mil hombres, con los que se están formando destacamentos en puntos más alejados de la retaguardia. Cada día aumenta su capacidad combativa. Al menos durante cierto tiempo, cada día debe dar al frente una cantidad incesantemente creciente de soldados frescos. Tras ellos existe ya una multitud de hombres dispuestos a ocupar el lugar de los primeros. A diario llegan armas y municiones en grandes cantidades; con las modernas fábricas de cañones y de fundición, con el telégrafo y los barcos, y si se tiene el dominio en el mar, no debe temerse la falta de todo eso. En el plazo de un mes se producirá también un enorme cambio en la capacidad combativa de esos hombres; y si se les diera dos meses, constituirían un ejército capaz de perturbar intensamente la tranquilidad de Moltke.

Además de estas fuerzas más o menos regulares, existe una nutrida milicia nacional, la masa del pueblo, llevada por los prusianos basta la guerra defensiva, que, según palabras del padre del rey Guillermo, legitima todos los medios. Cuando "Fritz" avanzaba de Metz a Reims, de allí a Sedán y luego a París, no se mencionaba para nada la insurrección del pueblo. Las derrotas de los ejércitos imperiales eran recibidas con peculiar indiferencia; veinte años de régimen imperial habían habituado a las masas populares a una subordinación obtusa y pasiva a la dirección oficial. En algunos lugares se encontraban campesinos que participaban en combates efectivos, como en Bazeille, pero eran excepciones. Sin embargo, en cuanto los prusianos se situaron en torno de París y sometieron a las localidades circundantes al sistema devastador de las requisas, efectuadas sin consideración alguna, en cuanto comenzaron a fusilar a los guerrilleros y a quemar las aldeas que les prestaban ayuda, en cuanto rechazaron las propuestas de paz de los franceses y proclamaron su propósito de llevar a cabo una guerra de conquista, todo cambió. Por todas partes estalló a su alrededor la guerra de guerrillas, provocada por sus propias atrocidades, y ahora basta que penetren en un departamento para que se ponga en pie la milicia nacional. Quien lea en los periódicos alemanes las informaciones acerca del avance del ejército del duque de Mecklenburgo y del príncipe Federico Carlos, advertirá en seguida la extraordinaria influencia que ha tenido en su movimiento de avance esa insurrección del pueblo, inasible, que tan pronto desaparece como vuelve a aparecer, siempre amenazante. Hasta la numerosa caballería, a la que los franceses no tienen casi con qué enfrentar, ha sido neutralizada en considerable medida por esa hostilidad general, activa y pasiva, de la población.

Examinemos ahora la situación de los prusianos. De las diecisiete divisiones situadas ante París, no pueden, naturalmente, distraer una sola, mientras Troch pueda repetir en cualquier momento sus salidas en masa. Las cuatro divisiones de Manteuffel en Normandía y Picardía tendrán todavía durante algún tiempo tanta tarea, que apenas podrán realizarla; además es posible que las retiren de allí. Las dos divisiones y media de Werder quizá pueden avanzar más allá de Dijón sólo mediante incursiones, y así seguirán las cosas hasta que Belfort se vea obligado a entregarse. No es posible distraer un solo soldado de las unidades encargadas de custodiar la larga y estrecha línea de comunicaciones: el ferrocarril Nancy-París. El 7º cuerpo tiene bastante con abastecer de guarniciones a la fortaleza de Lorena y mantener el cerco de Longwy y Montmedi. Quedan once divisiones de infantería de Federico Carlos y del duque de Mecklenburgo, seguramente no más de 150.000 hombres, incluida la caballería, para realizar las operaciones de campaña contra la mayor parte de la Francia central y meridional. Por consiguiente, los prusianos tienen en acción cerca de veintiséis divisiones para ocupar Alsacia y Lorena, asegurar las dos largas líneas de comunicación hasta París y Dijón y mantener el sitio de París, y sin embargo, tal vez dominan en forma directa inclusive menos de una octa-

va parte de Francia, e indirectamente quizá no más de una cuarta parte de su territorio. Para el resto del país les quedan quince divisiones, de las cuales cuatro se hallan bajo el mando de Manteuffel.

La profundidad a que puedan penetrar en el país depende por entero de la energía de la resistencia popular que encuentren. Pero dado que todas sus comunicaciones atraviesan Versalles —pues la campaña de Federico Carlos no abrió una nueva línea a través de Troyes— y que pasan por un país insurreccionado, estas tropas tendrán que desperdigar sus fuerzas en un amplio frente, dejar en la retaguardia destacamentos para proteger las carreteras y mantener sometida a la población; como resultado, llegarán con rapidez al límite en que sus fuerzas comiencen a debilitarse hasta resultar equilibradas por las que les oponen los franceses, cuyas probabilidades volverán entonces a ser favorables; o bien esos ejércitos alemanes deberán actuar con grandes columnas móviles, que se desplacen a todo lo largo y ancho del país, pero sin ocuparlo definitivamente. En tal caso, las tropas regulares francesas si durante cierto tiempo se repliegan ante ellos, pueden encontrar después suficientes oportunidades para atacarlos por los flancos y por la retaguardia.

Unos cuantos destacamentos volantes, como los que envió en 1813 el general Blücher para envolver los flancos franceses, serían muy útiles para destruir la línea de comunicación de los alemanes. Ésta es vulnerable en casi toda su extensión desde París hasta Nancy. Varios destacamentos, con uno o dos escuadrones de caballería y cierto número de buenos tiradores en cada uno de ellos, que atacaran esta línea, destruyeran los rieles, los túneles y los puentes, asaltaran los trenes, etcétera, obligarían a traer a la caballería alemana desde el frente, donde es particularmente peligrosa, aunque los franceses no poseen por cierto el verdadero "arrojo de los húsares".

Decimos todo esto en el supuesto de que París continúe manteniéndose. Hasta ahora, a excepción del hambre, nada hay que pueda obligar a París a entregarse. Pero si la información publicada en el número de ayer del *Daily News*, enviada por su corresponsal en esa ciudad, es verídica, disipa muchos temores. Todavía se dispone allí de 25.000 caballos (además de los pertenecientes al ejército de París), cuyo peso puede calcularse en 500 kilogramos por animal, lo que daría 6 1/4 kg, o 14 libras de carne por habitante; es decir, casi 1/4 de libra de carne diaria durante dos meses. Si se tiene en cuenta esto, así como hay pan y vino *ad libitum* y que existe una considerable cantidad de tasajo y otras vituallas, París puede resistir perfectamente hasta comienzos de febrero. Y eso daría a Francia dos meses, lapso que ahora tiene más importancia para ella que dos años en tiempos de paz. Con una dirección tanto central como local más o menos inteligente y enérgica, Francia estaría, pues, para entonces en condiciones de liberar a París y de reponer sus fuerzas.

¿Y si cae París? Tendremos tiempo suficiente para examinar esta posibilidad, cuando sea más probable. Sea como fuere, Francia ha podido hacer frente a los acontecimientos sin París durante más de dos meses y puede continuar batiéndose sin él. Naturalmente, la caída de París puede quebrantar el espíritu de resistencia de los franceses, pero la misma influencia pueden ejercer también ahora las noticias sobre los reveses de los últimos siete días. Ni lo uno ni lo otro debe tener obligatoriamente esas consecuencias. Si los franceses refuerzan un tanto algunas de sus buenas posiciones de maniobra, como Nevers, ubicada en la confluencia del Loira y el Allier; si levantan fuertes alrededor de Lyon para hacer de ésta una plaza tan fuerte como París, la guerra puede llevarse a cabo inclusive después de la caída de París; pero todavía no es oportuno hablar de ello.

Así pues, nos atrevemos a declarar que si no se debilita el espíritu de resistencia del pueblo, la posición de los franceses, aun después de las recientes derrotas, es todavía muy fuerte. Con el dominio en el mar para traer armas, con suficiente cantidad de hombres que pueden ser convertidos en soldados, después de haber realizado durante tres meses —los primeros y más difíciles tres meses— un trabajo de organización, con posibilidades de disponer de un mes más de tregua, acaso de dos, cuando los prusianos manifiestan ya síntomas de agotamiento, rendirse en tales condiciones sería una evidente traición. ¿Y quién sabe qué contingencias pueden producirse, qué complicaciones pueden surgir en Europa durante ese período? Los franceses deben continuar la lucha a toda costa.

Escrito por Engels en inglés, el 7 de diciembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 8 de diciembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LOS GUERRILLEROS PRUSIANOS

(Prussian Francs-Tireurs)

En los últimos tiempos los informes acerca de los incendios de aldeas francesas por los prusianos casi han desaparecido de la prensa. Comenzábamos a confiar en que las autoridades prusianas habían comprendido su error y cesado semejante modo de conducta, en interés de sus propias tropas. Pero nos habíamos equivocado. Los diarios vuelven a estar plagados de noticias sobre los fusilamientos de prisioneros y la destrucción de aldeas. El *Börsen Courier* de Berlín informa desde Versalles, el 20 de noviembre:

"Ayer llegaron los primeros heridos y prisioneros después del combate de Dreux, que tuvo lugar el 17. La represalia contra los guerrilleros fue breve y debía haber servido de buen ejemplo: fueron puestos en filas y uno tras otros recibieron un tiro en la sien. Se publicó una orden general para el ejército, que prohíbe terminantemente capturar prisioneros y que propone fusilarlos en el acto por un tribunal militar de campaña, cualquiera sea el lugar donde aparezcan. Con respecto a estos bandoleros y malhechores viles, se ha hecho absolutamente indispensable aplicar estos procedimientos."

Luego, *Tagespresse* de Viena, de la misma fecha, comunica que "la semana pasada, ustedes podían haber visto en el bosque de Villeneuve, a cuatro guerrilleros ahorcados por haber disparado contra los ulanos".

El parte oficial de Versalles, fechado el 26 de noviembre, comprueba que toda la población rural en torno de Orleáns, incitada a la lucha por los sacerdotes, quienes habían recibido del obispo Dupanloup la orden de predicar una cruzada, comenzó a hacer la lucha de guerrillas contra los alemanes. Disparan contra las patrullas de caballería; los campesinos, fingiendo trabajar en el campo, matan a los oficiales que llevan las órdenes. En venganza por esos asesinatos, todos los que llevan armas y no son militares son fusilados en el acto. No son pocos los sacerdotes que esperan ser juzgados: setenta y siete hombres.

Estos son sólo algunos ejemplos; su número podría llevarse hasta el infinito; de este modo, los prusianos, sin duda, tienen la firme intención de continuar esas ferocidades hasta el fin de la guerra. En virtud de ello, puede ser aleccionador prestar otra vez atención a ciertos hechos de la historia más reciente de Prusia.

El actual rey de Prusia[*] puede recordar perfectamente los tiempos de más profunda humillación de su país, la batalla de Jena, la prolongada huida hacia el Oder, la capitulación gradual de casi todas las tropas prusianas, el repliegue de las restantes más allá del Vístula, el desmoronamiento total del sistema militar y político del país. Y entonces, al cubierto de una de las fortalezas de Pomerania, la iniciativa y el patriotismo de individuos particulares inició una nueva resistencia activa al enemigo. El simple corneta de dragones Schill comenzó a formar en Kolberg destacamentos de voluntarios (en francés francotiradores), con los cuales y mediante el apoyo de la población, atacaba por sorpresa a las patrullas de caballería, a los destacamentos, puestos de campaña, se apoderaba de dinero del fisco, de materiales militares y víveres. Tomó prisionero al general francés Víctor, preparó la insurrección general en la retaguardia de los franceses y en sus líneas de comunicaciones, y, en general, realizó todo aquello de lo cual ahora se inculpa a los guerrilleros franceses, a quienes los prusianos aplican el mote de bandoleros y malhechores, premiando a los pri-

_____

[*] Guillermo I. (*Ed.*)

sioneros inermes con "un tiro en la sien". El padre del rey prusiano actual[**] aprobó totalmente las operaciones de Schill y le concedió el ascenso. Es notorio que en 1809 ese mismo Schill, cuando en Prusia reinaba la paz y Austria combatía contra Francia, condujo a su regimiento para luchar contra Napoleón pon su cuenta y riesgo, del mismo modo que Garibaldi; fue muerto en Stralsund, y sus soldados hechos prisioneros. De acuerdo con las leyes marciales prusianas, Napoleón estaba en pleno derecho de fusilarlos a todos, pero en Wezel sólo fusiló a once oficiales. El padre del actual rey prusiano, contra su voluntad, pero presionado por la opinión pública en el ejército y fuera de él, hubo de erigir un monumento en su honor sobre esas once tumbas guerrilleras.

Tan pronto como comenzaron a crearse en Prusia destacamentos de guerrilleros, los prusianos, como corresponde a un pueblo de pensadores, comenzaron a sistematizarlo y a elaborar su teoría. Teórico de los guerrilleros, gran filósofo en ese ámbito fue ni más ni menos que el conde Augusto Gneisenau, quien fue durante un tiempo mariscal de campo al servicio de su majestad el rey de Prusia. Gneisenau defendió a Kólberg en 1807; a su mando tenía a cierta parte de los guerrilleros de Schill; en la defensa le prestó gran apoyo la población local, que no podía aspirar al título de guardia nacional, móvil o local, y que por ese motivo, acorde con los últimos conceptos prusianos, merecía ser "fusilada en el acto". Pero los inmensos recursos que extrae el país conquistado de la enérgica resistencia popular causaron una impresión tan grande en Gneisenau, que durante varios años estudió cómo organizar mejor esa resistencia. La guerra de guerrillas en España, las insurrecciones de los campesinos rusos en el camino de retirada de los franceses de Moscú, le proporcionaron nuevos ejemplos, y en 1813 pudo comenzar a aplicar su teoría en la práctica.

Ya en agosto de 1811 Gneisenau elaboró el plan para preparar la insurrección popular. Las milicias debían ser organizadas sin uniforme, salvo el gorro militar (en francés *képi),* el cinturón blanquinegro y quizás un capote militar; es decir, casi el mismo uniforme que ahora usan los guerrilleros franceses. "Al aparecer fuerzas superiores del enemigo, las armas, el *képi* y los cinturones deben esconderse, y los milicianos se convierten en simples habitantes del país." Esto es precisamente lo que los prusianos consideran ahora un crimen, que castigan con una bala o con la cuerda. Estas tropas milicianas deben hostigar al enemigo, cortar sus comunicaciones, apoderarse de sus convoyes con provisiones o destruirlos, evitar combates serios y marcharse al bosque o al pantano en cuanto aparece una masa de tropas regulares. "El clero de todos los rangos debe recibir la orden de predicar la insurrección en cuanto comience la guerra, describir en los términos más sombríos el cuadro de la subyugación que implantan los franceses, recordar al pueblo de los hebreos en los tiempos de los macabeos y exhortarlo a seguir su ejemplo [...] Cada sacerdote debe ha-

[**] Federico Guillermo III. (*Ed.*)

cer prestar juramento a sus fieles, para que no entreguen víveres al enemigo, ni armas, etc., hasta que no los obliguen a ello por la fuerza", es decir, que en realidad los sacerdotes alemanes debían predicar la misma cruzada que el obispo de Orleáns ordenó a los suyos predicar, y por cuyo motivo muchos sacerdotes franceses están ahora esperando el juicio.

Quien tenga en sus manos el segundo tomo del libro del profesor Pertz *La vida de Gneisenau* verá en la primera página una cita del fragmento mencionado más arriba como facsímil de Gneisenau. A su lado, en el margen, esta acotación de puño y letra del rey Federico Guillermo: "Cuando un solo sacerdote sea fusilado, todo esto terminará". Es evidente que el rey no confiaba mucho en el heroísmo de „ su clero. Lo cual no le impidió dar su sanción especial a los planes de Gneisenau; tampoco impidió que al cabo de varios años, cuando esos mismos hombres que expulsaron a los franceses fueron arrestados y perseguidos como "demagogos", uno de los ilustrados cazadores de demagogos de aquella época, en cuyas manos cayó el original de ese documento, entablara un juicio contra el autor desconocido, ¡acusándolo de que incitaba al pueblo a fusilar al clero!

Hasta 1813 inclusive, Gneisenau preparaba no sólo el ejército regular, sino también la insurrección popular como medio para derrocar el yugo francés. Cuando por fin comenzó la guerra, no se hicieron esperar las insurrecciones, la resistencia campesina y los pronunciamientos de guerrilleros. En la localidad entre Weser y el Elba la insurrección armada comenzó en abril; poco más tarde se desencadenó la insurrección armada junto a Magdeburgo; Gneisenau escribió una carta, publicada por Pertz, a sus amigos en Franconia, llamando a organizar la insurrección a lo largo de la línea de comunicaciones del adversario. Entonces apareció, por fin, el reconocimiento oficial de esa guerra popular: la ley del Landsturm del 21 abril de 1813 (publicada sólo en julio), de acuerdo con la cual se llamaba a cada hombre físicamente sano, no incorporado a las filas de las tropas de líneas o del Landwehr, a ingresar en su batallón del Landsturm, a fin de prepararse para la lucha sagrada de la autodefensa, en la que todos los medios se justifican. El Landstrum debe hostigar al enemigo, tanto durante su avance en el repliegue, tenerlo en permanente estado de alarma, atacar sus convoyes de municiones y víveres, a sus mensajeros, reclutas y hospitales, atacarlo por sorpresa de noche, eliminar a los soldados retrasados y a los pequeños destacamentos, paralizar al adversario y lograr que todos sus movimientos sean inseguros; por otra parte, el Landsturm tiene la obligación de ayudar al ejército prusiano, custodiar los traslados de dinero, provisiones, municiones, prisioneros, etc. Esta ley puede en realidad ser considerada una verdadera guía del guerrillero, y como es obra de un experto estratega, es tan aplicable en la actualidad en Francia como en su tiempo lo fue en Alemania.

Por suerte para Napoleón I, esa ley apenas se cumplía. El rey estaba asustado de su propia obra. No correspondía en absoluto al espíritu prusiano permitir que el propio pueblo combatiese al margen de las órdenes reales. Gneisenau se enfureció, pero al final tuvo que arreglárselas sin el Landsturm. Si viviera ahora, teniendo a sus espaldas la experiencia de Prusia, vería probablemente en los guerrilleros franceses la realización de su hermoso ideal de la resistencia popular, si no plena, al menos aproximada. Porque Gneisenau era, además, un hombre genial.

Escrito por F. Engels en inglés, el 8 de diciembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette,* el 9 de diciembre de 1870.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XIII, p. II.

NOTAS

[50] ***Confederación del Norte de Alemania.*** Estado unificado alemán, fundado en agosto de 1866 después de la victoria de Prusia en la guerra austro-prusiana, que sustituyó a la Alianza de Alemania, ya disuelta, y que sólo había constituido una forma débil y poco estable de vinculación entre los Estados alemanes. En 1867 se aprobó la constitución de la Confederación del Norte. La integraban 22 Estados alemanes, y quedaban fuera de ella Baviera, Badén, Wurtemburgo y Hessen-Darmstadt. Prusia ocupaba en la Confederación un lugar predominante. El rey prusiano fue declarado Presidente de la Confederación y jefe supremo de sus fuerzas armadas. Su formación fue una importante etapa para la unificación de Alemania bajo la supremacía de Prusia, proceso que finalizó en 1871, cuando después de las victorias logradas en la guerra franco-prusiana, las clases gobernantes de Prusia proclamaron, el 18 de enero de 1871, en Versalles, la fundación del Imperio alemán, del que también pasaron a formar parte los Estados del Sur.

[51] ***Mitrailleuse,*** arma de tiro rápido de varios cañones, colocada sobre una cureña pesada. Los primeros modelos estaban constituidos por diez cañones de fusil sobre una cureña de artillería. Después de la guerra franco-prusiana las *mitrailleuses* fueron retiradas del armamento, pero luego los principios en que se basaba esta arma fueron aplicados para la creación de las ametralladoras.

[52] En Weissenburg (Alsacia), el 4 de agosto de 1870, la división francesa de Deaux (que integraba el primer cuerpo de Mac-Mahon) fue atacada por tres cuerpos del ejército prusiano. Durante cruentos ataques a las posiciones fortificadas de Weissenburg los prusianos perdieron 1.551 hombres, entre muertos y heridos. Los combates de Weissenburg pusieron de manifiesto el creciente poderío de las ciudadelas fortificadas de campaña. Al mismo tiempo, las ope-

raciones demostraron que el mando francés no supo realizar la movilización oportuna y asegurar el correcto despliegue de sus ejércitos, factores que, en gran medida, condicionaron el éxito de los prusianos en el período de los combates fronterizos, durante la primera etapa de la guerra franco-prusiana.

[53] La ***batalla de Woerth,*** el 6 de agosto de 1870, fue una gran contraofensiva en el primer período de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que culminó con la derrota del cuerpo francés de Mac-Mahon. La batalla comenzó por iniciativa de los jefes de unidades y se distinguió por la dispersión de las operaciones, la falta de una dirección común, la incapacidad del mando prusiano de organizar una persecución decisiva. La batalla de Woerth confirmó la necesidad de renunciar a la formación en columnas, común en aquellos tiempos para la infantería, pues con el empleo de las armas rayadas de tiro rápido sufrían grandes bajas.

[54] Cerca de Forbach (Lorena, a 9 km de Saarbrücken) las tropas prusianas derrotaron el 6 de agosto al cuerpo francés del general Frossard; el 7 de agosto tomaron la ciudad de Forbach, En las publicaciones históricas esta batalla se conoce más como la de Spichern.

[55] En base a un profundo análisis de la situación militar, Engels no sólo predijo la posibilidad de que el ejército de Mac-Mahon capitulara —lo que ocurrió 7 u 8 días más tarde—, sino que inclusive determinó con bastante precisión dónde debería ocurrir. Los acontecimientos de Sedán tuvieron lugar sólo a 20 km del lugar indicado por Engels.

[56] Se refiere a la batalla de Beaumont (ciudad en las cercanías del rio Mosa, al sureste de Sedán), el 30 de agosto de 1870, entre las tropas de Mac-Mahon, que acudían en ayuda de Metz sitiada, y las unidades de los ejércitos 3º y 4º prusianos, que avanzaban cortando el paso al ejército de Mac-Mahon. Pese a su tenaz resistencia, los franceses fueron derrotados y tuvieron que retroceder hasta Sedán. Inmediatamente después de esta batalla la ciudad capituló.

[57] En su folleto ***El Po y el Rin*** (1859) Engels previo la posibilidad de que se violara la neutralidad de Bélgica durante los grandes choques bélicos de los Estados capitalistas europeos; "...la práctica histórica deberá aún demostrar que esa neutralidad durante cualquier guerra europea es algo más que un trozo de papel..." (Marx y Engels, *Obras,* t. XI, parte II, ed. rusa, pág. 42). Durante la guerra franco-prusiana las partes beligerantes no llegaron a utilizar el territorio belga, pero el curso de la historia demostró que la previsión de Engels era justa. En 1914, la Alemania imperialista, repudiando los acuerdos internacionales, trató a la neutralidad de Bélgica como a "un trozo de papel". En 1940, la Alemania hitleriana volvió a violar la neutralidad de esa nación y ocupó su territorio.

[58] Cuando Engels habla de las tres batallas en la región de Metz se refiere a la de Colomb-Nouillie (pasó a la historia también como batalla de Bomie) del 14 de agosto de 1870, la de Mars-la-Tours del 16 de agosto de 1870 y la de Gravelotte (conocida también con el nombre de Saint-Privat) del 18 de agosto de 1870, como resultado de las cuales el ejército de Bazaine vio cortado el camino de retirada al oeste y fue encerrado en Metz. Las tres batallas fueron descritas por Engels en los artículos anteriores de la serie ***Notas sobre la guerra.*** "El combate desesperado de 36 horas" es la batalla en la región de Metz, que se produjo el 31 de agosto y 1 de setiembre, en la que el ejército de Bazaine intentó infructuosamente abrirse paso desde Metz en dirección a Trionville.

[59] La ***derrota de Sedán,*** así como otras tantas del ejército francés fueron el resultado directo de la crisis y descomposición del régimen bonapartista. La noticia de la catástrofe de Sedán provocó el 4 de setiembre de 1870 una sublevación popular en París. Cayó el II Imperio. Pero el monárquico Trochu, que encabezó el llamado gobierno de la "defensa nacional", así como los emprendedores burgueses Jules Favre, Julés Ferry y otros, compartían el profundo terror de la burguesía ante las masas y su disposición a capitular ante el enemigo exterior en aras de aplastar el movimiento revolucionario proletario. El gobierno de la "defensa nacional" se condujo como un gobierno de la traición nacional, pues entró en negociaciones con el enemigo a espaldas del pueblo. No obstante la derrota del II Imperio y la implantación de la república introdujeron una modificación cardinal en el carácter de la guerra, iniciada por la camarilla bonapartista para impedir la unificación de Alemania. Por parte del pueblo francés, la guerra revistió el carácter de una lucha por la defensa de la independencia nacional y la integridad territorial de Francia, contra la que atentaban los junkers prusianos y los capitalistas alemanes. Éstos eran tan culpables como el gobierno bonapartista del desencadenamiento de la guerra, y ya en su primer período, cuando Alemania libraba una guerra defensiva, manifestaron su aspiración a anexar Alsacia y Lorena. Después de Sedán se intensificaron las pretensiones conquistadoras de la camarilla gobernante alemana y de los chovinistas germanos, embriagados por las victorias militares. Bismarck rechazó las proposiciones francesas de paz, y presentó a Francia exigencias expoliadoras. Las tropas prusianas se conducían como descarados conquistadores, oprimían a la población pacífica y reprimían cruelmente a los guerrilleros (los francotiradores). Por parte de Prusia la guerra comenzó a revestir un carácter puramente conquistador y agresivo.

La Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) que encabezaban Marx y Engels —y sus representantes en Alemania, A. Bebel y G. Liebknecht, dirigentes de la clase obrera alemana—, se pronunció resueltamente contra las acciones de conquista de la camarilla gobernante prusiana y exigió la inmediata concertación de una paz honrosa con la República francesa. Marx y Engels consideraban que la misión de los patriotas franceses era organizar la

más amplia resistencia popular a los ocupantes alemanes. La posición que adoptó la I Internacional durante ’ la guerra desempeñó un importante papel en la educación de los obreros franceses y alemanes en el espíritu del internacionalismo proletario.

[60] Engels se refiere a la capitulación de Prusia durante el conflicto austro-prusiano de 1850, originado en los intentos de aquélla de unificar Alemania bajo su dirección. Con ese fin y a iniciativa de Prusia fue creada la Confederación de 26 Estados germanos, llamada "Unión de Alemania". Pero las pretensiones de Prusia chocaron contra la oposición enérgica de Austria y de Rusia. El emperador Nicolás I, llamó a Varsovia al ministro presidente de Prusia y al canciller de Austria para negociar el conflicto, y dio a entender al primero que en caso de guerra, Rusia prestaría ayuda a Austria. Los círculos gobernantes prusianos se vieron obligados a renunciar transitoriamente a sus planes. Con la mediación del embajador ruso en Austria, se firmó en noviembre de 1850, en Olmütz (ciudad de Olomouc en Moravia) el acuerdo austro-prusiano, según el cual Prusia reconocía la inamovilidad del orden establecido en Alemania en 1815, con lo que se garantizaba una influencia ventajosa para Austria. La "Unión de Alemania" fue liquidada poco después. La movilización que se llevó a cabo en Prusia (se prolongó hasta 1851) durante el conflicto, reveló el estado insatisfactorio de su ejército.

Engels compara con ironía esta, derrota diplomática de Prusia con la de los romanos en el desfiladero de Caudio, en 321, a. n. e. durante la segunda guerra samnita. Según la leyenda, después de la batalla, los samnitas obligaron a las legiones romanas que capitulaban a pasar debajo de un yugo, en señal de oprobio.

[61] Se refiere a las operaciones militares de los Estados del norte en el período de la guerra civil en EE.UU. (1861-1865) con el fin de apoderarse de dos importantes puntos de apoyo de los esclavistas del sur: ***Vicksburg*** (en la orilla del Mississippi) y ***Richmond*** (capital de la confederación del sur). Los sudistas, dada la importancia militar de Vicksburg, mejoraron sus fortificaciones, erigieron baterías de costa e instalaron artillería de campaña. El ejército de los Estados del norte durante 1862-1863 trató en varias oportunidades de apoderarse de esa ciudad. El 1 de julio de 1863, después de un cruel bombardeo, los nordistas ocuparon uno de los reductos del sur. El 3 de julio la guarnición de la fortaleza se entregó. Durante las operaciones los nordistas organizaron la interacción entre las tropas de tierra y una gran flotilla, que incluía acorazados. La dominación de Vicksburg afianzó considerablemente las posiciones de los ejércitos de los Estados del norte en la cuenca del Mississippi.

El primer intento de conquistar Richmond fue emprendido en abril de 1862 por el ejército de nordistas a las órdenes de McClellan. Pero sus tropas fueron

derrotadas en las inmediaciones de esa ciudad el 26 de junio, y el 2 de julio de 1862 se dieron a la fuga en desbandada. El ejército del sur, al mando de Lee, emprendió una maniobra de rodeo a fin de cercar Washington. Salvaron la situación los regimientos de voluntarios, que con sus golpes decisivos, detuvieron la ofensiva del enemigo.

El segundo ataque a Richmond fue organizado durante la ofensiva general de todos los ejércitos del norte, iniciada en mayo de 1864. Pero ante Richmond encontraron un serio obstáculo: el campamento sólidamente fortificado de los sudistas, que los obligó a destacar una tropa numéricamente importante. Para apartar de Richmond a las fuerzas de los Estados del norte a fines de junio de 1864, Lee emprendió la ofensiva contra Washington, pero fue derrotado el 19 de setiembre junto a Winchester. Los ejércitos nordistas, desarrollando su ofensiva, comenzaron a atenazar en todos los frentes a las tropas de los Estados del sur, y el 3 de abril de 1865 las fuerzas del general Grant ocuparon Richmond.

[62] Se trata de la heroica defensa de Zaragoza durante la lucha de liberación nacional del pueblo español contra las tropas napoleónicas. En junio de 1808, después de un intento fallido de ocupar Zaragoza, los conquistadores franceses comenzaron el sitio, que pese a todo, no tuvo éxito. La situación de la ciudad empeoró cuando en diciembre de 1808 las tropas francesas ocuparon Madrid, y el 20 de diciembre comenzaron el segundo asedio de Zaragoza con fuerzas mucho más considerables (más adelante Engels lo describe). El 20 de febrero de 1809 cayó Zaragoza. La defensa, que pese a sus efímeras fortificaciones duró dos meses, demostró la elevada moral de las masas populares que luchaban por la independencia nacional.

[63] ***Pall Mall Gazette*** (Pall Mall, nombre de una calle de Londres, conocida por el gran número de clubes que hay en ella), vespertino inglés de tendencia conservadora; se publicó en Londres de 1865 a 1927 (desde 1921 modificó algo su título). Pese al carácter aristocrático del periódico, Marx consideraba posible mantener durante algún tiempo relaciones comerciales con su directorio, ya que, según sus palabras, era "el único diario no venal de Londres" (Marx y Engels, *Obras*, t. XXIV, ed. rusa, pág. 371). Durante la guerra franco-prusiana ***Pall Malí Gazette*** publicó una serie de artículos de Engels, "Notas sobre la guerra", que atrajo la atención de amplios círculos de lectores por la profundidad con que analizaba las operaciones militares y la exactitud de sus previsiones científicas.

[64] En enero de 1870, Napoleón III, quien debido al creciente descontento originado por el régimen del II Imperio, tuvo que coquetear con el antiguo líder de la oposición republicana Emile Olivier. Pero después de las primeras derrotas en la guerra franco-prusiana, el "ministerio liberal" fue sustituido, el 9

de agosto de 1870, por un gabinete militar y designado Primer Ministro y ministro de Guerra el general Montauban (conde de Palikao), bonapartista declarado.

[65] Engels se refiere al aplastamiento de la insurrección en Badén y en el Palatinado por las tropas contrarrevolucionarias prusianas en mayo-julio de 1849 (véase el artículo de Engels de la serie ***Revolución y contrarrevolución en Alemania***, en esta recopilación, págs. 55-70), así como a la derrota de los destacamentos de voluntarios de Garibaldi en Mentana (población de la región de Roma) el 3 de noviembre de 1867, durante el combate contra las tropas del Papa y los intervencionistas franceses. A raíz de esa derrota fracasó el intento de liberar la región de Roma, emprendido por Garibaldi en el otoño de 1867. Explica este fracaso la considerable superioridad numérica y el mejor armamento de las tropas adversarias (los franceses empleaban contra las fuerzas garibaldinas un nuevo tipo de arma rayada: el fusil de retrocarga de Chassepot), así como la infame actitud del gobierno real italiano para con Garibaldi, contra quien envió sus tropas en el momento decisivo. Por orden del rey Víctor Manuel, después de Mentana, Garibaldi fue encarcelado y exiliado a la isla de Caprera. En la región de Roma el gobierno de Pío IX intensificó más aún el régimen de reacción y terror.

[66] Se trata de las operaciones de los ejércitos del Loira y de París tendientes a levantar el sitio de París, a fines de noviembre y principios de diciembre de 1870. Las unidades del ejército del Loira fueron derrotadas el 28 de noviembre en Beaune-la-Rolande, y diezmadas el 2 de diciembre en Lagny-Poupry, después de lo cual debieron retirarse hacia el sur. Las tropas del príncipe Federico Carlos reocuparon Orleáns el 4 de diciembre, introduciendo una cuña entre los flancos derecho e izquierdo del ejército de Loira. Éste se dividió en dos ejércitos al mando de Bourbaki y Chanzy. Al mismo tiempo que se producían los fracasos dpi ejército del Loira del 30 de noviembre y el 2 de diciembre, Ducros hizo varias escaramuzas infructuosas desde París, y las unidades del ejército de París emprendieron operaciones militares en el Marne. Oficialmente se proclamaba que la finalidad de estas acciones era lograr la unión con el ejército del Loira y seguir luchando por la liberación de la capital. No obstante, Trochu y otros generales que encabezaban la guarnición de París, procuraban deliberadamente que las escaramuzas fracasaran, contando con que las pérdidas inútiles quebrantarían la voluntad de resistencia de los defensores proletarios de la ciudad y se crearían las condiciones propicias para capitular ante los prusianos, en lo que los círculos reaccionarios veían un medio para evitar la amenaza de la revolución.

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición**.** Buenos Aires, 1974

ARTÍCULOS Y CARTAS SOBRE ASUNTOS MILITARES

(1870-1890)

ARTÍCULOS

MOLTKE, GRITÓN RETICENTE DEL ESTADO MAYOR, Y SU RECIENTE CORRESPONSAL EN LEIPZIG

El patriotismo fanfarrón de cierto burgués cebado de Leipzig fue, por lo visto, afectado desagradablemente en lo más vivo por el hecho de que los franceses, hasta Metz, no hubieran perdido cañones; en cambio, esas pérdidas las tuvieron los alemanes. Poseído de un febril estado cañonero, pide explicaciones al pregonado semidiós Moltke, que en respuesta inserta en *Leipziger Tageblatt* una de sus divertidas sentencias de oráculo, cuyo sentido es tal, que aunque algunos generales franceses, durante el proceso de Bazaine[67] dieron datos inexactos sobre la captura de cañones por una y otra parte, debe no obstante reconocerse que los alemanes lograron el 16 de agosto apoderarse sólo de un cañón de los franceses, y éstos se apoderaron el 18 de dos cañones alemanes. Con ello ya se decía bastante. Pero el taciturno Moltke tuvo además que pronunciar una conferencia, no podía dejar de hacerlo. Así, pues, les cuenta a los venerables imbéciles que, de acuerdo con la "táctica moderna", la artillería debe combatir en las primeras filas; he ahí por qué los alemanes perdieron dos cañones. De sus palabras se desprende que si los franceses hubiesen rendido pleitesía a esa su "táctica moderna", habrían perdido muchos más cañones y hubiesen merecido su alabanza; porque, según sus propias palabras, la infantería austríaca, apoyada por la artillería en la línea más avanzada del frente, perdió "con la mayor honra" 160 cañones. La artillería austríaca, como él mismo sentencia, maniobró así porque la infantería austríaca estaba retrasada en su armamento respecto de la alemana. Y como los Chassepot franceses superaban a los fusiles prusianos con ignición por aguja, ello sirvió de fundamento para que la artillería *alemana* convirtiera la necesidad en virtud, así como lo había hecho la artillería austríaca en Koniggrátz; pero la artillería francesa no tenía necesidad alguna de permitir que la enemiga, superior por su construcción rayada y movilidad, disparara sobre ella *inútilmente.* Para Moltke, naturalmente, debe representar una gran incomodidad la circunstancia de que en tres días, el 14, 16 y 18 de agosto de 1870, fueran muertos y heridos 40.000 alemanes, pese a que la artillería francesa era mandada, a su juicio, de un modo tan insen-

sato, que aún ahora declara: "'Puede quedar abierta la cuestión de si en esas condiciones la falta de pérdidas o la pérdida de un solo cañón evidencia la maestría de la artillería francesa o su estoicismo en el combate".

Pero no crean —aunque los pueda inducir a ello la carta poco elocuente de Moltke—, que la artillería francesa procedía en aquellos días de un modo inadecuado, aunque sea comparándola con la alemana. Nos expresaremos galantemente con los términos de Moltke: "no corresponde en modo alguno a la realidad" el afirmar, como lo hace él valientemente, que la artillería francesa "era en su mayor parte un enemigo fácil de eliminar". Si a alguien le interesa conocer más detalles, puede leer el libro *Die deutsehe Artillerie in den Schlaehten bei Metz* ("La artillería alemana en los combates de Metz"), de Hoffbauer, capitán y jefe de batería del 1er regimiento de artillería prusiana oriental, profesor de la escuela unificada de artillería e ingeniería, Berlín, 1872, Mittler e hijo. [El libro, por lo tanto, es oficioso! Moltke sabe que quien plantea preguntas tan tontas como nuestro burgués de Leipzig, no lee o no entiende esos libros, y los que lean con conocimiento de causa, según cálculos de Moltke, "se callarán la boca".

Las peroraciones de Moltke sobre el "nuevo" modo de emplear la artillería no valen ni el papel en que fueron escritas. No sólo las pérdidas de la artillería y de caballos, sino también los gastos de municiones son en esos casos tan inmensos, que en un plazo breve es imposible resarcirlas con hombres, caballos y obuses. Además, como resultado de la "nueva táctica" de Moltke, la artillería alemana, para gloria de la ciencia, fusila a sus propios compatriotas con mucha mayor frecuencia de la que sería de desear. Esto ocurrió el 14, 16 y 18 de agosto de 1870. La "nueva táctica" provocó una descarga de artillería tan científicamente enredada, que hubo que enviar contraórdenes para interrumpir esa traidora demencia: el fuego contra las tropas alemanas (ver en Hoffbauer).

Por de pronto, como dice el mismo capitán Hoffbauer, caballero de la orden de la cruz de hierro de *primer* grado e indudable devoto de sus jefes, las operaciones de la artillería alemana en aquellos días revestían un "carácter improvisado". Moltke se apresura a decir que se trata de cumplir las "exigencias de la táctica moderna", la cual "aconseja que la artillería no se atreva a temer [este es el estilo de Moltke] introducirse en las líneas más avanzadas de las tropas beligerantes o que, al defenderse de un ataque del enemigo, resista hasta el último instante y defienda a las otras armas". Pero semejantes exigencias ya se habían planteado a la artillería mucho antes de Moltke. Nada se puede establecer con exactitud en cuanto a la "táctica moderna". Hasta 1815 no se había escrito al respecto nada digno de atención; desde 1815 la artillería alemana comenzó a descomponerse por la inactividad, y sus oficiales no se dedicaban a otra cosa que a reñir unos con otros. Desde 1866 los prusianos *suponían* que habían asimilado la gran sabiduría del cañón, porque casualmen-

te resultaron ser dueños de un cañón mejor que el de algunos vecinos. Durante la guerra francesa sólo comenzaron a probar a tientas una táctica para su artillería, que, como es evidente para las personas más sencillas, debe modificarse junto con cada perfeccionamiento notable de las armas.

Sólo la filantropía puede inducir a dedicarse a ridiculizar y cubrir de oprobio las sentencias de oráculo de Moltke y sus lacayos, tan ingenuas como propias de un anciano presuntuoso, con las que tienen el descaro de pronunciarse en libros, diarios, discursos y cartas.

Escrito por F. Engels en alemán, el 13 de marzo de 1874.
Publicado por primera vez en el diario *Der Volksstaat* el 25 de marzo de 1874.
C. Marx y F. Engels, *Obras,* t. XV.

OPIO, ALCOHOL Y REVOLUCIÓN

Volksstaat

25 de febrero y l de marzo de 1876

No sería la primera vez que el aguardiente salvara al Estado prusiano.

La única industria que haya tenido efectos directos aún más devastadores —y ello, no contra su propio pueblo, sino contra extranjeros— ha sido la industria del opio anglo-indio destinada a intoxicar a China...

La influencia bendita del aceite empirreumático del aguardiente prusiano se ejerce a escala universal, puesto que, con el aguardiente de patata, entra en todas las bebidas. Desde el vino ligero y acidulado, sacado de los viñedos mal situados a lo largo del Rin y del Mosela, que se transforman, por un golpe de varita mágica, en Brauneberger y Niersteiner o los malditos vinos con que se inunda a Inglaterra como resultado de los recientes tratados comerciales y que se bautizan "Gladstone", hasta los Chateau Lafitte, champañas, portos y madeiras que los burgueses beben en la India, China, Australia y América, no hay bebida a la que no se incorpore un poco de aceite empirreumático prusiano...

Todo el mundo sabe, por la experiencia de los otros o de la suya propia, que el vino e incluso las diversas clases de vino, la cerveza o el aguardiente provocan borracheras específicas y tienen acción variable sobre el cerebro. Cuanto más aceite empirreumático se le incorpora, más dañino resulta este aceite y más terrible o salvaje resulta la borrachera. Ahora bien, como es sabido, el aguardiente de patata, fresco y sin purificar, contiene la mayor propor-

ción de aceite empirreumático y la composición más nefasta. El efecto de fuertes cantidades, inhabituales, de esta bebida sobre una población tan apasionada e irritable como la del condado de Berg, era tanto más impresionante. La naturaleza de la borrachera varía considerablemente. Toda libación que, antaño, se terminaba por una amable embriaguez y raramente por excesos, en los que prácticamente nunca se hacía uso del cuchillo, actualmente degenera en estallidos salvajes y se acaba infaliblemente en camorras que entrañan a menudo heridas a veces mortales, como resultado del uso de los cuchillos.

Los curas atribuyen esto al ateísmo creciente, los juristas y otros filisteos a los bailes de cabaret. La verdadera causa de ello es la súbita inundación de aguardiente que contiene aceite empirreumático prusiano, que ejerce sus efectos fisiológicos normales y conduce a centenares de buenos mozos a la cárcel o al presidio.

Este efecto agudo del aguardiente barato ha durado durante muchos años hasta que al fin disminuye cada vez más. Pero su acción sobre las costumbres no ha desaparecido totalmente. Para la clase obrera, el aguardiente es más que nunca una necesidad vital, incluso si su calidad mejora ligeramente, aunque no llegue nunca a la del viejo aguardiente de cereales.

Y lo que pasa en el condado de Berg se produce en otros sitios. En ningún momento, los lloriqueos de los filisteos sobre el aumento creciente del consumo de alcohol entre los obreros no fueron tan generales, unánimes y ruidosos como de 1825 a 1835. Cabe preguntarse si el embrutecimiento de los obreros, especialmente de Alemania septentrional, y su reacción pasiva hacia los acontecimientos revolucionarios de 1830 no son debidos en gran parte a la oleada de alcoholismo en que se habían sumergido. Solamente hubo insurrecciones serias y eficaces en las regiones vinícolas o en los estados más o menos protegidos por su sistema aduanero, de la calamidad del alcohol prusiano.

Carlos Marx y Federico Engels. *Colonialismo y guerras en China*.
Versión al español de Victoria Pujolar.
1974, Ediciones Roca, México 17, D. F. Primera edición

SOBRE EL EJÉRCITO PRUSIANO[*]

El *ejército prusiano*, el hambriento de todos los tiempos. Hopfner sobre el período comprendido entre 1788 y 1808. Agotamiento del tesoro fiscal bajo Federico Guillermo III. La estafa (venta de capotes en 1842 a los [regimientos] 1 y 9 de artillería). Trastos viejos en los arsenales. Federico Guillermo III es

[*] Fragmento del manuscrito de Engels *Notas sobre Alemania.* (*Ed.*)

capaz de manifestar hasta amor por la paz; si es necesario, en caso de guerra, convocar cada vez a las *clases.* 1. Punto de viraje: 1848, Waldersee y el fusil de aguja. 2. Punto de viraje: la movilización de 1852[**] y, por fin, la guerra italiana, la organización del ejército y el rechazo de la rutina.

A partir de 1864, autocrítica seria y enfoque práctico. De todos modos, una incomprensión total del carácter de la organización del ejército prusiano.

Conflicto tragicómico: el Estado prusiano *se ha visto obligado* a una guerra política en nombre de intereses que están lejos de ser los del pueblo, que jamás despertaran entusiasmo nacional; y, sin embargo, éste es necesario para un ejército apropiado sólo para la defensa nacional y vinculado directamente con esta ofensiva de carácter defensivo (1814 y 1870).

En este conflicto serán derrotados tanto el Estado como el ejército prusianos, lo que ocurrirá evidentemente también en la guerra contra Rusia, guerra que puede prolongarse cuatro años y que reportará a Prusia sólo malestares y huesos rotos.

Escrito por F. Engels en alemán, en 1874.

DE LA INTRODUCCIÓN AL FOLLETO DE BORKHEIM.

"EN MEMORIA DE LOS FURIBUNDOS PATRIOTAS DE 1806-1807"

...Los "patriotas fanfarrones" aparecieron en *Vólksstaat* inmediatamente después de la guerra franco-prusiana, y poco más tarde, en una copia aparte. Resultaron ser un excelente contraveneno para la embriaguez superpatriótica de la victoria, en que había caído y continúa estando la Alemania oficial y burguesa. En efecto, no hubo medio mejor para desemborracharse que recordar aquellos tiempos en que Prusia, elevada ahora hasta los cielos, fue demolida en medio del mayor oprobio por la ofensiva de los mismos franceses a quienes ahora desprecia por ser los vencidos. Y ese medio debía haber surtido tanto mayor efecto, cuanto que fue posible reproducir los relatos sobre esos hechos fatales de un libro en el que un general prusiano, antiguo director de la escuela militar, reflejó esa época vergonzosa mediante documentos oficiales prusianos, y es preciso reconocer que con toda objetividad y sin retoque alguno. Un gran ejército, como cualquier otra organización social poderosa, después de una gran derrota no puede hacer nada mejor que examinarse por dentro y confesar sus errores anteriores. En esta situación se encontraron los prusianos después

[**] Es evidente que en la fecha se ha deslizado un error: se trata de la movilización del ejército prusiano del año 1850. (*Ed.*)

de Jena, y aun después de 1850. En ese período, por cierto, no sufrieron grandes derrotas, pero sin embargo se hizo evidente —tanto para ellos como para todo el mundo— su absoluta insignificancia militar en toda una serie de pequeñas campañas en Dinamarca y Alemania del sur, así como durante la primera gran movilización de 1850, cuando lograron evitar una auténtica derrota al precio de la vergüenza política de Olmütz y Varsovia.[68] Se vieron obligados a someter a una despiadada crítica su pasado, para aprender a corregir sus errores. Su literatura militar, que en la persona de Clausewitz creó una estrella de primera magnitud, descendió en gran medida de nivel desde entonces, y volvió a elevarlo sólo gracias a la necesidad de poner a prueba sus fuerzas. Uno de los frutos de este autocontrol fue el libro de Hopfner[*], del que Borkheim extrae material para su folleto.

Aun ahora es preciso recordar permanentemente esa época de vanidad y derrotas, de incapacidad de la realeza, de la torpe astucia de los diplomáticos prusianos, enredados en su propia hipocresía; la jactancia de los oficiales nobles, que revelaron la traición más pusilánime; recordar la época del derrumbe total del régimen estatal, absolutamente ajeno al pueblo, basado en la falsedad y el engaño. Los alemanes limitados (entre los que también se incluyen los nobles y los príncipes), aun ahora, cuando se da el caso, manifiestan mayor jactancia y chovinismo del que revelaron en aquella época; la diplomacia se comporta con mucho mayor descaro, pero ha conservado su antigua hipocresía; por medios naturales y artificiales, los oficiales de la nobleza han crecido considerablemente en número, para ocupar otra "vez su antigua posición predominante en el ejército, y el Estado se vuelve cada vez más ajeno a los intereses de las amplias capas populares y se convierte en un consorcio de agrarios. bolsistas y grandes industriales para la explotación del pueblo. Claro que si las cosas llegan otra vez a una guerra, el ejército prusiano-alemán, por el solo hecho de servir de ejemplo de organización para todos los demás, tendrá grandes ventajas ante sus enemigos y aliados. Pero jamás gozará de las ventajas de que disfrutó en las dos últimas guerras. Por ejemplo, es dudoso que vuelva a repetirse en la misma forma la unidad del mando supremo, que tuvo lugar entonces gracias a felices circunstancias especiales, y la correspondiente subordinación incondicional de la oficialidad subalterna. El nepotismo que reina actualmente en las relaciones de negocios entre la nobleza agraria y la militar —inclusive hasta los ayudantes imperiales— y los corredores de la bolsa, puede fácilmente resultar fatal para el abastecimiento del ejército en el teatro de operaciones. Alemania tendrá aliados, pero éstos la traicionarán en la primera ocasión propicia. Y, por último, para Prusia-Alemania no hay posibilidad de hacer otra guerra que no sea la mundial. Y sería una guerra mundial de magnitud desconocida hasta ahora, de una potencia inusitada. De ocho a diez

_____

[*] Hopfner, *Ed. Der Krieg von 1806 und 1807* ("La guerra de 18031807"). Bd. 1-4, Berlín, 1855. (*Ed.*)

millones de soldados se aniquilarán mutuamente y, además, se engullirán toda Europa, dejándola tan devastada, como jamás lo habían hecho las nubes de langosta. La devastación producida por la guerra de los Treinta Años condensada en tres o cuatro años y extendida a todo el continente; el hambre, las epidemias, el embrutecimiento de las tropas y también de las masas populares, provocados por la aguda necesidad, el desquiciamiento insalvable de nuestro mecanismo artificial en el comercio, la industria y el crédito; todo esto termina con la bancarrota general; el derrumbe de los viejos Estados y de su sabiduría estatal rutinaria —una quiebra de tal magnitud, que las coronas estarán tiradas a docenas por el pavimento y no se encontrará a nadie que las levante—; una imposibilidad absoluta de prever cómo terminará todo esto y quién saldrá vencedor de la lucha. Sólo un resultado no deja lugar a dudas: el agotamiento total y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.

Esta es la perspectiva, si el sistema de competencia en los armamentos bélicos, llevado a su extremo, produce por último los frutos inevitables. Mirad, señores reyes y hombres de Estado, hasta dónde ha llevado vuestra sabiduría a la vieja Europa. Y si no os queda otra cosa que iniciar el último gran baile militar, no nos echaremos a llorar. Que la guerra nos lance por cierto tiempo a una etapa ya pasada, que nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas. Pero si desencadenáis las fuerzas que no podréis después dominar, cualquiera sea la forma que adopten los acontecimientos, al final de la tragedia quedaréis convertidos en una ruina, y la victoria del proletariado ya habrá sido conquistada o, de todos modos, será inevitable.[69]

Escrito por F. Engels en alemán, el 15 de diciembre de 1887.
Publicado por primera vez en el folleto de Segismundo Borkheim *Zur erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807*. Göttinberg-Zurich, 1888.
Marx y Engels contra la reacción en Alemania, 1944.

En: C. Marx y F. Engels, *Collected Works*. Vol. 26.
Engels: 1882-1889, pp. 446-451.

CON MOTIVO DEL 20º ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARIS.

(Carta a la Redacción del diario *Le Socialiste*)

Ciudadanas y ciudadanos:

Hace exactamente veinte años el París obrero se alzó como un solo hombre contra el criminal atentado de los burgueses y los rurales [*des ruraux*][*] dirigidos por Thiers. Estos enemigos del proletariado temblaban de espanto al ver a los obreros parisienses armados y organizados para defender sus intereses. Thiers trató de sustraerles las armas que habían utilizado con tanta gloria contra la invasión extranjera, y que más tarde volvieron con mayor gloria aun contra el ataque de los mercenarios de Versalles. Para doblegar al París insurrecto, los rurales y la burguesía imploraron la ayuda de los prusianos, que se la concedieron. Después de una lucha heroica, París fue aplastado por las fuerzas del enemigo y desarmado.

Hace ya veinte años que los obreros de París no tienen armas. Así están las cosas en todas partes; en todos los grandes países civilizados el proletariado está privado de los medios de defensa material. Por doquier la masa de fuerzas armadas está en manos de los enemigos y explotadores de la clase obrera.

¿Pero a qué condujo esto?

A que ahora, cuando cada hombre sano pasa por las filas del ejército, ese ejército comienza a reflejar cada vez más el estado de ánimo y los pensamientos del pueblo; ese ejército, gran instrumento de opresión, se hace menos seguro de día en día. Los dirigentes de todas las grandes potencias ya prevén con horror el día en que los soldados que se encuentren bajo las armas se nieguen a asesinar a sus hermanos y padres. Lo hemos visto en París, cuando el tonkinés[**] se atrevió a pretender el puesto de presidente de la República Francesa; lo vemos ahora en Berlín, donde el sucesor de Bismarck[***] exige al Reichstag fondos para fortalecer la subordinación en el ejército con ayuda de los suboficiales, comprados con dinero, ¡porque entre éstos han aparecido demasiados socialistas!

Si ocurre algo semejante, si ya en el ejército nace la aurora, ello significa que el fin del viejo mundo no está tan lejano.

¡Que se produzca lo inevitable! ¡Que la burguesía, que ha llegado a la decadencia, rechace el poder o se extinga, y que viva el proletariado! ¡Viva la revolución social internacional!

_____

[*] Se trata de los terratenientes monárquicos y otros elementos reaccionarios de las provincias, que predominaban en la Asamblea Nacional en 1871: "asamblea de los rurales" o "cámara de terratenientes", como la llamaban. (*Ed.*)

[**] Jules Ferry, primer ministro de Francia (1880-1881, 1883-1885), organizador de la guerra colonial de conquista de Tonkín (Indochina) (*Ed.*)

[***] El canciller alemán Caprivi. (*Ed.*)

Escrito por F. Engels en francés, el 17 de marzo de 1891.
Publicado por primera vez en el diario *Le Socialiste*, el 25 de marzo de 1891.
C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, p. II.

En: C. Marx y F. Engels, *Collected Works*. Vol. 27.
Engels: 1890-1895, pp. 177-178.

NOTAS

[67] El mariscal Bazaine fue juzgado en 1872 por sus actos de traición durante la defensa y la entrega de Metz, y condenado en diciembre de 1873 a la pena capital. Pero Mac-Mahon, presidente de la República francesa, sustituyó la pena de muerte por la de prisión en la isla de Santa Margarita (Mediterráneo), de donde Bazaine huyó en 1874, para encontrar asilo poco después en la España monárquica.

[68] Véase la nota 60.

[69] En su artículo ***Palabras proféticas***, Lenin definió esta previsión de Engels como genial, basada en un análisis científico de clase, claro y preciso. "Algunas de las cosas anticipadas por Engels —escribe— ocurrieron de un modo distinto, pues el mundo y el capitalismo debían sufrir cambios en los últimos treinta años, como consecuencia de la desenfrenada rapidez del desarrollo del imperialismo. Pero lo más asombroso es que una gran parte de lo pronosticado por Engels se está cumpliendo 'al pie de la letra'" (Lenin, *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 484). En esas manifestaciones de Engels sobre la futura guerra, Lenin apreciaba en especial su fe optimista e inquebrantable en la victoria final de la clase obrera y en el triunfo del socialismo. Lenin contraponía a la desconfianza, la inercia y la desesperación de las personas acostumbradas a ser lacayos de la burguesía y que se dejaban atemorizar por ésta, las previsiones científicas de Engels, quien había predicho que la guerra desatada por la burguesía mundial, pese a todas las destrucciones y a las incontables víctimas que causaría a la humanidad, sólo podría acelerar la bancarrota del régimen de explotación.

En: Federico Engels. *Temas militares, selección de trabajos 1848-1895*.
Editorial Cartago, segunda edición**.** Buenos Aires, 1974

CARTAS

A PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN IRLANDESA (1882)

El movimiento irlandés presenta dos corrientes. La primera, la más antigua, es la corriente *agraria:* en su origen fue un bandidaje organizado, con el apoyo de los campesinos, por los jefes de los clanes que los ingleses desposeyeron y los grandes propietarios católicos (en el siglo XVII estos bandidos se llamaban *tories,* de los que tomaron su nombre, directamente, los tories actuales); pero este movimiento se fue transformando gradualmente en resistencia espontánea de los campesinos, por localidades y provincias, a la penetración de los terratenientes ingleses. Los nombres de *Ribbonmen* (hombres con faja), *White boys* (mozos blancos), *Captain Rock* (capitán Roca), *Captain Moonlight* (capitán Claro de Luna)[88], etc., han cambiado pero la forma de resistencia —fusilamientos no sólo de los odiosos terratenientes y sus agentes (cobradores), sino también de los campesinos que tomaran en arrendamiento una tierra de la que hubiera sido desahuciado otro, boicots, cartas de amenaza, ataques nocturnos con amenazas, etc.— es tan vieja como la moderna propiedad inglesa de la tierra en Irlanda, y data, lo más tarde, de fines del siglo XVII. Esta forma de resistencia no se puede aplastar, la violencia a vale contra ella, no desaparecerá más que con sus causas. Pero, por su naturaleza, es *local, fraccionada,* y jamás se podrá convertir en una forma general de lucha *política.*

Poco después de la Unión (1800)[89] empezó la oposición *liberal nacional de la burguesía urbana,* que, como en todo país agrario con pueblos en decadencia (Dinamarca, por ejemplo), encontró a sus jefes innatos en los *abogados. Éstos,* a su vez. necesitan de los campesinos; hubieron también de inventar consignas que aprobasen los campesinos. Así, O´Connell encontró una consigna de ésas primero en la *emancipación católica,* y luego en la *revocación de la Unión.* Las infamias de los propietarios de la tierra han obligado últimamente a esta orientación a cambiar de rumbo. Mientras que en el dominio *social* la *Liga Agraria*[90] persigue objetivos más revolucionarios (y accesibles en el caso presente), la eliminación total de los terratenientes invasores, *políticamente* se muestra bastante moderada y no reclama más que el *home rule,* es decir, un Parlamento local irlandés que funcione al lado del Parlamento de la Gran Bretaña y subordinado a él, cosa también perfectamente accesible por la vía constitucional. Los propietarios de tierras, asustados, claman ya (los propios tories lo proponen) que se rescaten lo antes posible las tierras de los campesinos para salvar lo que aún se puede salvar. Por otra parte, *Gladstone* declara que es completamente admisible conceder más autonomía a Irlanda.

Entre estas dos corrientes se afirma, después de la guerra de Secesión americana, el *fenianismo.* Los centenares de miles de soldados y oficiales irlande-

ses que participaron en esta guerra, lo hicieron con la segunda intención de preparar un ejército para liberar a Irlanda. Los litigios anglo-norteamericanos que siguieron a la guerra de Secesión fueron el principal móvil de los fenianos. Si hubiera estallado la guerra entre los dos países, Irlanda se hubiera hecho en unos meses miembro de los Estados Unidos o, por lo menos, una república bajo su protectorado, La suma que Inglaterra se comprometió a pagar y pagó de buen grado por el asunto del Alabama[91], en virtud del fallo del tribunal de arbitraje de Ginebra, fue *el precio de la no intervención de los norteamericanos en Irlanda*.

Desde entonces, el mayor peligro estaba descartado. La policía bastaba para ajustar las cuentas a los fenianos. La traición, inevitable en toda conjuración, hizo también lo suyo, pero partió únicamente de los *jefes*, que se convirtieron luego en verdaderos espías y falsos testigos. Los jefes que se fueron a América se dedicaron allí a la revolución de los emigrados y se arruinaron en su mayor parte, como O'Donovan Rossa. A los que han observado la emigración europea de 1849 a 1852, todo eso les parecerá familiar, aunque evidentemente exagerado a la americana.

Es cierto que numerosos fenianos han vuelto ya hoy y han restablecido su vieja organización armada. Constituyen un elemento importante del movimiento e impulsan a los liberales a actuar con más energía. Mas no consiguen otra cosa que asustar a John Bull. En la periferia de su imperio, este último, es verdad, se ha debilitado sensiblemente; pero aquí, junto a su propia casa, aún está en condiciones de aplastar sin dificultad cualquier insurrección irlandesa. Primero, en Irlanda están acantonados 14.000 *constabulary,* o gendarmes armados con fusiles y bayonetas e instruidos en el arte militar. Luego, hay unos 30.000 hombres de tropas de línea, que pueden recibir fácilmente un refuerzo de tropas de línea y milicia inglesa en el misino número. Eso, sin contar la flota. Y en la represión de las insurrecciones John Bull es de una brutalidad sin igual. *A menos que una guerra o un peligro de guerra vengan del exterior, la insurrección irlandesa no tiene la menor oportunidad de éxito; y no* hay *sino dos* potencias capaces de hacerse peligrosas aquí: *Francia* y, más aún, los *Estados Unidos.* Francia está fuera de cuestión. Y en Norteamérica, los partidos coquetean con los electores irlandeses, prometiéndoles mucho y no haciendo nada. No les pasa siquiera por la imaginación meterse en una guerra en aras de Irlanda. Están incluso interesados en que haya en este país condiciones que originen una emigración intensa de irlandeses a Norteamérica. Y se comprende que un país que será en veinte años el más poblado, el más rico y el más poderoso del mundo, no tenga un deseo particular de meterse en aventuras que puedan comprometer su gigantesca evolución interior. Cuando pasen veinte años hablará en un lenguaje totalmente distinto.

Pero, en caso de peligro de guerra con Norteamérica, Inglaterra concederá de buen grado a los irlandeses todo lo que pidan... todo, excepto la independencia completa, que, en razón de su situación geográfica, será de lo más indeseable.

Por eso, a los irlandeses no les queda más que la vía constitucional para ir conquistando una posición tras otra, y para ello el fondo misterioso de la conspiración armada de los fenianos aún puede ofrecer un elemento muy eficaz. Pero los fenianos se van deslizando más y más a una especie de bakuninismo[92]: los asesinatos de Burke y Cavendish[93] no podían tener más que un fin: hacer imposible un compromiso entre la Liga Agraria y Gladstone. Este compromiso hubiera sido para Irlanda la mejor solución en las circunstancias actuales. Los terratenientes desahucian por decenas de miles a los arrendatarios endeudados, y lo hacen a menudo con la fuerza armada. La primera demanda del momento es detener esta despoblación sistemática de Irlanda (los desahuciados mueren de hambre o se ven obligados a emigrar a América). Gladstone está dispuesto a presentar al Parlamento un proyecto de ley, según el cual los atrasos se pagarán de la manera como se redimieron en 1848, en Austria, los tributos feudales: la tercera parte, por los campesinos; la tercera parte, por el Estado, y la otra tercera parte la perdían los terratenientes. Eso es lo que propone la Liga Agraria. A esta luz, la "acción heroica" del Phoenix-Park parece, si no una pura tontería, al menos una *propagande par le fait* (propaganda por la acción) netamente bakuninista, fanfarrona e inútil. Si no ha tenido las mismas consecuencias que las tonterías análogas de *Hoedel* y *Nobiling,* ha sido porque Irlanda, a pesar de todo, aún no está del todo en Prusia. Pues bien, dejemos a los bakuninistas y los revolucionarios vocingleros que pongan esas chiquilladas a la misma altura que la ejecución de Alejandro II[94] y amenacen con una "revolución irlandesa" que no acaba de llegar.

Una observación más a propósito de Irlanda: no elogiéis nunca sin reservas a cualquier "*político''* irlandés ni os declaréis jamás solidarios con él antes de su muerte. La credulidad celta y la explotación habitual de los campesinos (pues sólo a costa de ella viven en Irlanda las clases "instruidas", sobre todo los abogados) hacen a los políticos profesionales irlandeses muy propensos a la corrupción. O'Connell hacía que los campesinos le pagasen por su agitación hasta 30.000 libras esterlinas (600.000 marcos) al año.

Cuando se estableció la Unión que Inglaterra, como se sabe, compró, gastando un millón de libras esterlinas en sobornos, se hizo a un sobornado el reproche: "Usted ha vendido su patria", a lo que él respondió, riendo: "Si, y estuve contentísimo de tener una patria que vender".

Escrito por F. Engels en 1882.
Publicado en el periódico *Der Sozialdemokrat,* núm. 29,

del 13 de julio de 1882.
Traducido del alemán

NOTAS

[88] *Ribbonmen* (de la palabra *ribbon.* faja): participantes del movimiento de los campesinos irlandeses, agrupados en sociedades secretas (los miembros de estas sociedades llevaban como emblema una faja verde), que se desplegó a fines del siglo XVIII en el Norte de Irlanda. El movimiento de los *ribbonmen* fue una forma de resistencia popular a la arbitrariedad de los terratenientes ingleses y al desahucio de los arrendatarios. Los *ribbonmen* asaltaban las haciendas de los terratenientes, organizaban atentados contra ellos y sus administradores más odiosos. No obstante, la actividad que desplegaban tenía un carácter puramente local, ellos no estaban vinculados entre sí y carecían de un programa común de acción.

While boys (mozos blancos): recibieron esta denominación los participantes del movimiento campesino en Irlanda, movimiento que en los años 60 de! siglo XVIII se transformó en una vasta sublevación contra la opresión de los terratenientes ingleses (para que no los conocieran, los miembros de la organización, que actuaban corrientemente de noche, se tiznaban la cara de negro y se ponían blusas blancas). Con el tiempo, el movimiento de los mozos blancos se convirtió en una lucha sistemática contra la arbitrariedad de los terratenientes, que expulsaban violentamente a los arrendatarios de la tierra, contra los recaudadores del diezmo., etc. Sin embargo, la actividad de los mozos blancos no salía de los marcos de acciones de sociedades secretas locales poco ligadas entre ellas. En el siglo XIX las sociedades de los mozos blancos se fundieron en muchos casos en las organizaciones de los *ribbonmen*, mientras que otra parte de organizaciones siguió actuando con la denominación de antes hasta el fin del siglo XIX.

Captain Rock (Capitán Roca): denominación común de los miembros de diversas sociedades campesinas secretas que aparecieron y actuaron en Irlanda desde la segunda mitad del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX contra los opresores ingleses.
Captain Moonligkt (Capitán Claro de Luna): seudónimo con que se firmaban comúnmente las advertencias a los terratenientes y otras personas, advertencias que procedían de la sociedad secreta de los *ribbonmen.*

[89] Se alude a la Unión anglo-irlandesa, que entró en vigor desde el 1 de enero de 1801. La Unión (alianza), impuesta a Irlanda por el Gobierno inglés, luego de haber aplastado la sublevación irlandesa de 1798, destruyó los últi-

mos restos de autonomía de Irlanda y suprimió el Parlamento irlandés. La reivindicación de revocar la Unión *(Repeal of Unión)* fue la consigna más popular en Irlanda a partir de los años 20 del siglo XIX. Pero los liberales burgueses que encabezaban e! movimiento nacional (O'Connell y otros) consideraron la agitación por romper la Unión sólo como medio para arrancar al Gobierno inglés pequeñas concesiones en favor de la burguesía irlandesa. En 1885 O'Connell hizo una transacción con los whigs ingleses y cesó totalmente esa agitación. Mas, presionados por el movimiento de las masas, los liberales irlandeses se vieron obligados a fundar en 1840 la Asociación de los *repealistas*, que procuraron orientar por la senda del compromiso con las clases gobernantes inglesas.

[90] *Liga Agraria* (el nombre completo es: Liga Nocional Agraria Irlandesa): organización de masas fundada en 1879 por el demócrata pequeñoburgués Miguel Davitt. La Liga Agraria, que agrupaba a muchos campesinos y población urbana pobre de Irlanda contaba con el apoyo de los elementos progresistas de la burguesía irlandesa, reflejaba en sus reivindicaciones agrarias la protesta espontánea de las masas populares irlandesas contra la opresión de los terratenientes y el yugo nacional. Sin embargo, entre sus miembros no había unida completa de opiniones, los dirigentes de esta Liga admitían métodos de lucha como el boicot a los terratenientes y representantes de la administración colonial, la agitación de masas contra el pago de las rentas, etc., y, al mismo tiempo, condenaban otras acciones más enérgicas de los campesinos pobres (los asaltos a las haciendas y el castigo de los explotadores terratenientes). Los líderes de la Liga Agraria reivindicaban la nacionalización de la tierra y, al mismo tiempo, estaban dispuestos a conformarse con que los campesinos la rescatasen a los terratenientes. Su posición vacilante e inconsecuente fue aprovechada por los nacionalistas burgueses (Parnell y otros), que aspiraban a reducir la actividad de esta Liga a la lucha por el *home-rule. o* sea, por una autonomía limitada de Irlanda dentro del Imperio británico. La Liga Agraria fue prohibida en 1881, mas prosiguió de hecho su actividad hasta fines de los años 80, en que, a iniciativa de los liberales irlandeses, que concluyeron un compromiso y mantuvieron negociaciones subrepticias con el Gobierno inglés, fue reorganizada en Liga Nacional Irlandesa. La reivindicación fundamental, del programa de esta organización, que dejó de existir en los años 90. fue la lucha por el *home-rule*.

[91] *Asunto del Alabama*: conflicto entre los EE.UU. e Inglaterra, surgido con motivo de la ayuda militar de esta última a los Estados esclavistas del Sur durante la guerra de Secesión de los EE.UU. de 1861 a 1865. Obrando en interés de sus fabricantes textiles y procurando impedir el desarrollo de la industria norteamericana, el Gobierno inglés construyó y armó para los Estados del Sur barcos de guerra que, con sus operaciones, causaron gran daño a los Estados del Norte. Entre esos navíos estaba el barco corsario Alabama, que

hundió unas setenta naves de los Estados del Norte. Terminada la guerra, el Gobierno de los EE.UU. exigió al Gobierno inglés que compensara íntegramente las pérdidas causadas por el Alabama y otros barcos corsarios a los bienes de los ciudadanos norteamericanos. La comisión reunida el 8 de mayo de 1871 en Washington con este motivo decidió pasar el asunto del Alabama al examen del tribunal de arbitraje de Ginebra. En virtud del fallo de este tribunal, emitido el 14 de septiembre de 1872, Inglaterra quedó obligada a pagar a los EE.UU. una suma de 15.500.000 dólares. Inglaterra hizo una concesión, sometiéndose al fallo emitido, con el fin de que los EE.UU. no interviniesen en los asuntos de Irlanda y de lograr que renunciasen a apoyar a los revolucionarios irlandeses.

[92] *Bakuninismo;* tendencia política que recibió su nombre de Mijaíl Bakunin, ideólogo del anarquismo. La tesis fundamental del bakuninismo, es la negación de todo Estado, incluida la dictadura del proletariado. A juicio de los bakuninístas, debía dirigir los motines populares una sociedad revolucionaria secreta constituida por personalidades "insignes". La táctica de las conjuraciones, de los motines inmediatos y del terrorismo es de aventureros y hostil a la doctrina marxista de la revolución social.

[93] Los revolucionarios terroristas irlandeses asesinaron en mayo de 1882, en el Phoenix-Park de Dublin, a Cavendish, Secretario de Estado para los Asuntos de la India, y a su ayudante Burke.

[94] Se alude al asesinato del zar ruso Alejandro II por unos miembros de la organización revolucionaria ilegal *La Voluntad del Pueblo* el 1 de marzo de 1881.

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas).*
Editorial Progreso. Moscú.

CARTA DE FEDERICO ENGELS A EDUARDO BERNSTEIN A ZURICH

Londres, 9 de agosto de 1882

... 4. Me parece que en la cuestión egipcia[101] es usted muy favorable al llamado partido nacional. No sabemos gran cosa de Arabi, pero se puede apostar diez contra uno que es un vulgar bajá que no quiere ceder a los financieros la recaudación de los impuestos, porque él prefiere, según la buena costumbre oriental, embolsárselos él mismo. Su repite la eterna historia de los países campesinos. Desde Irlanda hasta Rusia, desde Asia Menor hasta Egipto, el

campesino de un país campesino existe para que lo exploten. Así ha sido desde los tiempos de los reinos asirio y persa. El sátrapa, alias el bajá, personifica la forma esencial de explotación en Oriente, lo mismo que en nuestros días la personifican el comerciante y el jurista en Occidente. La renuncia a reconocer las deudas del jedive[102] está muy bien, mas ¿qué pasará luego? Nosotros, los socialistas de Europa Occidental, no deberíamos picar tan fácilmente el anzuelo como los felás[103] egipcios o... todos los latinos. ¡Cosa rara! Los revolucionarios latinos se quejan de haber hecho siempre las revoluciones en provecho de otros... por la simple razón de que se dejan deslumbrar siempre por la palabra "revolución". Y aún así, tan pronto como estalla un motín en alguna parte, el mundo revolucionario latino se exalta sin el menor sentido crítico. Creo que podemos tomar perfectamente la defensa de los felás oprimidos, sin compartir sus ilusiones del momento presente (pues un pueblo campesino debe estar engañado durante siglos antes de que se entere por experiencia propia), e intervenir contra las violencias de los ingleses, sin solidarizarnos para ello con sus adversarios militares actuales. En todas las cuestiones de política internacional hay que desconfiar al máximo de los periódicos político-sentimentales de partido franceses e italianos: nosotros, los alemanes, debemos conservar, en este dominio también, la superioridad que nos da en la teoría la manera crítica de examinar las cosas.

NOTAS

[101] Se trata de la lucha de liberación nacional del pueblo egipcio en 1879-1882 contra el robo colonial del país por los capitalistas ingleses *y* franceses, que habían establecido una inspección financiera sobre Egipto. El motivo para que empezara el movimiento fue. la inclusión de representantes de Inglaterra y Francia, como países acreedores, en el Gobierno egipcio (en calidad de ministros), en 1878. Asumieron la dirección de la lucha de liberación nacional representantes de la intelectualidad burguesa y de oficialidad avanzada con el coronel Arabi Bajá al frente, quien lanzó la consigna de "Egipto para los egipcios". Como consecuencia de la sedición de la guarnición de El Cairo, el jedive (virrey) de Egipto se vio obligado en septiembre de 1881 a instaurar la Constitución; en diciembre se abrió en Egipto el Parlamento, en el que desempeñó el papel principal el "Partido Nacional", fundado el mismo año como bloque de los terratenientes liberales y los comerciamos, descontentos de la preponderancia del capital extranjero, con los oficiales e intelectuales de sentimientos patrióticos, que se apoyaban en los campesinos *y* en la pequeña burguesía, El "Partido Nacional" se proponía conquistar la independencia de Egipto y establecer en el país un régimen constitucional. En febrero de 1882 se formó un Gobierno nacional egipcio (Arabi ocupó el puesto de ministro de la Guerra) que empezó a dejar cesantes a los funcionarios extranjeros y proyectó reformas

democráticas. Sin embargo, en el verano de 1882, tras de provocar un conflicto, Inglaterra rompió las hostilidades contra Egipto; a pesar de la valiente resistencia de las tropas egipcias (encabezadas por Arabi) y de las masas populares, los agresores ingleses obtuvieron la victoria. Ocuparon El Cairo en septiembre de 1882 y reprimieron salvajemente a los participantes del movimiento nacional. Egipto se convirtió en colonia inglesa

[102] *Jedive:* título de los gobernantes hereditarios de Egipto de 1866 a 1914.

[103] *Felá:* campesino sedentario en Egipto. Los felás constituían la clase explotada inferior de la población rural egipcia.

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas).*
Editorial Progreso. Moscú.

CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY

12 de septiembre de 1882

... Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general; lo mismo que piensan los burgueses. Aquí no hay partido obrero, no hay más que el partido conservador y el partido liberal-radical, y los obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de ésta en el mercado mundial. A juicio mío, las colonias propiamente dichas, es decir, los países ocupados por una población europea: el Canadá, El Cabo, Australia, se harán todos independientes; por el contrario, los países sometidos nada más, poblados por indígenas, como la India, Argelia y las posesiones holandesas, portuguesas y españolas, tendrán que quedar confiadas provisionalmente al proletariado, que las conducirá lo más rápidamente posible a la independencia. Es difícil decir cómo se desarrollará este proceso. La India quizás haga una revolución, es incluso probable, y, como el proletariado que se emancipa no puede mantener guerras coloniales, habrá que resignarse a ello; eso no sucederá, evidentemente, sin destrucciones, pero son inherentes a toda revolución. Lo mismo puede ocurrir en otros sitios, en Argelia y Egipto, por ejemplo, lo que sería, por cierto, *para nosotros,* lo mejor. Tendremos bastante que hacer en nuestro país. Una vez Europa esté reorganizada, así como América del Norte, eso dará un impulso tan fuerte y será un ejemplo tan grande, que los países semicivilizados seguirán ellos mismos nuestra senda; de ello se ocuparán, por sí solas, las demandas económicas. Las fases sociales y económicas que estos

países tendrán que pasar antes de llegar también a la organización socialista, no pueden, creo yo, ser sino objeto de hipótesis bastante ociosas. Una cosa es segura; el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria. Bien entendido, esto no excluye, en absoluto, las guerras defensivas de diverso género...

CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY A STUTTGART

Londres, 18 de septiembre de 1883

... El artículo sobre la colonización me ha gustado mucho. Lamentablemente, usted expone, sobre todo, datos alemanes, deslucidos, como de costumbre, y faltos de los momentos más vivos de la colonización tropical y de su forma más moderna; me refiero a la colonización en interés de las especulaciones bursátiles, que la Francia de hoy practica manifiesta y francamente en Túnez y Tonkín. Un nuevo ejemplo chocante de la trata de esclavos en los mares del Sur: la tentativa de anexión de Nueva Guinea, etc., por medio de Queensland[104], no tenía otro fin directo. El mismo día en que partió la expedición anexionista para Nueva Guinea, un navío queenslandés, el *Fanny*, navegó en la misma dirección y hacia las islas situadas al Este para capturar *labour* (mano de obra. —*Edit.)*, mas retornó sin *labour*, con heridos a bordo y otras desagradables huellas del combate. El *Daily News* (de primeros de septiembre) habla de ello y remarca en un artículo de fondo que los ingleses apenas podrán reprochar a los franceses semejante conducta en tanto ellos hagan lo mismo...

NOTA

[104] *Queensland:* uno de los Estados de la Unión Australiana que, en 1883, intentó, apoyado por otros Estados, anexarse la isla de Nueva Guinea. El Gobierno inglés incorporó en 1888 a Australia la parte Suroriental de Nueva Guinea (Papuasia) como colonia.

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas)*.
Editorial Progreso. Moscú.

CARTA DE FEDERICO ENGELS A CARLOS KAUTSKY

16 de febrero de 1884

... Debería tomarse alguien el trabajo de desenmascarar el horripilante socialismo de Estado, utilizando el caso de Java, donde está en pleno florecimiento. Todos estos datos se encuentran en el libro del abogado J. W. B. Money *Java o la manera de gobernar una Colonia*, Londres, 1861, 2 volúmenes. Por él se ve cómo los holandeses han organizado, sobre la base del viejo comunismo comunal, la producción dirigida por el Estado, y asegurado a la población una existencia que ellos juzgan perfectamente acomodada. Como resultado, el pueblo se mantiene en un grado de estupidez primitiva, y el Tesoro holandés recibe anualmente 70.000.000 de marcos (hoy, sin duda, más). El caso es muy interesante, y se pueden sacar con facilidad enseñanzas prácticas. Eso prueba, entre otras cosas, que el comunismo primitivo en Java, como en la India y en Rusia, ofrece actualmente una excelentísima y vastísima base a la explotación y el despotismo (mientras no lo sacuda el elemento comunista moderno). Es un anacronismo (que se debe eliminar o desarrollar) en el seno de la sociedad moderna como la marka, comunidad independiente de los viejos cantones...

En C. Marx y F. Engels. *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas)*.
Editorial Progreso. Moscú.

OTRAS CARTAS

10. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 23 de mayo de 1851

Cuanto más pienso sobre el asunto, tanto más claramente se me aparece que los polacos como nación están acabados y sólo pueden ser empleados como instrumentos hasta que la propia Rusia sea arrastrada a la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia no tendrá en absoluto razón de existir. Los polacos nunca han hecho en la historia otra cosa que jugar a la estupidez fanfarrona y camorrera. Y no se puede señalar un solo ejemplo de que Polonia haya representado exitosamente el progreso, siquiera en relación con Rusia, y que haya hecho cosa alguna de importancia histórica. En cambio, Rusia es realmente progresista en relación con el Oriente. A pesar de su bajeza y de la roña eslava, la dominación rusa es un elemento civilizador en el Mar Negro, en el Caspio y en Asia Central y entre los bashkires y tártaros, y Rusia

ha absorbido muchos más elementos civilizadores, y especialmente industriales, que los polacos, cuya naturaleza entera es la del ocioso caballero. El sólo hecho de que la aristocracia rusa —desde el Zar y el Príncipe Demidov hasta el más piojoso boyardo de la clase decimocuarta, que sólo es *blahorodno* (bien nacido)—, fabrica, trafica, entrampa, se permite ser corrupta y hacer toda clase posible de negocios, cristianos o judíos, es ya una ventaja. Polonia nunca ha sido capaz de nacionalizar elementos extranjeros. Los alemanes de las ciudades son y siguen siendo alemanes. Todo germano-ruso de la segunda generación es un ejemplo viviente de la facultad rusa de rusificar alemanes y judíos. Incluso los judíos adquieren ahí pómulos eslavos.

Las guerras napoleónicas de 1807 y 1812 ofrecen notables ejemplos de la "inmortalidad" de Polonia. Lo único inmortal de Polonia fue su hábito de recoger camorras infundadas. A esto se agrega que la mayor parte de Polonia, la llamada Rusia Blanca —es decir, Byelostok, Grodno, Vilna, Smolensk, Minsk, Moghilev, Volhynia y Podolia— se han dejado gobernar por los rusos; tranquilamente, con pocas excepciones, desde 1772; a excepción de unos pocos ciudadanos y nobles aquí y allá, nunca se han agitado. Una cuarta parte de Polonia habla el lituano, otra cuarta parte el ruteno y una pequeña parte semirruso, mientras que de la zona polaca propiamente dicha, una tercera parte está germanizada.

Afortunadamente, en la *Neue Rheinische Zeitung*, nunca contrajimos ninguna obligación positiva para los polacos, excepto la inevitable de su restauración con fronteras adecuadas; y aun esto sólo a condición de una revolución agraria. Estoy seguro de que esta revolución se llevará completamente a cabo antes en Rusia que en Polonia, debido al carácter nacional y a que los elementos burgueses están más desarrollados en Rusia. ¿Qué son Varsovia y Cracovia comparadas con Petersburgo, Moscú, Odesa, etcétera?

Conclusión: quitar todo lo posible de la Polonia occidental, ocupar con alemanes sus fortalezas, especialmente Posen, so pretexto de la defensa, dejarlos que se hagan un lío, conducirlos al fuego, comerles su país, alimentarlos con esperanzas acerca de Riga y Odesa, y, si puede lograrse que se muevan los rusos, contraer con ellos una alianza y obligar a los polacos a irse. Cada pulgada del límite desde Memel a Cracovia que se les conceda a los polacos, arruina por completo a esta frontera ya miserablemente débil desde el punto de vista militar, y expone toda la costa báltica hasta Stettin.

Más aún: estoy convencido de que cuando ocurra la próxima pendencia, toda la insurrección polaca se limitará a los nobles de Posen y Galitzia con unos pocos adherentes del reino, pues el país está tan espantosamente exhausto que no puede hacer nada más; y las pretensiones de esos caballeros, a menos que sean apoyadas por franceses, escandinavos, etc., y fortalecidas por una

trifulca en Checoslovaquia, se desplomarán a consecuencia de su miserable ejecución. Una nación que a lo sumo puede poner en pie de guerra veinte a treinta mil hombres, no cuenta. Y Polonia no puede ciertamente hacer mucho más que eso.

14. DE MARX A WEYDEMEYER

[Londres], 11 de setiembre de 1851

Considero que la política de Mazzini es fundamentalmente errónea. Al incitar a Italia al rompimiento de relaciones, trabaja enteramente en favor de Austria. Por otra parte, no apela a ese sector de Italia que ha sido oprimido durante siglos, los campesinos, y prepara así nuevas fuentes contrarrevolucionarias. El señor Mazzini sólo conoce las ciudades con su aristocracia liberal y sus ciudadanos cultos. Las necesidades materiales de la población agrícola de Italia —que como irlandesa es exprimida hasta la última gota y agotada y embrutecida sistemáticamente— son naturalmente demasiado bajas para las palabras celestiales de su manifiesto cosmopolita-neocatólico-ideológico. Pero es verdad que habría requerido cierto valor informar a la burguesía y a la aristocracia que el primer paso hacia la independencia de Italia es la completa emancipación de los campesinos y la transformación de su sistema semiarrendatario en la libre propiedad burguesa. Mazzini parece creer que es más revolucionario conseguir un empréstito de diez millones de francos que ganar a diez millones de hombres. Mucho me temo que en caso de extrema necesidad el propio gobierno austríaco altere el sistema de la propiedad en Italia y lo reforme a la manera "galitziana"...[*]

En aquella época Italia se hallaba todavía en el período de la manufactura, y la gran industria estaba sólo en sus comienzos. La clase obrera estaba aún lejos de haber sido completamente expropiada y proletarizada. Los obreros urbanos todavía poseían sus propios instrumentos de trabajo. En el campo, los pequeños campesinos y granjeros ejercían simultáneamente la agricultura y la industria. El proletariado todavía no había tomado conciencia de sí mismo como clase independiente, y la energía revolucionaria de la burguesía continuaba inalterada. La división de Italia fue provocada únicamente por la dominación extranjera de Austria, bajo cuya protección ricos príncipes llevaron al país al borde de la ruina. Incluso la aristocracia estaba a favor de la unidad y la independencia nacional. La unificación de Italia fue realizada de manera revolucionaria (el desembarco de Garibaldi en Sicilia). La Casa de Saboya supo hacer Liso de la revolución y en 1861 recibió la Corona de Italia.

_____
[*] Cf. próxima carta.

WEYDEMEYER, JOSEPH (muerto en 1866). Oficial prusiano de artillería. Escritor. Al principio apoyó al "verdadero socialismo", y en 1845-1846 se hizo partidario de Marx y Engels. Visitó a Marx en Bruselas, quedándose allí durante un tiempo y asistiendo a las conferencias de Marx: Allí también copió con claridad gran parte del manuscrito de la *Deutsche Ideologie* (*Ideología Alemana*). Colaboró en periódicos socialistas: el *Westphälisches Dampfboot* (*El Vapor Wesfaliano*) y la *Neue Rheinische Zeitung*. En 1851 emigró de Alemania a Norteamérica, trabajando ahí como periodista. Tomó parte en la guerra contra los esclavistas del Sur, como coronel de un regimiento del ejército del Norte.

MAZZINI, GIUSEPPE (1805-1872). Político burgués italiano que desempeñó un papel rector en el movimiento revolucionario burgués (especialmente en la intelectualidad urbana y la aristocracia liberal). Vivió en el extranjero coma refugiado. En 1831-1832 fundó la "Joven Italia", organización revolucionaria que tenía por objetivo la unificación de Italia, todavía dividida en aquella época en muchos estados diferentes. Tomó parte en las luchas revolucionarias italianas del año 1848. Después de esto fue nuevamente un émigré en el extranjero (en Londres), fundando ahí el Comité Democrático Europeo, cuya finalidad era unir al movimiento revolucionario burgués de los diferentes países. Su programa republicano reclamaba la independencia y la unidad de Italia y una república democrática; su lema era Dio e Popolo (Dios y el Pueblo). Marx criticó el carácter inconsistente y antiproletario del programa de Mazzini, librando una enérgica lucha contra él y su Comité. (Ver las cartas que siguen y las 20 y 71.)

---

§ Marx y Engels concedían gran importancia a la lucha revolucionaria de los campesinos y ponían gran atención al problema campesino. En su libro *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) Marx señaló que, con el desarrollo de las condiciones capitalistas, los intereses de los campesinos dejan de armonizar con los de la burguesía, con los del capital, entrando en oposición con ellos. Entonces los campesinos hallan su aliado natural y su líder en el proletariado urbano, cuya misión es el derrocamiento del orden social burgués. (Cap. VII.) Véanse también las cartas de Engels a Turati y a Sorge, Nos. 230 y 231 de este volumen.

17. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 3 de diciembre de 1851

Representants de la France, délibérez en paix!
["¡Representantes de Francia, deliberad en paz!"]

¿Y dónde podrían deliberar más pacíficamente los caballeros que en las barracas de Osray, custodiados por un batallón de *Chasseurs de Vincennes*?[*]

La historia de Francia ha llegado a la etapa de la más completa comedia. ¿Podría imaginarse algo más cómico que esta parodia del Dieciocho de Brumario, llevada a cabo en una época de paz por el hombre más insignificante del mundo entero, con ayuda de soldados descontentos y, hasta dónde pueda juzgarse por el momento, sin encontrar resistencia alguna?[**]

¡Y cuán espléndidamente han sido atrapados todos los viejos asnos! El zorro más astuto de toda Francia, el viejo Thiers, el abogado más elegante del foro, M. Dupin, atrapados con tanta facilidad como la rígida virtud republicana de M. Cavaignac y el heroico charlatán Changarnier, en la celada que les tendió el estúpido más notorio del siglo. Y para completar el cuadro, un parlamento a la defensiva con Odilón Barrot como

Löwe von Calbe, y este mismo Odilón reclamando que se le ponga preso por tal violación de la Constitución, pero incapaz de huir a Vincennes. Toda la historia ha sido especialmente inventada para el lobo rojo; de ahora en adelante sólo él puede escribir la historia de Francia ¿Ha habido jamás un *coup d'état* con proclamas más idiotas que las de este? Y el absurdo aparato napoleónico, los aniversarios de la coronación y de Auterlitz, la provocación en contra de la constitución consular y así siguiendo; que algo así haya podido salir adelante por un día, degrada realmente a nuestros señores franceses a un nivel infantil nunca igualado.

La captura de los grandes abanderados del orden[***] fue espléndida, excelentes las del pequeño Thiers y las del audaz Changarnier. También espléndida fue la sesión del puerco parlamento en el décimo *arrondissement* (circunscripción), como M. Berryer gritando desde la ventana "¡Viva la República!", hasta que todos terminaron por ser prendidos y encerrados con soldados en un patio de cuartel. Y luego el estúpido Napoleón, que se apresta de inmediato a mudarse a las Tullerías. Ni empeñándose durante todo Un año se podría inventar comedia mejor.

_____

[*] Esta carta fue escrita al día siguiente que Louis Bonaparte presidente de la República Francesa desde diciembre de 1848 hubo llevado a cabo su *coup d'état*, disolviendo la Asamblea Nacional y el Consejo de Estado. Louis Bonaparte fue proclamado emperador (Napoleón III) en diciembre de 1852. (*N. Ed. Ingl.*)

[**] Dieciocho de Brumario (9 de noviembre de 1799). El día en que el emperador Napoleón derrocó al Directorio y asumió el poder supremo como Primer Cónsul. Fue proclamado emperador en 1804.

[***] El Partido del Orden fue la coalición realista de terratenientes financistas y grandes industriales mediante el cual había gobernado Louis Bonaparte después de ser nombrado presidente en 1848. (*N. Ed. ingl.*)

Y por la noche, cuando el estúpido Napoleón se hubo acostado por fin en la tan anhelada cama de las Tullerías, el muy estúpido tiene que haber empezado a maravillarse de lo que le había tocado. ¿El Consulado sin el Primer Cónsul? Dificultades internas no mayores que las corrientes en los últimos tres años, ninguna angustia financiera excepcional —aún en su propia bolsa— sin coalición en las fronteras, sin tener que ganar Marengo. Es realmente suficiente para desesperarlo a uno. Y ahora ni siquiera una Asamblea Nacional que lleve al fracaso los grandes proyectos del hombre incomprendido; no, porque ahora sea como fuere, el asno es tan libre, tan sin ataduras, tan absolutamente idéntico al viejo [Napoleón I] en la noche del Dieciocho de Brumario, tan totalmente sin restricciones, que no puede dejar de exponer su asnal yo en todas las direcciones. ¡Espantosa perspectiva de no resistencia!

Pero ¿y el pueblo? Al pueblo no le interesa un comino todo este negocio, está tan contento como un chico con su regalo del sufragio universal, y también como un niño lo utilizará probablemente. ¿Qué puede venir de las ridículas elecciones del domingo, si es que llegan a realizarse? Sin prensa, sin reuniones, con ley marcial en abundancia, y encime de todo esto la orden de proveer un diputado en catorce días.

Pero ¿qué resultará de todo el asunto? "Si lo consideramos desde el punto de vista de la historia universal", se presenta un espléndido tema para la declamación. Por ejemplo, queda por ver si son posibles los regimientos pretorianos del Imperio Romano —que presuponían un Estado ampliamente extendido y totalmente organizado según el molde militar, una Italia despoblada y la ausencia de un proletariado moderno—, en un país geográficamente concentrado, densamente poblado y con un gran proletariado industrial como es Francia. Ahora bien: Louis Napoleón no tiene partido propio; ha pasado por encima de los orleanistas y legitimistas, y ahora tiene que dar un viraje hacia la izquierda. Un viraje hacia la izquierda implica una amnistía, una amnistía implica un conflicto, etc. O bien: el sufragio universal es la base del poder de Louis Napoleón quien no puede atacarla, y el sufragio universal es ahora incompatible con un Louis Napoleón. Y otros temas especulativos similares que podrían barajarse espléndidamente. Pero después de lo que vimos ayer, no se puede confiar en el pueblo para nada, y parece realmente como si el viejo Hegel estuviese actuando en su tumba como Espíritu Universal y dirigiendo la historia, ordenando muy concienzudamente que todo deberá desarrollarse dos veces, una vez como gran tragedia y la otra como una vil farsa, con Caussidiére en lugar de Dantón, Louis Blanc en lugar de Robespierre, Barthélemy en lugar de Saint Just, Flocon en lugar de Carnot, y el bobo [Louis Napoleón] con la primera docena de tenientes entrampados que tuvo a mano, en lugar del Pequeño Caporal [Napoleón I] y su Tabla Redonda de mariscales. Y así ya debiéramos haber llegado al Dieciocho de Brumario.

El comportamiento del pueblo de París fue infantilmente estúpido. No es cosa nuestra: si el presidente y la Asamblea se matan entre sí, ¿qué nos interesa a nosotros? Pero que el ejército se encargue de darle a Francia un gobierno —y de yapa un gobierno como este— esto sí les concierne, y el populacho empezará a preguntarse qué clase de sufragio universal "libre" es este que ha de ejercer ahora "por primera vez desde 1804". Hasta dónde conducirá esta farsa el Espíritu Universal, que naturalmente está muy ocupado con la humanidad y si veremos pasar por nuestra vista el Consulado, el Imperio, la Restauración, etc., en el curso de un año, y si también la dinastía napoleónica habrá de recibir una paliza en las calles de París antes de que las cosas se vuelvan imposibles en Francia, sólo el diablo lo sabe. Pero tengo la impresión que el asunto tomará un rumbo notablemente alocado y que los Crapauds[*] se encontrarán con una maravillosa humillación.

Concediendo incluso que Louis Napoleón se consolide por el momento, un absurdo como este no puede durar mucho aun cuando los franceses han descendido a las más bajas profundidades posibles. Pero ¿y después? Hay muy poco Rojo en el horizonte, esto es evidente, y si M. Blanc y Ledru-Rollin hicieron sus valijas ayer por la noche[**] lo único que pueden hacer es desempacar hoy. La atronadora voz del pueblo todavía no los ha llamado.

---

§ Esta carta da una estimación extraordinariamente clara y correcta del *coup d'état* de Louis Bonaparte, del 2 de diciembre de 1851, la que fue confirmada por acontecimientos posteriores. En una carta escrita a Marx el 26 de abril de 1853, Engels daba la siguiente descripción de las consecuencias económicas del *coup d'état* de Napoleón:

> ...En Francia, el comercio parece marchar ya cuesta abajo. Hay una declinación especialmente notable en las importaciones directas de algodón norteamericano. Las exportaciones de Norteamérica, del 1° de setiembre al 6 de abril de cada año, son las siguientes:
>
> | | 1853 | 1852 | 1851 | 1850 |
> |---|---|---|---|---|
> | A Inglaterra | 1 1000 000 | 930 000 | 757 000 | 592 000 |
> | A Francia | 257 000 | 302 000 | 246 000 | 192 000 |
> | A otros países | 204 000 | 189 000 | 163 000 | 105 000 |
>
> De modo que Francia es el *único* país que, a pesar de la enorme cosecha norteamericana, ha comprado menos que el año pasado y apenas más que el año de la depresión política, el de 1851, en que el orden y

---

[*] Crapauds. Literalmente, sapos. Apodo arrabalero de la burguesía francesa empleado por Marx y Engels.

[**] A fin de volver a Francia desde Londres, donde vivían como refugiados políticos.

> la sociedad estuvieron a punto de caer en el abismo del socialismo. En 1852, las importaciones muestran el temporario efecto mágico del *coup d'état*; pero 1853 muestra lo contrario. Algo se envió siempre de Liverpool al Havre, pero nunca tanto como antes. Tampoco en otros aspectos parece ser precisamente floreciente la industria francesa. Esta vez la cosa parece ser realmente seria, y debida particularmente al hecho de que las mercancías francesas están siendo suplantadas, en los mercados extranjeros, por manufacturas nacionales. La enorme expulsión de obreros entre 1851 y 1852 está comenzando a dar sus frutos; estoy convencido de que ha contribuido muy especialmente a la extensión y al progreso de la manufactura inglesa y norteamericana de mercancías, bronces, etc., parisienses. Actualmente, la ley y el orden siguen expulsando al proletariado a través de las fronteras con impunidad, si bien mil veces menos que antes. Incluso en las épocas de paz más perfecta, este método de gobernar por medio de la continua explotación de la conspiración, con su destierro perpetuamente renovado de proletarios, mandaría al diablo a la industria francesa; ¡los ingleses y los yanquis saben, por cierto, cómo sacar ventaja del lado útil de esto!

El colapso de 1870 fue el resultado inmediato de los acontecimientos de los años 1850-1851. Estimando la situación política resultante del *coup d'état*, escribía Engels el 11 de diciembre de 1851 que

> "...no puede negarse que, durante un proceso revolucionario, el partido revolucionario empieza a dejar pasar acontecimientos decisivos, sin decir una palabra, o, si interviene sin lograr la victoria, ese partido puede ser considerado, casi seguramente, como habiéndose reducido a pedazos por un tiempo. Obsérvense las insurrecciones que siguieron al *Thermidor*[*] y a 1830; y los caballeros que ahora están proclamando tan alto que 'el verdadero pueblo sólo espera su oportunidad', están en peligro de desembarcar gradualmente en el mismo bote que los impotentes jacobinos de 1795-1799 y los republicanos de 1831-1839, a la vez que se desacreditan grandemente".

Más tarde, en sus notas sobre *La dialéctica de la naturaleza y las ciencias naturales*, de 1873-1876, escribía Engels respecto a los acontecimientos de 1848 y 1851:

> En la historia, es en todas las épocas críticas de las naciones dirigentes

_____

[*] Uno de los meses del calendario de la Revolución Francesa. El 9 de Thermidor (27 de julio) de 1794 fue derrocada la dictadura de la pequeña burguesía (jacobinos) por la contrarrevolución burguesa. (Ver carta 198 de este volumen.)

que se manifiesta claramente ese movimiento a través de contradicciones. En tales momentos, una nación sólo puede elegir entre las dos puntas de un dilema: ¡O esto o lo otro! Y ciertamente que el problema se formula siempre en una forma totalmente distinta de la deseada por los aficionados a la política que se encuentran entre los filisteos de todo período. Incluso el filisteo alemán de 1848 se encontró súbita e inesperadamente y contra su voluntad, enfrentando al problema de la vuelta a la vieja reacción en una forma más aguda, o a la marcha de la revolución hacia una república, incluso, tal vez, a la república única e indivisible de fundamento socialista. No se paró mucho rato a pensar y ayudó a crear la reacción de Manteuffel como fruto del liberalismo alemán. Exactamente de la misma manera, el burgués francés de 1851 se halló frente a un dilema que ciertamente nunca había esperado: caricatura de imperio, poder pretoriano, y Francia explotada por una gavilla de pillastres, o una república socialdemócrata. Y se postró ante la banda de pillos a fin de poder continuar bajo su protección la explotación de los obreros. (*Marx-Engels Archiv*, Bd. II, s. 190.)

Para la base social del bonapartismo, véase Marx, *El Dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, y Engels, *El problema de la vivienda*.

THIERS, LOUIS ADOLPHE (1797-1877). Historiador, político burgués y hombre de negocios francés. De 1832 en adelante, ministro del gobierno de Louis Felipe. En 1871, cabeza del Gobierno de Versailles, carnicero de la Comuna de París. Hasta el 24 de mayo de 1873, presidente de la Tercera República. En la obra de Marx *Las guerras civiles en Francia*, es caracterizado como "la completa expresión intelectual de la corrupción de clase de la burguesía francesa", "maestro de la minúscula pillería de gobierno, virtuoso del perjurio y la traición", "consecuente únicamente en su codicia de riquezas y en su odio a quienes las producen".

DUPIN, ANDRÉ MARIE J. J. (1783-1865). Abogado y hombre de negocios. En 1830, Louis Philippe le hizo Fiscal del Estado en la Corte de Apelaciones. Fue opositor de Thiers, no por principio sino por rivalidad. Durante ocho años, desde 1832, presidió la Cámara de Diputados. El 24 de febrero de 1848, habiendo servido lealmente a Louis Philippe, reconoció la República, declarando que ya hacía mucho tiempo que la administración de, la justicia había sido conducida en nombre del pueblo francés. Pero en 1851 fue uno de los primeros en apoyar a Bonaparte, al ver que el éxito de este estaba asegurado. Después del *coup d'état* del 2 de diciembre, retuvo su cargo de Fiscal del Estado.

CAVAIGNAC, LOUIS EUGÉNE (1802-1857). General democrático-burgués. Verdugo del proletariado parisino en 1848. Hizo su carrera militar en

África (fue gobernador de la colonia francesa de Argelia). En 1848 fue Ministro de Guerra del Gobierno Provisional. En las jornadas de junio de 1848 organizó la brutal represión del levantamiento de los obreros de París, en que por primera vez se empleó la artillería en la lucha callejera. En las elecciones presidenciales se opuso sin éxito a Louis Bonaparte.

CHANGARNIER, NICOLÁS (1793-1877). General francés, Gobernador General de Paris después de la revolución de febrero de 1848, y luego miembro de la Asamblea Nacional. Por ser orleanista, Napoleón lo depuso en 1851 de su cargo de Comandante en Jefe de la Guardia Nacional y de la división militar de París.

BARROT, ODILÓN (1791-1873). Abogado y político burgués. Hecho premier —a la cabeza del "partido del orden"— durante el primer año de la presidencia de Louis Bonaparte (1848).

LÖWE VON KALBE (1814-1866). Médico. En 1848 fue electo miembro del Parlamento de Frankfurt, en el cual perteneció a la izquierda. En 1849 fue electo vicepresidente. Cuando el "parlamento del trasero" de izquierda se trasladó a Stuttgart, fue electo su presidente. Después de la revolución emigró.

WOLFF, FERDINAND. "Lobo Rojo". Apodado "Rojo" por su barba roja y sus opiniones avanzadas. Revolucionario amigo de Marx, miembro del cuerpo editorial de la *Neue Rheinische Zeitung*. Emigró y vivió en Inglaterra. El año en que moría Marx, Wolff era director de un establecimiento educacional.

19. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 24 de setiembre de 1852

Los *crapauds* están acomodándose. Con la prosperidad momentánea y las perspectivas gloriosas de un imperio, los obreros parecen haber terminado por aburguesarse del todo. Se necesitará el severo castigo de una crisis para que pronto vuelvan a servir para algo. Si la próxima crisis es moderada, Bonaparte puede ser capaz de vadearla. Pero parece que va a ser endiabladamente seria. Ninguna crisis es peor que aquella en que se desarrolla lentamente la sobreespeculación en producción, porque requiere tantos años para desenvolver sus resultados como meses requiere una crisis comercial de productos, existencias y acciones. Y con el viejo Wellington ha sido enterrado no sólo el sentido común de la vieja Inglaterra, sino la propia vieja Inglaterra en la persona de su único representante viviente. Lo que queda son personajes deportistas como

Derby y estafadores judíos como Disraeli, caricaturas de los viejos tories, del mismo modo que Monsieur Bonaparte lo es de su tío.

---

§ WELLINGTON, DUQUE DE (1769-1852). Peleó en la India entre 1796 y 1805, primero en Mysore y después en la guerra de Mahratta. Mandó las fuerzas que derrotaron a los ejércitos de Napoleón en España y Portugal de 1808 a 1814. Comandó las fuerzas aliadas en Waterloo (1815), en que fue derrotado el ejército de Napoleón. Primer Ministro de 1828 a 1830. Se opuso a la *Reform Bill* (sufragio universal) pero abandonó la oposición al ver que era inútil. Se opuso a la abolición de los castigos en el ejército. Organizó las fuerzas militares contra las grandes manifestaciones cartistas de abril de 1848. (*N. Ed. Ingl.*)

Acerca de Wellington había escrito Engels en una carta a Marx del 11 de abril de 1851:

> También estoy empezando a comprender gradualmente a Wellington. Un inglés voluntarioso, duro, obstinado, con todo el buen sentido y la ingeniosidad de su nación; lento en sus deliberaciones, cauto; nunca, a pesar de la suerte más colosal, descansa en un azar feliz; sería un genio si el sentido común no fuese incapaz de encumbrarse a la genialidad. Todo lo que hace es un modelo y nada una obra maestra. Un general como él podría haber sido creado para el ejército inglés, en que cada soldado, cada subteniente, es un pequeño Wellington en su esfera.

21. DE ENGELS A MARX

[Manchester, cerca del 18 de mayo de 1853]

Ayer leí el libro sobre inscripciones árabes de que te hablé. La materia no carece de interés aunque el clérigo y apologista de la Biblia lo espía todo de una manera repugnante. Su mayor triunfo es que puede demostrar unos pocos disparates cometidos por Gibbon en geografía antigua y concluir de esto que también ha de rechazarse la teología de Gibbon. La cosa se llama *The Historical Geography of Arabia* (*Geografía Histórica de Arabia*), por el Reverendo Charles Forster. Lo mejor que se puede sacar del libro es esto:

1) La pretendida genealogía de Noé, Abraham, etc., dada en el Génesis, es una enumeración bastante exacta de las tribus beduinas entonces existentes, de acuerdo al mayor o menor grado de parentesco entre sus dialectos, etc. Es bien sabido que las tribus beduinas de hoy día se llaman siempre Beni Saled, Beni

Jussuf, etc., es decir, hijos de tal y cual. Esta nomenclatura, que proviene de la antigua forma patriarcal de existencia, resulta finalmente en esa especie de genealogía. La enumeración del Génesis está más o menos confirmada por los antiguos geógrafos, al tiempo que viajeros más modernos demuestran que los viejos nombres siguen existiendo en su mayoría en un dialecto alterado. Pero, todo esto revela el hecho de que los propios judíos no son sino una pequeña tribu beduina igual que el resto (puesta en oposición a los demás beduinos por condiciones locales, agricultura, etcétera).

2) Respecto de la gran invasión árabe de que hablamos antes: los beduinos, del mismo modo que los mongoles, efectuaron invasiones periódicas; los Imperios asirio y babilónico fueron fundados por tribus beduinas en el mismo lugar en que después estuvo el Califato de Bagdad. Los fundadores del Imperio babilonico, los caldeos, todavía existen en el mismo distrito y con el mismo nombre: Beni Chaled. La rápida fundación de grandes ciudades, Ninive y Babilonia, tuvo lugar exactamente del mismo modo que la creación, hace apenas 300 años, de ciudades igualmente gigantescas —Agra. Delhi, Labore, Multan— en la India oriental, a consecuencia de las invasiones afganas o tártaras. Esto le quita a la invasión mahometana mucho de su carácter peculiar.

3) Allí donde se establecieron, en el sudoeste, los árabes parecen haber sido un pueblo tan civilizado como los egipcios, los asirios, etc.; lo prueban sus construcciones. Esto explica también mucho de la invasión mahometana. En lo que se refiere al engaño religioso, parece, por las antiguas inscripciones del sud —en que aún predomina la vieja tradición nacional árabe del monoteísmo (del mismo modo que entre los indios americanos) y de la cual la tradición hebrea es sólo una *pequeña parte*— que la revolución religiosa de Mahoma, como todo movimiento religioso, fue *formalmente una reacción*, un presunto retorno a lo antiguo, a lo sencillo.

Ahora se me aparece con perfecta claridad que las llamadas sagradas escrituras de los judíos no son otra cosa que el registro de las antiguas tradiciones religiosas y tribales de los árabes, modificadas por la primitiva separación de los judíos de sus vecinos tribalmente emparentados, pero nómadas. La circunstancia de que del lado árabe Palestina está rodeada únicamente por el desierto, por las tierras beduinas, explica el desarrollo aislado. Pero las antiguas inscripciones y tradiciones árabes y el Corán, a lo que se añade la facilidad con que ahora pueden desenmarañarse todas las genealogías, etc., prueban que el contenido fundamental fue árabe o más bien semítico en general (en la misma relación que nuestras leyendas heroicas germánicas guardan con los eddas).

23. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 6 de junio de [1853]

La ausencia de propiedad de la tierra es ciertamente la clave para la comprensión de todo el Oriente. Aquí reside su historia política y religiosa. Pero ¿por qué es que los orientales no llegan a la propiedad territorial, ni siquiera en su forma feudal? Creo que esto se debe principalmente al clima, junto con la naturaleza del suelo, especialmente con las grandes extensiones del desierto que parte de Sahara y cruza Arabia, Persia, India y Tartaria, llegando hasta la más elevada meseta asiática. El riego artificial es aquí la condición primera de la agricultura, y esto es cosa de las comunas, de las provincias o del gobierno central. Y un gobierno oriental nunca tuvo más de tres departamentos: finanzas (pillaje interno), guerra (pillaje interno y en el exterior) y obras públicas (cuidado de la reproducción). El gobierno británico en la India ha administrado los puntos primero y segundo de una manera bastante más formal, abandonando por entero el tercer punto, y la agricultura hindú está siendo arruinada. La libre competencia se desacredita ahí por completo. Esta fertilización artificial de la tierra, que cesó inmediatamente al caer en decadencia el sistema de riego, explica el hecho, por otra parte curioso, de que extensiones enteras otrora brillantemente cultivadas, sean ahora desoladas y desnudas (Palmira, Petra, las ruinas de Yemen, distritos de Egipto, Persia e Indostán); explica el hecho de que una sola guerra devastadora podría despoblar por siglos un país despojándolo de toda su civilización. Creo que también aquí encuadra la destrucción del comercio de Arabia del Sur antes de Mahoma, que tú consideras con mucha razón como uno de los principales factores de la revolución mahometana. No conozco suficientemente la historia del comercio de los seis primeros siglos después de Cristo para juzgar en qué medida las condiciones materiales generales del mundo hicieron que las rutas comerciales a través de Persia hacia el Mar Negro, y a través del Golfo Pérsico hacia Siria y el Asia Menor, fuesen preferidas a la ruta del Mar Rojo. Pero en todo caso, la relativa seguridad de las caravanas en el ordenado Imperio Persa de los Sasánidas tuvo considerable efecto, en tanto que entre los años 200 y 600, el Yemen estuvo casi continuamente subyugado, invadido y saqueado por los abisinios. Las ciudades de Arabia del Sur todavía florecientes en tiempo de los romanos, estaban desiertas y totalmente en ruinas, en el siglo séptimo; en el espacio de quinientos años, los beduinos vecinos habían adoptado tradiciones puramente míticas, fabulosas, acerca de su origen (ver el Corán y el historiador árabe Novaïri), y el alfabeto en que están escritas las inscripciones de esta parte era casi totalmente desconocido, *aun cuando no había otro*, de manera que incluso la *escritura* había caído en el olvido. Cosas de este tipo implican, además de un "desalojo" causado por alguna clase de condiciones generales del comercio, alguna destrucción absolutamente directa y violenta que sólo puede explicarse por la

invasión etíope. La expulsión de los abisinios tuvo lugar unos cuarenta años antes de Mahoma y fue, evidentemente, el primer acto del despertar de la conciencia nacional árabe, el que también fue estimulado por las invasiones persas del Norte, que llegaron casi hasta la Meca. Recién empezaré la historia del propio Mahoma en los próximos días; sin embargo, hasta ahora el movimiento me parece haber tenido el carácter de una reacción beduina contra los arraigados, pero degenerados *fellahs* [agricultores] de las poblaciones, que en aquella época se habían tornado también muy decadentes en su religión, mezclando un corrupto culto de la naturaleza con formas corruptas del judaísmo y del cristianismo.

Las cosas del viejo Bernier son realmente muy lindas. Produce verdadero deleite leer una vez más algo de un viejo francés sobrio e inteligente que pone constantemente el dedo en la llaga sin aparentar notarlo...

30. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 14 de abril de 1856

Ahora empieza la última fase de la estafa: Rusia está importando capital y especulación, y con tales distancias y ferrocarriles de centenares de millas de largo, la estafa se desenvolverá indudablemente tan bien que en corto tiempo le quebrará la nuca. Cuando oigamos de la Gran Línea Troncal de Irkutsk, con ramales a Pekín, etc., entonces llegará el momento de hacer nuestro equipaje. Esta vez el krach superará a todo lo antes conocido; todos los factores están presentes: intensidad, extensión universal, enredo de todos los elementos sociales pudientes y dirigentes. Lo más gracioso de todo esto son los caballeros ingleses, que se nutren de la creencia de que con el comercio "sano" que aquí existe no puede ocurrir nada por el estilo. Está suficientemente claro que en la producción industrial no puede llevarse a cabo estafa grande alguna, siendo bien sabido que por una pequeña inversión de capital en la producción directa pueden ser abarrotados todos los mercados en el término de un año, y especialmente por cuanto existe una demanda tan colosal de inversión de capital en medios de comunicación. Pero también la producción industrial está aumentando considerablemente más allá de sus proporciones normales, debido a la estafa de las comunicaciones, apenas más lentamente que en 1833-1836 y 1842-1845, por ejemplo. Este año los precios del algodón están subiendo rápidamente en vista de una cosecha sin precedente de 3 500 000 balas, que ahora no parece mayor que lo que hubieran parecido, por ejemplo, 2 500 000 en 1850. A esto hay que agregar que el continente [Europa continental] está importando este año casi tres veces más en comparación con Inglaterra, que hace

cinco años, como lo muestra la siguiente tabla de exportaciones de Norteamérica del 1° de setiembre al 1° de abril de cada año:

En millares de balas

Exportaciones de 7 meses	1856	1855	1854	1853
A Inglaterra	1 131 000	963 000	840 000	1 100 000
A Francia	354 000	249 000	229 000	255 000
A otros puertos europeos	346 000	167 000	179 000	204 000

Así pues, el continente, que en 1853 importaba una cantidad igual a 45/110, o sea una tercera parte, de las importaciones inglesas, en 1856, importó 70/113, o sea cinco octavos. A esto deben agregarse también las exportaciones al continente. Puedes ver que la industria continental ha crecido incomparablemente más que la inglesa, y que los señores británicos, estando bastante en decadencia, tienen toda razón en no comerciar demasiado con su industria algodonera. Pero la mejor comparación es la que se establece entre 1853 y 1856, porque en estos dos años la cosecha fue muy grande, de 3 300 000 y 3 500 000 balas. La gran exportación a Francia es sólo aparente, porque parte de ella va del Havre a Suiza, Baden, Francfort y Amberes. Pero es en este enorme crecimiento de la industria continental que se halla el germen más vital de la revolución inglesa...

---

§ Marx y Engels atribuían gran importancia a las crisis, porque las consideraban la más cruda expresión del conflicto entre las fuerzas productivas poderosamente desarrolladas y las estrechas relaciones de producción de la sociedad capitalista. En consecuencia estudiaban cuidadosamente los signos de la aproximación de la crisis y su curso. En una carta a Bernstein del 25 de enero de 1882, Engels escribía:

> Que las crisis son una de las palancas más poderosas del levantamiento revolucionario, ya fue afirmado en el *Manifiesto Comunista* y fue tratado en detalle hasta 1848 incluso en el análisis aparecido en la *Neue Rheinische Zeitung*, en que, sin embargo, también se mostraba que la vuelta a la prosperidad igualmente rompe a las revoluciones y echa las bases de la victoria de la reacción.

En 1856-1857 las señales del advenimiento de una crisis provocaron esperanzas de una revolución. En setiembre de 1856 le escribe Marx a Engels:

> Además, esta vez la cosa se produce en una escala europea antes nunca alcanzada, y yo no creo que podamos quedarnos sentados acá mucho tiempo más como espectadores. Incluso el hecho de que por fin

> logré amoblar de nuevo una casa y mandar por mis libros, me prueba que la "movilización" de nuestras personas está a mano.

En una carta a Marx del 15 de noviembre de 1857, escribe Engels analizando el curso de la crisis:

> Sería deseable, para este "adelanto", caer en la crisis crónica antes de que llegue un segundo y decisivo golpe. La presión crónica es necesaria durante un tiempo a fin de agitar a los pueblos. El proletariado golpeará entonces mejor, con más conciencia de su causa y mayor unidad, del mismo modo que una carga de caballería tiene más éxito si los caballos tienen que trotar 500 pasos antes de entrar en acción contra el enemigo. No quisiera que nada ocurriera demasiado pronto, antes de que toda Europa se vea completamente envuelta; la lucha sería después más dura, tediosa y fluctuante. Mayo o junio sería todavía casi demasiado temprano. Las masas tienen que haber callo en un endiablado letargo después de una prosperidad tal larga.

En la misma carta Engels escribe de la alegría con que aguarda la revolución:

> Desde el momento en que estalló el lío en Nueva York ya no tuve paz en Jersey y me siento en magnífica forma en medio de este derrumbe general. Después de todo, la inmundicia burguesa de los últimos siete años me había alcanzado en cierta medida, y si ahora es barrida seré nuevamente otro hombre. La crisis, ya lo veo, me hará físicamente tan bien como un baño de mar. En 1848 decíamos: Ahora llega nuestro turno; y en cierto sentido llegó, pero ahora llega por entero, esta vez será una lucha de vida o muerte. Esto hace que de pronto mis estudios militares se tornen más prácticos. En este instante me voy entregando de lleno a la organización existente y a la táctica elemental de los ejércitos prusiano, austríaco, bávaro y francés, y aparte de esto no hago otra cosa que montar a caballo, es decir, dedicarme a la caza del zorro, que es la verdadera escuela.

Estas afirmaciones muestran cómo estudiaban Marx y Engels la crisis, no desde el punto de vista de la investigación teórica abstracta, sino como revolucionarios.

34. DE MARX A ENGELS

[Londres], 25 de setiembre de 1857

La historia del ejército pone de manifiesto, más claramente que cualquier otra cosa, la corrección de nuestra concepción de la vinculación entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales. En general, el ejército es importante para el desarrollo económico. Por ejemplo, fue en el ejército que los antiguos desarrollaron por primera vez un sistema completo de salarios. Análogamente, entre los romanos, el *peculium castrense*[*] fue la primera forma legal en que se reconoció el derecho a la propiedad mueble a otro que no fuese el jefe de la familia. Así también en el sistema de guildas de la corporación de los fabri (herreros). Igualmente aquí, el primer uso de la maquinaria en gran escala. Incluso el valor especial de los metales y su empleo como moneda parece haberse fundado originariamente —tan pronto como pasó la edad de piedra de Grimm— en su significación militar. La división del trabajo dentro de una rama se llevó a cabo también en los ejércitos. Toda la historia de las formas de la sociedad burguesa se resume notablemente en la militar. Cuando encuentres tiempo debes elaborar el asunto con este punto de vista.

En mi opinión, los únicos puntos que has olvidado en tu informe son: 1) La primera aparición completa y repentina de tropas mercenarias en gran escala entre los cartaginenses. (Para nuestro uso privado consultaré un libro sobre el ejército cartaginés, escrito por un berlinés que vine a conocer sólo más tarde.) 2) El desarrollo del ejército en Italia en el siglo decimoquinto y a principios del decimosexto. Las tretas tácticas, sea como fuere, se desarrollaron ahí. También es en extremo humorística la descripción de Machiavelli (que copiaré para ti), en su Historia de Florencia, de la manera cómo peleaban entre sí los Condottieri. (No, cuando vaya a visitarte a Brighton [¿cuándo?] llevaré mejor conmigo el volumen de Machiavelli. La Historia de Florencia es una obra maestra.) Y finalmente, 3) La organización militar asiática tal como apareció por primera vez entre los persas y más tarde, si bien modificada en gran variedad de formas, entre los mongoles, turcos, etcétera.

_____

[*] La propiedad individual —en distinción a la familiar— que el soldado romano adquiría en campaña.

§ Marx se refiere al artículo "Army" ("Ejército") de Engels, que escribió para la *New American Cyclopaedia*, editada por George Ripley y A. Dana, New York (1860-1862). Otros artículos sobre problemas militares, que Engels escribió para Marx, también se publicaron ahí. Los artículos debían ser escritos a gran velocidad y ser entregados en la fecha exigida por el editor.

En su carta, Marx elogia el artículo, pero dice cómo le preocupa que Engels tuviera que trabajar tan duramente.

> Especialmente si yo hubiese sabido que trabajarías de noche, habría preferido mandar todo el asunto al diablo.

Marx y Engels siempre consideraron de gran importancia los asuntos relacionados con la guerra; a consecuencia de esto, a menudo se ocuparon de problemas militares. Prueba de esto lo constituye también el siguiente pasaje de la carta de Engels a Marx, del 7 de enero de 1858, en que dice:

> Entre otras cosas, estoy leyendo lo que escribió Clausewitz sobre la guerra. Extraña manera de filosofar, pero muy buena en su especialidad. A la pregunta de si la guerra debe llamarse arte o ciencia, responde que la guerra se parece más al comercio. El combate es a la guerra lo que el pago al contado es al comercio, pues por raro que sea el caso en que pueda necesitarse que ocurra, todo está dirigido hacia él y eventualmente debe tener lugar de todas maneras y ser decisivo.

También Lenin estudió a Clausewitz a propósito de la guerra. V. Sorin, en el No. 111 de Pravda (1923) mencionó la siguiente observación de Lenin acerca de Clausewitz:

> "la táctica política y la militar son lo que en alemán se denomina Grenzgebiet (zona límite) y los obreros del partido estudiarían con provecho las obras de Clausewitz, el gran teórico militar alemán." (Leninsky Sbornik, vol. XII, p. 390.)

58. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 5 de noviembre de 1862

En lo que respecta a Norteamérica también creo, desde luego, que en Maryland los confederados han recibido un inesperado golpe moral de gran significación. También estoy convencido de que la posesión definida de los estados limítrofes decidirá el resultado de la guerra. Pero en modo alguno estoy seguro de que la cosa haya de proceder a lo largo de las líneas clásicas, como tú pareces creer. A pesar de todos los chillidos de los yanquis, todavía no hay indicio alguno de que el pueblo considere este pequeño asunto como verdadero problema de existencia nacional. Por el contrario, esas victorias electorales de los demócratas prueban más bien que está creciendo el partido que está harto de la guerra. Si hubiera apenas alguna prueba o indicio de que las masas del norte

estuvieran empezando a levantarse como lo hicieron en Francia en 1792 y 1773, todo sería entonces muy lindo. Pero la única revolución que pueda esperarse parece ser más bien una contrarrevolución democrática y una paz podrida que incluya la participación de los estados limítrofes. Te concedo que a la larga esto no sería el fin del asunto. Pero por el momento sería el fin. Debo decir que no puedo alentar ningún entusiasmo por un pueblo que en una ocasión tan colosal se deje derrotar continuamente por una cuarta parte de su propia población y que después de dieciocho meses de guerra no ha llegado a otra cosa que al descubrimiento de que todos sus generales son burros y todos sus oficiales bribones y traidores. Después de todo, la cosa debe ocurrir de modo diferente. Incluso en una república burguesa, si no ha de terminar en un espantoso fracaso. Concuerdo por entero con lo que dices acerca de la bajeza de la posición inglesa en el asunto...

65. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 11 de junio de 1863

La cuestión polaca ya no parece ir tan bien últimamente. El movimiento en Lituania y Pequeña Rusia es evidentemente débil, y tampoco en Polonia parecen avanzar los insurgentes. Todos los líderes caen en el combate o bien son tomados o fusilados, lo que parece demostrar que deben exponerse grandemente a fin de lograr que su pueblo avance. La calidad de los insurgentes no es ya la que fue en marzo y abril, los mejores ya se han agotado. Estos polacos son, sin embargo, bastante incalculables, y la cosa puede resultar bien de todos modos, si bien las perspectivas son menores. Si resisten pueden todavía intervenir en un movimiento europeo general que los salve; en cambio, si las cosas van mal, Polonia quedará acabada por diez años (una insurrección de esta clase agota la fuerza de combate de la población por muchos años).

Me parece muy probable un movimiento europeo, porque el burgués le ha perdido una vez más todo el miedo a los comunistas, y si es necesario volverá a atacar junto con ellos. Lo prueban las elecciones francesas, como asimismo los acontecimientos en Prusia desde las últimas elecciones. Apenas creo que un movimiento de esta clase parta de Francia. Los resultados de las elecciones en París fueron realmente demasiado burgueses; los obreros, cuando presentaron candidatos especiales, fueron derrotados y no tuvieron siquiera fuerza para obligar a la burguesía a elegir por lo menos gente avanzada. A esto se agrega que Bonaparte sabe cómo refrenar a las grandes ciudades. En Prusia seguirían charlando si el digno Bismarck no les hubiera echado candado. Sin embargo, las cosas pueden darse vuelta; el pacífico desarrollo constitucional ha llegado a su término y el filisteo debe prepararse para un bochinche. Esto ya significa

mucho. Por mucho que yo desprecie el valor de nuestros viejos amigos los demócratas, me parece que ahí está concentrada la mayor cantidad de materia inflamable y, como es apenas posible que los Hohenzollern dejen de enredarse en las mayores estupideces en su política exterior, bien podría resultar que las tropas, distribuidas la mitad en la frontera polaca y la mitad en el Rin, dejen libre a Berlín, y que se produjera un golpe. Bastante malo para Alemania y Europa si Berlín se pusiera a la cabeza del movimiento.

Lo que más me sorprende es que no estallen movimientos campesinos en la Gran Rusia. El levantamiento polaco parece tener ahí efectivamente un erecto desfavorable.

86. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 13 de abril de 1866

De manera que Bismarck ha dado su cop (golpe) del sufragio universal, aun cuando sin su Lassalle. Parece corno si el burgués alemán concordara con ello después de una pequeña lucha porque, después de todo, el bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía moderna.

Se me hace cada vez más claro que la burguesía no tiene pasta para gobernar directamente por sí misma y que, en consecuencia, donde no hay una oligarquía —a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra—, que a cambio de buena paga asuma la administración del Estado y de la sociedad en interés de la burguesía, la forma normal es una semidictadura bonapartista. Los grandes intereses materiales de la burguesía llevan esto a cabo aun con la oposición de la burguesía, pero no le permiten a la dictadura participación en el poder real. A su vez la dictadura, por otra parte, se ve forzada contra su voluntad a impulsar esos intereses materiales de la burguesía. Y así vemos que Monsieur Bismarck adopta ahora el programa de la Unión Nacional. Llevarlo a la práctica es desde luego algo muy diferente, pero es muy difícil que Bismarck se aflija por la burguesía alemana.

---

§ BISMARCK, OTTO VON (1815-1898). Primer Ministro prusiano y primer Canciller del Reich Alemán. Por nacimiento, junker del distrito del Elba oriental y enemigo acérrimo de la clase obrera.

> Bismarck es Louis Napoleón, trasladado del aventurero francés y el pretendiente real al pequeño Junker prusiano y al estudiante universitario alemán (...) hombre de gran inteligencia y astucia, hombre de

negocios innato, y de los elegantes (...) Pero esta inteligencia bien desarrollada en la esfera de la vida práctica se combina a menudo con las correspondientes limitaciones de visión, y aquí Bismarck sobrepasa a su predecesor francés. Porque el último al menos había elaborado sus "ideas napoleónicas" —de calidad discutible— por sí mismo durante su período de vagabundaje, en tanto que Bismarck (...) nunca produjo siquiera el vestigio de una idea política original, sino que se redujo a tomar las ideas ya hechas por otras adecuándolas a su uso. Pero fue precisamente esta limitación mental lo que constituyó su gran fortuna. Sin ella nunca habría logrado representarse toda la historia mundial desde un punto de vista específicamente prusiano (...) En efecto, cuando hubo cumplido a su manera la misión particular que le fuera asignada, sus recursos habían llegado también a su fin; ya veremos los adefesios a que ha debido recurrir de resueltas de su total carencia de ideas racionales y su completa incapacidad para comprender la situación histórica que él mismo había creado.

(Engels, *Grewalt und Oekonomie bei der Gründung des Deutschen Reichs*.)

La significación histórica de Bismarck reside en el hecho de que llevó a cabo la unificación de Alemania —problema clave de la revolución burguesa alemana— de manera reaccionaria, con el mantenimiento del viejo aparato del Estado junker. Al cumplir las exigencias económicas de la burguesía hizo posible que sus exigencias políticas se cumpliesen de la manera elegida por él mismo.

En política hay sólo dos poderes decisivos: la fuerza organizada del Estado —el ejército— y la fuerza elemental y desorganizada de las masas. Después de 1848, la burguesía no conoció ya ninguna forma de apelar a las masas. Las temía más que al absolutismo. Por otra parte, el ejército no estaba de modo alguno a su disposición, sino muchísimo a la de Bismarck.

...Un hombre en la posición de Bismarck y con el pasado de Bismarck estaría obligado, si tuviera alguna visión del estado de cosas, a decirse que los Junkers, tal como eran, no constituían una clase capaz de sobrevivir; que de todas las clases definidas, sólo la burguesía podía pretender tener porvenir, y que por ello (aparte de la clase obrera, acerca de cuya misión histórica no le adjudicaremos comprensión alguna) cuanto más preparada gradualmente a su nuevo imperio para su transición a un Estado burgués moderno, tanto más asegurarían sus perspectivas de existencia (...) Es verdad que desde el punto de vista de la clase obrera se manifestaba el hecho de que era ya demasiado

> tarde para establecer un dominio burgués duradero (...) Pero aun cuando es demasiado tarde para un régimen burgués pacífico y establecido con seguridad en Alemania, en el año 1870 fue con todo la mejor política en favor de los intereses de las clases poseedoras en general, la de tender a esta dominación burguesa.
>
> (Engels, *Gewalt und Oekonomie bei der Gründung des Deutschen Reiches*.)

Ver también la Carta 89 y, para el enfoque de Bismarck, según Marx, las 93 y 94.)

89. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 25 de julio de 1866

Los asuntos en Alemania me parecen bastante simples ahora. Desde el momento en que Bismarck llevó a cabo el proyecto de la burguesía, de una Alemania más pequeña, con el ejército prusiano y un éxito tan colosal, las cosas han tomado en Alemania este rumbo en forma tan decisiva, que nosotros, como cualquier otro, debemos reconocer el hecho consumado, nos guste o no. En cuanto al lado nacional del asunto. Bismarck establecerá de todas maneras el Imperio Alemán Menor con las dimensiones a que aspira la burguesía, es decir, incluyendo la Alemania sudoccidental; porque las frases acerca de la línea del Main y la Confederación Alemana del Sur, como separada y optativa, están dirigidas indudablemente a los franceses, y mientras tanto los prusianos marchan sobre Stuttgart. Además, no pasará mucho tiempo sin que las provincias germanoaustríacas se echen también sobre este imperio, ya que Austria esta ahora obligada a volverse húngara, y los alemanes serían la tercera nacionalidad del imperio, aún por debajo de los eslavos.

Políticamente, Bismarck estará obligado a depender de la burguesía, de la que necesita para oponerse a los príncipes imperiales. Tal vez no por el momento, dado que el prestigio del ejército sigue siendo suficiente. Pero, tendrá que darle algo a la burguesía, incluso a fin de asegurarse, de parte del Parlamento, las condiciones necesarias del poder central, y el curso central de las cosas siempre lo forzarán a él o a sus sucesores a apelar nuevamente a la burguesía. De manera que si, como es posible, Bismarck no le concede a la burguesía más de lo que ahora está efectivamente obligado, será arrastrado aún más y más a los brazos de ella.

El lado bueno del asunto es que simplifica la situación; hace más fácil una revolución al terminar con las pendencias entre las pequeñas capitales y acelerará, en todo caso el desarrollo. Después de todo, un Parlamento Alemán es algo muy diferente de una Cámara Prusiana. Todos los minúsculos estados serán arrastrados al movimiento, cesarán las peores influencias localistas y los partidos terminarán por fin por volverse realmente nacionales, en lugar de ser meramente locales.

La principal desventaja —y muy grande— es la inevitable inundación de Alemania por el prusianismo. Luego está la separación temporaria de la Austria alemana, que tendrá por resultado un avance inmediato de los elementos eslavos en Bohemia, Moravia y Carintia. Desgraciadamente ninguna de esas cosas puede evitarse.

Por consiguiente, en mi opinión, todo lo que podemos hacer es aceptar simplemente el hecho, sin justificarlo, y utilizar todo lo que podamos las mayores facilidades de organización y unificación nacionales del proletariado alemán, que de todos modos se ofrecerán ahora.

---

§ Después del triunfo de la reacción, en 1849, Alemania permaneció desunida. La unificación era necesaria para el ulterior desarrollo libre de las condiciones burguesas. Podría haberse obtenido en tres formas: 1) La vía revolucionaria, o la creación de una república alemana; pero la burguesía no quería tomar este camino; 2) la unificación de Alemania bajo el dominio de los Holhenzollern; 3) la unificación bajo la égida de los Habsburgo.

En 1864, los austríacos y prusianos en acción conjunta derrotaron a los daneses cerca del pueblo de Düppel y se apropiaron de Schleswig-Holstein; después de la victoria surgió entre Austria y Prusia un conflicto acerca de esta provincia. En el verano de 1865 ninguno de los dos enemigos se sentía bastante preparado para combatir y por ello las cosas no llegaron a la guerra. Prusia y Austria llegaron a un acuerdo en Bad Gastein, por el cual Holstein iba a manos de Austria y Schleswig a las de Prusia.

En setiembre de 1865 Bismarck le hizo una visita a Bonaparte y negoció con él. Probablemente le prometió un pedazo de territorio alemán (promesa que nunca mantuvo). El 8 de abril de 1866 se concluyó una alianza ofensiva italo-prusiana contra Austria. Desde luego que con el consentimiento tácito de Bonaparte.

Bismarck concluyó sus preparativos de guerra al introducir, el 9 de abril de 1866, una propuesta de convocatoria de una asamblea electa en base al sufragio universal, la que decidiría la cuestión de la reforma de la constitución de la

Federación Alemana del Norte. (Ver carta 86.) La guerra fue muy corta. El 3 de julio de 1866 los austríacos fueron derrotados en Königgrätz. El predominio prusiano en Alemania fue asegurado.

Además de las cartas dadas aquí, se encontrará un juicio acerca de los acontecimientos de 1866 en el prefacio de Engels a la segunda edición de su libro *Las guerras campesinas en Alemania*.

En general, Marx y Engels consideraban que la revolución burguesa en Alemania se completó en 1866. (Ver carta 190.) Así pues, la unidad de Alemania se llevó a cabo en la segunda forma. (Ver también las cartas que siguen.)

94. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 27 de abril de 1867

Yo esperaba que Bismarck llamaría a tu puerta, aunque no con tal rapidez. Es típico del horizonte y del modo de pensar del tipo, el que juzgue a todo el mundo por sí mismo. La burguesía puede bien admirar a los grandes hombres del día: en ellos ve su propio reflejo. Todas las cualidades por las cuales Bonaparte y Bismarck lograron el éxito son las cualidades del mercader: la persecución de un objetivo definido esperando y experimentando hasta que llegue el momento oportuno, la diplomacia de la puerta de escape siempre abierta, el compromiso y el regateo, el retirar los insultos si lo exigen los intereses, el "no nos dejes ser ladrones": en resumen, en todas partes el mercader. Gottfried Ermen es a su manera tan gran estadista como Bismarck, y si se sigue el rastro de todas las triquiñuelas de estos grandes hombres uno vuelve a encontrarse siempre en la Bolsa de Manchester. Bismarck piensa para sí: si sigo golpeando en la puerta de Marx, después de todo estaré seguro de terminar por golpear en el momento oportuno, y entonces haremos juntos un negocio. Gottfried Ermen por entero.

---

§ ERMEN, GOTTFRIED. Propietario de la firma de hilandería de algodón Ermen y Engels. Engels fue al principio empleado y más tarde socio en esta empresa, y de esta manera, durante casi veinte años, hizo posible que Marx prosiguiera, pese a todas las dificultades, su trabajo en El capital.

128. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 24 de octubre de 1869

A historia irlandesa le muestra a uno lo desastroso que es para una nación el haber subyugado a otra nación. Todas las abominaciones de los ingleses se originan en el Pale irlandés. Todavía tengo que estudiar el período cromweliano, pero lo que me parece seguro es que las cosas hubieran tomado otro giro en Inglaterra si no hubiese sido por la necesidad de la dominación militar en Irlanda y la creación, en ella, de una nueva aristocracia.

---

§ La historia del dominio colonial inglés es una ininterrumpida cadena de guerras sangrientas y explotación brutal. El empleo de la fuerza y la opresión militares fue una condición necesaria del monopolio mundial de Inglaterra en el siglo XIX. Aseguró la explotación de millones de obreros y campesinos e hizo posible que la burguesía dividiera a la clase obrera. Un ejemplo particularmente notable de esto es la dominación y la política inglesa en Irlanda.

Marx y Engels consideraban al problema irlandés de importancia decisiva para la lucha revolucionaria del proletariado inglés por la libertad. (Ver cartas 101, 102, 128, 130, 133-136 y 141.)

Además de las cartas contenidas en este volumen remitimos al lector a la *Circular del Consejo General de la Internacional* (1° de enero de 1870) al *Comité Fédéral Romand de Ginebra* (contenida en la carta de Marx a Kugelmann, del 28 de marzo de 1870) y al folleto de Lenin sobre *El derecho de las naciones a la autodeterminación*.

135. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 9 de diciembre de 1869

IRLANDA sigue siendo la Isla Sagrada cuyas aspiraciones no deben de modo alguno mezclarse con las profanas luchas de clases del resto del pecador mundo. Esto es sin duda parcialmente una honesta locura de parte del pueblo, pero también es cierto que en parte es un cálculo de los dirigentes, a fin de conservar su dominio sobre los campesinos. A esto se agrega que una nación de campesinos siempre tiene que tomar sus representantes literarios de la burguesía urbana y de su intelectualidad, y a este respecto Dublín (me refiero al Dublín católico) es a Irlanda en buena medida lo que Copenhague a Dinamarca. Pero para esta clase media, todo el movimiento obrero es pura herejía, y el

campesinado irlandés no debe saber, a ningún precio que sus únicos aliados en Europa son los obreros socialistas.

137. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 19 de febrero de 1870

Es una verdadera merced que, a pesar de G. Flourens, *no* haya habido tumultos en el funeral de Noir. La furia del *Pays*[*] prueba el amargo desengaño de los bonapartistas. Pues ¿qué mejor podría desearse que pescar en flagrante delito a todas las masas revolucionarias de París en un espacio abierto fuera de París e incluso *fuera de las murallas de la fortificación*, que tienen sólo unas pocas entradas? Media docena de cañones en los pasajes a través de las murallas, un regimiento de infantería en formación de combate y una brigada de caballería para cargar y perseguir, y en media hora toda la muchedumbre desarmada —los pocos revólveres que algunos pueden llevar en los bolsillos no cuentan— es barrida, cortada en pedazos o tomada prisionera, Pero como hay 60 000 soldados a mano, podría incluso permitírsele a la muchedumbre entrar en las fortificaciones, estas podrían guarnecerse y toda la masa ametrallada o echada al campo abierto de los Champs Elysées y de la Avenue de Neully. ¡Locura! ¡París, guarnecida por 60 000 soldados, capturada en campo abierto por 200 000 obreros desarmados!

---

§ NOIR, VICTOR (1848-1870). Periodista francés. Fue asesinado por Pierre Bonaparte, hijo de Lucien Bonaparte, hermano este de Napoleón I, en la propia casa de Pierre Bonaparte. El funeral de Noir sirvió de ocasión para una inmensa demostración contra el Imperio (Napoleón III).

FLOURENS, GUSTAVE (1831-1871). Revolucionario. Miembro de la Comuna de París y de su comisión militar. Muerto el 3 de abril de 1871.

---

[*] *Les Pays*, un periódico. (*N. Ed. Ingl*.)

145. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 15 de agosto de 1870

Me parece que la situación es esta: Alemania ha sido llevada por Badinguet [Napoleón III] a una guerra por su existencia nacional. Si Badinguet la derrota, el bonapartismo será reforzado en los próximos años y Alemania quedará rota durante años, quizá por generaciones. En este caso ya no puede haber cuestión de un movimiento independiente de la clase obrera alemana, la lucha para restaurar la existencia nacional lo absorberá todo y lo mejor que podrá ocurrir es que los obreros alemanes sean arrastrados por la resurrección de los franceses. Si gana Alemania, el bonapartismo francés será aplastado de alguna manera, se acabarán los interminables lamentos acerca del establecimiento de la unidad alemana, los obreros alemanes podrán organizarse en escala nacional en forma muy diferente de lo que ha ocurrido hasta ahora, y los obreros franceses, cualquiera sea la clase de gobierno que suceda al actual, tendrán con seguridad un campo más libre que bajo el bonapartismo. Toda la masa del pueblo alemán de toda clase se ha dado cuenta de que esta es ante todo y por sobre todo una cuestión de existencia nacional, y por ello se ha volcado de inmediato en ella. Me parece imposible que en estas circunstancias un partido político alemán debiera predicar un obstruccionismo total a la manera de Wilhelm [Liebknecht] y anteponer a la consideración principal toda clase de consideraciones secundarias.

A esto se agrega el hecho de que Badinguet nunca habría sido capaz de conducir esta guerra sin el chauvinismo de la mayoría de la población francesa: la burguesía, la pequeña burguesía, los campesinos y los obreros de la construcción haussmannistas,[*] imperialistas provenientes del campesinado, que creó Bonaparte en las grandes ciudades. Mientras este chauvinismo no reciba un buen revés, es imposible la paz entre Alemania y Francia. Podría haberse esperado que esta obra sería emprendida por una revolución proletaria, pero puesto que la guerra ya está hecha, a los alemanes no les queda sino hacerlo por sí mismos, y rápidamente.

Ahora vienen las consideraciones secundarias. Al miserable estado en que se encuentra la burguesía alemana le debemos el hecho de que esta guerra haya sido ordenada por Lehmann [Wilhelm I], Bismarck y Cía., y que debemos hacer, decir misas por su glorificación pasajera si la conducen con éxito.

---

[*] Haussmann (Eugène Georges, 1809-1891). Funcionario y Prefecto del Sena bajo Napoleón III; bajo su dirección se construyeron muchas calles y edificios nuevos. Engels (en su obra *Contribución al problema de la vivienda*) explica que lo que llama "haussmannismo" tomó, bajo el gobierno de Napoleón III, la forma de la "suplantación de los distritos obreros de construcciones apiñadas, por calles largas, anchas y rectas con grandes y lujosos edificios a ambos lados. lo que se hizo con este doble fin: el estratégico, de dificultar la lucha de barricada, y el de formar un proletariado de la construcción bonapartista dependiente del gobierno transformando la ciudad en una ciudad exclusivamente de lujo". (*N. Ed. Ingl.*)

Es por cierto muy desagradable, pero no se puede cambiar. Pero magnificar el antibismarckismo al punto de transformarlo en el único principio conductor, sería absurdo. En primer lugar, Bismarck, igual que en 1866, nos está haciendo un poquito de nuestro trabajo, a su manera y sin proponérselo, pero de todos modos lo está haciendo. Nos está limpiando el terreno mejor que antes. Y además, ya no estamos en 1815. Los alemanes del sur están ahora obligados a entrar al Reichstag y esto hará desarrollarse un contrapeso del prusianismo. Luego están los deberes nacionales que caerán sobre Prusia y que, escribías, impedirán de entrada la alianza con Rusia. En general, hacer tabla rasa, a la manera de Liebknecht, con todo lo que ha ocurrido desde 1866, no tiene sentido. Pero nosotros conocemos a nuestros alemanes modelos del sur. Con estos locos no se puede hacer nada.

Creo que nuestro pueblo puede:

1) Unirse al movimiento nacional —por la carta de Kugelmann puedes ver lo fuerte que es— en la medida y durante el tiempo en que se limite a la defensa de Alemania (lo que no excluye una ofensiva, en ciertas circunstancias, antes de que llegue la paz).

2) Al mismo tiempo subrayar la diferencia entre los intereses nacionales alemanes y los intereses dinásticos prusianos.

3) Trabajar contra la anexión de Alsacia y Lorena; Bismarck está revelando ahora la intención de anexarlas a Baviera y a Baden.

4) Tan pronto como en París tome el timón un gobierno republicano no chauvinista, trabajar por una paz honorable con él.

5) Subrayar constantemente la unidad de intereses entre los obreros alemanes y franceses, que no aprobaron la guerra y tampoco se hacen la guerra entre sí.

6) *Rusia*, como en el Mensaje de la Internacional.

La afirmación de Wilhelm de que porque Bismarck es un excómplice de Badinguet, la posición correcta es permanecer neutral, causa gracia. Si esta fuera la opinión general en Alemania, pronto tendríamos nuevamente la Confederación del Rin y el noble Wilhelm vería qué parte podría desempeñar en eso y qué le ocurriría al movimiento obrero. Un pueblo que no recibe otra cosa que puntapiés y golpes es ciertamente el indicado para hacer una revolución social, y por añadidura en los X minúsculos Estados que tanto ama Wilhelm...

...La *débacle* de Francia parece ser espantosa. Todo despilfarrado, vendido, malversado. Los *chassepots* están mal hechos y fallan al entrar en acción; ya no quedan más y habrá que recurrir a los viejos fusiles de chispa. Sin embargo, un gobierno revolucionario si llega *pronto*, no tiene por qué desesperarse. Pero debe dejar a París librada a su suerte y conducir la guerra desde el sur. Entonces habría todavía una posibilidad de que resistiese mientras se compraran armas y se organizaran nuevos ejércitos con los que el enemigo fuese obligado a retroceder gradualmente a la frontera. Este sería realmente el verdadero fin de la guerra, y ambos países se demostrarían recíprocamente que son inconquistables. Pero si esto no sucede rápidamente, el asunto está terminado. Las operaciones de Moltke son un modelo —el viejo Guillermo parece concederle carta blanca— y los cuatro batallones se están uniendo ya al ejército principal, al tiempo que los franceses todavía no existen.

Si Badinguet no está todavía más allá de Metz puede irle mal...

Wilhelm [Liebknecht] ha hecho evidentemente sus cálculos sobre la base de una victoria de Bonaparte, simplemente para conseguir la derrota de su Bismarck. Recordarás cómo siempre le amenazaba con los franceses. ¡Tú también estás, desde luego, de parte de *Wilhelm*!

§ Lenin citó esta carta en su controversia con Plejánov, en 1915, al estigmatizar el social patriotismo de este último. En su artículo *Sudekums Rusos*, al demostrar la diferencia entre la dialéctica y la sofística, escribía Lenin:

En 1870, Engels le escribía a Marx que Wilhelm Liebknecht estaba equivocado al hacer del antibismarckismo su único principio director. Plejánov se puso contento cuando encontró esa cita: con respecto a nuestro entizarismo, argumenta, ocurre lo mismo. Pero tratase de reemplazar la sofística (es decir, el método de adherirse a la similitud externa de los casos sin conexión entre los hechos) por la dialéctica (es decir, por el estudio de todas las circunstancias concretas de un hecho y de su desarrollo). La unificación de Alemania era necesaria, y Marx reconoció esto antes y después de 1848. Ya en 1859 Engels incitó al pueblo alemán a una guerra por la unificación. Cuando fracasó la unidad revolucionaria, Bismarck logró la unidad de manera contrarrevolucionaria, *junker*. El antibismarckismo como *único* principio director se volvió absurdo desde el momento en que la necesaria unificación fue un hecho consumado.

El Mensaje del Consejo General de la Internacional del 23 de julio de 1870 declaraba:

Si la clase obrera alemana permite que la actual guerra pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra el pueblo francés,

entonces la victoria y la derrota serán igualmente nefastas. Todos los desastres que le acontecieron a Alemania después de las llamadas guerras de liberación resucitarán con intensificada violencia (...) Detrás de esta lucha suicida se dibuja la figura misteriosa de Rusia. Es un mal presagio el de que la señal de la actual guerra se dio en el preciso instante en que el gobierno ruso hubo completado sus ferrocarriles estratégicos y concentrado tropas en la dirección del Prut. Cualquiera sea la simpatía que con derecho puedan reclamar los alemanes en una guerra defensiva contra un ataque bonapartista, la perderían tan pronto como permitiesen que el gobierno alemán solicite ayuda de los cosacos o incluso llegue a aceptarla. Recuerden que durante decenios después de su guerra de independencia en contra del primer Napoleón, Alemania yació impotente a los pies del Zar.

148. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 4 de setiembre de 1870

Was schert mich Weib, was schert mich Kind,
Ich trage höhres Verlangen;
Lass sie betteln gehn, wenn sie hungrig sind,
Mein Kaiser, mein Kaiser gefangen!

La historia mundial es con seguridad el más grande de los poetas; hasta ha logrado parodiar a Heine. ¡Mi Emperador, mi Emperador es cautivo! Y lo que es más, de los "hediondos prusianos". Y el pobre Guillermo[*] se queda mirando y le asegura a todo el mundo por centésima vez que es en verdad completamente inocente de todo el asunto y que se trata de un puro acto divino. Guillermo parece igual al escolar: "¿Quién creó el mundo?" "Perdón, señor maestro, yo lo hice, pero ¡no lo haré nunca más!"

Y luego se presenta el miserable Jules Favre proponiendo que Palikao, Trochu y algunos arcadianos formen gobierno. Nunca hubo una banda tan piojosa. Pero de todas maneras es de esperar que cuando esto se conozca en París pase algo. No puedo creer que este chaparrón de noticias, que seguramente se conocerán hoy o mañana, deje de producir algún efecto. Quizá un gobierno de izquierda, que después de alguna demostración de resistencia concluya la paz.

La guerra ha llegado a su fin. En Francia ya no hay ejército. Tan pronto como capitule Bazine —lo que indudablemente ocurrirá esta semana— la

[*] El emperador Guillermo I.

mitad del ejército alemán se dirigirá hacia París y la otra mitad cruzará el Loire para limpiar al país de todo destacamento armado...

El lío de Alsacia —aparte de sus aspectos puramente teutónicos— es principalmente de naturaleza estratégica y tiende a obtener la línea de los Vosgos y la Lorena Alemana como país limítrofe. (Frontera idiomática: si trazas una recta de Donon o Schirmeck —en los Vosgos— a una hora al este de Longwy, donde se encuentran las fronteras de Bélgica, Luxemburgo y Francia, esa es casi exactamente la frontera idiomática; y de Donon bajando por los Vosgos hasta la frontera suiza.) Hacia el norte de Donon, los Vosgos no son tan altos y escarpados como en el sur. Únicamente los estúpidos del *Staatsanzeiger* y Brass y Cía.,[*] podrían suponer que Francia será "estrangulada" porque se le recorte esta estrecha franja con su millón y cuarto, o algo así, de habitantes. Igualmente absurdos son los lamentos de los filisteos que piden "garantías", pero hablan porque se adaptan a la basura de la gente de la Corte... En el Sarre, los franceses hicieron todo el daño que pudieron. Por supuesto que el bombardeo sólo duró unas pocas horas, y no día y noche como en Estrasburgo...

La defensa de París, si en su curso no ocurre nada extraordinario, será un episodio entretenido. Esos perpetuos pequeños pánicos de los franceses —que provienen todos del temor al momento en que tendrán que conocer realmente la verdad— dan una idea mucho mejor del Reinado del Terror. Pensamos en este como del reino de gente que inspira terror; es, al contrario, el reino de gente aterrorizada. El terror consiste en su mayor parte de crueldades inútiles perpetradas por gentes asustadas a fin de conseguir su propia seguridad. Estoy convencido de que la abominación del Reinado del Terror de 1793 reside casi exclusivamente en el burgués sobreexcitado que se las da de patriota, el pequeñoburgués fuera de sí y con los pantalones llenos y la gentuza del bajo fondo que sabe cómo sacarle provecho al terror. Estas son precisamente las clases que también intervienen en el terror actual.

---

§ La guerra cambió de carácter después que el emperador Napoleón III fue tomado prisionero. En su artículo del 17 de setiembre de 1870 para la *Pall Mall Gazette*, Engels escribía:

> Hoy, cuando el inmenso poderío militar de Alemania, organizado en base al sistema prusiano, se lleva todo por delante, la gente empieza a preguntarse quién y cómo ha de combatir a los prusianos. Y puesto que una guerra en que Alemania, en un principio, no hizo sino defenderse contra el chauvinisme francés, parece convertirse gradual, pero

---

[*] *Staatsanzeiger*: el órgano oficial del gobierno prusiano. Brass y Cía., editores de la *Norddeutsche Allgerneins Zeitung, bismarckianos*.

> seguramente, en una guerra en interés de un nuevo chauvinismo alemán, vale la pena considerar la cuestión (...) Si la guerra continúa hasta ese amargo fin que reclaman los filisteos alemanes —el desmembramiento de Francia— podemos estar seguros de que los franceses *adoptarán* ese principio. Hasta ahora ha sido una nación belicosa, pero no militar...

Después de la derrota de Sedan, fue derrocada la monarquía en París. Se organizó un gobierno de defensa nacional, cuya tarea era librar la lucha contra la ocupación de otras regiones de Francia. El 11 de noviembre de 1870 escribía Engels en la *Pall Mall Gazette*:

> Durante las últimas seis semanas, el carácter de la guerra ha experimentado un cambio notable. Los ejércitos regulares de Francia han desaparecido; la contienda es proseguida por reclutas cuya falta de entrenamiento los hace más o menos irregulares. Cuándo tratan de aparecerse en masa en campo abierto son derrotados con facilidad; pero cuando pelean al resguardo de barricadas y en aldeas y ciudades fortificadas, hallan que pueden ofrecer una seria resistencia. En esta clase de combate, en sorpresas nocturnas y otros golpes de guerra menor, son estimulados por proclamas y órdenes del gobierno, el que también ordena a la población del distrito en que aquellos operan, que les preste toda clase de apoyo.

Los alemanes recurrieron, para contraatacar esta guerra en pequeño, al terror más intenso (incendio de aldeas, fusilamiento de hombres apresados con armas, etc.). A este respecto, Engels recuerda los métodos de resistencia armada empleaos por las masas en las guerras alemanas de liberación,

> la vieja y semirrevolucionaria *Landsturm Ordnung* [ley de 1818], redactada (...) en este espíritu de intransigente resistencia nacional, en la cual se justifican todos los medios y en que los más eficaces son los mejores. Pero entonces todo esto debían hacerlo los prusianos en contra de los franceses, y si los franceses proceden del mismo modo con los prusianos, la cosa es muy diferente. Lo que en un caso era patriotismo se convierte en el otro en bandidaje y cobarde asesinato.

149. DE ENGELS A MARX

[Manchester], 12 de setiembre de 1870

Si algo puede hacerse en París, es impedir un levantamiento de los obreros antes de que se concluya la paz. Bismarck estará pronto en situación de hacer la paz, sea tomando París o porque la situación europea le obligue a poner fin a la guerra. Cualquiera sea la forma en que resulte la paz, debe ser concluida antes de que los obreros puedan hacer algo. Si resultasen ahora victoriosos —al servicio de la defensa nacional— tendrían que cargar con el legado de Bonaparte y de la actual república piojosa, y serían estérilmente aplastados por los ejércitos alemanes y retrasados por otros veinte años. Con esperar nada pueden perder. Las posibles modificaciones de frontera son de todos modos provisorias y serán revistas. Sería locura luchar contra los prusianos para la burguesía. Sea cual fuere el gobierno que concluya la paz, el hecho de que lo haga hará eventualmente imposible su existencia, y del ejército vuelto a la patria después de estar prisionero no habrá mucho que temer en cuanto a conflictos internos. Después de la paz, todas las probabilidades serán más favorables que nunca a los obreros. Pero ¿no se dejarán extraviar nuevamente bajo la presión del ataque exterior, proclamando la República Social en vísperas de la toma de París? Sería terrible si, como último acto de guerra los ejércitos alemanes tuvieran que empeñar una batalla en las barricadas con los obreros de París. Nos llevaría cincuenta años atrás y lo retardaría todo de tal manera que todos y todo entraría en falsa posición; y ¡el odio nacional y el dominio de la fraseología que surgirían *entonces* entre los obreros franceses!

Es algo condenadamente malo el que en la situación actual haya en París tan poca gente dispuesta a ver las cosas como *son en realidad*. ¿Dónde se encuentra un hombre que se atreva siquiera a pensar que el poder activo de resistencia está agotado en lo que se refiere a esta guerra, y que con esto también se desmoronan las perspectivas de rechazar la invasión mediante una revolución? Precisamente porque la gente no *quiere* oír la verdad es que temo que las cosas puedan llegar a esto. Porque para ahora habrá cambiado sin duda la apatía que tenían los obreros *antes* de la caída del Imperio.

161. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 18-28 de marzo de 1875

Usted me pregunta lo que pensamos del asunto de la unificación.[*] Desgraciadamente, hemos seguido el mismo destino que usted. Ni Liebknecht ni ningún otro nos ha enviado información alguna, y por ello, también nosotros sólo conocemos lo que aparece en los periódicos, y en estos no hubo nada hasta que apareció el proyecto de programa, hace de esto aproximadamente una semana. Por cierto que esto no nos ha asombrado en lo más mínimo.

Nuestro partido les había propuesto tantas veces la reconciliación o por lo menos la colaboración a los lassalleanos, y tantas veces este ofrecimiento había sido despectivamente rechazado por los hassenklevers, los hasselmanns y los tölckes, que hasta un niño debe haber sacado esta conclusión: si esos señores vienen ahora a ofrecernos la reconciliación, es que deben estar en una situación muy difícil. Pero considerando el conocido carácter de esa gente, es de nuestro deber utilizar la engorrosa situación en que se encuentran para exigir todas las garantías posibles, a fin de que no recobren su comprometido prestigio en la opinión de los obreros a expensas de nuestro partido. Debieran haber sido recibidos con extrema frialdad y desconfianza, y la unión debiera haberse condicionado a la medida en que están dispuestos a abandonar sus consignas sectarias y su ayuda del Estado y a aceptar lo esencial del programa de Eisenach de 1869 o una edición revisada del mismo adaptada a la situación actual.

Nuestro partido no tenía *absolutamente* nada que aprender de los *lassalleanos* en el campo teórico, y, por lo tanto, en lo que es decisivo para el programa, pero en cambio los lassalleanos sí que tienen que aprender algo de nuestro partido. La primera condición de la unión era que debían dejar de ser sectarios, lassalleanos, y, por consiguiente, que debían renunciar a la panacea universal de la ayuda del Estado, si no por entero, reconociéndola por lo menos como una medida secundaria y transitoria de menor o igual importancia que muchas otras posibles. El proyecto de programa muestra que nuestra gente es cien veces superior a los lassalleanos en teoría, pero que no lo es, en cambio, en lo que se refiere a la astucia política: los "honestos" han sido una vez más cruelmente engañados por los deshonestos.

---

[*] La fusión del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán (los "eisenachianos", ver notas a la carta 159), dirigido por Liebknecht y Bebel, con la Asociación General de Obreros Alemanes (los lassalleanos, cf. cartas 29 y 113) tuvo lugar en el Congreso de Unidad de Gotha, celebrado del 22 al 27 de mayo de 1875. El proyecto de programa para el congreso, a que se refiere Engels, había aparecido en los órganos de los dos partidos el 7 de marzo. Bebel estaba en aquella época en prisión. (*N. Ed. Ingl.*)

En primer lugar se acepta la frase altisonante pero históricamente falsa de Lassalle: respecto a la clase obrera, las demás clases no son sino una masa reaccionaria. Esta afirmación sólo es verdadera en casos particulares y excepcionales: por ejemplo, en una revolución proletaria como la Comuna o en un país en que el Estado y la sociedad no sólo hayan sido moldeados por la burguesía a su imagen y semejanza, sino en que la pequeña burguesía democrática haya hecho lo mismo llevando a cabo esta refundición hasta sus últimas consecuencias. Si en Alemania, por ejemplo, la pequeña burguesía democrática perteneciese a esta masa reaccionaria, ¿cómo podría haber marchado el Partido Obrero Socialdemócrata de la mano con ella —con el Partido Popular— durante años? ¿Cómo puede el *Volkstaat* tomar casi todo su contenido político del diario democrático pequeñoburgués *Frankfurter Zeitung*? ¿Y cómo ocurre que en este programa se aceptan no menos de siete demandas que coinciden directamente y literalmente con el programa del Partido Popular y la democracia pequeñoburguesa? Me refiero a las siete demandas políticas, las del 1 al 5 y I y II, de las cuales no hay una que no sea democrática burguesa.

En segundo lugar, el principio de que el movimiento obrero es un movimiento internacional es en la práctica completamente desconocido en el momento actual, y ello por gente que ha sostenido este principio durante cinco años en la forma más gloriosa y en las condiciones más difíciles.

El hecho de que los obreros alemanes encabecen el movimiento europeo se debe *esencialmente* a su actitud auténticamente internacionalista durante la guerra; ningún otro proletariado se habría conducido tan bien. ¡Y ahora este principio ha de ser negado por ellos en el preciso instante en que los obreros de todos los demás países lo subrayan, en el mismo grado en que los gobiernos intentan reprimir toda tentativa por ponerlo en práctica en una organización!

Entonces, ¿qué le queda de internacionalismo al movimiento obrero? La desmayada perspectiva, ni siquiera de la futura cooperación de los obreros europeos para su emancipación, sino una futura "hermandad" internacional de las naciones, ¡los "Estados Unidos de Europa" de la Liga Pacifista Burguesa!

Por supuesto que no había necesidad de hablar de la Internacional como tal. Pero seguramente que no debiera haberse hecho ninguna concesión respecto al programa de 1869 y que debiera haberse dicho algo así: *aunque* el Partido Obrero Alemán opera *por ahora* dentro de los límites nacionales (no tiene derecho de hablar en nombre del proletariado europeo y especialmente tampoco de decir lo que es falso), es consciente de su solidaridad con los obreros de todos los países, y en el futuro siempre estará listo, como lo ha estado hasta ahora, para cumplir con las obligaciones que le impone esta solidaridad. Obligaciones de esta clase existen incluso si uno no se proclama exactamente o se considera como parte de la "Internacional"; por ejemplo, ayudar y evitar el

fracaso de las huelgas; cuidar que los órganos del partido mantengan informados a los obreros alemanes sobre el movimiento en el exterior; agitación contra la amenaza o el estallido de guerras fabricadas por los gabinetes; comportamiento similar al comportamiento modelo de 1870 y 1871 en tales guerras, etcétera.

En tercer lugar, nuestra gente ha permitido que la "ley de hierro de los salarios" de Lassalle se les introdujera clandestinamente. Aquella se basa sobre una opinión económica muy anticuada: la de que el obrero sólo recibe en promedio el mínimo del salario obrero porque de acuerdo a la teoría de la población de Malthus, siempre hay demasiados obreros (este era el argumento de Lassalle). Pero Marx ha demostrado en detalle, en. *El capital*, que las leyes que regulan los salarios son muy complicadas, que unas veces predomina una y otras, otra, según las circunstancias; y que por ello no son en ningún sentido férreas, sino por el contrario muy elásticas, y que la cosa de ninguna manera puede ser despachada con pocas palabras, como lo imagina Lassalle. La base malthusiana de la ley que Lassalle se copió de Malthus y Ricardo (tergiversando a este último), tal como se encuentra, por ejemplo, en el *Arbeiterlesebuch* [*Cartilla Obrera*], página 5, citado en otro folleto de Lassalle, ha sido refutada en detalle por Marx en la sección *El proceso de acumulación del capital*. Así pues, al adaptar la "ley de hierro" de Lassalle, nos comprometemos con una falsa afirmación de base falsa.

En cuarto lugar, el programa plantea como su *única demanda social* la ayuda del Estado de Lassalle en su forma más desnuda, tal como Lassalle la robó de Buchez. ¡Y esto después que Bracke ha mostrado muy bien la completa nulidad de esta demanda y después que casi iodos, si no todos los oradores de nuestro partido, han sido obligados a manifestarse contra esta ayuda del Estado al combatir a los lassalleanos! Más que esto no podía rebajarse nuestro partido. El internacionalismo rebajado a Armand Gögg y el socialismo al republicano Buchez, quien planteó esta demanda *en oposición a los socialistas*, ¡para *suplantarlo*!

Pero en el mejor de los casos, la "ayuda del Estado" en el sentido lassalleano es sólo una medida *particular* entre muchas otras tendentes a alcanzar el objetivo que aquí se describe defectuosamente como que "prepara el camino para una solución de la cuestión social", ¡como si para nosotros todavía existiese una cuestión social teóricamente no resuelta! De manera que si decimos: el Partido Obrero Alemán lucha por la abolición del trabajo asalariado, y con él de las diferencias de clases, por el establecimiento de la producción cooperativa en escala nacional en la industria y en la agricultura; y que apoya toda medida adecuada al logro de este fin, entonces ningún lassalleano puede tener nada contra ello.

En quinto lugar, no aparece una palabra sobre la organización de la clase obrera como clase mediante los sindicatos. Y este es un punto principalísimo, porque esta es la verdadera organización de clase del proletariado, en la que lleva a cabo sus luchas diarias con el capital, en la que se estrena, y que hoy día ya no puede ser simplemente aplastada ni siquiera en medio de la peor reacción (como 'la que impera actualmente en París). Teniendo en cuenta la importancia que ha alcanzado también en Alemania esta forma de organización, en nuestra opinión sería absolutamente necesario mencionarla en el programa y, si fuese posible, dejarle un lugar en la organización del partido.

Todo eso ha hecho nuestra gente para complacer a los lassalleanos. ¿Y qué es lo que ha concedido la otra parte? El que figure en el programa una pila de demandas puramente democráticas y confusas, algunas de las cuales son simplemente cosas de moda, como por ejemplo la "legislación por el pueblo" que existe en Suiza y que, si tiene algún efecto, es más malo que bueno. La administración por el pueblo sería algo diferente. Igualmente defectuosa es la primera condición de toda libertad: el que todos los funcionarios debieran ser responsables por todos sus actos oficiales ante todo ciudadano y ante los jurados ordinarios conforme a la ley común. Y no digo nada de las demandas, tales como la libertad científica o la libertad de conciencia, que figuran en todo programa liberal burgués y cuya aparición aquí tiene algo de extraño.

El Estado libre del pueblo es transformado en el programa en Estado libre. En el sentido gramatical, un Estado libre es aquel en que el Estado es libre en relación con sus ciudadanos, siendo en consecuencia un Estado con un gobierno despótico. Debiera suprimirse toda la charla sobre el Estado, especialmente después de la Comuna, que no era ya un Estado en el sentido propio de la palabra. Los anarquistas nos han refregado demasiado tiempo el Estado del pueblo, a pesar que el libro de Marx contra Proudhon,[*] y más tarde el *Manifiesto Comunista*, declaran directamente que con la implantación del régimen socialista el Estado se disolverá por sí mismo y desaparecerá. En consecuencia, como el "Estado" es sólo una institución transitoria que se utiliza en la lucha, en la revolución, a fin de dominar por la fuerza al adversario, es tontería hablar de un "Estado libre del pueblo". Mientras el proletariado siga usando el Estado, no lo usará en interés de la libertad sino para dominar a sus adversarios, y apenas se haga posible hablar de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Por ello propondríamos reemplazar en todas partes la palabra "Estado" por *Gemeinesen* [comunidad], una buena palabra del alemán antiguo que equivale muy bien a la *commune* francesa.

"Terminar con toda desigualdad social y política" es también una frase muy discutible, en Jugar de "la abolición de toda diferencia de clase". Entre uno y

[*] Miseria de la filosofía.

otro país, una y otra provincia, e incluso entre uno y otro lugar, existirá siempre cierta desigualdad en las condiciones de vida, que podrá reducirse a un mínimo pero sin desaparecer nunca por entero. Los montañeses tendrán siempre diferentes condiciones de vida que las de la población del llano. La noción de la sociedad socialista como reino de la igualdad es una superficial idea francesa que reposa sobre la vieja "libertad, igualdad, fraternidad", idea justificada como *etapa de desarrollo* en su tiempo y lugar propios, pero que como todas las ideas superficiales de las primeras escuelas socialistas, debiera ahora superarse, porque sólo confunden a la gente y porque se han hallado formas de descripción más precisas.

Terminaré, aunque casi cada una de las palabras de este programa —el que, por añadidura, ha sido redactado en un estilo chato y débil— debiera criticarse. El programa es de un carácter tal que, si es aceptado, Marx y yo *nunca* podremos dar nuestra adhesión al *nuevo* partido fundado sobre esta base, y tendremos que considerar muy seriamente cuál será nuestra actitud para con él, incluso en público. Usted debe recordar que en el extranjero se nos responsabiliza a *nosotros* por todas y cada una de las manifestaciones y acciones del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán. Así, por ejemplo, lo hizo Bakunin en su folleto *Política y anarquía*, en el que nos responsabiliza por cada una de las palabras habladas o escritas sin pensar por Liebknecht desde que se fundó el *Demokratisches Wochenblatt* [*Semanario Democrático*]. La gente se imagina que nosotros lanzamos desde aquí nuestras órdenes sobre toda la actividad, aunque usted sabe tan bien como yo que nosotros apenas interferimos jamás en los asuntos internos del partido, y que cuando lo hacemos es para llamar la atención sobre los disparates, y únicamente sobre los teóricos, que en nuestra opinión se han cometido. Pero usted verá por sí mismo que este programa marca un punto crucial que puede fácilmente obligarnos a rehusar toda responsabilidad por el partido que lo reconozca.

Como regla, el programa oficial de un partido es menos importante que lo que este hace. Pero un programa *nuevo* es después de todo una bandera que se levanta públicamente, y el mundo exterior juzga al partido por el programa. En consecuencia, de ninguna manera debiera constituir un paso hacia atrás como lo es este en comparación con el programa de Eisenach. También debiera tenerse en cuenta lo que dirán de este programa los obreros de otros países, la impresión que producirá esta genuflexión ante el lassalleanismo de parte de todo el proletariado socialista alemán.

Al mismo tiempo, estoy convencido de que una unión sobre esta base no podrá durar un año. ¿Acaso las mejores cabezas de nuestro partido irán a darle vuelta a repeticiones aprendidas de memoria, de las afirmaciones lassalleanas sobre la ley de hierro de los salarios y la ayuda estatal? ¡Me gustaría verlo a usted, por ejemplo, haciendo eso! Y si lo hicieran, serían silbados por sus audi-

torios. Y estoy seguro de que los lassalleanos insistirán precisamente sobre esos puntos de su programa, igual que el judío Shylock sobre su libra de carne. La separación vendrá, pero nuevamente habremos "hecho personas honestas" de Hasselmann, Hassenklever, Tölcke & Cía.; de la separación saldremos más débiles y en cambio los lassalleanos saldrán más fuertes; nuestro partido habrá perdido su virginidad política y nunca más será capaz de salir abiertamente al encuentro de las frases lassalleanas que durante un tiempo habrán estado inscriptas en su propia bandera; y si los lassalleanos dicen entonces una vez más que ellos constituyen el más genuino, el único partido obrero, mientras que nuestra gente es burguesa, el programa estará allí para probarlo. Todas las medidas socialistas que figuran en él son de *ellos*, y todo lo que *nuestro* partido ha incluido son las demandas de esa misma democracia pequeñoburguesa a la que sin embargo *también* describe *él* mismo, en el mismo programa, como formando parte de la "masa reaccionaria".

He dejado estar esta carta porque a usted lo pondrán en libertad recién el 1° de abril en honor del cumpleaños de Bismarck, y no quise exponerla a la posibilidad de que fuese retenida al intentar pasarla de contrabando. Y ahora me acaba de llegar una carta de Bracke, quien también tiene sus graves dudas acerca del programa y quiere conocer nuestra opinión. Por esto le mando esta carta primero a él a fin de que pueda leerla, evitándome así volver a escribir todas estas cosas. Además, también a Ramm le dije la verdad desnuda; a Liebknecht sólo le escribí una breve carta. No puedo perdonarle por no habernos dicho nunca *una sola palabra* acerca del asunto (mientras que Ramm y otros creían que nos había dado una información exacta) hasta que; por así decirlo, fue demasiado tarde. Pero en realidad esto es lo que siempre ha hecho —de aquí la gran cantidad de desagradable correspondencia que Marx y yo hemos mantenido con él— pero esta vez es verdaderamente demasiado, y *nosotros no colaboraremos*.

---

§ Lenin atribuía a esta carta "una importancia *excepcionalmente* grande en cuanto se refiere al problema del Estado", como escribió en sus *estudios preliminares* para *El Estado y la revolución*.

> Este es probablemente el pasaje más notable, y con seguridad el más agudo de Marx y Engels "*contra* el Estado", por así decirlo. 1) Es necesario suprimir toda la charla sobre el Estado. 2) La Comuna no era ya un Estado en el propio sentido de la palabra. (Pero, ¿qué fue entonces? ¡Pues una forma de transición del Estado a la ausencia del Estado!) 3) Los anarquistas nos han "refregado" el "Estado del pueblo" demasiado tiempo. (Está claro que Marx y Engels estaban avergonzados de este error evidente cometido por sus amigos alemanes; pero pensaban, y correctamente en *las circunstancias entonces existentes*,

que este era un error incomparablemente menos grave que el error de los anarquistas. ¡¡Esto *N. B.*!!) 4) El Estado "se disolverá por sí mismo *Nota Bene* y desaparecerá"... (comparar además con "se marchitará") "con la implantación del régimen socialista..." 5) El Estado es "una institución transitoria" que se necesita en la lucha, en la revolución... (que necesita el *proletariado*, por supuesto)... 6) El Estado no se necesita *para la libertad*, sino para aplastar (*Niederhaltung* no es exactamente aplastar sino impedir que se levante, mantener sujetos) a *los adversarios del proletariado*. 7) Cuando haya libertad no habrá Estado. (Los conceptos de "libertad" y "democracia" se emplean generalmente como idénticos y frecuentemente se usan unos por otros. Muy a menudo, los marxistas vulgares, con Kautsky, Plejánov y Cía., a la cabeza, los tratan precisamente de esta manera. De hecho, la democracia excluye a la libertad. Lo dialéctico (proceso de desarrollo) es: del absolutismo a la democracia burguesa; de la democracia burguesa a la proletaria; de la proletaria a ninguna), 8) "Nosotros" (es decir, Engels y Marx) sugeriríamos hablar en *todas partes* (en el programa), en lugar de "Estado", de "comunidad", *commune*. ¡¡¡¡*N. B.*!!!! Aquí se ve cómo no sólo los oportunistas, sino también Kautsky, han vulgarizado, corrompido a Marx y Engels. ¡¡Los oportunistas no han comprendido una sola de estas *ocho* ideas enormemente fecundadas!! *Únicamente* han comprendido las necesidades prácticas del, presente: hacer uso de la lucha política, hacer uso del Estado contemporáneo para el entrenamiento, la educación del proletariado, para la "extracción de concesiones". Esto es correcto (a diferencia de la actitud anarquista), pero hasta ahora es sólo un centésimo de marxismo, si es que puede expresarse aritméticamente.

Kautsky suprimió por completo (u olvidó, o no comprendió) en su obra de propaganda y en todos sus escritos, los puntos uno, dos, cinco, seis, siete y ocho y la "destrucción" de Marx...[*] (Kautsky había caído ya en el oportunismo en lo que se refiere a todo esto.)

Nos distinguimos de los anarquistas: a) por el uso del Estado *ahora*; y b) en la época de la *revolución* proletaria ("la dictadura del proletariado"); puntos de la mayor importancia práctica, justamente ahora.[**] (¡También Bujarin los ha olvidado!)

De los oportunistas, por las verdades más profundas, "más eternas" sobre: aa) el carácter "temporario" del Estado, bb) el *daño* que hace

---

[*] La afirmación de Marx de que la máquina burocrático-militar del Estado debe destruirse. (*N. Ed. ingl.*)

[**] Enero-febrero de 1917. (*N. Ed. ingl.*)

"charlar" acerca del mismo en la actualidad, cc) la dictadura del proletariado, que con todo no tiene el carácter de un Estado, dd) la contradicción entre el Estado y la libertad, ee) el mayor rigor de la idea (concepción, término programático) de "comunidad" en lugar de Estado, ff) la "destrucción" de la máquina burocrático-militar. Tampoco debe olvidarse que la *dictadura del proletariado* es directamente repudiada por los oportunistas declarados de Alemania (Bernstein, Kolb, etc.) e *indirectamente* por el programa oficial [el de Erfurt] y por Kautsky, puesto que en la lucha diaria nada dicen de ella y toleran el reniego de Kolb y Cía.

Marx escribió una crítica extraordinariamente profunda y amplia del proyecto de programa de Gotha; es uno de los principales documentos del marxismo, especialmente en lo que se refiere a la teoría del Estado. El 5 de mayo de 1875 le escribía Bracke:

> *Cada paso de un movimiento real es más importante que una docena de programas*. Por consiguiente, si no era posible —y si las condiciones del momento no lo permitían— ir más allá del programa de Eisenach, debiera haberse concluido simplemente un *acuerdo para la acción* contra el enemigo común. Pero al redactar un *programa de principios* (en lugar de postergarlo hasta estar preparado para ello por un período considerable de actividad en común), se plantea ante la mirada de *todo el mundo* un mojón por el cual se mide la estatura del movimiento del partido. Los líderes Lassalleanos vinieron a nosotros porque los obligaron las circunstancias. Si se les hubiera dicho desde un comienzo que en cuestiones de principios no habría regateo, habrían tenido que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la acción común.

Pero los líderes socialdemócratas no siguieron el consejo de Marx y, como este lo había previsto, hicieron a los lassalleanos concesiones en cuestiones fundamentales.

LAS SIETE DEMANDAS POLÍTICAS del proyecto eran: el sufragio universal, la legislación directa por el pueblo, el armar al pueblo, administración democrática de la justicia, supresión de todas las leyes de emergencia, "extensión de los derechos y libertades" y un impuesto uniforme y progresivo.

ARBEITERLESEBUCH (Cartilla Obrera). Dos discursos pronunciados por Lassalle en Francfort el 17 y el 19 de mayo de 1863. El "otro folleto" es la

Carta abierta al Comité Central para convocar a un Congreso Obrero Alemán General en Leipzig (Zurich, 1863.) Engels se refiere al siguiente pasaje:

> ... la ley económica de hierro que en las condiciones actuales, bajo el dominio de la oferta y la demanda, determina los salarios, es esta: el salario medio siempre queda reducido a la subsistencia de un pueblo de acuerdo a sus costumbres para que pueda seguir viviendo y se reproduzca. (Lassalle, *Gesammelte Reden u. Schriften*, III, p. 58.)

EL FOLLETO DE BAKUNIN. En el folleto Bakunin llama a Liebknecht "agente de Herr Marx" y explica una serie de errores cometidos por Liebknecht en manifestaciones públicas, como debiéndose a la influencia directa de Marx.

BUCHEZ, PHILIPPE (1796-1865). "Socialista" católico francés que entre 1830 y 1840 propagó la teoría de las cooperativas de producción, con cuya ayuda esperaba desviar a los obreros de la lucha revolucionaria. Cf. carta 113.

GÖGG, ARMAND (1820-1897). Demócrata pequeñoburgués de Baden. Tomó parte en la revolución de 1848-1849. Hacia 1860 desarrolló una propaganda pacifista; era uno de los dirigentes de la Liga por la paz y la libertad.

TÖLCKE, WILHEM (1817-1893). Lassalleano. Presidente de la Asociación General de Obreros Alemanes después de la renuncia de B. Becker (1865); tomó parte en las negociaciones de unión con los eisenachianos en 1874-1875.

BRACKE, WILHELM (1842-1880). Socialdemócrata alemán, librero y editor. Al principio fue lassalleano, pero participó en la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán en Eisenach, en 1869, e integró el Comité del Partido. En 1870, a causa del manifiesto publicado por el Comité del Partido contra la guerra, fue arrestado y puesto preso en una fortaleza. Criticó el proyecto de programa sometido al Congreso de Gotha; en 1878 abandonó el trabajo partidario por enfermedad.

RAMM. Socialdemócrata de Leipzig, uno de los directores del *Volkstaat*.

177. DE ENGELS A KAUTSKY

[Londres], 12 de setiembre de 1882

Usted me pregunta lo que piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general; lo mismo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero, sólo hay conser-

vadores y liberal-radicales, y los obreros comparten gozosos las cadenas del monopolio inglés del mercado mundial y las colonias. En mi opinión las colonias propiamente dichas, es decir, los países ocupados por poblaciones europeas —Canadá, El Cabo, Australia— se volverán todas independientes; en cambio los países habitados por población nativa, que son simplemente subyugados —India, Argelia, las posesiones holandesas, portuguesas y españolas— debe tomarlas el proletariado transitoriamente en sus manos y conducirlas con toda la rapidez posible hacia la independencia. Es difícil decir cómo se desarrollará este proceso. En la India, quizá —mejor, muy probablemente— estallará una revolución, y como el proletariado al emanciparse no puede emprender guerras coloniales, a esto habría que darle todo el alcance posible; desde luego que no ocurrirá sin toda suerte de destrucciones, pero ello es inseparable de toda revolución. Lo mismo podría ocurrir también en alguna otra parte por ejemplo en Argelia y Egipto, y *para nosotros* sería por cierto lo mejor. En casa tendremos bastante que hacer. Una vez lograda la reorganización de Europa y Norteamérica, constituirá un poder tan colosal y un ejemplo tal, que todos los países semicivilizados se despertarán por sí mismos. Las solas necesidades económicas provocarán este proceso. Pero en cuanto a las etapas sociales y políticas que habrán de recorrer entonces esos países antes de llegar a la organización socialista, creo que en la actualidad sólo podemos adelantar hipótesis bastante ociosa. Sólo una cosa es segura: el proletariado victorioso no puede impartir ninguna bendición de ninguna clase a ninguna nación extranjera sin minar su propia victoria. Lo que por supuesto no excluye en modo alguno las guerras defensivas de diversos tipos.

El asunto egipcio ha sido tramado por la diplomacia rusa. Gladstone se apoderará de Egipto (al que está lejos de haber obtenido, y si lo tuviese estaría aún lejos de conservarlo) a fin de que Rusia pueda apoderarse de Armenia, lo que según Gladstone, sería una liberación más de un país cristiano del yugo mahometano. Todo el resto del asunto es mentira, farsa, pretexto. Pronto se verá si la patraña tiene éxito.

---

§ En setiembre de 1882 fue destruido el ejército egipcio en Tel-el-Kebir por el británico, el que entonces ocupó El Cairo. Esta fue la etapa final de la toma por la fuerza de Egipto por Gran Bretaña.

KAUTSKY, KARL (n. 1854). Socialdemócrata, uno de los más célebres teóricos de la Segunda Internacional. Checo de nacimiento. Se graduó en la Universidad de Viena y en 1874 se afilió al Partido Socialdemócrata Austríaco, en el cual integró el ala de "izquierda" semianarquista; en esa época empezó a trabajar en la prensa democrática y socialdemócrata, especialmente en el *Volkstaat*; por entonces estaba todavía por entero bajo la influencia de Lassalle y de los economistas burgueses. En 1879 se asoció al periódico oportunista de

"izquierda" de Most, *Freiheit*, pero el mismo año a invitación del reformista Höchberg, se estableció en Zürich para colaborar en los periódicos de este. En la primavera, Höchberg le encomendó ir a Londres, donde conoció a Marx y a Engels. (Cf. carta 174.) De 1883 en adelante dirigió la *Neue Zeit* [*Nuevos Tiempos*] y en 1885 se estableció en Stuttgart. Hacia 1880 había empezado a tomar contacto con el marxismo. En sus cartas, Engels criticó los errores teóricos de las obras de Kautsky y sus vacilaciones en la dirección de la *Neue Zeit*. (Cf. carta 196.) Kautsky escribió más tarde un conjunto de obras marxistas, pero incluso en sus mejores libros cometió cantidad de errores importantes; nunca fue, materialista dialéctico consecuente, y estuvo igualmente lejos de adoptar una posición revolucionaria y marxista a propósito del problema de la dictadura del proletariado. A fines de siglo encabezó la lucha contra el revisionismo de Bernstein (nota a la carta 170), en el curso de la cual manifestó, sin embargo, importantes hesitaciones. Más tarde fue el dirigente teórico del centrismo, el Papa de la "ortodoxia" de la Segunda Internacional, la cual atenuaba el marxismo y hacía de manto del revisionismo. Durante la primera guerra imperialista, fue socialpacifista. Después de la Revolución de Octubre se convirtió en el principal campeón de la lucha contra el marxismo-leninismo y, enemigo jurado de la revolución proletaria, reclamó la intervención contra la Unión Soviética. Desde entonces publicó gran número de folletos y de extensos volúmenes en los que adulteró y tergiversó el marxismo en la forma más cruda

178. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 28 de octubre de 1882

Leí apresuradamente el segundo artículo [de Vollmar], al tiempo que hablaban constantemente dos o tres personas. De no ser así, la forma en que se representa la Revolución Francesa me habría conducido a descubrir la influencia francesa, y con ello, sin duda, también a mi Vollmar. Usted ha percibido este aspecto muy correctamente. Él es, por fin, la soñada corporización de la frase sobre la "masa reaccionaria". Por *aquí*, todos los partidos oficiales unidos en un hato, por *allá*, todos los socialistas en una columna, y la gran batalla decisiva. Victoria en toda la línea y de un golpe. En la vida real, las cosas no suceden tan sencillamente. En la vida real, como también lo señala usted, la revolución empieza de modo precisamente opuesto, juntándose la gran mayoría del pueblo y también de los partidos oficiales, *contra* el gobierno, que con ello queda aislado, y derrocándolo; y únicamente después que aquellos partidos que pueden sobrevivir se han destruido mutua y sucesivamente, es que tiene lugar la gran división de Vollmar, y con ello la perspectiva de nuestro

mando. Si, como Vollmar, quisiésemos empezar derechamente por el acto *final* de la revolución, nos encaminaríamos por una vía miserablemente mala.

En Francia se ha producido la escisión largamente esperada. La primitiva conjunción de Guesde y Lafargue con Malon y Brousse fue, sin duda, inevitable cuando se formó el partido, pero Marx y yo nunca abrigamos la ilusión de que pudiese durar. La alternativa es puramente de principios: ¿la lucha ha de ser llevada a cabo como *lucha de clases* del proletariado o de la burguesía, o ha de permitirse que en buen estilo oportunista (o como se denomina en la traducción socialista: posibilista) ha de olvidarse el carácter de clase del movimiento y el programa cuando por este medio se presenta una oportunidad de ganar más votos, más afiliados? Malon y Brousse, al declararse en favor de la última alternativa, han sacrificado el carácter clasista, proletario, del movimiento, haciendo inevitable la separación. Tanto mejor. El desarrollo del proletariado se realiza en todas partes en medio de luchas internas, y Francia, que está formando ahora por primera vez un partido obrero, no hace excepción. En Alemania hemos superado la primera etapa de la lucha interna, y nos esperan otras fases. La unidad es algo muy bueno mientras sea posible, pero hay cosas más elevadas que la unidad. Y cuando, como Marx y yo, se ha luchado toda la vida más duramente contra los seudosocialistas que contra ningún otro (porque sólo considerábamos a la burguesía como a una clase, y apenas nos inmiscuíamos en conflictos con tal o cual fracción burguesa), no puede lamentarse mucho que haya estallado la inevitable lucha.

---

§ Sobre la "masa reaccionaria", le escribía Engels a Bernstein el 12 de junio de 1883:

> Aquí termina por cierto la frase sobre la masa reaccionaria, que como regla sólo es adecuada a la retórica (o, si no, a una situación *realmente revolucionaria*). Porque la ironía de la historia, trabajando de nuestra parte reside precisamente en el hecho de que los *diferentes* elementos de esta masa feudal y burguesa se desgastan mutuamente, se combaten y devoran entre sí en ventaja nuestra, formando así el opuesto mismo de la masa homogénea que el *Knoten* imagina haber estudiado al llamarla "reaccionaria". Por el contrario, todos esos diversos bandidos deben primero aplastarse mutuamente, desacreditarse y arruinarse por completo entre sí y prepararnos el terreno demostrando —uno tras otro— su incapacidad. Uno de los mayores errores de Lassalle fue el que olvidase por completo, en su labor de agitación, lo poco de dialéctica que había aprendido de Hegel. En esto nunca pudo ver más que un solo lado, igual que Liebknecht, pero como por ciertas razones este último vio por casualidad el lado correcto, fue después de todo superior al gran Lassalle (...) Y paralelamente a esto está la idea vin-

culada a la idea de una masa reaccionaria, de que si se echan por tierra las condiciones vigentes, debiéramos advenir al poder. Esto es un disparate. Una revolución es un lento proceso —recuérdese 1642-1646 y 1789-1793— y para que las condiciones puedan madurar para nosotros, y nosotros para ellas, deben llegar al poder todos los partidos intermedios y ser echados a su turno. Y entonces vendremos nosotros (...) y quizá también seamos nuevamente derrotados por el momento. Aunque si la cosa procede normalmente considero que esto último es apenas posible.

VOLLMAR, GEORG HEINRICH VON (n. 1850). Socialdemócrata alemán, ex funcionario, que se afilió hacia 1880. Dirigió el *Sozial-Demokrat* de Zürich de 1879 a 1880 y fue miembro del Reichstag en 1881-1886 y 1890-1903; durante el período de la Ley Antisocialista apoyó la táctica revolucionaria. Hacia 1890 se hizo dirigente e ideólogo reformista. En el *Congreso de Erfurt* del partido (1891) se manifestó en favor de la transición pacífica al socialismo por medio de "medidas de socialismo de Estado"; en el Congreso de Frankfort (1894) presentó, en nombre de los socialdemócratas bávaros, un programa enteramente reformista, que incluía una alianza con el campesinado acomodado y un voto favorable al presupuesto del Estado burgués. Los artículos de Vollmar —*Derogación de la Ley Antisocialista*— mencionados en esta carta, fueron publicados en el *Sozial-Demokrat* del 17 y del 24 de agosto de 1882; expresaban la opinión de que la continuación de la vigencia de dicha ley era más favorable para la socialdemocracia que su derogación, y estaban redactados en tono muy revolucionario, causa por la cual Bebel le escribió a Engels que:

> Los artículos están bien escritos y son correctos en principio, aunque yerran en la táctica. Si empleamos el lenguaje que recomienda Vollmar, dentro de un mes estaremos en la cárcel (...) con cinco o diez años encima, y si el periódico fuese a emplear ese estilo, cualquiera que fuese sorprendido distribuyéndolo obtendría lo mismo. Este lenguaje es simplemente imposible, a pesar de los principios que expresa; con él iríamos a la ruina, y por ello no debiéramos usarlo (...) Tampoco comparto la opinión de que la derogación de la Ley de Excepción y el reajuste de las leyes generales nos haría daño y conduciría a una combinación de nuestro partido con la oposición burguesa.

LA DIVISIÓN DEL PARTIDO OBRERO FRANCÉS tuvo lugar en el Congreso de St. Etienne, del 25 de setiembre de 1882. El Comité Nacional se proponía excluir a los marxistas del partido, ya que no podían obedecer simultáneamente a las decisiones del Congreso y a la voluntad de una persona que vive en Londres y que está fuera de todo control del partido.

La minoría marxista, dirigida por Guesde y Lafargue, se retiró del congreso, en el cual los posibilistas habían obtenido la mayoría falsificando los resultados de la votación, e inauguraron su propio congreso en Rouen. Con respecto a los posibilistas, le escribía Engels a Bernstein el 28 de noviembre de 1882:

> Esa gente es (...) cualquier cosa menos un partido obrero. Son en germen lo que es la gente de aquí [de Londres] en toda su madurez: la cola del partido radical burgués (...) No tienen programa obrero alguno. Y en mi opinión los dirigentes obreros que se prestan a la producción de un rebaño de votantes obreros de esta clase, es culpable de directa traición.

GUESDE, JULES (1845-1922). Líder del ala marxista del movimiento obrero francés. A partir de 1877 publicó el periódico socialista *Égalité*. En 1879 y 1880, junto con Lafargue y otros, fundó el Partido Obrero Francés, cuyo programa, en líneas generales, fue redactado con ayuda de Marx. En las dos últimas décadas del siglo, Guesde condujo la lucha contra los posibilitas y le salió resueltamente al encuentro al millerandismo [socialistas que aceptaban cargos en los gobiernos franceses, *N. Ed. Ingl.*], pero ya hacia 1890 comenzó a tornarse chauvinista y reformista. Más tarde fue uno de los dirigentes centristas más prominentes de la Segunda Internacional social-patriota durante la guerra imperialista y miembro del gobierno de 1914 a 1915.

LAFARGUE, PAUL (1842-1911). Uno de los líderes del ala marxista del movimiento obrero francés, y cofundador del Partido Obrero Francés. Desde 1861 participó en el movimiento republicano. Miembro de la Primera Internacional. Casose en 1868 con la hija segunda de Marx, Laura. En 1870 y 1871 llevó a cabo trabajos de organización y agitación en París y Burdeos; al caer la Comuna huyó a España, donde luchó en favor de la línea del Consejo General; luego se estableció en Londres. Después de la sangrienta Jornada de Mayo en Fourmis (1891) fue sentenciado a un año de prisión. Lafargue luchó contra el reformismo y el millerandismo; escribió numerosas obras de propaganda en las que, pese a sus muchos errores, defendió al marxismo revolucionario.

MALON, BÉNOIT (1841-1893). Socialista pequeñoburgués francés., uno de los fundadores y teóricos del reformismo. En 1865 estuvo en la Primera Internacional. En 1871 participó en la Comuna, después de cuya caída huyó a Suiza. Combatió al marxismo y estuvo de parte de una ecléctica teoría de "socialismo integral".

BROUSSE, PAUL (1854-1912). Socialista pequeñoburgués francés. Después de la caída de la Comuna vivió en Suiza, donde se unió a los anarquistas. Hacia 1880 se afilió al Partido Obrero Francés y en él, como dirigente de la línea posibilista, pronto emprendió la lucha contra el marxismo.

186. DE ENGELS A VAN PATTEN

[Londres], 18 de abril de 1883

Desde 1848, Marx y yo hemos sostenido la opinión de que *uno* de los resultados finales de la futura revolución proletaria será la disolución gradual de la organización política conocida con el nombre de *Estado*. El objetivo primordial de esta organización ha sido siempre el de asegurar, por la fuerza armada, la opresión económica de la mayoría trabajadora por la minoría que posee, ella sola, la riqueza. Con la desaparición de una minoría que posee la riqueza en forma exclusiva, desaparece también la necesidad del poder de la opresión armada, o poder del Estado. Pero, al mismo tiempo, siempre fuimos de la opinión de que para alcanzar este y los demás objetivos, mucho más importantes, de la futura revolución social, la clase obrera debe entrar primero en posesión del poder político organizado del Estado y aplastar con su ayuda la resistencia de la clase capitalista y reorganizar la sociedad. Esto se encuentra ya en el *Manifiesto Comunista* de 1847, cap. II, conclusión.

Los anarquistas ponen la cosa patas arriba. Declaran que la revolución proletaria debe *empezar* por terminar con la organización política del Estado. Pero, una vez obtenida su victoria, la única organización que el proletariado encuentra en existencia es precisamente el Estado. Este Estado podrá requerir modificaciones muy considerables antes de poder cumplir sus nuevas funciones. Pero destruirlo en un momento como ese sería destruir el único organismo por el cual el proletariado victorioso puede afirmar el poder que acaba de conquistar, paralizar a sus adversarios capitalistas y llevar a cabo esa revolución económica de la sociedad sin la cual toda la victoria termina inevitablemente en un nuevo fracaso y en una carnicería en masa de los obreros, similar a la que tuvo lugar después de la Comuna de París.

¿Es precisa mi seguridad expresa de que Marx se opuso a este disparate anarquista desde el día mismo en que fue propuesto en su forma actual por Bakunin? Toda la historia interna de la Asociación Internacional de Trabajadores es una prueba de ello. A partir de 1867 los anarquistas intentaron, con los métodos más infames, apoderarse de la dirección de la Internacional; el principal obstáculo en su camino fue Marx. La lucha de cinco años terminó en el Congreso de La Haya, de setiembre de 1872, con la expulsión de los anarquistas de la Internacional; y el hombre que más hizo para lograr esa expulsión fue Marx. Nuestro viejo amigo F. A. Sorge, de Hoboken, quien estaba presente como delegado, podrá darle a usted más detalles si lo desea.

Y pasemos ahora a Johann Most. Si cualquiera afirma que Most, desde que se convirtió al anarquismo, ha tenido relación alguna con Marx o ha recibido

de este ayuda de cualquier clase, o bien ha sido engañado o bien miente deliberadamente. Después de la publicación del primer número del *Freiheit* londinense, Most no nos visitó a Marx o a mí más que una o a lo sumo dos veces. Igualmente poco lo visitamos nosotros a él; ni siquiera lo encontramos por casualidad en parte alguna ni en ninguna época. Al final ya ni siquiera nos suscribíamos a su periódico, porque en él "no había realmente nada". Teníamos el mismo desprecio por su anarquismo y por su táctica anarquista que por las personas de quienes él había aprendido ambas cosas.

Estando todavía en Alemania, Most publicó una exposición "popular" de *El capital* de Marx. Se le pidió a Marx que la revisase para una segunda edición. Yo hice este trabajo junto con Marx. Hallamos que era imposible hacer más que expulgar los disparates más garrafales de Most, a menos que reescribiésemos todo el asunto del principio al fin. Marx permitió también que fuesen incluidas sus correcciones únicamente con la expresa condición de que nunca se mencionaría su nombre a este propósito, ni aún siquiera en relación con esta edición corregida de la compilación de Johann Most.

---

§ Esta carta es respuesta a una comunicación del secretario de la *Unión Obrera Central de Nueva York*, Phillipp van Patten, quien le había escrito a Engels el 2 de abril de 1883:

> Cuando se unieron todos los partidos a propósito del reciente homenaje a Karl Marx, Johann Most y sus amigos hicieron muchas declaraciones altisonantes de que Most había estado en estrecha relación con Marx y había divulgado en Alemania su obra *El capital*, y que Marx había estado de acuerdo con la propaganda realizada por Most. Tenemos una muy alta opinión de la capacidad y de la actividad de Karl Marx, pero no podemos creer que haya simpatizado con los métodos anarquistas y desorganizadores de Most, y me gustaría conocer su opinión sobre la actitud de Karl Marx en el problema anarquismo versus socialdemocracia. La estúpida y malintencionada cháchara de Most nos ha hecho ya demasiado daño, y nos desagrada mucho oír que una gran autoridad como Marx haya aprobado una táctica tal. (Para Most, véase la carta 162.)

192. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 18 de noviembre de 1884

Todos los filisteos liberales han cobrado un respeto tan grande por nosotros que chillan en coro: Sí, si los socialdemócratas quieren situarse en una *base legal* y abjurar de la *revolución*, entonces estaremos en favor de la inmediata derogación de la Ley Antisocialista. Por ello no hay duda de que en el Reichstag se les formulará a ustedes de inmediato esta sugerencia. La respuesta que ustedes den es importante. No tanto para Alemania, donde nuestros valientes muchachos la han dado en ocasión de las elecciones, como para el extranjero. Una respuesta *débil* destruiría de inmediato la impresión colosal producida por las elecciones.

En mi opinión, el caso se plantea así: A lo largo de toda Europa, la situación política vigente es producto de revoluciones. La base legal, el derecho histórico, la legitimidad, han sido acribillados en todas partes, o tirados por tierra. Pero, está en la naturaleza de todos los partidos o clases que han llegado al poder por medio de la revolución, el reclamar que la nueva base jurídica creada por esta sea reconocida incondicionalmente y considerada sagrada. El derecho a la revolución *existió* —de lo contrario los gobernantes actuales no serían legales— pero a partir de ahora no habrá de existir más.

En Alemania, la situación actual reposa sobre la revolución empezada en 1848 y terminada en 1866. La de 1866 fue una revolución completa. Así como Prusia vino a ser algo únicamente por la traición y la guerra contra el Imperio Alemán, en alianza con potencias extranjeras (1740, 1756, 1785), así también logró el Imperio Germanoprusiano únicamente derrocando por la fuerza a la Confederación Germánica y por medio de la guerra civil. Su afirmación de que los otros fueron quienes rompieron la Confederación no tiene importancia. Los otros dicen lo contrario. Nunca ha habido hasta ahora una revolución que careciese de pretexto legal; en la de 1830, en Francia, tanto el rey como la burguesía sostenían tener derecho. Basta con esto: Prusia provocó la guerra civil y con ella la revolución. Después de su victoria derribó tres tronos existentes "por la gracia de Dios", y se anexó sus territorios, junto con los de la exciudad libre de Frankfort. Si eso no fue revolucionario, yo no conozco el significado de la palabra. Y como esto no era suficiente, confiscó la propiedad privada de los príncipes expulsados. Que esto fue ilegal, en consecuencia revolucionario, lo admitió al obtener que la acción fuese apoyada más tarde por una asamblea —el Reichstag— que tenía tan poco derecho de disponer de esos fondos como el gobierno.

El Imperio Germanoprusiano, como consumación de la Confederación Germánica del Norte creada por la fuerza en 1866, es una creación enteramente revolucionaria. No me quejo de ello. Lo que reprocho a la gente que la hizo es que fueron tan sólo revolucionarios pobres de espíritu que no fueron mucho más lejos, anexando de inmediato toda Alemania a Prusia. Pero quienes operan a sangre y fuego, se tragan estados enteros, derriban tronos y confiscan la propiedad privada, no debieran condenar a los demás por revolucionarios. Si el partido conserva tan sólo el derecho de ser ni más ni menos revolucionario que lo que ha sido el gobierno imperial, tendrá todo lo que necesita.

Hace poco se afirmó oficialmente que la Constitución Imperial no fue un contrato entre los príncipes y el pueblo, sino únicamente entre los príncipes y las ciudades libres, los que en cualquier momento podían reemplazar la Constitución por otra. Los órganos del gobierno que publicaron esto exigían, en consecuencia, que los gobiernos tuviesen el derecho de *anular la Constitución Imperial*. Contra ellos no se promulgó ninguna Ley de Excepción, no fueron perseguidos. Muy bien, en el caso más extremo nosotros no reclamaremos para nosotros mismos más que lo que aquí se reclama para los gobiernos.

El duque de Cumberland es el heredero legítimo e incuestionable al trono de Brunswick. El derecho a Brunswick que pretende Cumberland no difiere de aquel por el cual el Rey de Prusia está sentado en Berlín. Cualquier cosa que se exija de Cumberland, soto podrá requerírsele una vez que haya tomado posesión de su legal y legítimo trono.

Pero el revolucionario gobierno imperial alemán le impide hacerlo por la fuerza. Otra acción revolucionaria.

¿Cuál es la situación de los partidos?

En noviembre de 1848, el Partido Conservador despedazó sin vacilar la nueva base legal creada en marzo de 1848. En todo caso, únicamente reconoce que la posición constitucional es provisoria, y aclamaría con deleite a cualquier *coup d'etat* feudal-absolutista.

Los partidos liberales de todos los matices colaboraron en la revolución de 1848-1869, y hoy no se privarían del derecho de oponerse por la fuerza a cualquier intento de fuerza de derrocar la Constitución.

Los centristas reconocen a la Iglesia como al poder más elevado, por encima del Estado, como un poder que en un caso dado podría, en consecuencia, hacer de la revolución un *deber*.

Y esos son los partidos que nos exigen que *nosotros, sólo nosotros de entre todos*, declaremos que en ninguna circunstancia recurriremos a la fuerza, y que nos someteremos a toda opresión, a todo acto de violencia, no sólo tan pronto como sea legal meramente en la forma —legal según lo juzgan nuestros adversarios— sino también cuando sea directamente ilegal.

Por cierto que ningún partido ha renunciado al derecho de la resistencia armada, en ciertas circunstancias, sin mentir. Ninguno ha sido capaz de renunciar jamás a este derecho de última instancia.

Pero una vez que se llegue a la cuestión de discutir las circunstancias en las cuales un partido se reserva este derecho; el juego está ganado. Entonces puede hablarse con claridad. Y especialmente un partido al que se ha declarado carente de derechos, un partido, en consecuencia al que se le ha indicado directamente, desde arriba, el camino de la revolución. Tal declaración de ilegalidad puede repetirse diariamente en la forma en que ocurrió una vez. Exigir una declaración incondicional de esta clase de un partido tal, es un completo absurdo.

Por lo demás, los señores pueden estar tranquilos. Con las condiciones militares de estos tiempos, no lanzaremos nuestro ataque mientras siga habiendo una fuerza armada contra nosotros. *Podemos* esperar a que la propia fuerza armada deje de *ser una fuerza dirigida contra nosotros*. Cualquier revolución prematura, aun victoriosa, no nos llevaría a *nosotros* al poder, sino a lo más avanzado de la burguesía y de la pequeña burguesía.

Entretanto, las elecciones han demostrado que no tenemos nada que esperar de condescendencia, esto es, de concesiones a nuestros adversarios. Sólo por la resistencia desafiante hemos ganado respeto y nos hemos transformado en una potencia. Sólo el poder es respetado, y únicamente mientras seamos un poder seremos respetados por el filisteo. Cualquiera que le haga concesiones no podrá seguir siendo una potencia y será despreciado por él. La mano de hierro puede hacerse sentir en un guante de terciopelo, pero debe hacerse sentir. El proletariado alemán se ha convertido en un partido poderoso; que sus representantes sean dignos de él.

---

§ El total de los votos socialdemócratas en las elecciones de diputados había aumentado, de 102 000 en 1871, a 493 000 en 1877, antes de la promulgación de la Ley Antisocialista (de 1878). En los primeros años de igualdad, cuando el partido no había demostrado el grueso de la masa obrera, o lo había hecho en forma insuficiente, que proseguía la lucha sin someterse al gobierno, el total de votos disminuyó (en 1881 fue de 312 000). Pero luego empezó un rápido incremento. En 1884, el partido superó la cifra máxima obtenida hasta entonces

y obtuvo 550 000 votos; y en 1890, al derogarse la ley, el número de votos socialdemócratas fue casi de un millón y medio.

El 11 de noviembre de 1884 le escribía Engels a Bernstein:

> En cuanto al resultado de las segundas votaciones, sólo se me informa poco y tarde. Espero que muchas de ellas hayan resultado bien, porque cuanto mayor sea el número de gente nueva que integre el bloque tanto mejor. Los peores (los "cultos") ya han sido electos, los nuevos son en su mayoría obreros y no pueden sino mejorar al grupo. La Ley Antisocialista está condenada. El Estado y la burguesía se han desacreditado irremediablemente frente a nosotros.
>
> Pero no por ello dejan de seguir viviendo alegremente, y quien crea que la ley será derogada a causa de ello, puede ser bien defraudado (...) Para terminar con la ley siempre será necesaria una resolución, y ellos difícilmente llegarán a esto. En el mejor de los casos habrá cláusulas penales que nos costarán más sacrificios que la Ley Antisocialista. Ahora tendremos que hacer proposiciones para legislar. Si son decididas, esto es, si están formuladas sin consideración alguna por los prejuicios pequeñoburgueses, estarán muy bien (...) Las elecciones de 1884 son para nosotros lo que fue 1866 para el filisteo alemán. En aquella época, sin hacer nada por conseguirlo, y por cierto que contra su propia voluntad, se convirtió repentinamente en una "gran nación". Pero ahora gracias a nuestro duro trabajo y a pesados sacrificios, nosotros nos hemos convertido en un "gran partido". ¡*Noblesse obligue*! No podemos arrastrar a toda la masa de la nación sin que esta masa se desarrolle. Frankfort, Münich, y Königsberg no pueden volverse de un golpe tan netamente proletarios como Sajonia, Berlín y los distritos mineros. En algunas partes, los elementos pequeñoburgueses de la dirección encontrarán en la masa la base que hasta ahora les faltó. Lo que hasta ahora ha sido una tendencia reaccionaria en las personas, puede reaparecer como elemento necesario del desarrollo —localmente— en las masas. Esto requeriría un campo de táctica a fin de seguir conduciendo a las masas en que, con ello, queden en sus puestos los malos dirigentes (...) en realidad, por ahora recibiremos felicitaciones de la derecha y de la izquierda, y las mismas no caerán siempre en el desierto.

193. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 11 de diciembre de 1884

Nunca me he engañado acerca de nuestras masas proletarias. Ese seguro progreso de su movimiento, confiado en la victoria y por ello mismo alegre y chistoso, es un modelo insuperable. Ningún proletariado europeo hubiera pasado tan brillantemente la prueba de la Ley Antisocialista y respondido, después de seis años de represión con una prueba tal de incrementadas fuerzas y de consolidada organización; ninguna nación hubiera logrado esta organización en la forma en que se logró, sin farsanteos conspirativos. Y, desde que vi los manifiestos electorales de Darmstadt y Hannover, también se desvanecieron mis temores de que podrían hacerse necesarias ciertas concesiones en los nuevos lugares (distritos electorales). Si ha sido posible hablar en un tono tan verdaderamente revolucionario y proletario en esas dos ciudades, entonces todo se ha ganado.

Nuestra gran ventaja es que, entre nosotros, la revolución industrial recién está en su plenitud, mientras que en Francia e Inglaterra, en lo esencial su ciclo está ya cerrado. En esos países, la división en ciudad y campo, en distrito industrial y distrito agrícola, está consumada a tal punto, que sólo cambia lentamente. La gran mayoría de la población nace y se desarrolla en las mismas condiciones en que habrá de vivir después, está ya acostumbrada a ellas: incluso las fluctuaciones y crisis se han convertido en algo que toman prácticamente por supuesto. A esto se añade el recuerdo de los fracasados intentos de los movimientos anteriores. En cambio, entre nosotros, todo está en pleno devenir. Los remanentes de la vieja producción industrial campesina para satisfacer las necesidades personales están siendo desplazados por la industria doméstica capitalista, mientras que en otros lugares, esta ya está sucumbiendo a su vez a la maquinaria. Y la propia naturaleza de nuestra industria, que hasta el final va renqueando a la cola, hace que el levantamiento social sea tanto más fundamental. Como los artículos de la producción en gran escala, tanto los de primera necesidad como los de lujo, ya se los han apropiado los ingleses y los franceses, todo lo que le queda a nuestra industria de exportación son pequeñas mercancías, las que, sin embargo, también se producen en masa, y que al principio son producidas por la industria doméstica, y sólo más tarde, cuando la producción se hace en masa, por las máquinas. La industria doméstica (capitalista) se introduce Por este medio en regiones mucho más vastas, abriéndose camino tanto más por completo. Exceptuando el distrito prusiano de la margen oriental del Elba, es decir, Prusia oriental, Pomerania, Posen, y la mayor parte de Brandeburgo. y además la vieja Baviera, hay pocas regiones en que los campesinos no hayan sido lanzados más y más a la industria doméstica. Por

ello, las regiones industrialmente revolucionadas se hacen más extensas en nuestro país que en cualquier otra parte.

Más todavía. Puesto que en su mayor parte el obrero de la industria doméstica hace su poquito de agricultura, se hace posible rebajar los salarios en forma sin parangón con los demás países. Lo que antes constituía la felicidad del pueblo menudo, la combinación de la agricultura con la industria, deviene ahora el medio más poderoso de la explotación capitalista. El sembradío de papa, la vaca, el poquito de agricultura, hacen posible que la fuerza de trabajo se venda por debajo de su precio; *obligan* a que sea así atando al obrero a su pedazo de tierra, la que, con todo, sólo provee en parte a su subsistencia. De aquí que sea posible exportar nuestra industria, debido al hecho de que el beneficio capitalista consiste en una deducción del salario normal. Este es más o menos el caso en toda industria doméstica rural, pero en ninguna parte lo es en la medida en que sucede en Alemania.

A esto se agrega el hecho de que nuestra revolución industrial, puesta en movimiento por la revolución de 1848 junto con su progreso burgués (por débil que haya sido), se aceleró enormemente debido a: 1) el desembarazamiento de los obstáculos internos en 1866 y 1870, y 2) los billones franceses, que al final encontraron una inversión capitalista. Así fue que llevamos a cabo una revolución industrial más profunda y completa, y especialmente más extendida y abarcadora, que la de los demás países, y esto con un proletariado perfectamente fresco e intacto, no desmoralizado por derrotas, y finalmente —gracias a Marx— con una visión de las causas del desarrollo económico y político y de las condiciones de la inevitable revolución, tal como no la poseyó ninguno de nuestros predecesores. Y por esta misma razón tenemos el deber de salir victoriosos.

En cuanto a la democracia pura y a su función en el futuro, no comparto su opinión. Es evidente que desempeña una función muchísimo más secundaria en Alemania que en países de desarrollo industrial más antiguo. Pero esto no impide la posibilidad de que, cuando llegue el momento de la revolución, adquiera una importancia pasajera en cuanto el más avanzado de los partidos *burgueses* (ya pretendió hacerlo así Frankfort), y en cuanto a la última tabla de salvación de todo régimen burgués e incluso feudal. En momentos revolucionarios como esos, toda la masa reaccionaria se aferra a ella y la refuerza; todo lo que solía ser reaccionario pasa por democrático. Así, por ejemplo, entre marzo y setiembre de 1848, toda la masa feudal-burocrática reforzó a los liberales para reprimir a las masas revolucionarias, y, una vez logrado esto, naturalmente que para expulsar del mismo modo a los liberales. Igualmente en Francia, desde mayo de 1848 hasta la elección de Bonaparte, efectuada en diciembre, estuvo en el poder el partido puramente republicano del *National*, el más débil de todos los partidos, debido simplemente a toda la reacción colecti-

va que se organizó tras él. Eso ha ocurrido en todas las revoluciones: el partido más moderado que de una u otra manera sigue siendo capaz de gobernar, llega al poder junto con los demás precisamente porque sólo en este partido ven los derrotados su última posibilidad de salvación. Ahora bien, no puede esperarse que en el momento de la crisis tengamos ya la mayoría del electorado, y, en consecuencia, toda la nación en nuestro apoyo. Toda la clase burguesa y los restos de la clase feudal terrateniente, una gran parte de la pequeña burguesía y también de la población rural, se agruparán entonces alrededor del partido burgués más radical, el que adoptará entonces las posturas revolucionarias, y yo creo muy posible que estará representado en el gobierno provisional y que incluso constituirá temporariamente su mayoría. Cómo, en cuanto a minoría, no debiéramos actuar en ese caso, lo demostró la minoría socialdemócrata en la revolución de París, de 1848. Sin embargo, por el momento esta es todavía una cuestión académica.

Por supuesto que la cosa puede tomar ahora un giro distinto en Alemania, y ello por razones militares. Tal como están las cosas en la actualidad, un impulso exterior apenas puede provenir de otra parte que no sea de Rusia. Si no ocurre así, si el impulso se origina en Alemania, entonces la revolución sólo puede partir del ejército. Desde el punto de vista militar, una nación desarmada contra un ejército moderno es una cantidad nula. En este caso —si entrasen en acción nuestras reservas, los muchachos de veinte a veinticinco años, que no votan pero están entrenados— la democracia pura podría ser tirada por la ventana. Pero este problema es todavía igualmente académico por el momento, aun cuando yo, como representante, por así decirlo, del estado mayor general del partido, estoy obligado a tenerlo en cuenta. Sea como fuere, nuestro único adversario el día de la crisis y el siguiente, será *toda la reacción colectiva, la que se agrupará en torno a la democracia pura*, y creo que esto no debe perderse de vista.

Si ustedes proponen mociones en el Reischtag, hay una que no debiera olvidarse, las tierras del Estado son cedidas en su mayoría a grandes agricultores; la parte más pequeña de ellas es vendida a los campesinos, cuyas propiedades son tan pequeñas que los nuevos campesinos se ven obligados a trabajar en los establecimientos agrícolas como jornaleros. Debiera reclamarse que *las grandes heredades que todavía no han sido divididas, sean arrendadas a sociedades cooperativas de trabajadores agrícolas para su cultivo en común*. El gobierno imperial no tiene tierras fiscales y por ello encontrará, sin duda, un pretexto para archivar una proposición tal, presentada en forma de moción. Pero creo que es preciso echarles esta tea a los jornaleros agrícolas. Lo que, por cierto, puede hacerse en uno de los muchos debates sobre el socialismo de estado. Esta, y sólo esta, es la vía para atraer a los trabajadores agrícolas: este es el mejor método de solicitar su atención al hecho de que en el futuro deberán cultivar, en beneficio de la comunidad, los grandes establecimientos de

nuestros actuales graciosos caballeros. Y esto será suficiente para el amigo Bismarck, que reclama de ustedes proposiciones positivas.

---

§ Sobre la democracia le escribía Engels a Bernstein el 24 de marzo de 1884:

> Esta concepción [de la democracia] cambia con cada *demos* [pueblo] de manera que nos lleva un solo paso adelante. En mi opinión, esto es lo que debiera decirse: También el proletariado necesita formas democráticas para la toma del poder político, pero, como todas las formas políticas, ellas le sirven como medio. Mas si queremos hacer hoy de la democracia un *fin*, entonces debemos apoyarnos sobre los campesinos y la pequeña burguesía, esto es, sobre clases que están en proceso de descomposición y que en la medida en que tratan de conservarse artificialmente son *reaccionarias* en relación con el proletariado. Además, no debe olvidarse que la forma lógica de la dominación burguesa es precisamente la república democrática, que se ha vuelto demasiado peligrosa únicamente debido al desarrollo alcanzado por el proletariado, pero que, como lo demuestran Francia y Norteamérica, sigue siendo posible como gobierno puramente burgués. Hablar, pues, del "principio del liberalismo" como "definidamente transformado en historia pasada", sólo es, en realidad, estar fuera de lugar; la monarquía constitucional liberal es la forma adecuada de la dominación burguesa: 1) al comienzo, cuando la burguesía no ha terminado del todo con la monarquía absoluta; y 2) al final, cuando el proletariado ha hecho que la república democrática sea ya demasiado peligrosa. Y, sin embargo, la república democrática sigue siendo siempre la última forma de la dominación burguesa, aquella en que se parte en pedazos. (Cf., también nota carta 215.)

194. DE ENGELS A ZASULICH[*]

[Londres], 23 de abril de 1885

Me pide usted mi opinión sobre el libro de Plejanov, *Nashi Raznoglassya* [Nuestras diferencias]. Para dársela debiera haber leído el libro, y puedo leer en ruso con bastante facilidad después de una semana de práctica. Pero hay semestres enteros en que ello me es imposible; luego pierdo la práctica y me veo obligado a reaprenderlo, por así decirlo. Así me ha ocurrido con *Nuestras diferencias*. Los manuscritos de Marx, que le estoy dictando a una secretaria,

---

[*] Carta escrita en francés.

me tienen ocupado todo el día; por la noche llegan visitas a quienes, después de todo no se puede despedir; hay que leer pruebas y contestar mucha correspondencia, y finalmente están las traducciones de mi *Origen*,[*] etc. (al italiano, al danés, etc.), que se me pide revise, y cuya revisión no es a veces ni superficial ni fácil. Pues bien, todas estas interrupciones me han impedido leer más de 60 páginas de *Nuestras diferencias*. Si pudiera disponer de tres días terminaría con la cosa y al mismo tiempo refrescaría mis conocimientos del ruso.

Entretanto creo que es suficiente la parte del libro que he leído para enterarme más o menos de las diferencias en cuestión.

Ante todo, le repito a usted, que estoy orgulloso de saber que en la juventud rusa hay un partido que acepta francamente y sin ambigüedades las grandes teorías económicas e históricas de Marx, y que ha roto resueltamente con todas las tradiciones anarquistas y levemente eslavófilas de sus predecesores. El mismo Marx se hubiera sentido igualmente orgulloso si hubiese vivido un poco más. En un progreso que será de gran importancia para el desarrollo revolucionario de Rusia. Para mí, la teoría histórica de Marx es la condición fundamental de toda táctica razonada y coherente; para descubrir esa táctica sólo es preciso aplicar la teoría a las condiciones económicas y políticas del país en cuestión.

Pero para hacerlo es preciso conocer estas condiciones; y en lo que a mí respecta, conozco demasiado poco acerca de la situación rusa actual como para presumir de competencia, para juzgar los detalles de la táctica requerida por esta situación en un momento dado. Además, desconozco casi por entero la historia interna e íntima del partido revolucionario ruso, especialmente la de los últimos años. Mis amigos *narodovoltsy* nunca me han hablado de esto. Y es un elemento indispensable para formarse una opinión.

Lo que sé yo creo de la situación rusa me conduce a la opinión de que los rusos se acercan a su 1789. La revolución *debe* estallar ahí dentro de un tiempo; *puede* estallar cualquier día. En esas circunstancias, el país es como una bomba cargada que sólo necesita se le ponga una espoleta. Especialmente desde el 13 de marzo.[**] Este es uno de esos casos excepcionales en que a un puñado de gente le es posible hacer una revolución, es decir, hacer que con un pequeño empujón se derrumbe todo un sistema que (para emplear una metáfora de Plejánov) está en un equilibrio más que inestable, liberando, así de un golpe, en sí insignificante, fuerzas explosivas incontrolables. Porque si alguna vez el blanquismo —la fantasía de revolucionar toda una sociedad por acción

_____

[*] El origen de la familia.

[**] 1° de marzo (según el antiguo calendario) de 1881, día en que fue asesinado el zar Alejandro II.

de una pequeña conspiración— ha tenido cierta justificación es, por cierto, en el caso de Petersburgo. Una vez que la chispa toca la pólvora, una vez que hansido puestas en libertad las fuerzas y que la energía nacional ha sido transformada de potencial en cinética (otra imagen favorita de Plejánov, y muy buena), la gente que acercó la chispa a la bomba será barrida por la explosión, la que será mil veces más fuerte que esa gente y se abrirá camino por donde pueda, según lo determinen las fuerzas y resistencias económicas.

Y suponiendo que esa gente imagine que pueda tomar el poder, ¿qué importa? Siempre que hagan el agujero que haga estallar el dique, la propia avalancha les despojará de sus ilusiones. Pero si por casualidad estas ilusiones tuviesen por resultado una fuerza superior de voluntad ¿por qué quejarse? La gente que alardeaba de haber *hecho* una revolución se veía siempre, al día siguiente, que no tenía idea de lo que estaba haciendo, que la revolución *hecha* no se parecía en lo más mínimo a la que les hubiera gustado hacer. Esto es lo que Hegel llama la ironía de la historia, ironía a la que escapan pocas personalidades históricas. Mire a Bismarck, el revolucionario a pesar suyo, y a Gladstone, que ha terminado peleándose con su adorado zar.

Para mí, lo más importante es que en Rusia debiera darse el impulso para que estalle la revolución. Sea esta o aquella fracción la que dé la señal, ocurra ello bajo esta o aquella bandera, poco me preocupa. Si fuese una conspiración palaciega sería barrida al día siguiente. Allí donde la situación es tan tirante, donde los elementos revolucionarios se han acumulado en un grado tal, donde la situación económica de la enorme mayoría de la población se hace cada día más imposible, donde figuran todas las etapas del desarrollo social, desde la comuna primitiva hasta la industria moderna, en gran escala y las más altas finanzas, donde estas contradicciones son violentamente mantenidas juntas por un despotismo imprecedente, despotismo que se le vuelve cada vez más insoportable a la juventud en que se unen el valor y la inteligencia nacionales: allí, una vez botado en 1789, no tardará en seguirle un 1793.[*]

_____

[*] 1793: cf. carta 206 y nota sobre los Jacobinos.

§ ZASULICH, VERA (1851-1919). Socialista rusa, unióse a los *narodniki* siendo joven estudiante. En 1880 emigró, y a partir de entonces trabajó junto con Plejánov, con quien fue una de las fundadoras del primer grupo marxista del movimiento obrero ruso (el grupo Emancipación del Trabajo, de 1885), que empezó la lucha contra los *narodniki* y por la creación de un partido revolucionario proletario. El grupo *Emancipación del Trabajo* le recomendó a Zasulich traducir al ruso algunas de las obras de Marx. Junto con Lenin y Plejanov integró el comité de redacción de *Iskra* [*La Chispa*]. Después de la escisión que tuvo lugar (en 1903) en el Partido Socialdemócrata Ruso, se pasó a

los mencheviques. Durante la guerra imperialista fue socialpatriota. Observó una actitud hostil a la Revolución de Octubre.

PLEJANOV, G[EORGE] V[ALENTINOVICH] (1856-1918). El principal dirigente marxista del movimiento obrero ruso antes de Lenin. Al producirse la escisión en el movimiento, se pasó pronto a los mencheviques. Aun cuando a veces se separó de ellos, acercándose nuevamente a los bolcheviques, estuvo siempre más cercano a los primeros. Con la guerra imperialista se convirtió en "defensor de la patria". Fue hostil a la Revolución de Octubre. Plejanov escribió una serie de obras marxistas fundamentales, especialmente sobre problemas filosóficos. En su libro *Nuestras diferencias* emprendió la lucha contra el socialismo pequeñoburgués de los populistas y en favor de la función dirigente de la clase obrera en el movimiento revolucionario ruso. A fines de siglo combatió al revisionismo. (Bernstein.) Lenin dijo de los escritos filosóficos de Plejanov que:

> Es imposible convertirse en un comunista verdadero y consciente sin estudiar todo lo que escribió Plejanov sobre filosofía, sin estudiarlo directamente porque es lo mejor de toda la literatura marxista internacional.

Pero al mismo tiempo, Lenin combatió rudamente importantes errores de Plejanov (por ejemplo en la teoría del Estado y en las cuestiones del materialismo dialéctico) y su posterior traición al socialismo.

198. DE ENGELS A FLORENCE KELLY WISCHNEWETSKY[*]

[Londres], 7 de enero de 1886

En cuanto a esos sabios norteamericanos que creen que su país está exento de las consecuencias de la producción capitalista completamente desarrollada, parecen vivir en seráfica ignorancia del hecho de que diversos Estados —Massachusetts, New Jersey, Pennsylvania, Ohio, etc.— tienen una institución tal como la Oficina del Trabajo de cuyos informes podrían aprender algo en contrario.

[*] Escrita en inglés.

§ Tratando este tema un mes después (el 3 de febrero) en una carta a la misma corresponsal, escribió Engels:

> Norteamérica destruirá el monopolio industrial inglés —o lo que del mismo quede—, pero no podrá adueñarse del mismo. Y a menos que *un* país tenga el monopolio de los mercados del mundo, por lo menos en las ramas decisivas del comercio, las condiciones —relativamente favorables—que existieron en Inglaterra de 1848 a 1870 no pueden reproducirse en ninguna parte, e incluso en Norteamérica deberá hundirse gradualmente el nivel de vida de la clase obrera. Porque si hay tres países (digamos Inglaterra, Norteamérica y Alemania) que compiten comparativamente en un pie de igualdad por la posesión del mercado mundial, no hay otro remedio que una sobreproducción crónica, al suplir uno de los tres toda la cantidad requerida. Esta es la razón por la cual estoy siguiendo el desarrollo de la crisis actual con mayor interés que nunca, y por la cual creo que marcará una época en la historia mental y política de la clase obrera norteamericana e inglesa, precisamente las dos cuya colaboración es tan absolutamente necesaria como deseable. (*N. Ed. Ingl*.)

WISCHNEWETSKY, FLORENCE KELLY (1859-1932). Reformista social norteamericano. Tradujo al inglés la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844*.

201. DE ENGELS A FLORENCE KELLY WISCHNEWETSKY[*]

[Londres], 3 de junio de 1886

Cualesquiera sean los errores y la limitación mental de los dirigentes del movimiento, y también en parte de las masas de reciente despertar, una cosa es segura: la clase obrera norteamericana se está moviendo. Y después de unos pocos pasos en falso se encaminará a tiempo por el justo camino. Considero que esta aparición en escena de los norteamericanos es uno de los sucesos más importantes del año.

El estallido de una guerra de clases en Norteamérica significaría para los burgueses de todo el mundo lo que el derrumbamiento del zarismo ruso para las grandes monarquías militares europeas: la caída de sus puntales. Porque, después de todo, Norteamérica era el ideal de todo burgués: un *país rico, vasto, progresista*, con instituciones puramente burguesas libres de residuos feu-

[1] Escrita en inglés.

dales o tradiciones monárquicas y sin un proletariado permanente y hereditario. Allí cualquiera podía convertirse, si no en capitalista, por lo menos en hombre independiente, produciendo o comerciando con sus propios medios y por su cuenta. Y a causa de que *hasta entonces* no había clases con intereses opuestos, nuestros —y vuestros—burgueses creían que Norteamérica estaba por encima de los antagonismos y luchas de clases. Esta ilusión se ha desvanecido ahora, el último paraíso burgués sobre la tierra se está convirtiendo rápidamente en un purgatorio y únicamente puede impedirse que, como Europa, se transforme en un infierno, por la acelerada marcha del desarrollo del recientemente madurado proletariado de Norteamérica. La forma en que este ha hecho su aparición en escena es bastante extraordinaria: seis meses atrás nadie sospechaba nada, y ahora se aparece de improviso en masas organizadas tales como para aterrorizar a toda la clase capitalista. ¡Si Marx viviera para verlo!

---

§ En la primera mitad de 1886 se desató en Estados Unidos un enorme movimiento huelguístico basado en la lucha por la jornada de ocho horas: Muchas de las huelgas cobraron carácter político. Surgieron diversos "partidos obreros" bajo diferentes denominaciones. Cf. carta 202 (*N. Ed. Ingl.*).

205. DE ENGELS A SORGE

[Londres], 7 de enero de 1888

Por otra parte, una guerra nos haría retroceder años enteros. El chauvinismo lo inundaría todo, porque sería una lucha por la existencia. Alemania pondría unos cinco millones de hombres en pie de guerra, o sea el diez por ciento de su población, y los otros de un cuatro a un cinco por ciento (Rusia relativamente menos). Pero habría de diez a quince millones de combatientes. Me gustaría ver cómo serían alimentados; sería una devastación como la Guerra de los Treinta Años. Y no se podría llegar rápidamente a una decisión, a pesar de las colosales fuerzas en pugna. Porque Francia está protegida en sus fronteras noreste y sudeste por extensísimas fortificaciones, y las nuevas construcciones de París son un modelo. De manera que durará mucho tiempo, y tampoco Rusia puede ser tomada por asalto. Por lo tanto, si todo marcha conforme a los deseos de Bismarck, se le exigirá a la nación más que nunca, y es bastante posible que las derrotas parciales y el agotamiento de la guerra decisiva produzcan un levantamiento interno. Pero si los alemanes fuesen derrotados desde el comienzo, u obligados a hacer una prolongada guerra defensiva, la cosa empezaría de seguro.

Si la guerra fuese llevada hasta el fin sin perturbaciones internas, sobrevendría un estado de agotamiento tal como no lo ha experimentado Europa en doscientos años. La industria norteamericana conquistaría entonces el mercado y nos obligaría a resolvernos ante la disyuntiva: o retroceder a la agricultura para *consumo interno* (el cereal norteamericano impide cualquier otra cosa) o transformación social. En consecuencia, me imagino que el plan no será llevar las cosas a los extremos, a más que una guerra de farsa. Pero, una vez disparado el primer tiro, el control cesa y el caballo puede desbocarse.

---

§ En su prefacio al libro de Borkheim, *Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807* [*En memoria de los grandes patriotas alemanes de 1806-1807*], escribía Engels a propósito de la guerra por venir:

> Y, por último, para Prusia-Alemania no hay posibilidad de hacer otra guerra que no sea la mundial. Y sería una guerra mundial de magnitud desconocida hasta ahora, de una potencia inusitada. De ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente y, además, se engullirán toda Europa, dejándola tan devastada, como jamás lo habían hecho las nubes de langosta. La devastación producida por la guerra de los Treinta Años condensada en tres o cuatro años y extendida a todo el continente; el hambre, las epidemias, el embrutecimiento de las tropas y también de las masas populares, provocados por la aguda necesidad, el desquiciamiento insalvable de nuestro mecanismo artificial en el comercio, la industria y el crédito; todo esto termina con la bancarrota general; el derrumbe de los viejos Estados y de su sabiduría estatal rutinaria —una quiebra de tal magnitud, que las coronas estarán tiradas a docenas por el pavimento y no se encontrará a nadie que las levante—; una imposibilidad absoluta de prever cómo terminará todo esto y quién saldrá vencedor de la lucha. Sólo un resultado no deja lugar a dudas: el agotamiento total y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.
>
> Esta es la perspectiva, si el sistema de competencia en los armamentos bélicos, llevado a su extremo, produce por último los frutos inevitables. Mirad, señores reyes y hombres de Estado, hasta dónde ha llevado vuestra sabiduría a la vieja Europa. Y si no os queda otra cosa que iniciar el último gran baile militar, no nos echaremos a llorar. Que la guerra nos lance por cierto tiempo a una etapa ya pasada, que nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas. Pero si desencadenáis las fuerzas que no podréis después dominar, cualquiera sea la forma que adopten los acontecimientos, al final de la tragedia quedaréis convertidos en una ruina, y la victoria del proletariado ya habrá sido conquistada o, de todos modos, será inevitable.

218. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 29 de setiembre de 1891

Usted tiene razón: si se llega a la guerra debemos exigir que se le de armas a todo el pueblo. Pero en conjución con la organización ya existente o con la preparada especialmente en caso de guerra. Y, en consecuencia, el alistamiento de la gente *todavía sin entrenamiento*, en reservas suplementarias y en *Landsturm*, y sobre todo entrenamiento de emergencia además de la adjudicación de armas y de la organización en cuadros fijos. La proclama de los franceses tendrá que hacerse en forma bastante diferente. Los diplomáticos rusos no son tan estúpidos como para provocar una guerra frente a toda Europa. Por el contrario, las cosas serán dispuestas de modo tal que, o bien Francia aparezca como la parte provocadora, o bien lo haga uno de los países de la Triple Alianza. Rusia tiene siempre a mano una docena de *casus belli* [ocasiones para la guerra] de esa clase; la respuesta particular dependerá del pretexto para la guerra que se haya utilizado. En cualquier caso debemos declarar que desde 1871 hemos estado siempre prontos para un entendimiento pacífico con Francia, que tan pronto como nuestro partido llegue al poder no podrá ejercer ese poder al menos que Alsacia-Lorena no determine libremente su propio futuro; pero que si se nos impone la guerra, y con mayor razón una guerra en alianza con Rusia, debemos considerarla como un ataque a nuestra existencia y defendernos con todos los medios, empleando todas las posiciones a nuestra disposición y en consecuencia también Metz y Estrasburgo.

En cuanto a la conducción de la guerra misma, hay dos aspectos decisivos: Rusia es débil en el ataque pero fuerte en potencia humana defensiva. Es imposible una estocada al corazón. Francia es fuerte en el ataque pero, una vez incapacitada para atacar, es inocua después de unas pocas derrotas. Tampoco doy mucho por los austríacos como generales ni por los italianos como soldados, de modo que a nuestro ejército le cabrá conducir y mantener la embestida principal. La guerra deberá empezar reteniendo a los rusos, pero derrotando a los franceses. Una vez logrado que la ofensiva francesa sea inocua, las cosas podrán llegar hasta la conquista de Polonia, hasta el Dvina y el Dnieper, pero difícilmente antes de ello. Esto debe realizarse con métodos *revolucionarios* y, si es necesario, cediendo un trozo de la Prusia polaca y toda la Galitzia a Polonia para que se establezca. Si esto va bien, en Francia seguirá sin duda la revolución. Al mismo tiempo presionar para que se le ofrezca a Francia, como oferta de paz, por lo menos Metz y Lorena.

Pero probablemente las cosas no irán tan bien. Los franceses no se dejarán derrotar tan fácilmente, su ejército es muy bueno y está mejor armado que el nuestro, y de nuestra superioridad en lo que respecta a los generales no parece

que fuese a salir mucho. Este verano se vio que los franceses han aprendido a movilizar. Y también que tienen suficientes oficiales para su *primer ejército de campaña*, el que es más fuerte que el nuestro. Nuestra superioridad en oficiales se demostrará recién más tarde, cuando las tropas sean llevadas al frente. Además, la línea directa de Berlín a París está fuertemente defendida por fortificaciones a ambos lados. En resumen, en el caso más favorable resultará probablemente una guerra fluctuante llevada a cabo mediante el agregado constante de nuevos refuerzos por ambos lados hasta que uno de ellos se agote, o hasta que sobrevenga la participación activa de Inglaterra, la que, bloqueando simplemente las importaciones de cereal, puede —en las condiciones que existan entonces— *matar de hambre* a la parte que ella decida, sea Alemania o Francia, obligándola a concluir la paz. Entretanto, lo que ocurra en la frontera rusa dependerá principalmente de la forma en que los austríacos conduzcan la guerra, y por ello no es previsible.

Tanto como esto me parece seguro: si somos derrotados, se derrumbará por años toda muralla que contenga al chauvinismo y a una guerra europea de revancha. Si salimos victoriosos, nuestro partido llegará al poder. La victoria de Alemania es por ella la victoria de la revolución, y si llega la guerra no sólo debemos desear la victoria, sino contribuir a ella por todos los medios...

Lo que debiera haberse afirmado categóricamente [por Bernstein] era que si Francia representa *formalmente* a la revolución en relación con Alemania, Alemania, por medio de su partido obrero, está *materialmente* a la cabeza de la revolución, y que esto saldrá necesariamente a la luz en la guerra, en la que nosotros, y con nosotros la revolución, seremos o bien aplastados o alcanzaremos el poder.

---

§ En 1891 empezó el acercamiento franco-prusiano, y junto con él, el peligro de guerra, que Marx había previsto ya en 1870, comenzó a acercarse. En una serie de cartas y en un artículo publicado en el *Almanaque del Partido Obrero Francés* de 1892, Engels trató el problema de esta guerra futura, de sus resultados y de la actitud de los partidos obreros ante la guerra, especialmente en Alemania y Francia. (Cf., también las cartas 217 y 218.)

219. DE ENGELS A BEBEL

[Londres], 24 de octubre de 1891

Como considero necesario decirle a los franceses la verdad desnuda sobre nuestra posición en caso de guerra —tarea condenadamente difícil, por cier-

to— escribí un artículo en francés y se lo envié a Laura [Lafargue]. Me escribe que ella y Paul [Lafargue] están encantados con el artículo, que es justamente lo que necesitan los franceses, etc. Si Guesde comparte su opinión —está todavía en Lille, donde representa a Lafargue ante los electores— el artículo se publicará. Fue originalmente escrito para *Almanaque* socialista francés, pero posiblemente (debiera decir probablemente) es demasiado fuerte para la gente que tiene que ver con eso, en cuyo caso aparecerá en el *Socialiste*, y espero que usted lo vea. Digo lo siguiente: Tenemos la certidumbre casi absoluta de llegar al poder dentro de los próximos diez años; no podríamos tomar ni conservar el poder sin resarcir por los crímenes cometidos por nuestros predecesores para con otras nacionalidades, y por ello sin 1) facilitar la reconstitución de Polonia, y 2) poner a la población del norte de Schleswig y a la de Alsacia-Lorena en situación de decidir libremente a quién ha de pertenecer. Entre una Francia socialista y una Alemania socialista no existiría el problema de Alsacia-Lorena. Por lo tanto, no hay razón para una guerra por causa de Alsacia-Lorena. Pero si la burguesía francesa desencadena una guerra con este motivo, y a este fin, se pone al servicio del zar ruso, que es también enemigo de la burguesía de toda Europa occidental, esto comportará una renuncia a la misión revolucionaria de Francia. Por otra parte, los socialistas alemanes, que si se conserva la paz tomaremos el poder en el término de diez años, tenemos el deber de mantener la posición que hemos ganado en la vanguardia del movimiento obrero, no sólo contra el enemigo interno sino también contra el externo. Si vence Rusia seremos aplastados. Si por consiguiente, Rusia empieza la guerra, ¡acometámosla!, acometamos a los rusos y a sus aliados, *sean quienes sean*. Entonces tendremos que cuidar que la guerra sea conducida por todos los métodos revolucionarios y que se le hagan las cosas imposibles a cualquier gobierno que rehúse adoptar tales métodos; y también deberemos prever que, en un momento dado, nosotros mismos tomemos las riendas. Todavía no hemos olvidado el glorioso ejemplo de los franceses de 1793 y, si nos vemos obligado, podrá resultar que celebremos el centenario de 1793 mostrando que los obreros alemanes de 1893 no son tan indignos de los saculottes de aquéllos días, y que si los soldados franceses cruzan nuestra frontera serán recibidos con el grito:

Quoi ces cohortes étrangeres
Feraient le loi dans nos foyers? (La Marsellesa)[*]

Esta es la sucesión general de pensamientos. Apenas esté compuesto el texto (estoy, desde luego, a la espera de pequeños cambios de detalles) y se ponga en máquinas, traduciré el artículo al alemán y veré lo que pueda hacerse con él. No estoy seguro de si la situación de la prensa entre vosotros permitirá que sea

_____

[*] ¿Qué? ¿Esas cohortes extranjeras han de hacer las leyes en nuestros hogares?

impreso en Alemania; quizá pueda salir si ustedes hacen algunas reservas; esto se verá. *Mis artículos* no atan en ningún caso al partido; afortunadamente para ambos, aunque Liebknecht se imagina que yo lo considero desafortunado para mí, lo que nunca me ocurre.

Según las informaciones, usted dijo que yo había profetizado el colapso de la burguesía para 1898. Hay un pequeño error en alguna parte. Todo lo que dije fue que posiblemente podríamos alcanzar el poder en 1898. Si esto *no* ocurre, la vieja sociedad burguesa podrá seguir vegetando por un tiempo, siempre que un empujón de afuera no derrumbe a todo el desvencijado y viejo edificio. Una envoltura vieja y podrida como esta pueda sobrevivir durante algunas décadas a su muerte interna, esencial, si la atmósfera es serena. De modo que me cuidaría mucho de profetizar cosa parecida. Nuestra llegada a la posibilidad del poder es, en cambio, un puro cálculo de probabilidades de acuerdo a leyes matemáticas.

Por todo ello, deseo que la paz persista. En nuestra posición actual no necesitamos arriesgarlo todo; pero la guerra nos obligaría a ello. Y además, dentro de otros diez años estaremos preparados en forma muy diferente. Y por la razón siguiente.

Para tomar posesión y poner en movimiento a los medios de producción, necesitamos gentes con instrucción técnica, y en masa. No las hemos logrado, y hasta ahora incluso hemos estado bastante contentos de habérsenos ahorrado la gente "culta". Ahora las cosas son diferentes. Ahora somos los suficientemente fuertes como para soportar y asimilar cualquier cantidad de cultos *Quarcks*,[*] y preveo que en los próximos ocho o diez años reclutaremos bastantes jóvenes técnicos, médicos, abogados y maestros para que podamos administrar las fábricas y las grandes fincas en nombre de la nación y por medio de camaradas del partido. Entonces, por lo tanto, nuestro acceso al poder será muy natural y se llevará a cabo con rapidez relativamente. En cambio, si una guerra nos llevase prematuramente al poder, los técnicos serían nuestros principales enemigos: nos engañarán y traicionarán en lo que puedan, y tendremos que emplear el terror contra ellos, pero con todo no jugarán sucio. Es lo que *siempre* les ocurrió, en pequeña escala, a los revolucionarios franceses; aun en la administración ordinaria tuvieron que dejar los cargos subordinados, en los que se hace el trabajo de verdad, en poder de viejos reaccionarios que lo obstaculizaban y paralizaban todo.

Por ello espero y deseo que nuestro espléndido y seguro desarrollo, que está avanzando con la calma e inevitabilidad de un proceso natural, pueda seguir su camino natural.

_____

[*] Véase carta 191, nota.

220. DE ENGELS A SORGE

[Londres], 24 de octubre de 1891

A pesar del hambre que reina en Rusia, el peligro de guerra está aumentando. Los rusos quieren sacar partido rápidamente y a fondo de la nueva alianza francesa, y aun cuando estoy convencido de que la diplomacia rusa no quiere la guerra, y que el hambre la haría parecer ridícula, las tendencias militaristas y paneslavistas (apoyadas ahora por *la muy fuerte* burguesía industrial a fin de ampliar los mercados) pueden prevalecer, y es igualmente posible que en Viena, Berlín o París se cometa alguna estupidez que provoque el estallido de la guerra. Bebel y yo hemos mantenido correspondencia sobre este punto y somos de opinión que si los rusos nos declaran la guerra, los socialistas alemanes deben atacar a los rusos y a sus aliados, cualesquiera que sean estos, en una lucha a muerte. Si Alemania es aplastada, también lo seremos nosotros, pero en el caso más favorable la lucha será tan violenta que Alemania sólo podrá mantenerse por medios revolucionarios, de modo que es muy posible que nos veamos obligados a subir al poder y a desempeñar el papel de 1793. Bebel ha pronunciado un discurso sobre este asunto en Berlín, atrayendo mucha atención de parte de la prensa francesa. Trataré de aclararles este asunto a los franceses en su propio lenguaje, lo que no es fácil. Pero aunque creo que sería una gran desgracia que se llegase a la guerra y que esta nos llevara prematuramente al poder, debemos estar preparados para esta eventualidad, y estoy contento de tener de mi parte a Bebel, quien es con mucho el más capaz de nuestros camaradas.

223. DE ENGELS A DANIELSON (NIKOLAI-ON)[*]

[Londres], 22 de setiembre de 1892

Resulta entonces que estamos de acuerdo en este punto: en que Rusia no puede existir en 1892 como país puramente agrícola, que su población agrícola debe complementarse con la producción industrial.

Pero yo sostengo que la producción industrial significa hoy día gran industria,[**] vapor, electricidad, hiladoras automotrices, telares mecánicos y finalmente máquinas que fabrican maquinaria. A partir del día que Rusia importó los ferrocarriles, la introducción de esos medios modernos de producción fue inevitable. Ustedes tienen que poder reparar sus propias locomotoras, vagones,

_____

[*] Escrita en inglés.

[**] Industria en gran escala fundada en la maquinaria.

vías, y esto sólo puede hacerse en forma barata si son capaces de construir en el país esas cosas que desean reparar. A partir del momento en que la guerra se transformó en una rama de la gran industria (barcos acorazados, artillería de cañones rayados, de tipo rápido y de repetición, balas recubiertas de acero, pólvora sin humo, etc.), la gran industria, sin la cual todas estas cosas no se pueden hacer, tornóse una necesidad política. No pueden tenerse todas estas cosas sin una manufactura metalúrgica altamente desarrollada. Y esta manufactura no puede existir sin un correspondiente desarrollo de todas las demás ramas de la manufactura, en especial la textil.

Concuerdo con usted en fijar en alrededor de 1861 el comienzo de la nueva era industrial de su país. Lo que caracterizó a la guerra norteamericana fue la desesperada lucha de una nación con formas de producción primitiva contra naciones de producción moderna. Los rusos lo comprendieron perfectamente, de ahí su transición a las formas modernas, transición irrevocable debido al decreto de emancipación [de los siervos], de 1861.

Una vez admitida esta necesidad del tránsito de los primitivos métodos de producción que prevalecían en 1854 a los modernos que están empezando ahora a prevalecer, es secundaria la cuestión de si el proceso de invernadero de favorecer la revolución industrial por medio de impuestos protectores o prohibitivos, fue ventajosa o aun necesaria, o si no lo fue. Esta atmósfera de invernadero de la industria hace que el proceso sea agudo, pues de otra manera podría haber conservado una forma más crónica. Apelotona en veinte años un desarrollo de que otro modo habría insumido sesenta o más. Pero ello no afecta la naturaleza del proceso mismo, el que, como usted dice, data de 1861.

Lo cierto es que si Rusia realmente necesitase y estuviese determinada a tener una gran industria propia, no podría tenerla si no fuese con *cierto* grado de proteccionismo, cosa que usted admite. Luego, desde este punto de vista, también el problema del proteccionismo es sólo de grado, y no de principio; el principio era inevitable.

También esto es seguro: si Rusia, después de la Guerra de Crimea, necesitó una gran industria propia, sólo pudo tenerla en una forma, en la forma *capitalista*. Y junto con esta forma, fue obligada a admitir todas las consecuencias que acompañan a la gran industria capitalista en todos los demás países.

Ahora bien, yo no veo que los resultados de la revolución industrial que se está efectuando en Rusia ante nuestros ojos sean en modo alguno diferentes de los que son o han sido en Inglaterra, Alemania o Norteamérica. En Norteamérica, las condiciones de la agricultura y de la propiedad territorial son diferentes, lo que comporta alguna diferencia.

Usted se queja del lento aumento del personal empleado en la industria textil comparado con el aumento cuantitativo de la producción. Lo mismo ocurre en todas partes. Si no fuese así, ¿de dónde nuestra redundante "reserva industrial"? (*El capital*, cap. XXIII, sec. 3ra y 4ta.)

Usted demuestra la sustitución gradual del trabajo masculino por el de mujeres y niños; *El capital*, cap. XIII (sec. 3ra).

Usted se queja de que las mercancías hechas a máquinas desalojan a los productos de la industria doméstica, destruyendo así una producción suplementaria sin la cual el campesino no puede vivir. Pero en esto tenemos una consecuencia absolutamente necesaria de la gran industria capitalista: la creación del mercado interno (*El capital*, cap. XXIV, sec. 5ta) y lo que ha ocurrido en Alemania en el transcurso de mi vida y ante mí vista. Incluso lo que usted dice, de que la aparición de mercancías de algodón no sólo destruye la hilatura y la tejeduría doméstica del campesino, sino también sus *cultivos de lino*, se ha estado viendo en Alemania desde 1820 hasta ahora. Y en cuanto a este aspecto a la cuestión —la destrucción de la industria doméstica y de las ramas de la agricultura que la sirven—, el verdadero problema de ustedes me parece ser este: que los rusos tuvieron que decidir si *su propia gran industria* había de destruir a su manufactura doméstica, o si este proceso había de llevarlo a cabo la *importación de mercancías inglesas*. Con proteccionismo, la realizaban los rusos, sin proteccionismo, los *ingleses*. Esto me parece completamente evidente.

El cálculo que usted hace, de que la suma de los productos textiles de la gran industria y de la industria doméstica no aumenta sino que permanece constante y aun disminuye, no sólo es muy correcto, sino que sería erróneo si llegase a otro resultado. Y ese total sólo puede aumentar lentamente y, según me parece, aún debiera decrecer en las actuales condiciones de Rusia.

Pues uno de los corolarios necesarios de la gran industria es que *destruye* a su propio mercado interno por el mismo proceso por el cual lo crea. Lo crea destruyendo la base de la industria doméstica del campesinado. Pero sin industria doméstica, el campesinado no puede vivir. Son arruinados *en cuanto campesinos*; su poder adquisitivo se reduce al mínimo; y mientras no se establezcan en sus nuevas condiciones de vida como *proletarios*, constituirán muy pobre mercado para las fábricas recientemente surgidas.

Siendo la producción capitalista una fase económica transitoria, está llena de contradicciones internas que se desarrollan y se tornan evidentes en proporción a su desarrollo. Esta tendencia a destruir su propio mercado al mismo tiempo que lo crea, es una de ellas. Otra es la situación insoluble a que conduce, y que en países *sin* mercado exterior, como Rusia, se desarrolla antes que

en países más o menos capaces de competir en el mercado mundial. Esta situación sin salida aparente encuentra su salida, en el caso de estos últimos países, en las conmociones comerciales, en la apertura violenta de nuevos mercados. Pero aun así se topa con el callejón sin salida. Fíjese en Inglaterra. El último nuevo mercado que al abrirse al comercio inglés podía atraer una resurrección pasajera de la prosperidad, es China. Por ello el capital inglés insiste en construir ferrocarriles chinos. Pero el ferrocarril chino significa la destrucción de toda la base de la pequeña agricultura china y de la industria doméstica, y como ni siquiera estará el contrapeso de una *gran industria* china, centenares de millones de seres humanos serán colocados en la imposibilidad de vivir. La consecuencia será una emigración en masa tal como el mundo nunca ha visto, una inundación de América, Asia y Europa por el ciudadano chino, una competencia de mano de obra con el obrero americano, australiano y europeo en base al nivel de vida chino, que es el más bajo de todos; y si para entonces el sistema de producción no ha cambiado en Europa, tendrá que cambiar en ese momento.

La producción capitalista se prepara su propia ruina, y usted puede estar seguro de que también hará lo mismo en Rusia. Puede producir, y si dura bastante lo hará con certidumbre, una revolución agraria radical; me refiero a una revolución de la condición de la propiedad de la tierra, que arruinará tanto al *pomeschik* [terrateniente] como al *muzhik* [campesino], remplazándolos por una nueva clase de grandes propietarios fundiarios sacados de los *kulaki* de las aldeas o de los especuladores burgueses de las ciudades. Sea como fuere estoy seguro de que los conservadores que han introducido el capitalismo en Rusia, se asombrarán terriblemente un día por las consecuencias de sus propios actos.

228. DE ENGELS A DANIELSON (NIKOLAI-ON)[*]

Londres, 17 de octubre de 1893

CUANDO recibí su carta del 28 de julio anunciándome su vuelta a su país, estaba a punto de irme por dos meses al extranjero, de donde acabo de volver. Esta es la razón de mi largo silencio.

Muchas gracias por los ejemplares de Ocherki,[**] tres de los cuales se los envié a buenos amigos. Me alegra ver que el libro ha provocado revuelo y sensación, como lo merece. Era el principal tema de conversación de los rusos con quienes me encontré. Precisamente ayer, uno de ellos escribe: "Entre noso-

_____

[*] Escrita en inglés

[**] N-on. Esbozo de nuestra economía política después de la Reforma (1893).

tros, en Rusia, se está desarrollando una polémica sobre el destino del capitalismo en Rusia."[*]

En la *Sozial-Politisches Zentralblatt* de Berlín, un tal B. V. Struve publica un largo artículo sobre el libro de usted; concuerdo con él en este punto: en que también para mí la actual fase capitalista del desarrollo ruso es una consecuencia inevitable de las condiciones históricas creadas por la Guerra de Crimea, la forma en que se llevó a cabo la modificación de la condición de la agricultura en 1861, y al estancamiento político general de Europa. En cambio, se equivoca de medio a medio cuando compara el estado actual de Rusia con el de Estados Unidos, a fin de refutar lo que llama vuestras visiones pesimistas del futuro. Dice que las malas consecuencias que tiene en Rusia el capitalismo moderno serán superadas con tanta facilidad como lo son en Estados Unidos. En este punto olvida por entero que EE.UU. es moderno, burgués, desde el comienzo mismo; que fueron fundados por pequeños burgueses y campesinos que escaparon al feudalismo europeo para instaurar una sociedad puramente burguesa. Mientras que en Rusia tenemos una base de carácter comunista primitivo, una sociedad gentilicia precivilizada en proceso de descomposición, es verdad, pero que sigue sirviendo de base, de material sobre el cual opera la revolución capitalista (pues es una verdadera revolución social). En Norteamérica, la economía monetaria, se estableció por completo y por más de un siglo, al tiempo que en Rusia la economía natural era casi exclusivamente la regla. En consecuencia, es lógico que la transformación operada en Rusia sea muchísimo más violenta, mucho más decisiva, y vaya acompañada de sufrimientos inmensamente mayores que lo que podría ser en Norteamérica.

Pero a pesar de todo ello, sigue pareciéndome que la visión de usted es más sombría de la que justifican los hechos. No hay duda de que el paso del comunismo agrario primitivo al industrialismo capitalista no puede efectuarse sin una tremenda dislocación de la sociedad, sin la desaparición de clases enteras y sin su transformación en otras clases; y en los enormes sufrimientos y el derroche de vidas humanas y de fuerzas productivas que ello necesariamente implica, los hemos visto —en menor escala— en Europa occidental. Pero de ahí a la completa ruina de una grande y altamente dotada nación, media un largo trecho. El rápido aumento de población al que ustedes han estado acostumbrados, puede detenerse; la atolondrada deforestación, combinada con la expropiación de los antiguos terratenientes así como de los campesinos, puede provocar un derroche colosal de fuerzas productivas. Pero después de todo, una población de más de cien millones de habitantes terminará por proveer un considerable mercado interno a una muy respetable gran industria, y entre vosotros, como en todas partes, las cosas acabarán por alcanzar el nivel que les es propio (...) si el capitalismo dura lo suficiente en Europa occidental.

[*] Esta frase fue escrita en ruso.

Usted mismo admite que "las condiciones sociales rusas después de la Guerra de Crimea no eran favorables al desarrollo de la forma de producción heredada de nuestra historia pasada". Yo iría más lejos, y diría que ni en Rusia ni en parte alguna habría sido posible construir una forma social superior a partir del comunismo agrario primitivo, a menos que esa forma superior existiese ya en otro país, para servir de modelo. Siendo esa forma superior, dondequiera que sea históricamente posible, la consecuencia necesaria de la forma capitalista de producción y de los antagonismos sociales de carácter dual creados por ella, no podría formarse directamente partiendo de la comuna agraria, a menos que fuese imitando un ejemplo ya en existencia en cualquier otra parte. Si el occidente europeo hubiese estado maduro para esa transformación en 1860-1870, si esa transformación hubiese sido llevada a cabo por Inglaterra. Francia, etc., los rusos habrían sido llamados a demostrar lo que podía hacerse de su comuna, que entonces estaba más o menos intacta. Pero el Occidente permaneció estancado, no se intentó tal transformación, y el capitalismo se desarrolló con velocidad creciente. Y como Rusia no podía elegir sino entre transformar la comuna en una forma de producción separada de aquella por una cantidad de etapas históricas, y para lo cual ni siquiera en Occidente estaban entonces maduras las condiciones —tarea evidentemente imposible— o bien tornarse capitalista, ¿qué le quedaba sino la segunda posibilidad?

En cuanto a la comuna, sólo es posible mientras las diferencias de riqueza entre sus miembros son insignificantes. Tan pronto como aumentan estas diferencias, tan pronto como uno de sus integrantes se esclaviza por deudas a los más ricos, no puede ya vivir. Los *kulaki* y *miroyedy* [parásitos] de la Atenas de antes de Solón destruyeron la gens ateniense con la misma implacabilidad con que los de vuestro país destruyen la comuna. Temo que esa institución esté condenada. Pero, en cambio, el capitalismo inaugura nuevos panoramas y nuevas esperanzas. Fíjese en lo que ha hecho y está haciendo en Occidente. Una gran nación como la vuestra sobrevive a cualquier crisis. No hay calamidad histórica que no tenga su progreso histórico compensativo. Sólo cambia el *modus operandi*. *Que les destinées s'accomplissent*! (¡Cúmplase el destino!)

---

§ Las cartas de Engels a Danielson sobre el problema del desarrollo del capitalismo en Rusia son particularmente interesantes por contener la misma refutación de las teorías de los populistas que independientemente, y casi al mismo tiempo, daba Lenin en los escritos en que combatió a los *narodniki*, donde

> ...elaboró los principios del marxismo en armonía con las distintas condiciones y peculiaridades locales de los diversos países y completó la teoría marxista del materialismo dialéctico y de la economía política. (Stalin.)

En su principal obra de economía, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (de 1898), Lenin demostró, mediante amplia documentación de hechos concretos, la desintegración de la agricultura rusa y la creación, por este proceso, de un mercado interno para el capitalismo. La comparación de las cartas de Engels a Danielson con los escritos de Lenin demuestra que Engels arriba a las mismas conclusiones a las que luego llegó Lenin sobre la base de su profundo estudio del desarrollo del capitalismo en Rusia y mediante su magistral aplicación del método marxista, que enriqueció y concretó.

230. DE ENGELS A TURATI

[Londres], 26 de enero de 1894

En mi opinión, la situación de Italia es la siguiente.

La *burguesía*, que llegó al poder durante y después del movimiento de independencia nacional, ni quería ni podía completar su victoria. Ni destruyó los remanentes feudales, ni transformó la producción nacional conforme al módulo capitalista moderno. Incapaz de asegurarle al país las *ventajas* relativas y temporarias del sistema capitalista, lo recargaron en cambio con todos los daños y desventajas del sistema. Y como si no fuese suficiente, perdieron los últimos restos de respeto y confianza al enredarse en los más sucios escándalos bancarios.

La población *trabajadora* —campesinos, artesanos, obreros agrícolas e industriales— se halla en consecuencia en situación de opresión, por una parte debido a los antiguos abusos, heredados no sólo de los tiempos feudales, sino de un período anterior aún (tome, por ejemplo, la *mezzadria* [aparcería] o los latifundios del sur, donde el ganado está suplantando a los hombres); y por otra parte, debido al más rapaz de los sistemas impositivos que haya inventado jamás la política burguesa. También en este caso puede decirse, con Marx, que "Como todo el resto del occidente de la Europa continental, no sólo somos torturados por el desarrollo de la producción capitalista, sino también por su falta de desarrollo. Junto con la miseria moderna, estamos oprimidos por toda una serie de miserias heredadas provenientes del hecho de que siguen vegetando entre nosotros los métodos antiguos y anticuados de producción, que tienen por efecto condiciones sociales y políticas inadecuadas a la época. Sufrimos no solamente a causa de los vivos, sino también de los muertos. *Le mort saisit le vil*. [El muerto atrapa al vivo.]

Esta situación tiende a una crisis. En todas partes, las masas productoras están fermentando: se levantan por doquier. ¿A dónde conducirá esta crisis?

El *Partido Socialista* italiano es evidentemente demasiado joven y, teniendo en cuenta toda la situación económica, demasiado débil para poder esperar una *victoria inmediata* del socialismo. En ese país, la población rural sobrepasa por mucho a la urbana; en las ciudades, la industria está apenas desarrollada, y en consecuencia el proletariado *típico* es numéricamente pequeño: está compuesto en su mayor parte de artesanos, pequeños patrones y pequeños comerciantes, constituyendo una masa fluctuante entre la pequeña burguesía y el proletariado. Son los burgueses pequeños y medianos de los tiempos medievales, en proceso de decadencia y disolución; seguramente se convertirán en su mayor parte en proletarios, pero en la actualidad todavía no están proletarizados. Y esta clase, enfrentada diariamente con la ruina, y llevada ahora a la desesperación, es la única clase que puede dar los luchadores y dirigentes de un movimiento revolucionario en Italia. Serán seguidos en su camino por el *campesinado*, excluido de tomar iniciativa propia y eficaz, debido al hecho de que vive espacialmente disperso y no sabe leer ni escribir, pero que de todos modos será un aliado fuerte e indispensable.

En el caso de un triunfo más o menos pacífico, tendrá lugar un cambio de ministerio y subirán al poder los republicanos "convertidos"; en el caso de una revolución, triunfará la república burguesa.

¿Cuál debiera y debe ser la actitud del Partido Socialista frente a esta situación?

La táctica que, desde 1848. les ha brindado a los socialistas los mayores éxitos, es la que recomienda el *Manifiesto Comunista*: "En las diversas etapas del desarrollo que debe atravesar la lucha de la clase obrera contra la burguesía, los socialistas representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto (...) Luchan por el logro de los objetivos inmediatos, por el reforzamiento de los intereses momentáneos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan también, y cuidan, el futuro de ese movimiento."

En consecuencia, los socialistas toman parte activa en todas las fases del desarrollo de la lucha entre las dos clases, sin perder de vista con ello, el hecho de que esas fases son tan sólo otros tantos pasos preliminares hacia el gran objetivo primordial: la conquista del poder *político* por el *proletariado*, como medio para una nueva organización de la sociedad. Su puesto está al lado de quienes luchan por la obtención inmediata de un progreso que al mismo tiempo sirve a los intereses de la clase obrera. Aceptan todos esos pasos políticos o sociales progresivos, pero únicamente como cuotas. Por lo tanto, consideran a todo movimiento revolucionario o progresista como un paso más en el logro de su finalidad propia; y es tarea especial de ellos impulsar más hacia adelante a otros partidos revolucionarios y, en caso de que uno de ellos resulte vencedor, cuidar los intereses del proletariado. Esta táctica, que nunca pierde de vista el

gran objetivo final, nos ahorra a los socialistas los desengaños a que los demás partidos de visión menos clara —sean republicanos o socialistas sentimentales, quienes confunden lo que es una mera etapa con el objetivo final del avance— sucumben inevitablemente.

Apliquemos lo dicho a Italia.

La victoria de la pequeña burguesía, que está en proceso de desintegración, y del campesinado, quizá pueda llevar al poder un ministerio de republicanos "convertidos". Esto nos dará sufragio universal y mayor libertad de movimiento (libertad de prensa, de organización y de reunión), nuevas armas que no son de despreciar.

O bien nos traerá la república burguesa, con la misma gente y algunos mazzinistas o de otra tendencia. Esto ampliaría aún más la libertad y nuestro campo de acción, al menos por el momento. Y Marx dijo que la república burguesa es la única forma política en que puede resolverse la lucha entre el proletariado y la burguesía. Sin hablar de la reacción que se haría sentir en Europa.

De modo que la victoria del movimiento revolucionario que se está preparando no puede sino fortalecernos y situarnos en condiciones más *favorables*. Cometeríamos el mayor de los errores si reprimiésemos nuestra simpatía por el mismo o, si en nuestra actitud ante los partidos "emparentados" con el nuestro, nos redujésemos simplemente a la crítica negativa. Puede llegar el momento en que tendríamos el deber de colaborar en forma positiva. ¿Qué momento podría ser?

Indudablemente, no es asunto nuestro preparar directamente un movimiento que no sea estrictamente de la clase que representamos. Si los republicanos y radicales creen que ha llegado la hora, dejémosle a *ellos* en libertad de atacar. Respecto a nosotros, nos hemos desengañado con harta frecuencia de las grandes promesas de esos señores, para que permitamos que vuelvan a abusar de nuestras personas. Ni sus proclamas ni sus conspiraciones nos descarriarán. Es nuestro deber *apoyar* todo movimiento popular *verdadero*; no lo es menos proteger al apenas formado núcleo de nuestro partido proletario, no sacrificarlo inútilmente y no permitir que el proletariado sea diezmado en estériles levantamientos *locales*.

Pero en cambio, si el movimiento es realmente nacional, nuestra gente no se quedará escondida y no necesitará contraseñas...

Mas si se llega a esto, debemos tener conciencia, y proclamarlo abiertamente, de que intervenimos sólo como *partido independiente*, aliado momen-

táneamente a los radicales y republicanos, pero que es de naturaleza esencialmente diferente de ellos: que no nos permitimos albergar en absoluto ninguna ilusión en cuanto al resultado de la lucha en caso de victoria; que este resultado no sólo no puede satisfacernos, sino que para nosotros será únicamente una nueva etapa cumplida, una nueva base de operaciones para nuevas conquistas; que en el momento mismo de la victoria nuestros caminos se bifurcarán; que a partir de ese mismo día formaremos una *nueva oposición* al nuevo gobierno, no una oposición reaccionaria sino progresista, una oposición de la más extrema izquierda, que bregará por nuevas conquistas, más allá de las ganadas.

Después de la victoria común quizá se nos ofrezca algunos *cargos en el nuevo gobierno*, pero siempre en minoría. *Aquí reside el mayor peligro*. Después de la Revolución de Febrero de 1848, los socialistas democráticos franceses (la gente de la Réforme, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Flogon, etc.), fueron lo bastante incautos como para aceptar cargos de esa naturaleza. Siendo minoría en el gobierno, involuntariamente cargaron con toda la responsabilidad por toda la infamia y la traición que la mayoría, compuesta puramente de republicanos, cometió contra la clase obrera, al tiempo que su participación en el gobierno paralizó completamente la acción revolucionaria de la clase obrera que se suponía representaban.

Aquí sólo le expreso mi opinión personal, que usted me pidió, y lo hago con cierta cautela. En cuanto a la táctica general que le he descrito, me he convencido de su justeza en todos los momentos de mi vida. Nunca me hizo tropezar. Pero respecto de su aplicación a Italia en las condiciones actuales, la decisión debe ser tomada en el lugar, y por aquellos que están en medio del movimiento.

---

§ En la nota al capítulo 10 de su folleto *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905) (*Obras completas*, t. 11) Lenin escribe sobre la

> ...exactitud de la teoría marxista de la diferencia entre las tres principales fuerzas de las revoluciones del siglo XIX. Según a esta teoría, las fuerzas que combaten el viejo orden social, el absolutismo, el feudalismo y la servidumbre, son: 1) la gran burguesía liberal; 2) la pequeña burguesía radical; 3) el proletariado. La primera lucha por la monarquía constitucional, la segunda por la república democrática y la tercera por la revolución social.
>
> El socialista que confunda la lucha pequeñoburguesa por una revolución democrática completa con la lucha proletaria por la revolución

> socialista, corre el peligro de quebrar políticamente. La advertencia de Marx respecto a esto, es muy justificada.
>
> Al mismo tiempo que reconoce en absoluto el carácter burgués de la revolución, la que no puede trascender de inmediato los límites de una simple revolución democrática, nuestra consigna —"la dictadura revolucionaria, democrática del proletariado y del campesinado"— *empuja hacia adelante* a esta revolución particular y tiende a darle formas más ventajosas para el proletariado; en consecuencia, tiende a la utilización extrema de la revolución democrática, en favor de otra lucha, triunfal, del proletariado por el socialismo.

La estricta y tajante distinción entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletario-socialista —puesta esta última a la clase obrera, como su tarea inmediata, después de la victoria más o menos completa de la primera— es uno de los pilares fundamentales de la teoría marxista-leninista de la revolución proletaria. Pero estas revoluciones no están separadas entre sí por una muralla china. En su artículo *La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino* (1905), escribía Lenin:

> Ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todo el campesinado a llevar a cabo la revolución democrática para que nos sea mucho más fácil a nosotros, el partido del proletariado, proceder, tan rápidamente como sea posible, a cumplir la nueva y superior tarea, la revolución socialista.

En 1921, en su artículo *El Cuarto Aniversario de la Revolución de Octubre*, decía Lenin que la revolución socialista

> ...no está separada de la revolución democrático-burguesa por una muralla china (...) sólo la lucha decidirá en qué medida lograremos ir hacia adelante.

TURATI, FILIPPO (1857-1931). Líder de la socialdemocracia italiana. Después de la fundación del Partido Comunista italiano se quedó un tiempo en él para

> ...poner obstáculos en su marcha cuando llegase realmente el momento de la revolución. (Lenin.)

Lenin lo combatió enérgicamente, exigiendo su expulsión del partido. Turati adoptó frente al fascismo la cobarde y traidora táctica de la capitulación y el desarme del movimiento obrero. Murió en la emigración.

MEZZADRIA. [Aparcería]: "Una forma de transición entre la forma primitiva de la renta capitalista." Particularmente común en Italia. El terrateniente le da al agricultor una parte del capital de explotación y recibe a cambio una parte correspondiente, pero generalmente muchísimo mayor, de productos agrícolas. De aquí que el sistema de la aparcería sea una forma particularmente intensiva de la explotación de los campesinos pobres por el terrateniente.

234. DE ENGELS A KAUTSKY

[Londres], 21 de mayo de 1895

He aprendido mucho en el libro,[*] es un estudio preliminar indispensable para mi nueva revisión de la guerra campesina. A mi parecer, los defectos fundamentales son sólo dos:

1) Examen muy insuficiente del desarrollo y del papel desempeñado por los elementos desclasados, casi parias, que estaban por completo fuera de la organización feudal y que estaban condenados a salir a luz cada vez qué se formaba una ciudad; que constituyen la capa inferior de la población de toda ciudad medieval, carentes de todo derecho, desvinculados de la *Markgenossenschaft*,[**] de la dependencia feudal y de la guilda de artesanos. Esto es difícil, pero es la *base fundamental*, pues al aflojarse los lazos feudales, esos elementos se convierten gradualmente en el preproletariado que hizo la revolución de 1789 en los suburbios de París, y que absorbe todos los desechos de la sociedad feudal y corporativa. Usted habla de proletarios —la expresión es ambigua— y presenta a los tejedores, cuya importancia describe con toda exactitud, pero sólo puede usted volverlos proletarios después que los tejedores desclasados y a jornal existieron fuera de las guildas, y sólo en la medida en que existieron de esa forma. En este punto hay todavía mucho por mejorar.

2) Usted no ha comprendido cabalmente la posición de Alemania en el mercado mundial, su posición económica internacional —en la medida en que es posible hablar de ella— a fines del siglo XV. Únicamente esta posición explica por qué el movimiento plebeyo burgués en forma religiosa, que fuera derrotado en Inglaterra, los Países Bajos y Bohemia, podía alcanzar cierto éxito en la Alemania del siglo XVI: el éxito de su disfraz religioso, en tanto que el éxito del contenido burgués [...][***],de las nuevas direcciones del mercado mundial surgido entretanto, le estaba reservado a Holanda e Inglaterra. Este es un tema complejo, que espero tratar in extenso en la guerra campesina. ¡Ojalá pudiese hacerlo ya![****]

[*] El de K. Kautsky, Precursores del socialismo moderno (1894).
[**] Grupo de poblaciones que comparten la tierra común.
[***] En este punto el original está cortado.
[****] Pocos meses después, el 6 de agosto de 1895. Engels moría de cáncer en la garganta. Por su expresa voluntad, sus cenizas fueron lanzadas al viento sobre el mar en Eastbourne. (*N. Ed. Ingl.*)

CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS POLÍTICO-MILITARES ENTRE 1846 Y 1895

1846

Derogación de las *Corn Laws* (Inglaterra).
Ley de las Asociaciones Políticas (Inglaterra).
Sublevación en Cracovia.
Revoluciones en Portugal y en Suiza.
Guerra (hasta 1848) de EE.UU. contra México.
Proudhon publica su *Philosophie de la Misére*.
Marx colabora (hasta 1847) anónimamente en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*.

1847

Ley de la jornada de 10 horas para mujeres y niños (Inglaterra).
La Liga de los Justicieros se transforma en la Liga de los Comunistas.
La crisis económica francesa prepara el estallido de 1848.
Marx publica la *Misére de la Philosophie*.
Marx colabora en la *Triersche Zeitung* y en la *Réforme*.

1848

Revolución de Febrero en Francia; en marzo en Alemania y Austria; alzamiento en alta Italia y Hungría. Abdica Luis Felipe y se instaura la Segunda República.
Francisco José es proclamado emperador de Austria.
Se constituye el Estado Federal Suizo.
Aparece en Londres el *Manifest der Kommunistische Partei*, redactado por Marx y Engels a requerimiento de la Liga de los Comunistas.
Marx publica *Discours sur la question du libre échange* (Bruselas), *Revolution and counterrevolution, or Germany* in 1848 (Londres) y *Lohnarbeit und Kapital* (en la *Neue Rheinische Zeitung*).
Aparece la *Neue Rheinische Zeitung* (1° de junio).
Marx es expulsado de Bruselas.

1849

Levantamiento en el sur de Alemania, en el cual participa Engels.
Es clausurada la *Neue Rheinische Zeitung* (19 de mayo).
Marx publica *Zwei Politische Prozesse* (Colonia) y visita Viena; es expulsado de Colonia y finalmente de París, estableciéndose en Londres.

1850

Sublevaciones campesinas de los taiping en China (hasta 1865).

Reaparece en Londres la *Neue Rheinische Zeitung*.

Marx publica 1848 bis 1849 y *Die Klassenkämpfe in Frankreich en la Neue Rheinische Zeitung*.

Engels empieza a trabajar en la fábrica, en Manchester, del que se retira en 1870.

1851

Golpe de estado de Luis Napoleón (2 de diciembre).

1852

Luis Napoleón se hace proclamar emperador, comenzando la hegemonía francesa en la política europea, la que dura hasta 1870.

Proceso de los comunistas de Colonia.

Escisión y disolución de la Liga de los Comunistas.

Aparece *Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte*, de Marx, en Nueva York.

Marx y Engels comienzan a colaborar (hasta 1861) en la *New York Tribune*.

1853

Guerra de Crimea (hasta 1856), de la que Rusia sale derrotada.

Marx publica las *Enthüllungen über den Kölner Kommunistenprozess* (Boston), cuya edición suiza (del 1852) había sido confiscada, *Palmerston and Russia* (Londres), y *Der Ritter vom edelmüthigen Bewustsein* (Londres y Nueva York, polémica con Willich).

1854

Comienzan los tratados comerciales con Oriente (Japón, expedición Perry).

Marx escribe *Palmerston, what has he done?*

1855

Artículo de Marx en la *Neue Order Zeitung* (de Bruselas).

1856

Artículos de Marx en *The Free Press*, *The Diplomatic Review*, etcétera.

1857

Comienza la penetración extranjera en el lejano Oriente, con la guerra de Inglaterra contra China (hasta 1860).

Sublevación de los cipayos (hasta 1859) en la India; Inglaterra lleva el ferrocarril y el telégrafo a la India.

Gran crisis en Inglaterra.

Marx colabora en *The New American Cyclopaedia*.

1858

Marx empieza a trabajar en *El capital*.

1859

Paz en Villafranca.

En Alemania sube Guillermo II.

Con la ejecución de John Brown comienza el movimiento de esclavos en EE.UU.

Aparece *Zur Kritik der Politischen Oekonomie* (Berlín), de Marx.

Engels publica *Po und Rein* (Berlín); Marx colabora en *Das Volk*.

1860

Los italianos luchan por la unidad nacional (hasta 1861).

Se crea el London Trades Council (Consejo Gremial de Londres).

Aparece *Herr Vogt* (Londres), de Marx.

Engels escribe *Savoyen, Nizza, und der Rhein* (Berlín).

1861

Guerra de Secesión en EE.UU. (hasta 1865), presidencia de Lincoln y manumisión de los esclavos.

Liberación de los siervos en Rusia bajo Alejandro II.

Primer Parlamento italiano; Víctor Manuel II, rey de Italia.

Marx visita Alemania y colabora en *Die Presse* (Viena).

1862

Ministerio Bismarck en Alemania.

Francia se apodera de Indochina.

1863

Unión General de Obreros Alemanes, bajo la inspiración de Lassalle.

Revolución en Polonia con formación del gobierno nacional, sangrientamente sofocada.

Las tropas francesas ocupan la ciudad de México.

1864

Asociación Internacional de Trabajadores (25 de setiembre, Londres). Marx publica la *Inaugural Address* para la misma.

Prusia empieza su lucha por la hegemonía en Alemania. Convención en Ginebra.

En Francia se levanta la prohibición de constituir sindicatos.

1865

Termina la guerra civil en EE.UU. con la derrota de los esclavistas.

Conferencia de la Internacional en Londres.

Marx. *Value, Price and Profit* (publicado en 1898); Engels, *Die preussische Militärfrage und die deutsche Arbeiterpartei* (Hamburgo).

Polémica de Marx y Engels con Schweitzer, sucesor de Lassalle, y rompimiento de los primeros con la asociación lassalleana.

1866

Guerra austroprusiana.

Crisis general en Europa.

Primer Congreso de la Internacional (Ginebra).

Der Verbote, órgano de la Internacional.

Conferencia de la National Reform League en Londres.

American Worker's Congress.

1867

Das Kapital, vol. I (Hamburgo).

Sufragio universal en Alemania.

Nace el movimiento obrero italiano.

Ampliación del derecho de sufragio en Inglaterra. Congreso de Lausana de la Internacional.

1868

Movimiento huelguista en Europa occidental y central (hasta 1869).

El gobierno disuelve la rama francesa de la Internacional e inicia la persecución al movimiento obrero.

Revolución de Mai Dee en China.

Congreso de Bruselas de la Internacional, derrota de los proudhonistas.

Bakunin ingresa en la Internacional y provoca en ella luchas internas.

1869

Son ocupados los estados pontificios.

Canal de Suez.

Congreso de Basilea de la Internacional.

Liebknecht y Bebel se separan de los lassalleanos y fundan el partido "eisenachiano".

1870

Guerra franco-prusiana por la hegemonía europea y las colonias. República francesa (4 de setiembre).

Engels se radica definitivamente en Londres, dedicándose a la Internacional y a estudiar ciencias.

Nace Lenin.

1871

Comuna de París (18 de marzo hasta fines de mayo).

Segunda Conferencia de la Internacional en Londres.

Tercera República, presidida por Thiers.

Imperio Alemán, con Guillermo 1; Austria se separa de Alemania.

La Internacional publica *The civil war in France* (Londres), de Marx.

1872

Congreso de La Haya de la Internacional; expulsión de Bakunin; traslado del Consejo General a Nueva York.

Engels publica *Zur Wohnungsfrage* (Leipzig).

1873

Revolución en España; Primera República.

Crisis en Alemania.

Marx, *L'Alliance de la Démocratie Socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs*.

1874

Marx, *Die Bakuninisten an der Arbeit, y Denkschriften über den Auf stand in Spanien* (Leipzig).

1875

La socialdemocracia alemana empieza a ponerse a la cabeza del movimiento obrero mundial; el Congreso de Gotha sella la unidad de lassalleanos y eisenachianos.
Marx, *Randglossen zur Gothaer Parteiprogramm.*
Engels, *Soziales aus Russland* (Leipzig).
Sube Alfonso XII en España.

1876

Imperio de la India.
Disolución de la Primera Internacional (en el Congreso de Filadelfia).
Primer congreso sindical en Paris.
Engels (anón.), *Preussischer Schnapps in deutschen Reichstag* (Leipzig).

1877

Guerra ruso-turca y peligro de la intervención de Inglaterra.
Socialist Labour Party de EE.UU.
Marx colabora con Engels en el *Anti-Dühring*.

1878

Congreso de Berlín; independencia de Bulgaria, Montenegro y Servia.
Ley Antisocialista y aranceles proteccionistas en Alemania.
En Polonia se funda la primera asociación obrera.
León XIII empieza la campaña socialcristiana.
Engels, *Herr Eugen Dührings Umwälzüng der Wissenschaft* (Leipzig).

1879

Agitación georgista en EE.UU. en favor de la reforma agraria.

1880

Partido Obrero francés, bajo la dirección de Lafargue y Guesde.
Toma incremento el fusil de repetición.

1881

En Rusia es asesinado el zar Alejandro II.
Francia empieza a apoderarse del Norte de África (hasta 1885).

1882

Inglaterra se apodera de Egipto.
Federación Socialdemócrata (Inglaterra), dirigida por Hyndman.

1883

Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia). Primeros trusts.
Muere Marx (14 de marzo).

1884

Alemania conquista sus primeras colonias.
Fabian Society (Londres).
Ley de asociaciones en Francia.
Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*.

1885

Engels publica el vol. II de *El capital* (Hamburgo).

1886

Federación Nacional de Sindicatos en Francia.
Gran huelga de Chicago.

1887

Clima de guerra franco-alemana.

1888

Guillermo II en Alemania.
Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.
Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der deutschen classischen Philosophie* (Stuttgart).
Unificación de los socialistas austríacos (Congreso de Hainfeld).

1889

Segunda Internacional (Congreso de París).
Derogación de las leyes antisocialistas en Alemania; renuncia Bismarck.

1890

Proteccionismo y trabas a la inmigración en EE.UU. Japón promulga su constitución.
Engels, *Über den Bürgerkrieg in Frankreich*; colabora asiduamente en la *Neue Zeit*.

1891

Congreso de Bruselas de la Internacional, y de Erfurt del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán; Programa de Erfurt, modelo de los programas de los partidos de la Segunda Internacional.

1892

Partido Socialista Italiano, dirigido por Turati y Ferri.
Partido Socialista Polaco.
Ferrocarril transiberiano.

1893

Congreso de Zürich de la Internacional.

1894

Guerra chino-japonesa; Japón se apodera de Corea y Formosa. Alianza franco-rusa.
Engels publica el vol. III de El capital.
Engels, *Über historischen Materialismus*.

1895

Conféderation Nationale du Travail.
Muere Engels (6 de agosto).

ÍNDICE DE ALGUNOS NOMBRES

Aster, Emest Ludwig (1778-1855) General prusiano, ingeniero militar, autor de varios libros sobre fortificaciones.

Auerswald, Rudolf von (1795-1866) Estadista prusiano, liberal, primer ministro y ministro de Relaciones Exteriores de junio a setiembre de 1848.

Bakunin, Mijaíl (1814-1876) Uno de los ideólogos del anarquismo; enemigo del marxismo; llevó a cabo una lucha encarnizada contra el Consejo General de la I Internacional, dirigido por Marx; en el Congreso de La Haya de la I Internacional (1872) fue excluido.

Bataille, Henri Jules (1815-1882) General francés, participó en la guerra franco-prusiana de 18701871.

Bazaine, François, Achille (18111888) Mariscal francés, bonapartista, participó en la guerra de Crimea (1853-1856), en la guerra italiana de 1859, en la aventura colonial de Francia en México de 1867 y en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

Beauregard, Pierre Gusta ve (18181893) General norteamericano, comandante en jefe de las fuerzas armadas de los Estados esclavistas del Sur (1861-1862) en la guerra de Secesión de Estados Unidos.

Bismarck, Otto von (1815-1898) Estadista prusiano, monárquico extremo, primer canciller del Imperio alemán (1871-1890).

Bonaparte (véase Napoleón III).

Bonaparte, Jerome (junior) (véase Napoleón, príncipe).

Bonaparte, José (1768-1844) Hermano mayor de Napoleón I; rey de Nápoles y España de 1808 a 1813.

Carlos (1771-1847) Archiduque austríaco, comandante en jefe del ejército austríaco en las guerras contra la Francia napoleónica.

Cavaignac, Louis Eugène (18021857) General francés; se destacó por su crueldad en las guerras coloniales en África; en junio de 1848 aplastó sangrientamente el levantamiento del proletariado de París.

Clausewitz, Karl von (1780-1831) General prusiano, teórico militar, filósofo idealista.

Colomb, Friedrich August (17751854) General prusiano, participó en el movimiento de guerrillas contra el ejército de Napoleón y en las campañas militares de 1813-1814 contra la Francia napoleónica.

Gosenz, Enrico (1820-1898) General italiano, participó en la campaña de Garibaldi de 1860.

Cristina (1806-1878) Reina de España de 1833 a 1840.

Danton, Georges Jacques (17591794) Uno de los más destacados dirigentes de la Revolución Francesa, líder del ala derecha de los jacobinos.

Dühring, Eugen. (1833-1921) Filósofo alemán pequeñoburgués, ecléctico y vulgar, representante • del socialismo "igualitario", reaccionario.

Enrique LXXII Reiss-Lobenstein (1797-1853) Jefe de uno de los principados alemanes miniatura.

Fernando II (1810-1859) Rey de ambas Sicilias de 1830 a 1859; reprimió con crueldad el movimiento revolucionario de 18481849; sometió a bárbaro bombardeo las ciudades de Palermo y Messina, por lo que recibió el apodo de "rey-Bomba".

Garibaldi, Giuséppe (1807-1882) Demócrata revolucionario italiano, destacado general, jefe del movimiento de liberación nacional de Italia en el período de la lucha por su reunificación.

Guillermo I (1797-1888) Rey de Prusia de 1861 a 1888 y emperador de Alemania de 1871 a 1888.

Hopfner, Eduard (1797-1858) General prusiano, escritor de temas militares.

Lamarque, Maximilien (1770-1832) General francés, político liberal; su entierro fue aprovechado por los republicanos burgueses y pequeñoburgueses para la acción del 5 y 6 de junio de 1832 contra la monarquía de julio.

Lebrun, Barthélemy Louis Joseph (1809-1889) General francés, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856, en la italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1870-1871.

Luis XIV (1638-1715) Rey de Francia de 1643 a 1715.

Luis Felipe (1773-1850) Rey de Francia de 1830 a 1848.

Lützow, Adolf Wilhelm, barón (1782-1834) Oficial prusiano, uno de los organizadores del movimiento de guerrillas en Prusia contra Napoleón I.

Mac-Mahon, Marie Edme Patrice Maurice (1808-1893) Mariscal francés, bonapartista, participó en las guerras del II Imperio; uno de los verdugos de la Comuna de París; presidente de la República de 1873-1897.

Medici, Giacomo, marqués del Vascello (1817-1882) General italiano, participó en la campaña siciliana de Garibaldi de 1860.

Moltke, Helniut Karl Bernhart, conde (1800-1891) Mariscal de campo y escritor de temas militares prusiano, conservador; dirigió las acciones del ejército prusiano durante las guerras austro-prusiana de 1866 y franco-prusiana de 1870-1871.

Napoleón I Bonaparte (1769-1821) Emperador de Francia de 1804 a 1814 y en 1815.

Napoleón III (1808-1873) Emperador de Francia de 1852 a 1870.

Napoleón, príncipe (1822-1891) Primo de Napoleón III, conocido en la década del 50 con el nombre de Jeróme Bonaparte (júnior) y con el apodo de Plon-Plon; general de división en el período de la guerra de Crimea.

Schill, Ferdinand (1776-1809) Oficial prusiano, organizador de un destacamento de guerrilleros que luchó contra el ejército francés en 1807-1809.

Siegel, Franz (1824-1902) Demócrata alemán, comandante en jefe de los ejércitos revolucionarios de Badén en 1849.

Thiers, Adolphe (1797-1877) Político reaccionario francés, monárquico, verdugo de la Comuna de París, presidente de la República de 1871 a 1873.

Víctor Manuel II (1820-1878) Rey de Cerdeña y Piamonte de 1849 a 1861, rey de Italia de 1861’ a 1878.

Wrangel, Friedrich Heinrich Emst (1784-1877) Mariscal de campo prusiano, participó en el golpe contrarrevolucionario de Berlín y en la disolución de la Asamblea Constituyente de Prusia en 1848.